Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Digitized by Google

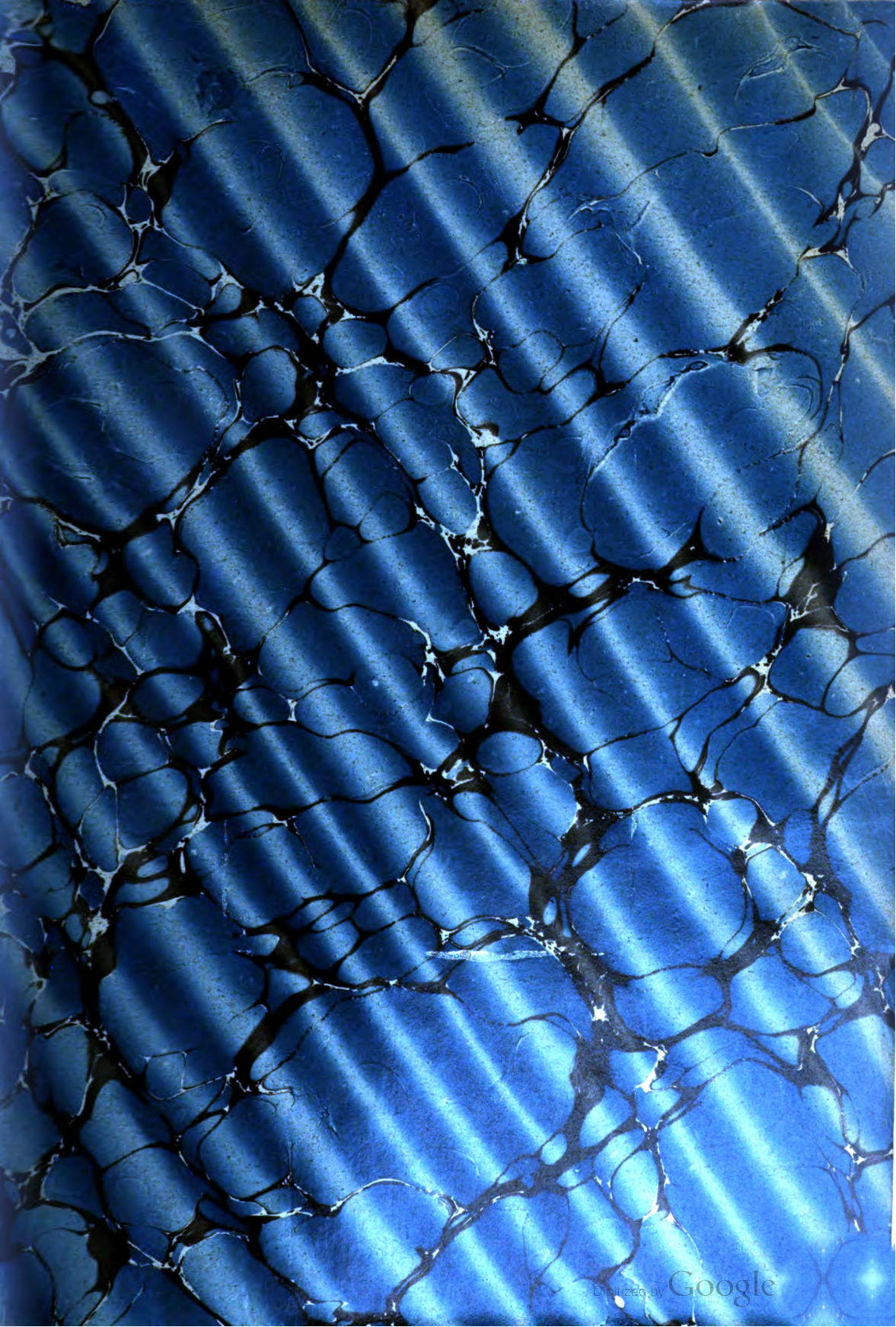
THE LIBRARY

Periodical Collection

CLASS

BOOK

Digitized by Google


Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

Digitized by Google

Digitized by Google

MINISTERIO DE INSTRUCCION PUBLICA

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

DIRECTOR HONORARIO:
RAUL MONTERO BUSTAMANTE

TOMO V

ENERO A MARZO DE 1939

UNIVERSITY OF
MINNESOTA
LIBRARY

MONTEVIDEO — URUGUAY
1939

Digitized by Google

UNIVERSITY OF
MINNESOTA
LIBRARY

Digitized by Google

REVISTA NACIONAL

LITERATURA - ARTE - CIENCIA

Año II Montevideo, Enero de 1939 Nº 13

ARTIGAS EN EL PARAGUAY (1)

Señor don Juan Zorrilla de San Martín,

76 Calle Rincón. Montevideo.

Mi distinguido señor:

Su atenta del 7 de Abril ppdo. contesté en pocas líneas el 11 del mismo, por haberme llegado momentos antes de abandonar Buenos Aires, en cumplimiento de una misión que me encomendaron mis compañeros de causa política. Desde mi arribo a este pueblo he dispuesto de muy poco tiempo libre, hasta hoy, que aprovecho a satisfacer los deseos manifestados por Vd., aunque en modo incompleto, debido a que no dispongo de mi archivo personal que se halla en Asunción.

Allá poseo algunos documentos que le hubieran servido para demostrar cómo fué tratado el general Artigas por el Dr. Francia, así como por mi abuelo, don Carlos Antonio López.

(1) La documentación que se refiere a los años de expatriación de Artigas es muy copiosa. Sin embargo, las piezas que la forman, o permanecen inéditas, o han sido publicadas parcialmente, o figuran en impresos, muchos de ellos paraguayos, de muy difícil obtención. En el archivo de Zorrilla de San Martín se conservan numerosas piezas originales de verdadero interés. De ellas elegimos las que se insertan con esta nota porque proceden de personas de singular jerarquía y porque, o no han sido publicadas unas, o lo han sido otras en forma fragmentaria. El primer documento es una carta dirigida al doctor Zorrilla de San Martín por don Solano López E., hijo del Presidente del Paraguay don Francisco Solano López, cuyo testimonio tiene singular autoridad. Se trata de la confidencia de uno de los nietos de don Carlos Antonio López, quien, además de hombre público de gran importancia en la política paraguaya, fué escritor, periodista e historiador distinguido. El segundo documento es una carta que el Ilustrísimo señor Arzobispo de la Asunción, Monseñor don Juan Sinforiano Bogarín dirigió al Dr. Zorrilla de San Martín cuando aquel ilustre Prelado ocupaba la silla episcopal, en la cual documenta la tradición oral de contemporáneos de Artigas. Los documentos restantes fueron enviados por Monseñor Bogarín al doctor Zorrilla de San Martín y complementan su epístola. Son una carta del Padre don Fidel Maiz a su Obispo, y otras cambiadas entre el doctor Fulgencio R. Moreno y el mismo Padre Maiz respecto a la residencia de Artigas en el Paraguay. El testimonio del Padre Maiz es de verdadera importancia. Este sacerdote fué amigo íntimo del Presidente don Francisco Solano López, a quien acompañó hasta el fin de la guerra, y fué hermano del Presbítero Francisco Ignacio Maiz, Cura de Curuguaty en la época de la expatriación de Artigas, cuya amistad frecuentó. Hemos de publicar otros documentos, referencias y escritos, los cuales, reunidos, servirán para reconstruir la vida del General Artigas en el destierro hasta el día de su muerte.

MAY 17 '46 STECHERT

1120055

Digitized by Google

Me permito llamar su atención respecto de una negociación que proyecté hace años y que a realizarse hubiera disipado una duda histórica que probablemente quedará sin solución.

Es tradición constante entre los paraguayos de antaño — aquellos que sobreponían los intereses de la patria a los personales — que la representación de los orientales al Congreso de las Provincias Unidas, expusieron las bases de la gran federación de acuerdo con lo convenido entre Francia y Artigas, según aseguraban, constaba de la voluminosa correspondencia cambiada entre ambos. De las deliberaciones del Congreso Paraguayo en Junio de 1811, cuyos resultados fueron consignados con viril energía en la nota del 20 de Julio del mismo año dirigida a la Junta de Buenos Aires, se desprende sin ambajes que el anhelo del Paraguay, era la constitución de una gran federación de estados verdaderamente autónomos, en lo referente a aduanas, defensa externa, etc. Más adelante esta misma aspiración, así como el celo receloso de conservar su absoluta autonomía, se hallan constantemente exteriorizados en las notas cambiadas con los diversos gobiernos que se sucedieron en Buenos Aires. Muchas de estas notas tuve la felicidad de desenterrarlas en el Archivo Nacional de Buenos Aires, durante unos ocho meses de investigaciones que allí realicé, así como en el archivo de Asunción. Estos documentos y otros que poseo me sugirieron la idea de coleccionarlos en un volumen.

ARTIGAS EN EL PARAGUAY
Bronce por José Luis Zorrilla de San Martín

Por causas que no vienen al caso, en mi país pocos, muy pocos, son los que con verdadero ahinco se dedican a las investigaciones históricas, y los pocos que escriben, salvo rarísimas excepciones, lo hacen con apasionamiento para satisfacer odios personales que riñe con el criterio histórico que debe presidir en la confección de trabajos de esta índole. Quizás a esta ignorancia se deba que los contados que se ocupan en disquisiciones históricas en el Paraguay asuman el gesto de *magister dixit.*

Como dije antes, resolví coleccionar todos los documentos que poseía o conocía en un trabajo que no tiene otro mérito que el de

Digitized by Google

poner al alcance de los estudiosos, piezas históricas desconocidas bajo la forma de colección de tratados, anexo a cada uno, aquellas que en algún modo se relacionan con él. Para facilitar la consulta cada uno de los países con los cuales el Paraguay tuvo relaciones tendría su volumen aparte. El trabajo en parte está terminado, su publicación habrá de esperar mejores tiempos en mi país.

Durante la época en que me atareaba en reunir estas piezas, conocí a un joven chileno, de nombre Duran, no recuerdo si fué en 1883 u 84, agregado en carácter oficial a la legación de su país en Montevideo, emparentado con una familia uruguaya. Este me ofreció en venta la correspondencia cambiada entre el Dr. Francia y el general Artigas antes de la reunión del Congreso de las Provincias Unidas, en 5000 pesos moneda oriental. Acepté el trato, fuése el Sr. Durán a Montevideo y falleció repentinamente, quedando el negocio sin efecto y yo sin saber dónde acudir en persecución de dichos documentos. Quizás Ud. pueda dar con los rastros de esos documentos que tienen gran importancia tanto para los orientales como para los paraguayos.

La conducta observada por el Dr. Francia con el general Artigas, proporcionándole ropa de la mejor calidad existente entonces en los almacenes del Estado, según cuentas que obran en nuestros archivos, pensión, escolta, etc., se debe a esta circunstancia, así como el haberse negado a entrevistarse con él, al hecho de no haberse mencionado al Paraguay en el negociado de la gran federación no obstante los agasajos de que era objeto en el cuartel de San Francisco en Asunción, donde fué alojado en las piezas que eran destinadas al mandatario paraguayo, actualmente ocupadas por la familia del Sr. Manuel Barrios, sobre la Plaza Uruguaya, casi sin modificación durante próximamente un siglo:

La designación de Curuguaty, para residencia del general Artigas, tiene a mi modo de ver, el propósito de alejar al jefe de los orientales de las cercanías de su campo de acción, como consecuencia de la política de no intervención en los pleitos internos de los países vecinos. Por lo demás Curuguaty, era cabeza de uno de los departamentos más ricos, cuya población no bajaba de 50.000 almas, según el censo detalladísimo, con especificación de nombres, edades, etc., de 1848 que obra en el Archivo Nacional de Asunción. El general Artigas fué alojado en la casa de la familia de Rojas. Por una coincidencia rara, de todo aquel próspero pueblo, es la única casa que aún queda en pie. En 1892 tuve ocasión en visitarla; era espaciosa, construída de ladrillos y adobes, de teja, a una cuadra de la plaza principal, dando frente a la que se llamaba el colegio — de los jesuítas — entonces ocupada por las autoridades.

Como no existía en la época de mi visita en aquel lugar vecino alguno recurrí al principal cacique de los indios guaraníes, para pro-

Digitized by Google

porcionarme informaciones. Este había sido flautista del coro de Curuguaty, sabía leer, tendría alrededor de 70 años. Recordaba perfectamente a Artigas, me mostró un lugar en las proximidades del inmenso naranjal de propiedad comunal, a unas diez cuadras de la casa del héroe oriental, asegurándome que allí tenía su chacra.

A más de los auxilios que ordenó el Dr. Francia, fueran proporcionados, le asignó al general Artigas, una onza de oro por mes. Esta suma, hoy parece mezquina, pero para entonces era de consideración, teniendo en cuenta que el Dr. Francia nunca llegó a percibir mil pesos al año; el ministro del tesoro tenía fijado un sueldo de algo más de cien pesos al año.

En los libros de la Hacienda Pública de las administraciones pasadas, casi completos, que obran en los archivos de Asunción, se consigna esta subvención. No he podido consultar la correspondencia de la delegacía de Curuguaty, que ha de existir en el archivo, debido a la desorganización que allí reina, y hoy más que antes, desde que los documentos han sido encuadernados sin orden para salvarlos de una destrucción total. La dirección general ha solicitado por repetidas veces la designación de empleados idóneos en número suficiente para proceder a la clasificación de los documentos, pero sin resultado alguno.

El delegado de Curuguaty al tener conocimiento del fallecimiento del Dr. Francia, apresó al general Artigas. La noticia de este acto arbitrario llegó a Asunción, cuando ya habían desaparecido la Junta de Cinco y la de Tres, siendo Comandante General de Armas — gobierno interino — Mariano Roque Alonso y secretario general don Carlos Antonio López; éstos ordenaron la inmediata libertad de Artigas, amonestando seriamente al funcionario por el abuso cometido sin orden alguna.

Don Carlos Antonio López, dispuso que el general Artigas se trasladase a Asunción, poniendo su propiedad de Ybyrai, hoy Trinidad, a su disposición. El general Artigas no aceptó la casa habitación, donde naciera mi padre, pero si otra más modesta en la misma propiedad, ubicada en el lugar donde actualmente se halla la escuela de agricultura.

El general Artigas de los 100 pesos mensuales que se le asignó, no quiso recibir sino 50, que consideraba bastaban para atender sus gastos modestísimos.

Don Carlos Antonio López, cada vez que sus funciones oficiales le permitían, pasaba dos o tres días en la chacra de Ibyrai, donde se veía con frecuencia con el general Artigas. En cuanto a mi abuela y tías — Inocencia y Rafaela — usaban de las atenciones proverbiales estiladas por las familias paraguayas. Mi padre poseía una casa quinta distante de la casa ocupada por Artigas unas cinco cuadras. Allí celebrarían frecuentes entrevistas, de las cuales obtendría el conocimiento

Digitized by Google

exacto de la política oriental y de sus hombres, según se desprende de uno de los libros copiadores de carta que he podido recuperar.

Creo innecesario referirme a la negativa del general Artigas en abandonar el Paraguay y la contestación que dió, pues Ud. lo conocerá mejor que yo, estando en posesión de los documentos de la época.

La existencia que llevaba en Trinidad el general Artigas fué muy retirada, raras veces iba a la capital. Su alimentación, como la de los paraguayos era frugal, consistente principalmente de mandioca, maíz y sus derivados, poca carne.

Era visitado por todas las personas de significación que pasaron por el Paraguay en la época, según referencias, no gustaba destas por considerar de que le visitaban en su mayoría por curiosidad.

Siento no hallarme en Asunción para remitirle una fotografía del bellísimo panorama que ofrece el sitio donde moró Artigas y los alrededores.

Mi padre, así como sus hermanos, Venancio y Benigno, eran muy jóvenes, cuando falleció el general Artigas, pues el primero apenas contaba 20 años.

Durante la enfermedad del general Artigas, la numerosa servidumbre de mi abuela, doña Juana Pabla Carrillo de López, como antes le atendió; el médico de cabecera fué el Dr. Estigarribia.

Hubiérame sido muy placentero proporcionarle otros datos, que hoy me es imposible debido a circunstancias especiales, de las que le informará nuestro común amigo don Doroteo Márquez Valdés; a mi regreso al Paraguay ampliaré estos detalles.

Agradeciéndole la distinción de que me ha hecho objeto, sólo pídole quiera disimular el desaliño de ésta, pues escribo en medio de mis trabajos que no admiten demora.

Con este motivo le saluda con la consideración más distinguida y espera sus órdenes.

SOLANO LOPEZ E.

Posadas, 24 de Mayo de 1910.

⁂

Asunción, Mayo 8 de 1912.

Sr. Dr. D. Juan Zorrilla de San Martín,

Montevideo.

Muy apreciable Dr. y amigo:

Ante todo pido a Vd. disculpa por haber demorado en contestar su atta., de fecha 20 de Marzo último, demora motivada por el atraso con que me llegó la carta, por el deseo de corresponder lo mejor posible al objeto de la misma no menos que por la dificultad de las comunicaciones con los pueblos del interior.

Como, varias veces antes de ahora, hemos hablado con el P. Maiz del General Artigas, le he pedido me diera todos los datos que él

Digitized by Google

posea referentes al distinguido expatriado — y para su mejor información adjunto a Vd. la autógrafa que acabo de recibir del mismo. En cuanto a los datos que he podido recoger en esta ciudad, son bien escasos por haber fallecido las personas que conocieron al Gral.

Las referencias que van a continuación, son enteramente fidedignas.

Cuando el Gral. Artigas se encontraba ya en edad muy avanzada acostumbraba ir todas las mañanas — a tomar mate — a la casa del Sr. Juan de la Cruz Cañete que vivía en Ibyray (hoy parroquia de la SSma. Trinidad) pariente muy cercano del dictador Francia; montaba un caballo petizo de pelo moro, que él llamaba «el morito».

La Srta. Asunción García me ha referido, algunos años antes de morir, lo siguiente: Cuando la enfermedad de Artigas se agravó, manifestó deseos de recibir los últimos sacramentos, entonces la Sra. Juana Carrillo, esposa de Carlos Antonio López, mandó llamar a un miembro de la familia de la citada Asunción García — por cierto, familia muy distinguida como piadosa — y le encargó fuera a preparar el altar para administrarse al enfermo el Sto. Viático. Cumplida la orden, el Cura Párroco de la Recoleta, Pbro. Cornelio Contrera, llevó al Gral. S. D. Majestad. En momentos en que el sacerdote iba a administrarle el Viático, Artigas quizo levantarse y la encargada del aderezo del altar le dijo que su estado de debilidad le permitía recibir la comunión desde la cama, a lo que el Gral. respondió: «*Quiero levantarme para recibir a Su Majestad*» y ayudado de los presentes, se levantó y recibió la Comunión, quedando los muchos circunstantes edificados por la piedad de aquel gran hombre. Del anciano sacerdote Domínguez no se da noticia en ésta ni se sabe que haya habido un sacerdote con ese apellido.

Dejando así contestada su estimada carta y sintiendo sólo que sean muy escasos los datos que envío, aprovecho la ocasión para saludar a Vd. con mi estima y admiración de siempre y ponerme a sus gratas órdenes

S. S. S. y C.

† JUAN SINFORIANO BOGARIN.

⁂

Arroyos y Esteros, Abril 30/912.

Iltmo. y Rvmo. Don Juan Sinforiano Bogarín, Obispo del Paraguay.

Asunción.

Monseñor:

Con motivo de mi llamamiento a esa capital para asistir al General Escobar en sus últimos momentos, tuve ocasión de estar con V. S. Illma. tributándole mis saludos y respetos de siempre.

En una de nuestras entrevistas, V. S. Illma. me habló haberle

Digitized by Google

pedido el Sr. Juan Zorrilla de San Martín datos sobre el General Artigas. Entonces le dije que también me escribió dicho Sr. una carta de fecha muy atrasada (26 de Marzo, 1910) que recién me llegó a mediados del mes que hoy fenece.

Las preguntas hechas a mí eran, poco más o menos, las mismas que a V. S. Illma., según pude comprender; y relativamente a sus últimos momentos, en que recibió los sacramentos y demás auxilios espirituales de la religión, estoy de acuerdo con los datos que V. S. Illma ha podido recoger de parte de la piadosa familia García, siendo ciertamente en la época del fallecimiento del General Artigas cura párroco de la Recoleta el sacerdote Don Cornelio Contreras, paraguayo.

El Sr. Zorrilla supone que yo conocí a aquel ilustre caudillo uruguayo, sin duda confundiéndome con mi finado hermano, presbítero Francisco Ignacio Maiz, que fué cura párroco de la Villa de San Isidro (Curuguaty), donde estuvo confinado Artigas por el Dictador Francia.

Don Fulgencio R. Moreno me había pedido, hace años, datos sobre la vida del General Artigas. Entre mis inútiles papeles encontré la carta del Sr. Moreno y mi respuesta; y no teniendo por hoy que decir más que lo que entonces le había dicho, me permito adjuntar a V. S. Illma. copias de dicha carta y mi contestación a ella, pidiéndole el favor de cuando escriba al Sr. Zorrilla decirle de mi parte que por medio de V. S. Illma. tengo el agrado de quedar a sus órdenes para lo demás que me considere pueda servirle en algo.

Ruego a V. S. Illma. me dispense esta confianza, impartiéndome como siempre sus bendiciones. Dentro de pocos días pienso bajar otra vez a esa Asunción, y entonces tendré el placer de besarle las manos con el afecto y respeto de menor súbdito suyo.

F. MAIZ.

***

Asunción, Febrero 16 de 1908.

Señor Presbítero D. Fidel Maiz.

Distinguido señor y amigo:

Cuando tuve el agrado de hablar con Vd. pocos días hace, le anuncié que en breve molestaría su atención, pidiéndole datos e informes relativos a nuestra historia. Con este propósito volví anteayer a casa del Sr. Sosa, donde creía encontrarle por las noticias que me dieron; pero éstas habían sido inciertas, hallándose ya Vd. entonces en Arroyos y Esteros. Véome, pues, en el caso de acudir a la pluma, aunque ésta no supla sino muy cortamente la libre expansión de la palabra hablada.

Es sabido que el General Artigas murió en los alrededores de la Asunción en 1850, cinco años después de bajar de Curuguaty. De

Digitized by Google

cómo vivió en San Isidro se sabe muy poco, siendo la inquisición difícil; pero de cómo pasó sus días en la capital, ha de tener Vd. muchas noticias, si no me engaño. Estoy en ello muy interesado, pues cae dentro de algunos trabajos que tengo en preparación. Casi todos los escritores que se han ocupado del célebre caudillo le presentan como la imagen viva del infortunio y del desamparo, viviendo miserablemente de la caridad pública. Y yo sospecho que no ha sido así; pues de otro modo ¿cómo se explicaría que a su muerte «El Paraguayo Independiente» (1) le dedicara un sentido artículo, asegurando que en sus últimos años nada le faltó?

Paso ahora a otro. Entre los papeles del Archivo N. he encontrado una exposición hecha a Don Carlos en 1855 por un Sr. Francisco S. Mayo, que se proponía dar clase de francés. El estilo y el contenido del documento revelan que su autor era un hombre preparado y de espíritu emprendedor. ¿Quién era el Sr. Mayo? ¿Qué relaciones tenía con Vd. o con las personas estudiosas de esa época? Si

(1) El doctor Cecilio Báez en su estudio «En torno al General Artigas» publicado en el número del 23 de noviembre de 1907 del diario «El Cívico» de la Asunción, dice lo siguiente: «El Paraguayo Independiente», número 96, fecha 28 de setiembre del mismo año, (1850) trae un artículo necrológico del héroe oriental con el acápite de: *El general don José Artigas.* Este artículo es el mejor elogio que de él se escribió entonces: lo cual quiere decir que el presidente López le tenía verdadera simpatía. Algunos de sus párrafos dicen así: «El tiempo acreditó la firme resolución que había tomado de no volver al suelo donde vió la primera luz, cuando se presentó en Candelaria perseguido de los suyos, pidiendo un rincón en la República para acabar sus días... *Artigas fué uno de los fundadores de la independencia del Estado Oriental, su patria.*

«El general Artigas ha resistido con pocos recursos todo el poder de Buenos Aires, y disputó de la superioridad de las fuerzas del Brasil.

«Derrotado, en su último combate de Tacuarembó, y perseguido por uno de sus comandantes, el caudillo Ramírez, a quien había dejado a guardar más de cincuenta mil pesos en oro, se le alzó con estos dineros, y con ellos mismos sublevó y aumentó algunas tropas, y gente armada que le dejó, y con estos medios derrotó a Artigas, y lo persiguió de muerte...; pidió asilo al gobierno de la República diciendo: *que si no se le concedía, iría a meterse en los montes.*

«Su esperanza fué bien correspondida; él vino destituído de todo medio y auxilio, y el Gobierno le hizo dar una asistencia regular durante su residencia en el suprimido Convento de Mercedes, y después lo hizo llevar a vivir en la Villa de San Isidro. En el año de 1845, Su Excelencia, el señor Presidente de la República le llamó a esta ciudad para proporcionarle mejor comodidad de la que podía disfrutar en aquel punto... una chácara en la vecindad de esta capital donde ha finalizado sus días el 23 del corriente, a los treinta años cumplidos, el propio día de haber entrado en la Asunción.

«Pueden sus amigos y parientes tener el consuelo de que nada le faltó, y de que sucumbió agobiado con el peso de noventa años... Séale la tierra leve».

El texto que el doctor Baez atribuye a «El Paraguayo Independiente» lo insertó don Isidoro De María, con variantes y en menor extensión, en la biografía que trazó del prócer que figura en su obra «Rasgos biográficos de hombres notables de la República Oriental del Uruguay». Ese texto lo atribuye a «El Semanario» de la Asunción, número 96.

Digitized by Google

Vd. me diera algunos informes, publicaría el documento precedido de algunas líneas.

Con sinceros votos por que continúe Vd. gozando de buena salud, le saluda atentamente su amigo, y S. S. S.

FULGENCIO R. MORENO.

P. S. Por este mismo correo le remito un ejemplar de la Revista del Instituto Paraguayo, donde aparece un trabajo mío.

MORENO.

⁂

Arroyos y Esteros, Febrero 22/908.

Señor Don Fulgencio R. Moreno.

Asunción.

Distinguido señor y amigo:

Ayer tuve el agrado de recibir su estimable carta de 16 del corriente, en la que me dice Vd. haber estado otra vez en lo del Sr. Sosa para verse conmigo; pero ya cuando me encontraba de regreso a este pueblo de mi vecindad y retiro.

Hubiérame sido de sumo placer repetir esa entrevista personal con Vd., desde luego tan honrosa para mí; pero la urgencia de mi venida privóme de ello, y hay que resignarse ciertamente a suplir con la pluma siquiera muy someramente «la libre expansión de la palabra hablada».

Respecto al General Artigas de quien me habla Vd., tanto durante su confinamiento en Curuguaty, como después de habérsele traído a Ibyray, donde falleció, puedo decirle que abrigo la convicción de que no ha debido ser víctima de un abandono tal que haya pasado miserablemente viviendo de la caridad pública.

Me fundo para esto en lo que voy a referirle. Un hermano mío sacerdote, hoy finado, fué cura párroco de la Villa de S. Isidro en la época en que Artigas se encontraba allí; y él había tenido ocasión de conocer a este célebre caudillo.

Decíame mi hermano que el Dictador Francia le hacía dar mensualmente *una onza de oro sellado;* cantidad que atendida la abundancia de los medios de subsistencia en aquella Villa, emporio de riqueza entonces, con más de 14 mil almas de habitantes; bien como la vida tan frugal y ordenada que llevaba Artigas, sin más familia que un hermoso perro, fiel y leal compañero que le acariciaba en su soledad — la *onza de oro,* pues, le era más que suficiente para las necesidades de la vida, tal como su situación le permitía llevarla.

Y decíame también que Artigas era de sentimiento muy humanitario, y que en más de una ocasión y a más de un pobre, socorría caritativamente tanto con dinero efectivo como con vestuario. Era

Digitized by Google

por esto muy bien mirado y respetado. No acostumbraba dar ni recibir visitas exprofeso; al dar un paseo con su perro, daba también la ocasión de encontrarse como fortuitamente con alguien, y entonces un cortés saludo y cambio de breves palabras.

Pasemos ahora a lo que el General habrá sido en Ibyray. Quiero creer que el Presidente López (Don Carlos) no ha debido ser menos que el Dictador Francia para con Artigas. El hecho desde luego de haberlo traído de las selvas de Curuguaty a los alrededores de la Asunción, importaba haberle dado una prueba de consideración, haciendo que respirase un aire de más libre expansión.

Nada he oído relativamente a alguna subvención mensual para sostén de su vida; pero, es de suponer que el menos, si no más, Artigas habrá continuado recibiendo la *onza de oro* mensual. Nunca se llegó a saber que el caudillo oriental saliese a mendigar el pan de la pública caridad. Era, sin duda, por que, como ha dicho «El Paraguayo Independiente», nada le faltaba hasta en sus últimos años.

Me hace Vd. referencia de un Sr. Francisco S. Mayo, que había presentado una exposición a Don Carlos en 1855 para establecer una clase de francés a algunos jóvenes. Es por Vd. que oigo por primera vez tal nombre; nada sé en absoluto sobre el particular, aquella exposición habrá quedado sin efecto y archivada.

Doy a Vd. las gracias por el ejemplar de la Revista del I. P., que ha tenido la amabilidad de mandarme. Leí con mucho gusto su precioso trabajo sobre el origen nativo de Francia. Poco a poco van ventilándose los grandes secretos de nuestra historia. Es Vd. uno de los llamados para estos esclarecimientos. Que Dios le conserve.

Suyo affmo. atto. S. S.

F. MAIZ.

Digitized by Google

EL «PROYECTO DE CODIGO CRIMINAL BRASILERO» DEL PROFESOR ALCANTARA MACHADO (1)

Este notable trabajo nos fué entregado con amable dedicatoria personal por el ilustre jurista brasileño Levi Carneiro. Creímos que debíamos corresponder a esa fineza, prometiéndole un artículo sobre la obra del Prof. Alcantara Machado, y eso es lo que trataremos de cumplir con la mejor voluntad en este breve comentario, que es más bien un homenaje a los dos ilustres juristas, que un verdadero juicio crítico.

Este enjundioso proyecto del Prof. Alcantara Machado, fué precedido por otro de los eminentes criminalistas Virgilio de Sa Pereira, Bulhoes Pedreira y Evaristo de Moraes, el que no obstante las críticas de que fué objeto en el Brasil, nos ha parecido, siempre dentro de las normas que delinearon su concepción, una obra de extraordinario mérito y digna, por consiguiente, de la singular envergadura científica de los autores. Este elogio no constituye, naturalmente, *una crítica a la crítica,* — líbrenos Dios de semejante irrespetuosidad; — pretendemos tan sólo exponer el juicio que nos merece, como

(1) JOSE IRURETA GOYENA es Profesor *ad honorem* de la Facultad de Derecho, de la que ha sido tres veces Decano, y en donde, durante veinte y ocho años, dictó el curso de Derecho Penal, materia en la que ha conquistado jerarquía magistral dentro y fuera del país. Nació en Montevideo el 7 de octubre de 1874. Cursó estudios secundarios en el Seminario de los Padres Jesuítas y en el Colegio Pío de los Padres Salesianos, ingresó luego en la Universidad, y en 1903 se doctoró en la Facultad de Derecho. Sobre la cultura humanística que, desde niño le familiarizó con las grandes literaturas y con la filosofía escolástica, construyó su vasta cultura jurídica, enriquecida con el conocimiento de las ciencias políticas y sociales y acendrada en el estudio y observación de los fenómenos de la vida nacional. A la vez que maestro de ciencia penal, orientador de varias generaciones y codificador de la materia, es maestro en ciencia social. Si en su cátedra de Derecho Penal renovó antiguos conceptos e introdujo un cuerpo de doctrina filosófica y humana que animó con nuevo espíritu los viejos aforismos jurídicos y dió nuevas interpretaciones individuales y sociales a las modalidades del delito, en la apreciación de los fenómenos sociales, especialmente en los que tienen por teatro la vida del país y el ambiente rural, también ha hallado fórmulas e interpretaciones de carácter personal que constituyen un conjunto armónico y esbozan un cuerpo de sociología nacional. Durante mucho tiempo tuvo cátedra abierta en los congresos rurales y el discurso magistral que pronunció año tras año, y que alguien designó intencionalmente: «discurso de la corona», fué integrando un curso de cultura general en el que la severidad de los temas tratados no excluyó la belleza de la forma literaria. Escritor sobrio y elegante, su estilo ceñido y ágil

Digitized by Google

labor académica en sí misma por su perfecta unidad y la riqueza de sus materiales, sin deslizarnos al terreno escabroso de su adaptación al Brasil, que constituye un problema político, acerca del cual nos falta la documentación necesaria para prestigiar ninguna solución.

El proyecto del eminente Prof. Alcantara Machado, nos ha seducido de entrada por la absoluta transparencia de sus fórmulas, por su insuperable precisión, por la sencillez del verbo empleado y por su racional sobriedad. El exceso en la articulación, la extensión en las fórmulas, el preciosismo académico del lenguaje constituyen a mi juicio, defectos positivos que el autor ha conseguido evitar con insuperable maestría y particular acierto. No es difícil que haya contribuído a conquistarnos, las semejanzas de fondo ya que no de forma *(non omnes licet adhire Corinthum)* que hemos creído descubrir entre el Proyecto mencionado y la obra análoga que nos tocó emprender hace muy poco tiempo, y que tuvo la fortuna excepcional de obtener la sanción del Parlamento, constituyendo actualmente el Código Penal del Uruguay.

Es un proyecto de política criminal, acoge las medidas de seguridad al lado de las sanciones penales, aumenta las facultades judiciales, encara con singular acierto la jurisdicción represiva, el dolo, la ultraintencionalidad, la culpa, la ignorancia, el error, la legítima defensa, el estado de necesidad, la contemplación de las sentencias extranjeras, la concausa, la tentativa, la minoridad, la pluralidad de delitos, la pluralidad de delincuentes, la peligrosidad, la reincidencia, la reiteración, el delito continuado, la suspensión condicional de la

corresponde al vigor del pensamiento y al hábito de la especulación. Además de Profesor, Consejero y Decano de la Facultad de Derecho ha sido Presidente del Consejo Penitenciario, Presidente de la Corte Electoral, Presidente del Colegio de Abogados, Presidente de la Asociación Rural del Uruguay, Presidente de la Federación Rural, Presidente del Instituto de Cultura Anglo Uruguayo y actualmente preside el Directorio del Banco Comercial. Es, además, miembro honorario de la Academia de Legislación y Jurisprudencia de Madrid, y el gobierno de Inglaterra le ha conferido la encomienda del Imperio Británico. No sería completa la semblanza de este autor si no nos refiriéramos a la autoridad indiscutida del jurisconsulto y del abogado, cuyo bufete es también cátedra de ciencia y de ética jurídica. Su bibliografía, además de numerosos artículos, estudios y monografías literarios y jurídicos, y especialmente sobre modalidades del delito, publicados en revistas, consta de las siguientes obras: «Las doctrinas de libertad como fundamento del Derecho», «El delito de homicidio», «Conferencias orales», «Delito de falsificación documentaria y estafas», «Delitos de apropiación indebida, daño, usurpación, lesiones personales, infanticidio. Conferencias orales pronunciadas en el año académico de 1922», «El delito de homicidio» (2ª Edición), «Una conversación sobre la patria», «Delitos de aborto, bigamia y abandono de niños y de otras personas incapaces», «De los delitos contra la Administración y la autoridad pública». Completa esta vasta bibliografía el Código Penal que fué sancionado en 1934 por el Cuerpo Legislativo y se halla actualmente en vigencia, cuyo examen crítico ha sido hecho por eminentes tratadistas extranjeros, quienes han puesto en valor la novedad y universalidad de la doctrina que informa sus disposiciones positivas.

Digitized by Google

pena, la liberación condicional, las circunstancias extintivas del delito y de la pena, etc., etc.

No podemos menos de aplaudir, el que entre los Códigos, — ya muy polvorientos y fibrosos que se ciñen al principio de la responsabilidad individual y los modelos — en nuestro concepto científicamente inobjetables, — que se ajustan al principio de la responsabilidad social, el autor se haya mantenido en un justo término medio, que permite adaptar la defensa colectiva al sentimiento de los individuos que no conciben el castigo sin la libertad. El Proyecto se resiente así de cierto eclecticismo, visceral ideológico, pero con este compromiso principista se enlaza el milagro que implica el ejercicio de una función que llena plenamente su cometido y que no lastima de paso, el sentimiento represivo tal como lo concibe, lo asimila y lo justifica la colectividad. El Código Penal no puede ser una obra académica: ley del pueblo y para el pueblo debe sin perjuicio de acercarse a la verdad científica, no romper sus lazos con la conciencia pública, que es también una verdad de hecho, tan respetable como la misma verdad científica. La más inatacable de las leyes, del punto de vista ideológico, no andará lejos de ser una de las más vulnerables del punto de vista político, si por su misma elevación, su acendramiento y su pureza académica prescindiera totalmente de los errores, de los prejuicios y de los espejismos propios del espíritu público. *No serán las mejores* — decía en otros términos un legislador helénico, refiriéndose a las leyes que acababa de promulgar — *pero son tal vez, las que mejor se adaptan a la idiosincracia real del pueblo griego.* A la pena, que es un castigo y que no puede ontológicamente ser separada de la idea de responsabilidad, se agrega por este método para la obtención del orden social la medida de seguridad, que constituye en esencia una mera reacción defensiva, que sólo requiere para su aplicación la realidad del peligro que se trata de neutralizar y la racionalidad de los medios que se pretende poner en juego.

Esos medios, como en el Código Uruguayo, son *curativos, educacionales preventivos y eliminaticos* pero que el Proyecto divide con tanta elegancia como acierto en personales y patrimoniales, subdividiendo a la vez los personales, en privativos y no privativos de libertad.

Como en el Código Uruguayo, igualmente, la medida de seguridad, se impone por los Jueces y se hace cesar también, judicialmente. La libertad personal, correría un grave riesgo de no ser así, librándose como lo han pretendido algunos el ejercicio de esa delicada facultad, a la jurisdicción administrativa rara vez ponderada y casi nunca munida del acierto, la documentación, el juicio y la circunspección, *rationæ materiæ*, indispensables. Como en el Código Uruguayo, las medidas sólo se aplican después del quebranto del orden social y no antes, en previsión de tal alteración: se elimina por ahora

Digitized by Google

la *peligrosidad sin delito,* que tanto seduce al espíritu, cuando se concentra la atención en el orden, pero que tantas reservas mentales suscita, cuando se enfoca la mirada en el *desiderátum* de la libertad.

La medida de seguridad, se substrae a la tiranía del precepto de la irretroactividad, limitado por la benignidad legal. Se impone la que existe en el momento procesal de su aplicación, sin parar mientes en si regía o no regía cuando se produjeron los hechos determinantes, o si regían bajo formas diferentes. Ha hecho bien el Prof. Alcantara Machado, en establecer *expresis verbis* la retroacción: nosotros omitimos la previsión por considerarla de carácter axiomático, y luego constatamos que los axiomas no revisten el mismo hermetismo en el campo del derecho, que en el de la matemática.

No podemos menos de aplaudir la correspondencia que existe entre la medida de seguridad y la etiología de la perturbación social.

El manicomio judicial y la casa de custodia para los enfermos, el Reformatorio para los menores, la libertad vigilada, el exilio local, etc., para los sospechosos, la internación en Institutos de trabajo obligatorio para los criminales por tendencia, reincidentes y habituales.

El Proyecto contempla la necesidad primordial de ampliar las facultades de los jueces. En este sector de la reforma, como en casi todas las materias, el autor procede con un notorio criterio acentuadamente conservador. Al *nullum crimen sine legæ ala nulla paenæ sine legæ,* el Proyecto opone límites en la ley que si bien le dejan cierta libertad al Juez, esa libertad ni le permite escoger la sanción ni siquiera graduarla libremente, dentro del máximo y el mínimo fijado por el legislador. El autor, ha tratado de huir del sistema asfixiante de la pena legal, sin llegar al método revolucionario de la pena judicial. El Juez goza de cierta prerrogativa para fijar la pena, pero ni puede saltar las barreras que implican la existencia del máximum y el mínimum legal, ni le es dado prescindir de la orientación que marca el elenco de las circunstancias agravantes y atenuantes configuradas por vía legislativa. Hasta el mismo concepto de la peligrosidad es de levadura parlamentaria y se sustrae al método del árbitro judicial. El Código clasifica los delincuentes en *ocasionales, por tendencia, reincidentes* y *habituales,* influyendo esa clasificación como es natural, sensiblemente en la dinámica de las medidas de seguridad.

El Proyecto tiene en cuenta la hipnotizante directiva de la peligrosidad, pero en vez de dejarla librada a la discreción del Juez, circunscribe su criterio personal, dentro de ciertas directivas trazadas por el legislador. La orientación en sí misma no puede ser más sana; se adivina que el autor se ha empeñado en hallar el infalible término medio, tratando de orillar el *scylla* de la pena legal y el *caribdis* de la pena judiciaria. ¿Lo ha conseguido plenamente? Es difícil con-

Digitized by Google

testar a esta pregunta, cuya certera respuesta depende de circunstancias políticas, para nosotros de orden criptográmico y enigmático. Estimamos que no se ha dicho en el Mundo una verdad más grande que la que encierra el — *virtus est in medio* — de Aristóteles, ni que tampoco exista dificultad más escabrosa que la de establecer esa equidistancia entre los puntos extremos.

La clasificación del criminal se halla blindada por una sólida tradición jurídica, para que pueda traicionar sensiblemente la realidad. El delincuente ocasional, el delincuente por tendencia y el delincuente circular, son tres tipos modelados por la realidad, que han logrado hacerse sitio en el campo de la observación: no son como tantos conceptos proyecciones del sujeto sobre el mundo exterior, sino diseños del mundo exterior sobre el sujeto. Existe un hombre que cae en la tentación, existe otro que nace con ella, existe un tercero que se la asimila; el primero, es el delincuente ocasional; el segundo el delincuente por tendencia; el tercero, el reincidente y el habitual, que en un grado mayor de jerarquía se vuelve profesional. En la gama casi infinita de las clasificaciones académicas es raro que no aparezcan estas tres categorías bajo diversas denominaciones. Si faltaran otros elementos de juicio, sería esta sugestiva coincidencia una bruñida patente de justeza y ponderación. Debe aplaudirse en ella no sólo su realidad, sino igualmente su adaptación a la gama de los recursos de que dispone el Estado para defenderse del criminal. Los que fueron nuestros discípulos recordarán la insistencia con que preconizábamos en la Cátedra, la necesidad de que las clasificaciones no sólo se ajustaran a la enseñanza de los hechos, sino que consultaran además los medios de que dispone la sociedad, para combatir en su raíz la fuerza operante que actúa en cada tipo criminal. Separándonos parcialmente de las clasificaciones corrientes más o menos académicas que luchaban entonces por adquirir la supremacia escolar, nosotros amoldábamos la nuestra a los medios conocidos de defensa social, métodos *educacionales, reformativos, curativos* y de *segregación* o *eliminativos.* Fiados en esos cuatro puntos de apoyo, admitíamos el tipo que corresponde a la minoridad y la sordo-mudez; el tipo patológico y el incorregible, inasequible a toda adaptación social ulterior. En la categoría de los patológicos incluíamos al anormal de conformaciones fronterizas, con un pie en la responsabilidad y otro fuera de ella, y que entonces se catalogaba ordinariamente como sujetos de imputabilidad fragmentaria o parcial. El Proyecto se aparta a su respecto del *modus operandi* inicial, de tratarlos como sanos, del subsiguiente, de considerarlos como semienfermos, con una responsabilidad en declinación, y del último y reciente, de encararlos como verdaderos enfermos. El primer sistema, conducía al nihilismo represivo, por el divorcio entre la tipología del delincuente y los medios empleados para combatir su acción; el segundo, arras-

Digitized by Google

traba a la lenidad punitiva con grave menoscabo del orden social; el último, choca dentro del espíritu que informa el Proyecto con el factor de culpabilidad que poco o mucho, como el oro en el fondo de la retorta, existe en el espíritu del sujeto. De acuerdo con esta tesis con lógica de hierro, el autor se separa de los métodos defensivos más prestigiosos: el monista, de la absorción de la pena por la medida de seguridad; el dualista, de la aplicación sucesiva de la pena y la medida de seguridad, con prioridad de la primera según un sistema, y precedencia de la medida de seguridad, según el otro, para naturalizar el sistema del Proyecto Argentino, que preconiza la internación en un establecimiento especial, para ir luego a la medida de seguridad, si fallan los procedimientos curativos, o a la pena, si lograran éxito.

Las circunstancias agravantes y atenuantes, son objeto de una enumeración taxativa en el Proyecto. Coincide parcialmente el Proyecto sobre este punto, con el método adoptado por el Código Uruguayo. Debemos convenir que la crítica en general no le es propicia ni aun en la forma meramente enunciativa que sigue el Código Uruguayo, respecto de las circunstancias atenuantes.

No podemos compartir ese criterio que nos parece demasiado purista, filosófico y académico. La enumeración legislativa, sobretodo cuando admite la interpretación extensiva, encierra una fuerza de comprensión que rara vez se descubre en ninguna fórmula sintética por saliente que fuere su justeza. Las circunstancias registradas actúan como ejemplos; y es harto sabido que un buen ejemplo sugiere, induce y enseña acaso mejor, que la más impecable de las definiciones.

La jurisdicción represiva se funda en el principio *de la territorialidad,* limitado o corregido por las doctrinas de *la defensa y de la personalidad.* Es el Estado en cuyo territorio se comete el delito el llamado en primer término a entender en su juzgamiento, pero no se puede prescindir en ciertas circunstancias, de acuerdo con sus fines, ni de la nacionalidad de la víctima, ni de la nacionalidad del delincuente ni de la filiación política colectiva del derecho lesionado. La mejor manera de neutralizar el choque de las doctrinas rivales es a veces obtener su conjunción parcial, mediante acomodamientos singulares, o su conjunción integral según el método hegeliano, mediante una síntesis superior.

El dolo consiste, sustancialmente, en la volición de los resultados del acto o de la omisión. La culpa se integra, por los cuatro elementos viscerales que entran doctrinariamente en su composición; *la imprudencia, la negligencia, la impericia y la inobservancia de las leyes u órdenes de la autoridad.* En esencia, resulta imposible no ver en ella una evocación o mejor dicho una transusbstanciación, de la fórmula del Maestro de Pisa: la *omisión* voluntaria en prever las consecuencias posibles y probables del acto o de la *omisión.* La ultra-

Digitized by Google

intencionalidad *(preterintenzionalitá)* se caracteriza por la violación en sí misma del acto o de la omisión y la imprevisión consecuencial de los resultados. Es una mezcla de dolo y de culpa según el concepto tradicional forjado por los juristas y consignado en los cánones.

La ignorancia no sirve de excusa — *dura lex sed lex.* — El error de hecho, absuelve de culpa y pena salvo el caso, de que la acción o la omisión, constituyan en sí mismos uno de esos delitos singularizados — *ope legis* — por la imprudencia, la negligencia, la impericia o la violación de las leyes o reglamentos. El estado de necesidad parece fundido en el crisol de las doctrinas objetivas Hegel, Moriaud, Alimena, contrario al espíritu de las enseñanzas subjetivas que admitían la inimputabilidad, *propter perturbationem animi.* No conocemos ninguna otra fórmula que juzgada en su propio clima y en su radio de acción resulte tan clara ni tan precisa ni de una elegancia equivalente. La legítima defensa, se apoya en las tres columnas naturalizadas por la tradición y que el tiempo no ha logrado desvirtuar: la agresión ilegítima, la necesidad racional del medio empleado y la falta de provocación suficiente. El Proyecto agrega un cuarto sustentáculo, que en las otras fórmulas aparece refundido en la tercera y es la imposibilidad de prevenir la agresión sin riesgo o peligro.

La contemplación de las sentencias extranjeras a los efectos de configurar la tendencia a delinquir, la reincidencia y la habitualidad, constituye una delicada conciliación, un magnífico engarce, de los principios al parecer antitéticos que rigen la integridad de la soberanía nacional y la lucha *urbi et orbe,* contra la acción convulsiva del delito. En la renuncia *sub conditione* se halla a veces la mejor confirmación de los principios, no siendo raros los casos en que el otorgamiento, constituye uno de los proteicos disfraces de la reivindicación y la adquiesencia, de la negación.

El verbo de la concausa, sin diferir sustancialmente de las fórmulas doctrinarias y legislativas más conocidas y de mayor realce, se singulariza por su gran fuerza de sugestibilidad que hace que *prima faciæ,* sin la penetración que infunde el rozamiento con la materia, se descubra que esta circunstancia tiene por objeto resolver un problema de mecánica humana, de verdadera coparticipación causal, en la génesis propia del delito.

La configuración de la tentativa es rigurosamente ortodoxa y se ciñe a los viejos cánones en cuanto exige para su validez que se haya empezado a ejecutar el delito, el desistimiento en la ejecución y la coerción en el desistimiento.

La imposibilidad del delito por la ineficacia absoluta de los medios y la inexistencia real también absoluta del objeto, transforma la tentativa en un mero proceso subjetivo, en una simple vibración de la voluntad, sin contenido sustancial represivo alguno, ni equivalencia jurídica o legal.

Digitized by Google

El problema de la reincidencia y la habitualidad, se soluciona en el Proyecto con sujeción a cuatro principios virtuales: asimilación ontológica — sin equivalencia punitiva — de la genérica a la específica y de la habitual a la ordinaria; acendramiento, sublimación o monetización del delito a través de la sentencia ejecutoriada, transcurso de un plazo (en la reincidencia habitual) entre el primer delito y los subsiguientes; valorización a los efectos represivos, de la sentencia extranjera.

La reiteración, el delito continuado, la suspensión condicional de la pena, la liberación condicional, las circunstancias extintivas del delito y de la pena acusan también una estructuración semejante a la del Código Uruguayo.

Esta similitud de bosquejo no logra disimular ni encubrir ciertas diferencias, que se destacan como infiltraciones características o específicas en la homogeneidad del fondo común. Así, por ejemplo, los medios de seguridad, no reconocen límite máximo en el Proyecto, respecto de los delincuentes habituales, y admiten una frontera de quince años en el Código Uruguayo. Prácticamente la existencia del límite y su ausencia se confunden, si se tiene en cuenta que para los delincuentes más peligrosos, la frontera se halla cronológicamente colocada a tal distancia que en ella se absorbe la vida o los medios positivos de delinquir.

El árbitro judicial tiene mayor amplitud en el Código Uruguayo que en el Proyecto, porque mientras en el primero el magistrado puede moverse libremente entre el máximo y el mínimo de cada pena, en el segundo esa libertad aparece limitada por la graduación legal.

La ultraintencionalidad en la ley uruguaya, se extiende a las circunstancias que aminoran la virulencia del delito, lo mismo que a aquellas otras que dan por resultado su agravación, mientras que en el Proyecto se circunscriben a las primeras. El error de derecho admite en el Código Uruguayo, tratándose de las faltas, prueba en contrario. La legítima defensa, involucra en la ausencia de provocación suficiente, la provocación de la provocación, específicamente catalogada en el Proyecto Brasilero. La frustración aparece en éste como una modalidad de la tentativa, mientras que en la ley uruguaya se presenta como una forma alotrópica de la consumación. Además el régimen punitivo es diferente en ambos cuerpos de leyes; más circunscrito y pormenorizado, en el primero que en el último. El Código Uruguayo admite dos grados de habitualidad: la facultativa y la preceptiva, mientras que el Proyecto sólo reconoce una clase. La peligrosidad en el Proyecto descansa fundamentalmente en una clasificación legal — criminales por tendencia, reincidentes y habituales, — y en el Código Uruguayo en el alcance doctrinario de una fórmula que sintetiza el contenido de la peligrosidad. Las circunstancias agravantes y atenuantes son taxativas en el Proyecto y las últimas sim-

Digitized by Google

plemente enunciativas, en la ley uruguaya. La anormalidad aparece asimilada a la enagenación mental en el Código Uruguayo y tratada en el Proyecto como un *spécimen* de la responsabilidad o una manifestación de la irresponsabilidad, según los resultados de una investigación preliminar por la internación previa del autor del hecho, en un establecimiento especial. La reiteración se plasma ideológicamente, en el primero, en la doctrina de la *responsabilidad indivisible y la pena progresiva*, y en el segundo, en la teoría de la *acumulación intensiva*, caracterizada por la exacerbación de la pena más grave dentro de límites legalmente infranqueables. El fenómeno se repite con el delito continuado. El Código Uruguayo excluye *expressis verbis, la unidad de lugar;* el Proyecto brasilero no se pronuncia; el Código Uruguayo sintoniza con la pluralidad del sujeto *pasivo*, el Proyecto guarda silencio; el Código exige la *unidad específica de la ley violada*, el Proyecto requiere la unidad genérica que se traduce por la identidad de naturaleza; el Código finalmente, transforma la conjunción delictiva en una agravante que le permite al Juez escoger la pena adecuada entre el máximo y el mínimo de la pena asignada al delito, el Proyecto le fuerza la mano al Juez, elevando la pena y circunscribiendo su elección entre un tercio o dos tercios de la sanción máxima. La retroactividad encuentra en el Proyecto una plausible barrera, en el régimen de las leyes especiales, temporarias o de excepción, que no se descubre en el Código Uruguayo.

Et sic de cæteris: no comporta ninguna utilidad, insistir en su examen. ¿Por qué se destaca más el Proyecto de Alcantara Machado, por lo que tiene de semejante o por lo que reune de diferente, con el Código del Uruguay? Es muy difícil dar una respuesta atinada a esta pregunta, que aparte de las complicaciones técnicas inherentes al Problema en sí mismo, concita además las psicológicas que naturalmente emanan de la inclinación de todo autor por su propia obra. En nuestro concepto, la duda no ofrece una solución irrecusable: cada ley debe ser juzgada en su país en su propio clima y no fuera de él; la faz política reviste tanta o más importancia que el aspecto académico. En ninguna disyuntiva resultan tan sabias las palabras de Pascal: *bien o deça des Pyrinées, mal o delà*, como tratándose de los Códigos. La salvación se halla en esos casos en un gran relativismo, conjugado con un gran espíritu de comprensión.

El tiempo de que hemos dispuesto no nos ha permitido orientarnos en el laberinto de sugestiones que constituye el examen de los delitos. *Hoy la he mirado* — decía un artista a quien se le pedía opinión respecto de una tela, — *mañana la veré.* Nosotros podríamos decir otro tanto: hemos bordeado la cumbre, pero sin intentar escalarla. En cuanto nos fuere permitido dar una impresión, en vez de un juicio, un balbuceo en vez de un dictamen, no vacilaríamos en afirmar que su catalogación es completa, su síntesis acabada, su cla-

Digitized by Google

sificación correcta, y su armonía, su correspondencia interior, su unidad orgánica, del más fino diapasón. El tamiz de la crítica y el filtro parlamentario, complementados por la asequibilidad del autor, se encargarán de darle a la obra lo que pueda faltarle y lo desembarazará a la vez de lo que pueda sobrarle. Siempre resulta, tener más ingenio *Monsieur tout le Monde,* que *Monsieur Voltaire;* es con la pequeña dádiva de los fieles, que se han levantado las más famosas catedrales.

En suma, y a guisa de síntesis o epílogo, creemos no caer en el ditirambo, manifestando que el Proyecto, nos resulta digno de la noble tradición jurídica del Brasil, digno de la jerarquía de su autor y digno, finalmente, de un estudio sereno, de una compnlsa meditada, de una crítica de alto vuelo.

Sentiríamos que se creyera que hemos querido sugerir o blindar *alguna conclusión;* nuestra labor se parece a la de un hombre engolfado en la lectura de una obra que va repitiendo al pasar más para sí mismo que para los demás en voz alta, las impresiones que le deja el libro.

Por eso quizás las palabras más adecuadas para terminar este discurso, son las que le sirven a un distinguido economista enemigo de las refriegas, para epilogar su libro: *Je n'imposse pas, je ne propose pas: j'expose.* Y eso mismo, *sine animus docendi,* y sin la pretensión de ser oído.

JOSE IRURETA GOYENA.

Digitized by Google

LA PROFECIA DE AMERICA

«De los fines de la tierra oímos cantos».
Quiero edificar un nuevo cielo y una nueva tierra. — ISAIAS, Caps. XXIV - LXV.

Aquellos argonautas
Se fueron por el desierto de las aguas.
¿Hacia la noche eterna, o los antípodas
O el infinito imperio de la nada?

A lo desconocido y la quimera
Partieron, delirantes, los galeones
De Palos de Moguer.
Entonces tuvo el «mar oceano»
Su almirante; mapa, astrolabio, aguja,
Cruz y timonel.
Y los faros de la inaudita esperanza...
Y se fueron por el desierto de las aguas,
Ebrios arcángeles de la aventura
Las deidades aladas.
La flota de los paladines de Ofir
De las Floridas y los Eldorados;
Las islas presentidas
Cipango y Cathay.

Volvieron por el desierto de las aguas
Fantásticos de su ensueño, su ambición y dolor,
Con el mensaje de las tierras nuevas;
Y cántaban en sus pechos las estrellas,
Y eran los truhanes y los quijotes de las tres carabelas
De Cristóbal Colón.

¿Fué el mensaje de Indias
El que portaron esos «hijos del sol»?
Suma de la maravilla ultramarina
De las rapsodias y las teogonias;
Tierra de Jauja y de Cipango,
Jardines de la «Ciudad del Cielo»;
Mármoles y oro de Salomón.
Monstruosos mirajes
De «l'aurea Chersonesus»,
Piedras de las montañas de Pariá;
Las águilas, los elefantes, los esclavos
De las comarcas del Gran Kan?

Digitized by Google

No. — Otro es el testimonio del Océano
Que viera ir y venir las carabelas
De Cristóbal Colón.
¡Océano, padre de América,
Esquiva visión que el Almirante
Niega y reniega con la amarga esperanza
De su alucinación!
Amargo testimonio del Océano
Que ahogó las profecías del piloto
En la gloriosa realidad de un mundo;
«Infierno de las Indias»;
Miseria, traición, muerte.
Pero venció al Océano, trayendo
Por el virgen desierto de las aguas:
Continente y dolor; isla y tragedia:
¡América!

RIO DE LA PLATA

«... Y se vertirían de las empinadas cumbres los cántaros de agua sagrada de los lagos andinos, para la sed del yermo universal. Tornaríase el sol de nuestros mitos un atributo familiar para el mundo en tinieblas...». — «*El Nuevo Acento*».

Entre un tropel de estrellas y de hechizos
Llegó de Lepe a éste mi «mar dulce», —
Vástago indio del Océano, —
El «piloto mayor».
Y por el torbellino de los mitos
El otro, «paje y vasallo leal»
Vió un cerro a la orilla del mar.
Y el otro, «gentilhombre del Emperador»
Que fondeó en el Riachuelo,
Con el equipaje de sus bergantines
Trajo el mito, la estrella, el milagro,
La fascinación.

Imperios, metales y piedras preciosas;
Romances, gigantes; jaujas y sirenas
Prometió al delirio del aventurero
Mi «río como mar».
Con la mala derrota, la bonanza o el vórtice, —
Fábula, pesadilla, desengaño, —
Salvando los abismos y los paralelos
Se animó la «quimera fluvial».

Digitized by Google

Bajo el ojo del mástil y el pulso de la vela,
Y la mística del cielo y la onda,
La epifanía de la estirpe inédita
Fué el Río de la Plata eso, y el insomne follaje
Para el Conquistador.
Fascinación astral y hechicería
Que pusiera el pendón de Castilla
Cruz de esmeralda y oro,
En el Templo del Sol.

Hoy lo surcan los prismas de las quillas;
Las hélices y los cascos de acero
De la nueva conquista.
Viola el silencio virgen
El motor de los nuevos bateleros.
Y las locomotoras y los dinamos
Colman el vientre de los tonelajes.
Y la nueva aventura
Trocando los fortines por la máquina
Se abalanza en la cósmica llanura.
Y hasta el paisaje virgen, los deltas y las islas
Lleva la trepidación de las usinas
Y el tumulto de puertos y de razas;
Las dragas y cruceros, submarinos,
Y la ilustre barbarie de las minas.

Río de Plata, quimera suspirada,
Mito fluvial,
Abre tus brazos de hombres, de tierras y de razas,
Los de Montevideo y Buenos Aires
Al hambre y a la sed universales.

Pero el azul ingenuo de tu cielo;
El ritmo de tus aguas y tus plantas;
La mirra de tu selva;
El limo de tu entraña,
Es tuyo Río de Plata, y es tuya
Tu senda en el laberinto de los rumbos,
Tu voz en la sinfonía de las voces;
y el néctar de tu sol y de tu suelo
Y el metal de tu veta y de tu fe;
El plasma de tu alma y tu leyenda,
La virginal promesa de tu Genio,
EL NUEVO ACENTO en la turbia Babel.

JOSE G. ANTUÑA.

Digitized by Google

HORACIO QUIROGA Y EL «CONSISTORIO DEL GAY SABER» (1)

VII

A pesar de las vicisitudes y los desencantos sufridos en los bulevares de París, antes tenidos como aortas únicas de la circulación espiritual, la quimera no sólo continuó aleteando poderosamente entre la polvareda del derrumbe, sino que su adhesión a las modernas corrientes literarias, abandonando el benévolo eclecticismo de la «Revista del Salto», iba a adquirir posturas francamente bélicas y extremistas.

Principiaba el año 1900. Todos sus mejores amigos, Brignole, Jaureche, Asdrúbal E. Delgado, José María Fernández Saldaña, estaban en Montevideo, siguiendo los cursos de las facultades superiores. A ese grupo de antiguos camaradas había que añadir otro, Federico Ferrando, también oriundo del Salto y primo de Jaureche, con quien Quiroga, antes del viaje a París, había trabado relaciones muy cordiales. Ferrando poseía todas las llaves necesarias para entrar en la difícil intimidad de Quiroga, principalmente la del exotismo que, por sí solo, ya prometía una amistad rica en perspectivas y matices pinto-

(1) Estos dos capítulos que hemos reunido bajo el título común: «Horacio Quiroga y el Consistorio del Gay Saber», forman parte de un libro inédito que han escrito en colaboración los doctores José María Delgado y Alberto J. Brignole con el título «Horacio Quiroga. Su vida y su obra», y que aparecerá en breve. Hemos hecho ya la presentación del primero de estos autores (véase tomo I, pág. 250). En cuanto al segundo, diremos que ALBERTO J. BRIGNOLE nació en la ciudad del Salto, cursó sus estudios en la Universidad de Montevideo y se graduó de doctor en la Facultad de Medicina. Su actividad médica se orientó hacia la especialización en las enfermedades de las vías respiratorias. Halló amplio campo clínico a sus estudios en el Hospital Fermín Ferreira, en el que fué durante varios años Médico de Sala, y, luego, Director General, cargo éste que desempeñó desde 1915 hasta 1933. Actualmente es miembro de la Comisión Nacional de Defensa contra la Tuberculosis. Sus trabajos de investigación clínica han sido publicados en revistas técnicas del país y del extranjero. Es autor, además, de «Defensa Social contra la Tuberculosis» y «Cartilla sobre la tuberculosis», trabajo éste aprobado y publicado por la Sociedad de Medicina de Montevideo. Difícil es reconocer en el eminente tisiólogo a cuya obra nos hemos referido, al romántico estudiante de principios del siglo, compañero de bohemia y de parrandas literarias de Horacio Quiroga, bohemia y parrandas que ahora cobran nuevamente vida y color en las pintorescas páginas de esta evocación llena de sensibilidad y de belleza, y tocada por la inevitable melancolía de lo que se fué para no volver.

Digitized by Google

rescos. Porque, borracho de irrealismo, Ferrando en todos lados vivía menos en el quicio de las cosas. Era una existencia totalmente dedicada a los cultos imaginativos, a la que el constante vagar estratoesférico había concluído por dar al rostro una especie de esmalte cándido y sonámbulo, traspasado por dos ojos azules a los que jamás se asomaba la malicia. Todo era un poco raro en él: su cara punteada en rojo por el acné; su nariz roma que, colocada en el centro de un óvalo ingenuo, le daba el aspecto contradictorio de un «sátiro inocente», según el decir de Quiroga; sus melenas inextricables, su abandono corporal y vestuario; sus versos desconcertantes como joyas talladas por geniales orfebres de manicomio; y hasta su modo de entregarse al sueño. «Dormía — recuerda Fernández Saldaña — de barriga, con las manos para arriba un poco crispadas y la cabeza torcida completamente de lado con una increíble flexibilidad de nuca y pescuezo.» Y, añade, «el pelo desgranábase sobre la almohada muy baja. Parecía un nazareno resguardando en la penumbra su perfil ñato como el de los retratos de Verlaine.»

Quiroga decidió quedarse junto a sus amigos y fué a habitar con Jaureche un cuarto en el segundo piso de una casa de pensión, sita en la calle 25 de Mayo número 118, entre Pérez Castellanos y Colón. Brignole vivía a media cuadra de allí.

Los meses pasados en París habían sido para Quiroga paralizantes en materia de producción. Fué una atonía de esterilidad total, ni siquiera cortada fugazmente por un esbozo de poema o un deseo de anotar impresiones. Las epístolas, tan breves en el número como en el texto, no vocean el desgano, pero lo rezuman. Bastó, sin embargo, la reintegración a su ambiente y el contacto con los amigos para que la energía creadora se le despertase con crecido vigor. Comenzó a vivir una época de actividad literaria intensa, aunque realizada preponderantemente con ánimo festivo. Todo lo que en los años anteriores el culto del verso y las sesiones declamatorias tomaban el sesgo de las gravedades religiosas, ahora tendían hacia un humorismo casi bufo. El objeto era la carcajada y no la emoción. De este modo, el imperio de la extravagancia y el desequilibrio adquirió tal fuerza de hábito que se hizo difícil escribir en serio sin que lo abstruso o chillante apareciese. De allí tantos versos y relatos a los que en vano se buscaría un eje razonable. Eran ráfagas de locura a las que, como niños sedientos de juego, deliberadamente se entregaban, y no sin provecho, ya que extraerían de ellas imágenes y expresiones absolutamente originales. Por la puerta del absurdo entraban al dominio de la personalidad. Inútilmente se buscaría en la producción de ese período la influencia de nadie. El que más en esos instantes se dedicaba al estudio de ellos mismos era Brignole. «Los hombres de las telas», «Andrés Patena», «El gran loco», «Juan Idiota» y otros personajes que aparecen en prosas y poemas mantenidos inéditos, son

Digitized by Google

autorretratos anímicos invalorables para revelar la lucidez mental con que aquel grupo navegaba por los mares de la alucinación.

Quiroga y Ferrando, que no tenían ninguna ocupación fija, a no ser la de sacar del espíritu inagotable, como un prestigitador de su galera, deducciones e imágenes inopinadas, andaban juntos durante las horas del día errando por las calles o divagando en casa del uno o del otro.

Por la noche se congregaban todos en el «Café Sarandí», situado en la calle de ese nombre, entre las de Cerro y Juncal. Se unían allí con muchos camaradas, algunos salteños, otros de la Capital o provenientes de distintos departamentos del interior, muchachada universitaria, en su mayoría, llegada a Montevideo para seguir sus estudios y que vivía a lo como se puede, desparramada por casas de pensión e inquilinatos. Clientela de estudiantes y pretendientes a la mano de doña Gloria, más ruido que beneficio aportaba a los intereses del negocio, no obstante lo cual era benévolamente acogida por su dueño. Mucho hacer maniobrar torres, reyes y alfiles; mucho largar cada ¡vale cuatro! y cada ¡órdago! que hacían estremecer a los burgueses parroquianos; mucho dejar las mesas de mármol cubiertas de caricaturas, dibujos y dísticos desopilantes, pero el consumo apenas alcanzaba a los cuatro centésimos que costaba la taza de café y eso no siempre; a lo más se estiraba hasta alguna partida de billar pasatiempo en el que Quiroga llegó a ser un modesto campeón de diez y doce carambolas por tacada.

Mucha gente después famosa en la política, en las artes, en el periodismo, y en las carreras liberales, formaron parte, más o menos permanentemente, de aquella falange bullanguera y heteróclita en la que se encontraban desde las almas más pristinas hasta las que parecían escapadas de una fiesta saturnal.

La barra tenía su punto de concentración en las mesas del fondo del café. Las mañanas de los domingos y días de fiesta, aguardando la salida de la misa de once que congregaba en la Metropolitana a la flor y nata de la juventud femenina, o en las horas crepusculares para contemplar el habitual desfile de las damas por la calle Sarandí, el grupo se apostaba en línea militar, parte al borde de la acera, parte contra los muros, Quiroga de punta en blanco, pulido y esbelto como un Doran Gray.

Era una doble hilera temible: no pasaba una que no fuese acribillada por piropos y requiebros. Cruzaban ellas despectivas, «taconeando imperios», por entre el coro de salmistas impenitentes, algunos de los cuales ya empezaban a tener cierto renombre. A veces una preguntaba en secreto a la otra:

—¿Cuál es Quiroga?

—Ese de la barba y la cara de Jesucristo.

—Parece «chic», che.

Digitized by Google

—Sí, pero es medio tocame un schotis.

Las veladas en el café no se prolongaban mucho. A las diez comenzaban a disgregarse. Quiroga, Jaureche, Ferrando y Brignole se dirigían a pie al cuarto del primero. Poco a poco iban entrando en un risueño mundo de exaltación. Los faroles amarillos como ojos de bichos nictálopes, los árboles donde la luna colgaba sus gasas metafísicas, el paso misterioso de una dama, el aliento báquico de los sotabancos, todo los empujaba hacia la fantasmagoría cómica, sugiriéndoles apropósitos desconcertantes.

Eran el preludio al aire libre de los grandes oficios que se celebrarían de inmediato en el cubículo de la calle 25, primera sede del célebre «Consistorio del Gay Saber». Fernández Saldaña, en los apuntes que encarpetara con el objeto de escribir algún día la historia «política» de ese cónclave, describe así el cuarto y los muebles que lo alhajaban: «Era una piecita larga y angosta (no muy larga tampoco) con un balcón en el que nunca había sol, dos puertas laterales condenadas y otra que daba a un corredor o galería cerrada con vidrios comunes. La escalera era un fatigoso y oscuro caracol de madera que concluía bajo un tragaluz sin ventana, abierto al cielo. El mobiliario se reducía a dos catres, cuatro sillas, un lavatorio, una cómoda que nunca se vió cerrada, una mesa de pino que tendría un metro, una mesa de luz y una percha de madera a cuatro anillos. Adornaban las paredes una lámina de Víctor Hugo, «La mirada al sol» de Riviere (cromo tinta), dos otros retratos, multitud de dibujos míos, una pipa a la cabecera de Quiroga y algunos dibujos de éste.»

La misa comenzaba encendiendo el cirial: un calentador de kerosene. Los vapores y el borboritar del agua en la pava, procuraban el incienso y la música. Jaureche, sacerdote perito en la materia, preparaba la poronga, la yerba y la bombilla. Y pronto el mate, ejerciendo de cáliz, iba pasando de mano en mano, sabroso al principio y bien aderezado, pero al final, como nadie se ocupara de cambiar o dar vuelta a la yerba, convertido en una nauseosa lavativa, lo cual no obstaba para que los cofrades lo siguieran sorbiendo interminablemente.

Y es que ya se habían ausentado de sus sentidos vulgares para entregarse a antifonarios y ejercicios de locura y embriaguez espiritual. Sus juegos eran diversiones de niños psíquicos que se entretienen en apilar consonancias de modo repentista, o en tratar de armonizar las cosas más dispares, o en iniciar una especie de fuga galopante sobre un tema absolutamente tonto, o en ver quien conseguía llegar más al fondo de lo absurdo: todo como si se tratara de sacar, a puazos de ingenio, trompos de una troya o de remontar cometas inverosímiles.

Solían pasarse las horas corriendo pencas geográficas, que se cifraban en ir diciendo por turno nombres asonantados de lugares ins-

Digitized by Google

criptos en el mapamundi, proclamándose vencedor al último en agotar el venero de las correspondencias rítmicas. Ciudades, lagos, ríos, arroyos, montañas, países, estrechos, bahías, cabos, promontorios, mares, desiertos, ¡la tierra entera!, cruzaban en teoría inacabable, exigiendo al recuerdo y los conocimientos almacenados una gimnasia que, en su misma violencia y en sus brotes inesperados, hallaba motivos de juerga estrepitosa.

Otras veces se trataba de redactar historias, apareando palabras y frases en tal forma que resultasen los mayores dislates e incongruencias posibles. Se requería indudablemente un talento especial para entregarse a este género de composiciones, y la gracia estaba en dar instantáneamente en tal colmo disparatado, que las carcajadas hubiesen de salir chisporroteando como cohetes. Así uno comenzaba diciendo: Había una vez un loro... y el otro proseguía en seguida: vestido de Guatemala.

O se dedicaban a improvisar versos de factura impecable en cuanto a la métrica, pero en los que fuera imposible hallar nada que estuviera en su punto. Las cosas más descabelladas salían a relucir, aumentándose su efecto por el tono enfático con que eran expresadas. A fuerza de ejercitarse en estas lides llegaron a adquirir una facilidad subitánea, un dominio de la rima y una facundia verbal tan notables que eran capaces de mantener el chorro de sus gárgolas líricas durante largo tiempo. Y en tal forma eran cogidos por esta fiebre que terminaban por no poder hablar entre ellos sino en verso.

En ocasiones se ponían a fabricar sonetos en colaboración, sin ponerse previamente de acuerdo sobre el tema a desarrollar. Al tuntún uno soltaba la primer estrofa, el otro lanzaba de inmediato la segunda, el otro la tercera y así hasta el final. La técnica, como siempre, resultaba perfecta y el conjunto a veces una idea que alcanzaba a desplegarse con cierta unidad y, otras, en su mayoría, un hilarante descalabro de la lógica.

Un día trataron de escribir un drama en igual forma. Pero éste no salió jamás de la intención, perdiéndose en discusiones preliminares. Estaban de acuerdo en que los dramas conocidos pecaban por demasiado precisos; el de ellos debía de ser absolutamente abstracto. También llegaron a ponerse de acuerdo sobre la denominación: se llamaría «La sombra de Swedemborg». El resto fué materia de ardientes controversias, desarrolladas entre burlas y veras, empezando por el nombre a dar a los personajes, cosa que consideraban esencial porque, como el drama iba a ser abstracto, debía de surgir en gran parte de los patronímicos que tuviesen sus protagonistas. El argumento no los preocupaba: iría como el polluelo rasgando la cáscara por sí solo, a medida que se entrase en la faena. Claro está que con este plan y el margen excesivo que en él se adjudicaba a la intervención de la buena ventura, la tentativa escénica murió nonata.

Digitized by Google

Las veladas, primero discretas, se fueron poco a poco prolongando hasta la madrugada, encendidas en grado cada vez mayor por la exaltación, y convirtiéndose, como el zumo de las adormideras, en una irresistible necesidad. Ningún programa de retozo era para ellos superior al que le procuraban estas horas de comunión delirante. Ferrando fué quien bautizó las reuniones con el nombre de «Consistorio», cuyo título completó más tarde añadiéndole «del Gay Saber», para definir su naturaleza y su identidad con las congregaciones de los juglares provenzales.

Como se ve, el tal «Consistorio», al que luego la historia acogería otorgándole cierta dignidad en el desarrollo de las letras uruguayas, fué sólo una especie de cantina psíquica, en la que un grupo de jóvenes se embriagaba noche a noche, entregándose por puro afán de risa a contrapuntos sui géneris, o a fabricar en colaboración mosaicos y retablos líricos furiosamente extravagantes. Lejos del ánimo de sus fundadores estuvo la pretensión de sembrar normas nuevas en un campo envejecido: era para fiesta propia que allí se encendían antorchas inimaginables, se destrizaba al sentido común y se hacían saltar a las ideas y las palabras por los tejados más estrafalarios.

En lugar de una capilla dedicada al fomento de literaturas rebeldes, semejante a las que en Europa acostumbran fundar con propósitos de proselitismo y combate los escritores insurgentes, debe mirársele como un retiro personal consagrado a los cascabeleos del ingenio. El numen que allí vibraba era en absoluto intrascendente y humorístico, lo cual no quiere decir, ni que en sus cosechas no se encontrase frecuentemente trigo de buena ley, ni que a pesar de su inclinación al disparate — «hasta lo absurdo es bello si lo ilustra Pegaso» — fuera todo reverberación fugaz, ni que aquellas momerías dejaran realmente de ejercer en forma más o menos directa alguna influencia sobre el medio artístico. Productos genuinos del «Consistorio» y reflejos exactos de sus fiebres, son muchos de los artículos publicados en revistas, almanaques y diarios de la época que causaron el estupor o la reacción iracunda de los rutinarios, prestos siempre a asombrarse y encenderse al menor conato evolutivo, en el primer año del siglo nuevo.

A menudo acudían a las sesiones consistoriales, siguiendo el tren de sus antifonias, Asdrúbal E. Delgado, José María Fernández Saldaña, Julio Lorenzo, Emilio Barbaroux, Eduardo de las Muñecas y algunos otros jóvenes.

El Consistorio tenía su arcediano, su campanero, sus monaguillos, su archivero y demás oficiantes sacramentales. Todos ellos, en una de las veladas, compusieron unos ditirambos poemáticos alusivos a las funciones que desempeñaban, los cuales, como todos los episodios importantes del «Gay Saber», quedaron registrados en su archivo. Es lástima que este memorial se haya extraviado, (tal vez se encuen-

Digitized by Google

tre algún día entre los papeles dejados por Quiroga en las Misiones) porque él sería un fehaciente documento del espíritu que animaba a la congregación; espíritu, volvemos a acentuarlo, para desvirtuar cierta leyenda, concretado al epicureísmo intelectual puro, al chisperío del buen humor psíquico y al que jamás envaneció la idea de sentirse heraldo apostólico de una nueva fe.

Confirma esta tendencia hacia la desvinculación con el medio exterior, el mismo apodo que los iniciadores se dieron: ya no les cuadraba el penacho, la arrogancia y la espada del mosquetero, sino más bien el hábito de los que viven dentro de sí, en las comarcas de la supervivencia. Se titularon brahmines, y Brignole dejó en «Los hombres de las telas», conjunto de nueve relatos escritos de un tirón la noche del 15 de marzo de 1900, una semblanza de ellos que vale la pena reproducir, no sólo como una prueba del hermetismo ya señalado, sino como ejemplo de la literatura consistorial.

«Estos tres brahmines — cuenta — se pasaban las horas en deleite. Conversaban, al ritmo de Brahma, del pasado como si fuera presente y nunca sabían del presente más que por ellos mismos, que vivían en el porvenir. Por eso digo que los brahmines estaban locos. Y nadie los conocía por tales, porque ellos eran muy avisados de su locura y la encerraban cuidadosamente en su pagoda, donde tenían un fonógrafo y papeles y unas pinturas de Maitland (Fernández Saldaña) y ningún señor, porque ellos eran señores de sí mismos y en su poderío sólo ellos eran poderosos y nadie más, ni aun otros que podrían ser locos. Cuando se murieron se supo que eran locos porque se encontró un testamento de ellos mismos que no tenía firma.»

Y tal como lo narra la historia, aunque ellos eran locos, «eran muy avisados de su locura» y en su señorío sólo ellos eran señores y ningún otro, aunque pudiera serlo por loco también; queriendo decir con esto que se habían construído un mundo aparte, estrafalariamente irreal, para uso exclusivo de los tres que, en su locura, se entendían maravillosamente y vivían a su entera satisfacción.

Las ocho «telas» restantes tienen igual miga humorística, con perogrulladas aparentes, malabarismos verbales, deducciones ilógicas y cierto sentido parabólico, sólo desentrañable para los que están en condiciones de mirar la alegoría desde adentro. Así nos presentan al hombre «que no viéndose bien a sí mismo creyó del caso y razonable usar lentes, y comprendió que la razón es de los que tienen doble vista.» Y la del sujeto que estaba cansado de ser hombre, fatiga dimanada «de que él era demasiado hombre, en tanto que los demás eran humanos, y la humanidad de los otros le daba grima. Y como sólo eran hombres en apariencia, de ahí su disgusto de pertenecer, también en apariencia, a su misma especie. Y ese hombre que estaba cansado de ser hombre, vivió siempre perfeccionando su especie de hombre, a fuerza de vivir su eterno cansancio entre los otros hombres

Digitized by Google

que nunca se cansaban». Y la del lego de nacimiento que «habiendo digerido todos sus conocimientos en muchos años de estudio con un método tan regular como el de su estómago, que nunca tuvo una indigestión, jamás pudo resolver un solo problema y vino a morir un día de Viernes Santo, haciendo vigilia.»

Indudablemente estas «telas», escritas una tras otra en un término de breves horas, evidencian el estado de adiestramiento y fecundidad que habían logrado los jóvenes del «Consistorio», gracias a sus continuos exaltamientos nocturnales.

Ese ambiente no sólo propiciaría el borroneo de páginas más o menos llenas de genialidades y aberraciones discursivas, sino también experiencias como la del haschich, realizada una tarde por Quiroga en la sede del «Gay Saber». Quiso saltar del círculo de la fantasía al de las fantasmagorías provocadas, por ese espíritu de aventura que tenía tan arraigado, y, llevado a elegir entre los elementos que pudiesen servirle de vehículo para el logro de su antojo, escogió el haschich, de cuyas violencias alucinantes estaba bien ilustrado. Los tóxicos operantes sobre las facultades cerebrales tenían algo de fábula y misterio que siempre atrajeron su interés. Algunos como el cloroformo, el opio y el éter ya nada podían enseñarle; le quedaba el haschich. Un viaje por los países que esta droga engendra le prometía una evasión de la realidad en extremo pintoresca, y Quiroga, que era un poco como Fausto, muy capaz de vender el alma o un pedazo de la vida por satisfacer un capricho, y otro poco como Santo Tomás, amigo de tocar las llagas, decidió efectuarlo. Brignole, su camarada pichón de médico, le serviría de custodia en su peregrinaje por los imperios monstruosos que, conservando íntegra la lucidez, suscitan los extractos del cáñamo indiano. Ingerida la dosis, que en virtud de su indolencia en obrar fué repetida, Quiroga esperó sus efectos tocando la vihuela. Era un modo de disfrazar la atención angustiosa con que, minuto a minuto, se iba observando. Y aquí sí que cuadra bien lo del refranero: otra cosa fué con guitarra.

En el volumen que publicó bajo el título de «El crimen del otro», junto con la hoja clínica del caso registrada por Brignole, Horacio hace, «para instrucción de los que no conocen prácticamente la droga y para los apologistas de oídas del célebre narcótico», el relato de sus terrores y congojas. Ya veremos, al analizar la psicología de Quiroga, cuán inocente fué quizás el tóxico y cuán culpable su idiosincracia en muchos de los miedos y sobresaltos que lo afectaron en ese trance; pero, de un modo o de otro, lo cierto es que nunca más le vendrían deseos de renovar empresas de tal índole.

En octubre de 1900, fascinados por la lectura de viejos autores españoles, resolvieron llevar a cabo a la manera provenzal unos Juegos Florales en los que los tres brahmines serían mantenedores, jueces, público, y hasta Corte de Amor, ya que cada uno de ellos llevaba

Digitized by Google

espiritualmente su dama, a quien tendría derecho a elegir, caso de triunfo, reina del torneo.

Fernández Saldaña preparó el afiche. Quedó convenido que las composiciones debían de tener una estructura completamente arcaica, reproduciendo lo más fielmente posible el tono y el modo usados en las antiguas fiestas de esta especie. La gaya justa se verificaría el 13 de ese mes.

Los brahmines, presuntuosos e indolentes, lo dejaron todo para el último momento. Recién en la tarde del día señalado comenzaron su faena lírica, que a la noche terminaron en las mesas del «Café Sarandí». El Consistorio se reunió enseguida con la presencia de Jaureche y algunos de los tertulianos habituales. Fué una de las pocas cosas que en aquel cónclave burlesco se hicieron en serio.

Quiroga fué el primero en leer su romance. Llevaba por título «La protesta debe ser dulce», y así decía:

Tiendo a tus plantas, señora,
Mi corazón por despojo.
Ya está despierta la aurora
Y espero a su ambiente rojo.
— ¡Dulce vejez seductora! —
La senectud de tu enojo.

Tal vez hallaré en la justa
Muerte adusta.
Llevaré el acerbo rayo
Del dolor,
De mis lides, el valor,
De tus ojos, el desmayo.

Tengo pálido el semblante
Y anhelante.
Hubo un feliz tiempo en que
Dulce era toda demora...
Yo no recuerdo porqué...
¿Os recordáis vos, señora?

Lacias las plumas del casco
Tiembla cobarde el valor.
Por vuestra culpa el rubor
Ved, señora, de un Velasco!

Y es tanto mi desvarío
Y mi menguado sentir
Que, a morir — noble — de frío
Quiero — cobarde — morir
En vuestros brazos, bien mío.

Digitized by Google

Y si es verdad que inclementes
Fueron mis lares otrora.
¡Haya compasión, señora,
De Amor para los dementes!

Si pecado fué el deseo
El crimen fué muy consciente,
Que ante vos — a indiferente —
De Amor prefiero ser reo.

Quitara por vos mi nombre
Aunque asombre.
Si de la ley del valor
Borrasen mis embelesos
Dijera lleno de ardor:
¡Ante todo está el honor!
¡Y antes del honor sus besos!

Brignole lo siguió con este «Lay a la manera de Santa Fe. — En que la Corte de Amor decide de una querella».

CUESTION

Hurtar el cuello al tirano
Del amor
Leonor no supo — y en vano
Suspiró todo el verano
En el alféizar. Leonor
Quedó cautiva, sin que
El señor
La requebrara en buen pie,
Y tanta su pena fué
Que dió en locura de amor.

DEMANDA

A estas reinas,
Corte Sabia
En aquesta
Lid de amor,
Nos querella
Demandamos
De esta pena
Que a una dama
Bella y buena
Se infirió.

Digitized by Google

FALLO

Es el amor un hermoso
E gran tirano
Que se lleva de la mano
Toda víctima que faz.
El que su paso no esquiva
De sus redes
Queda preso, e bien vedes
Que es orgulloso de más.

Non otra cosa pasó
Con la dama que miró
A aquel galán de que hablades.
E como non se cuidó
E que mal se percató,
La su cuita es bien callades.

E por eso nos fallamos
Que non agravio infirió
El galán,
E que la dama dobiera
Más recatada de estar
Para que en otra ocasión
Non atacada estoviera
De la locura de amar.

En seguida Ferrando dió lectura a otro romance, cuyo texto lamentablemente no poseemos.

Puestos a votar sobre el mérito de las composiciones, Ferrando y Brignole se inclinaron por la de Quiroga, proclamándosele vencedor. Se le entregó la «Flor Natural» — una corola tallada en corcho y un ramo de acantos — que el poeta ofrendó a una bella niña montevideana, hoy venerable matrona, de quien era incógnito amador, y la que estuvo siempre a mil leguas de suponer el singular homenaje que se le rindiera una noche en un cuarto de líricos bohemios.

A fines de ese año el nombre de Quiroga comenzó a destacarse en el ambiente literario, gracias a un triunfo de cierta trascendencia. «La Alborada», semanario dirigido por Constancio C. Vigil, había abierto un concurso de cuentos al cual se presentó Horacio con el pseudónimo de Aquilino Delagoa. Constituían el jurado personas de

Digitized by Google

la mayor solvencia, José Enrique Rodó, Javier de Viana y Eduardo Ferreira. En noviembre de 1900 se expidieron los árbitros. Quiroga obtuvo el segundo premio con un relato titulado «Cuento sin razón, pero cansado» que, más tarde, denominándolo simplemente «Cuento», publicó en «Los arrecifes de coral». El primer galardón en aquel certamen le fué discernido a Oscar G. Rivas y el tercero a Armando Vasseur. La victoria de estos últimos no llamó mucho la atención: se trataba de literatos que ya gozaban de algún prestigio. La de Quiroga, por lo contrario, sorprendió; su nombre era casi desconocido. Al ser divulgado su cuento por las páginas de la revista organizadora del torneo, los comentaristas no le mezquinaron encomios. «Es un notable trabajo — afirmaba un crítico — de marcada tendencia modernista que revela poderosa imaginación y fuerza de talento.»

Saltando las bardas de la intimidad, Quiroga comenzaba a andar por los caminos ya diferenciado de la masa municipal. Había puesto el pie en el primer peldaño de una escala que entreveía luminosa y altísima, como la de Jacob.

Esa noche en el «Café Sarandí», la Medalla de Plata que había conquistado fué larga y clamorosamente festejada, y el «Consistorio», reunido en pleno, celebró su triunfo hasta que el alba apareció con sus cestos cubiertos de granadas.

A todo esto se aproximaba la época de los exámenes. Las noches consistoriales vieron poco a poco debilitarse el tono de sus orgías poéticas. Quiroga pasaba los días rasgando solitario la guitarra. Y cuando llegaron las vacaciones todas las golondrinas tornaron al alero natal.

VIII

Al principiar el otoño de 1901 ya habían vuelto a Montevideo. Quiroga entonces fué a habitar con Asdrúbal E. Delgado y Jaureche en una casa de la calle Cerrito Nº 113, que pasó a ser la sede del «Consistorio». Vivían allí en dos cuartos interiores del piso alto con salida a una galería y puertas laterales condenadas. La más grande de las piezas se destinó a dormitorio de Quiroga y Delgado, en la otra se instaló Jaureche.

El moblaje y los elementos decorativos con que adornaron las paredes eran más o menos iguales a los del cuarto de la calle 25, salvo la cama, el ropero y la mesa de luz de Delgado, que, aun dentro de su modestia, podían mirar con desdén de burgués rico a los catres y cómodas con quienes se codeaba. El lujo de los aposentos — según recuerda Fernández Saldaña — estaba en el piso de maderas duras artísticamente combinadas; lujo vano, porque allí nadie miraba para abajo.

Digitized by Google

La finca era una antigua mansión señorial que, con el rodar del tiempo, había ido descendiendo de residencia palaciega a hotel de tercer orden y, por último, a conventillo. Los restos de su gloria palpitaban aún en el jardín del fondo, entregado por la vetustez y el descuido al verdín y a la hojarasca. Se respiraba allí una fragancia de ruina poética como en la itálica de Caro. Numerosos pájaros poblaban su arboleda, entre la que se destacaba un gran aguaribay. En el centro, manchada de musgo, se elevaba una fuente con una estatua de mujer en actitud de volcar un cántaro sobre la pila. El día que Quiroga y Fernández Saldaña visitaron por primera vez el jardín, una llovizna densa envolvía sus piedras y ramajes, acentuando las impresiones elegíacas. El último, frente a la figura de mármol que sonreía mirando la linfa de la cuenca, musitó los versos del soneto lugoniano:

Y en su serenidad inconmovida
De claro mármol, sonrió dormida
Junto al agua la náyade yacente.

Es todo lo que en la historia del «Gay Saber» se alude a este jardín, y se comprende: excepto a aquellos que tenían el recuerdo de alguna María Esther penosamente sepultado en la memoria, poco podía expresarle su lenguaje melancólico. No podía tener ninguna correspondencia con el que hablaban sus almas apretéritas, empenachadas y briosamente modernistas, a las que la conquista del mundo aguardaba.

Los otros cuartos del vasto caserón estaban ocupados por gente de humilde clase: artesanos, empleados, proletarios. Era un pequeño mundo promiscuo, en donde las tentaciones, despertadas por la robustez de unas caderas, o por la nubilidad de unos senos, o por la guinda de una boca, en su pasaje constante y variado por patios y corredores, abundaban, no invitando precisamente a las santas abstracciones. Gemidos de batallas de amor, atravesando las puertas condenadas, venían frecuentemente a turbar el numen del «Consistorio» con sus ráfagas afrodisíacas. El Eros metafísico, tutelador del fuego idealista, se tornó sáfico. Y como el vivir común autorizara el cambio de saetas y frases equívocas, arcedianos, campaneros y monaguillos del ilustre cónclave, solían preferir a las imágenes los objetos, desairando a las musas por las evas vecinas. No faltaban naturalmente en esas pláticas, alusiones a los dulces ahogos que los tabiques chismosos habituaban denunciar, y las púrpuras venían, pudibundas en ellas, diabólicas en ellos y en todos gratas, como las promesas del pecado y el calor de los vinos generosos...

Preciso es señalar entre los habitantes del conventillo a doña Manuela y su hija Catalina. Aquélla era una gallega rechoncha, ena-

Digitized by Google

nesca, revesada y con un aliento que parecía emanado de almácigos fétidos. El vástago, ya veinteñal, no obstante sus marcas de viruela y sus líneas no muy venusinas, junto al tronco original, daba la impresión de una gacela al lado de una marrana. Doña Manuela estaba unida al «Consistorio» por algo más que las simples relaciones de vecindad. Entró a formar parte de él desempeñando allí funciones de maritornes. Tarea ardua, sin duda, porque probablemente no existió jamás fámula que hubiese de lidiar con amos más despreocupados, ni que mayor papelería de relatos y poemas dejara rotos por el suelo,

Como se ve, el aspecto general del nuevo albergue era, comparado con el de la calle 25, mucho más democrático y matizado. Para colmo, la morada se convirtió en una especie de posada abierta. Con frecuencia dormían allí, sobre colchones tirados en el suelo, no sólo algunos próceres consistoriales como Ferrando, sino elementos extraños, aunque emparentados a sus oficiantes, que llegaban a la deriva, delatando su culto báquico. Así la sede del «Gay Saber» solía ofrecer al sol de la mañana un deplorable aspecto de refugio salvacionista, que doña Manuela no podía contemplar sin agotar el léxico de sus gruesas interjecciones.

Lo más grave fué que también el concepto de la alegría perdió gran parte del sentido espiritual puro, dominante en el primer Consistorio. Una trompa de cuartel, llevada por Ferrando, solía sustituir la música poemática o la de los discretos acordes de guitarra por una polifonía infernal. A veces el instrumento escandaloso sonaba la noche entera, sin que lograran hacerlo callar las delegaciones de vecinos que llegaban humildemente hasta el umbral del «Consistorio», demandando tregua. Y las actitudes cómicas, antes limitadas al énfasis vocal o a la acentuación burlona del ademán, llegaron a espectáculos de farándula, como el lanzarse en procesiones estrepitosas por patios y pasadizos cantando y saltando a la par de los titiriteros.

Además, el «Consistorio» se hizo francamente belicoso. Debilitado el fuego de su intimidad, las ínfulas comenzaron a hincharlo, y, en lugar de brahmines que en la exclusión del mundo y en el culto de su demencia vivían encantados, ahora eran gente de caballería que buscaba el choque, deseosa de imponer su locura a sangre y fuego. El monasterio se convirtió en baluarte. La burguesía y la rutina, sobre todo en el terreno moral y estético, fueron motivo de terrible cañoneo y, parejo con las melenas que, en signo de intelectualidad rebelde, cada vez visitaban menos al peluquero, crecía la petulancia. Se conserva un discurso o cosa parecida, de Asdrúbal E. Delgado, pronunciado el día de la consagración consistorial de Carlos Sayagués Lasso, en el que es de ver cómo sopla la ventolera egolátrica. Hay párrafos como éste: «Desde arriba, desde la altura himalayática del talento, !oh, Sayaguez!, contemplamos el desfile

Digitized by Google

interminable y pigmeo de la burguesía que cruza apoyada en el báculo de la imbécil moral, sostenida por la fuerza de los convencionalismos.» Los consistoriales son tenidos en esa pieza oratoria como los «delegados del siglo que viene, viajando en la cola de un cometa de órbita elíptica que abraza lo que fué y lo vendrá». Se proclama el neronismo: «es necesario que el mundo entero y sus insoportables convenciones arcaicas ardan, para purificarse, en las llamas de una enorme hoguera estética». En el Consistorio se preparaba seguramente una de las incendiantes antorchas cataclísmicas...

Y así como en las reuniones privadas se complacían en manifestar a trapo tendido un envanecimiento erizado de propósitos nihilistas en contra de lo establecido, tampoco se cuidaban de exteriorizar públicamente la opinión desdeñosa que muchos literatos más o menos consagrados por el ambiente le merecían.

Triunfos análogos al de Quiroga en el concurso de «La Alborada», como el conquistado por Fernández Saldaña, el artista plástico del grupo, en el de afiches organizado por la empresa del Xerez Quina, contribuyeron a robustecer la soberbia agresiva. En tal certamen, Fernández Saldaña logró el segundo premio, al lado de Carlos Herrera y Luis Queirolo Repetto.

Así el «Consistorio» fué poco a poco desviándose de su línea primitiva y, a modo que se alejaba de ella, comenzaron a hacerse cada vez más perceptibles los síntomas de su declinación. El entusiasmo languidecía; sus sesiones en vez de ser diarias se realizaban con largos intervalos. Algunos de sus fundadores y asistentes constantes, como Brignole, menudeaban sus ausencias; Ferrando también hubo de retirarse por largo tiempo para hacerse cargo de la redacción de «El Imparcial», diario que se editaba en el Salto. Y dicho sea de paso: el lírico desconcertante, asesino de la ilación, convertido en periodista, sin dejar de mostrar la hilacha de su talento, recuperaba su centro de gravedad dando muestras de poseer el equilibrio y la lógica de un honorable ciudadano.

Entre los elementos nuevos que ingresaron al segundo Consistorio debe citarse a Vicente Puig. Este era catalán de origen y muy joven en aquella época. Trascendía a fervor y candidez. Las horas que le dejaban libre su empleo en una casa de comercio, las dedicaba a una ardiente vocación pictórica. Su ídolo era Casás, el gran dibujante español, a quien seguía en las páginas de la revista «Pel y Plõma». Algunos de sus dibujos impresionaron favorablemente a Fernández Saldaña, que se propuso conocerlo y no paró hasta dar con él y llevarlo al Consistorio.

Sin círculo, sin amigos, aquello debía de presentársele a Puig como un beneficio del cielo. En materia de arte las opiniones parecían coincidir: los nuevos compañeros no tenían inconveniente alguno en unirse al entusiasmo que le provocaban Casás y «Pel Plõma». Sin

Digitized by Google

embargo, su incorporación al grupo consistorial debía de acarrearle bastantes violencias. Por lo pronto sus integrantes, eruditos no sólo en gayas ciencias, tardaron poco en olfatear que aquel muchacho, pintor de damas escuálidas, tuberosas e insinuantes, era, en realidad, puro como un angel y se complacían en conducirlo a sitios escabrosos para gozar con sus escrúpulos y rubores.

Por otro lado se trataba de una agrupación militante, zahareña, a las que devolvían sus antagonistas ojo por ojo y diente por diente. Pronto Puig sentiría ese rigor al hacer sus primeras exposiciones en lo de Maveroff. Sus mujeres cloróticas, tebaidistas, morfinómanas, hospitalarias, con nombres que eran para *epater:* «Ojo de vidrio», «Montmartre», «Tuberculosis» — según el decir de Fernández Saldaña — fueron tratadas por los enemigos del «Gay Saber» con una hostilidad perversa. Quiroga fué el único que salió a defenderlas desde las columnas de «El Día», diario que siempre se manifestó muy condescendiente con el grupo del Consistorio.

Más tarde, el joven artista catalán, acollarado a su defensor, debió sufrir parte de los despiadados ataques que se dirigieron contra «Los arrecifes de coral», obra cuya carátula le pertenecía. Todo fué más que suficiente para advertir a Puig, hombre dispuesto a explotar pacíficamente su arte, la conveniencia de abandonar un tejado sobre el cual llovían tantas piedras y cuyas vicisitudes estaba compartiendo de bóbilis bóbilis.

Al segundo Consistorio le estaría reservado un motivo de orgullo excepcional: el de hospedar por breves días a Lugones. El autor de «Las montañas de oro» había llegado a Montevideo como integrante de la delegación mandada por la Argentina al Segundo Congreso Científico Latino-Americano que debía celebrarse en esta capital, teniendo por sede el Ateneo. Los muchachos entraron en ebullición con la noticia. Lugones seguía siendo su Pontífice, y como sólo tenían para brindarle, fuera de la exaltada devoción, sus humildes cuartos de bohemios, resolvieron ofrecérselos, invitación que el poeta, encantado, aceptó enseguida.

Las desbordantes pulpas de doña Manuela, en el afán de preparar dignamente la residencia, tuvieron que soportar trajines de esos que hacen jadear.

Se recibió a Lugones a modo de un Hierofante. Todas las liras consistoriales, reverenciándolo, hicieron sonar sus cuerdas. Desde las pasmosas estrofas de Ferrando, hasta los sonetos franceses de Jaureche desfilaron en homenaje al sacerdote magno, tiesos, enfáticos, como soldados líricos en traje de gala. Lugones tenía para todos un aplauso. Por último, entre un silencio religioso, con su magnífica entonación vocal, comenzó a recitar varios de sus poemas. Quedaban retumbando, — quedarían siempre en las almas — como en la bóveda de un templo, el final de las sextinas:

Digitized by Google

Y sobre el broche de tu liga crema
Crucifiqué mi corazón mendigo...

Y una vaca mugió sonoramente
Allá por las sonámbulas praderas...

Miró, desde los sauces lastimeros,
En mi alma un extravío de corderos
Y en tu seno un deguello de palomas...

Era preciso que aquella voz sonara allí todos los días como la del muezín que llama a la plegaria desde lo alto de los minaretes, a cuyo objeto el poeta fué llevado la tarde siguiente a lo de Garese y Crispo, casa de fono y fotografía, instalada en la calle Ituzaingó, en donde lo hicieron imprimir tres cilindros fonográficos con algunos de los sonetos que después integrarían «Los crespúsculos del jardín». Estos cilindros fueron, naturalmente, conservados como sagradas joyas y entraron a constituir un motivo de peregrinajes. Los adeptos modernistas iban a escucharlos como a la voz del Sinaí.

No fué éste el único recuerdo que Lugones dejara de su pasaje por Montevideo a sus admiradores consistoriales; les legó también, aunque involuntariamente, un saco de *montañac* verde, que le vino de perillas a Ferrando para defenderse del invierno, y un almanaque Bristol con anotaciones, guardado por Fernández Saldaña como reliquia.

Esta visita fugaz de Lugones a Montevideo y los tres cilindros que imprimiera con sus famosos sonetos, tienen algo más que un valor anecdótico; permiten desmentir la supuesta influencia que, según algunos críticos mal ilustrados, habría ejercido Herrera y Reissig sobre aquel poeta. La verdad es, precisamente, lo contrario. Si no se diera crédito, o se tomara como error de la memoria, lo afirmado por Brignole y Quiroga, quienes — como lo hemos dicho — habían escuchado de labios del propio autor, en 1899, muchos poemas de «Los crepúsculos del jardín», aparecido en 1905, el documento fonográfico quedaría como testimonio irrecusable de prioridad.

Por otra parte, entre el grupo del «Gay Saber» y el de la «Torre de los Panoramas», existieron siempre relaciones muy cordiales. César Miranda, que solía concurrir a las sesiones del primer Consistorio, fué el lazo de unión entre ambos sectores, y el que llevó un día, en 1901, al lírico de «Los peregrinos de piedra» hasta el cuarto de la calle Cerrito. Las entrevistas se repitieron con cierta frecuencia, cambiándose lecturas e impresiones, unas veces en la «Torre» y otras en el «Consistorio». En una de las celebradas en este último lugar, le hicieron oír a Herrera y Reissig la versión fonográfica de los sonetos

Digitized by Google

lugonianos, que le eran totalmente desconocidos y lo dejaron maravillado.

Ambos grupos, embarcados en iguales rebeldías y bastante solidarizados, promovieron una agitación saludable en el ambiente, literario nacional, un tanto caído en el marasmo. Ellos fueron quienes abrieron una brecha en el muro fosilizado, por la cual entraron al Uruguay las corrientes renovadoras que en la América Latina tenían a Darío por principal adalid. Pero es justo señalar que a la falange de los viejos «Mosqueteros», de la «Revista del Salto» y del «Consistorio del Gay Saber», — un solo clan casi con tres nombres distintos, — corresponde el galardón de haber sido los primeros revolucionarios.

Todo lo que el cerebro de Quiroga estaba ocupado en tales bregas, el corazón permanecía vacío. A no ser el recuerdo de María Esther, flotante como una niebla en su fondo, ninguna excitación sentimental perturbaba su ritmo. A pesar de vivir en la bohemia, su culto por el dandysmo persistía y no rehusaba asistir a reuniones y fiestas mundanas. Su silueta atildada era familiar en las reuniones que la «élite» acostumbraba realizar las tardes de los días festivos en el «Puente de las Duranas», o en las veredas de la Legación Argentina, o en las pistas del «Skating». Ocasiones, pues, no le faltaban al amor para complicarlo en sus juegos. Sin embargo, durante su residencia en Montevideo, que se prolongó por varios años, ninguna aventura sentimental se le conoce, hecho raro en verdad, porque la ternura femenina era para Quiroga un bálsamo imperioso. Cierto que daban un poco de recelo a las niñas sus barbas espesas, su mueca irónica, su fama de «raro», que él contribuía a robustecer manteniéndose largos ratos melancólico, esquivo, contemplando la algazara desde un rincón. Muchos años más tarde, — ya Horacio se había convertido en un silvestre algodonero chaqueño, — una de ellas le decía:

—«Le juro, Quiroga. Antes le tenía un miedo cerval. ¡Yo qué sé!... Sus barbas, sus soledades, sus silencios, me infundían una aprensión invencible. Y ahora que lo oigo hablar tan... sin pretensiones, diremos... me parece interesantísimo y absolutamente fiable!»

—«Cuestión de óptica, respondió Quiroga. Sin embargo, es hoy cuando debería temerme, porque ahora sí soy en realidad un salvaje.»

Y a otra que le manifestara idéntico asombro diciéndole: «¡Pero qué cambiado lo encuentro, Quiroga!», le contestó: «no es extraño, señora; en estos últimos tres años he aumentado treinta gramos de peso.»

Satisfacía su necesidad de amor, compensando la ausencia de uno verdadero por diez imaginarios. Tenía múltiples novias a las cuales adoraba tan encendidamente que, según confesaba a los amigos, se casaría con cualquiera de ellas enseguida, en el término de un minuto; pero jamás dió un paso para tentar la reciprocidad. Las tenía

Digitized by Google

y usaba como tanagras platónicas para llenar su vacío. Todas eran un poco la señorita «Nunca más», y esta misma inasibilidad daba a sus amantes un tono absolutamente abstracto que complacía a su naturaleza romántica.

Y sabía disputarlas locamente llegado el caso. Así un día, estando en una kermese de caridad, se puso en remate una muñeca cuyo atavío había sido confeccionado por la más hermosa de estas novias ideales. Quiroga perdió el sentido y empezó a competir en las ofertas como si fuese un Rotschild. Suerte que, de súbito, por un resquicio, la razón logró filtrarse, librándolo del bochorno inminente: porque había elevado aquéllas a sumas demasiado osadas.

Entre tanto iba trabajando con ahinco en su libro primogénito. Tenía, — como le hace decir a Recaredo, protagonista de uno de los cuentos que integrarían ese volumen, — el convencimiento de que su literatura golpearía como una arista demasiado fina el criterio común; pero nada le importaba porque, viniere lo que viniere, él llevaría siempre consigo el «aplauso de su verdad». Así como su héroe, él se creía un señalado «por el índice de la Suprema Forma para fertilizar el germen nítido y vigoroso de la Escuela Futura», uno de los que fecundarían la estética «para que las generaciones venideras tuviesen un arte tan sutil, tan aristocrático, tan extraño, que la Idea viniera a ser como una enfermedad de la Palabra.» Había que buscar «otra vida para las letras, porque los hombres eran otros. El Clasicismo había *representado*, el Romanticismo había *expresado*, ellos *definirían*.»

Se ven fosforecer aquí el desmesurado envanecimiento y las genialidades hiperbólicas que caracterizaron al segundo «Gay Saber»; mas se ve también la sinceridad de Quiroga al lanzarse a sembrar una nueva estética, todo lo absurda o equivocada que se quiera, pero que reflejaba su auténtico sentir literario. Lejos, pues, de su propósito, al preparar «Los arrecifes de coral», estuvo la idea de atraer la atención por medios ruidosos, como se ha insinuado alguna vez, sino la de expresar lo que, en ese momento, era para su sensibilidad el ideal artístico. Y hay, sin duda, una simpática arrogancia en la actitud de un joven que, sintiéndose honestamente elegido para una misión, se lanza a desafiar el sueño de las momias y a incendiar retablos venerables.

Estaba por concluir el año 1901, cuando, por fin, se produjo el parto de «Los Arrecifes de coral», parto que, como se dice en la jerga popular, ya «venía muy conversado». No hubo para el recién nacido piedad alguna. Los enemigos lo aguardaban con las varas preparadas y, en cuanto empezó a andar, le propinaron una zurra de padre y señor mío. Ni los centelleos originales que a cada instante se atisbaban en sus páginas, ni la musicalidad perfecta de algunos de sus poemas como «Orellana» y «Combate naval», ni el vigoroso documento de fuerza conceptiva y dominio técnico que representa «El guarda bosque

Digitized by Google

comediante», consiguieron atenuar la violencia de los golpes y el estrépito de las risas. Aquellas «hipérboles de los deltoides que están soñando en lacre, gritos o aullidos sobre el decúbito de las razas», el buque que navega sin vela, ni casco, ni timón y es como una ilusión que fuera al mismo tiempo un sueño de Damasco»; los mixturas boticarias de belladona, nuez vómica y pulsatilla, sirviendo de temas poemáticos; aquella «noche de una sarga sobre la que fúnebres aciertos deshojan la exacta longitud de sus posturas», y tantas otras simbologías e imágenes que nadie intentó penetrar y parecían productos de aquelarre, presentaban demasiado flanco para que los exégetas académicos y los periodistas satíricos dejasen de aprovecharlo.

Uno de éstos, Wáshington Bermúdez, que escribía en «La Tribuna Popular» bajo el pseudónimo de Vinagrillo, le llevó una recia carga. Para él aquello era «una aberración del buen gusto, una negación de las bellas letras, una creación híbrida y estéril como las mulas.» Ni Puig, autor de la carátula, se libró de sus sarcasmos. El crítico le reservó una postdata que no dejaba tener su gracia. «La obra — decía — contiene en la portada un dibujo modernista o decadente. Figura una mujer tísica, al parecer sentada en su lecho. Delante de ella hay un candelero con la vela encendida. ¿Qué simboliza la luz? La tísica ya presumimos que representa a la literatura decadente o modernista; ¿pero la luz? Acaso la han colocado como para decir: ¡Eh!, cuidado con tropezar en los *arrecifes*.»

Voces favorables se oyeron, es cierto; algunas reticentes, pero reconociendo la existencia de un talento original que «iría lejos», tal la de Ricardo Rojas, o que presentían «en esos ensayos un estilo futuro, como en los píos carrasposos con que el pichón se ensaya sobre la rama natal se percibe el agua pura del trino a flor de garganta», según expresaba Lugones. Otros francamente laudatorias como la de Oscar Tiberio y algunos allegados a la «Torre de los Panoramas» y al «Gay Saber». Pero tales elogios no alcanzaron a destruir el concepto general que clasificó el libro como «cosa de loco».

El vapuleo no podía sorprender por inesperado a Quiroga. Lo recibió con elegante estoicismo. Los mismos amigos, al leerle los comentarios, no podían contener las carcajadas. El también sonreía, pero claro se notaba que, no obstante sus esfuerzos por aparecer indiferente, los ataques lo afectaban, sobre todo cuando lo escarnecían. Nueva prueba de la lealtad con que lanzó a la circulación sus «Arrecifes»: porque si sólo hubiera buscado con él una notoriedad barata, el ensañamiento y las acrimonias de la crítica le hubieran producido la satisfacción del éxito logrado y no el rictus de los cristos incomprendidos.

La fama del «Consistorio», en cuanto al carácter estrambótico, con caídas a la demencia, de la literatura que allí se elaboraba, aumentó aún con la aparición del «Almanaque Artístico del Siglo XX»,

Digitized by Google

correspondiente a 1902, que dirigían Francisco Valarino y Juan Picón Olaondo. Allí vió la luz, provocando otro revuelo sensacional, el célebre poema «Encuentro con el marinero» de Ferrando, joya maestra del desequilibrio pintoresco y las antimonias que no tienen por donde agarrarse.

Cerrábase, pues, un año y alboreaba el otro con una buena cosecha de azotes. Por suerte las vacaciones volvieron a interponer una tregua y el hogar natal a procurarles sus bálsamos de paz.

Pero al regresar de allí, el Consistorio pudo darse por definitivamente liquidado. Quiroga y Asdrúbal Delgado fueron a habitar una casa de la calle Zabala esquina Buenos Aires, en donde también abrió su estudio de abogado el Dr. Mario Gil. La casa cobró un aspecto burgués y forense incompatible con el espíritu del «Gay Saber». Cierto que allí seguían, ejerciendo de fámulas la voluminosa doña Manuela y su hija Catalina; cierto que, de cuando en cuando, se armaban bochinches colosales que obligaban hasta la intervención de la policía y en los cuales la inquina que tenía Quiroga contra los expedientes estallaba, quemándolos o tirándolos por las ventanas; cierto que solía ser albergue nocturno de bohemios errantes, como Florencio Sánchez y otros; pero todo era a modo de los fuegos fatuos, fugaces lumbres de carnes muertas. Las «tenidas» se sostenían más por el chisperío de Baco que por el literario, y sólo algo del antiguo numen vibraba en las reuniones del «Café Sarandí».

Quiroga trabajaba. Sus colaboraciones eran bien recibidas en los diarios y en las revistas «Rojo y Blanco», dirigida por Samuel Blixen y «La Alborada». Hasta en esta última solían pagarle los cuentos, aunque, naturalmente, de modo asaz modesto.

Lo que no declinaban eran las ásperas rencillas entre los grupos literarios. El «Gay Saber» se alimentaba ahora casi sólo de esa efervescencia cada vez más enconada y que, paralelo a su agresividad, hacía crecer también el vínculo solidario de sus componentes. Las sornas alacranadas, las críticas virulentas, abandonando toda reserva, salieron de los círculos privados y las tertulias de los cafés, para mostrarse en las columnas de los diarios. No se perdonaba medio de zaherir y la tragedia estalló al final.

Uno de los vates menospreciados por la gente del «Consistorio», inició en «La Tribuna Popular», con vistas a la «Torre de los Panoramas» y al «Gay Saber», un desfile de siluetas literarias más o menos embozadas, pero en extremo corrosivas. La primera correspondió a Roberto de las Carreras; la segunda, que hacía alusiones evidentes a Ferrando, se titulaba «El hombre del caño». Por ese entonces se había cometido un robo misterioso, en la joyería de Morasca y Rosello, que una mañana apareció saqueada. El ladrón se había introducido por el caño maestro: de ahí el rótulo. Puede imaginarse por esa portada cuál sería el tono y la causticidad de la semblanza.

Digitized by Google

El retruque, naturalmente, no se hizo esperar. A los pocos días pudo leerse en «El Trabajo» un diseño del autor de «El hombre del caño», burilado por Ferrando, que no le iba en zaga ni en aguijones ni en intenciones, al que a él le habían bosquejado.

La tensión llegó con esto a grado tirantísimo. El duelo, o el sangriento incidente personal, se daba por descontado. Previéndolo, Ferrando compró una pistola y, como era absolutamente lego en el manejo de las armas, le pidió a Quiroga, que estaba de visita en su casa, le enseñara el mecanismo. Se encontraban frente a frente. Quiroga tomó la pistola e, ignorando que estuviera cargada, apretó el gatillo. Fueron a un tiempo el estampido del tiro y el derrumbamiento inerte de Ferrando, a quien la bala, penetrando por la boca, dejó instantáneamente muerto.

El anonadamiento en que cayó Quiroga está más allá de las palabras. La visión de aquel cuadro con todo lo circundante: corridas, gritos, llanto de madre y hermanos, encarcelamiento, declaraciones judiciales, lo perseguía tenazmente. A la amargura de perder — junto con el amigo íntimo — el más talentoso y temerario de sus compañeros, se unía el rencor de verse elegido por la fatalidad como instrumento de sus oscuros designios. Era la tercera vez, en una corta vida, que la catástrofe repentina cruzaba por su lado.

La tragedia con su bárbaro desgarro serenó los ánimos. Poetas y literatos de todos los sectores acompañaron los restos de Ferrando hasta su tumba, junto a la cual Herrera y Reissig pronunció una conmovedora alocución. Pero ya las antiguas horas serían irresucitables. Como Ferrando, el «Consistorio del Gay Saber» que ya era casi un fantasma, pasó a ser una sombra definitiva.

Con todo eso el ambiente montevideano se le hizo a Quiroga estrecho y desazonante. Y una noche se embarcó para Buenos Aires, donde fijó su residencia.

Aun, en las vacaciones de ese año, volvió al Salto. Con los viejos camaradas reanudaron los paseos de la adolescencia por la ribera de los arroyos y los flancos de las quintas; tornaron a oír el canto de las lavanderas y a declamar junto al ara mural del Cerro, contemplando la tarde cuyas garzas violetas se demoraban encariñadas con el río. Pero todo albergaba esa melancolía de los ojos que presienten estar mirando un paisaje amado por última vez. La juventud moría allí. Brignole dentro de unos meses sería médico, Jaureche también estaba a punto de concluir su carrera. Delgado se internaría cada vez más por los campos del foro y la política, esta última preñada ya de los rencores que hicieron estallar la revolución de 1904. Quiroga intuía que aquel era su postrer pasaje por la ciudad natal, a la que, en efecto, no volvería sino en cenizas, para dormir el sueño eterno.

Digitized by Google

No mucho después, Fernández Saldaña dejaba apuntada esta nota en una hoja:

Ferrando.....
Quiroga, en el Chaco, de plantador de algodón.
Brignole, en París, perfeccionando medicina.
Delgado, en el Brasil, herido de un balazo en Tupambaé.
Jaureche, en Concordia, emigrado y dentista.
Yo, aquí, solo, «último abencerraje».

JOSE MARIA DELGADO. — ALBERTO J. BRIGNOLE.

Digitized by Google

EDUARDO ACEVEDO [1]

(1815 - 1863)

UN JURISTA, UN MAESTRO, UN LEADER Y UN HOMBRE

En un principio era la anarquía...

América sufría. Concluída la epopeya de la independencia, durante los terribles lustros correspondientes al tercer cuarto del siglo XIX, América sufría porque estaba grávida; padecía angustiosos dolores de parto, precursores del auténtico Nuevo Mundo (el de un espíritu nuevo) que palpitaba en sus recónditas entrañas: hijo maravilloso de los trágicos amores de España con el Nuevo Continente. Nadie comprendía el milagro... Percibían los dolores; les era inaccesible el arcano de la colosal angustia.

La diagnosis empírica, acuciaba a atacar el divino mal como si fuera excesiva y mortal enfermedad. Los viajeros europeos, francesc

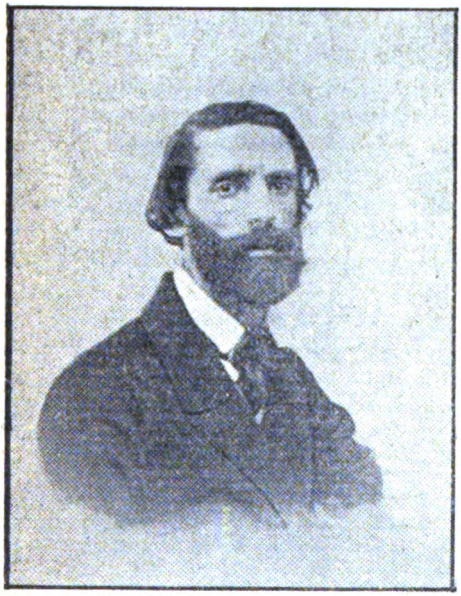
(1) G. STEWART VARGAS nació en Montevideo el 5 de setiembre de 1901. Cursó sus estudios en la Universidad y en 1928 se graduó de doctor en la Facultad de Derecho. En 1926 se incorporó al claustro de profesores universitarios, y desde entonces dicta el curso de Historia Universal. Ha conciliado su labor docente y el ejercicio de su profesión con la actividad política, en la que se inició muy joven como afiliado al Partido Nacional. En 1930 integró interinamente la Corte Electoral y poco después ingresó al Parlamento como representante por Montevideo. En 1933 formó parte de la Asamblea Deliberante que sustituyó al Cuerpo Legislativo y en 1934 el electorado de Montevideo lo llevó a la Asamblea Constituyente. Terminada la labor constituyente, ingresó de nuevo al Parlamento como diputado a la XXXII legislatura. Profesor, escritor y legislador, ha consagrado ya en el libro los frutos de su inquieta actividad. Ha escrito diversos volúmenes en los que el carácter didáctico no excluye la belleza de la forma y el intetrés literario; ha recopilado, además, en dos tomos la parte más interesante de su labor parlamentaria, orientada hacia el estudio de los problemas sociales y políticos. Su labor docente universitaria, y preferencias espirituales que le han inclinado siempre a la investigación del factor histórico en los problemas de su predilección, le han llevado ahora al estudio de las ciencias históricas, así en el plano universal como en el plano nacional, y, muy especialmente, al cultivo del género monográfico y de la semblanza. La bibliografía de este autor, amén de numerosos estudios y artículos publicados en diarios y revistas, está constituída por las siguientes obras: «Historia Romana», «Historia del Oriente - Antiguo y Medo Persa», «Selección de un año de labor parlamentaria», «Reforma de nuestro régimen impositivo sobre la base del impuesto a la renta», «Esquema de la Grandeza y Decadencia de los Griegos».

Digitized by Google

principalmente, que arribaban a sus playas, emiten idénticos juicios condenatorios respecto a los sucesos vistos y entonan el mismo treno: guerras endémicas, anarquía desenfrenada, despotismo brutal, hordas bravías de hombres centauros, jinetes en caballos alados, más ligeros que el viento. Y el mal era: secretos anuncios de vida nueva: maravilla inefable de alumbramiento.

No nos extrañe. Los europeos, Pirineos del Norte, nunca han podido comprender España — vaya como ejemplo la indecorosa incomprensión de Hugo — y menos pudieron ceñir el problema en que se debatía la juventud de América.

Francesas eran, por su conformación intelectual las élites americanas. Y cuando no era Francia, el ejemplo para imitar lo hallaban en el Norte, en la recién nacida República de los Estados Unidos. Los Franklin, los Wáshington, constituían apodícticos modelos de virtudes ciudadanas; y sus máximas de gobierno se repetían, desde las Antillas al Cabo de Hornos, desde Natal hasta los Andes, como si fueran axiomas de la más profunda sabiduría estatal. Pero, más allá de los suburbios y de las tierras de pan llevar, en las dilatadas extensiones de tierras baldías, vivían unos hombres mostrencos que no habían aprendido nada en los libros: sus idiosincracias fueron conformadas por íntimas emanaciones telúricas, y en las oquedades sonoras de sus almas resonaban mágicamente las remotísimas tradiciones individualistas de la raza. Chocaron. Entre ellos no había posibilidad de comprensión. Los unos enardecidos por su larga borrachera de oratoria, cobraban altura encaramándose en los libros; en lo viejo; en el pasado europeo. Los otros, eran puro instinto, inteligencia intuitiva, alma deseosa de mando y de poder: representaban lo nuevo: lo que pudo haber sido el pasado remoto de España y nunca plasmó.



DOCTOR DON EDUARDO ACEVEDO

Fué la anarquía. Que en el escenario más reducido del Río de la Plata, se complicó con la secular querella de las ambiciones encontradas de España y Portugal por el dominio de la Banda Oriental. Y en ésta, la anarquía perduraba atroz a mediados del siglo; aunque

Digitized by Google

ya se perfilaba el triunfo de las élites sobre la auténtica eclosión del alma americana. (1)

Fué entonces la hora de Acevedo.

Era un hombre espigado y cenceño. (2) Físicamente frágil y encorvado, una complexión de fiebre; moralmente recio, de «alma vigorosa» y aplomada. Las facciones bellas, encuadradas en la barba pulcra y cuidada, y el cutis ligeramente atezado, denotaban un si es no es de remota ascendencia árabe. La nariz fina, de vibrátiles aletas. Los arcos de las cuencas del ojo delicados y puros. La frente alta, despejada, de pensador. El distorno de las sienes firmemente acusado. Y coronándolo todo, el penacho cimero de la undosa cabellera romántica. En esta «fisonomía pálida», «consumida en el estudio de los arcanos de la ciencia» cobraba insólita animación, «la mirada brillante» y vivaz: el poeta Mármol, en la ocasión solemne de comenzar Acevedo, su alegato verbal, en una causa célebre, le recordara que «su mirar era un arma». Las manos flacas, exangües; los dedos largos, de fuertes artejos: manos nacidas para el ademán oratorio y para tomar la pluma; no hechas para empuñar la espada ni las riendas del bridón de guerra. Su corazón anidaba sentimientos; no pasiones: y esto le colocaba en un lugar aparte, señero, entre los hombres de su generación: que según el decir de nuestro Figueroa «¡Matarse pueden, entenderse no!». La actitud «sobria y distinguida»; el gesto somero y «oportuno»; «la fácil fluencia» de un pensar claro cernido de minucias adjetivas, alquitarado en largas vigilias; «las dotes de persuación de la alocución»; «la agudeza y profundidad de los juicios»; «la autoridad en la frase» y en la presencia, capaz aquella de nutrirse de acerada «altivez», «sin llegar a la injuria»: completan un bello perfil.

Es el de un jurista nato, de un maestro y de un leader.

(1) Quede aquí, con la presente enunciación y las escuetas consideraciones que en las páginas siguientes se hacen, aludido un tema de proyecciones complejísimas y de tan alto rumbo. La simple alusión alcanza para mis propósitos. Por otra parte, no faltará ocasión de tratarlo en las páginas mismas de esta revista, y que si yo diera en tomar la pluma y en escribirlo en el marco de un ensayo, lo titularía: «La paradoja fecunda de la anarquía». Incluirlo en apretada síntesis, en esta semblanza biográfica de Eduardo Acevedo, a la par constituiría grande impertinencia y la mejor forma de malograr la oportunidad de tratar, desde perspectiva nueva, el desconcertante balbucear de nuestra naciente nacionalidad.

(2) Quiero al comenzar a perfilar la prócer personalidad de Eduardo Acevedo, agradecerle a su hijo, nuestro venerable y siempre recordado con cariño y respeto, Dr. Eduardo Acevedo: la labor, árida e ingrata, de recopilar en un recio tomo impreso de 500 págs. todos los datos biográficos, que de su padre guardaban los archivos. Mi labor, gracias a su esfuerzo, transformóse en singularmente grata y cómoda. Aunque confieso que no ha sido menuda faena le de bucear en tanta página abundosa de hojarasca literaria, declamatoria y sin profundidad, admirativa sin fondo, para apresar, aquí o allá, los múltiples datos vívidos que he utilizado con verdadera fruición. Reconozco, por ello, que hubiera sido excesivo para mis fuerzas acumular sobre mis hombros las dos empresas: la de buscar y analizar, recopilar y comprender.

Digitized by Google

Llamado Acevedo por un urgente destino tuvo que quemar las etapas.

Huérfano desde temprana edad, encontró en el esposo de su abuela materna, don Luis Goddefroy, (1) un padre amantísimo, a quien, en reconocimiento, le dedicará su Proyecto de Código Civil. Desde los doce años se educa en la Ciudad de Buenos Aires. Ingresa en su Universidad. Se gradúa Doctor en Derecho. Practica en el estudio del entonces eminente abogado argentino, Dr. Gabriel Ocampo. Luego retorna a Montevideo. Su padre adoptivo le rodea de cariño y de libros; le instala un magnífico estudio, dotado de la más estupenda biblioteca de la época (3.000 volúmenes). Se dedica sin ocios al ejercicio de su profesión. En 1840 contrae enlace, con doña Joaquina Vázquez. En 1842 es designado Juez del Crimen.

Tenía 27 años, y la vida le sonreía.

Súbito, la guerra fratricida acumula, con su poderoso hombro, negros nubarrones sobre el horizonte. Oribe ocupa el Cerrito. La Guerra Grande comienza. El sitio de Montevideo se eterniza. La vida en la ciudad sitiada se hace imposible para los del partido adverso a la Defensa y para los neutrales. Acevedo sufre vejámenes. Las fugas comienzan; las represiones se multiplican. Acevedo es vigilado. Lamas, el hombre más prominente de la situación, después de Pacheco y Obes, es su amigo; pero ante él no está libre de sospechas. Los que huían para incorporarse a las fuerzas sitiadoras, solicitaban pasaporte para el Brasil o para Buenos Aires; pero luego desembarcaban en el Buceo. «Quizás Vd., mi amigo, me hará una cosa igual». No; Acevedo no haría una cosa igual: «cuando se fuera, se lo avisaría». Fué fiel a su palabra: «Esta noche me embarco para Buenos Aires»... «y Vd. cumpla su deber tratando de impedir mi salida». Lamas mismo facilitó su embarque. Sabía que un hombre así, era incapaz de no decir la verdad: a Buenos Aires lo permitía, al Buceo, no. A bordo de la fragata portuguesa Don Juan I se realizó la travesía.

Buenos Aires era su segunda patria. Consagróse rápidamente. De nuevo la vida le sonreía. Pero su corazón volaba allende el Plata. No podía continuar permaneciendo neutral en la atroz guerra que despedazaba al Uruguay. La intervención de Inglaterra y Francia le decide; la contienda tomaba otro carácter: Oribe aparecía defendiendo la propia independencia de la nación contra las ambiciones territoriales de las potencias europeas. Coetáneamente recibía el nombramiento de Miembro del Superior Tribunal de Justicia de la Unión, integrado ya por destacadas personalidades.

(1) Eduardo Acevedo nació en Montevideo, el 10 de Setiembre de 1815. Fueron sus padres el Dr. Don José Alvarez de Acevedo, natural de Santiago de Chile, y doña Manuela Maturana, natural de Montevideo. Sus abuelos paternos don Tomás Alvarez de Acevedo, español, y doña María Rosa Salazar, peruana. Sus abuelos maternos, don Pedro de Maturana y doña Josefa Durán y Pagola, oriental, casada en segundas nupcias con don Luis Goddefroy, de nacionalidad francesa.

Digitized by Google

En seguida desembarca en el Buceo; su esposa lo haría luego, a la mayor brevedad. Las tareas judiciales no podían absorberlo totalmente; y no lo absorbieron. Se improvisó periodista. Redactando el «Defensor de las Leyes», quiso transformar la lucha de pasiones en lucha de principios. No era posible. Aquéllas eran abultadas realidades; éstos nulidades teóricas. Creía únicamente encontrar opositores a sus ideas dentro de los muros de Montevideo, y se absorbió en magnífica polémica con Florencio Varela, que redactaba el «Comercio del Plata»; y sus opositores surgieron entre los propios sitiadores, y actuaron como si fueran sus peores enemigos. Fué insultado y amenazado de muerte. Abandonólo todo y se encerró en su hogar: el Proyecto del Código Civil tuvo comienzo en esta coyuntura. Allí le sorprendió la paz de 1851, sin vencidos ni vencedores. Trasladóse a Montevideo.

Nuevos días luminosos. Luchas también, pero luchas de ideas. En el Cerrito pudo callarse, convencerse no. El porvenir de la República le imponía un esfuerzo supremo para refrenar la anarquía, para contener las pasiones desmandadas. Levantaría una alta tribuna; sería legislador. El 1º de julio de 1852, aparecía su diario «La Constitución»; en el mismo año era electo Representante Nacional. Aplicóse en el primero a defender la Constitución y la Ley, a aplacar las pasiones, a bregar por la extinción de los partidos tradicionales, matar el caudillismo. «En el porvenir — son sus palabras — nada nos separa. Abandonemos, pues, las acusaciones y las recriminaciones que nos llevarán directamente a la anarquía. Si es necesario rivalizar, rivalicemos en amor y respeto a la Constitución, en el franco deseo de practicarla y de hacerla practicar. En ese campo nos encontrarán siempre prontos aquéllos a quienes anime el sincero amor a la patria». En el Parlamento le absorbió otra tarea de más envergadura: organizar legislativa y administrativamente la República. Su talento y su ilustración, unidos a su palabra elocuente y a su energía inquebrantable, le asignaron un lugar prominente y una legítima influencia en la Asamblea General, que contenía en su seno a los más consagrados valores de los dos partidos tradicionales. (1) Acevedo se transformó en leader del viejo Partido Nacional. Multiplicóse en la faena. Pre-

(1) La nómina de los representantes y senadores eran: Bernardo P. Berro, Presidente; José Benito Lamas, Vice-Presidente; Doroteo García, Antonio D. Acosta, Cándido Juanicó, Ambrosio Velazco, Francisco Solano Antuña, Antonio M. Pérez, Apolinario Gayoso, José M. Muñoz, Plácido Laguna, Jaime Estrázulas, Pedro Bustamante, José M. Silva, Rafael Zipitría, Joaquín Errázquin, Bernabé Caravia, Juan J. Victorica, Eduardo Acevedo, Bernardo Suárez, León Zubillaga, Santiago Sayago, Francisco Araucho, José Martín Aguirre, Enrique Muñoz, Mariano Haedo, Atanasio Cruz Aguirre, Bruno Mas, Antonio Luis Pereira, Francisco Hordeñana, Salvador Tort, Juan Carlos Blanco, Tomás Gomensoro, Tomás José Rodríguez, José Antonio Zubillaga, Juan Francisco Giró, Manuel José Errázquin, Juan Miguel Martínez, Dionisio Coronel.

Digitized by Google

senta proyectos sobre proyectos. Defiende con pasión sus ideas en el Parlamento y en «La Constitución». Tiene tiempo para redactar un pequeño catecismo constitucional para vulgarizar su contenido, y funda una escuela para enseñar el abecé del ejercicio de la ciudadanía. Es amenazado y perseguido. Desprecia amenazas y persecuciones con viril entereza, y no ceja en sus denodados proyectos. En la primera mitad del año 1853 su físico comienza a resentirse con el abrumador cúmulo de tareas. Pero él se siente llamado por un destino urgente y olvídase de su persona.

La revolución del 18 de julio de 1853 le sorprende y le libera. Escapa así milagrosamente de la muerte; y se traslada nuevamente a Buenos Aires.

Sin embargo no descansa. Las tareas profesionales lo retienen en la dura brecha del trabajo agotante. La enseñanza lo atrae y lo subyuga. Las generaciones comienzan a desfilar ante el elevado ministerio de su cátedra. La Academia de Jurisprudencia y el Colegio de Abogados consagran sus prestigios: le eligen presidente en ambas instituciones. El Gobierno de la República Argentina le encomienda la redacción del Código de Comercio. Siguen meses de trabajos forzados. La obra avanza; pero su físico deflagra en lenta consunción. Vélez Sársfield le solicita, en su calidad de Ministro de Gobierno, revisar los originales, a medida que van rematándose los títulos y capítulos del proyectado Código. Acepta encantado tan prócer colaborador; y le incita a «que se tome la verdadera situación que le compete indudablemente más alta que la de co-redactor, es decir, la de censor, corrector, adicionador y mejorador en todo sentido del trabajo que se me encargó». Pero, con inmejorable sinceridad, agrega, por el intenso amor que ha cobrado a la obra, «Aceptaré gustoso la igualdad que considero muy honorífica para mí, pero en ningún caso la posición inferior que con buenas intenciones me atribuía Sarmiento vez pasada». Terminado el Código, es presentado conjuntamente por Acevedo y Vélez Sársfield al Gobierno, y rápidamente queda aprobado y transformado en ley.

Buenos Aires le mima, como a uno de sus hijos predilectos; pero el Uruguay le llama. El horizonte político de la patria comienza a despejarse. Acevedo es electo Representante Nacional en 1857. Mismo se transforma en el candidato, con mayores probabilidades, a la Presidencia de la República. Sin embargo, por su extremada delicadeza, la candidatura en cierne no puede prosperar. Es elegido en su lugar Don Bernardo P. Berro. Acevedo es designado Ministro de Gobierno por el nuevo Presidente. Retorna a Montevideo. Conoce entonces las delicias del prestigio, de la fama y de la más cálida popularidad. Gobierna con sus ideas. La opinión más calificada brega por transformar en leyes sus dos códigos. Súbito, injustificadamente, el Presidente de la República le solicita su renuncia. No existiendo razón de

Digitized by Google

su parte, Acevedo niégase a renunciar. Prefiere ser destituído, si el señor Berro tiene alguna. Pero éste estaba decidido. El día 3 de junio de 1861, el Presidente de la República, decretó el cese de su Ministro y también el de sus compañeros de gabinete señores Villalba y Lamas. La opinión pública rodeó al Ministro caído, y su propio partido quiso imponer su nueva designación. Acevedo recibió semejantes manifestaciones con enérgica repulsa. Jurídicamente — dijo — el señor Berro tenía razón, porque le asiste el derecho. Su conciencia recta lo obligaba: llegaría hasta defender esa razón y ese derecho «con las armas en la mano».

Siguen días terribles. La enfermedad, que no le perdona, avanza. En busca de descanso se traslada a la Ciudad de Salto. Nombrado Senador por Montevideo, regresa, en 1862, a la dura brega de la vida pública. Pero «pierde el terreno bajo sus pies», y, por consejo médico, busca en el Paraguay el alivio de sus dolencias. Allá se siente morir... ¡y está lejos de su patria! Quiere antes que le sorprenda la muerte, retornar al solar nativo, estrechar entre sus brazos a su esposa, rodearse de sus hijos... Embárcase. Y muere en medio del ancho cauce del río Paraná, y son sus aguas, corrientes de continuo, las que traen a Montevideo junto con sus últimos afanes, un hálito de tragedia, que unirá en un dolor común las dos repúblicas del Plata. Su cadáver, irá a buscarse después y provocará un nuevo deflujo de dolor en el flanco herido de la patria. Esta lloró al jurista prócer, sus discípulos al maestro; su partido al leader.

Las tres jerarquías logró vivir Acevedo, con el consenso unánime de sus contemporáneos.

Del Acevedo jurista, quedan sentencias, alegatos y, sobre todo, dos códigos, uno de Derecho Civil, de Derecho Comercial, el otro. Quien lo juzgue por ellos podrá aquilatar la claridad de su talento jurídico; no comprender el pensamiento integral del jurista. Los códigos a pesar de sus puros quilates, pasan para toda intuición comprensiva a la categoría de retazos de una obra que pudo haber sido, meras huellas brillantes de una trayectoria trunca hacia el ideal. Hay un transfondo que únicamente se aprehende inclinando amorosamente, abriendo a la comprensión el órgano cordial de nuestro corazón.

Remontémonos en el linaje de los Acevedos y luego miremos con agudeza de visión la realidad circundante.

Acevedo tenía las venas henchidas de las últimas directivas y realizaciones del derecho español; no del remoto, venerable y auténtico derecho hispánico. Aquel pergeñado en el Fuero Juzgo; que alentó en Rodrigo Díaz de Vivar, el Mio Cid, no inútilmente sobrenombrado el Campeador, versado en derecho; que plasmó en los Fueros, y murió en Villalar con don Juan de Padilla. Estaba empapado del otro; del que renace transformado en derecho teórico, de aplicación general, y se desarrolla pujante y vigoroso con los legistas en los Consejos Reales de

Digitized by Google

Castilla, principalmente, a partir de los Ausburgos. Con ese carácter teórico, general, ideal — de ley no de fuero — lo recibió junto con el título de licenciado, en Salamanca, el abuelo de Acevedo, don Tomás Alvarez de Acevedo; en las mismas fuentes jurídicas, bebió el hijo de éste, Don José Acevedo y Salazar, graduado en Valencia; y el mismo derecho conformó la mentalidad de Eduardo Acevedo, cuando se graduara en la Universidad de Buenos Aires.

Tal fué su timbre y su sino... y también el de España y el de América.

La individualidad poderosa del conquistador y la de sus descendientes se avino mal con este derecho — hablo ahora de América — que logró su máxima expresión en las Leyes de Indias. Plugo a Dios que no se cumplieran. El rey estaba muy lejos y el brazo de la justicia no llegaba, Atlántico por medio.

Semejante lenidad permitió el pergeñar del espíritu de un auténtico Nuevo Mundo. Fué como si la índole bravía del Mio Cid, colocada en la intemperie y en el ambiente sin confines de las tierras de América, renaciera a nueva vida, para intentar, una vez más, cumplir su destino histórico. Como si la vitalidad hispánica heredada por los descendientes de los conquistadores, alentara pujante, y, bregara, en viriles arrestos, por desembarazarse del chaleco de fuerza de una estructura estatal, política y jurídica incompatible con el genio de nuestra raza.

Nos encontramos entonces en un recodo insólito de nuestra trayectoria histórica. Tuvimos inmanentes posibilidades de cambiarlo todo, de arriba a abajo, para construir América con otra arquitectura.

Pero las élites, que son las que mueven la historia, habían bebido en fuentes foráneas; desconocían lo autóctono, cuando no lo despreciaban; y vueltas hacia Europa y hacia Estados Unidos, cerraban tercamente los ojos a las inquietudes de creación, sin forma ni color, únicamente, presentidas en los hombres, no civilizados, pero indómitos, telúricos, henchidos de ansias de señorío y de mando: amasados de genio hispánico y de sangre americana. Era un estado de alma, no una voluntad; sin hombres representativos tuvo que surgir como negación; dispersa y ubicua, estaba en todas partes y en ninguna; debilitóse en las guerras de la independencia a la par que se desangraban las huestes aborígenes en los puestos de avanzada y de peligro. Las élites por el contrario eran minorías cerradas y estrechamente unidas; sabían lo que querían y despreciaban ese desear, vagoroso como un sueño, de unos hombres, que para ellos significaban la barbarie negando la civilización. Representaban lo aquisto, lo europeo, la experiencia histórica y estatal. Tenían necesariamente que triunfar; pero esta lucha fué la anarquía en América.

Promediando el siglo XIX faltábale a las élites dar el golpe de gracia a lo auténticamente americano. Fué entonces la hora de Ace-

Digitized by Google

vedo. Habíase preparado relgiosamente para la obra que le deparaba el destino. Su misión era domeñar la anarquía entre las mallas prietas de la ley. Magna empresa que acometió con hombría, desinterés, patriotismo y extraordinario talento de jurista. Esta fué su gloria y su sino. Hubiera redactado todos los códigos y todas las leyes; su ideal lo impulsaba con irresistible fuerza: le sobraba valor, pero le faltó la vida.

Los anteriores conceptos dirigidos a las élites, que él integraba con honor, no son reproches, ni pueden deslucir el brillo de su gloria. Nuestra generación no puede consagrar las figuras próceres del pasado de manera interjeccional, con exclamaciones únicamente; debe aquilatar sus puros valores, y, al propio tiempo, anotar las espléndidas posibilidades que quedaron mutiladas, en el devenir continuo de la historia que les era coetánea. Esto para comprenderlos, no para juzgarlos. Se hallan exentos de culpa, porque pertenecían a su época. Nuestra percepción afinada, puede percibir con emoción un nuevo mundo espiritual americano que fué sumergido, como dice el mito, le acaeció a la legendaria Atlántida. Pero, lo que pudo haber sido y no fué, lo atalayamos desde la perspectiva del siglo XX; para los hombres del siglo XIX, tamaña empresa era cosa no hacedera, imposible. Reprocharles un error en tal sentido sería en nosotros gran incomprensión, y hasta superficialidad de criterio histórico. ¡Existen tantas vidas truncas, deshojadas a lo largo de la trayectoria de nuestra propia vida individual! Y sin embargo, si percibimos el error, comprendemos cuan imposible es reprochárnoslo.

Semejantes disquisiciones eran necesarias para comprender a Acevedo; para situarnos en una adecuada perspectiva. Se nos alcanza — ahora — perfectamente, cómo sus códigos son retazos de una obra quizás columbrada en los titánicos embates de las alas de su pensamiento jurídico. Sin embargo, alcanzan y sobran para su gloria, cuando los valoramos cumplidamente. Porque nuestro Código Civil y los dos Códigos de Comercio de la repúblicas del Plata, deberían llevar su nombre: son obra principalmente suya: en ellos está su pensamiento «su concepción profunda del derecho», «la ciencia acabada del jurista y la paciente elaboración del artífice»; y también su sangre, puesto que quizás ellos le costaron la vida. Las nuevas generaciones que, año tras año, irrumpen en las aulas de la Facultad de Derecho, deberían saberlo, y es ignominia que no lo sepan. Deberían sentir, al abrir las rojas y áridas tapas de los dos códigos, como el palpitar de una entraña viva, y reconocer su alma y su pensamiento fecundo. Cobraría entonces un esotérico y genial simbolismo la imagen aparentemente banal y hasta ramplona de Magariños Cervantes, que campea en las estrofas que dedicara al prócer. Describe el poeta, la llanura triste y desolada del desierto de Sechuva, situada en el Norte del Perú, y nos explica como a poca profundidad de la capa de arena arcillosa,

Digitized by Google

se encuentra una especie de cactus, que, conteniendo una fibra tan jugosa como nutritiva, sirve a la vez de alimento y bebida a los potros salvajes; y continúa:

Agua y sustento grato
Bajo la arena roja,
Le deparó la mano
Del que el orbe de un soplo hizo nacer;
Le basta con el casco
Herir la tierra exhausta,
Y espléndida panoja
Sus escondidos frutos deja ver.

Sin embargo, le arrebataron la paternidad de los dos códigos: el Dr. Dalmacio Vélez Sársfield, el Código Argentino, y, Tristán Narvaja, el Código Civil uruguayo. El primero en vida de Acevedo. El segundo después de su muerte. En el primer despojo, tuvo entre sus amigos quienes, como el Dr. Manuel Quintana, bajaron a la liza y le defendieron con pasión. En el segundo, las generaciones posteriores a Acevedo, hasta la actual, han sido displicentes y todavía le somos deudores de una reparación. (1) Agobia mucho sobrellevar esta culpa a quien quiera vivir en claro con su propia conciencia histórica. No obstante, las consideraciones antecedentes no tienen intención de negar ni a Vélez Sársfield ni a Narvaja. Acepta la realidad de los hechos históricos en su edénica desnudez. Estos implican reconocer una meritoria colaboración a Vélez Sársfield, y, sobre todo, una meritísima a Narvaja; pero, otorgan a Acevedo el honor de la inspiración, de la dirección y de la realización. Otra cosa sería actitudes pasionales de Montescos y Capuletos. Sería renovar una polémica, ya definitivamente fallada, sin apelación, por el tribunal de la historia. (2)

(1) La generación que, en 1915, dirigía los destinos de la República, y los universitarios de 1892 y 1915, cumplieron con su deber y constribuyeron eficazmente al brillo de los homenajes, realizados en esas fechas. Pero se ha hecho muy poco para mantener vivo el recuerdo del prócer en la propia Facultad de Derecho y Ciencias Sociales; y poco menos que nada en darle popularidad a su figura, adentrarla en el corazón del pueblo que tanto lo rodeó en vida. Los homenajes oficiales no representan otra cosa, desgraciadamente, que el estremecimiento de la superficie de un estanque cuando se le arroja una piedra; instantáneamente vuelve a su habitual tersura el espejo estañado de sus aguas.

(2) El lector curioso de pormenores sobre este tema, que aunque interesante en extremo, excluyo de propósito, en consideración a su carácter técnico-jurídico y a que gravaría pesadamente la agilidad de una semblanza biográfica) puede recurrir a la acabada y erudita tesis «Ensayo histórico sobre la legislación comercial argentina», del Dr. Carlos Alberto Acevedo, nieto del prócer. Hallará, también, elementos de juicio, más que suficientes, en: «Eduardo Acevedo. Su obra como codificador, ministro, legislador y publicista» (Recopilación de datos biográficos, realizada en 1907 por su hijo, Doctor Eduardo Acevedo (especialmente

Digitized by Google

Sádica perversión iconoclasta. Exposición pública de pequeñas miserias de grandes hombres. Por otra parte, la empresa de acometer y de llevar a feliz término, de sufrir los duros trabajos de redactar esos dos códigos, supone un denuedo, una vastedad y profundidad de ciencia jurídica, que asegura a los colaboradores, de quien tomó sobre sus hombros la principal parte de tamaña faena, el homenaje espontáneo de nuestra admiración: fuera excesiva mezquindad nuestra, escatimar — en la hora de las consagraciones — el ancho del pedestal de su gloria, e impedir que quepan, junto al bronce de la estatua de Acevedo, las próceres figuras de Vélez Sársfield y de Narvaja. Por último, no seamos inferiores al ejemplo de magnanimidad que nos diera el propio Acevedo que aceptaba «la igualdad como muy honorífica para él»; y no olvidemos que, entre ellos, siempre se saludaron humillado el sombrero y emocionado el corazón. Nadie se ha encumbrado empequeñeciendo a sus coetáneos. La gloria de Acevedo no necesita deslustrar las ajenas para aumentar los resplandores de la suya.

Del Acevedo maestro, nos queda mucho y nos queda muy poco: una leyenda que para el caso vale tanto como la historia. El elevado ministerio de la docencia no puede compaginarse para la posteridad: es subitáneo en la vida y en la muerte: no es sólo sabiduría de dómine: es emoción pasajera que embarga un corro de discípulos: inclinación cordial del saber en la tensión espiritual del que escucha; calidez de palabra que se pierde, repercutida por el eco, en las ondas trémulas del aire, blanca y tenue espuma en la inquietud constante del mar... Quedan consagraciones: la del Colegio de Abogados y la Academia de Jurisprudencia de Buenos Aires; la huelga de estudiantes en la Universidad de Buenos Aires al tener conocimiento que, en la terna de catedráticos de jurisprudencia, del año 1855, no se había incluído al Dr. Acevedo; la evocación cariñosa de sus discípulos, de Buenos Aires y Montevideo, al recordar «su prestancia sencilla», «su empeñosa dedicación», «su manera, tan suya, de emular y de despertar interés científico», «su preocupación constante por aclarar dudas», «su rectitud de juicio», «su marcada indulgencia». Emoción arrebatada al olvido que nos trae el cuerpo etéreo de la leyenda.

Del Acevedo leader, queda un acervo imponente de leyes y proyectos, ideas y realizaciones; anudados todos por la idea nuclear y directriz de su mentalidad: embridar la anarquía, aplacar las pasiones, extinción de los partidos tradicionales, inculcar el respeto de la Constitución y de la Ley. Obra de un titán majestuoso en lucha a brazo partido con un medio rebelde. Obra efímera, también, para su

el categórico discurso del Dr. Gonzalo Ramírez); y «Eduardo Acevedo en el centenario de su nacimiento» publicados por la Comisión de Estudiantes organizadora del Homenaje Universitario, 1916; especialmente los meditados discursos de los Drs. Eduardo Vargas, y Eduardo Jiménez de Aréchaga (respecto al Código de Comercio) y del Dr. Joaquín Secco Illa (respecto del Código Civil).

Digitized by Google

tiempo y para la posteridad. Su error —endémico en su época— consistió en no tomar en cuenta, despreciándolas, cual constituyeran escorias de la persona humana, a la pasión y al instinto: gobernar con el cerebro y para cerebros lógicos. Pero, la realidad es otra, y de una complejidad desconcertante. Nuestra vitalidad y nuestra alma, integrando con honor nuestra compleja personalidad, no se rigen por las leyes, modos y formas del conocimiento científico que nace del cerebro; sino obedeciendo a reacciones incomprensibles y arbitrarias. Pudo percatarse, sin embargo, recogiendo la experiencia de su actuación pública: si hubiera dado en analizar la causa de sus auténticos prestigios de leader. Estos no provenían, por cierto, ni de su talento ni de la vastedad de sus conocimientos; sino en la gallardía de sus gestos y actitudes, del real señorío de su voluntad, de su energía sin desmayos, de su patriotismo, su desinterés... Pero, vivió obcecado en la persecución de su ideal, con los ojos absortos en la meta anhelada, y dominado por la angustia de llegar al blanco, que tiene el vuelo de la flecha disparada del arco...

En la muerte de Acevedo, fué, también, llorado un hombre.

Pasma la viril entereza de este intelectual, de físico endeble y enfermo. El Doctor Juan Pedro Ramírez nos cuenta, de cómo Acevedo, que dudaba en aceptar una causa contra un Sr. Vachin, dado el cúmulo de sus tareas, aceptóla sin vacilaciones, cuando se le informó que todos los demás abogados habían rehusado: sabían ellos que el Sr. Vachin, matón profesional, estaba decidido a castigar con su pistola o su florete, manejados por él con rara maestría, al abogado que tuviera la audacia de acusarlo ante la justicia. Acevedo, inmediatamente, presentó la acusación; y esperó tranquilo y serenamente los acontecimientos con un par de pistolas sobre el escritorio de su estudio; pero no ocurrió nada... Su propia esposa, nos cuenta otro episodio, en una prosa admirable por su sencillez llena de viveza y colorido. Acacció durante la Guerra Grande. Acevedo «que no sabía escribir sino sus ideas», palabras suyas, había disgustado a los allegados más íntimos de Oribe, al condenar la posibilidad de su candidatura a la futura Presidencia de la República. Habitaba «una casita en el Paso de las Duranas» y esa noche leía a su esposa «El último día de un condenado» de Víctor Hugo. «La lectura era triste y parecía predisponer los ánimos para las amargas horas que iban a pasar. De pronto se sintió un estremecimiento, como temblor de tierra, y en seguida se vió llegar un escuadrón de caballería y formar alrededor de su casa» al grito «Muera el salvaje unitario Acevedo. Muera el redactor de «El Defensor de las Leyes». Acevedo empuñó una pistola y se abalanzó a la puerta, dispuesto a defender su vida y la de su esposa, quien le contemplaba estremecida y callada. «En seguida tocaron retirada y se alejaron del mismo modo que habían venido».

Digitized by Google

«Tranquilícense — dijo Acevedo a su familia — cuando estos miserables no me han muerto, es porque no tienen orden de hacerlo».

Más emocionante, todavía, es aquel otro, que nos llega a través de Alberto Palomeque, vivido durante el trágico día del 18 de julio de 1853, en el que fué derrocado el gobierno de Bernardo P. Berro. Se festejaba el aniversario de la Jura de la Constitución: en la Plaza Matriz estaban formados dos batallones de línea, uno al mando del coronel Solsona, el otro bajo el del coronel León Palleja; entre los dos, el de Guardias Nacionales (integrado por jóvenes de las más distinguidas familias nacionalistas) que vestían uniforme, pero sin armas. Súbito, Palleja ordena hacer fuego sobre los desarmados Guardias Nacionales. Confusión horrorosa de éstos, al sentirse diezmados por las descargas mortíferas. Huída despavorida del público asistente confiado a los festejos de la fecha patria. Coetáneamente «en medio del fuego, el coronel Solsona cruzaba por la calle Rincón, en dirección a la plaza y el caballo de su ayudante Ríos resbaló y éste cayó en la esquina de Treinta y Tres. Entonces fué atacado por algunos Guardias Nacionales con intención de matarlo, indignados del fuego que sobre ellos se les hacía. Acevedo, que formaba con éstos corrió a defenderlo, y pidió a sus compañeros que lo dejasen; le levantó y le encerró en una casa, que había abierta. El oficial, entonces, le rogó que le alcanzase la espada que se le había caído en el centro de la calzada; y Acevedo atravesó a buscarla, en medio de las balas, y cerca va de las bayonetas de los soldados de Palleja, que venían presionando las espaldas de los guardias nacionales, y entregósela al oficial». Una hora después Acevedo se dirigía, por la calle Cerrito, en dirección a su casa, cuando se encuentra inopinadamente con una patrulla al mando del capitán Pagola. Es reconocido. Sabía Acevedo que se había impartido orden de matarlo, sin forma ni proceso, donde quiera que se le encontrara. Parecióle indignidad suya huir. Desarmado, era imposible defenderse. Morir con dignidad era la única posibilidad que ofrecía el destino. Avanzó hasta el cordón de la vereda, cruzóse los brazos sobre el pecho y encaróse sereno, inmóvil, revestido en una actitud que era supremo denuedo y profundo desprecio... y esperó la muerte. Pero la patrulla pasó: el capitán Pagola tenía alma de soldado y era sensible a un gesto, como el de Acevedo, tan preñado de valor y entereza. Desacató una orden perentoria, que llevaba bajo la casaca del uniforme; le salvó la vida; y más tarde, los vaivenes de nuestra agitada vida política, le darán a Acevedo ocasión de demostrar que sabía tener reconocimiento... Sorprendido éste, por el insospechado remate de la incidencia, entró en su casa, haciendo este inmejorable resumen de las emociones vividas: «He salvado un oficial colorado, exponiendo mi vida, y otro oficial colorado me ha salvado la mía, con una hora de diferencia».

No estaría acabada esta semblanza de la personalidad de Ace-

Digitized by Google

vedo si no la completáramos, sacando de la penumbra íntima del hogar a la mujer, que influyó tanto en su vida, su esposa doña Joaquina Vázquez, en quien debemos adivinar como el negativo donde se moldeó parte del alma y el espíritu del prócer.

La tradición nos habla de su belleza incomparable; el retrato que de ella ha llegado hasta nosotros no desmiente la poesía de la leyenda. «Bella de físico y fuerte para la lucha» nos repiten los que la conocieron; reunía las dotes de una sólida cultura. La de las encumbradas matronas de antaño. Que al dominio de la música, de los idiomas y la literatura añadían: el saber platicar sin pedantismos; ser compañera de infortunio con entereza; alentar, con olvido de ellas mismas, a los hombres que forjaron, en épocas difíciles, nuestra nacionalidad; ser madres con íntimo y conmovido orgullo. Joaquina Vázquez, en los instantes que columbramos su presencia, demostró estar siempre a la altura de las más extraordinarias circunstancias: con clara conciencia de los límites de sus derechos y del ámbito de su responsabilidad de esposa. Obscureciéndose siempre en la penumbra del hogar, y sabiéndolo transformar en ambiente acotado para vacar. Apoyo y no traba para la lucha. Todo esto como ocultado de propósito, para brindarnos, al través del retrato, bailándole en los ojos, alegrías contenidas de rapaza, y el aura de deliciosa superficialidad que rodea su bella testa de mujer.

Doña JOAQUINA VÁZQUEZ DE ACEVEDO

No podemos sino adivinar la medida de su influencia en la conformación moral y espiritual de Acevedo; no pudo haber sido sino muy grande; porque éste la compensó amándola entrañablemente, con el amor que se tiene a una mujer cuando se ama nada más que a una sola.

Grande como jurista, como maestro, y como leader; como hombre no lo fué menos; dignificándolo todo con la acendrada pureza de su vida íntima, porque si fué digno linaje de su prosapia, también fué digno abuelo de su progenie.

G. STEWART VARGAS.

Digitized by Google

EL ALFEREZ DE BLANDENGUES RAMON FERNANDEZ (1)

SU ACTUACION PATRIOTICA DESDE 1811

SUMARIO: 1. Hechos que demuestran concluyentemente el papel principal desempeñado por el alférez Ramón Fernández en la preparación y realización del movimiento del 28 de febrero de 1811. — II. Ascenso a capitán de dicho patriota y conquistas por él obtenidas antes de la llegada del emisario de Belgrano. — III. Adhesión y servicios del subteniente José Caparroz y de los capitanes Francisco Montes y Cipriano Martínez. — IV. Entrega espontánea del mando al sargento mayor Soler. — V. Valor temerario revelado por Fernández durante la refriega del 4 de abril mantenida contra las fuerzas de Michelena en Soriano. — VI. Comando proyectado en su favor. — VII. Santo Domingo Soriano en esa época. — VIII. La Comandancia Militar de Mercedes. — IX. Afirmación equivocada del historiador argentino doctor Rodríguez. — X. A las órdenes de Artigas. — XI. Efectos de la chispa revolucionaria del 28 de febrero. — XII. Fidelidad de Fernández a la causa emancipadora del terruño. — XIII. Su estada en Córdoba a raíz del ostracismo de Artigas. — XIV. Su figuración en la nueva campaña emprendida en 1825. — XV. Muerte trágica de este patriota.

I. — Sin desconocer la meritoria actuación de Pedro José Viera en los acontecimientos del 28 de febrero de 1811, se destaca en ellos la noble figura de Ramón Fernández, director espiritual, primero, de esa heroica empresa, y luego la cabeza visible de la sorpresa y toma de Mercedes.

¿No le cupo el insigne honor de mandar a los patriotas en armas?

(1) SETEMBRINO E. PEREDA nació en Paysandú el 10 de abril de 1859. Más de sesenta años de actividad literaria constante abonan la jerarquía y capacidad de este escritor que ha cultivado desde la adolescencia todos los géneros, pero que se ha singularizado en el dominio de las disciplinas históricas conquistando en ellas autoridad de maestro. Ha consagrado, además, buena parte de su actividad a la política, concebida ésta como alta función social y como medio de perfeccionar las instituciones públicas y privadas, y ha consumido también no pocas energías en luchas doctrinarias de carácter religioso y social que lo singularizaron como representante de la escuela liberal y promotor de las reformas laicas. El periodismo, el libro, el estrado de los clubs, la tribuna parlamentaria han sido los medios de acción de este escritor y propagandista, cuya obra comprende densas e innumerables columnas de diario, numerosos volúmenes de literatura, historia, política y legislación, variadas conferencias y discursos, estudios jurídicos y legislativos concretados varios de ellos en proyectos de ley sancionadas algunas por el Parlamento. Sus primeras armas de escritor público las hizo en Paysandú, donde en su primera juventud redactó «El Imparcial», «El Pueblo», «La Democracia»,

Digitized by Google

¿No reclamó el apoyo de Artigas inmediatamente de posesionarse de esa villa en nombre de la revolución, como también de la de Soriano?

¿No elevó el parte de los hechos a la Junta Gubernativa? (A)

¿No solicitó, por último, la protección de Belgrano, que se encontraba acampado en la Candelaria, territorio de Misiones? (B)

El doctor Eduardo Acevedo, en su estudio histórico sobre la personalidad del Jefe de los Orientales, aludiendo al parte de Fernández, observa también a este respecto: «El primer aviso es para Artigas. — *Y se comprende que así fuera, no sólo por su carácter oficial, sino porque era desde antes, y seguía siéndolo, el verdadero inspirador del movimiento revolucionario.*»

Todas estas manifestaciones, dicen elocuentemente que su estada en Mercedes a las órdenes del piquete realista fué un simulacro de adhesión a la causa que representaba Elío, abrazada, como por tantos otros, sinceramente, antes de la conmoción del 25 de Mayo de 1810, y que en él se había depositado el secreto del éxito de la insurrección en esa zona del suelo oriental.

La afirmación gratuita, tan generalizada, de que fué sorprendido por Viera, y que a raíz de ello se plegó a la revolución, además de inverosímil, es desatinada; porque, ¿cómo puede suponerse, y mucho menos admitirse, que un adversario sometido inspire, en el instante mismo de su sujeción, la ilimitada confianza de ejercer la supremacía por la espontánea voluntad de sus propios aprehensores?

Decimos esto, porque en el oficio pasado por él al Cabildo de Soriano, el 28 del mismo mes de febrero, por intermedio de Viera, se expresa que a este último, *como segundo suyo*, le fuese «franqueado ese pueblo sin oposición alguna».

¿Puede ponerse en duda que dicho sujeto tenía por superior a Fernández? De manera alguna, puesto que ese documento figura transcripto en el acta labrada por los cabildantes de la mencionada

«El Progreso» y «El Paysandú». Luego en Montevideo redactó «El Liberal». A la vez colaboró en diversos periódicos en las dos capitales del Plata. En 1878-1879 desempeñó el cargo honorario de Bibliotecario de la Biblioteca Municipal de Paysandú. En 1881 fué designado Director de la escuela de primer grado número 13 y más tarde le fué confiado el cargo de Defensor de Menores y de Pobres en lo Criminal, funciones que llenó honorariamente. En 1899 ingresó al Parlamento Nacional e inició su labor legislativa como Representante primero, y como Senador después. Su labor pública le ha valido singulares honores. Es miembro fundador del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, iniciador, fundador y presidente honorario de la Junta de Historia Nacional, miembro correspondiente de la Junta de Historia y Numismática Americana y de la Academia Americana de la Historia de Buenos Aires y de la Sociedad Geográfica de La Paz, Bolivia. Ha sido Presidente de la «Sociedad lírica Giribaldi», del «Club Comercial», de la Sociedad «20 de Setiembre», de la «Unión Liberal», del Ateneo de Paysandú, de la Logia Cristóbal Colón, de la Liga Patriótica de Enseñanza y de la Asociación de Enseñanza Laica. Es también Presidente perpetuo de la Sociedad Unión Agrícola de la Colonia Porvenir, creada por su iniciativa en 1901. Su bibliografía es la

Digitized by Google

villa, con igual fecha, y a su pie se halla también estampada la firma de Viera, como consta del Libro Segundo de Acuerdos del Cabildo de Soriano existente en el Archivo Nacional de Montevideo.

¿No confirma Fernández esa subordinación de Viera en el parte que elevó a la Junta Revolucionaria el 1º de marzo, comunicándole haber nombrado a Viera por su segundo, cuya comunicación se halla inserta en el número 40 de la «Gaceta extraordinaria» de Buenos Aires?

Por último: ¿no se dirigió Fernández, por escrito, el 6 de marzo, desde su Cuartel General de Mercedes, al Alcalde de Paysandú, don José Roberto Pereyra, intimándole el reconocimiento del gobierno revolucionario, en la creencia de que ese heroico y benemérito pueblo permaneciese adicto a la causa realista? El original de ese ultimátum se encuentra en el Archivo General de la Nación Argentina.

¿Con qué fundamento, pues, se pretende por algunos publicistas adjudicarle un rol secundario en los sucesos del 28 de febrero de 1811?

II. — El 8 de marzo lo ascendió la Junta a capitán, en reconocimiento de tan eminentes servicios, y mientras no llegó el emisario de Belgrano, permaneció a cargo de las fuerzas patriotas, compartiendo su dirección y responsabilidades con su segundo y con el comandante militar de Soriano por ellos nombrado, sin que se diera reposo para llevar a conocimiento de los puntos principales del país los resultados de aquella resonante acción, ya para recibir contingentes voluntarios, que consolidaran su poder, ya con el propósito de que se le sometiesen los que eran o creía adictos al gobierno de Montevideo.

En consecuencia de esta actitud, consiguió la adhesión del alcalde de Paysandú, que disponía de 60 hombres, la del oficial de Milicias de Voluntarios de Montevideo en el pueblo de Porongos, don

siguiente: «Lucila», «Una historia como hay muchas», «Laura y Clotilde», «Miscelánea» (dos tomos), «La literatura nacional y el doctor Sienra Carranza», «Colón y América», «Ni Retrógrados ni Tartufos», «Garibaldi», «Paysandú y sus progresos», «Río Negro y sus progresos» (dos tomos), «Labor Legislativa» (dos tomos), «Cuestión constitucional, la Naturalización», «El divorcio», «El General Fructuoso Rivera y la independencia nacional», «Impuesto de consumo a los vinos», «Los extranjeros en la Guerra Grande», «Una cuestión histórica. La Isla Martín García. Uruguaya y no argentina», «Liberalismo práctico. Ser o no ser», «Garibaldi en el Uruguay» (tres tomos), «La prescripción en materia penal», «Los partidos históricos uruguayos. Su origen y tendencias fundamentales», «El Poder Ejecutivo. La Presidencia» (Tomo 1º), «Del Consejo Nacional de Administración» (tomos 2º y 3º), «De los Secretarios de Estado y del Juicio Político» (tomo 4º), «El Belén Uruguayo Histórico», «El general Rivera. Su primera presidencia (1830-1834)», «El actual Belén salteño y origen de su fundación (1840-73-1925)», «Paysandú patriótico (1810-1811)» (dos tomos), «La Revolución de Mayo», «Artigas» (cinco tomos) y «Paysandú en el siglo XVIII. Epoca de su erección y origen de su nombre».

Digitized by Google

Ignacio Ruiz y sus subordinados, que ascendían a 100, y la de los distritos de San Salvador y Las Víboras, poblaciones insignificantes, como la mayoría de las de esos tiempos, pero con cuya sumisión acrecía el acervo revolucionario.

El 13, conjuntamente con Viera, dió cuenta de esas conquistas al Gobierno de Buenos Aires, (C) el cual acusó recibo el 23, expresando la gran satisfacción que experimentaba ante tan auspiciosas noticias.

La Junta exhortaba, a la vez, a los patriotas para que prosiguieran con igual diligencia, tomando todas las medidas más ajustadas a la consecución de los fines por ellos sustentados. (CH)

III. — El 18 se le presentó el subteniente del Regimiento de Infantería ligera de Montevideo, don José Caparroz, que más tarde prestó señalados servicios en sostén de los principios republicanos, y cuyo grado le había sido conferido el 14 de agosto de 1807.

Sospechado este valiente militar por sus ideas emancipistas, que tampoco ocultaba, había sido separado por las autoridades de Montevideo de la Comandancia del pueblo de la Concepción de Minas, que desempeñaba desde largo tiempo atrás, y privado del sueldo que legítimamente le correspondía.

En esta incómoda posición se mantuvo en espera de algún serio alzamiento en la campaña oriental, hasta que supo de la insurrección del 28 de febrero, y el 12 de marzo logró eludir la vigilancia de los realistas y trasladarse por tierra a la Capilla Nueva de Mercedes, donde seis días después se puso a órdenes de Fernández, quien lo utilizó como instructor de la gente bizoña que acudía de todas partes.

No tardó también en arribar a ese punto el capitán Francisco Montes, con el mismo propósito, y ambos, en consorcio, se contrajeron a reunir los desertores del Regimiento del primero de ellos, y del que don Prudencio Murguiondo mandaba en la Capital.

Caparroz propuso al mes siguiente la formación de una compañía, teniendo por base esos elementos, «que sobre ser tropa disciplinada y acostumbrada a la subordinación», manifestada en una extensa nota, «tenían la ventaja de poseer conocimientos de aquella campaña y podrían proporcionar la incorporación de otros muchos soldados de los propios regimientos», que en la ocasión favorable era muy creíble se le reuniesen. (D)

Caparroz fué ascendido a teniente el 1º de julio del mismo año (1811), figurando en el primer escuadrón, 5ª compañía, del Regimiento Dragones de la Patria, con la antigüedad del 1º de junio, desde el 23 de diciembre; como Ayudante Mayor del Cuerpo de Granaderos, Caballería del Supremo Gobierno, el 11 de agosto de 1814; en calidad de capitán del 1er. Escuadrón de Guardias, de la primera compañía, del mismo cuerpo, el 24 de febrero de 1815, y de sargento mayor graduado, de caballería de línea, el 3 de diciembre de 1819.

Digitized by Google

Más tarde acudió igualmente a ese sitio el capitán Cipriano Martínez, como consta de una solicitud elevada por él al general Artigas, con fecha 9 de enero de 1812, subscripta en el campamento del Salto, sobre la costa occidental del Uruguay.

Se manifiesta en ella que siendo Martínez capitán de la 3ª compañía de la División del mando del teniente coronel don Baltasar Vargas, fué uno de los oficiales que desde los primeros momentos, en el Partido de la villa de la Trinidad, de donde era vecino, trató de salvar la Patria de la opresión de los tiranos, abandonando sus intereses y su familia, sin otro objeto ni esperanza de recompensa, sino el de ser útil a la justa causa defendida, con cuyo motivo se reunió y presentó en la Capilla de Mercedes, a las órdenes de Fernández, «que se hallaba de Comandante en ella».

Desde ese instante se le comisionó para la recluta de gente y la requisa de armas y caballada, habiendo reunido 115 hombres, de los cuales entregó a Artigas 16 en dicha Capilla, más 108 caballos.

Posteriormente fué encargado por el general Belgrano para procurar de nuevo armas y caballada, y tuvo la satisfacción de presentar dos cañones de a 2 con sus correspondientes municiones, 64 armas de fuego y 308 caballos.

Poco después, fué puesto por Rondeau al frente de una partida de 100 hombres, con la misión de aprehender a Mena, que se hallaba entre el Yí y Río Negro, de donde se retiró por orden del mismo, a Las Piedras, no habiendo participado de tan gloriosa acción por esta última causa.

Con igual fecha (enero 9), certifica Vargas ser cierto lo expuesto por Martínez (enero 8) y Artigas hace otro tanto, con data 10, desde su Cuartel General en el Salto Chico, costa occidental del Uruguay, agregando que la comportación de Martínez fué siempre análoga a los mejores sentimientos, contribuyendo con ella a las grandes glorias que cubrieron a las armas de la patria en la campaña de 1811.

En el Archivo General de la Nación Argentina, sólo consta, sin embargo, haber servido, con el empleo de teniente en el Regimiento Voluntarios de Caballería Patriótica de Porongos, cuyo cargo le fué discernido el 12 de agosto de 1811, según resulta del Libro 68, folio 344.

IV. — Habiendo llegado a Mercedes el refuerzo pedido por Fernández al general Belgrano, cesó de inmediato la jefatura del campeón del 28 de febrero, por desprendimiento propio, para colocarse desde luego en calidad de subalterno del sargento mayor don Miguel Estanislao Soler, como consta del parte pasado por éste a la Junta de Gobierno de Buenos Aires, en el cual se relatan varias incidencias y la acción librada en Santo Domingo Soriano, el 4 de abril, contra el capitán de navío, realista, don Juan Angel de Michelena.

La presunción, pues, del general Belgrano de que Fernández

Digitized by Google

pudiera aprovechar su posición para retener el mando, no pasó de tal. Véase, si no, lo que se expone en el exordio de esa comunicación del mencionado jefe argentino: «Hallándome comisionado en este pueblo de Mercedes por mi comandante don Martín Galain, que, según informes de los males que amenazaban a una crecida reunión de honrados patriotas, así lo determinó, y habiendo hecho presente mi comisión a don Ramón Fernández, *reunió al vecindario de dicho pueblo, y proponiendo la necesidad que tenían de un jefe, convinieron todos conformes en PROTESTARME EXIGIENDO MI DETENCION,* (a lo que contesté que no podía absolutamente, máxime cuando dicho mi Comandante me ordenaba la reunión con treinta soldados y un oficial, que yo traje, para pasar a Gualeguaychú, a un punto que lo llamaba el Excmo señor Belgrano; a pesar de ello me obligaron al reconocimiento de Comandante General de estas tropas hasta la resolución de V. E. mandándome impusiese a V. E. esta determinación, a que accedí) pasando con una porción de vecinos de aquel pueblo y don Ramón Fernández, al campamento, distante de este pueblo seis leguas (treinta kilómetros) para proponer a los oficiales y tropa las resoluciones que se habían tomado, e igualmente que don Venancio Benavídez, pues así lo exigí para asegurar la general conformidad en el distinguido aprecio que aquellos vecinos y buenos patricios me significaban. Llegué a dicho campamento el día 2 del corriente, a las oraciones, donde me recibieron todas las tropas y sus oficiales, formando con general aplauso.»

V. — En ese mismo oficio, hace saber el mayor Soler que en el pueblo dejó el resto de las fuerzas a las órdenes de Fernández, sosteniendo una pieza de artillería de a 4, que por estar montada sobre cuatro ruedas, hechas a la brusca, no pudieron ser utilizadas, mientras él, con el resto de sus fuerzas, ocupaba lugares estratégicos para repeler al enemigo.

No obstante, a las doce y tres cuartos de la tarde, ante el recio fuego de varios buques bloqueadores, mantenido desde las diez menos cuarto, resolvió este bravo oficial dirigirse a las afueras del pueblo, para que sus soldados, uno de ellos herido ya gravemente, no fueran víctimas indefensas de las balas de a 18, del bergantín «Cisne» y de las de menos calibre de un falucho y de un lanchón que hacían incesantes disparos sobre el pueblo y las partidas de la costa.

Horas después, empeñado en tierra el combate, atendió el costado izquierdo con la escolta de su mando y con algunos otros elementos que se le agregaron (1), revelando en todo momento gran serenidad y excelentes disposiciones.

VI. — El 5 de abril había reunidos en Soriano alrededor de 800

(1) Véase el parte respectivo, inserto en las páginas 482 a 486 de la obra del doctor Gregorio F. Rodríguez, intitulada «El General Soler».

Digitized by Google

hombres, 300 y más con carabinas y fusiles y otros con pistolas y sables.

En vista de tan importante concurso de patriotas solicitó Soler autorización para arreglar dos regimientos de caballería, siendo su intención confiarle el comando de uno de ellos al capitán Fernández, según lo expresaba. (1)

VII. — Santo Domingo Soriano, fundado en 1624 por fray Bernardo de Guzmán, que lo pobló con indígenas, principalmente de la tribu de chanás, tenía en esa época 1700 habitantes, según lo consignan en sus «Apuntes» los señores Larrañaga y Guerra.

Sin embargo, a fines del siglo XVIII, si nos atenemos a lo manifestado por don Benito López de los Ríos, — entonces Alcalde de primer voto y comandante interino de ese punto, — ascendían a más de seiscientas familias.

Tuvo sus orígenes en una reducción establecida en la isla del Vizcaíno por frailes franciscanos, de donde fué trasladada dicha villa en 1708, al paraje que hoy ocupa, o sea, en la desembocadura del Río Negro, en el Uruguay, margen izquierda. Desde su traslación a este sitio aumentó tanto en cantidad de habitantes, que llegó a contar con más de tres mil seiscientos. Estuvo dotada de sala capitular, comandante militar, dos iglesias, siete compañías de milicias de caballería y un interesante archivo, y sostenía un gran comercio de grasa, sebo, leña, maderas, aves y granos con Buenos Aires y Montevideo, viéndose sumamente concurrida por numerosos forasteros atraídos por las propiedades curativas que a la sazón se atribuían a las aguas del Río Negro, y de ahí su nombre: «Real Villa de Santo Domingo Soriano y Pueblo de Salud» que le concedió un monarca castellano. (2)

El mismo presbítero Larrañaga, en una visita que hizo a dicha localidad en los días 17 y 18 de junio de 1815, exterioriza sus impresiones favorables a Soriano, elogiando algunas de sus calles y edificios, «en su mayor parte, bien construídos», la bondad de su puerto y desembarcadero y la excelencia de las tierras destinadas a huertas.

En su concepto, la villa de Soriano no era inferior al pueblo de Mercedes, por cuya causa consideraba injustificada la pretensión de «despojarla de las prerrogativas que le competen», dice, «como parroquia matriz tan antigua».

Desgraciadamente, Soriano perdió la importancia que hasta entonces tenía, disminuyendo considerablemente su población y comercio, habiendo contribuído a ello, en gran parte, el hecho de no constituírsele en capital del Departamento de su nombre.

VIII. — Además de haber recaído en la persona de don Celedonio

(1) Ibídem.

(2) Orestes Araújo: «Diccionario Geográfico del Uruguay», 1912.

Digitized by Google

Escalada el nombramiento de Comandante Político y Militar del pueblo de Soriano, reunido el vecindario de Mercedes bajo la presidencia de Fernández, que continuaba siendo el hombre de confianza y de mayores prestigios en ambas localidades, y hallándose la segunda de ellas sin Juez ni Comandante, por haber sido remitidos a Buenos Aires los que ejercían esas funciones, don Mariano Vega fué electo Alcalde en dicho acto plebiscitario, a pluralidad de votos.

El mayor Soler complementó ese cargo, nombrándole Comandante Militar.

A pesar de que Escalada se hallaba entre los cabildantes que le dieron posesión a Viera de la villa de Soriano el 28 de febrero, era ya simpatizante de la revolución, como se comprueba con lo manifestado por el patriota don Miguel del Cerro en el siguiente párrafo de la exposición que elevó al gobierno del general Las Heras, desde Buenos Aires, el 13 de octubre de 1825, relatando su viaje a Paysandú en octubre de 1810.

« El gobierno confió pliegos al patrón del buque de don Angel Villegas en que yo debía navegar, para que entregase al comandante de Santo Domingo Soriano a su arribo. Llegamos, excelentísimo. ¿Cuál fué mi sorpresa cuando al fondear se nos atracó un lanchón armado a registrar el buque y ocupar la correspondencia? Afortunadamente pude escapar unas colecciones de nuestras gacetas que había comprado acá, sólo con el fin de esparcir y sembrar por todo aquel continente el fuego sagrado de nuestra revolución. Al fin desembarqué y me presenté al comandante don José M. Moreno, a quien parecí sospechoso, según se deduce de la orden que me intimó para que en el perentorio término de veinte y cuatro horas me trasladase a la Colonia del Sacramento, golpe que pude evadir por los esfuerzos de valederos y certificados de médico. En tales circunstancias don Celedonio Escalada, que aunque europeo, me había dado alojamiento, más que por relación, por su decisión al sistema de la Patria, que abrazó con más entusiasmo que muchos americanos; con don Celedonio Escalada, repito, después que nos entendimos con este buen español, dimos principio a reuniones nocturnas con familias de confianza, a desarrollar ideas sobre unir a los tres pueblos de Soriano, Mercedes y Paysandú para el movimiento que estalló en febrero de 1811.»

Estas designaciones fueron aprobadas en su oportunidad por el general Belgrano (E), y demuestran que Fernández, a pesar de su gran ascendiente entre las clases civiles y militares, no quería empleos de figuración sino de fatigas y de peligros.

IX. — El doctor Rodríguez, en su panegírico de Soler, da también a éste y a Fernández como presentes en la rendición de la villa del Colla, pues en seguida de relatar el ataque y defensa de la villa de Soriano, dice en la página 28: «Este triunfo preparó la capitu-

Digitized by Google

lación del Colla, que tuvo lugar pocos días después (14 de abril). Tenían allí los españoles una guarnición importante, que fué sorprendida y tomada prisionera por Soler y Benavídez, sucesos que dieron por resultado el aumento y propagación del movimiento revolucionario. Los historiadores no sabemos por qué causa, han omitido la principal actuación de Soler en estos sucesos, dándosele a los patriotas uruguayos Benavídez y Fernández; sin duda porque no han tenido oportunidad en sus investigaciones de conocer los documentos que acabamos de mencionar.»

Esos documentos, sin embargo, no dicen absolutamente nada a este respecto, y son muy anteriores a la posesión del Colla, que se efectuó el 21 y no el 14 de abril, como consta del parte de Benavídez, de las dos intimaciones hechas por el mismo, y de las respectivas respuestas dadas por el alférez Pablo Martínez, comandante de la guarnición realista, todo lo cual se publicó en las páginas 694, 695 y 696 de la «Gaceta» correspondiente al jueves 2 de mayo.

El general Belgrano, en su nota del 23, dirigida a la Junta, acompañando dichos comprobantes, y fechada en Mercedes, sólo menciona a Benavídez, que fué el único jefe que le participó esa ocurrencia.

X. — Fernández prosiguió sirviendo con las fuerzas en que figuraba, hasta que juzgó prudente acompañar a Artigas, ya que debido a sus trabajos e influencias había resuelto, como él, apoyar decididamente la causa redentora. De ahí que tan pronto arribó éste a Mercedes, — que lo fué el 11 del propio mes de abril, — se pusiera a sus órdenes; y sabido es que el ilustre Jefe de los Orientales no se movió de allí hasta el día 24.

En el oficio de Belgrano antes citado, que aparece también inserto en el número 47 de la «Gaceta», anunciaba su próxima expedición hacia la plaza de Montevideo, diciendo: «Mañana sale el teniente coronel don José Artigas, segundo jefe interino del Ejército, con una partida, a estrechar a los enemigos: yo espero la reunión de las Divisiones que se hallan en ambas orillas del Uruguay para avanzar»; y coincidiendo con la fecha de esa comunicación y con su contenido, lanzó Elío un bando el 23, mezcla de farsaica clemencia y de patente ira, fruto indudablemente de la rabia y del despecho que anidaba en su vanidoso espíritu. Otorgaba el plazo de ocho días a todos aquellos que no le fueran afectos y que optasen por enrolarse en las filas contrarias. «Si como amigos», decía, «ellos no me sirven; si como enemigos, los desprecio.»

Observaba a la vez en dicho documento que si transcurrido el término señalado no se hubiese hecho uso de esa gracia y después se pretendiese salir de la plaza, no tendría el menor miramiento para con sus autores. «Desgraciado», exclamaba, «del que intente unirse a los insurgentes. Un dogal reemplazará invariablemente aquella generosidad.»

Digitized by Google

Esta intransigente petulancia, fué más tarde una de las causas de su perdición. Los pueblos no aguantan perpetuamente las amenazas de sus opresores ni se intimidan ante la más ruda de las realidades: a semejanza de las fieras, al ser atacadas por el cazador, se lanzan sobre sus agresores sin vacilaciones ni recelos, para hacerles pagar bien cara su osadía.

Fernández formó parte de esas fuerzas de Artigas, y si el 24 se encontraba aún en Mercedes, siempre a sus órdenes, es erróneo suponerlo el 21 en la villa del Colla, máxime cuando no dependía de Benavídez.

XI. — Su acción patriótica del 28 de febrero y la adhesión de Artigas a la causa revolucionaria, habían ya surtido, en esos momentos, los más halagüeños efectos.

El general Antonio Díaz, contemporáneo de estos sucesos, pues ya había servido en Montevideo cuando las invasiones inglesas, fué consultado sobre este particular, en 1854, por el doctor don Andrés Lamas, y ese ilustrado militar le suministró los apuntes que van a leerse más abajo, cuyo original obra en nuestro archivo, debido a una deferencia del coronel Antonio Díaz, hijo de su homónimo, a la vez que historiógrafo. En ellos se da una idea exacta del eco que encontró de inmediato en todo el territorio nacional el propósito de emanciparse de la península.

«Veamos», dice, «los trabajos de Artigas, (se supone desde Nogoyá»), y luego de estas palabras, los relaciona como sigue, siendo igualmente suyas algunas de las notas puestas a su pie:

«Los demás puntos de la campaña se insurreccionaron en marzo y abril del mismo año de 1811, acaudillando las respectivas reuniones los individuos siguientes:

«Don Baltasar Vargas y don Marcos, su hermano, (paraguayo), vecinos del pueblo de Porongos, con la cooperación de don Miguel y don Bartolomé Quintero, reunieron las milicias del distrito de Arroyo Grande. (a)

«Don Manuel Francisco Artigas, hermano del general, reunió las milicias de Maldonado, cooperando en la insurrección de aquel Departamento don Francisco A. Bustamante, don Pablo Pérez, don José Machado y don Paulino Pimienta. Marcharon sobre aquella ciudad y prendieron a los españoles, cuyo jefe era don Francisco Javier Viana, poniendo luego a éste en libertad. (b)

(a) Don Baltasar Vargas, se pasó en el Ayuí al Cuartel General de Sarratea, en 1812. Fué hecho coronel por el gobierno de Buenos Aires. Peleó contra Artigas hasta el año de 1815, y más tarde fué fusilado en el Paraguay por orden del dictador Francia (Nota del general Díaz).

(b) En esa reunión empezó a servir don Juan Antonio Lavalleja. (Nota del general Díaz).

Digitized by Google

«Don Juan Francisco Vázquez, por sobrenombre «chiquilín», reunió las milicias del Departamento de San José. (c)

«Don Manuel Antonio Artigas, capitán de Milicias, y primo de los dos anteriormente citados, reunió el vecindario de Casupá y Santa Lucía Chico.

«Don Félix Rivera, reunió el de entre Yí y Río Negro. (ch)

«Don Baltasar Ojeda, (paraguayo), reunió las milicias de Tacuarembó. (d)

«Don Julián Laguna y don Manuel Pintos Carneiro, (brasilero), hacendado influyente entre el vecindario, reunieron las del distrito de Belén.

«Don Blas Basualdo, (santiagüeño), reunió las de Lunarejo.

«Don Fernando Antonio Delgado, reunió las de Cerro Largo.

«Don Fernando Otorgués, reunió el vecindario del Pantanoso. (e)

«Don Tomás García de Zúñiga, reunió el vecindario de Canelones, ayudado por don Ramón Márquez y otros.

«Todos estos caudillos quedaron con el carácter de comandantes de sus respectivas Divisiones, luego que se reunieron en un solo cuerpo de ejército a las órdenes de don José Artigas; excepto don Tomás García de Zúñiga, que se retiró a su estancia después de la acción de Las Piedras, en la que se halló como comandante de las Milicias de Canelones.

«En el mes de abril de 1811, don Venancio Benavídez, habiendo aumentado ya sus fuerzas a más de cuatrocientos hombres, se dirigió a la villa del Colla y la ocupó el día 14 (A) del otro mes, sin resistencia de parte del teniente español Martínez, que con cuatrocientos hombres de tropa ocupaba aquel punto. (f)

«El día 20 (B) del mismo mes de abril, don Manuel Antonio Artigas, reunidas sus fuerzas con las de Vargas, atacó una fuerza española de 160 hombres, que estaban en el paso del Rey del río San José,

(c) A este Vázquez, que era hacendado de San José, buen vecino y estimado por el general Artigas, lo mató Otorgués, alevosamente, de un pistoletazo. (Nota del general Díaz).

(ch) Ese Rivera, era hermano de don Fructuoso. (Nota del general Díaz).

(d) En la guerra de invasión, que hicimos al Brasil en 1826, era el Baqueano Mayor de nuestro Ejército. (Nota del general Díaz).

(e) Otorgués, primo del general Artigas, era capataz de la invernada del rincón del Rey en el Cerro. (Nota del general Díaz).

(A) El general Díaz incurre en error de fecha, pues Benavídez se apoderó del Colla el día 21 y no el 14. (Nota del autor).

(f) El general Rivera ha padecido una equivocación, diciendo en sus «Memorias» que ese suceso tuvo lugar el 28 de julio; también se ha equivocado en cuanto al número de la fuerza realista. (Nota del general Díaz).

(B) Fué el 21, a las 9 de la mañana. (Nota del autor).

Digitized by Google

con un cañón de a 4, al mando del capitán Bustamante, y de su segundo don Diego Herrera. (C)

«Los españoles, después de una corta resistencia, se retiraron a la villa, y parapetándose en las azoteas y cercos de la plaza, defendiéronse hasta el 25, en cuyo día, habiéndose reunido la fuerza de Benavídez con la de don Manuel Antonio Artigas y don Baltasar Vargas, entraron hasta la plaza de la villa, y después de cuatro horas de fuego, los españoles se rindieron a la discreción, quedando casi todos prisioneros. En ese ataque fué herido en un pie, por un casco de metralla, el capitán Artigas, de cuyas resultas murió a los ocho días.» (CH)

Por estos hechos de armas fué que el general Belgrano exteriorizó sus sentimientos de satisfacción en el oficio que el mismo día de la partida de Artigas le dirigió a la Junta Gubernativa, calificando de «noble y valeroso» al vecindario de Mercedes y del resto de la campaña oriental que se había congregado allí con fines patrióticos, agregando en esa misma comunicación, con referencia a dicho vecindario: «que justamente merece el renombre de libertador de la Banda Septentrional del Río de la Plata». (F)

El general Díaz, agregaba en sus mencionados datos ilustrativos:

«El día 6 de mayo llegó a San José el teniente coronel Artigas, con dos compañías de infantería que recibió en Mercedes del ejército del general Belgrano, y antes del arribo de éste, autorizado por el gobierno de Buenos Aires para ponerse a la cabeza de todas las reuniones, debiendo seguirle de aquella capital el coronel Rondeau con alguna tropa de línea, y encargado del mando en jefe de las fuerzas que habían de operar en esta banda. (g)

«Don José Artigas, en marcha, con dirección a Montevideo, llegó el 13 del mismo mes de mayo a las puntas del Canelón Chico, donde se le incorporaron las milicias de Maldonado y Canelones. De allí se dirigió a Las Piedras, en cuyo punto se hallaba una fuerza realista de 500 a 600 hombres de infantería y alguna caballería, con cuatro cañones, mandada por el capitán de fragata español, don José Posadas; y el día 18, tuvo lugar la acción y completo triunfo de los patriotas en el campo inmediato al pueblito de Las Piedras, quedando prisioneros la mayor parte de los enemigos, incluso su jefe, artillería, etc., etc. El jefe vencedor, Artigas, siguió luego sobre Montevideo

(C) En esta parte, concuerda el general Díaz con la fuerza y el número de tropa de Bustamante.

(CH) En la fe de óbito autorizada el 25 de mayo de 1811 por el doctor don Gregorio José Giménez, Cura Vicario de la Parroquia de San José, consta que falleció el 24 de ese mes. Dicha partida puede leerse en las páginas 19 y 20 de los «Apuntes biográficos de la familia Artigas y Ferreira», publicados en 1919 por el doctor don Mariano Ferreira. (Nota del autor).

(g) El general Rivera se ha equivocado notablemente, suponiendo la llegada de Artigas en 11 de setiembre. (Nota del general Díaz).

Digitized by Google

y dió principio al asedio. (D) En esas circunstancias llegó el señor Rondeau.» (E)

La carta del historiador coronel Díaz, a que hemos hecho referencia, dice así:

Buenos Aires, mayo 8 de 1910.

Mi estimado amigo, señor Pereda: Usted sabe que tengo en mi poder una fuente de información histórica, en las memorias de mi finado padre, el brigadier general don Antonio Díaz, narración muy detenida y extensa, especialmente sobre la época que usted cita, y en cuya veracidad creo firmamente, con el fundado respeto que mereció para esos países su reputación de hombre sensato, y de un temple acerado independiente, — que le costó sostener, — siendo miembro del gobierno del general Oribe, y jefe de una de las Divisiones de su ejército, mandatario discrecional, que levantó su voz sobre el terrible diapasón de su tiempo.

La lectura del artículo que usted se sirve remitirme, sobre el Grito de Asensio, me movió a investigar algunos papeles sobre las referencias Viera y Benavídez, encontrando, — en una de las varias cartas que mi citado padre dirigió al señor Andrés Lamas, el año de 1854, comunicándole datos históricos que éste le solicitó, — el borrador de una de ellas, que trata precisamente del Grito de Asensio y del resultado de los trabajos del general Artigas, que desde Nogoyá promovió, de acuerdo con los uruguayos partidarios de la emancipación política de su tierra...

Disculpe lo incorrecto de esta carta, porque ya estoy muy remiso para investigar y escribir. Amigo de usted. — *Antonio Díaz.*

XII. — El 18 de mayo, siempre al servicio de Artigas, se encontró Fernández en la batalla de Las Piedras, según lo consigna aquél en la lista de los jefes y oficiales que participaron en esa memorable acción y que está inserta en el número 54 de la «Gaceta».

Luego asistió al asedio de Montevideo, comenzado el 21 del propio mes y año, y fiel a su superior, lo acompañó en su peregrinación patriótica hasta el Ayuí, comenzada a fines del mes de octubre, motivada por el desleal armisticio celebrado entre Elío y la Junta de Buenos Aires, y por el cese del asedio.

Habiendo desertado numerosos soldados del Regimiento de Blandengues, cuyo jefe, el coronel Ventura Vázquez, se plegó a Sarratea en 1812, Fernández reorganizó dicho cuerpo, por orden de Artigas, y con él acompañó al Jefe de los Orientales cuando éste se encaminó

(D) El 21 acampó en el Cerrito e inició el sitio. (Nota del autor).

(E) El día 1º de junio arribó el general Rondeau de Mercedes, con la vanguardia del ejército coaligado, y asumió el mando supremo de las fuerzas del asedio. (Nota del autor).

Digitized by Google

de nuevo hacia Montevideo, acampando con su ejército en el Paso de la Arena, el 20 de enero de 1813.

No obstante, sin que por ello sintiese lesionado su amor propio, sirvió en seguida a las órdenes del teniente coronel Román Rosendo Fernández, hermano suyo, en calidad de capitán del 4º de infantería, designación que le había dado Vázquez a la fuerza de su comando y que abandonó en febrero, compelido por la fuerza de los acontecimientos.

Con la refundición de sus subordinados, ascendió el 4º a unos 500 hombres, en cuyo seno se mantuvo hasta el 20 de enero de 1814, pues quiso seguir de nuevo la suerte del prócer, que por segunda vez se retiró del sitio con patriótica indignación.

El empleo de capitán en el mencionado Regimiento le había sido acordado el 5 de diciembre del año anterior (1812). (1)

En 1815, al abandonar Artigas la Provincia y dirigirse al Paraná, para atender a los acontecimientos que se desarrollaban en Santa Fe y Córdoba, le hizo saber, desde allí al Cabildo, con fecha 25 de marzo, que dejaba a Ramón Fernández al frente de las fuerzas del territorio oriental, como lo recuerda el doctor Lorenzo Barbagelata en sus acotamientos a las «Memorias» del general Rivera.

«Mi Cuartel General», escribía, «aún se mantiene en los Corrales al mando de don Ramón Fernández, con algunas compañías de Blandengues, para ocurrir donde aparezca más inmediato el peligro.»

XIII. — De su actuación posterior, hasta que terminó la campaña artiguista, no hemos encontrado constancia alguna en los archivos rioplatenses, pero todo induce a suponer que prosiguió prestando sus servicios a la causa oriental hasta 1820, pues al año siguiente emigró a la Provincia de Córdoba.

Con efecto: había ido allí, en 1821, llevado tal vez por la simpatía que le inspiraba el general Juan B. Bustos. Paró en Río Segundo, lugar famoso y cuna de héroes. Vivían allí los Perafán de Rivera, primos del padre del general oriental Fructuoso Rivera. (2)

Fué José Perafán de Rivera quien le dió albergue entonces y como todo estaba censado y calificado por las circunstancias de la época, quedó allí, en documento de vecindad, la constancia respectiva, que dice: «Ramón Fernández, Comandante de la Villa de Mercedes de la Banda Oriental.» (3)

XIV. — El pasaje de los 33 Orientales, efectuado en las playas de la Agraciada el 19 de abril de 1825, y la incorporación del general Rivera a las huestes revolucionarias, que tuvo lugar el 29 del mismo mes, a orillas del arroyo Monzón (Departamento de Soriano), reavivaron en su espíritu los anhelos de libertad, y poco después se trasladó

(1) Archivo General de la Nación Argentina, Libro 69, folio 149.

(2) Plácido Abad: «Héroes de Asensio». Véase el Suplemento semanal de «La Mañana» de Montevideo correspondiente al 16 de mayo de 1926.

(3) Ibídem.

Digitized by Google

a la Banda Oriental, su Patria, para poner de nuevo sus energías y su espada al servicio de la noble causa que con tanto tesón y patriotismo había perseguido su antiguo jefe.

Fernández le profesaba gran afección al general Rivera, siendo ella aumentada con la acogida que le dispensaron sus parientes cordobeses.

Entró a figurar en calidad de teniente agregado en la segunda compañía de la División de Soriano, como consta en las listas respectivas que existen en el Archivo del Estado Mayor del Ejército Oriental, apareciendo su nombre en ellas, desde junio a septiembre del expresado año 1825. (G)

El comandante don Miguel Antonio Planes tenía la jefatura de esa División y al frente de ella se encontró el 12 de octubre en la batalla de Sarandí, al costado izquierdo de la línea, en la que también formó el coronel don Andrés Latorre, con los Dragones de la Unión.

El general Lavalleja, consignó, por error, en su parte detallado de esa acción, que fueron las milicias del Yí y Río Negro las que ocuparon esa posición, conjuntamente con el segundo de los citados jefes. (1)

Días después le fué confiada a Planes la Comandancia del Departamento de Soriano, de cuyo cargo tomó posesión el 24 del mismo mes de octubre.

El Presidente de la Sala Capitular de esa localidad, don José Miguel Gallegos, comunicó, con igual fecha, haber enarbolado el 23 en el pueblo el pabellón de la Patria, «que estaba sumergido por el despotismo portugués», y que hubo salvas, misas y otras fiestas. (2)

En el Estado Mayor del Ejército Oriental, consta, igualmente, que en marzo de 1826, servía Fernández, siempre con el empleo de teniente, en el 1er. escuadrón de la 3ª compañía de la mencionada División. (3)

Planes actuó en la guerra de la independencia hasta la Convención Preliminar de Paz ajustada con el Brasil el 27 de agosto de 1828, destacado en distintos puntos con las fuerzas de dicha zona, a la cual no regresó sino diez días antes de tan feliz acontecimiento y en virtud de haberlo así dispuesto el Gobernador Delegado, don Luis Eduardo Pérez (4); y aunque en el Archivo del Estado Mayor del Ejército Nacional, no aparece de nuevo Fernández, no es posible

(1) El comandante Planes hizo esa salvedad, en nota fecha 2 de diciembre de 1825, al acusarle recibo a Lavalleja del impreso que éste le remitió con dicho parte. El original de ese oficio obra en el Archivo del Estado Mayor del Ejército. (Montevideo).

(2) Archivo del Estado Mayor del Ejército, Montevideo.

(3) Véase comprobante letra G.

(4) Comunicación de Planes, ya entonces coronel, al General en Jefe del Ejército, don Juan Antonio Lavalleja. Consta en el Archivo del Estado Mayor de Montevideo.

Digitized by Google

presumir que éste haya abandonado las armas en los momentos en que sus ideales emancipistas demandaban de él la mayor suma de esfuerzos, tendientes a verlos realizados, y menos aun cuando la División de Soriano, en cumplimiento de una orden del general Lavalleja, se dirigió a la Colonia, a marchas forzadas, el día 7 del expresado mes de marzo de 1826, para reunirse con la gente del comandante don Juan Arenas y atacar vigorosamente esa plaza, a efecto de conseguir su rendición. (1)

Recién el 7 de agosto de 1827 dispuso Lavalleja que cesase Planes en la comisión de asediarla, quedando desde entonces el sitio al exclusivo cargo de Arenas.

Probablemente se hallarán incompletas o se habrán extraviado las listas correspondientes a los demás servicios del meritorio oficial que nos ocupa, como sucede con muchos otros de esa época y aun de fechas posteriores.

XV. — El coronel don Tomás Gomensoro y Villegas, hizo las siguientes manifestaciones, en carta que vió la luz en el número 23 de «Rivera», — revista que apareció durante muchos años en Montevideo, — correspondiente al 15 de mayo, y que dicen relación con la muerte del patriota que nos ocupa.

«De la tradición de mi hogar, — donde viven aún personas que conocieron al valiente insurrecto de Capilla Nueva, — recojo los datos que expondré con la exactitud que requiere una aclaración histórica que afecta un apellido que, como todos aquellos de la épica insurrección artiguista, merecen ser recordados para respeto y ejemplo de las generaciones futuras.

«El comandante de Milicias don Ramón Fernández, tenía su establecimiento de campo, en sociedad con su hermano don Bibiano, en las inmediaciones del Arroyo Corralito, Departamento de Soriano; eran sus linderos doña Hermenegilda Pavón y don Ramón Madrid.

«Don Ramón Fernández, — conocido en aquella época como el auténtico revolucionario de 1811, — murió trágicamente en una faena de campo: jinete de fama y montado en un redomón, tuvo la desgracia de ser envuelto por su mismo lazo y derribado en tierra, donde el brioso corcel lo ultimó a coces, sin que la rapidez de la trágica escena permitiera socorrerle a los varios testigos, entre otros, a un indio misionero, de nombre Fermín, que más tarde, en las primeras etapas del Sitio Grande, muriera al servicio de las fuerzas argentinas sitiadoras.

«El cadáver del patriota don Ramón Fernández fué conducido al pueblo de San Salvador, — mi pueblo natal, — hoy villa de Dolores: fué velado en casa de doña Francisco Nieto, después de amor-

(1) Oficio del general Lavalleja al general don Martín Rodríguez, datado el 4 de marzo de 1826, y nota de Planes al primero de ellos, fechada el día 6, cuyos originales existen en el Archivo del citado Estado Mayor, en Montevideo.

Digitized by Google

tajado por las propias manos de mi señora madre, doña Anastasia Villegas. La muerte del héroe de Asensio acaeció a fines de 1836.»

Subsistió, sin embargo, hasta el 8 de marzo de 1838, pereciendo en la forma trágica mencionada por el citado militar, pues en la partida asentada el 9 de ese mes por el sacerdote Francisco Ciurana, se consigna, al folio 77 del libro 2º de Defunciones, que fué víctima de un golpe de caballo.

Era vecino de la costa de Maciel, del lado de la parroquia de Soriano, donde tenía su establecimiento de campo, de 61 años de edad y de estado soltero.

Nació en Montevideo el último tercio del siglo XVIII, siendo oriental y no español, como lo supone erróneamente el doctor Juan Zorrilla de San Martín, (1) pues así consta de la respectiva partida de bautismo, que luce al folio 159 del Libro 3º de Bautismos, y que dice así:

Ramón Toribio Fernández. — En 17 de abril de 1777, yo, Don Felipe Ortega, Cura Vicario de esta Iglesia de San Felipe de Montevideo, bauticé y puse óleos y crisma a *Ramón Toribio,* de edad de dos días, hijo legítimo de Dionisio Fernández, natural de Fuente Sampayo, Reyno de Galicia, y de doña Nicolasa Ximénez, natural de ésta. Padrino, don Manuel Camello, vecino de ésta, a quien advertí la cognación espiritual y demás obligaciones; testigos, don Manuel Lombardini y don Agustín Doncel; y por ser verdad lo firmé. *Felipe Ortega.* (2)

Fué sepultado con entierro mayor rezado, Cruz Alta, y seis posas, vigilia y misa de cuerpo presente (H), pero no consta si se le tributaron los honores militares de su clase.

Sacudido entonces su país por la vorágine de una candente lucha intestina, que duraba desde julio de 1836, no obstante el desastre de Carpintería, experimentado por el general Rivera, lo más probable es que el denodado paladín del 28 de febrero de 1811 haya descendido a la fosa común sin recibir el último homenaje que se rinde a los soldados de la Patria.

Toca a la posteridad, que tiene para con él una sagrada deuda de gratitud, consagrar a su memoria un recuerdo indeleble.

(1) Refiere el «Diario Español» de Montevideo, en su edición del 1º de marzo de 1924, que hablando uno de sus redactores con el doctor Juan Zorrilla de San Martín acerca del verdadero héroe de Asensio, éste le dijo ser don Ramón Fernández, «su paisano de usted».

(2) Esta partida la publicó, por primera vez, don Angel H. Vidal, en «La Mañana» de Montevideo, correspondiente al 28 de marzo de 1924, aunque incompleta y equivocada en algunos detalles, pues el padre de Fernández, aparece en ella como natural del reino de Andalucía y no de Fuente Sampayo, reino de Galicia, que es donde nació.

SETEMBRINO E. PEREDA.

Digitized by Google

APENDICE

(Documentos ilustrativos)

A

Hallándome en este pueblo de la Capilla Nueva de Mercedes, destinado por el señor gobernador de Montevideo, con veinte y dos hombres, a fin de impedir toda comunicación en estas costas de esa capital, y habiéndose publicado la guerra contra los de esta Capilla, el domingo 24 del pasado febrero tuve noticia de estar este partido y su jurisdicción adictos a cometer hostilidades contra los que protegían la causa de Montevideo, en vista de lo que, y con inteligencia de don Pedro Viera, a quien he nombrado por mi segundo, se me reunieron hasta trescientos hombres escasos, con los que he sorprendido en el día de ayer este pueblo y el de Soriano, a nombre de nuestro soberano don Fernando VII, y bajo la protección de esa Junta, con los únicos partidos de asegurarles sus vidas e intereses; a lo que han accedido sin la más leve resistencia.

He tratado de recoger todos los europeos en pelotón, y luego que esto se vaya organizando, poner en libertad a todos los vecinos afincados, bajo sus correspondientes fiadores, para cuando se les necesite, y los levantes entretenidos hasta saber la determinación de esa Junta Suprema.

El día de ayer oficié a don José Artigas, de quien tengo noticia hallarse en Nogoyá, jurisdicción de Santa Fe, y en su defecto al primer jefe de las tropas que se hallara de esta Banda, pertenecientes a esa capital, para que me auxilien a la mayor brevedad, pues puedo ser atacado de la Colonia o Montevideo, y me veré precisado a abandonar estos puntos; no habiéndome extendido a mayores conquistas por considerar no tener como sostenerme; en vista de lo cual, aguardo que se me proteja por V. E., aunque sea con un pequeño número de gentes, armamentos y municiones, avisándome el punto dónde se han de desembarcar, para agregar a los de esta Banda algunos para abultar su número, y al mismo tiempo se ordene a los que están en la Bajada vengan a reunirse, pues no hallarán óbice alguno hasta estos puntos.

Voy a arreglar estas gentes por compañías, nombrando jefes; pues aguardo ataque pronto, de Montevideo o la Colonia y sentiré no hallar protección en la causa general y justa que me he propuesto sostener.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Pueblo de Mercedes, marzo 1º de 1811.

RAMON FERNANDEZ.

Digitized by Google

B

Hallándome en este pueblo de Mercedes con un corto número de gente, que no llega a trescientos hombres de este vecindario, he sorprendido este pueblo y el de Santo Domingo Soriano, el día 28 del pasado febrero, y considerándome con pocas fuerzas para sostenerme a favor de la causa justa de Buenos Aires, suplico a cualesquiera de los jefes que se les presentase ésta, no sólo me auxilien con la gente que prontamente puedan, sino también que den este mismo parte al general de las tropas del Norte, el excelentísimo señor don Manuel Belgrano Pérez, a fin de que determine auxiliarme con la prontitud que se requiere, por estar expuesto, mediante la corta distancia que media desde este punto a Montevideo, quedando confiado solamente en los prontos auxilios de ustedes para poder continuar y sostener con el tesón que me he propuesto esta empresa.

Dios guarde a usted muchos años.

Cuartel General del Pueblo de Mercedes, marzo 2 de 1811.

RAMON FERNANDEZ.

Del Alférez del Cuerpo de Blandengues de Montevideo.

C

Excelentísimo señor:

Tengo el honor de participar a V. E. como habiendo oficiado de este punto a don Roberto Pereira, Alcalde del pueblo de Paysandú, y a don Ignacio Ruiz, oficial de milicias de voluntarios de Montevideo en el pueblo de los Porongos sobre que reconociesen la Excelentísima Junta de Buenos Aires, accedieron inmediatamente a ello, en el primero; y en el segundo entró dicho Ruiz sin oposición, habiendo pasado antes oficio al Juez de dicho pueblo, teniendo éste cien hombres armados en aquel destino; y el de Paysandú, sobre sesenta.

Igualmente ha sucedido con San Salvador y Las Víboras, siendo la única oposición que se ha hallado en estos pueblos de la que se ha dado parte a esta Excelentísima Junta con fecha 11 del que gira.

Dios guarde la importante vida de V. E. muchos años.

Capilla de Mercedes, marzo 13 de 1811.

RAMON FERNANDEZ.

PEDRO JOSE VIERA.

Al excelentísimo señor Presidente y Vocales de la Junta de Buenos Aires.

Digitized by Google

CH

La Junta ha visto con placer las operaciones de usted y sus resultados favorables por lo respectivo a Paysandú, Porongos, San Salvador y Las Víboras, como de la gente armada que en los dos primeros existen en favor de la gran causa que tan dignamente defienden los individuos de esa Banda Oriental; y exhorta a usted a que continuando con la misma actividad que hasta aquí, proceda, en su consecuencia, a tomar todas las medidas más ajustadas a su consecución.

Dios guarde, etc.

23 de marzo de 1811.

Señor don José Pedro Vicra.

D

Excelentísimo señor Presidente y Vocales de la Junta Provisional Gubernativa.

Don José Caparroz, subteniente del Regimiento de Infantería Ligera de Montevideo, ante la superioridad de V. E., con mi mayor respeto, digo: Que desde la feliz instalación de esta Junta Provisoria manifesté pública y privadamente una adhesión decidida al nuevo sistema, por cuya circunstancia fuí removido de la Comandancia del pueblo de Concepción de Minas, que obtenía en la Banda Oriental desde tiempo del anterior gobierno. Fuí también despojado del sueldo que gozaba por mi clase, y mirado en general con el mayor desprecio. Así me mantuve algunos meses en la plaza de Montevideo, esperando oportunidad para trasladarme a esta capital, con el objeto de incorporarme al número de los defensores de la libertad americana. Después de haberme evadido felizmente de la desgracia que experimentaron otros oficiales en aquella guarnición, que en su tránsito por mar a ese puerto fueron sorprendidos, verifiqué por tierra mi fuga el día 12 del próximo marzo, habiendo logrado llegar el 18 a la Capilla de Mercedes. Reunido allí con los valientes patriotas que estaban empeñados en la defensa de nuestra causa sagrada, me dediqué a instruirlos, según mis alcances, tomando una parte activa en todas sus operaciones. En consorcio del capitán don Francisco Montes, que días después llegó a aquellos destinos, me contraje a reunir varios desertores de mi regimiento y del que comandaba don Prudencio Murgiondo, que al tiempo de mi salida para este puerto quedaban ya acuartelados en número de veinte y seis, no dudando que a esta fecha lo estén ya hasta sesenta o setenta, según el número que sabíamos había por aquellas inmediaciones. Recibido del mando en jefe el Sargento Mayor del Cuerpo de Castas don Miguel Soler, tuve el honor de servir a sus órdenes y como su ayudante de campo en la acción

Digitized by Google

que hubo el 4 del corriente en el Pueblo de Santo Domingo Soriano con las tropas al mando del capitán de navío don Juan Angel de Michelena, de cuyo suceso conduje un parte circunstanciado que puse en manos de V. E. el día siete. Con este motivo, orientado prácticamente de la buena disposición de aquellos patriotas, y de algunas cosas que hacen falta para llevar a su colmo la obra comenzada, me tomo la libertad de instruir de ello a V. E. para su superior determinación y conocimiento.

1º — Sería muy conveniente, señor excelentísimo, formar una compañía con la fuerza de sesenta hombres cuando menos, de los desertores que dejo indicado, que sobre ser tropa disciplinada y acostumbrada a la subordinación, tiene la cualidad ventajosa de poseer conocimientos de aquella campaña, y podrá proporcionar la incorporación de otros muchos soldados de los propios regimientos que en la primera ocasión favorable es muy creíble se les reunan.

2º — Para la organización de esta compañía, si V. E. lo contempla útil, pido se me proporcionen sesenta fusiles, o en su defecto, carabinas, y no pudiendo ser ni uno ni otro, puede subsanarse esta falta con trescientas o cuatrocientas lanzas, que repartidas a los patriotas, que generalmente están inermes, pueden entresacarse de ellos las armas de chispa que tuvieran, para repartirlas entre los que saben su manejo.

3º — No ignora V. E. que la uniformidad en el vestuario del soldado, sobre ser parte de la buena disciplina, le da cierto realce, y hace más respetable. Por lo mismo, solicito también sesenta vestuarios, compuestos, cuando menos, de chupa y pantalón, como los que se dan a los reclutas.

4º — Ellos se hallan en la mayor indigencia, y aunque su patriotismo es muy laudable, sería conveniente estimularlo, facilitándoles algún socorro, cuya cuota dejo a la prudencia y sabia consideración de este Superior Gobierno, igualmente que el auxilio que tenga a bien anticiparme para equiparme de algunas cosas precisas, pues en mi acelerada fuga salí únicamente con lo encapillado, habiendo tenido que hacer algunos dispendios con los desertores que íbamos reuniendo, para tenerlos gratos de este modo.

Yo espero que V. E. aceptará estas proposiciones, que creo ser muy convenientes a la consolidación del sistema; y confío también de su justificación, que si gradúa meritorios mis servicios, y la oferta que hago de derramar hasta la última gota de mi sangre en defensa de la Patria, me agraciará con la propiedad de teniente de ejército (como lo ha hecho V. E. con el subteniente de Blandengues don Pedro Sierra) ocupando aquella plaza en la insinuada compañía, si merece la aprobación de V. E., y en su defecto, en cualquiera otra, que fuere del arbitrio de V. E., protestando, por último, ante su respetable autoridad, que justificaré en todo tiempo, con mis ac-

Digitized by Google

ciones, la consideración con que V. E. me distinga. Así lo espero conseguir de la rectitud que caracteriza las determinaciones de V. E.

Buenos Aires, abril 17 de 1811.

Excelentísimo señor.

JOSE CAPARROZ.

E

Excelentísimo señor:

Debo prevenir a V. E. que hallándose este pueblo sin juez ni comandante, por haber éstos sido mandados a ésa, se hizo juntar al vecindario, presidido de don Ramón Fernández, y a pluralidad de votos, salí electo Alcalde, y por don Miguel Soler, que tomó el mando de los patriotas, se me confirió la Comandancia Militar; de todo lo que se dió parte al Excelentísimo señor don Manuel Belgrano, quien tuvo a bien aprobarlo; pero, ignorando si dicho Soler lo había hecho a esa excelentísima Junta, lo elevo yo a su superior noticia, en cumplimiento de mi deber.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Capilla de Mercedes, 21 de abril de 1811.

Excelentísimo señor.

MARIANO VEGA.

Excelentísima Junta Provisional Gubernativa de estas Provincias del Río de la Plata.

Apruébase por ahora.

F

Excelentísimo señor:

Pongo en noticia de V. E. que he recibido las mayores demostraciones de respeto a la alta representación que me caracteriza de todo este noble y valeroso vecindario, que justamente merece el renombre de libertador de la Banda Septentrional del Río de la Plata; todos me han ofrecido sus personas e intereses por el sostén de la sagrada causa de la Patria, y de los derechos de nuestro Rey, el señor don Fernando Séptimo, y su entusiasmo está generalizado en toda la campaña.

Dios guarde a V. E. muchos años..

Cuartel General de Mercedes, 24 de abril de 1811. Excma. Junta Gubernativa de las Provincias del Río de la Plata.

Excelentísimo señor.

MANUEL BELGRANO.

Archívese.

Digitized by Google

G

Estado Mayor del Ejército.

El Jefe del Estado Mayor del Ejército, certifica:

Que Ramón Fernández aparece en calidad de teniente agregado en las listas de la División Soriano, en la segunda compañía, en los meses de junio a septiembre inclusive del año 1825, y como teniente de la misma División, primer escuadrón, tercera compañía, en el mes de marzo de 1826, y para que conste, expido el presente en Montevideo a los ocho días del mes de junio de mil novecientos diez y seis.

JULIO DUFRECHOU.

H

Ignacio Galarraga, Cura Vicario de esta parroquia de Nuestra Señora de los Dolores de San Salvador, certifico:

Que en el Libro Segundo de Defunciones, al folio setenta y siete, se halla la partida del tenor siguiente:

«El nueve de marzo de mil ochocientos treinta y ocho; yo el infrascripto sepulté con entierro mayor rezado, Cruz Alta, y seis posas, vigilia y misa de cuerpo presente al adulto don Ramón Fernández, natural de Montevideo, de estado soltero y vecino de la costa de Maciel, del lado de la parroquia de Soriano, donde tenía su establecimiento de campo, y terrenos comprados. Murió el día anterior, desgraciadamente de un golpe de caballo, que no dió lugar a recibir los sacramentos, ni menos de hacer su testamento, como debía. Era de edad como de cincuenta años. De que doy fe. — Francisco Ciurana.»

Concuerda con el original a que me refiero, y a petición de parte interesada expido la presente en papel común, sólo para los efectos eclesiásticos, a veinte de junio de mil novecientos diez y seis.

Es copia de los respectivos originales.

IGNACIO GALARRAGA.

SETEMBRINO E. PEREDA.

Digitized by Google

ENSAYO DE UN PARALELO PSICO-PATOLOGICO E HISTORICO ENTRE GOETHE Y BOLIVAR

I

Estudiaremos la genial personalidad de Goethe desde el punto de vista de la psicopatología histórica, para llegar, si es posible, a una patografía integral.

Es en el período de la juventud accidentada y borrascosa de Goethe, saturada de *Tædium vitæ* y coronada por la desesperación, es en el período de sus amores verdaderos y de sus fugas inesperadas, donde comienza el drama gigantesco de su vocación, en el que un destino interior, dolorosamente buscado, entra en conflicto con un destino exterior, implacable y trágico.

Estudiando la bio-génesis de la personalidad de Goethe, encontramos 3 líneas hereditarias y convergentes que integran el núcleo de su excepcional personalidad: 1. por la línea paterna, los Goethe, que pertenecen a la clase obrera y manual, siendo necesario llegar a Jorge Gaspar Goethe, el padre del poeta, para verlos ingresar en una clase o rango social superior; 2. por la línea materna, la familia Textor, perteneciente a la clase intelectual y administrativa, y 3. la familia Lindheimer, a que pertenecía la abuela materna de Goethe y cuyo padre, Cornelio Lindheimer, pertenecía a una familia de escritores y artistas.

Estas 3 masas hereditarias convergentes y diferentes (Epimixis de tercer grado de Sommer) explica la riqueza y el polimorfismo de la capacidad psíquica de Goethe.

En Leonardo da Vinci, en Alberto Durero, en Federico el Grande y en otros muchos genios como el mismo Goethe, se constatan grandes diferencias de condición social en sus líneas materna y paterna, especialmente, como insiste Hoffmann, cuando Jorge Gaspar Goethe, padre del poeta y perteneciente a una familia de obreros manuales, contrajo matrimonio con Catalina Isabel Textor, madre de Goethe y perteneciente a una familia de intelectuales.

Como dice Moebius, en su monumental Patografía de Goethe, el elemento psicopatológico o factor psicopático, desempeña un rol de primera línea en la bio-génesis del genio en Goethe.

En efecto: la herencia neuro-psicopática es frondosa, como lo revela el estudio del árbol genealógico de la familia Goethe.

Digitized by Google

El abuelo paterno de Goethe, llamado Federico Jorge, tuvo en su primer matrimonio 5 hijos: 1 imbécil, 2 muertos en la primera infancia, 1 muerto probablemente de tuberculosis a los 23 años y el quinto hijo se casó y tuvo 7 hijos, muriendo a los 64 años. En su segundo matrimonio tuvo 3 hijos: uno falleció de pocos años, otro falleció a los 19 años y el tercero, Juan Gaspar, es el padre del poeta.

Según Moebius, Juan Gaspar Goethe ha sido juzgado con dureza e injusticia por la posteridad, pues fué un buen padre de familia y «era tenaz, severo, gran celo para aprender y enseñar, muy escrupuloso respecto de sí mismo, con gran aprecio de su persona y desprovisto de fantasía».

Juan Gaspar Goethe, el padre del poeta, falleció de hemorragia cerebral, después de haber tenido 3 «ictus» o ataques cerebrales.

El abuelo materno Juan Wolfgang Textor, casado con Ana Lindheimer, tuvo 8 hijos, de los cuales 3 varones y 1 niña fallecieron al nacer; de los 4 restantes, 3 niñas y 1 varón, la mayor, Catalina Isabel, es la madre de Goethe: «cálida sensibilidad, gran fantasía, espíritu alegre e invencible entusiasmo vital».

Catalina Isabel Textor, la madre de Goethe, desde el punto de vista de su constitución o fórmula morfológica pertenecía al tipo picnico de Kretschmer.

Carlota Goethe, hermana del poeta, era, según el mismo Goethe, «un ser indefinible, la más rara mezcla de dureza y de blandura, de terquedad y condescendencia y carecía de Fe, de Esperanza y de Amor».

Era un ser imaginativo, soñador, contemplativo, que vivía su propio ensueño (autismo de Bleuler) y que vivía fuera de la realidad, perdiendo contacto con el mundo exterior (tipo esquizoide).

Carlota Goethe poseía la constitución psicopática esquizoide o esquizoidia (Bleuler) y después pasó por una etapa de esquizomanía (Claude) y hubiera terminado en la esquizofrenia (Bleuler) o demencia precoz (Krepelin), a no ser por su muerte prematura debida a una afección intercurrente.

Los otros hermanos de Goethe murieron en temprana edad: Jacobo a los 6 años, 2 hermanos a los 2 años y un tercer varón a los 3 meses.

La mujer de Goethe, Cristiana Sofía Vulpius, era de origen humilde e hija de padre alcoholista. Su primer hijo fué Augusto; luego nació una criatura muerta, después una niña que murió a los pocos meses, luego otra niña que falleció prematuramente y del último parto que fué gravísimo (parto distócico) nació una niña que falleció inmediatamente después de nacer.

Cristiana Vulpius era una mujer de positivo valor y de condiciones extraordinarias: «era una mujer pequeña y bien formada (tipo

Digitized by Google

pícnico), singularmente bella, muy trabajadora, excelente ama de casa, alegre, valiente, decidida, inteligente y muy entusiasta para la equitación, el baile y el vino».

Falleció a los 52 años, víctima de un «estado de mal epiléptico», consecutivo a la epilepsia alcohólica o a la uremia convulsiva, pero en todo caso, consecutivo al heredo-alcoholismo y también al alcoholismo adquirido.

Con respecto a esto, se afirma que el mismo Goethe, que era un buen bebedor de vino, la inició en las libaciones.

Así se expresa Moebius: «en la descendencia de Goethe, el factor psico-patológico alcanza una altura temible», corroborado por lo que dice Kretschmer: «el destino de la familia Goethe se cumple rápida e inexorablemente en su descendencia.»

De sus 5 hijos sólo vivió Augusto, el «brutal e inhumano Augusto», desequilibrado y desgraciado, «mezcla paradojal de buen corazón, lealtad, excelentes propósitos y de dureza y mal humor.»

Como dice J. M. Sacristán: «su vida es una ininterrumpida cadena de tempestuosos intentos sin éxito alguno.»

Mientras que su madre Cristiana Vulpius pertenecía al tipo pícnico de Kretschmer, Augusto Goethe pertenece al tipo esquizoide de Bleuler: era un apasionado y un melancólico, como casi todos los miembros de la familia Goethe y Moebius lo compara a «un débil jinete sobre un caballo salvaje».

Apasionado, melancólico y discordante, Augusto Goethe era, pues, portador de la constitución psicopática esquizoide (Bleuler) y de la constitución psicopática epiléptica (Minchowscki).

Augusto Goethe contrajo matrimonio con Otilia von Pogwitz y de esta unión nacieron 3 hijos: Walter, Wolfgang y Alma.

Resumiendo: En la familia Goethe el número de hijos disminuye en cada generación (oligo-natalidad), al mismo tiempo que aumenta su mortalidad (poliletalidad), así: el bisabuelo de Goethe tuvo 12 hijos, el abuelo tuvo 8 hijos, el padre 6 hijos, Goethe 5 hijos y su hijo Augusto 3 hijos.

Como dice Moebius, «en medio de la desolación surge el genio» y además «el genio no aparece en la tierra para aumentar el número de los hombres, puesto que sus obras son sus hijos inmortales».

Ensayaremos una semblanza de Goethe desde el triple punto de vista de la constitución (fórmula morfológica), del carácter (fórmula psicológica) y del temperamento (fórmula físico-química).

La *constitución* o *fórmula morfológica* de Goethe, varía en las distintas épocas.

Así, en 1773, Schoenborn escribe: «Goethe es un muchacho delgado, pálido, de nariz encorvada, cara larga, ojos negros de tamaño mediano y pelo también negro.»

Digitized by Google

Y Boie agrega: «es un joven de contextura delicada, muy pálido, en cuyo semblante y especialmente en sus ojos de color castaño oscuro, brilla el espíritu».

En 1788, Schiller dice: «Goethe es de estatura mediana, de aspecto rígido, incluso en la marcha. Su fisonomía es hermética, pero sus ojos son muy vivos y expresivos y su mirada encantadora. A pesar de su seriedad, su expresión es muy benévola y bondadosa. Es morocho y representa más edad de la que tiene; además su voz es sumamente agradable.»

En 1793, Daniel Veit escribe lo siguiente: «Goethe es de estatura mediana, grueso, ancho de hombros y bien proporcionado... Su frente es extraordinariamente hermosa y la más hermosa de las que he visto. Sus cejas negras dirigidas hacia abajo y sus ojos no despiden el fuego aniquilador, tan comentado, pero es evidente que en ellos hay mucho espíritu. Bajo sus ojos tiene ya arrugas y bolsas muy pronunciadas: representa la edad de 44 a 45 años...

Su nariz es nariz típica de halcón, excepto la parte media de su curva que se borra suavemente.

Su boca es pequeña, hermosa, de gran flexibilidad y solamente la afean, cuando se ríe, los dientes amarillos, mal implantados... Su tez tiene un color moreno, varonil y sus cabellos son de color castaño oscuro...»

GOETHE
Oleo de Tischbein, 1786

A la edad de 50 años, en plena edad crítica u orquito-endócrino-pausa, su constitución física, fórmula morfológica o estructura corporal, cambia fundamentalmente, de acuerdo con el llamado «cambio de dominancia», esto es, cuando en el curso de la evolución individual ciertos caracteres hereditarios dominantes se transforman en caracteres hereditarios recesivos.

Así, en 1796, Carlota von Stein escribe: «Goethe está espantosamente gordo, tiene los brazos muy cortos y lleva las manos metidas en los bolsillos del pantalón...»

En 1809, el conde Baudissin escribe: «Juro que nunca he visto un hombre más hermoso a los 60 años. La frente, la nariz y la boca

Digitized by Google

son de Júpiter Olímpico. Ha perdido su anterior corpulencia... No he visto nunca mano tan hermosa como la suya...»

En 1819, Gruenner escribe así: «Goethe es de elevada estatura, de robusto cuerpo, morocho, casi sin canas, de frente abovedada, de mirada juvenil y ardiente: la cara de color blanco rosado. Sus rasgos son acusados, el mentón saliente y el cuello carnoso.»

En este mismo año de 1819, Carus constata que «el arco senil comienza a formarse en ambas córneas, pero sin apagar el fuego de sus ojos.»

En 1826, un viajero que visitó a Goethe escribe: «Hace 27 años, Goethe era un hombre de edad, de aspecto digno y majestuoso, de mirada penetrante e insostenible: nariz aguileña, labios muy expresivos... Sus movimientos eran fáciles y su modo de ser sencillamente cautivador»... (J. M. Sacristán).

«Ahora en 1829, la mirada es la misma, pero las cejas más finas y las mejillas surcadas de arrugas... Su actitud erguida y distinguida de antaño ha desaparecido y en su lugar constato una ligera inclinación del cuerpo hacia delante...»

Desde el punto de vista del carácter o *fórmula psicológica del ser*, Goethe estaba dominado por un robusto y sostenido «ánimo vital», que había heredado de su madre y que, según Moebius, le permitía «afirmarse en la vida», con energía y perseverancia, a pesar de su fondo melancólico y del *Tœdium vitæ* de su juventud y además, no le inspiraba temor la muerte...

Desde el punto de vista del temperamento o *fórmula físico-química del ser*, Goethe era un buen burgués, gran comilón, pero no «gourmet», buen bebedor, llegando a menudo al primer grado de la embriaguez.

No gustaba del té, ni del café y aborrecía el cigarro. (J. M. Sacristán).

En su vida psico-sexual, según Moebius y contrariamente a lo que se dice, Goethe «se mantuvo siempre en los límites de una sana prudencia», a pesar de que su instinto sexual o «líbido» era particularmente intenso.

Como Bonaparte, como Julio César, «Goethe no podía vivir sin mujeres» y en sus relaciones con el bello sexo se constatan todos los grados extremos e intermediarios, desde una amistad serena y confidencial hasta un amor apasionado y frenético. (J. M. Sacristán).

Como Leonardo da Vinci, Goethe afiliado al culto de Narciso, era capaz de un amor narcisista o amor en espejo, como lo demuestran estas líneas que escribió en 1777 a su amiga, Carlota von Stein: «Pienso entre otras cosas extrañas si realmente amo a Vd. o si al tenerla junto a mí me alegra tan solo como la presencia de un cristal puro en el cual puede uno mirarse» (amor en espejo, del gran psiquiatra alemán Moebius).

Digitized by Google

Goethe no gustaba de las mujeres de edad y éstas a su vez lo encontraban aburrido. (J. M. Sacristán).

Sus amantes pertenecen a todas las clases sociales, desde Catalina Schoenckof, hija de un fondero de Leipzig, a Carlota von Stein, dama de la corte de Carlos Augusto de Sajonia-Weimar.

Así citaremos a Federica Oeser, hija de un profesor de música; a Federica Brion, hija de un pastor evangelista o protestante; a Carlota Buff, de la clase burguesa modesta; a Lily Schoenemann, de la alta burguesía; a la señorita de Levetzow, de la clase aristocrática; a Corona Schroeter, una artista de singular belleza; a Mme. Brentano, perteneciente a la burguesía modesta; a Nina Hertzlieb, de la clase modesta; a Mariana von Villemer, de la clase aristocrática, etc., y por último a Cristiana Sofía Vulpius, hija de un modesto empleado público, con la cual se casó después de haber vivido largos años en concubinato.

Es indudable que Goethe no podía vivir sin el cariño de una mujer, pero es innegable también, que en la gran mayoría de los casos, nada obtenía de sus amores. (J. M. Sacristán).

Pero he aquí la característica específica de la vida amorosa en Goethe: sus amores como su actividad artística revisten un carácter francamente periódico.

Aparentemente su actividad creadora o artística necesitaba un estímulo erótico, pero como demostraremos luego, Goethe era un desequilibrado superior, portador de la llamada constitución psicopática ciclotímica o periódica.

Goethe, por lo tanto, era un ciclotímico o cicloide (Profesor Kretschmer). Su actividad creadora y su actividad amorosa marchaban paralelamente y se reforzaban mutuamente, siendo ambas consecutivas a un aumento o intensificación del tono neuro-psíquico (Bechterew), que se traducía por verdaderas crisis de excitación intelectual (actividad creadora) y de excitación psico-sexual (actividad amorosa), constituyendo períodos de una duración de 2 años, entre los cuales se intercalaban períodos de depresión intelectual y psico-sexual, consecutivos a una disminución de ese mismo tono neuro-psíquico, que duraban unos 7 años y en el curso de los cuales aumentaba su actividad científica y filosófica.

Así podemos distinguir, según Moebius y Kretschmer, los siguientes períodos de depresión y de excitación en la vida de Goethe. Los períodos de excitación poética y erótica, de una duración aproximada de 2 años, en los cuales coincidían sus grandes creaciones y sus grandes amores, son precedidos de ligeros estados depresivos y seguidos de una fase depresiva que dura alrededor de 7 años, de acuerdo con este esquema:

Digitized by Google

Períodos de excitación creadora y erótica con sus períodos intercalarios de depresión (improductividad creadora y erótica)

1766-1767: su vida de estudiante en Leipzig y sus amores con Catalina Schoenckof.

1773-1774: culminan los años de actividad poética y amorosa de su juventud: sus amores con Carlota Buff y su obra inmortal, el «Werther», saturada de fiebre espiritual, de *Tædium vitæ* y de manía u obsesión suicida.

1780-1781: su vida espiritual está dominada por cruel incertidumbre.

1787-1788: la fase depresiva que precede a este período de excitación intelectual, creadora y amorosa, corresponde a su huída a Roma y después se inician sus amores con Cristiana Vulpius y aparecen sus «Epigramas Venecianos».

1793-1794: se entabla la amistad entre Goethe y Schiller, de una manera inesperada para este último, después de haber insistido infructuosamente durante largo tiempo. En este período aparece «Herman y Dorotea» y no se constata ningún gran amor.

1800-1801: período de nerviosismo intenso y de impaciencia inaudita, en el curso del cual fueron creados los capítulos más hermosos del primer «Fausto» y comprende sus amores con Silvia von Ziegesar.

1807-1808: en este período escribe las «Afinidades electivas» y la primera parte del poema «El Diván» y comprende sus amores con Minna Hertzlieb y su matrimonio con Cristiana Vulpius.

1814-1815: escribe la segunda parte de «El Diván» y entra en amores con Mariana von Villemer.

1822-1823: su gran amor con Ulrica di Levetzow, pero no hay creación artística.

1830-1831: revive sus amores con Lily Schoenemann y termina el «Fausto» y el «Guillermo Meister».

Como lo reconoce el mismo Goethe, su actividad creadora y su inspiración poética, surgen en él, a la manera de una brusca y repentina fiebre, en un momento determinado y después todo queda en la nada (Goethe quedaba, no agotado, sino ajeno a su producción), según J. M. Sacristán.

Así Goethe se expresa a Eckermann: «Las canciones del Diván nada tienen que ver conmigo y lo que en ellas existe de pasión y de oriental, ha dejado de vivir en mí, no me pertenece, como una camisa de culebra abandonada en el camino.»

Según el mismo Moebius, no es el amor que provoca la Poesía y no es una u otra mujer la causa de la inspiración poética en Goethe: «mujeres y muchachas hermosas siempre tuvo Goethe a su alrede-

Digitized by Google

dor, pero él se enamoraba cuando había llegado su tiempo, de la primera que tenía a su alcance, fuera o no bella la elegida.»

Así Goethe solía amar a varias mujeres simultáneamente (amores en grupo, de J. M. Sacristán): Carlota Buff y Maximiliana La Roche, Lily Schoenemann y Carlota von Stein, la Milanesa y Cristiana Vulpius, Minna Hertzlieb y Silvia von Ziegesar, etc.

En cuanto a la pretendida infidelidad amorosa de Goethe, se mostró humano y tolerante en sus relaciones amorosas y nunca encontró placer en torturar a la mujer (sado-masoquismo).

Fué tan solo con Federica Brion, la virtuosa y encantadora doncella de Sesenheim, que Goethe no se comportó como un caballero.

En cuanto a la bio-génesis de la personalidad genial de Goethe, está de acuerdo en sus líneas generales con la teoría de Kretschmer, según la cual, el Genio sería la resultante de la combinación de un Talento superior con un factor psicopático, que obra a la manera de un fermento, levadura o «daimonion», de acuerdo con la siguiente ecuación:

Genio = Talento superior, más factor psicopático

que aplicada al caso de Goethe sería:

Genio de Goethe = Talento superior más ciclotimia más factor intersexual.

Conclusiones

1º Contrariamente a la opinión clásica que hacía de Goethe un Genio «todo equilibrio y armonía», cuya actividad poética respondía a estímulos eróticos, resulta a la luz de la crítica y de la Psicopatología histórica que el genio de Goethe está lejos de ser un «todo equilibrado y armónico» y además su actividad creadora y su vida amorosa responden a dos efectos de una misma causa, a saber, los períodos de excitación intelectual y psico-sexual en el curso de la Ciclotimia goethiana.

2º Pero la obra de Goethe no refleja ese desequilibrio y desarmonía de su personalidad genial.

3º En Goethe, el genio coexiste con la constitución ciclotímica y con la constitución intersexual (punto de contacto con Bolívar).

4º Siendo Goethe un ciclotímico, cicloide o periódico, su vida artística y su vida amorosa presentan una sucesión alternativa de períodos de gran actividad creadora y amorosa, de una duración de dos años, con períodos de depresión creadora y amorosa que duran siete años.

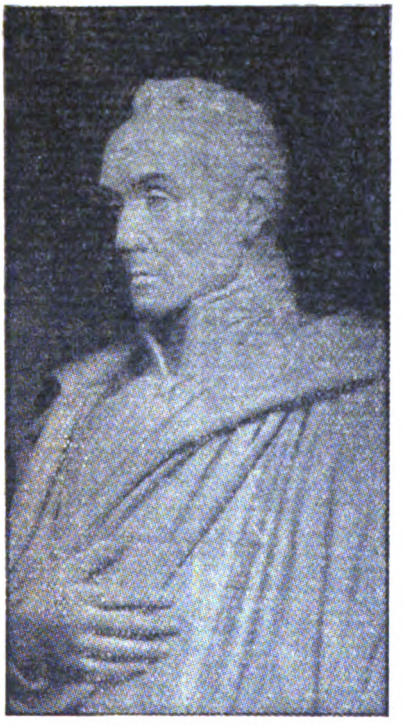
5º Además, estos períodos de depresión artística o creadora y de depresión psico-sexual, corresponden en general a una gran actividad científica y filosófica.

Digitized by Google

II

La compleja personalidad del libertador sudamericano, es digna de estudio, muy especialmente desde el doble punto de vista de la Filosofía de la Historia y de la Psicopatología Histórica.

El general Simón Bolívar, ocupa dentro de la escala de los valores intelectuales, sub-especializados en la grandeza de la Ciencia y del Arte militares, el mismo nivel que Julio César y Napoleón Bonaparte.



SIMON BOLIVAR
Escultura de Tenerani. Panteón Nacional de Caracas.

Vástago de una antigua y noble familia vascongada y de padre sospechoso de sífilis, se caracterizó en su infancia como un niño turbulento e indisciplinado, constituyendo una verdadera pesadilla para su familia.

Con la crisis puberal su psicología endiablada se normalizó un poco y casi adolescente tuvo en don Simón Rodríguez, pedagogo y hombre de ciencia eminente, un verdadero preceptor que fué al joven Bolívar lo que el gran Aristóteles fué a Alejandro de Macedonia.

Simón Rodríguez, le inculcó a su eximio discípulo el amor por el estudio en general y la Historia y la Literatura en particular, y además supo despertar en su alma inquieta y atormentada de joven romántico, la pasión por los viajes que llegó a convertirse en una especie de monomanía irresistible *(dromomanía)*.

Desde ese punto de vista médico-psico-pedagógico, el binomio Rodríguez-Bolívar constituye una verdadera pareja psicopática, unida y cimentada por afinidades electivas poderosas, a base de contagio mental y en la cual el primero desempeñaba el papel de *inductor* y el segundo el papel de *inducido*.

El joven Bolívar, cuyo temperamento bilio-nervioso experimentaba verdaderas fluctuaciones y oscilaciones, caracterizadas por períodos de depresión melancólica, saturados de irresistible pesimismo y de exacerbación del sentido genital, que alternaban con períodos de genuina excitación, optimismo radical y alegría de vivir, durante los cuales su poderosa y fiel memoria y su imaginación creadora, ela-

Digitized by Google

boraban proyectos gigantescos y grandiosas concepciones, como ser el célebre juramento sobre el Monte Sacro o Aventino, expresión fiel de un romanticismo accidental y paroxístico, que en un momento dado, desbordó ampliamente el fondo pesimista del alma bolivariana.

Los amores de Bolívar sufren pasivamente las obligadas fluctuaciones periódicas de su temperamento bilio-nervioso y de su constitución *ciclotímica* así: durante sus períodos de depresión y pesimismo, su *libido* o función psico-sexual se agiganta en grado superlativo y a la manera de un *erotómano*, trata de aturdirse en el torbellino de los placeres fáciles, hasta llegar a la saciedad.

Pero durante sus períodos de euforia y de optimismo radical, se mostraba un hombre galante, animado de *espíritu donjuanesco*, capaz de las más eficaces sugestiones amorosas, que lo hacían un conquistador irresistible.

Y así comienza el pintoresco desfile de sus atribuladas amantes, cuyo número fué tan ilimitado como la serie de los números primos...: Fanny Dervieu du Villars, Josefina Núñez, Isabel Soublette, Manuelita Saenz, Luisa Crobe, etc.

Bolívar tuvo un primer y gran amor a los 18 años, con Teresa Rodríguez del Toro, con la cual se casó y de la cual enviudó al cabo de un año de matrimonio, sumiéndolo en la más profunda postración, que para vencerla tuvo que emprender un viaje a Europa.

Es digno de hacer notar que esa exageración del sentido genital en Bolívar o *hiperestesia psico-sexual*, iba acompañada, a la manera de un *epifenómeno*, por una irreductible infecundidad.

Bolívar como Julio César y Bonaparte, fué el prototipo del llamado *genio de acción*, en las múltiples facetas de su proteiforme personalidad como militar, como caudillo, como estadista, como escritor y como orador.

Como *militar* era un intuitivo sobre el campo de batalla, como lo demostró en la defensa célebre de Puerto Cabello y en las batallas de Boyacá, de Carabobo, etc.

Como *caudillo*, supo electrizar el alma colectiva americana y se mostró en extremo celoso de su autoridad civil y militar, al hacer ejecutar al general Piar, uno de los héroes de la Independencia americana, que había intentado rebelarse contra su mando.

Como *hombre de Estado*, era un republicano de convicciones arraigadas y de elevada capacidad organizadora, admirador incondicional del general Bonaparte, el vencedor de Italia, pero enemigo jurado e implacable del Emperador Napoleón, el vencedor de Austerlitz.

Como *escritor*, la lectura de sus cartas, de sus manifiestos políticos y de las inflamadas arengas dirigidas a sus bravos *llaneros*, acusan en Bolívar, un conjunto de raras cualidades para poder expresar

Digitized by Google

clara, firme y luminosamente sus ideas y llegar así, por el camino más corto al corazón y al cerebro de sus lectores.

Como orador, está más cerca de Dantón que de Robespierre y sus vehementes discursos, están llenos de imágenes y de metáforas tropicales pero por encima de todo campea un alto espíritu de persuasión y la sublime majestad de una decisión categórica.

Se muestra impulsivo, colérico, animado de implacable espíritu de venganza y de una impulsividad tal, como se observa en la Histero-epilepsia, cuando en el ardor desenfrenado de una guerra de exterminio, dicta en 1813, en Trujillo, un célebre decreto de Guerra a Muerte: *Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes.*

También en 1817, estando en Angostura, al saber que están prisioneros los Padres de las Misiones, exclama posesionado por la Locura de la Sangre: *¿Y por qué no los han matado?* y uno de sus edecanes manda ejecutar la bárbara orden.

En un banquete realizado en Angostura, muy probablemente bajo la influencia perturbadora del alcohol, Bolívar deja estupefactos a los comensales, cuando al final de la comida, sube encima de la mesa y camina de un extremo a otro, exclamando: *Así me trasladaré del Atlántico al Pacífico.*

Y cuando recibe en 1824 el parte del general Sucre, comunicándole la victoria decisiva de Ayacucho, se pone fuera de sí, arrancándose el correaje, tirando su sable, dándose a bailar solo por el salón, exclamando como un loco: *¡Victoria! ¡Victoria!*

En 1826, cuando hace su entrada triunfal en Lima, alguien dijo que el libertador era el único digno de ocupar la flamante presidencia de la joven e incipiente república del Perú: pero Bolívar, de una manera brusca e inesperada, toma violentamente por un brazo al mayor general Lamar, su declarado enemigo personal y sentándolo a viva fuerza en la silla que él ocupaba, dijo: *Este es, señores, el hombre digno de gobernar el Perú.*

Durante el terremoto que azotó a Caracas en 1812, Bolívar en un *élan* colérico e impulsivo, ordena a un monje que se calle y con inaudita vehemencia dice: *Si es preciso se luchará contra la misma Naturaleza.*

Es, en el curso de una de esas cóleras silenciosas, matizadas con crisis paroxísticas, de que nos habla uno de sus biógrafos y tenientes, el general francés Perú de Lacroix, que Bolívar dicta a su secretario particular el capitán Martel, mientras que se pasea trémulo de un extremo al otro de la habitación: *Martel está más torpe que nunca...*

Si en el Monte Aventino sueña, en 1817, después del desastre de Casacoima, delira, cuando el capitán Martel lo halla semidesnudo, sumergido hasta la cintura en un pantano, diciendo cosas incoherentes, lo cual hace exclamar a su secretario particular: *Bolívar está loco y pensar que hemos cifrado en él, todas nuestras esperanzas...*

Digitized by Google

En 1824, sobre el Chimborazo, tuvo otro delirio, provocado como el anterior por la acción perturbadora combinada de la fatiga y de la fiebre, sobre un sistema nervioso frágil y predispuesto: este delirio el mismo Bolívar, lo describe en términos patéticos.

En el ocaso de su vida, en Santa Marta, allá por el año 1830, estando su organismo siderado por el paludismo y la tuberculosis, delira también, como consta en las memorias del Dr. Reverend, su médico de cabecera.

En 1824, al atravesar la región de la Sierra, donde soplan los Soroches, es atacado por una aguda crisis de vértigos.

El mismo año, sobre el Chimborazo, se apodera de Bolívar una crisis vertiginosa, que él mismo describe en estos términos: *Absorto, yerto por decirlo así quedé exánime largo tiempo. Resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados, vuelvo a ser hombre y escribo mi delirio.*

Según el historiador Restrepo, Bolívar tuvo en 1829, un ataque convulsivo y según el mismo autor, su estado mental era romántico, pesimista, alegre, misántropo, gran bailarín, que no conocía los términos medios y que más de una vez su llanto fué profuso como el de los niños o el de los histéricos.

En su carta el general Urdaneta pone de manifiesto las dificultades con que tropezaba para escribir, debido a su impaciencia inaudita: *No tengo quien me escriba, dice Bolívar y yo no sé escribir: a cada momento tengo que buscar nuevo amanuense y que sufrir por ello, las más furiosas rabietas.*

Conclusiones

1. En el libertador Simón Bolívar, el genio coexiste con amplias manifestaciones de desequilibrio psíquico.

2. Este desequilibrio psíquico, que constituye el núcleo mismo de la alta personalidad de Bolívar, encuadra dentro de los límites elásticos y relativos de la «constitución ciclotímica» de Krechstmer y de la «constitución epileptoidea» de Minckowski.

3. Afirmar en Bolívar la coexistencia del genio con la doble constitución psicopática ciclotímica y epileptoidea, constituye una simple probabilidad dentro de la «Escala de los valores lógicos» (posibilidad, probabilidad, certeza y evidencia).

4. Pero afirmar en Bolívar la coexistencia del genio con la epilepsia psíquica atenuada o psicosis degenerativa epileptoide, constituye una mera posibilidad dentro de la misma «Escala de los valores lógicos».

5. Es que el estudio de las relaciones del genio con las perturbaciones psíquicas, mentales y afectivas, ha pasado por 4 etapas: 1. Genio y locura; 2. Genio y degeneración mental; 3. Genio y automatismo mental y 4. Genio y constitución psicopática.

Digitized by Google

CONCLUSIONES GENERALES

El «Alma Fáustica», «Alma Leonardezca» o «Alma Bolivariana de nuestra Cultura Occidental» es esencialmente creadora, genuinamente progresista, y fundamentalmente soberana y por encima de todo, luminosa y trágicamente Inmortal...

1. Goethe encarna el «Alma Fáustica» de la Cultura Occidental y Europea, mientras que Bolívar encarna el «Alma Boliviariana» de la Cultura Occidental y Americana.

2. Goethe es más bien un Genio contemplativo e introvertido, mientras que Bolívar es un Genio contemplativo y de acción. (Tipo extrovertido de Jung).

3. Goethe es un Genio condicionado por un factor psicopático llamado Constitución, Personalidad o Estructura psicopática Ciclotímica, lo mismo que Simón Bolívar, pero mientras que en Goethe predomina el factor Esquizotímico sobre el factor Ciclotímico, en Bolívar, por el contrario, predomina el factor Ciclotímico sobre el factor Esquizotímico.

4. Tanto en Goethe como en Bolívar, la ecuación fundamental del Genio se ajusta en sus delineamientos generales a la ecuación establecida por el sabio Profesor Krechstmer:

Genio = Talento superior más factor Psicopático más factor Mesológico.

5. En el caso de Goethe esta ecuación se formularía así:

Genio de Goethe = Talento superior más factor Ciclotímico más factor Inter-sexual más factor Ambiental.

6. En el caso de Bolívar esta ecuación sería la misma con pequeñas modificaciones, en efecto: mientras que en Goethe la «constitución inter-sexual», (Profesor Marañón) se mostró compatible con la procreación (Goethe tuvo 5 hijos), en el Libertador Simón Bolívar, esta misma «constitución inter-sexual» se mostró incompatible con la procreación. (Bolívar nunca tuvo hijos).

7. Por estas consideraciones, la ecuación de Krechstmer aplicada al Genio de Goethe y al Genio de Bolívar, se expresaría así:

Genio de Goethe y de Bolívar = Talento superior más factor Ciclotímico más constitución inter-sexual más factor Ambiental.

8. Tanto en Goethe como en Bolívar, el Tipo inter-sexual se manifestaba con un predominio marcado de la «necesidad de la mujer», condicionado por una tendencia poligámica bien manifiesta, todo esto coronado por un «espíritu donjuanesco» espectacular...

9. Y así comienza el desfile de las amantes conocidas de Goethe, cuyo número fué tan ilimitado como la serie de los números primos...

Goethe contrajo matrimonio con Cristina Vulpius, después de haber vivido en concubinato con ella durante muchos años.

Digitized by Google

Cristina Vulpius era una muchacha de origen humilde mientras que Teresa Rodríguez del Toro, la esposa de Bolívar, pertenecía a la alta sociedad de Venezuela.

10. Las amantes de Goethe como las amantes de Bolívar pertenecían a todas las clases sociales, desde Carlota von Stein y Ulrica von Levetzow de la aristocracia, a Carlota Buff y Federica Brion de la clase más humilde.

Y entre dos extremos, citaremos a Mariana von Villemer, Silvia von Ziegessar, Lily Schoenemann, Maximiliana La Roche, Minna Hertzlieb, etc.

También en Bolívar, sus amantes pertenecieron a todas las clases sociales, desde la doncella más aristocrática como Fanny Dervieu du Villars a la muchacha más modesta como Manuelita Saenz, que le sobrevivió muchos años y que la Historia inmortalizó con la denominación de la «Vieja de Bolívar».

Y entre Fanny Dervieu du Villars y Manuelita Saenz, tenemos a Josefina Núñez, Isabel Soublette, Luisa Crobe, etc.

12. Bolívar tuvo su primer y gran amor a los 18 años con Teresa Rodríguez del Toro, con la cual contrajo matrimonio y de la cual enviudó al cabo de un año, sumiéndolo en la más profunda postración, obligándolo para combatirla a emprender un viaje a Europa.

13. — Tanto en Goethe como en Bolívar, su Constitución, Personalidad o Estructura psicopática Ciclotímica (profesor Krechstmer) se refleja fielmente en sus respectivas vidas amorosas: así, en los períodos de depresión, de tristeza, de abatimiento y de pesimismo, se acentúa la «hiper-estesia psico-sexual» en Goethe y en Bolívar hasta llegar a la frontera de la Satiriasis, mientras que en los períodos de excitación, euforia y optimismo se acentúa el «espíritu donjuanesco» y la tendencia a la Erotomanía.

14. El profesor Möbius en su conocida Patografía sobre Goethe, insiste sobre la Herencia neuro-psicopática que hace culminar su Genio en medio de una familia de degenerados, mientras que en Bolívar, posiblemente y con muchas reservas, hay que aceptar una Herencia sifilítica. (¿Heredo-sífilis de primera generación?)

15. Tanto Goethe como Bolívar fueron admiradores de Napoleón Bonaparte, pero mientras que Goethe rindió culto al Emperador de los Franceses y Vencedor de Austerlitz, Bolívar, por el contrario, rindió culto al General Bonaparte y al Vencedor de Marengo.

16. Pero tanto Goethe como Bolívar fueron admiradores del sabio Humboldt y así surge en la Filosofía de la Historia, el célebre trinomio «Goethe, Bolívar, Humboldt», que constituye un «puente de oro» en la «entente ideológica» germano-latino-americana.

17. — Goethe como Bolívar eran aristócratas por temperamento, por carácter y por educación, pero Goethe orientó su conducta hacia un individualismo exagerado y atormentado (espíritu monárquico) y

Digitized by Google

Bolívar, por el contrario, sobreponiéndose a sí mismo, orientó su conducta hacia un gregarismo moderado (espíritu republicano).

Por estas razones Goethe no percibió «el sentido profundo» de la Revolución Francesa, mientras que Bolívar se identificó con el espíritu mismo de esta magna Revolución.

18. Esforzándonos, dentro de lo contigente, relativo y aproximado en formular un diagnóstico retrospectivo y Bio-tipológico(Profesor Pende) o Psico-somático (Profesor Krechstmer), nos atreveríamos a insinuar, dentro de la «Escala de los valores lógicos» (posibilidad, probabilidad, certeza y evidencia) que, tanto Goethe como Bolívar, corresponderían al Bio-tipo humano «longuilíneo-microsplánico» (Pende) o «leptosómico-asténico» (Krechstmer) o mejor dicho, un tipo de transición «pícnico-leptosómico», con los caracteres de las 2 constituciones psicopáticas, Cicloide y Esquizoide.

19. Por último, Goethe muere octogenario, rodeado por la Fama universal y una Gloria inmaculada y por decirlo así, casi deificado (el Dios de Weimar), mientras que Bolívar muere en plena edad madura, olvidado, perseguido y maldecido, en plena bancarrota fisiológica, moral y económica, expresando en plena agonía, un semblante dominado por un «rictus saturado de amargura, desesperación e impotencia» que contrasta con la expresión de Goethe, llena de serenidad, majestad y dulzura, en el curso de una agonía breve y silenciosa.

20. Agregaremos que en Goethe la muerte fué consecutiva a una «crisis de angina de pecho», mientras que en Bolívar se debió a una tuberculosis pulmonar «injertada» sobre el paludismo crónico.

JOSE MARIA ESTAPE.

Digitized by Google

UN POETA IGNORADO

MANUEL B. OTERO [1]

Fué en julio de 1857, en Montevideo y en un hogar de pro; en el que fuera de Don Luis Eduardo Otero y de Doña Romualda Bertrán donde naciera, el 14 de julio de ese año, Manuel B. Otero.

Su padre Don Luis desde muy joven integró el personal del Ministerio de Relaciones Exteriores y en 1847 fué por primera vez al Brasil y en carácter de Secretario de la misión que presidiera el General Melchor Pacheco y Obes. Quedó subyugado por la belleza de aquella tierra pródiga en panoramas cambiantes y poseedora de una cultura muy superior a la que existía en ese entonces en la ciudad cisplatina. Tuvo Don Luis Otero el culto por todo lo que fuera una manifestación superior. Estudió con ahinco y años después se graduó de abogado y en forma eminente ejerció esa profesión, así como la de Juez, al integrar en 1867 en el carácter de Ministro, el Supremo Tribunal de Justicia.

Este Don Luis era hijo de Don Manuel de Otero, español que

(1) JAVIER GOMENSORO, es Director del Departamento de Sanidad Internacional y de Educación Sanitaria del Ministerio de Salud Pública. Nació en Montevideo en mayo de 1904. Luego de cursar estudios universitarios hizo oposición al cargo de Profesor de Higiene Social y Asistencia Social del Niño, en el Instituto Normal, y obtuvo en concurso la cátedra. Fué luego designado Secretario del Consejo de la Asociación Uruguaya de Protección a la Infancia y desempeñó también el cargo de Delegado Técnico a la Comisión de Higiene Social de la VII Conferencia Sanitaria Panamericana y Delegado plenipotenciario a la IX Conferencia Sanitaria Panamericana. Recientemente formó parte de la Comisión Organizadora de la Primera Conferencia de Aviación Sanitaria. Todas estas funciones públicas, a las que ha agregado aún la de Director del Boletín de Salud Pública, definen la personalidad de un técnico y de un especialista en Higiene Social y en materia de Sanidad pública. Esta personalidad está consagrada, además, por una copiosa bibliografía de especialización y una activa acción docente desarrollada en la cátedra del profesor y del especialista. Es autor de numerosos artículos y monografías, estudios y conferencias sobre los temas de su especialización y ha dado a la estampa los siguientes trabajos: «Evolución de la Sanidad en el Uruguay», en colaboración con los Drs. Eduardo Blanco Acevedo y Justo F. González, «La Leche, su producción y expendio en condiciones higiénicas», trabajo laureado por la IX Conferencia Sanitaria Panamericana. A esta labor de especialización ha agregado la actividad periodística y literaria. Ha sido redactor de «La Mañana» y de «El Diario» y ha cultivado y cultiva la historia anecdótica y la impresión crítica en forma muy personal, con limpidez de lenguaje y elegancia de estilo.

Digitized by Google

vino a domiciliarse en Montevideo en los comienzos del Siglo XIX. Persona de clara inteligencia, vasta ilustración y nobles condiciones morales, Don Manuel Otero, estableció la primera fundición de hierro que hubo en el país; y cosa curiosa y de interés. Con motivo de una parálisis que sufrió su cuñado Don José Vázquez, el padre de otro oriental ilustre, Don José Vázquez Sagastume, construyó para aquél la primera máquina eléctrica que existiera en el Río de la Plata y con la cual los médicos de la época hicieran con éxito aplicaciones electroterápicas. Fué representante del comercio en casos de arreglo con el Gobierno, y Miembro de la Asamblea de Notables durante la Defensa de Montevideo. Por el lado de sus abuelos maternos, el Dr. Otero descendía de gente apasionada. Eduardo Bertrán, el hombre que el Dictador Latorre mandara asesinar por que le temía grandemente; el conspirador de la mina, en el antiguo «Fuerte» de Gobierno, contra Don Venancio Flores; el Diputado «conservador» de 1856 que hizo temblar a los sicarios de la época en las escaleras salpicadas de sangre de nuestro viejo Cabildo, fué su tío. En el entronque colonial provenía de los Paredes de donde descienden los Peña, los Rodríguez y los Gadea, que dieron por esta última rama, dos diputados a las Asambleas de Próceres de 1825 y de 1830: Don Santiago y don Lázaro Gadea.

DOCTOR DON MANUEL B. OTERO

Hogar de pro; tradición cultural; en su familia había habido siempre el inquietismo por conocer todo lo que representase un signo de progreso. Con el influjo de esa ascendencia y con los bagajes adquiridos en su hogar, Manuel Otero a los nueve años de edad partió para Río de Janeiro, a ser pupilo del célebre Colegio Pedro II, que el Emperador filósofo había fundado con el fin de formar hombres de Estado. Hemos oído de labios del propio Dr. Otero, lo que fueron aquellos años de estudio — de estudio intenso e integral — bajo la dirección sapiente de los padres jesuítas. Teología, Filosofía, Historia, Geografía Política, Anatomía Comparada, Ciencias Sociales, Matemáticas Superiores, Ciencias Naturales, ¡y cinco años de griego y siete años de latín! El joven Otero fué un estudiante excepcional;

Digitized by Google

tan excepcional que al rendir su examen de Botánica en el que fué laureado con la máxima clasificación, el propio Emperador Don Pedro II, que presidía el acto, lo llamó para felicitarlo y le hizo entrega poco después por intermedio de uno de sus ayudantes de un volumen — precioso recuerdo bibliográfico — de la Biblioteca Imperial, que nuestro compatriota guardara con religiosa unción. Recibido de Bachiller, a los 16 años después de siete años de cursos intensos que fueron la base de su formidable cultura, regresa a Montevideo, revalida su título y poco después, a los 20 años, se graduó de abogado.

La juventud de Don Manuel Otero, fué magnífica. El movimiento cultural del segundo romanticismo, se inicia en ese entonces en Montevideo con máxima intensidad. El primer romanticismo había tenido por gestores principales a los unitarios emigrados en Montevideo y algunos orientales ilustres, como Andrés Lamas y Juan Carlos Gómez. El segundo movimiento que propulsa la reforma escolar, comienza en 1868 y florece a raíz del Pacto memorable de abril de 1872, que unió la familia oriental y marcó una fecha cumbre de nuestro Historia, cuajada de hechos heroicos y de actos muchas veces paradojales e inexplicables.

La Sociedad Universitaria y el Ateneo, entran en ebullición. El gran período del racionalismo se iniciaba. Manuel B. Otero, Juan Paullier y Luis Melián Lafinur, se transformaron en intérpretes de las doctrinas científicas y filosóficas que tenían por fin crear una nueva conciencia de bases intelectualistas en el sentido autonómico, frente a las doctrinas católicas tradicionales, que fueron defendidas, entre otros eminentes varones, por Monseñor Soler y Don Francisco Bauzá.

El movimiento racionalista cristaliza en ese período en que aquellos caballeros de leyenda lucharon contra la tiranía y contra las ideas del pasado reciente. En el Club Católico en 1878, Manuel Otero mantuvo una polémica con Monseñor Soler, sobre el Génesis y la Biología. Se discutieron todas las hipótesis transformistas, defendidas con extraordinaria erudición por don Manuel Otero, frente a las doctrinas de la Iglesia, que Monseñor Soler afirmó a su vez en páginas memorables.

Wáshington Paullier, en su último reciente libro «Ciencia, Filosofía y Laicismo», ha evocado al pasar ese período y refiriéndose a Don Manuel Otero, ha dicho lo siguiente: «Mantuve con él ya casi octogenario, algunas conversaciones sobre religión. Su delicadeza al cambiar ideas sobre mis creencias tan ajustadas a todas sus expresiones y ademanes, de intelectual, gentilhombre, estilo Siglo XVIII, me daban la impresión de un oasis, como de un mundo extinguido, al pensar en el neoliberalismo con sus grandes vías abiertas a todas las inferioridades de nuestro tiempo.»

Hago esa cita por provenir de un hombre que ha escrito un libro de grande interés, de profunda erudición y de contenido polémico, sobre el movimiento filosófico y científico contemporáneo. Y este escri-

Digitized by Google

tor, hijo de aquel gran racionalista que fué Juan Paullier, amigo íntimo del Dr. Otero, evoca con emoción al gentilhombre, tal como yo también lo conocí en sus últimos años, cuando hablaba con la serenidad de un griego. Tenía siempre a la mano la cita oportuna, pero sin caer jamás en la jactancia de su saber, que por el contrario buscaba renovar, en el contacto con los nuevos espíritus. En 1878, se funda «La Razón». Daniel Muñoz, Manuel B. Otero, Prudencio Vázquez y Vega y Anacleto Dufourt y Alvarez, fueron sus redactores.

La polémica se inicia terrible contra el Dictador Latorre. Era una época en que el diarismo adquirió un brillo inusitado. Las gloriosas tradiciones de la Defensa y de los «conservadores» resurgían. Los editoriales tenían la misma fuerza demoledora y el mismo poder idealista de la época en que Florencio Varela, redactaba el «Comercio del Plata» y Juan Carlos Gómez «El Nacional».

En «El Heraldo» escribía editoriales, que conservan todavía una frescura inimitable, Julio Herrera y Obes. Redactaba «El Plata» Carlos María Ramírez. El propio Daniel Muñoz inicia sus crónicas memorables revolucionando el periodismo de la época, bajo el seudómino de Sansón Carrasco. En la Cátedra, en el panfleto o en el libro, dando brillo al Ateneo y a la Sociedad Universitaria o exaltando la majestad de la Justicia, figuraban entre otros, Teófilo Daniel Gil, Francisco Bauzá, Alfredo Vásquez Acevedo, Luis Melián Lafinur, Juan Carlos Blanco, que presidió el Ateneo y dictó en esa época su magistral conferencia sobre la «Novela Experimental» que ha quedado clásica, José Sienra y Carranza, Pedro Visca, José Luis Vila, Mariano A. Berro. Y en las filas de los muy jóvenes, entre los que recién se iniciaban, Elías Regules, José Scoseria, Eduardo Acevedo y Abel J. Pérez, sobrevivientes estos tres últimos, de aquel período de fuego y de pasión.

La política y los avatares de la vida, alejaron en 1882, a Don Manuel Otero, del escenario en que actuara con brillo singular. Vuelve a fines de 1887, a integrar el Parlamento. Se revela a los 30 años, como un hombre de experiencia política consumada. Sus discursos, en la época en que le tocara actuar han quedado clásicos. Discute con Francisco Bauzá, con Carlos María Ramírez, con Martín Aguirre, con el propio Ministro de Gobierno Don Julio Herrera y Obes, que muchas veces concurría a las sesiones del Cuerpo Legislativo, a defender los proyectos del Ejecutivo, con su elocuencia arrebatadora y con su fino espíritu, manejador admirable de la ironía y conocedor profundo de hombres, de ambientes y de cosas.

Luego de 1890 a 1902, un interregno y de 1902 a 1931, una carrera política extraordinaria. Diputado, Senador, Presidente del Senado, Vice Presidente de la República, Ministro de Relaciones Exteriores, Miembro del Consejo Superior Universitario, Vice Presidente del Puerto de Montevideo, Ministro Plenipotenciario en Chile, Ministro de la Suprema Corte Internacional de La Haya. Cargos y dignidades pre-

Digitized by Google

ciadas en superlativo grado. Pero por arriba de los cargos y de las dignidades, por que encierran un valor más permanente, están sus obras. La misma multiplicidad de sus actividades le obligaron a dispersar esfuerzos. Tenemos sin embargo que citar algunos trabajos cumbres. En primer término sus estudios sobre el Puerto de Montevideo, mientras fué Abogado Asesor y Miembro de la Comisión iniciadora de las obras. En el campo jurídico; en la Geografía; en la propia Ingeniería, dejó páginas cuajadas de observaciones agudísimas. Y esta actividad continuó en los últimos años habiendo defendido sus ideas con gran calor y erudición cuando se construyó la Dársena Fluvial. Sus estudios sobre «Las brisas y la rotación de los vientos en el puerto de Montevideo» y «El porvenir de la pesca en el Río de la Plata y en las costas Patagónicas», presentados al Primer Congreso Latino Americano, que se celebrara en Buenos Aires en el año 1900, son monografías de altísimo valor por que señalan directivas fecundas en la dilucidación de importantes problemas. Y luego sus discursos, muchos de los cuales han sentado cátedra en el Parlamento, entre los que recordaré el que pronunciara en 1921, sobre tarifas ferroviarias, página clásica de nuestro Derecho Público.

Vida múltiple, vida extraordinaria, la de este hombre que sabía de todo y tenía el culto de la belleza y de la gracia cual un verdadero renacentista. Porque si bien es cierto que en algunos momentos soñaba con la serenidad de un griego, bullía muchas veces la pasión de su sangre, proveniente de estirpe española florecida en tierra charrúa, fuente también de energías indomables y de expresiones bravías.

Tal la vida admirable del Dr. Otero autor de la obra poética que voy a analizar.

Porque el Dr. Otero, escribió, en medio de esa actividad febril y durante toda su larga existencia, hermosos versos y al final de su vida reconstruyó muchos de ellos y los reunió en un volumen, aparecido en 1931 el cual, infelizmente, es muy poco conocido en nuestro medio.

«Selección de apuntes y pensamientos literarios; pequeñas distracciones de medio siglo de vida intensa». Tal es el juicio que merece el libro a su ilustre autor. Pasemos a analizarlo.

¿Dentro de qué movimiento podemos clasificar las composiciones de «Poesías Varias»? Difícil, cuando no imposible, pretender enmarcar en el cuadro de la historia literaria, los tesoros que allí se encierran. Tuve ya oportunidad de señalarlo en la primera parte de este ensayo. El Dr. Otero casi octogenario trabajaba con su buril de artista en la composición de sus versos, tocados con el espíritu de su primera juventud algunos de ellos, profundos y graves los otros, e

Digitized by Google

influídos casi todos, por su formidable cultura, que no había sido sin embargo capaz de marchitar el credo romántico, al cual quizás sin saberlo y sin quererlo, fué fiel hasta el fin de sus días. Porque aquel hombre que leía a Platón y a Demóstenes en el texto; que afirmaba su renunciamiento ante los máximos honores y dignidades de la vida que él había conocido y gozado como el que más, seguía creyendo con el mismo apasionado ardor de los 20 años, en la belleza, en la gracia y en el amor, bajo el influjo de la flauta del Dios Pan, que cantara en versos inmortales, el inmortal Rubén.

Pasan las almas,
Mientras Pan va sacando
Melodiosos, fantásticos sonidos,
De la flauta de cañas.

Pasan las almas
Como sombras chinescas
Por el teatrito humano de la vida;
Las unas con semblante de tristeza,
Las otras con semblante de alegría;
¿Y a dónde van? No hay quien decirlo pueda...
¡Ya es eso historia antigua!

Deja para el filósofo las cosas
Profundas, misteriosas,
Del principio y del fin;
Que es mejor ir a ver las mariposas
Cuando van a volar sobre las rosas
En la mañana tibia del jardín!

El filósofo abandona sin nostalgias los campos profundos de la meditación para decirnos que hagamos de la vida una eterna primavera por el triunfo de la juventud y de la gracia.

Y ese consejo nos lo entrega el poeta, al final de una larga carrera, cuando está ya en el recuerdo su glorioso pasado de polemista; de político orientador; de hombre de ciencia sapientísimo; y de varón de fuertes pasiones para defender los intereses públicos.

El cuerpo es vencido en el drama inexorable. Don Manuel Otero apenas ve. Su talle se encorva cada vez más. Le queda sin embargo la cabeza de incofundibles aristas; la expresión de categóricas definiciones y el brillo de sus ojos que no reflejan, es cierto, sobre el nervio óptico las vibraciones de la luz que llega en el juego sensorial, pero que parecen querer sin embargo, en su misma inexpresiva serenidad, escudriñar el más allá.

Me parece verlo y oírlo recitar en voz baja «Pasan las almas».

Digitized by Google

Leía la composición con el auxilio de un poderoso vidrio de aumento. En parte la recitaba de memoria. En el ambiente severo de su escritorio, grávido de papeles y enmarcado de preciosas porcelanas y de raros libros.

¡Qué profunda emoción fluye de aquellas estrofas, escritas a esa edad!

El dolor físico parecía no contar en el cálculo de sus designios. Su cuerpo se desgarraba, pero su espíritu tenía la misma sutileza y la misma emoción de sus mejores poesías líricas.

Leed una vez más:

Ama a todas las cosas;
Ama a todos los seres;
Que amar es el placer de los placeres,
Y el amor hace finos y hace hermosos
Aun a los más groseros de los seres
Aun a las más mezquinas de las cosas.

El triunfo de la belleza y de la gracia por el amor.

La erudición y la fuerza polémica y la voluntad de hierro y la filosofía y hasta el dogma, se esfuman como por cerebración inconsciente, mientras Pan saca de la flauta de su caña inmortal, fantásticos sonidos, que pueblan el escenario del mundo, en el devenir de los siglos.

Había dicho anteriormente que Don Manuel Otero, permaneció sin saberlo y sin quererlo quizá, fiel al credo romántico. En «Poesías Varias», encontramos algunas composiciones típicas de ese movimiento literario.

Tal la intitulada «En el mar tropical», idilio de fuerte inspiración lírica.

Siéntate junto a mí, que, sin hablarnos,
Y oprimiendo tu mano,
Te diré mis secretos
Y me dirás los tuyos,
Y hablarán con nosotros
Las nubes y las olas y los astros...
Y si, en vez de las mudas confidencias,
Prefieres los cantares,
Ven a apoyar la sien sobre mi hombro,
Que la noche es hermosa
Y el silencio propicio
Al musitar de las palabras mágicas
Cantadas al oído.

Digitized by Google

El romanticismo, en su primera época, culmina con Echevarría y con Juan Carlos Gómez. Cierto es que Alejandro Magariños Cervantes, ejerció el cetro poético durante un largo lapso; pero su romanticismo fué más frondoso. Al vivir en el ambiente literario del Madrid de su tiempo, se impregnó de la técnica de los vates máximos, que manejaban el verso con ampulosidad fetichista. Juan Carlos Gómez en cambio fué siempre medido en sus imágenes. Y esta característica de su obra — que es típica en los poetas rioplatenses de su generación — se ejerció a través de aquel gran maestro de idealismo, en forma inconfundible, sobre los hombres del segundo romanticismo.

Fué el Ateneo, el escenario que sirvió de fondo luminoso a la plena manifestación de Manuel Otero, integrante de esa generación que evocamos.

En aquella época se definieron las características substanciales del autor de «Poesías Varias». Cierto que los renacentistas, orlaron con supremos resplandores la cultura de ese hombre excepcional. Y así es que, como cuando se lee alguna de sus obras; «Erasmus», cuento fantástico de prosa preciosista, o las pocas páginas que nos dejara en borradores de su inconclusa novela «Pietro Donatelli» se cree por momentos que aquel hombre hubiese vivido ha cuatro siglos, platicando en los talleres de los orfebres florentinos o contemplando el Mar Mediterráneo — azul y sereno — desde las costas de la Italia del «cuatrocientos» salpicadas de ciudades creadoras de civilización.

Pero si ahondamos más en la interpretación de la vida y de la obra de este varón ilustre, vemos que hay una aspiración de autonomía de su cultura que reivindica, en última instancia, los pensamientos nuestros. Porque Otero fué — pese a todo — un rioplatense auténtico y en su romanticismo se notan las influencias básicas y las características esenciales de ese movimiento literario, en su clara expresión platina.

Alguna de sus composiciones descriptivas como «El banco», «El jardincito de la casa vieja», «En las horas de sol», «El chubasco», son bien expresivas a ese respecto.

He aquí una de ellas, la intitulada «El jardincito de la casa vieja»:

¡Qué lindo era aquel patio ajardinado
de la vetusta casa solariega,
Con sus arriates de ladrillos rústicos
Y sus musgosas enlosadas sendas!
¡El aljibe cubierto
Con casillas de rejas
Adornadas con flor de pajarito
Y claveles del aire; la cadena
Corriendo rumorosa en la rondana
Y levantando el balde de agua fresca;

Digitized by Google

Filas interrumpidas de arrayanes,
Paredes afelpadas verdinegras,
La murta oscura y el olivo claro,
El granado de frutas entreabiertas,
Un limonero lleno de limones,
La higuera turca de las dulces brevas,
Y, bajo el zarzo espeso de jazmines,
Solitarios los dos bancos de piedra!

Palabras hilvanadas con íntima emoción. Todo es bello y sutil en estas composiciones, que serían clásicas si nos atuviésemos a la perfectibilidad con que ha sido arquitecturado el verso, pero que tienen el sabor de nuestro más genuino romanticismo, en la época de los viejos lares, que el trepidar de la vida moderna, vertiginosa y cruel, ha triturado, con su devoción al maquinismo o a la técnica implacable.

En la primera parte del libro nos encontramos con composiciones impregnadas de una profunda filosofía, tales como «El Himno rústico», o «La Santa y la Serpiente», tragicomedia, inspirada en un pasaje del Dante.

No puedo analizar en todos sus detalles a «Poesías Varias». El libro encierra tesoros inapreciables y sería necesario interpretarlo en forma integral, lo que es difícil siempre y máxime, cuando la erudición no abunda.

He querido eso sí, dar una idea somera de lo que es esta obra y de evocar a la vez a su ilustre autor. Frente al Estuario y desde el pasado, Prudencio Vázquez y Vega, el Filósofo y Anacleto Dufourt y Alvarez, el Poeta, como él los denomina en «Athenea», composición inicial de «Poesías Varias», parece que nos inspiraran en la evocación sentida. En tanto en la noche hermosísima, «La luna escribe sobre la mar serena trémulos jeroglíficos de plata». Y son esos jeroglíficos — que nadie sería capaz de resolver por que encierran en sí el misterio de la vida — los que presiden todos los movimientos civilizadores del tipo del de los ateneístas y del cual fuera paladín, con gallardía y prestancia de gran señor del pensamiento y de la forma, el Dr. Manuel B. Otero.

JAVIER GOMENSORO.

Digitized by Google

MUSEOS DE LA AMERICA HISPANICA (1)

Es forzoso que los pueblos de América hablen con discreción y timidez de sus museos ante la vieja Europa riquísima en tesoros de arte. ¿Qué puede ser un Museo en naciones donde hasta mediados del último siglo las actividades de casi toda la población estaban orientadas hacia la realización de un bienestar largamente soñado por los europeos que vinieron a colonizar estas regiones con la esperanza de salir de una pesada miseria?

No habría de ser con el aporte de obras de arte de propiedad de aquellas rudas y pobrísimas inmigraciones que se hubiera podido constituir la base de los museos americanos.

En la época de la colonia pudo haberse dado el caso de la importación de algún precioso objeto conducido a estas playas por prelados o por misioneros de comunidades religiosas con destino al embellecimiento de conventos o catedrales. Quizás hubo altos funcionarios de la Corona que transportaron en sus equipajes algunas riquezas patrimoniales, u hombres de arte que, decepcionados y vencidos, se incorporaron a algún adelantado o siguieron como servidores a magistrados con cargo en América, llevándose sus más caras obras, salidas de cinceles o paletas que jamás debían alcanzar notoriedad...

Estrechas eran las bodegas de galeones y carabelas para contener los pertrechos y vituallas necesarios a aquellas azarosas expediciones; y, sin duda alguna, de poco espacio disponía el pasaje en dichos bajeles para el acomodo de enseres particulares, ¡quién en semejantes condiciones habría de cargar con trastos artísticos de tan poca aplicación en tierras inexploradas en las que el más sumario moblaje debía parecer suntuosa instalación!

(1) CESAR MONTERO BUSTAMANTE es Cónsul General de la República en Londres. Nació en Montevideo el 22 de diciembre de 1885. Terminados sus estudios liceales, inició la carrera administrativa. Prestó servicios en la Contaduría General de la Nación y en el Banco de la República, y en 1910 fué designado Cónsul de la República en Wellington, Nueva Zelandia. Desde entonces ha vivido en el extranjero, aunque siguiendo día a día la evolución de su país y procurando hacerlo conocer y enaltecerlo con su acción personal. Recorrió en función oficial Australia y las islas próximas a aquel Continente y entabló las primeras relaciones consulares entre el Uruguay y aquellos lejanos países. Años después fué enviado a Ginebra a dirigir la oficina de Inmigración que allí organizó el Gobierno del Uruguay. Designado luego Cónsul en el Havre, al estallar la guerra europea se hizo cargo del Consulado General en Francia. Se mantuvo en París durante toda la guerra, participó de los azares del sitio, prestó servicios relevantes a la

Digitized by Google

Que después del siglo XVI, señalado por la fundación de villas y ciudades en la América antillana y del Pacífico, haya habido virreyes, gobernadores, presidentes de Real Audiencia, generales, fiscales de Su Majestad, u otros significados personajes que para hacer más ostentosa su aparición en estos territorios hayan traído consigo tapices, cuadros, ricos brocados, tallados muebles y preciosas curiosidades, no es cosa cierta pero sí probable; mas es también de presumir que, siguiendo a sus propietarios, volvieran esas y otras riquezas a España, y que la virgen América viera con melancolía que al partir para la metrópoli quienes por orden de sucesión se traspasaban el mando y gobierno del Rey, se iban también las joyas de arte que la habían adornado temporalmente.

Méjico, las posesiones con salida al mar Caribe, la Presidencia de Quito y el Virreinato del Perú fueron lugares preferidos por los colonizadores y con la mayor afluencia de gente hubo también entonces más copioso ingreso de objetos domésticos en América. Pero ¿en qué consistían esos equipajes desembarcados de las fondeadas naves a hombros, y depositados en la ribera de arena tostada de los puertos naturales de Indias?

España daba entonces toda la medida de su genio en las artes plásticas, con los escultores como Alonso Berruguete, Becerra, Olózaga, Gregorio Hernández, Martínez Montañés, con los pintores como Pacheco, su genial discípulo, padre de la gran escuela española, Velázquez, Herrera el Viejo, Zurbarán, Ribera. Pero, ¡ay!, de la inmensa obra de tan preclaros artesanos, poco, poquísimo, nada casi, atravesó el ancho mar.

Ya que el ejército de Alderete que llevó la guerra a los Araucanos contó en sus filas a un Ercilla, cuán de dolernos es que las expediciones favorecidas por Felipe IV no arrastraran consigo más tarde a algún prodigioso lugarteniente llamado Velázquez o Gregorio Hernández. Bien se echa de ver que no estaba escrito que los hombres de paleta y cincel de aquel entonces vinieran a florecer al calor del sol de América.

Pero si el espectáculo de lujuriosos paisajes tropicales de pano-

ciudad, y el gobierno francés premió éstos, condecorándolo con la Cruz de Caballero de la Legión de Honor. Más tarde fué designado Cónsul General en España con residencia en Barcelona y en 1930 se le confió el Consulado General en Inglaterra con residencia en Londres. Sus funciones administrativas le han dado motivo para especializarse en cuestiones económicas y sociales y son muy numerosos los estudios e informes de este género de que es autor. Ha conciliado estas actividades con el cultivo de las letras y las artes, las cuales desde la primera juventud atrajeron su espíritu. Ha escrito y escribe en español y francés prosa y verso, con acento muy personal, agregando al interés literario de sus escritos el interés de su cultura internacional acopiada en casi todos los continentes del globo. Ha pintado y pinta también con sentido personal del tema y del color. Ha colaborado en revistas del país y del extranjero y tiene prontos para la prensa los originales de una recopilación de poesías y de un libro de prosa.

Digitized by Google

ramas andinos, de caudalosos ríos poblados de seres y animales desconocidos, que se ofrecían de nuevas al ojo de los europeos, no pudo despertar su fibra pictórica o escultórica, y su inspiración no se reveló ni al principio ni al fin de la dominación española; si ninguna obra de trascendencia en el orden de que aquí se trata, quedó aquí como legado del poderoso genio artístico de la madre patria, es preciso resignarse sin acusar a nadie. Las letras se acuerdan muy armoniosamente con las armas; ahí tenemos vigorosamente subrayados los casos del gran manco y del cantor de la Araucana; en tanto que las artes plásticas, por exigir un material prolijo y ser de orden más sedentario, contrarían la agilidad y desplazamiento indispensables a capitanes y soldados.

Un período hubo, sin embargo, de cierto esplendor en la colonia. Ese lapso va de 1750 a los albores de las sediciones independentistas. Las crónicas hablan de visiteos, de ceremoniosos saraos y hasta de etiqueteras cortes de virreyes. La práctica de esas manifestaciones de fausto oficial y mundanismo requería cierto lujo, y los «indianos» se dieron al remedo de la pompa metropolitana. El acomodo de las residencias guardaba una línea adusta, y aunque no alcanzaba a lo grandioso, en los hermosos palacios de Lima, La Paz y Bogotá, la mano de los arquitectos, canteros y modeladores españoles ha dejado el testimonio del vuelo dado entonces a las artes. En otras capitales del continente, el progreso arquitectónico no fué tan marcado; Méjico tuvo un Palacio Nacional; Santiago de Chile una Casa de la Moneda; pero, excluídos los monumentos religiosos, en cuya ejecución los artistas se unían a los arquitectos e ingenieros para imprimir a catedrales y templos el sello hermoso de lo divino, poco se esmeraban esos hombres de arte en la confección de planos y fachadas de residencias oficiales o privadas. A las hoy ricas y monumentales ciudades de Buenos Aires y Montevideo no les es dado conservar de los tiempos coloniales sino modestos caserones de limitada inspiración de líneas.

Sobre las blancos muros de esas graves casas-palacios, pendían encuadradas en marcos de sobrio ornamento las telas más preciadas del patrimonio pictórico de América, fraternizando las más de las veces con ejemplares de indigna ejecución, aceptados insensatamente por el incierto gusto artístico de magistrados y ricos colonos.

Es desde luego en ese siglo XVIII que precedió al de la pérdida del dominio de España en América que el continente nuevo vió crecer más pronunciadamente la importación de objetos de arte; las condiciones mismas de la inminente vida autonómica en nuestras tierras así lo determinaron. Y en esto los americanos no estuvimos muy afortunados, pues aquel período fué el de la flaqueza del arte español que, fatigado de dar tantas glorias, hubo de reposar cien años antes de que surgiera en escena la figura personalísima de don Francisco Goya, con el cual reaparece la maestría eclipsada. Que las guerras de la in-

Digitized by Google

dependencia americana y las que se sucedieron por la cristalización política de las nuevas naciones hayan sofocado durante luctuosos lustros los arrestos del arte en estas latitudes, no es de extrañar. Y, en efecto, los comienzos del siglo XIX no vieron nacer artistas de consideración, aunque sí incubaron algunos a quienes nuestras jóvenes patrias debían reconocer como fundadores de las artes nacionales.

Sin hablar de Méjico, donde el arte floreció con antecedencia, puesto que en el siglo XVII pintaban Juárez y Echave; Juan Manuel Blanes y Domingo Mora en el Uruguay; de la Cárcova y Arturo Dresco en la Argentina; Cristóbal Rojas en Venezuela; Lira y Plaza en Chile, y otros en las restantes naciones de América, abrieron el camino a las generaciones más recientes. Y desde la aparición de estos signos de afianzamiento de la pintura y la escultura en el Continente, las obras de aliento, los grandes lienzos en que el pincel patriótico fijó las gestas de la contienda por la libertad; las plasmadas masas en que el hábil pulgar apresó el dolor de las caídas razas aborígenes o la serena altivez del gaucho y del patricio, pidieron muros y pedestales en que afrontar el juicio de la posteridad.

Fué, pues, con ese acervo que, ya muy entrado el último siglo, las naciones de la América hispánica iniciaron la fundación de sus museos de bellas artes, emulando a la vieja Europa. De los recios y austeros caserones levantados en Lima, Buenos Aires, Quito, Montevideo, Caracas, Méjico, Santiago y otras florecientes capitales por españoles viejos y patricios de los pueblos nacidos de la grande epopeya, fueron saliendo camino de tímidas galerías las obras que conservadores y coleccionistas patrióticamente inspirados juzgaron dignas de servir de cimiento a los museos del porvenir. Retratos de familia, obras anónimas a las que apenas se podía emparentar con tal o cual escuela; algunas telas de noble sujeto y hábil factura; muy poca estatuaria, tallas en madera, por lo general, de temas religiosos: todo, en fin, lo del período colonial fué acomodándose junto a la flamante producción autóctona en salas y a menudo anejas a los museos de historia natural, de suyo más largamente provistos gracias a los inmensos recursos que pone a mano del naturalista la riquísima fauna del Nuevo Continente.

Resumiendo a grandes rasgos el proceso de su fundación, no es posible seguir generalizando sobre los museos americanos, porque si su origen es análogo, en su desarrollo y extensión posteriores todos no han marchado parejos. Su gestión ha sido concordante en cuanto atañe a la adquisición de copias de consagrados cuadros y esculturas, para suplir la falta de preciosos originales. Y de esto han podido proveerse a sus anchas, a favor de la industria del siglo XIX, al que podría llamarse centuria de los copistas.

Del *Museo Europeo* fundado por el Gobierno de Thiers en París en 1872 y clausurado dos años después, ¿cuántas copias de obras maestras pasaron a engrosar nuestras colecciones oficiales?

Digitized by Google

Por lo demás, en cada país, en cada capital, la prosperidad de los museos ha estado supeditada a la marcha de los negocios públicos y al florecimiento de las artes nacionales, siendo necesario para ser justos dedicar una monografía a cada uno de ellos.

Pero es preciso decir que en toda la América hispánica se han ido revelando artistas de notable capacidad, cuya obra merece la consagración del museo. En este siglo XX que vivimos, la pintura y la escultura están en América en plena eclosión.

Limitando el comentario al Uruguay, que entre los estados del nuevo continente se distingue más por su significación espiritual que por la extensión de su territorio, se puede señalar los nombres de Carlos Sáez, Carlos María Herrera, Pedro Blanes Viale, Carlos Alberto Castellanos, Pedro Figari y Rafael Barradas, todos pintores de calidad.

Sáez, de visión elegante, habría sido un Sargent de hispanoamérica si no hubiera muerto en plena juventud; Herrera realizó anchas telas de tema histórico, entre las que sobresalen «La mañana de Asencio» y «Artigas en la meseta», la primera por el arrebatado movimiento de la composición; la segunda por su serenidad objetiva; Blanes Viale después de fijar con tonos fuertemente interpretativos el carácter del viejo militar criollo en el retrato del «Coronel M.», alcanzó su personalidad definitiva en el paisaje de atmósfera casi tangible y de equilibrada policromía sobre fundamentos de un delicioso azul de ultramar; Castellanos ha encontrado la vena de inspiración americana y desarrolla en sus obras los elementos del curioso arte incásico con notable maestría; Figari, el viejo filósofo de la pintura nacional que tomó el pincel después de una larga vida de concepción interior, sorprendió a la América toda y ganó la admiración de París con sus escenas criollas de factura modernísima y sabroso ambiente *campero;* y, por fin, Barradas, fué un espíritu avanzado y en perpetuo proteísmo que ambuló por los caminos que llevan a las grandes fórmulas del arte de mañana.

De los escultores uruguayos puede hacerse un triunvirato de talentos: Juan M. Ferrari dió de su inspiración el grandioso monumento al ejército de los Andes que magnifica la áspera cordillera y los más hermosos túmulos que contribuyen a la noble belleza de las necrópolis montevideanas; José Luis Zorrilla de San Martín, joven aun, ya está consagrado maestro por sus obras de gran aliento, por su estatuaria, de proporciones clásicas, de masa imponente y de enérgico modelado. Su «Gaucho» es el trasunto del coraje, de la altivez, del romanticismo cívico de ese interesante tipo de los países platenses; su «Sarandí» parece un monumento griego exhumado, y su «Fuente» es una sinfonía de músculos compuesta por un poeta; Pablo Mañé es el creador de figuras y monumentos en que el sentido de la grandeza se une al de lo patético.

Con la producción de admirables artistas de la talla de esos ilustres uruguayos, los museos americanos van formando sus salas nacio-

Digitized by Google

nales, y fuerza es reconocer que el espectáculo que éstas ofrecen es halagador.

Pero esas galerías en cuanto se refiere a los viejos maestros, sufren una dolorosa indigencia. ¿Dónde encontrar al abuelo, al lejano antepasado español de quien los americanos heredaron esa acuidad artística que les ha permitido en tan poco tiempo de vida autónoma dar señales de su fecundidad creadora? ¿Dónde están Fernández Navarrete y Juan Pérez; dónde Francisco de Herrera y Martínez Montañés? En ninguna parte. La situación de los museos americanos se asemeja a la de esas familias venidas a menos que por haber perdido el hilo de las generaciones anteriores no pueden adornar con el retrato de los abuelos los muros de su sala. Sí, en esos hogares del arte de las hijas de Iberia faltan los retratos de los gloriosos abuelos...

CESAR MONTERO BUSTAMANTE.

Digitized by Google

PAGINAS OLVIDADAS

LAVANDEIRA (1) (*)

Lavandeira como catedrático, como escritor, ha ejercido en el seno de la juventud, y en el seno del Parlamento, y en las corrientes de la opinión, una influencia saludable que sólo se atreverán a desconocer los espíritus superficiales que están ajenos al movimiento diurno de las ideas y de las cosas, los espíritus estrechos y egoístas, los ciegos de inteligencia, los pobres de corazón, los que no tienen suficiente grandeza de alma para elevarse sobre las miserias de la política y las rastrerías de la envidia.

En mayo de 1873, a los 26 años, tomó a su cargo en nuestra Universidad la cátedra de economía política, ciencia en la cual mostrara antes, en la Universidad de Buenos Aires, decidida afición y vastos y profundos conocimientos, y para la cual es indisputable que tenía aptitudes pocos comunes, unidas a una laboriosidad incansable.

Su palabra, trabajosa en los primeros días de su profesorado, fué cobrando después, a impulsos del ejercicio cuotidiano, de la recíproca confianza y familiaridad entre el profesor y su auditorio, gran soltura y brillantez; conciso y profundo por lo general, analítico como pocos, rayó muchas veces en las alturas de la verdadera inspiración y de la elocuencia.

El extenso programa de 1er. año, que formuló y explicó con amplitud y gran acopio de conocimientos y noticias novísimas, atestiguan

(1) CARLOS MARIA DE PENA escribió esta semblanza del doctor don Francisco Lavandeira a raíz de la muerte de este ciudadano, caído el 10 de enero de 1875 en la Plaza Matriz de Montevideo, junto a las urnas electorales en que se decidía la votación para el cargo de Alcalde Ordinario. Nació el autor de la semblanza, en el Durazno, el 12 de febrero de 1852, cursó sus estudios en la Universidad de Montevideo y se graduó en ella de doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Desde la adolescencia reveló extraordinaria inquietud intelectual y se entregó a lecturas e investigaciones con las que formó riquísimo caudal de conocimientos filosóficos, históricos, sociales y económicos. Participó activamente en el movimiento de ideas provocado por la fundación de la Sociedad Universitaria y el Ateneo, formó parte del grupo intelectual que propició la reforma escolar y fué factor principal de la reacción política que dió vida al partido Constitucional. Tres directivas principales movieron su pensamiento: los problemas económicos y financieros, los problemas pedagógicos y los problemas constitucionales y administrativos, a lo que podría agregarse todavía las investigaciones de carácter histórico. Profesor de Economía Política a los veinticinco años, remozó la cátedra fundada por don Carlos de Castro, ilustrada por don Pedro Bustamante, y conti-

(*) Adoptamos esta ortografía porque es la que emplea el Dr. Pena, amigo y discípulo del Dr. Lavandeira, y la que encontramos en documentos públicos, impresos en la época, suscriptos por el mismo ciudadano.

Digitized by Google

la gran transformación que introdujo en el plan de enseñanza de la ciencia económica y la superioridad de su curso sobre el de los catedráticos anteriores.

Problemas importantes y trascendentales que sus antecesores en la cátedra desdeñaron estudiar o tocaron de paso, fueron examinados por Lavandeira con detención y con gran caudal de luces propias.

El, antes y con más especialidad que otro alguno, localizó cuanto le fué posible el estudio de la Economía Política, buscando a cada momento en las rudimentarias evoluciones económicas de nuestro país la confirmación de las verdades que la ciencia descubre y a cada paso fortifica la ruda experiencia de los pueblos.

Este estudio práctico, si se permite el término, ha impreso una tendencia marcada al espíritu de la juventud que tuvo el honor de recoger sus palabras y de compulsar sus enseñanzas.

En los últimos meses del año 73 vino a ayudarle poderosamente en sus propósitos ese precioso libro del señor Vaillant: «La República en la Exposición de Viena».

Día por día, la estadística y la historia eran puestas a prueba por las conclusiones científicas del profesor.

Nada escapaba a su espíritu innovador y profundo. Conocía los últimos datos de la ciencia. Supo siempre mantenerse a la altura que la corriente de la época impone a los espíritus superiores, que siguen paso a paso en cada año y en cada punto del planeta la transformación de las instituciones y el desenvolvimiento y curso de los asuntos políticos y de los intereses económicos.

La juventud que asistió a las lecciones de Lavandeira se vió obligada a someter su inteligencia, en el estudio de las cuestiones económicas, a un análisis severo e íntegro, no acostumbrado hasta entonces, o descuidado más de lo que fuera de desearse en ciencias que, como la Economía Política, tocan por uno de sus extremos con las fronte-

nuada por su biografiado. Maestro en ciencia económica y en ciencia administrativa, a la acción docente unió la acción política. Jefe del gobierno municipal y Ministro de Hacienda primero, y luego de Fomento, llevó a esas funciones su inquietud y espíritu de iniciativa. Su carrera pública terminó en la diplomacia. Durante varios años, y hasta su fallecimiento, representó al Uruguay como Ministro Plenipotenciario en Wáshington, luego de haberlo representado en Congresos y Conferencias Internacionales. Periodista formado en la escuela de Carlos María Ramírez a quien acompañó en la redacción de «El Plata», escritor fácil y elegante, erudito en ciencias sociales, abogado de nota, profesor universitario de economía política y de derecho administrativo cuya semblanza reclama la historia de la Universidad, donde aun se recuerdan sus lecciones magistrales, falleció en Wáshington, el 30 de abril de 1918. Sus obras, amén de sus cursos magistrales y colaboraciones periodísticas son las siguientes: «Consideraciones acerca de la ganadería, agricultura e industrias fabriles», «Montevideo y su departamento», «Desde las termas del Rosario de la Frontera», «Estudios administrativos», «El primer saladero oriental bajo la dominación española», «Páginas sobre reorganización universitaria», «Régimen de las tierras municipales», «Un discurso y dos conferencias».

Digitized by Google

ras de las ciencias físicas o naturales, aunque principalmente abracen una vasta parte del campo inmenso de las ciencias morales.

La Economía Política en sus métodos y procedimientos en nada se separa del aforismo del filósofo inglés: *Natura non nisi parendo vincitur:* a la naturaleza no se la domina si antes no se la obedece. No se llega a la ciencia sino por la observación. La observación directa, la observación íntegra de los fenómenos, tal es la primera e ineludible condición que Dios ha impuesto al hombre que siente ansias de conocer, que desea saber y darse cuenta aproximada de los misterios del mundo moral y del mundo físico.

FRANCISCO LAVANDEIRA

Este sistema adoptó el que fué catedrático del Aula de Economía Política. La juventud que recibió su palabra dará a la patria, siguiendo el alto ejemplo del maestro, el fruto maduro que el apóstol empezaba a cosechar cuando le aclamó como mártir la defensa de las instituciones que con su palabra ardiente sostuvo siempre sin mancha en el alma y sin odios en el corazón.

***

Hemos hecho notar la extensión y novedad de estudios que encierra el programa del primer año de Economía Política.

Basta fijar la mirada en el extenso programa del curso de 2do. año, que Lavandeira terminó al concluir el año 74 y cuyos exámenes tuvieron lugar cinco días antes de su muerte, para hacer palpable el tesoro de conocimientos que poseía y su reconocida competencia en las dificilísimas e intrincadas cuestiones de la Hacienda.

Nunca se había hecho en nuestra Universidad un estudio tan prolijo y detenido de las cuestiones que se ha dado en llamar cuestiones financieras. Jamás se había hecho un análisis científico y esmerado de nuestro sistema rentístico; jamás se había arrojado tan vivos rayos de luz en el laberinto de nuestro sistema fiscal, (son sus palabras), como los que proyectó la robusta inteligencia del que fué entre nosotros el doctor Lavandeira.

Considérese cuán provechosa ha sido su enseñanza, considérese

Digitized by Google

cuán proficua mañana, si las jóvenes inteligencias que le prestaron oído y recogieron sus más profundas inspiraciones, toman sobre sí la noble y afanosa tarea de continuar, bien sea por las mismas vías o por otras análogas que el maestro, la reorganización de la Hacienda y la Salvación del crédito público sobre la base de las grandes reformas, a imitación de los Rowland-Hillo, los Hus-kisson y los Peel, como lo soñaba el gran corazón del maestro en la serie de las conferencias universitarias, y como lo intentara resueltamente en las columnas de la prensa diaria.

***

Para satisfacer debidamente las necesidades del aula y para cumplir su misión de periodista, Lavandeira ilustró las columnas de «La Revista Mercantil», «La Democracia», con artículos económicos y financieros que saldrían airosos si se les comparase con los artículos mensuales del reputado *Journal des Economistes*.

Escribía día a día para las columnas de «La Democracia» con tanta profundidad y exactitud científica como lo han hecho mes a mes, quincena a quincena Carey, Dupuynode, Garnier, Horn, Faucher, Passy, Woloswski... y otros célebres talentos en el ya citado archivo de la ciencia económica.

Nuestra prensa diaria se había preocupado poco de las cuestiones financieras. La mala política esterilizó muchos talentos de primera fuerza; la supina ignorancia de nuestros hombres públicos, y un lamentable descuido de la prensa diaria que se veía obligada a consagrar preferente atención a las agitaciones intermitentes y a las discusiones de una política personal y apasionada, y a emplear toda la virilidad de sus esfuerzos en pro de las libertades públicas... todo ello, unido a otras causas sociales que no es del caso enumerar, había ocultado al país momentáneamente, en medio del estrépito y confusión que trajeron las luchas de partido, una de las principales causas de su malestar, una de las causas positivas de su descrédito y de su ruina.

Lavandeira tomó a su cargo unir dos espectáculos que horrorizaran al presente; librándole de volver otra vez a las saturnales del pasado, siquiera fuese por el interés positivo de la propia conservación, ya que no por el más acendrado amor al país.

Unió el triste espectáculo de la política imprevisora de nuestros últimos gobiernos, con el horrible cuadro de nuestra Hacienda.

Tocó principalmente a Lavandeira mostrar la tormenta sobre nuestras cabezas y ensayar los medios de conjurarla; puso ante los ojos del pueblo el descalabro de nuestras embrolladas finanzas, traído por los desaciertos políticos, y nos hizo mirar con horror y repugnancia el abismo de la bancarrota.

Digitized by Google

A él, pues, se debe, en su mayor parte, ese movimiento trascendental de investigación y de crítica por que está pasando nuestro sistema rentístico. A él se debe en gran parte esa afición a los estudios financieros, mirados generalmente con vergonzoso desdén en otros tiempos, y no ha mucho, recibidos con cierta sonrisa, si no benévola del todo, atenta por lo menos.

Las opiniones de Lavandeira vertidas en la prensa han contribuído no poco a ilustrar las decisiones del Parlamento en ese arduo dominio de la ciencia financiera, ajeno y desconocido casi por completo a la mayoría de nuestros hombres públicos.

Estas opiniones se han visto convertidas en artículos de ley.

Lavandeira profesaba con todo el entusiasmo de que es capaz un alma joven y pura, los más avanzados principios liberales, y, sin detrimento de sus dogmas políticos ni de sus sanas doctrinas económicas, bajaba — talento eminentemente práctico, inteligencia sólida, fortalecida a cada momento por la meditación, la crítica y la estadística, — bajaba, sin perder su habitual lucidez de espíritu y acostumbrada jovialidad, desde las alturas de su ideal económico a los complicados y fatigosos detalles de la aplicación. Sus concepciones fueron más de una vez imágenes; sus imágenes, realidades vivas, perdurables.

¡Rara e inapreciable cualidad que hizo de él uno de nuestros más originales periodistas?

Muchos y bien trazados artículos de diario consagró al estudio de nuestros principales impuestos; y, asegurados con incontrarrestables argumentos científicos, dejó los elementos que servirán mañana para llevar a cabo la gran reforma que acariciaba su corazón de patriota y que su clara inteligencia había iniciado con esa fe inquebrantable y con esa generosa audacia que exigen todas las transformaciones radicales de los pueblos.

***

Como escritor político su profundidad de juicio nada tiene que envidiar a la concisión elocuente de Florencio Varela.

Su estilo era comparable, si no superior, por su novedad y frescura, y por la vivacidad de las imágenes, al que ha revelado en la otra orilla del Plata el galano y joven escritor Santiago Estrada.

Su ardor patriótico en nada desmereció de la exaltación heroica de Juan Carlos Gómez.

***

Lavandeira era no sólo escritor serio y profundo, no sólo apóstol austero y enérgico cual conviene a la augusta majestad de las instituciones democráticas, de las que ha sido denodado defensor y mártir,

Digitized by Google

sino que manejaba con acierto el chiste inocente, el gracejo espiritual y la sátira política, armado de la cual, atacó más de una vez a sus adversarios políticos.

Fué agotando uno a uno, tomándolos por pseudónimos. los nombres de los protagonistas más notables que contiene esa obra magistral de E. Laboulaye: «París en América».

⁂

Pero hay algo que hace todavía más sensible el alejamiento de esa alma entusiasta y pura, de ese generoso y heroico corazón que fué en la tierra Francisco Lavandeira.

No sólo se mostró grave y sesudo escritor político y manejó con habilidad y elevación la sátira y el epigrama; no sólo supo alimentar su mente y bañar su espíritu en los resplandores del ideal democrático y con esmerado y profundo análisis se consagró a pensar y resolver los más fundamentales problemas de las ciencias sociales y con seguro paso descendió a los detalles infinitos de la aplicación...; no sólo calzó el coturno de la epopeya cuando el país reclamaba las más altas inspiraciones y las más solemnes manifestaciones del patriotismo, sino que también su alma poética tenía momentos fulgurantes de lirismo, idealidades, vislumbres, fantasías, sueños y delirios; visiones sonrientes y confusas, presentimientos halagüeños de un magnífico porvenir cercano...

Ahí están para atestiguarlo las sentimentales páginas literarias que arrancó a su alma la «María» de Jorge Isaacs, la «Sibila» de Octavio Feuillet; aquel sueño de una tarde de verano, y por fin aquellas crónicas espirituales que bajo el pseudónimo Fausto, y parodiando hábilmente al gran poeta de Alemania, más de una vez sirvieron para espaciar su espíritu, atribulado por las decepciones de la política, y para regalar el ánimo de las lectoras, deseosas siempre de sorprender la intriga hábil de salón y las misteriosas confidencias del amor, en los interesantes diálogos de Mefistófeles y Fausto.

⁂

Con tal elevación de ideas, de talento y de carácter, con tan gran corazón, Lavandeira estaba llamado a ser una de las figuras más simpáticas y prominentes de la generación que entra a la lucha cuando él cae heroicamente regando con su sangre generosa el suelo de la Patria.

⁂

La juventud es toda entusiasmo, toda amor a lo bello y a lo grande; cumpla, pues, su misión, pague su deuda y levante con su óbolo

Digitized by Google

generoso, a uno de sus mejores miembros, de sus inspirados publicistas, el modesto sepulcro que corresponde a los denodados obreros del bien, a los esclarecidos servidores de la Patria, a los fieles apóstoles de la República.

Y tú, maestro, que consuelas ahora tu espíritu de las penalidades terrestres en el augusto regazo de Dios, recibe la débil ofrenda del corazón agradecido, del espíritu atribulado de tu discípulo sin guía...

Cuenta la leyenda cristiana, que los apóstoles en su fervor religioso vieron levantado de su tumba, enardeciendo vigorosamente su espíritu y confirmando las divinas sentencias, al Nazareno ilustre que sufrió en el calvario el afrentoso suplicio de la cruz.

La historia íntima del discípulo contará también algún día, que si vió caer al apóstol, al través de la humareda del combate y en medio del vocerío inhumano de la política de partido; ve siempre revivir y enaltecerse el espíritu del maestro; sigue fiel sus más sanas enseñanzas; fortifica el corazón con su ejemplo heroico para los días de prueba, y siente día a día brotar de los bordes del sepulcro, como en otro tiempo al pie de la cátedra, de los labios del maestro, palpitantes de elocuencia, el evangelio de las más puras doctrinas económicas.

CARLOS MARIA DE PENA.

Digitized by Google

REVISTA SOCIAL Y POLITICA

LA CONFERENCIA DE MINISTROS DE HACIENDA.

La Conferencia de Ministros de Hacienda de la Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay que acaba de celebrarse en Montevideo, constituye un hecho de verdadera trascendencia histórica y ha dado lugar además, al ajuste de convenciones *sui generis*, de carácter administrativo, suscriptas por los representantes de los cuatro países y que tendrán aplicación práctica inmediata. Esas convenciones se refieren a asuntos comerciales y financieros, aduaneros y de inmigración.

Además la conferencia, que es sin duda la primera del género que se realiza en América, ha dado lugar a que congreguen en Montevideo, junto a los cuatro Ministros de Hacienda, Dr. Pedro Groppo, Dr. Arturo de Souza Costa, Dr. Enrique Bordenave y Dr. César Charlone, hombres de Estado representativos de la cultura política de América, una verdadera asamblea de expertos en ciencias financieras, económicas y administrativas.

Conceptuamos interesante registrar en esta sección de la revista los discursos más salientes de los diversos actos realizados. En primer término insertamos el discurso del señor Presidente de la República, general arquitecto don Alfredo Baldomir, pronunciado en el banquete que el primer magistrado ofreció a los Ministros de Hacienda y delegaciones en el gran salón de fiestas del Hotel Carrasco. Luego insertamos los discursos pronunciados por los cuatro Ministros de Hacienda en la sesión inaugural de la Conferencia, piezas todas ellas históricas y que documentan el memorable episodio internacional.

DISCURSO DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, GENERAL ARQUITECTO DON ALFREDO BALDOMIR.

Señores Ministros; señoras y señores:

Es grande y muy sincera la satisfacción del Uruguay al poder albergar en su seno a tantos huéspedes ilustres. Diríase que al hacerlo se expandieran los ámbitos de la patria, hasta confundirse con los propios límites de América. Porque si la hospitalidad es virtud de la raza, y como tal, es fuente de austeras emociones, en este caso hospitalidad es también acto de honra y lucimiento para nosotros. Siempre han gustado los representantes de América, de reuniones y asambleas en donde dilucidar amistosamente sus problemas. Año tras año, y con distintos motivos, se han realizado estas conferencias, cuyo saldo generoso esta-

Digitized by Google

mos palpando sin cesar. Todo es común entre nosotros: desde el dolor hasta la alegría, a través de los matices que conducen de la felicidad hasta las penurias. Y si esta comunidad continental es históricamente cierta; y si en la actual vibra, se manifiesta y prevalece, es de toda lógica que sepamos ponernos de acuerdo para afrontar nuestros destinos.

Pero yo creo, que como ahora, jamás se ha bregado tanto y tan reiteradamente para lograr una absoluta armonía continental.

En gran parte debemos este resultado a la creciente comprensión de nuestros pueblos; pero en mucho también ha influído el embarazo del resto del mundo para resolver sus conflictos. Al comprendernos mejor, más nos amamos; y el abrazo así sellado se estrecha luego con el embate del huracán que sacude al universo.

Con ese noble, humano y muy alto propósito habéis acudido vosotros, aportando — como el obrero sus herramientas — el talento, el prestigio y la experiencia de que estáis dotados. Llegáis para convenir fórmulas que permitan el mejor desarrollo de esta parte de América, al facilitar la circulación de la riqueza por nuestras arterias económicas. Y si en vuestras tareas alcanzáis el éxito que anhelo, seguro estoy que en un mañana cercano el ejemplo será emulado por vecinos países, en una tácita y simultánea sincronización de energías.

Yo espero que esta conferencia establezca magníficos precedentes para el futuro. Todo posee y de nada carece para que así sea; desde la irreprochable solvencia de vuestras personalidades, hasta la magnitud internacional de los temas planteados. Y sobre todo porque de vuestras manos debe surgir obra útil, obra concreta y práctica, obra de racionalización económica y estímulo financiero, que desbordando el sortilegio de las declaraciones rumbosas, pueda nutrir las hondas raíces de la prosperidad continental.

Nuestros países — hemos de reconocerlo lealmente — no sólo aguardan frases bellas, henchidas de hermosos conceptos jurídicos. Esperan — con gesto de esperanza consciente — que de esta conferencia de americanos ilustres, surjan resultados de substancial provecho. Ya que la mejor confraternidad es la que permite a los pueblos vivir más cómodamente, con mayor abundancia y tranquilidad eco-

En vuestro estudio debéis abordar puntos de capital importancia. No existe entre ellos uno solo que parezca baladí, porque si unos con otros se eslabonan y se complementan, en sus fuentes ocultas palpita nuestra riqueza. Ya sea en el problema de las tarifas aduaneras, que han ido elevando progresivamente en cada frontera murallas contra el recíproco desarrollo. O en el del establecimiento de un tipo de cambio uniforme para nuestro comercio, vía de superación para las trabas financieras que ahogan nuestras transacciones. Como en el de la lucha contra el contrabando, succión parasitaria que aniquila silenciosamente los ingresos del erario público. O en el fenómeno

Digitized by Google

social de las corrientes migratorias, a cuyo imperio hemos debido limitar el otrora sabio precepto de Alberdi.

Todos estos temas no son, en última instancia, sino tan solo índices diversos de una misma causa; la causa para nosotros sagrada del hombre americano, trabajando empeñosamente por abrirse camino. La posición del ciudadano de América en función del mundo y del desarrollo de su progreso, con sus ansias de libertad, de amor, de justicia, de abundancia y de cultura, que han de servir más tarde como refugio y consuelo al espíritu de una civilización atribulada, herida y desgarrada por la hipertrofia de sus propias virtudes.

Y bien, señores delegados: es por y para ese hombre de América que habéis de exigir a vuestro talento la máxima contribución. Es él quien está a nuestras espaldas, pensando, produciendo, construyendo los cimientos de una nueva era. Y es el producto de su labor, que en nuestros países generalmente se complementan sin lesionarse, el que puede y debe estar mejor defendido contra las dificultades de los tiempos que corren. Abramos — y han de ser ustedes los que digan cómo — mejores y más amplias canalizaciones para nuestros productos. Reduzcamos en todo lo posible las exigencias ficticias que han erigido las barreras, que han sido dictadas frecuentemente por los intereses creados, que no han de confundirse con los supremos intereses nacionales. Impidamos las filtraciones comerciales clandestinas, que comprometen la suerte del trabajo honesto y debilitan la mano tutelar del Estado. Y convengamos un signo fiduciario que normalice nuestro intercambio, independizándonos de la dura tiranía de las divisas que oscilan y se enrarecen.

Contra estos males venimos clamando por intermedio de la prensa, de los estadistas y de los filósofos. Todos convenimos que en esta atmósfera viciada de artificiosidades — que por reflejo nos proyectarán otros continentes — nos sofoca con su maraña de complejidades. Y tan de acuerdo estamos a ese respecto, que por su merced ha de celebrarse esta conferencia que hoy nos ha reunido, con tales alcances y caracteres que la hacen la primera de su índole efectuada en América.

Yo sé que vuestra firme intención es trabajar y producir, con la magnífica fecundidad que permite descontar vuestras esclarecidas facultades. Y si hoy honráis al Uruguay con vuestra presencia, mañana le enalteceréis doblemente con el fruto de vuestro concilio que saldará con gloria el premio de vuestros afanes en la próxima jornada.

Señores: permitidme que alce mi copa en homenaje a la consigna que os habéis trazado, para brindar por los ilustres gobernantes amigos que nos han enviado tan calificados embajadores; por vuestra felicidad personal y el porvenir venturoso de las naciones hermanas que aquí representáis; para celebrar por anticipado el éxito rotundo de vuestras actuaciones; para formular mis mejores votos

Digitized by Google

por la felicidad de América; y para rogar al destino que vuelva a cubrir la Tierra con un manto de Amor y de Justicia, desterrando el odio y los males que a su paso siembra.

DISCURSO DEL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA DEL URUGUAY, DOCTOR DON CESAR CHARLONE.

Excelentísimos señores Ministros:
Excelentísimos señores Embajadores:
Señores:

En nombre del Gobierno de la República me honro en daros la bienvenida, señores Ministros de Hacienda de la República Argentina, de los Estados Unidos del Brasil y de la República del Paraguay, y os digo, con la cordialidad más afectuosa, que estáis aquí en vuestra casa.

Saludo también, con la misma simpatía, a los asesores que os acompañan y aportan el valioso concurso de su ciencia y experiencia a las deliberaciones que vamos a iniciar.

Al daros la bienvenida, me complazco en expresar la satisfacción que experimenta el Gobierno de la República viendo congregado en este instante un selecto conjunto de ilustres personalidades que, por su representación oficial y su propio valer, son exponentes genuinos de la cultura y de la civilización de América.

Creo interpretar vuestro sentir y vuestra expectativa si desde ya expreso la esperanza de que esta reunión, en la que por primera vez en la historia del Continente se congregan los Ministros de Hacienda de cuatro naciones vecinas para trabajar durante algunos días en estrecha y cordial colaboración, sea un fermento activo en el desarrollo de la política panamericana.

Sin duda alguna, es la nuestra una Conferencia sui géneris, distinta en su origen, en su forma objetiva y en sus finalidades a los congresos diplomáticos; pero, como éstos, se inspira en un mismo sentimiento de solidaridad y busca fortalecerlo y extenderlo mediante un nuevo concepto y una nueva técnica, que acaso en el orden tan complejo de la economía y de las finanzas, conduzca a soluciones continentales definitivas.

Existe una fórmula histórica, siempre actual y siempre presente en el espíritu de las Naciones del Nuevo Mundo, que concibe el conjunto de éstas como una entidad internacional regida por principios y normas de igualdad social y política, cuyo destino no es, por cierto, enfrentar a las entidades nacionales o internacionales del resto del Mundo civilizado, sino, por el contrario, convivir con ellas en el culto del derecho, de la justicia y de la moral.

Desde el Congreso de Panamá, concebido y realizado por Bolívar en los albores de la Independencia, hasta las últimas Conferencias Panamericanas cuyos ecos todavía no se han extinguido, nuestros

Digitized by Google

pueblos y nuestros Gobiernos, a la vez que proclamaron todas las veces el principio de las soberanías nacionales, supieron expresar en múltiples actos sus fervientes anhelos de confraternidad panamericana y unidad continental, a lo largo de un fecundo proceso histórico en el que las aspiraciones, los tanteos, los ensayos, las utopías y las realidades lograron formar un precioso caudal de experiencia.

Las especulaciones abstractas de las primeras reuniones prepararon las realidades objetivas que se elaboraron después. Las declamaciones románticas de aquel remedo de Santa Alianza que concibiera el Libertador del Norte, así como los postulados líricos de la Liga Americana de mediados del siglo pasado, fueron ensueños generosos que se anticiparon a las realidades de los Congresos y Conferencias, de cuyo seno fué saliendo más tarde el fruto ubérrimo de la confraternidad continental, con los ensayos de codificación del Derecho Público Americano y las normas esenciales de relación entre los Estados, desde aquellas que procuran la unidad de las legislaciones y procedimientos y la coordinación de ellos en el punto neurálgico de las fronteras físicas y morales, hasta los nobles postulados del Derecho y de la Justicia como normas imperativas en la convivencia de nuestros pueblos.

Del mismo modo, en el orden económico, los vastos proyectos de creación del «Zollverein» americano y de la unidad monetaria continental a la manera de la unidad latina, dentro de su generalización teórica y tal vez ajena a las posibilidades reales, sirvieron sin embargo para crear el clima propicio a esos gigantescos proyectos de intercomunicación y transporte panamericanos, en que los convoyes terrestres y las flotas del aire y del mar han de servir de sistema circulatorio al intercambio de América, para que por sus arterias vivas transite libremente la riqueza física y esa otra riqueza espiritual que se llama cultura, alma del mundo y de las naciones, sin la cual la prosperidad y el progreso material no tienen sentido ni objeto.

Nuestros países han sido el magnífico crisol que realizó el milagro de fundir en un mismo sentimiento de patria los anhelos y las esperanzas de hombres llegados al Continente de los horizontes más distintos, de las sociedades más diferentes, con las creencias más opuestas, para convivir bajo el cielo de América en una perfecta paridad de derechos, sometidos a la igualdad de la ley, sin otro privilegio que el de sus talentos y sus virtudes, de acuerdo con el precepto democrático que nuestras Constituciones contienen.

El mismo milagro de igualdad jurídica y de voluntario sometimiento a reglas de Derecho y de Justicia, lo hemos realizado plenamente en el orden de la convivencia internacional, logrando, por tal modo, según la acertada expresión de un ilustre canciller de América, que la debilidad de las entidades orgánicas cediera su sitio a la fortaleza igualitaria de las entidades jurídicas.

Digitized by Google

Sobre esas bases inconmovibles que no se dan en otros sectores del Planeta, América ha creado ya magníficos elementos de unión entre las naciones que la componen. Vínculos de Derecho y normas jurídicas capaces de resolver los conflictos de toda suerte; vínculos políticos y sociales que han sellado la amistad histórica de los pueblos; vínculos del espíritu fundados en el intercambio de las culturas; y también vínculos económicos que en algunos casos se han traducido en mecanismos de intercambio y cooperación recíprocos, pero que en otros se mantienen aún en el terreno platónico sin que las teorizaciones se concreten en realidades positivas y útiles.

Esta diferencia de resultados reclama el examen atento de aquellos que, como nosotros, desean que la solidaridad de América extienda sus vínculos a todas las relaciones de la convivencia. Posiblemente la causa de ello resida en la técnica empleada. El panamericanismo en lo económico bien puede, como el panamericanismo en lo político, definir toda la ambición de su ideal en normas y programas generales; pero tengo para mí que en la realización práctica debe procurarse conquistar primero lo simple para luego lograr lo complejo. Nuestra América es un conglomerado de pueblos, hijos de una común tradición, que las leyes de la naturaleza y de la historia han distribuído en núcleos característicos. Razones históricas y climatológicas, así como imperativos de orden social, han creado centros de gravitación comunes a esos diferentes núcleos. Así, por ejemplo, nosotros, pueblos de la región atlántica subtropical, formamos una zona caracterizada. Estos núcleos de cohesión, lejos de rechazarse entre sí, se buscan y atraen como obedeciendo a un categórico social americano. El «regionalismo», como técnica para la realización de fines que, siendo propios a un núcleo de países armonizan con los ideales del Continente, puede muy bien facilitar la consecución paulatina de soluciones más vastas y generales, pues el sentido común nos dice que una unidad continental perfecta requiere la estrecha cohesión entre los grupos de naciones que constituyen aquellos núcleos de gravitación natural.

Ese es el sentido de esta Conferencia de «buena voluntad» que, si bien se propone el estudio de temas locales, habrá de hacerlo con los ojos y el corazón puestos en los ideales permanentes de América.

Los motivos de nuestra reunión no pueden ser más concretos.

Procuraremos, en primer lugar, coordinar esfuerzos para que nuestros países, que tienen fronteras comunes, eliminen de raíz el fraude aduanero en todas sus formas: desde el contrabando franco y desembozado que se ampara en la amplitud y en la libertad de nuestras fronteras físicas y en la deconexión de nuestras organizaciones represivas, hasta esas otras especies que se disimulan bajo las normas legales del tránsito y el reembarco, así como aquellas que, de acuerdo con una modalidad nueva, comprometen la integridad de los contralo-

Digitized by Google

res de cambios que nuestros países debieron organizar y poner en práctica para defender sus conveniencias económicas fundamentalca.

Aparecen desde luego las ventajas propias a cada uno que pueden resultar de dicha coordinación de esfuerzos. La exacta percepción de una de las rentas básicas de la Hacienda Central reviste extraordinaria importancia en estos momentos de singular apremio, cuando la estabilidad de los presupuestos se siente de nuevo amenazada en todas partes. Bien podemos pensar en que la aplicación estricta de las leyes procure recursos que hoy se eluden y, de tal suerte, sea innecesario el aumento de las cargas públicas que de otro modo podría resultar indispensable para mantener la salud de nuestras finanzas.

Es posible, igualmente, encarar junto con la armonización de las nomenclaturas, un ajuste de los aranceles que reste al fraude uno de sus más fuertes incentivos, y que también se inicie como consecuencia de este hecho una política arancelaria más liberal que llegue a constituirse en un poderoso aliciente para nuestros recíprocos intercambios.

Pero sobre las ventajas nacionales que serían la consecuencia lógica de la naturaleza regional de nuestro programa, prevalece en nuestros espíritus la hermosa sugestión de un principio panamericano.

¿Qué buscamos, en efecto, con nuestros estudios sobre la represión del contrabando, sino afirmar de nuevo la aspiración de «buena vecindad» que constituye la más noble de las preocupaciones en la política del Continente?

Pueblos y Gobiernos pueden y deben armonizar sus intereses en la comunidad de relaciones económicas claras, rectas y honorables. Y porque así lo sentimos todos, señores Ministros, nuestros espíritus están dispuestos a cumplir ese deber categórico de «buena vecindad», aunando nuestros esfuerzos para custodiar la estabilidad de nuestras haciendas, para defender el prestigio de nuestras Administraciones, para amparar la buena fe y las prácticas honradas de nuestros comercios.

Esos son nuestros comunes deseos por lo que se refiere al primero de los motivos de nuestra reunión.

Pero, además, en esta época de dificultades inmensas, hemos deseado confrontar, en un contacto personal de colegas, la experiencia que nuestros países han podido reunir en materia de contralor de cambios, instituto éste que nuestros Gobiernos se vieron en la imprescindible necesidad de implantar años atrás, para defender las bases fundamentales de nuestras economías, ajustando nuestras formas de acción a las modificaciones sustanciales a que debimos hacer frente en el vasto plano del intercambio.

Por cierto, señores Ministros, que ninguno de nuestros países fué el primero en interrumpir la libre circulación de los capitales. Tampoco aumentamos en términos desmedidos los aranceles, ni someti-

Digitized by Google

mos nuestro comercio al régimen de prohibiciones, de cuotas y de contingentes, que limitaron nuestras ventas e hicieron imposible, más de una vez, que con los saldos activos de nuestras exportaciones compensáramos los déficits en las cuentas totales de la convivencia económica.

No nos cabe responsabilidad alguna en el estrangulamiento del comercio internacional, en la disminución del poder adquisitivo del mundo y en el bajo nivel de existencia que éste ha conocido en los últimos tiempos, ofreciendo el trágico contraste de una extrema miseria junto a la superabundancia de las producciones.

Nada ha puesto mejor en evidencia la dolorosa significación de esa dramática paradoja, que la conocida encuesta de un diario newyorkino, por la cual supo el mundo que en sólo el transcurso del año 1934 murieron de inanición en 51 países 2:400.000 personas y 1:200.000 suprimieron sus vidas por causas directamente relacionadas con la carencia de alimentos, a la vez que por falta de mercados y baja de los precios eran destruídos 1:000.000 de vagones de trigo, 268.000 vagones de café, 258:000.000 de kilos de azúcar, 26:000.000 de kilos de arroz, 25:000.000 de kilos de carne. ¡Nobles materias todas ellas para cuya producción América fué extraordinariamente dotada por la naturaleza y sobre cuyo noble comercio fueron asentando nuestros países la estructura de su economía, de sus finanzas, de su bienestar social y su progreso futuro!

Obligados a la implantación de los sistemas que se nos impusieron desde el exterior, cabe destacar, en estricta justicia, que todos nosotros innovamos su técnica, concibiendo la aplicación de sistemas de contralor que definen ahora una concepción propia, hasta el punto de que, aun adaptándonos a las exigencias externas, hemos afirmado dentro de los nuevos cauces la aspiración panamericana de libertad y de normalidad.

El contralor de cambios ha sido para todos nosotros un eficacísimo elemento de ordenación de la vida económica; pero, en vez de una «economía regulada» en la totalidad o en la mayor parte de sus aspectos, vecina por lo tanto del monopolio, nuestros países lograron implantar la «economía dirigida», a modo de disciplina sabia que concilia la libertad con el orden y limita las restricciones a un mínimo de necesidades.

A diferencia de la concepción estrecha y unitaria que controla todos los negocios cualesquiera sean sus causas y sus orígenes, que llega a imponer tipos fijos y uniformes de cambio a todas las transacciones y transferencias, con alcances tan vastos que no sólo el comercio exterior queda sometido muchas veces a un verdadero monopolio, sino que, además, suprime la libertad de los movimientos puros y simples de capitales, hemos sabido elaborar y poner en práctica un sistema propio, de fecunda originalidad, que limita el contralor

Digitized by Google

a lo que es fácil controlar y admite que el «cambio controlado» coexista con un «cambio absolutamente libre», para que los capitales, y especialmente los fondos a corto término, puedan circular libremente y contribuir de ese modo, al equilibrio de los balances de pagos que fué el sustento más sólido de esa convivencia económica regular, cuyo recuerdo idílico atrae los espíritus de todos.

Es más aun: la técnica sutilísima y los recursos ingentes que puso a disposición de nuestros Gobiernos y de los Bancos Centrales dicho sistema, nos ha permitido resolver en forma feliz la difícil ecuación de los precios, haciendo posible que en las respectivas monedas nacionales recibiera el productor ganancias remuneradoras en compensación de sus esfuerzos; que se rehabilitaran nuestras fuentes de riqueza, se saneara el crédito, se estimulara el trabajo nacional manteniendo el poder adquisitivo y el nivel de existencia de nuestras sociedades en aquellos momentos difíciles que el mundo conoció cuando, según la expresión de Mac Donald, «la vida se rebelaba contra la miseria y los progresos conquistados por la humanidad podían ser destruídos en un instante por las fuerzas ciegas de la desesperación.»

Nos ha sido posible, poner a disposición del consumo una moneda que, apreciada por los índices estadísticos, ofrece la ventaja de ser un metro constante que mide cien centímetros de poder adquisitivo, de tal modo que podemos decir que es la nuestra la verdadera estabilidad monetaria, pues esta preciosa conquista no se concibe cuando ella no expresa la defensa del poder de compra y de consumo, que es lo mismo que decir el nivel de existencia de las naciones.

Hemos puesto orden, disciplina, equilibrio, en ese variado complejo de fuerzas cuya ecuación es la moneda considerada como fenómeno vivo, como verdadera superestructura.

Y todavía agréguese que, apesar de haberse suprimido por causas ajenas a nuestra voluntad las compensaciones triangulares sobre las que en todo tiempo se basó la regularidad de nuestra vida y nuestra propia solvencia, pese a la limitación de nuestras ventas y al menor valor de ellas en términos de oro y de las grandes divisas, dicho régimen ha hecho imposible la reaparición de los «empréstitos de sufrimiento», como ha dado en llamarse a la congelación de los créditos.

Pero hay más aun, señores Ministros: en las relaciones recíprocas de nuestros países, supimos permanecer fieles a los principios del intercambio libre; y es precisamente la experiencia que en la práctica de estas normas amplias y liberales hemos podido reunir, la que mueve a nuestros espíritus a preguntarnos si frente a las nuevas dificultades que aparecen en el horizonte, cuando lejos de atenuarse, se acentúan el rigor y los alcances de las limitaciones al comercio inter-

Digitized by Google

nacional, no ha llegado el momento de que nos propongamos estrechar en la forma más íntima que nos sea posible la vinculación y el intercambio entre nuestras economías.

Creo que en este primer contacto bien podemos señalar el camino de importantes realizaciones que el tiempo se encargará de consagrar y extender, si en dicha obra cooperan los Bancos Centrales de nuestros cuatro países y asumen la intervención que les corresponde como órganos fundamentales de la economía interna e internacional, pues son ellos los agentes de mayor trascendencia y de influencia más decisiva en el gobierno de la moneda, de los cambios, de la circulación y del crédito en sus respectivas jurisdicciones, así como los agentes más eficaces en las relaciones económicas y financieras internacionales.

Bien podemos consagrar, desde ya, ciertas normas generales, como ser la realización del intercambio en las monedas nacionales respectivas; la libre disponibilidad y liquidez de nuestros haberes monetarios; la exoneración de impuestos y cargas sobre las transferencias, cobranzas y movimientos de fondos entre los Bancos Centrales; el establecimiento de un sistema de crédito para facilitar el comercio y regular las oscilaciones del cambio, normas estas que acaso hagan posible pensar mañana en un sistema de compensaciones plurilaterales y hasta, permítaseme el exceso de imaginación, — no olvidemos que «el ideal es hermano del sueño», — en el establecimiento de una divisa común de compensación que facilite, dentro de nuestra zona, el recíproco intercambio de las mercaderías y de los servicios que el trabajo de cada uno produce.

Se impone, pues, una coordinación de esfuerzos. Si nuestras ventas a ultramar se ven limitadas o cuando menos no aumentan en la medida que exige el creciente progreso de nuestro nivel de existencia, debemos buscar en nosotros mismos la expansión económica que se nos niega.

Nuestra política no puede reconocer otro norte que el bienestar de nuestros pueblos, cuya base la constituye el constante aumento del poder adquisitivo de las grandes masas, y ésto, a su vez, requiere la progresión creciente del comercio y del intercambio. Dentro de nuestra zona donde los más nobles valores humanos nacen y se desarrollan junto a las producciones más preciadas y diversas, bien podemos especializar nuestras respectivas economías de modo que ellas lleguen a ser, por la vía fecunda de un intercambio de producciones complementarias, el anticipo de esa unidad continental que hasta ahora sólo ha existido en el plano de las ejecuciones teóricas.

Los principios esbozados y otros que sinceramente sentimos, definen en esta materia tan compleja de los cambios, que sigue siendo el punto neurálgico del comercio internacional, el mismo ideal panamericano del «buen vecino».

Digitized by Google

La obra fecunda que habéis cumplido, el magnífico esfuerzo que estáis realizando para robustecer las bases de vuestra economía y vuestras finanzas en estos tiempos tan difíciles, autorizan el optimismo de mis palabras.

Yo sé que vos, doctor Groppo, sois un representante eminente de la cultura política argentina — de la que América se enorgullece — un sabio director de finanzas, uno de los hombres públicos más versados y experimentados en la ciencia de gobierno de vuestra gran Nación. Desde que nuestro eminente amigo S. E. el Presidente Ortiz os llamó a su lado, vengo admirando vuestro dinamismo, vuestra inquietud realizadora, vuestra consumada pericia, así como esa noble decisión y esa inquebrantable voluntad que constituyen el rasgo predominante de vuestro temperamento y que os permiten sortear con el éxito que es notorio las graves dificultades de la hora presente. Vuestra ciencia, vuestra experiencia, vuestra generosidad de ideales, darán a nuestras deliberaciones un acento de singular relieve.

Sé también que vos, doctor Souza Costa, sois así mismo un insigne representante de la cultura política de vuestro gran país y que figuráis con honra singular en la galería de ilustres hombres de Estado con que el noble Brasil ha enriquecido el acervo de América. Junto a nuestro dilecto amigo, S. E. el Presidente Vargas, cuya visita recuerdan el pueblo y el Gobierno del Uruguay con sincero afecto, habéis sido el animador y ejecutor de un vasto plan económico y financiero que está abriendo a vuestra patria nuevos y desconocidos horizontes en el orden de las ideas como de las grandes realizaciones prácticas. Vuestra preclara gestión pública es el antecedentes de sugestiones magníficas.

Y vos, doctor Bordenave, representáis con singular dignidad y brillo a esa nueva generación de hombres de Estado que, rodeando la austera figura de S. E. el Presidente Paiva, reafirman en estos instantes las grandes tradiciones paraguayas y estimulan el engrandecimiento moral, social y económico de vuestro amado país. Traéis a nuestras deliberaciones el prestigio de vuestro talento, de vuestra indiscutida preparación, de vuestro espíritu constructivo.

También podemos confiar en el éxito de nuestros trabajos, cuando nos vemos acompañados por hombres eminentes que, en el plano de las diferentes disciplinas vinculadas a nuestras funciones públicas, reflejan un insigne honor sobre la cultura de estas naciones de América, cuya civilización está alcanzando días de espléndida plenitud.

Vamos, señores, a deliberar serenamente sobre problemas que nos son comunes y vamos a hacerlo sin inquietudes, sin impaciencias, sin mortales apremios.

Sobre las realidades económicas que nos proponemos, no gravita, por suerte, un plazo angustioso que nos encoja el corazón y nos obscurezca el espíritu. En los ojos que nos miran no hay ansiedad ni

Digitized by Google

congoja. En los pueblos que nos contemplan domina un mismo anhelo de paz. Nuestras perspectivas y nuestros horizontes son de cordialidad, de mutua comprensión. El espíritu que nos anima es el mismo que recorre los pueblos del Continente, desde las tierras de Wáshington el Grande hasta los confines australes donde el Atlántico y el Pacífico juntan sus aguas, simbolizando ese imperativo de confraternidad que nos imponen la naturaleza y la historia. Es el espíritu que inspiró la última Conferencia Panamericana, donde un mundo convulsionado ha podido oír las palabras cordiales y fraternas de la Declaración de Lima.

Felices de nosotros que, mientras medio Planeta sufre mortales inquietudes, podemos sentarnos a trabajar serenamente, confiados en la mutua amistad y en el recíproco respeto.

Recuerdo que un gran escritor describe en uno de sus libros el cuadro del labrador lorenés que, mientras rugen el cañón y la metralla en el valle vecino y los hombres mueren en terrible holocausto, él, poseído de la fuerza de su misión, rotura la tierra y echa en el surco la semilla del pan de mañana. América hace en estos momentos lo mismo que el labrador del romance. Mientras llegan de los horizontes del Naciente y del Poniente los rumores siinestros de los apresios bélicos y el choque de las armas, ella, poseída de su misión, rotura la tierra ideal de las almas y arroja la fecunda simiente de la paz, del trabajo, de la civilización.

Nosotros colaboraremos en esa obra con el espíritu vivificante que anima la letra de los textos sagrados. Espíritu de vida, de paz social, de justicia, que invoco en estos momentos al daros la bienvenida y declarar inauguradas las sesiones de nuestra Conferencia.

Que los ideales generosos de América presidan e inspiren nuestras deliberaciones.

DISCURSO DEL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA DE LA REPUBLICA ARGENTINA, DOCTOR DON PEDRO GROPPO.

Como representante del Ministerio de Hacienda de la Nación Argentina, cúmpleme el honor de asistir a esta Conferencia, fruto de una iniciativa feliz y oportuna del Excelentísimo Señor Ministro de Hacienda de este noble país, cuyo elocuente discurso y enunciado de temas acabamos de escuchar.

Séame, por tanto, permitido destacar a mi vez, su profundo significado histórico, en el momento de establecer contacto directo con las destacadas personalidades con quienes habremos de deliberar: SS EE. los señores Ministros de Hacienda de la República Oriental del Uruguay; de los Estados Unidos del Brasil y de la República del Paraguay; así como el calificado núcleo de expertos representantes de los distintos organismos económicos y financieros, que tendrán a su cargo el análisis y dilucidación de los problemas a considerar.

Digitized by Google

Afortunadamente — y no podría ser de otro modo — no ha provocado esta asamblea la existencia real o hipotética de cuestiones de fondo entre nosotros. Venimos — estoy seguro de ello — hermanados por una identidad de vínculos de toda índole, a armonizar procedimientos, con miras a la solución de esa serie de pequeños inconvenientes que entorpecen nuestro recíproco intercambio y, por encima de todo, a lograr una coincidencia absoluta en cuanto a los medios y arbitrios necesarios al fomento de nuestras relaciones comerciales, que resultarían grandemente beneficiadas una vez lograda, como punto de partida, la eliminación del contrabando de mercancías que hoy se realiza en gran escala.

A nadie pueden ocultarse los ingentes perjuicios que ese tráfico ilícito viene causando a la economía de las naciones aquí representadas, y por ello no insistiré en la gravedad que su constante desarrollo encierra para todos nosotros, pues no hará sino repetir argumentos y razones que son del dominio público. Pero sí diré, que esta Conferencia habrá completado con éxito su labor, si en ella logramos delinear un plan concreto para la represión del contrabando, que pueda convertirse, en su momento, en el instrumento legal imprescindible para eliminar definitivamente esa forma clandestina de comercio completamente al margen de las disposiciones legales de nuestros respectivos países.

Tendremos todos mucho que ganar, sin duda, del contacto directo que vamos a establecer entre las diferentes economías nacionales. Pero entiendo que si queremos coordinar la política económica de nuestros respectivos países, es preferible hacer abstracción de todo doctrinarismo teórico para examinar detenidamente el aspecto práctico de los problemas que nos son comunes, puesto que la base de nuestro intercambio radica en un mismo renglón: el de los productos agropecuarios.

Tenemos una producción común que constituye el volumen mayor de nuestro intercambio y no podemos aún hablar de industrialización nacional con miras a la exportación de artículos manufacturados, lo cual admite la presunción de que quizá la política comercial que como consecuencia de esta Conferencia más nos convenga a todos seguir, no se parezca en nada a la que naciones de régimen económico distinto del nuestro, consideran conveniente para sí.

El problema que nos es común a todos los aquí congregados, radica precisamente en que la capacidad de absorción de los productos que constituyen la base de nuestra riqueza, ha disminuído en el resto del mundo, en tanto que se nos multiplican los ofrecimientos de productos industriales, fruto de un trabajo humano cuya capacidad de consumo no está en consonancia con su potencialidad productora.

Frente a esa comunidad de intereses y al hecho de contar con una producción de carácter similar, nada me parece más razonable

Digitized by Google

sino que en el curso de estas deliberaciones entre hombres que tienen en sus manos los resortes a cuyo impulso se mueve y desarrolla la economía de nuestros respectivos países, se contemplen y estudien a fondo los problemas que nos son propios en nuestras relaciones comerciales mutuas, ahondándolos y hurgando su estructura, hasta llegar a la raíz de los mismos para entonces estar en situación de arbitrar soluciones de un contenido efectivamente práctico.

Procediendo así, comprobaremos que en los momentos actuales no es suficiente, para lograr ese fin, circunscribir nuestros esfuerzos al establecimiento de un régimen aduanero eminentemente liberal. Es necesario, además, arbitrar en forma coordinada, los medios necesarios para que el producido de nuestro intercambio pueda realizarse en monedas o divisas cuyo juego no resulte perturbado por las dificultades que todos conocemos, dificultades que, por otra parte, no pueden considerarse insalvables, aun cuando respondan a la existencia de regímenes financieros distintos entre naciones vinculadas por intereses afines.

Establecer un «modus vivendi» que, a modo de común denominador, provea una mayor flexibilidad al movimiento de fondos producto del intercambio comercial, reduciendo a su mínima expresión el estancamiento de esas divisas, es, a no dudarlo, uno de los motivos fundamentales y punto cardinal de esta Conferencia.

Debemos llegar en nuestras relaciones comerciales a la esencia misma de la reciprocidad, que no es sino la mutualidad en materia de dar y recibir, proveyendo, en consecuencia, las facilidades necesarias para que los fondos producto del intercambio recíproco, puedan moverse con la agilidad que las circunstancias exigen y volver con rapidez, en cada caso, al país exportador, hoy más que nunca, dada la progresión ascendente y continuada en que se restringe el crédito mundial.

He dicho hace unos instantes, que no es posible hablar a este respecto, de dificultades fundamentales o insalvables. El Excelentísimo señor Ministro de Hacienda de la Nación cuyos huéspedes somos en estos momentos, ha contemplado con visión clara de experto este problema, cuya propia complejidad hace difícil su interpretación por el profano. Pero esa complejidad, nacida de las dificultades inherentes a su mismo régimen, pueden desaparecer si en la tabla de deliberaciones se antepone a los pequeños intereses dispersos, la sana comprensión de las necesidades comunes a estas cuatro naciones — Uruguay, Brasil, Paraguay y Argentina — que en extensión territorial y número de habitantes, constituyen prácticamente media América del Sur.

Si los problemas enunciados tienen principio de solución, podremos dar al mundo entero la sensación real de que en esta parte de América, las demarcaciones fronterizas sólo responden al respeto de la

Digitized by Google

tradición que nos legaran nuestros mayores, puesto que tras ellas viven pueblos identificados en unos mismos ideales y sentimientos, capaces, en un momento dado, de despojarse de todo prejuicio regionalista y solucionar, en común acuerdo, sus propias dificultades, en cuanto atañen al bienestar colectivo de todos sus habitantes.

Como expresión de propósito por nuestra parte, séame permitido, Excelentísimos Señores Ministros, trasmitiros con toda lealtad el sincéro deseo del Excelentísimo Señor Presidente de la Nación Argentina, de quien me honro en ser intérprete en la presente ocasión, de traer a vuestra mesa de trabajo todos nuestros problemas, expuestos con absoluta claridad y de escuchar la relación de los vuestros, poniendo al servicio de las necesidades comunes, una comprensión nada mezquina y una buena voluntad incondicional, encaminadas a allanar obstáculos y culminar esta labor «en familia» con el único resultado posible: el logro de beneficios recíprocos establecidos con una visión dilatada, para que su acción se prolongue en el futuro, ya que si trabajamos pensando en el porvenir, habremos asegurado el presente.

DISCURSO DEL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA DEL BRASIL, DOCTOR DON ARTURO DE SOUZA COSTA.

Sr. Ministro de Hacienda de la República Oriental del Uruguay; Sr. Ministro de Hacienda de la Argentina; Sr. Ministro de Hacienda del Paraguay; señores:

La Conferencia de Ministros de Estado, que se inaugura en este momento, es el primer movimiento colectivo de aspecto internacional que se verifica en América, con el fin de dar carácter objetivo a las varias resoluciones que tienden a asegurar la solidaridad entre las naciones del Continente.

Desde hace cerca de medio siglo, se vienen sucediendo reuniones y conferencias bajo la égida de los principios fundamentales que rigen nuestra política internacional: el reconocimiento de igualdad jurídica y el respeto absoluto y recíproco de la independencia y soberanía de cada nación. El sentido de la política económica se ha caracterizado por una conciliación cada vez mayor de los intereses, coordenándose a su vez las actividades que se relacionan con la evolución experimentada en el orden social e intelectual.

Están claramente definidos los propósitos de acción que tenemos en vista para encarar y resolver los problemas comunes; lo que necesitamos ahora es poner en práctica directivas aprobadas, convirtiendo las aspiraciones o deseos, en hechos positivos para el beneficio común.

En el terreno económico es preciso armonizar y estimular el desenvolvimiento creciente de las relaciones comerciales, y buscar las soluciones financieras que permitan el aumento de la interdependencia económica; aprovechando, en lo posible, la circunstancia favorable de

Digitized by Google

economías que se completen entre sí. Esa asociación de intereses permite el desenvolvimiento armónico de las naciones que la realizan, arraigando cada vez más en la conciencia de sus pueblos el sentimiento de la necesidad de una cooperación común.

El aislamiento es agresivo y conduce, fatal e inevitablemente a la hostilidad y la guerra. Si queremos trabajar sinceramente por la paz, tenemos que infundir el espíritu de cooperación a la política económica; cristalizando así el anhelo pacifista, — que es un estado de alma continental y aspiración común de nuestros pueblos, — en una acción colectiva, fecunda y manifiesta en actos de buena voluntad indiscutible.

La Conferencia de Ministros de Hacienda que el Gobierno de la República Oriental del Uruguay tuvo a bien convocar, constituye una prueba de la convicción en que nos encontramos acerca de esa necesidad y expresa la resolución que tenemos de adoptar medidas objetivas y positivas.

Siguiendo el método de dividir las dificultades y comenzar por las que resultan más simples y fáciles de resolver, para abocarse luego a considerar las que parecen más difíciles de adaptarse a la regla general considerada buena para el conjunto, comparecen a esta reunión cuatro países que, por la naturaleza de su formación económica y geográfica pueden aplicar, en sus relaciones una política económica, basada en una colaboración leal y útil, teniendo para ello seguras probabilidades de éxito.

Un Ministro de Hacienda tiene, por el ejercicio de sus funciones, — en esta hora que atraviesa el mundo — un conocimiento generalizado de las cuestiones administrativas que preocupan a los gobiernos; conoce cuáles son los recursos y posibilidades de su país y las necesidades colectivas que es preciso satisfacer. Posee también los elementos necesarios para poner en ecuación los problemas económicos y buscarles en seguida solución.

Esta Conferencia, realizada en tales condiciones y con tales predicados, no podrá menos que alcanzar con éxito sus objetivos. De ella no deberán surgir tan sólo nuevas declaraciones confirmatorias, de las tendencias de nuestro espíritu, sino acuerdos y medidas que expresen la seguridad de acción de nuestra voluntad. Sus resultados no serán medidos por el brillo con que sean defendidas las tesis o sustentado éste o aquel punto de vista, sino, sobre todo y principalmente, por la curva que señale en nuestras estadísticas, la desaparición gradual de los elementos que contrarían o traban el desenvolvimiento del comercio, y que perjudican por reflejo a la economía nacional.

El Gobierno de mi país — al que tengo la honra de representar en esta Conferencia — está animado con ese espíritu; y fiel a las tradiciones de su política no omitirá esfuerzos para estimular el estrechamiento cada vez mayor de los vínculos que nos unen, porque

Digitized by Google

tiene la seguridad de que ese es el camino seguro para garantizar la paz y la prosperidad, ideales del Continente.

Convencido de que fué ese mismo espíritu el que inspiró la reunión de este cónclave y que de él se encuentran totalmente poseídos los ilustres delegados aquí presentes, tengo plena confianza en el éxito de nuestros trabajos, que han de constituir un ejemplo de lo que puede obtenerse, cuando es sincero y leal el deseo de cooperar, y firme y definido el propósito de vencer.

Al eminente doctor César Charlone quiero expresar mi agradecimiento por las referencias hechas sobre mi nombre, y a Su Excelencia, y a los ilustres colegas: Su Excelencia el Ministro de Hacienda de la Argentina, y Su Excelencia el Ministro de Hacienda del Paraguay, presento las salutaciones de mi Gobierno y del pueblo de mi país, que acompañan con vivo interés y simpatía, los esfuerzos que haremos para dar existencia real a los grandes ideales de América.

DISCURSO DEL SEÑOR MINISTRO DE HACIENDA DE LA REPUBLICA DEL PARAGUAY, DOCTOR DON ENRIQUE BORDENAVE.

Señor Ministro de Hacienda del Uruguay; señores Ministros de Hacienda de la República Argentina y de los Estados Unidos del Brasil; señores Ministros de Estado; señores Embajadores; señores:

Después de las magníficas palabras, densas de concepto, de los excelentísimos señores Ministros que me procedieron, creo innecesario extenderme respecto a los propósitos y móviles de esta Conferencia y de sus resultados posibles. Voy a limitarme a decir pocas palabras, librándolas a la improvisación, que se ajusta con un ritmo más íntimo al pensamiento y a la sensación de cada momento.

Esta Conferencia, como lo espera el señor Ministro doctor Charlone, ha de ser un fermento activo en la política económica panamericana, y ha de marcar un momento histórico, como lo indicó el señor Ministro de Hacienda de la República Argentina, porque esta Conferencia se ajusta a un hecho real y se adapta a un criterio exacto. Sin olvidar ni desatender de ninguna manera los ideales y los intereses comunes de toda la gran unidad continental, esta Conferencia respeta la realidad, la existencia de un grupo de naciones, de una zona de naciones que viven accionadas por idéntico clima físico y espiritual. Esta Conferencia va a ir, como nos lo manifestó el señor Ministro Charlone, de lo simple a lo complejo y, sin perturbar, ni dislocar — ni intentarlo en nigún momento — sin introducir modificación alguna en los ideales comunes a toda la América, trata de allanar dificultades de carácter regional, quizá sentando con ello el camino para una ampliación que se extienda a toda la unidad geográfica.

Si se me permite recordar un hecho que tuvo en su momento una intensa gravedad americana, diré que hace unos setenta años

Digitized by Google

los mismos cuatro países que estamos aquí representados éramos actores conjuntos en un drama gigante. Las circunstancias y los hombres de la época no permitieron quizá que se pudiera hallar otra solución que la de la fuerza para resolver problemas nacionales y de relación en una zona de América. Los mismos cuatro países estamos ahora, bajo la iniciativa y bajo los auspicios del Gobierno Uruguayo, Gobierno que revela con ello su capacidad de conducción de los acontecimientos; estamos aquí, ahora, reunidos para examinar serena, reflexiva y fraternalmente, algunos de esos problemas que quizá fueron germen profundo en la antigua tragedia.

Me congratulo, pues, no precisamente en mi carácter de funcionario — que es dignidad transitoria — sino en mi condición de ciudadano de América — calidad que queda — de que la noble y fecunda iniciativa uruguaya se halle ya en pie de ejecución, y que colaboren para su desarrollo, magníficamente, las dos grandes naciones hermanas mayores de la nuestra, con una amplitud de concepto, de criterio y de propósito realizador, que está desde luego evidenciada con la presencia de sus ilustres Ministros y del calificado grupo de hombres de saber y de experiencia, de eminentes expertos que les acompañan.

En cuanto a mi país, sabido es que ha pasado por duras pruebas y que está todavía sorteando penosamente las dificultades terribles de su reconstrucción. Pero, así y todo, el Paraguay, dentro de sus posibilidades, hará su parte en la obra común, y la hará con más amplitud en los años venideros, ya que no escapa a nuestra visión y a nuestro concepto que el Paraguay es un país pletórico de posibilidades, de progresos futuros. Lo haremos, como digo, en la medida de nuestras posibilidades, con el espíritu adecuado al nuevo plano en que nos colocamos, plano que significa un triunfo de la lógica, de la comprensión y de la solidaridad inteligentemente practicada.

Agradezco, señor Ministro de Hacienda, la afectuosa referencia con que supistéis recordar al Primer Magistrado de mi país, y las palabras con que en mi persona rendistéis un afectuoso homenaje a mis compañeros de trabajo en la obra de Gobierno del Paraguay.

EL MUSEO SOCIAL.

Acaba de constituirse en Montevideo esta institución, luego de una cordial gestión en que tuvo intervención principal el señor Embajador de la Argentina, don Roberto Levillier y el Museo Social Argentino, cuyo Presidente, doctor Amadei, se trasladó hace algún tiempo a Montevideo con el fin de propiciar la fundación del nuevo instituto. Tanto el señor Ministro de Instrucción Pública, doctor Toribio Olaso, como el señor Ministro de Industrias, doctor Abalcazar García apoyaron decididamente la fundación que ha adquirido así

Digitized by Google

el carácter de acto de confraternidad internacional. La ceremonia de la fundación que tuvo lugar en los salones del Ministerio de Instrucción Pública y que fué presidida por el Sr. Ministro Dr. Toribio Olaso, se vió honrada con la presencia del señor Ministro de Hacienda de la República Argentina, doctor Pedro Groppo, del Vice Presidente de la República, Dr. César Charlone, del Embajador Argentino, señor Levillier, del Ministro de Industrias, doctor Abalcazar García y del Vice Presidente del Museo Social Argentino.

El señor Ministro de Instrucción Pública, Dr. Toribio Olaso, pronunció el discurso inaugural, cuyo texto damos en seguida, y luego lo siguieron en el uso de la palabra el Vice Presidente del Museo Social Argentino y el Presidente del nuevo instituto, doctor José F. Arias.

DISCURSO DEL SEÑOR MINISTRO DE INSTRUCCION PUBLICA, DOCTOR DON TORIBIO OLASO.

Señor Vice Presidente de la República, señor Ministro de Hacienda, señor Embajador, señor Delegado del Museo Social Argentino, señores:

Yo decía no hace mucho tiempo, en un homenaje a Sarmiento, que mi país y la República Argentina eran dos pueblos que latían al ritmo de un mismo corazón. Y cada día que pasa, más se afianza en la conciencia, más se ahonda en nosotros ese sentimiento fraterno, a medida que los hechos concurren a testimoniar que las fronteras naturales que pretenden separar a los pueblos rioplatenses, desaparecen borradas por la fuerza inquebrantable de una amistad cada día más sólida, cada hora más cálida, que nos llega principalmente por los caminos infinitos del espíritu.

Desde que nacimos a la vida independiente, nuestras vidas y las vuestras, nuestras costumbres y las de allende el río, los problemas económicos y sociales, la identidad de anhelos e inquietudes, la comunidad de ideales, el acercamiento intelectual y sobre todas las cosas, la unidad de sangre que arranca desde los troncos patricios y extiende sus ramas por ambos territorios a través de más de un siglo, son la base sólida, son la contribución material y espiritual que hacen, señores, que uruguayos y argentinos podamos sentirnos hermanados en la sangre y en el afecto.

Si en el aspecto económico se marcha ya por rutas paralelas y con amplio optimismo debemos esperar los frutos de la Conferencia de los Ministros de Hacienda, que contó principalmente con la presencia y colaboración eficientísima de quienes hoy prestigian este acto con su concurrencia, el Señor Vice Presidente de la República, doctor César Charlone y el doctor Pedro Groppo, Ministro de Hacienda de la República Argentina, en el aspecto social debemos buscar también cierta paridad en el ritmo de la marcha, para que el

Digitized by Google

progreso material, moral y social de los pueblos americanos pueda hacerse en el mismo sentido, a fin de que esa definida orientación nos permita conformar la nueva conciencia americana, que es anhelo de todos.

Frente al panorama del Viejo Continente, debatiéndose en una lucha atroz de las más antagónicas doctrinas, en una fiebre materialista que va sembrando el escepticismo y el desaliento y derrumbando el edificio moral de toda una civilización, justo es que los hombres de América, adoptemos las medidas necesarias que nos prevengan de caer en el futuro, en el mismo abismo hacia donde se precipita Europa. De ahí, señores, la necesidad imperiosa de buscar por todos los medios la unidad espiritual y económica del continente americano. Por eso yo pienso que la obra que habrá de realizar el Museo Social Uruguayo en colaboración con el Argentino, será un puente espiritual sobre el Río de la Plata, uniendo caminos que llevan idénticos rumbos, los mismos destinos y sobre los que habrán de marchar las generaciones futuras bajo banderas de paz y progreso.

He ahí la misión de este nuevo organismo que para tan elevados fines habrá de incorporarse a las instituciones nacionales.

Laboratorio social, señores, donde los hombres habrán de llegar a él, sin más pasión que no sea la de bregar por el mejoramiento general, por la elevación cultural, por el mayor acercamiento y amistad entre los pueblos como lógica consecuencia de un mayor contacto entre los mismos. Trabajando con abstracción de toda tendencia política y religiosa. Con un sentido patriótico y humanitario. Amplio y limpio de todo egoísmo. Coordinando todas las fuerzas sociales para la previsión de las diversas formas de la miseria y para la extensión de la cultura a todas las esferas y a todas las clases.

Constituye así, una institución de síntesis, que aspira a organizar un centro neutral donde los hombres de todas las creencias y de todas las clases sociales, trabajen por la paz, el mejoramiento económico y la educación del pueblo. Será la conjunción de todos los hombres de pensamiento que, si separados por doctrinas o divisas, al llegar a sus puertas se sientan unidos por un ideal común y laboren en sus aulas por el progreso de nuestras patrias, y sobre todas las cosas también por la unidad de esa patria común que todos queremos: América.

Cábeme agradecer la entusiasta gestión del señor Embajador Argentino, doctor Levillier, que conjuntamente con el doctor Tomás Amadei, Director y fundador del Museo Social Argentino, han contribuído en forma primordial a que en nuestro país hayamos dado el primer paso hacia la creación de un organismo similar a éste. Merced a su cálida labor y es de justicia destacarlo, nos hemos reunido hoy en esta casa para fundar, aun cuando más no sea por ahora en el alma de todos nosotros, el Museo Social Uruguayo, que habrá de

Digitized by Google

plasmar en realidad dentro de muy poco tiempo, para que su obra efectiva sea la consolidación de los fines para los cuales hoy lo fundamos.

Y a vosotros, señores, que habéis concurrido a prestar vuestro invalorable concurso a la obra que hoy emprendemos, entrego en vuestras manos, más bien dicho en vuestros espíritus, esta iniciativa para que vuestro talento, vuestra labor, vuestros estudios y la amplitud de vuestros corazones realicen los trabajos más arduos de esta jornada que hoy comenzamos bajo el hermoso signo de la confraternidad rioplatense.

ACTA DE FUNDACION DEL MUSEO SOCIAL

En Montevideo, a los tres días del mes de febrero de mil novecientos treinta y nueve, reunidos en el Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, los señores Vice Presidente de la República y Ministro de Hacienda, doctor César Charlone, Ministro de Instrucción Pública, doctor Toribio Olaso, y en presencia de los Excmos. señores Ministro de Hacienda de la República Argentina, doctor Pedro Groppo, Embajador Argentino don Roberto Levillier, ingeniero don Daniel Iribarne, en representación del Museo Social Argentino y demás personalidades firmantes, con el propósito de planear la Constitución del Museo Social. El señor Ministro doctor Toribio Olaso, señala el alcance de la finalidad perseguida y a tal efecto, sugiere la idea de proceder a la designación de sus autoridades para estar en condiciones de iniciar la obra proyectada. Y no siendo para más el acto se labra la presente, para constancia. — *César Charlone, Toribio Olaso, Pedro Groppo, José F. Arias, Daniel Iribarne, Abalcazar García, Carlos Butler, Juan Llambías de Azevedo, Oscar Julio Maggiolo, Roberto Berro, Julio A. Roletti, Joaquín R. Sánchez, E. de Salterain Herrera, Víctor Paullier, Ulises Collazo, H. García San Martín, Julio Sanguinetti, Juan Carlos Gómez Folle, María Orticochea, Ricardo Salgueiro Silveira, Raúl Montero Bustamante, Fermín Carlos de Yéregui, Juan C. Nario, Pedro D. Accinelli, Juan Pedro Corradi, Luis Alberto Zeballos.*

RAFAEL GALLINAL.

El 10 de este mes falleció el doctor don Rafael Gallinal, antiguo profesor de Procedimientos Judiciales de la Facultad de Derecho, hombre de vastos conocimientos jurídicos cuya bibliografía consta de doce densos volúmenes consagrados al estudio del Procedimiento Civil y al comentario y anotaciones del Código Civil.

Afirmó así en la cátedra y en el libro su personalidad de maestro, lo que le valió al abandonar la actividad docente por razones de

Digitized by Google

salud el título de Profesor *ad honorem* que le otorgó la Facultad de Derecho. Su obra de jurisconsulto es conocida en el extranjero. La Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid le condecoró en 1923 con la dignidad de miembro correspondiente. Hombre formado en las disciplinas jurídicas clásicas, hijo de un eminente magistrado, amó la tradición, pero su espíritu siguió atentamente la evolución de la ciencia y de los conceptos jurídicos sin que jamás le tomaran desprevenido las nuevas modalidades o doctrinas introducidas en el terreno del Derecho. Su cátedra y sus libros son testimonio de la amplitud del horizonte que este maestro mantuvo siempre frente a la afirmación objetiva o a la especulación subjetiva.

Nació este profesor en Montevideo el 9 de setiembre de 1874, en 1899 se graduó de doctor en la Facultad de Derecho, viajó luego por Europa, y en 1904 se incorporó al claustro de profesores de la Facultad, donde desde entonces dictó el curso de Procedimientos Judiciales hasta el año 1932 en que renunció la cátedra por así imponérselo su estado de salud. Su retiro fué honrado con el título de Profesor *ad honorem*. He aquí su bibliografía: «Concordancias, motivos y comentarios del Código Civil del Uruguay» (2 vol.), «Estudios sobre el Código de Procedimiento Civil» (9 vols.), «Manual de Derecho Procesal Civil» (2 vols.), «Personalidad jurídica de la Iglesia Católica en nuestro derecho». Es autor además de diversas monografías jurídicas.

Digitized by Google

REVISTA LITERARIA

SOBRE UN LIBRO NUEVO.

Giselda Zani es un espíritu inquieto y rebelde, libre y audaz, siempre en busca de nuevas experiencias de vida y de sensaciones, y en cuyo dinámico desasosiego se transparenta la aguda crisis moral de la mujer contemporánea, que al abandonar su cárcel de crisálida, ha roto quizá sin quererlo, el trono de oro y de cristal en que imperaba augustamente, sobre el destino mágico de la vida.

Autodidacta precoz, antes de leer a Ludvig ya presentía «que un aprendiz entusiasta es el mejor maestro de sí mismo». Su cultura literaria y artística, improvisada al capricho de la realidad y al azar de los libros y de las cosas, hecha más de intuición que de esfuerzo, la ha llevado a un *diletantismo* elegante y espiritual, *flirteando* con las doctrinas más abstrusas y las teorías más inquietantes, con cierta inconsecuencia, que Shakespeare o Don Juan, atribuirían a la fragilidad de su alma de mujer. «*Friyalty, thy name is woman*»...

Y así guiada por el instinto, con la seguridad del sonámbulo que recorre el pretil, frente al abismo, ha pasado desde las enseñanzas de Lenine hasta la serenidad de la fe, desde el materialismo histórico de Marx, hasta el Sermón de la Montaña.

Este libro es la flor del remanso en que yace su espíritu y en él se presiente, un cristianismo acaso vivificado al resplandor del milagro del mago de Asis, más que asentado en los sillares de la *Summa*. Pero su desusado tono, en el ambiente y en la vida de su autora, nos recuerda la sorpresa experimentada, cuando a la luz incierta, diluída a través de los votos vitrales de una iglesia desafectada, en un retablo olvidado y anónimo, vemos fulgir de pronto uno de esos lirios de oro del medioevo, que lleva en sus manos de niña, una virgen ceñida por un halo de luz, y cuyos pies diminutos, aplastan el manojo de serpientes.

Escrito bajo la inspiración de la técnica moderna, su lectura agradable, tiene una levedad de aire, apenas rozado por unas alas. Es diáfano, sencillo, cándido, fuera de la complicación que nace del juego libre de las palabras, no siempre usadas en su sentido originario, que al enlazarse inesperadamente sugieren ideas inéditas, o conceptos no suficientemente discriminados y a veces quizá contradictorios.

Su tesis parte del reconocimiento del valor humano y pleno de la Edad Media. Ve en el Giotto, a quien llama «humilde grafista del

Digitized by Google

cuerpo del hombre», el «cristiano apasionado, pero que sale a ver la vida, se la incorpora y trasciende su realidad inmediata», dándonos «la promesa de paz de toda realización poética entrañadamente paralela a la promesa de salvación que encierra la vida de Cristo».

Sostiene que el Giotto *teatraliza* sus figuras por la ordenación simultánea de la presencia relacionadas. Y sobre la base más o menos arbitraria de su personal interpretación, nos describe en páginas breves los detalles de los frescos de Padua.

No es un libro de doctrina, ni de investigación sobre la gran figura del Medioevo. Son páginas de emoción, experiencias y ensayos personales, vuelo de mariposa en torno de la luz.

En verdad quizá hecho el balance definitivo, más que toda la ciencia, destinada día a día a morir para renovarse, valga al fin el Arte, que es eterno, y más que la teoría, el goce puro de la emoción, que es la vida misma. Por todo lo cual, acaso aspire este pequeño libro, pulcramente impreso y agradablemente ilustrado, a vivir en el grado en que está sentida y expresada la belleza, más que por la parte de análisis o investigación. Y por eso, esa levedad de *dilettante* de su autora nos indemniza de un cierto tono de autoridad magistral o docente en que a veces incurre, que nos recuerda esa seriedad del semblante del niño concentrado en sus juegos, y frente al cual el observador no podría decir si está convencido que las cosas las ve el infante como se ofrecen a nuestros sentidos, o si artista inesperado, las ordena recomponiendo el Universo, a la medida de sus sueños.

Y como en la mujer hay siempre algo de niño...

J. C. G. H.

Digitized by Google

REVISTA ARTISTICA

LA EXPOSICIÓN DE ARTE RELIGIOSO.

Esta exposición realizada en el mes de noviembre en el Club Católico con motivo del Congreso Eucarístico Nacional, reveló la existencia en el país de un rico acervo artístico que se halla distribuído entre las diversas parroquias, casas religiosas y numerosos particulares. Obras pictóricas antiguas, sean ellas originales o copias, obras de imaginería, joyas, objetos litúrgicos, viejas estampas, muebles, etc., todo ello constituye un verdadero museo en el cual se hallan piezas de alto interés artístico y de verdadero valor. Esta exposición hubiera llamado la atención en cualquier parte del mundo y seguramente la crítica habría señalado el significado de la misma en el orden de la cultura y del progreso espiritual de la sociedad que presenta tal muestra.

Es digno de llamar la atención el hecho de que si bien en la exposición de arte religioso figuraron numerosas piezas relacionadas con la tradición española del país y cuya presencia en el mismo se justifica por la acción de las comunidades religiosas que desde la época colonial se establecieron en él, también figuraron muchísimas otras procedentes de todas las culturas y de todas las épocas, lo que supone que de mucho tiempo atrás el país ha mantenido una activa importación de objetos de arte religioso, y que las familias han procedido con raro espíritu de selección.

No debe silenciarse, sin embargo, que acaso la parte más interesante de esta muestra fué aquella que comprendió los objetos tradicionales conservados en los hogares del país, entre los cuales se encuentran verdaderas joyas de la imaginería y de la pintura española y americana de la época de la colonización del Río de la Plata.

LA PROPIEDAD EN LOS MONUMENTOS ARTISTICOS.

Este problema no se plantea exclusivamente en los países de escasa o mediana cultura artística. Aun en las grandes ciudades donde debe suponerse que un vigilante sentido crítico defiende los monumentos, se producen casos que pueden servir de consuelo a las pequeñas herejías que suelen cometerse en las ciudades de América, y también en nuestra Capital, cuando se trata de restaurar o desnaturalizar edificios que tienen algún valor artístico.

Digitized by Google

El hecho acaba de producirse en la propia Catedral de París. En las aberturas ojivales de la gran nave central se han colocado diversos vitrales de concepción y gusto absolutamente modernos, que, naturalmente están en desacuerdo con los demás vitrales y con el carácter general del monumento. Se trata de obras de vidriería de superior jerarquía artística, pero tan fuera de lugar y de ambiente que la Comisión de Salvaguardia del Arte Francés acaba de dirigir al Cardenal Arzobispo de París, Monseñor Verdier, una nota que suscriben colectivamente numerosos académicos, escritores y hombres de arte para protestar contra la colocación de esos vitrales que se caracterizan por «todo aquello que debiera evitarse en la interpretación del estado de alma medioeval».

La ilustre asamblea de protestantes no desconoce el valor artístico de los vitrales y dice de ellos que si estuviesen destinados a un monumento del siglo XX «constituirían una industria digna de estímulo en el sentido de hallar una fórmula de arte religioso moderno.»

UNA IDENTIFICACION FRUSTRADA.

En el mes de abril del año último fué encontrado en un campo de cultivo cerca de Saint-Just-Sur-Loire, Francia, una estatua de Venus, la cual, una vez examinada por los expertos, fué clasificada como monumento histórico.

Ahora, un escultor italiano, de apellido Crémonèse, que habita en Villars, cerca de Saint-Etienne, ha declarado ser el autor de la obra, para la cual le sirvió de modelo una joven polaca empleada actualmente en un café de Lyon. Terminada la estatua y sin que se conozca el propósito del artista, la llevó sigilosamente al terreno en que fué encontrada y la enterró allí sin que de ello se percataran los vecinos

Con el objeto de comprobar la identidad de su obra, el artista, en presencia del Conservador del Museo de Saint-Etienne y del Conservador regional de los monumentos nacionales y de otras autoridades, presentó y adaptó a la estatua los trozos que faltaban a ésta y que él había conservado en su taller. Esos trozos son la mano derecha, el brazo izquierdo y la nariz. La demostración fué decisiva. La obra expertizada por los técnicos y declarada clásica, es una estatua recientemente ejecutada por el escultor Crémonèse.

Digitized by Google

REVISTA HISTORICA

UN DOCUMENTO PSICOLOGICO.

Esta que publicamos no es una carta más, ni un documento que solamente pueda tener el sabor de lo inédito. Es un «documento humano» que, por la jerarquía de quien lo firma y a quién va dirigido, puede servir para establecer el estado espiritual de los hombres cultos del Río de la Plata frente a los problemas de la emancipación del régimen español y la organización de las nuevas soberanías. Don Nicolás de Herrera es figura representativa de la etapa de transición entre el régimen colonial monárquico y el régimen independiente republicano. Don Francisco Juanicó representa el espíritu español emancipado de la tradición monárquica que buscaba en el Nuevo Mundo formas de organización política análogas a las ensayadas en la Península por las Juntas de Gobierno de 1808. Estas confidencias tienen, pues, un gran valor psicológico, sobre todo cuando ellas se ubican en el año 1814, a poco más de un mes de haber sido arriada la bandera española en Montevideo.

Dice así el documento:

Sr. Dn. Francisco Juanicó.

Buenos Aires, 9 de Agosto de 1814.

Mi estimado amigo de todo mi aprecio: con su muy favorecida de 14 del ppdo. he recibido el impreso y copia que contienen el estupendo decreto de Dn. Fernando, con que ha estrenado el Trono de sus mayores. Yo le aprecio a V. infinito este singular obsequio, que nos ha dejado a todos sorprendidos. ¿Conque la España ha derramado su sangre por seis años continuos para perpetuar sus cadenas, para quedar en la misma situación en que se hallaba en el año de 808? ¿Conque el Pueblo se ha sacrificado para restablecer la tiránica desigualdad e insufrible orgullo de la Nobleza y del Clero? ¿Conque los Diputados en Cortes se han alambicado los sesos para ser proscriptos, y notados de furiosos demócratas, y de hombres ocupados en desmoralizar la Nación? ¡Ay, amigo, qué ejemplar, qué desengaño para los hombres que piensan! Pero, ¿y le parece a Vd. que por esto cambiarán de opinión los Españoles residentes en estos países, y que uniéndose a sus hermanos trabajarán por la libertad y la dicha del Nuevo Mundo? No lo crea V. amigo. Están degradados,

Digitized by Google

los domina el fanatismo, no ven otro objeto que a su adorado Fernando, y nada les importa la servidumbre, que miran como su estado natural. No obstante; los americanos, y algunos Españoles sensatos que por principios detestan la Tiranía no dejarán de aprovecharse de la lección que les da aquel célebre decreto, para calcular la suerte que les espera, si no saben preferir una muerte gloriosa a una vida de cadenas.

La toma de Montevideo ha mejorado infinito nuestra situación política. Son inmensos los recursos que hemos hallado en la plaza. Una división de 3000 hombres se alista para marchar a reforzar el ejército del Perú, que compuesto de 7000 hombres se abrirá el paso hasta la Capital de Lima. Artigas está reconciliado, y luego se pacificará del todo la banda Oriental. Nada se omite para ponernos en una aptitud respetable. En Montevideo se vive en paz y quietud. No se ha cometido un solo desorden. Se han respetado religiosamente las propiedades de unos hombres que tantos males han causado al Continente; y el Comercio bajo un sistema de plena libertad empieza a recibir nueva vida.

Hace tres meses que nada sé de Lucas: le tengo escrito que se venga sin tardanza a reparar los quebrantos que ha sufrido su casa en la revolución. Si V. le escribe, dígale lo mismo.

Su familia de V., que vive en Montufar, no tiene novedad. Tampoco la hay en la mía. Reciba V. mil expresiones de Consolación y el más sincero afecto de su más apdo. e invariable amº Q. B. S. M.

NICOLAS DE HERRERA.

P. D. Aquí estoy de primer Secretario de Estado. Es excusado que yo me ofrezca a V. como hombre público o privado; pues sabe cuantos motivos tengo para complacerme con las ocasiones de servirle con el mayor empeño.

Haga Vd. la bondad de hacer entregar la adjunta a su título.

OTRO «DOCUMENTO HUMANO».

El doctor don Manuel Domínguez encontró en el Archivo Nacional de la Asunción el documento que transcribimos en seguida porque constituye un interesante antecedente psicológico para el conocimiento del carácter del doctor Gaspar Rodríguez de Francia. Es una simple exposición de notario relativa a una diligencia actuarial realizada en 1803, cuando el doctor Francia era un simple ciudadano que ejercía la abogacía en la Asunción; pero la ingenua relación del escribano recogió en forma tan exacta y pintoresca la escena, que en ella se adivina ya la presencia del singular carácter del personaje que años más tarde se convirtió en el sombrío tirano del Paraguay.

Digitized by Google

Dice así el documento:

«*Presentación.* — Sr. Alcalde ordinº. de 2º voto. — El Escno. representa a este Juzgado que habiendo pasado hoy día de la fecha a casa del Dr. Gaspar Francia, a intimarle el auto precedente, y saludádolo, nunca le contestó, lo qual no obstante, intimándole, que iba a hacerle saber una providencia del Juzgado, sin contestarle pasó hacia la ventana que cae a la calle, y dándole la trasera en tono de pifia, le leí dha providencia, sin hacer en todo este tiempo más novedad, que ratificándose en aquella desatención villana, y de ninguna política, se subió a dha ventana, sin boquearle palabra mirando a la calle, con lo que concluída mi diligencia me retiré. Es punto obvio en Dro, que las partes deben de entender las Provids. de los S. S. Jueses con el acatamiento que corresponde, como si el mismo Juez lo hiciera, pues el Escno. es visegerente suyo, por lo que directamente qualquiera mofa que executen las Partes en el acto de una intimación es inmediatamente dirigida a la misma Providencia del Juez, y mediatº a la Persona que lo executa. El Escno. prescinde de la injuria, y ofensa primera, que el Juzgado sabrá sostener la jurisdicción ordinaria que exerce con el explendor q' corresponde en cumplimiento de las L. L. que a ello lo obligan en manos del Juez el desentenderse de ello, porque de lo contrario sería sindicado en el Juycio de recidencia. Mas, por lo relativo a mi particular, con la venia de este Juzgado, protesto en adelante no pasar a casa de Francia a intimación alguna por el peligro inminente en que me hallo expuesto a causa de la ninguna atención que tiene de tratar a los que van a su casa conociendo el fundamento que tengo; lo qual no es la primera vez, pues es público este manejo que usa, en cuya virtud suplico al Juzgado se sirva mandar una de dos cosas, o que él pase al Juzgado, u Oficio del Escno. a oír las Providencias, o que este Juzgado tome el temperamento de actuar con testigos en su causa, porque él no tiene privilegio alguno para la precisión de solicitarlo en su casa, y aunque lo tuviera, por motivos poderosos y legítimos no debe prevalecer otro privilegio. Si él fundado en ser Papelista, pretexta esta exempción, es ninguna, pues no hay ley ni mostrará eternamente semejante regalía. Si es por Dr. como se firma, él sólo lo dice, no ha manifestado sus Despachos conforme a la ley: Con que debe confesarse que al pretesto de una pura apariencia, y fiado en quatro términos de filosofía quiere avasallar a todos: Sobre todo, este Juzgado obrará en el particular tomando las Providencias que sean más de Justicia, y conformes a las L. L. de Su Magd. — Asunción y Febrero 26 de 1803—Manuel Benitez.»

Digitized by Google

REVISTA CIENTIFICA

LAS CONVULSIONES DEL SUELO.

Los terremotos de Chile dan actualidad y confirman los conceptos del interesante estudio de divulgación científica que, con este título publica en *Le Temps* de París M. L. Houllevigue.

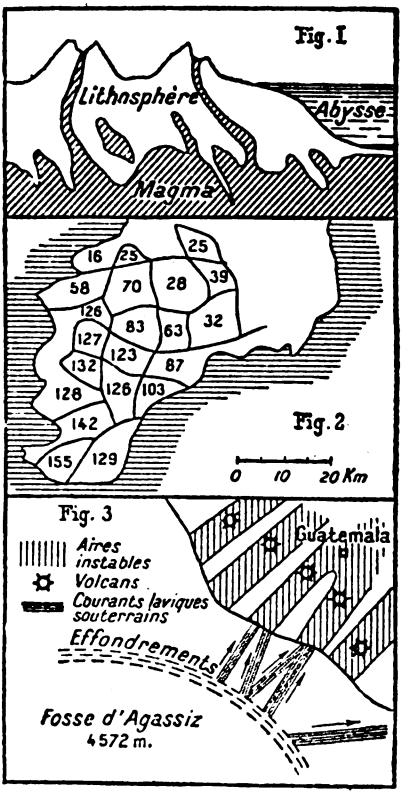
Luego de establecer para explicar las convulsiones de la corteza terrestre la doctrina de la *isostasia* que es la fuerza que rige el equilibrio plástico del globo, se refiere a la representación gráfica de Suess y Wenegrs que reproducimos aquí. Se ve en ella las masas, relativamente livianas de la escoria silícea que constituye la tierra firme o *litófera* flotando sobre el *magma* que es más pesado y viscoso. Sin embargo los dos elementos no están separados completamente como el témpano y el mar en que aquél flota. La *litófera* y el *magma* se penetran unas veces por medio de corredores más o menos estrechos y largos más o menos separados. La *isostasia* rige el conjunto y exige que la costra sólida de la *litófera*, más espesa debajo de los continentes, se adelgace bajo los mares profundos. Se supone que las zonas más débiles de esta armadura son las riberas y el fondo de los grandes océanos y la experiencia lo demuestra así. Ello se prueba con el hecho de que existen en el globo verdaderas líneas de articulaciones que son las que periódicamente se conmueven. Una de esas líneas une las Antillas a las islas de la Sonda a través del Atlántico, el Mediterráneo, el Asia Menor, la Persia y las Indias Septentrionales. Hay otra más vasta que parte de los volcanes antárticos, el Erebo y el Terror, recorre todo el litoral americano del Pacífico hasta los 58 volcanes de Kamtchatka, y comprende en línea paralela el rosario de islas del continente asiático hasta Nueva Zelandia. Toda esta zona está formada por taludes abruptos de enormes profundidades y cuanto mayores son éstas más inestable es la región vecina. La costa occidental de Sumatra que registra profundidades de 4000 metros tiembla constantemente; en cambio la oriental que es poco profunda, es firme.

Prosigue el autor explicando que los hundimientos submarinos de la *litófera* en estos mares profundos provocan la precipitación de las aguas del mar que chocan en dos corrientes contrarias cuyo choque determina una ola cuya altura es a veces superior a 30 metros y que se vuelve sobre el litoral y lo arrasa. Esa ola lanzada sobre la costa chilena ha sido sentida luego en Australia en su movimiento de retroceso. Estos movimientos agitan también el *magma* en el cual por su ín-

Digitized by Google

dole viscosa se propagan más lentamente, ya en forma ondulante, ya en forma vertical conmoviendo la zona sobre la cual se ejerce el fenómeno. Las formas que adquieren estos movimientos son variadas y sus resultados van del simple temblor al terremoto catastrófico.

Concluye el autor hablando de los volcanes, chimeneas de las forjas de Vulcano y sobre todo, chimeneas válvulas del *magma*. En el Pacífico hay 200 volcanes de los cuales la mitad están en actividad. No puede establecerse en absoluto una relación de causa o efecto entre las erupciones y los sismos. Se ha demostrado que los sismos que proceden de erupciones no tienen gran importancia. Se refiere en seguida a las observaciones del geólogo belga Van de Putte, quien durante veinte y cinco años estudió sobre el terreno, los movimientos sísmicos de la América Central, especialmente en Guatemala, ciudad que en 1918 fué destruída por un terremoto. En un pequeño esquema que también publicamos, Van de Putte ha establecido su teoría de los espacios inestables con sus volcanes respectivos situados en el litoral del Pacífico frente a la fosa submarina de Agassiz cuya profundidad es de 4500 metros. Sostiene el observador belga que los hundimientos del fondo del mar comprimen el *magma* y lo obligan a expandirse por los estrechos corredores subterráneos hacia las zonas de menor resistencia, es decir, hacia los cráteres volcánicos en actividad, provocando las convulsiones de las zonas circunvecinas.



Se llegaría, pues, a la conclusión, según M. Houllevigue, de que los hundimientos submarinos constituyen el común origen de ciertos sismos y de ciertas erupciones.

Digitized by Google

BIBLIOGRAFIA

ROMANCERO DEL SUR, por *Fernán Silva Valdés*. — A. Monteverde y Cía. «Palacio del libro». — Montevideo, 1938.

Cuando, en 1921, Silva Valdés dió a la estampa «Agua del Tiempo», había publicado, hacía años ya, dos libros: «Anforas de Barro» y «Humo de Incienso». Otro, bien diferente, era el poeta; otras, bien distintas, sus inspiraciones y su manera.

Versos, notas, palabras, música de las rimas:
Sones prosopopéyicos que halagan los oídos,

había dicho en «Humo de Incienso»,
Y cuando, allí también, se definía a sí mismo:

Yo soy un modernista. Yo soy un voluptuoso...

Era, en efecto, — lo había sido desde su aparición, — un «modernista». Lejana «el Alba de Oro», duraba todavía el deslumbramiento de Rubén, la gracia y el encanto de la melodía. Pero cuando publicó «Agua del Tiempo», Silva Valdés había cambiado. ¡Y qué cambio tan radical en los cuatro años corridos desde la fecha de su anterior colección de poesías! Había regresado de su vagabundaje lírico, de correr por extraños caminos, para afirmarse en sí mismo y quedarse en lo suyo, en su terruño: habíase descubierto. Ahora cantaba con «su» voz, una voz un poco áspera y cortante, pero, a la vez, llena de resonancias, insinuaciones e íntimos ecos. Ponía cierta criolla arrogancia en el anuncio de lo que su nuevo libro nos deparaba:

Alégrate, guitarra,
En tu boca se hastían los cantos viejos,
Pero ha llegado alguien a estar contigo a solas
Y a hacerte madre de un canto nuevo.

Era verdad. Arrancaba a la vieja guitarra sones desconocidos. La novedad consistía, sobre todo, en la imagen. Traía, en profusión, imágenes inéditas, para evocar, representar y cantar perfiles, cosas, motivos terruñeros: el indio, el payador, el rancho, el río, el paisaje, el poncho, el mate, la nazarena, el cardenal... Y así fué cómo el «nativismo» apareció revestido del prestigio milagroso de la imagen.

Ahora el poeta nos ofrece su «Romancero del Sur». En el romance ha vertido, — y esto no es sólo de hoy, — algunas de sus inspiraciones más felices. El primero de su reciente colección es el de «la guitarra-mujer».

Cuando aparecieron las «Prosas Profanas», mucho menos que en la Grecia que el famoso libro evocaba, mucho menos que en su gracia dieciochesca, mucho menos que en sus marquesas galantes y sus abates madrigalistas, mucho menos, en fin, que en el encanto, leve y sensual a un tiempo mismo, de «El Faisán» y de

Digitized by Google

«Garçonnière», se reparó en lo que, recorriendo aquel «palacio de ideas y palabras», llamó Rodó «el patio andaluz». Y, sin embargo, comprendía éste dos de las más bellas composiciones reunidas en el volumen: «Pórtico» y «Elogio de la seguidilla». De la guitarra decía Darío, en la primera de esas composiciones, que tenía:

Talle y caderas como una mujer.

Como a mujer la canta nuestro poeta, «en verso criollo y castizo» con su acento y su emoción personal:

Guitarra: todos sabemos
Que te llamaron mujer,
Mas ello no me acobarda
Ni me estorba para que,
En verso criollo y castizo
Te lo diga yo también...

Después, veinte romances: el romance del «viento blanco», el de «las tres sendas», el de «los cuatro candiles», el de «la curandera», el de «la tardecita», el «mojado de alba»...; y más allá, las composiciones que forman la serie de las «Danzas Criollas». Pero la imagen es, me parece, el signo de esta poesía, lo esencial de ella, lo que renueva la emoción de las cosas en que se inspira y hace que los motivos que toca nos aparezcan como bajo una luz imprevista. Y éste es el don y la gracia de este noble poeta de personalidad tan resaltante. En todo caso, una de sus gracias y uno de sus dones más peregrinos.

H. V. B.

LES RHAPSODIES, por *Rodrigo Octavio*, de la Academia Brasileña. — F. Briguiet y Cía., Editores. — Río Janeiro, 1938.

El autor de este libro es uno de los más ilustres representantes de la cultura contemporánea brasileña. Es, sin duda, la figura más saliente de Itamaraty. Internacionalista, antiguo embajador, en él se refunden las grandes tradiciones de la diplomacia cuyo templo se conserva en el mismo palacio, en el salón que sirvió de vivienda al Barón de Río Branco, junto a las salas alhajadas con las reliquias del Gran Emperador. Es, además, gran escritor y gran poeta y, por fortuna, maneja el francés con la misma maestría que maneja la lengua materna. Así ha logrado franquear las murallas que suele levantar el idioma propio y conquistar el escenario internacional para su obra.

Hace apenas un año, una tarde que nos hallábamos en una alta terraza, sentados a la sombra de las palmeras, frente a la maravillosa bahía de Río de Janeiro, tuvimos ocasión de leer *Le roman du vieux tronc*, precioso poema de sensibilidad, de gracia y de melancolía escrito en diáfana prosa francesa. Desde la primera página nos conquistó el acento humanístico y a la vez romántico del poema, y nos dejamos embriagar por la música del idioma, templado en el tono de los grandes modelos clásicos; por el misterioso sabor de la fábula; por la honda poesía que emanaba del pequeño libro como emana el perfume de la flor. Era una mezcla de belleza antigua y de sensibilidad moderna, de fábula bucólica y de melancolía a lo Juan Jacobo y a lo René, un armonioso trozo de mármol de Paros animado por la inquietud y el ensueño de un artista siglo XX. Tal la resonancia que nos dejó la lectura del poema en el inolvidable crepúsculo tropical.

Ahora hemos renovado la lectura en un pequeño libro titulado *Les Rhapsodies* que contiene, además, de *Le roman du vieux tronc*, rapsodia platónica, como la llama el autor, *Le chant des eaux* y *La voix du minaret*, rapsodia bucólica la pri-

Digitized by Google

mera, rapsodia trágica la última. Una y otra están hechas con la misma sustancia, con el mismo procedimiento, con la misma elegancia, y tienen también el mismo sabor de belleza antigua y de sensibilidad moderna. Ocurre con estos poemas lo que con los frisos de Lucca de la Robia que, hacen soñar con las métopas de los templos griegos. Hay en estos poemas estancias de factura y sensibilidad exquisitas que aparecen como entalles hechos en preciosa materia, y hay en todos ellos una filosofía melancólica y sutil, mezcla de panteísmo y de sensual ensueño que recuerda a veces a los poetas orientales y otras a los eróticos griegos; pero el sentimiento moderno vive en todos ellos. Para que juzgue el lector, nos atrevemos a traducir esta breve y maravillosa pieza que tomamos de *Le chant des eaux:*

MIS MUERTOS

Yo mismo soy un pequeño cementerio. Tengo también mis muertos. Pero sólo han sido colocados bajo tierra para los demás; yo los conservo vivos en mi alma, vivos y en el mismo estado en que se encontraban en el momento que desaparecieron de mis ojos. No han crecido, no han envejecido. Lo que llevo en mí es la misma serena expresión de mi padre, la misma dulzura de la azulada mirada de mi madre, la misma gracia, los mismos cabellos de oro, las rosadas mejillas, las blancas manecitas de mis hijos; y todo vive todavía en mi alma y llena mi vida.

ENTRE LINEAS, por *Josefina Lerena Acevedo de Blixen.* — Imprenta Dornaleche. — Montevideo, 1938.

En 1935 fué laureado por el Ministerio de Instrucción Pública un libro titulado «A media voz». A media voz, o mejor dicho, en voz baja, la autora del precioso libro hacía sus confidencias que, aunque presumían de generalizaciones de orden crítico o literario, tenían un vivo acento autobiográfico y cobraban a veces el carácter de diario íntimo a lo Amiel. La materia del libro era noble y más lo era la forma. Agilidad mental, facultad de introspección, sentido crítico, exquisita sensibilidad, hallaban como forma de expresión una prosa elegante y sobria tocada por un vago sabor de dandysmo. En suma, un libro distinguido y un libro singular en nuestro ambiente. Para quienes habíamos ya leído algunas páginas de la autora no nos sorprendió el libro ni mucho menos el premio.

Ahora llega su segundo libro con las mismas características que aquél, pero, más acendrado el concepto y más ajustado el estilo. Distinción de pensamiento y de forma otra vez. Correspondencia armoniosa entre la substancia con que fué concebida la obra y el molde en que fué vaciada.

Se plantean en este libro, que es una especie de tratado de duda metódica, varios de los problemas que más angustian al hombre y más conmueven su vida interior; pero felizmente esos problemas dan motivo a elegantes especulaciones y armoniosas asociaciones de ideas, sin que lleguen a ser resueltos, como a veces se teme, dentro de un concepto de negación esencial o de interpretación agnóstica. Como lo dice la autora, las ideas se adormecen en las entrelíneas, otras veces no llegan a salir de lo subconsciente y cuando lo hacen, adquieren el carácter de la interrogación o de la hipótesis pero no se aventuran en la afirmación heterodoxa. Filosofía melancólica pero amable, que permite el mariposear de idea en idea y ese bello discurrir que enseñó Rodó en su libro central y que si no fuera irreverencia, fuerza sería llamarlo diletantismo. La palabra está escrita y queda, aún frente a este precioso libro. ¿Acaso no fué diletante Renán, y no lo fué Anatole France y no lo son...? ¿Para qué nombrar a quienes siguen siéndolo? El diletantismo no excluye la belleza, la gracia, el ingenio y es con estos tres prodigiosos filtros que ha sido creada la nueva obra de Josefina Lerena Acevedo de Blixen.

Digitized by Google

PERSPECTIVAS DE AMERICA, por *José G. Antuña.* — M. Gleizer, editor. — Buenos Aires, 1938.

El autor de «El nuevo acento» cuya bibliografía cuenta ya con más de veinte volúmenes, algunos de ellos laureados, ha dado a la estampa este nuevo libro que se refiere a «temas, acontecimientos y monografías continentales». Prosigue así su doble obra humanística y americanista, cultivando las bellas formas literarias, afirmando los dones del estilo y el dominio del lenguaje, haciendo, en una palabra, arte superior, y, a la vez, exaltando ese vivo sentimiento americano que inspira su obra de pensador y sociólogo y que le ha llevado a formular una verdadera doctrina en la que la sociedad del Nuevo Mundo aparece como fuerza espiritual de una nueva etapa de la Historia y de la Civilización.

Este nuevo libro comprende numerosas conferencias, discursos, semblanzas y estudios sobre hombres, instituciones y aspectos de América. Algunos de ellos tienen carácter circunstancial y otros lo tienen permanente, pero todos ellos participan del vigor de forma y concepto que este hombre de letras imprime a sus producciones. Hay algunos de los capítulos de este libro que, por el tema que tratan y la solemnidad del acontecimiento que los inspiró, deberán ser incorporados a la historia del pensamiento y de la civilización de América.

El libro está precedido de un breve prefacio que es reproducción de la nota bío-crítica que consagramos a este autor en la REVISTA NACIONAL.

EL ALMA Y EL ANGEL, por *Esther de Caceres.* — Editorial Libertad. — Montevideo, 1938.

Es éste un poema lírico que consta de veinte breves cantos, en el cual la autora desarrolla un trascendente argumento captado en los arcanos de su vida interior, y cuya objetivación literaria, dada la sutil sustancia de que aquél está formado, es extraordinariamente difícil. ¿Cómo dar forma sensible a la ansiedad, a la angustia, a la sed esencial de algo que no es del mundo, ni de la vida, ni acaso de la muerte? ¿Cómo dar forma a lo que no tiene forma, a lo que vive más allá de la realidad, a lo que procede, y alienta y se dirige hacia el insondable misterio? Sólo la poesía es capaz de estas trasmutaciones. Y a ello ha acudido la autora de este poema. Ha pedido, pues, a la poesía lo que solamente ella puede dar. Y para lograr mayor intensidad en la sugestión, ha tomado algo del acento bíblico y del hermetismo de los libros sagrados, y algo también de los grandes místicos. Se ha producido así la fusión de un temperamento poético ultramoderno, que conoce la embriaguez de la libertad retórica y la fascinación de las últimas invenciones literarias, con el espíritu de las grandes epopeyas y poemas religiosos, y de ello ha surgido este pequeño y bello libro, confesión honda, y a ratos dramática, de un alma complicada, frente al misterio de la vida y, sobre todo, al misterio de Dios. No otra cosa es este poema, y en él vemos un síntoma más de ese estado de angustia ansiosa en que se hallan numerosas almas, aun muchas de aquellas que, como la que canta en este precioso libro, son dueñas de la verdad esencial. El espectáculo no es nuevo. Los grandes poetas místicos, en medio de su encendimiento, suelen encontrar insondables cimas, y junto a ellas su acento toma tono patético o dramático. El hombre es hijo de la carne y del dolor. La carne y el dolor son fuente, a veces, de magníficas explosiones espirituales. Difícil cosa sería intentar la exégesis analítica de este poema lleno de símbolos y de alegorías sibilinas. Fuerza es comprenderlo en síntesis, penetrarlo por aquel camino de la melancolía esencial que sutiliza y eleva el alma hasta colocarla en estado de gracia, y gozar la belleza pristina de estos cantos, a ratos hondos, a ratos infantiles, a ratos impenetrables, pero siempre hermosos.

Digitized by Google

ESCOLIOS A UNA APASIONADA REVISION DE RODO, por *José Pereira Rodríguez*. — Apartado de los «Anales de la Enseñanza Secundaria. — Montevideo, 1938.

Es esta una refutación y rectificación de afirmaciones y juicios formulados por el escritor peruano Andrés Towsend de Ezcurra acerca de Rodó, en un estudio titulado «Recuerdo y revisión de Rodó» publicado en el «Repertorio Americano». En estilo un poco polémico el autor comienza por decir que la revaloración de Rodó tenía que venirnos de afuera. La revaloración de Rodó está hecha dentro y fuera del país hace mucho tiempo y este nuevo juicio y otros que se produzcan no harán sino afirmarla. Desde que los grandes críticos españoles que aún vivían al comenzar este siglo reconocieron el valor literario de «Ariel», y desde que la crítica nacional y extranjera puso hace más de veinte años en valor el significado de «Motivos de Proteo», quedó consagrada la obra del maestro y fuera de discusión la jerarquía de la misma. Lo que sí puede seguir siendo motivo de examen son las ideas y directivas de esa obra, como lo son a título de exégesis crítica las obras de ingenios desaparecidos hace muchos siglos. Esto, lejos de hacer mal, hace bien a la gloria de Rodó.

En cuanto a las rectificaciones que hace el autor al crítico peruano, las encontramos justas y atinadas si ellas han de referirse, en general, al significado de la obra de Rodó. Conviene advertir, sin embargo, que el ilustre escritor uruguayo fué, antes que nada, un artista de excepción, un maestro del idioma, un modelo de estilo, un espíritu literario universal, y que en él, el pedagogo, el filósofo, el moralista, el sociólogo, el crítico, jamás tomaron forma sistematizada ni pretendieron formar cuerpo de doctrina. Rodó fué hombre de ideas universales, sobre todo de ideas estéticas, y amó las generalizaciones que le dieron ocasión y motivo para sus comentarios tendidos hacia todos los horizontes. Este humanista, que practicó el platonismo con verdadera elegancia griega, tuvo ocasión, a lo largo de su vida literaria, de escribir sobre toda clase de temas, y no es así difícil, cuando se le hace, como en el caso del escritor peruano, objeciones esenciales, exhibir textos fragmentarios en apoyo de las mismas, como también es fácil, y así lo hace el autor de la refutación, exhibir otros que destruyen aquéllas.

De todos modos es interesante y útil esta polémica y lo es más cuanto que ella ha dado motivo al autor del ensayo que comentamos para escribir hermosas páginas de prosa castellana y hacer gala del agudo sentido crítico que lo caracteriza. Ganan con ello la gloria de Rodó y el prestigio de las letras uruguayas.

CUENTOS DE OTOÑO, por *Manuel Medina Bentancort*. — Imprenta «El Siglo Ilustrado». — Montevideo, 1939.

Este autor reveló desde sus mocedades excelentes dotes de novelista. Sus novelas y cuentos alcanzaron justa boga y le conquistaron autoridad en el género. Vuelve ahora, después de algunos años de silencio, a reanudar la labor novelística y da a la estampa este volumen que lleva el melancólico título de «Cuentos de Otoño», con lo que quiere expresar el autor que se trata de frutos literarios de la edad madura y que ya la juventud no es la deidad protectora del libro. Componen éste, once cuentos escritos con el lenguaje flúido y grave que caracteriza al autor y en ellos persiste el acento realista de sus anteriores libros, acento que, en varios de los cuentos, toma el tono de la novela naturalista de la época del maestro de Medán. Y agreguemos que ello no le arredra. Hay, además, en este libro, un secreto dejo de protesta y parece que hubiera también cierta complacencia de origen pesimista, en pintar al hombre y la sociedad con negras tintas. Hay, sobre todo, una gran tristeza y un gran desencanto en el fondo del libro, y éste es el sedimento que deja su lectura. Cuando se considera la madurez de este novelista tan bien dotado, se piensa en la obra que podría realizar estudiando con mayor universalidad nuestras costumbres, poniendo en ello un tono más optimista, sin perjuicio de que el crítico y el moralista analicen y fustiguen los vicios y las injusticias sociales.

Digitized by Google

REVISTA NACIONAL

LITERATURA · ARTE · CIENCIA

Año II | Montevideo, Febrero de 1939 | Nº 14

LA REACCION CIVICA DE 1880 (1)

Dolores, Junio 1º de 1880.

Señor Doctor Don José Sienra y Carranza.

Mi querido amigo:

He demorado tres o cuatro días mi contestación a su carta del 24, porque en ella se refería Vd. a otras que debían dirigirme con el mismo objeto, y que esperaba conocer. Sucesivamente, han ido llegando a mi poder las de los amigos Dr. Don Domingo Aramburú, Dr. Don Carlos Ma. de Pena y Don Juan R. Gómez. Esta última fué recibida hoy, conjuntamente con un paquete de impresos que contiene el manifiesto y la circular dirigidas por Vds. al país y a nuestros compatriotas.

Su interesante carta ha dejado en mi alma las emociones más vivas. Los recuerdos que me trae, las fibras que conmueve, los lazos que reanuda, las imágenes que evoca, como de una tumba, me han

(1) AGUSTIN DE VEDIA fué invitado en mayo de 1880 por el doctor don José M. Sienra Carranza a suscribir el Manifiesto redactado por el doctor don Carlos María Ramírez, y dirigido al país para anunciar la fundación del Partido Constitucional, concepción política surgida en el seno de un grupo de ciudadanos procedentes de los dos grandes partidos tradicionales, como consecuencia del desencanto que las guerras civiles y los gobiernos de fuerza habían producido en sus espíritus. Al mismo tiempo que esa invitación, se hizo también objeto a aquel ciudadano de insistentes requerimientos para que se incorporase a la redacción del diario «El Plata» fundado por los iniciadores del nuevo partido con el fin de sostener el programa del mismo. El ilustre ciudadano se hallaba en aquella época expatriado en Dolores, lejana población de la provincia de Buenos Aires. Desde su voluntario destierro contestó a la doble invitación del Dr. Sienra Carranza con la notable carta que publicamos, documento que, después de casi sesenta años, ha adquirido verdadero valor histórico, así por lo que significa como elemento para conocer el carácter y las ideas del personaje, y las ideas que entonces predominaban en el ambiente, como por la aguda exposición y crítica que contiene de los sucesos que dieron lugar a la iniciativa de 1880. Nació el autor de la carta en Montevideo el 10 de enero de 1843 en el seno de una familia patricia que ha dado hombres ilustres a los dos países del Plata. Desde joven acopió vasta cultura en ciencias políticas y sociales, especialmente en materia constitucional, económica y administrativa, que los años acendraron y completaron en la zona del derecho internacional hasta convertirlo en maestro, asesor y consejero de Jefes de Estado. También desde joven adiestró su pluma en campañas periodísticas reso-

Digitized by Google

arrancado por algunas horas a la obscuridad de mi retiro, y transportado a aquella época de labor activa, de azarosa lucha, de hondas agitaciones, y a la que, sin embargo, se ligan las impresiones más gratas y más nobles de la vida. Si el estado mórbido en que me había sumergido la primera lectura de su carta, se hubiera prolongado, ya me tenía Vd. ahí, estrechando afectuosamente su mano y alistándome bajo la bandera que enarbolan Vds. Pero no se ha cruzado diez años por entre el fuego, no se ha vivido medio año en el mar, y algunos años en el silencio del destierro, meditando en la razón y en las consecuencias de atentados sin ejemplo, sin que el espíritu haya adquirido, y recobre al punto, si llegó a perderla alguna vez, esa serenidad y esa firmeza necesarias para afrontar y profundizar las graves cuestiones y los difíciles problemas de nuestra vida política. Así, he podido sustraerme a la seducción que ejercía su carta sobre mi ánimo, para reflexionar maduramente sobre la situación y sobre los acontecimientos de que Vd. hace mérito.

⁂

Leí en su oportunidad, y con el interés y la ansiedad que Vd. calculará, el *manifiesto* que dirigen al país los ciudadanos congregados a su invitación y a la de otros amigos: hermoso documento. A grandes rasgos, está trazada en él la historia de los últimos y dolorosos sucesos que han pesado sobre nuestro país, hasta llegar a la solemne crisis que ha provocado el movimiento de opinión iniciado por Vds. Es una manifestación elocuente del sentimiento público,

nantes y logró crear un estilo personal que luego empleó en la ejecución de sus obras, cuyo conjunto forma una vasta bibliografía. Arrancado a las aulas universitarias para tomar parte con su padre en la guerra civil argentina, terminada la campaña de Cepeda, se radicó en Buenos Aires donde prosiguió sus estudios de derecho que tuvo que interrumpir para pasar nuevamente a Montevideo. Emigrado en Buenos Aires en 1865 fundó y dirigió con Guido Spano, Juan José Soto y Olegario V. Andrade, el diario «La América», verdadera escuela de ciencia y cultura políticas. La reacción cívica de 1872 lo restituyó a su ciudad natal. Fundó «La Democracia», órgano del nuevo Partido Nacional y se incorporó a la Cámara de 1873 donde definió su personalidad de orador parlamentario. La doble labor periodística y legislativa señala un momento culminante en la historia de las ideas del país. En 1875 fué encarcelado y arrojado al destierro en la célebre barca «Puig» con un grupo de eminentes ciudadanos. De regreso de Estados Unidos a donde fueron conducidos los proscriptos, se radicó en Dolores, República Argentina, donde le sorprendió la invitación que dió origen a la carta que publicamos. Vinculado al General Roca, Presidente de la República Argentina, éste halló en él un asesor insuperable en la acción técnica del gobierno. El doctor Don Manuel Quintana, sucesor de aquél, también utilizó sus consejos. Esta silenciosa labor de gobierno se exteriorizó a veces en las columnas de «Tribuna» diario que fundó y dirigió en Buenos Aires y en los libros que dió a la estampa. Además de esto, muchos documentos públicos de la época fueron obra de su pluma. La obra literaria y periodística de este publicista ha de buscarse en las columnas de «El Iris», periódico literario de 1864, «La Reforma Pacífica», «La América» (Buenos

Digitized by Google

comprimido durante la larga noche de la tiranía, y que a penas puede entregarse a sus naturales y legítimas aspiraciones. Así mismo, he empezado por advertir en él omisiones de trascendencia: ellas dejan en blanco provechosas lecciones, de acontecimientos que nunca es más necesario recordar que, en momentos en que el país forma el proceso del pasado que ha engendrado esta época monstruosa, en que todo orden moral y legal está profundamente invertido. ¿Qué lección más viva y palpitante que la de designar esa época como fruto amargo del sistema de un gobernante bastante débil, y bastante ciego, para dejar de lado la opinión nacional que le ofrecía su apoyo directo, y para acariciar y contemplar la misma fuerza que aniquilaba su autoridad? ¿Qué lección más verdadera y eficaz que la que se desprende de los acontecimientos, apuntando el peligro de esa fuerza que todavía subyuga y tiraniza al país; de ese elemento terrible que se creyó dominar y manejar a capricho, cuando él debía imperar en definitiva, en una época en que el Gobierno se mantenía sistemáticamente aislado de las corrientes populares? En épocas solemnes como la presente, es deber de los ciudadanos decir toda la verdad: una media verdad no satisface esa aspiración ardiente que renace con tanta más energía cuanto más desastrosas han sido las consecuencias del error o de la falta cometidas. La Dictadura de Don Lorenzo Latorre surgió de esa política acomodaticia, de ese Gobierno indiferente, que quizo mantenerse entre las dos corrientes de la opinión popular y de la reacción brutal, y que no debía tardar en desaparecer bajo la victoria del elemento reaccionario. Todos veían y señalaban el peligro. El Gobierno del Dr. Ellauri no lo veía o no lo quería ver. Al fin, cuando

Aires), «El Río de la Plata» (íd.), «La República» (íd.), «La Democracia» 1872, 1873, 1882, «Los Anales del Ateneo», «La Tribuna Nacional» (Buenos Aires), «La Prensa» (Buenos Aires), «Tribuna» (Buenos Aires). Es autor de los siguientes libros: «Neutralidad Argentina», «Discursos parlamentarios», «Privilegios del Banco de la Provincia», «Banco Nacional — Historia Financiera de la República Argentina», «Cuestiones financieras. La Nación y las Provincias», «Arrendamiento del Ferro-Carril Central Norte», «Ferro-Carril Buenos Aires al Pacífico», «Tierras públicas e inmigración» (en colaboración), «Bancos de Emisión y Hacienda Pública», «Organización y funciones del Poder Ejecutivo», «Problemas económicos», «Los proyectos monetarios», «Soberanía y Justicia», «Intervención del Gobierno Federal en las Provincias», «Deuda argentino-paraguaya», «Derecho federal — Diploma de Senadores y autonomías provinciales», «El voto uninominal», «La Bandera Argentina», «Juan Manuel de Vedia — In memoriam», «Constitución Argentina», «Martín García y la Jurisdicción del Plata», «Curso de Moral cívica y política», estudios especiales publicados en la «Tribuna» de Buenos Aires sobre política sudamericana; Congreso Americano; Arbitraje internacional; Tarifas ferroviarias; Atacama; Plan de economías, etc.; diversos anuarios de las Repúblicas Sudamericanas para «La Nación» de Buenos Aires; el «Jornal do Commercio» de Río Janeiro, etc.; diversas biografías: General Julio A. Roca, Dalmacio Vélez Sársfield, Nicolás Avellaneda, Domingo F. Sarmiento, Vicente Fidel López, Carlos G. Villademoros; diversos estudios jurídicos en derecho civil, comercial y criminal, algunos de los cuales han sido publicados en folletos, revistas, etc.

Digitized by Google

el motín militar enarboló audazmente su pendón, ese Gobierno, que pudo arrojarse todavía en brazos del pueblo, pronto a sostenerlo, prefirió dejar libre paso a la traición, abandonando su puesto. Así fué incubado el monstruo. A cada uno, pues, su responsabilidad, ésa es la ley; ésa es la verdad moral y la verdad histórica.

Bajo otros puntos de vista, el *manifiesto* me parece susceptible de observaciones graves. Se dice en él que los partidos tradicionales están disueltos, con referencia, sin duda, a los partidos *blanco* y *colorado* que tuvieron por jefes a Oribe y a Rivera. Sin duda, ese es un hecho verdadero; por su comprobación carece de novedad. Y como el objeto que se propone el *manifiesto*, al afirmar el hecho de la disolución de los partidos tradicionales, es el de dar lugar a un nuevo partido de principios, en el que se confundan todos los ciudadanos, cualquiera que sea el horizonte político de que se desprendan, es forzoso investigar si no hay también a ese respecto, una grave omisión de hechos, y una injusticia notable, en ese documento. Permítame Vd. que me detenga particularmente en este punto. Tal vez sea yo uno de los que menos puede prescindir de un esclarecimiento completo y de una explicación acabada sobre esas circunstancias. Creo haber sido, en efecto, un obrero infatigable y constante de la nueva aspiración que se diseña en el *manifiesto* de Vds.

AGUSTÍN DE VEDIA

El partido a que me he afiliado, en mi íntima creencia, ha desplegado con decisión y energía, esa misma bandera, a todos los vientos, y sólo a esa condición he podido contarme como uno de sus adeptos entusiastas. Vea Vd. si no, lo que decía en una de las grandes asambleas de nuestro partido, en 1873: «Nuestra comunidad política aspira siempre a ir ensanchando los horizontes de sus conquistas morales, a aumentar las filas de sus adeptos, a robustecer el esfuerzo común, a fin de hacer efectivo, y de desarrollar en toda su plenitud, *el imperio de las instituciones libres*, en este suelo tan abundantemente regado con sangre de mártires». Y agregaba: «Cada época engendra nuevas ideas y exige nuevos esfuerzos a la humanidad, ávida

Digitized by Google

de luz y de progreso. Incorporadas a ese movimiento progresista, las sociedades se renuevan bajo su acción saludable, y van dejando en pos de sí, preocupaciones, errores, pasiones a que un día rindieran excesivo tributo. Los partidos políticos no se sustraen a esa ley de perfectibilidad.» Si leyera Vd. ese discurso, que debe registrarse en «La Democracia» de la época, vería allí desenvolverse claramente, sin reticencias, sin dudas, sin temores, el mismo programa que dan Vds. hoy a su partido de las *instituciones libres;* vería Vd. proclamado en él que era necesario abrir un palenque más vasto a la actividad del patriotismo, facilitar la conciliación y refundición de todos los buenos elementos y que no reconocíamos otro vínculo que el de los principios, que anatematizábamos las épocas nefandas de los partidos personales y sus siniestras tradiciones. «Nos regocijamos, decía también, al ver ensancharse nuestra esfera de acción y multiplicarse el número de elementos con que cuenta el país para apresurar la obra de su regeneración política. Todos los hombres de buena voluntad; todos los espíritus sanos que sueñan con tiempos mejores de paz y de bonanza; todos los que aspiran a ver inaugurado en el país un régimen de libertad y de garantías, de moralidad y de justicia; todos los que tienden a constituir un Gobierno bajo el cual se hagan efectivos y se desarrollen los principios de la democracia moderna, todos ellos tienen cabida en nuestras filas; son nuestros correligionarios, nuestros hermanos en la labor democrática.» Desde 1865 sostuve y alimenté el mismo propósito y no hay página donde haya consignado mis reflexiones políticas, que no refleje el mismo espíritu.

El partido nacionalista proclamó solemnemente esos mismos principios, al entrar en la liza electoral de 1873. Fué precisamente esa actitud, mantenida luego por los representantes que se dió ese partido en la Legislatura, lo que preparó el gran movimiento de opinión nacional a que concurrió la fracción política de los conservadores y que reunió en la Plaza Constitución, el 10 de enero de 1875, a la gran masa del pueblo, congregada bajo la bandera del sufragio libre. El partido nacionalista tiene así sus tradiciones honrosas, que no son las de los bandos personales; tiene una historia política bien definida; sus principios, proclamados altamente, confesados por millares de ciudadanos, responden a las aspiraciones generosas del país entero y a la exigencia de los más severos principios. Sólo así pudieron acercarse y confundirse los antiguos adversarios, en la hora de los sacrificios por la causa común. Y bien: esa historia viva y palpitante; esas aspiraciones y esos esfuerzos desplegados antes de ahora en la obra de la regeneración política del país, ¿pueden borrarse de la memoria con la esponja del olvido, o desaparecer envueltos en la especie de anatema pronunciado contra los partidos tradicionales? ¿En virtud de que causas, de que poderosas razones se exigiría que esos partidos, que se han constituído y han luchado a nombre de los más sanos prin-

Digitized by Google

cipios, oculten su bandera, se declaren disueltos y renieguen de su propia historia, para constituir otra comunidad que, sin embargo, les pedirá prestada su bandera y proclamará sus mismos propósitos? ¿No sería eso inclinarse ante una injusticia manifiesta aceptando el inmerecido reproche de una inconsecuencia que no ha existido, de un error que no se ha padecido, de una falta en que no se ha incurrido?

Y, ¡qué! ¿No habría otro medio de unificar los esfuerzos de los buenos ciudadanos, que el de exigirles que rompan con sus honrosas tradiciones, se desliguen de su antigua comunidad, y vengan a formar una nueva y distinta agrupación? En mi concepto, Vds. no han elegido el mejor camino, y hay peligro de que la sociedad se vea lanzada en nuevas subdivisiones y en crueles incertidumbres. La unificación de los buenos ciudadanos; la armonía de los esfuerzos que se busca para concurrir a un fin único y común, nada pueden deber al olvido de legítimas tradiciones, a la ruptura de vínculos y compromisos morales, a las supresiones de hechos verdaderos, a la injusticia, o al desconocimiento de virtudes y de sacrificios inolvidables. Es necesario tener muy en cuenta el fondo de la naturaleza humana: sobre esa materia se trabaja. Creo que los partidos políticos no se forman por una simple convención, y que ellos, en cierto modo, componen un organismo natural que se desarrolla obedeciendo a leyes morales e históricas. Vds. creen poder despojar a cada partido de sus tradiciones y de su bandera, para confundirlos en una sola colectividad, y yo temo que esa unión sea más aparente que real; temo que hayan desalojado Vds. las antiguas divergencias de la superficie para dejarlas reconcentrar en la intimidad del corazón, donde son más peligrosas; temo que esas divergencias, que no eliminan en un instante de inspiración generosa, estallen a cada momento, y se comprometan, acaso por simples detalles, los grandes resultados que perseguimos. No me atrevo, desde ya, a decidir si habría sido más práctico y fecundo propender a la organización independiente de cada partido, sin perjuicio, y aun como medio de preparar el acuerdo, en el momento de resolverse las grandes cuestiones que interesan a la patria. Creo sí, que, si efectivamente, resultase algún mal de esa co-existencia de los partidos políticos, con programas liberales, ese mal no desaparecería en la organización del partido único. Pero, ya que han creído Vds. deber optar por esta última solución, ¿por qué no haber llegado a ella sin desconocer el mérito de las tentativas hechas hasta aquí por las diversas fracciones o partidos políticos que, en la paz y por medio de las armas, han pugnado por alcanzar el *desideratum* de la organización nacional, bajo el imperio de las instituciones libres?

***

El *manifiesto* declara que el partido de las instituciones no puede ni debe emplear sino los medios *rigurosamente pacíficos, rigurosa-*

Digitized by Google

mente legales, que ha llegado la hora de cerrar el período de las discusiones armadas y que puede asegurarse que no se reabrirá por la iniciativa de los hombres de principios; que el supremo derecho de revolución, que no se desconoce, por otra parte, queda excluído del programa actual de la comunidad. No he podido fijarme en esas declaraciones sin sentir extrañeza y dolor. Cuando todavía se lucha por los derechos primordiales del individuo y las garantías más preciosas del ciudadano; cuando hay que disputar palmo a palmo los principios elementales del gobierno libre; cuando la fuerza impera, descarnada, omnipotente, sin freno ni barreras morales, sin rumbos ni horizontes políticos, ¿no importan esas declaraciones una promesa de impunidad para los mandones, una triste abdicación para los pueblos oprimidos? Yo alcanzo que, como se ha dicho, difícil, muy difícil problema es el de la razón, el derecho, la oportunidad, la justificación, de una revolución política llevada a cabo por medios violentos. Entiendo también que no puede aspirarse a resolver ese problema como una operación algebraica; que, por lo mismo, no sería prudente expedir *a priori* absoluciones para la revolución. Pero condenarla de antemano; protestar que no será la obra de los hombres de principios, es contrariar esas reacciones tan naturales en las leyes políticas como en las leyes físicas; esas reacciones que vienen preparadas por una larga serie de atentados ominosos; que existen latentes en el seno de una sociedad despotizada; es, lo repito, garantir la impunidad de la tiranía; es más, es renegar de nuestra propia obra, del fruto de nuestra misma doctrina, porque esa misma doctrina no puede dejar de ser revolucionaria delante de la usurpación prepotente. ¿Cómo decir a un hombre, a un pueblo, que sienten el aguijón de su dignidad vilipendiada, o que aspiran a reivindicar las libertades suprimidas, que se detengan o retrocedan, pese a la oportunidad que está en su conciencia y en su fuerza, en el único camino de salvación que queda abierto delante de ellos? Comprendo que no debían presentarse Vds. en son de guerra delante de los opresores del país, cuyo poder apenas se ha debilitado, pero, al menos, el silencio habría salvado el principio, sin el peligro de extraviar la conciencia pública y de enervar las fuerzas vitales del país.

¿Qué horizonte, qué perspectivas se ofrecen al país? ¿Qué elementos van a ponerse en acción para levantarlo del bajo nivel a que ha descendido? La propaganda oral y escrita, me dirá Vd. Pero, la propaganda sólo puede ser fecunda a condición de hacerse carne en los acontecimientos, y esos acontecimientos no pueden ser sino la revolución que Vds. repudian, a menos que no se cuente convertir a los tiranuelos con las delicias de la estética, y que esa conversión represente un beneficio verdadero, o a menos que no se confíe la rehabilitación social y política del país a la influencia tardía y remota de la educación «que entrega cada día a la vida pública nuevos y robustos

Digitized by Google

elementos con el dogma de la libertad constitucional en el espíritu y el culto inmaculado de la patria en el corazón.»

⁂

Me dice Vd., mi querido amigo, que en el desenvolvimiento de sus trabajos, se proponen Vds. fundar un diario que sea órgano de las aspiraciones del nuevo partido, y su amistad le ciega al punto de que considere Vd. indispensable mi concurso, en la redacción de ese diario. Después de conocer Vd. mis escrúpulos y mis preocupaciones sobre esa evolución política, se penetrará de que mi contingente sería negativo en la empresa. Yo no sirvo, por otra parte, para redactar diarios con programas preconcebidos y preparados oficialmente. Cuando me he lanzado a la prensa, no he obedecido sino a la voz de mis convicciones íntimas, y he rechazado todo compromiso de partido y toda imposición de programa, aunque se armonizara con aquellas convicciones. Así pues, aunque aceptase el *manifiesto* y la evolución a que responde, sin reserva alguna, la severidad y la rigidez de mis principios y de mi conducta me impiden el considerarme el hombre aparente para sostener y desarrollar sus doctrinas en la prensa. Los que han concebido el pensamiento, los que le han dado vida y forma, son los que están llamados a defenderlo y propagarlo.

Creo firmemente, además, que la elección del Dr. don Carlos M. Ramírez, o del Dr. Don Carlos M. de Pena, llena las mayores exigencias, y que cualquiera de esos dignos e ilustrados ciudadanos, al frente de un diario, serían fieles y valientes intérpretes de la nueva aspiración, alimentarían y estimularían el espíritu público, y honrarían a la sociedad, enriqueciendo su literatura política con esas páginas ardientes e inspiradas, arrancadas al espíritu bajo la presión de esa máquina giratoria que recoge las impresiones y las ideas de cada día, y las hace descender, como lenguas de fuego, sobre la cabeza del pueblo.

¿Para qué quieren Vds. más? Y sobre todo, ¿para qué un tercero... en discordia? ¿O querrían llevar al comité de redacción una imagen en concreto del partido de las instituciones, del partido constitucionalista o principista, como se le llama indistintamente?

Alguna experiencia adquirida al respecto me ha dejado la convicción de que nada es tan difícil como mantener el equilibrio de diversas opiniones y caracteres en la redacción de un diario. La fuerza de un diario está en la perfecta unidad, así en el orden fundamental, como en los menores detalles de la propaganda. Los amigos políticos que han vivido confundiendo siempre sus ideas y sus esperanzas, sin apartarse en la derrota o en el triunfo, discrepan a menudo, cuando se trata de someter a la forma o al molde de la prensa, las convicciones comunes. Para no ser la anarquía, un diario tiene que ser el

Digitized by Google

despotismo, y como nadie quiere ser despotizado, un diario requiere un director único y supremo.

No se apresure Vd. a juzgarme amigo mío. Sería para mí el más bello momento de la vida aquél en que me hallase en medio de Vds. No habría sacrificio que yo no hiciere para servir la causa de mis convicciones, ni vacilaría en arrostrar de nuevo las persecuciones y los destierros. Pero no ha llegado para mí la hora de contar siquiera con que esos sacrificios produjeren algún bien, en vez de perderse en una completa esterilidad. Acaso no esté lejano el día en que el sol de la patria brille para todos. Entonces cualesquiera que sean las banderas y la agrupación donde nos hallemos, nos hemos de reconocer y abrazar, lo espero, en honor de una amistad antigua y como soldados de una misma causa.

Entre tanto, se complace en saludarlo, su amigo que le recuerda siempre.

AGUSTIN DE VEDIA.

Digitized by Google

CESAR... Y NADA [1]

Al doctor Roberto Levillier.

He olvidado al autor de la historia sencilla
que voy aquí a narrar — ni es grande maravilla,
pues, si autor tuvo aquélla, fué múltiple y unánime:
fué el alma de las gentes, o la intuición, que, exánime
en apariencia bajo la razón triunfadora
(la cual ignora tanto, sin saber que lo ignora)
se yergue y tiende, a veces, tal un arco votivo,
un personal apólogo, de fondo colectivo,
sobre el oscuro abismo de nuestro eterno anhelo
que encierra en sí, ignorándolo, quizá también su cielo:

Cuando hubo Carlos Quinto — ayudando al Islan,
y contra Barbarrosa, — puesto en su trono a Hassán,
hecha una breve estancia en Nápoles (que era
del César propiedad) volvía en su galera,
el que venció a Francisco en Pavía, hacia España.

(1) LUIS RODRIGUEZ-EMBIL es Ministro Plenipotenciario de Cuba en el Uruguay. Nació en La Habana, y al estallar la segunda gran guerra de la independencia en la gran isla antillana, siendo todavía niño, tuvo que acompañar a su familia a Estados Unidos, donde ésta se vió obligada a emigrar. Consumada la independencia de Cuba, regresó con los suyos a La Habana en 1900. En 1903 se incorporó al servicio de relaciones exteriores de su país. Desempeñó funciones consulares sucesivamente en Génova, Saint Nazaire, París, Cádiz, Madrid, Londres y Amberes. Ocupó luego el Consulado en Viena, fué adscripto más tarde a la Legación en Francia y obtuvo la dignidad de Cónsul General con ejercicio sucesivo en Holanda y Alemania. En 1934 fué acreditado Ministro Plenipotenciario en el Uruguay. Ha sido delegado oficial de Cuba al Congreso de Geografía de 1934, a la VIII Conferencia Panamericana celebrada en Lima en 1938 y al Congreso Internacional de Cooperación Intelectual reunido en Santiago de Chile el mismo año. Su iniciación literaria data de la primera juventud. En 1903 obtuvo ya el primer premio en un concurso de cuentos cuyo jurado fué presidido por Enrique José Varona. En 1913 fué nuevamente laureado en el concurso de cuentos abierto por la revista «Mundial» que dirigió en París Rubén Darío. Estos dos premios definen una vocación afirmada en el género novelístico con obras que conquistaron al autor puesto de primera línea en la literatura del Continente. Escritor castizo y elegante, fino observador, sutil psicólogo, narrador fácil, sus cuentos y novelas consagran a la vez que a un maestro del género, a un prosista de estilo personal, y a un pensador a quien preocupan los problemas sociales y espirituales de su época. Esta inclinación le ha llevado también al cultivo del ensayo de acento filo-

Digitized by Google

Comenzaba, en su alma, a encontrar toda hazaña
vana y fugaz el César por aquel tiempo... Andaba
su corazón ansiando, sin saber lo que ansiaba
(del nuestro a semejanza); una inquietud extraña
hacíale exclamar, brutal: —¡Cuánta patraña! —
a veces — presintiendo el multiforme Embuste
que dió con su grandeza, bajo un sayal, en Yuste.

Y he aquí que una tormenta sorprende la galera
imperial, y las naves que la escoltaban; era
a la altura de Córcega; por suerte, en breve espacio
de tiempo, pudo Carlos saltar en Bonifacio,
con un servidor sólo, de incógnito...

Vivía
en la marina un viejo que una tienda tenía
de cosas españolas, y, dentro de la tienda,
una estampa del gran Emperador. La hacienda
de aquel viejo — Felipe Cattacciolo — era flaca
cual el rostro del dueño; y, a veces, la resaca
que murmuraba cerca de la casa, en pedazos
parecía querérsela llevar entre sus brazos.
Mas no se la llevaba, y el viejo allí vivía,
feliz con sus lecturas — pues en la tienda había
libros que casi eran la riqueza del viejo,
y que, al cerrar la tienda, al pálido reflejo
de una vela, dejaban tiempo al buen Cattacciolo,
bajo el cielo, ante el mar — dos infinitos — sólo,
para elevar su espíritu (pues era un simple Hombre)
hacia el otro Infinito, que no tiene ya nombre.

sófico y social de que es ejemplo su último libro «El soñar de Segismundo». Completa la personalidad literaria del ilustre diplomático cubano su actividad poética de que es muestra preclara el precioso poema que publicamos en el que, con sobrio sentido de modernidad y rara elegancia de forma, se intenta con fortuna la restauración de un género humanístico que ha dado gloria y tesoros de belleza a todas las literaturas del globo. La clásica cadencia del verso y el acento majestuoso del poema, no logran velar la fina sensibilidad que palpita en estas estancias, ni el valor de síntesis y de color que hay en ellas. *Onorate l'altissimo poeta* hemos de exclamar al terminar esta nota, pero no hemos de dejar de honrar también al noble prosista y al insigne diplomático que ha realizado en el Uruguay una vasta obra cultural, de la que es muestra la fundación de la Asociación de Escritores y Artistas Americanos debida a su iniciativa, y en quien retoña la vieja tradición de afecto entre el Uruguay y Cuba de que fué vínculo en otra época el ilustre José Martí. He aquí la bibliografía de este autor: «Gil Luna, artista», «La Insurrección», «De paso por la vida», «La Mentira vital», «El imperio mudo», «El soñar de Segismundo», y numerosos folletos, conferencias, estudios y poesías publicadas en los principales diarios y revistas de España y América.

Digitized by Google

El César, escoltado por muchachos ociosos
que, al ver dos forasteros, siguiéranlos curiosos,
detúvose a la puerta de la tienda vetusta.
Y, alzando la mirada fatigada y adusta
que, al igual que los hombros, inclinada traía,
solicitó un caballo.

Era mediado el día,
y, al fulgor deslumbrante de la luz cenital,
recordó Cattacciolo el retrato mural.
— Es el Emperador — pensó. — Mas dijo sólo:
—Ha dos a vuestras órdenes el viejo Cattacciolo
—viendo al acompañante. — Pero: —Mi compañero
— repuso Carlos — tiene buenas piernas; no quiero
sino un caballo, un rato, para pasear; la espuela
he de dejar, muy luego, para hacerme a la vela.
«Seréis servido — dijo Cattacciolo. Y, sin guía,
vistió uno de los dos caballos que tenía,
y que, con tienda y libros, eran toda su hacienda,
y condujo el caballo al umbral de la tienda,
donde aguardaba Carlos con su fiel compañero.
Era el potro un soberbio animal, gris de acero.
Montó el Emperador, y alejóse despacio,
seguido de su amigo.

Cuando volvió, el espacio
seguía iluminado por la luz, y seguía
sonriendo en la puerta, con la pura alegría
inmotivada y límpida de la luz, el anciano.
—Mi bolsa toma — díjole, bajando el Soberano
de su bridón. — Mil gracias — contestó el soñador —
no he menester dinero. Y, como un segador
que abate mies, un hacha tomando, y al caballo
acercándose rápido, con rapidez de rayo
alzó el hacha, y certero, sin causarle una herida,
de un solo golpe al potro le arrebató la vida.
—¿Qué haces? — exclamó Carlos. —No era digno, Señor,
nadie ya de montarlo — repuso el soñador —
después de Carlos Quinto. — ¿Sabes quién soy? de asombro
lleno, repuso éste. — Lo sé, puesto que os nombro —
tranquilo respondió Cattacciolo... (En la estrecha
calle, en la ciudad toda, voló como una flecha
el nombre celebérrimo; la gente ya acudía...)
Hubo una pausa. Carlos, que no se sorprendía
jamás, consideraba con sorpresa al anciano.

Digitized by Google

—¿Qué quieres? — dijo al cabo. —Nada, Señor, es vano
cuanto no está en nosotros — contestó el otro, plácido.
Miró Carlos de nuevo el rostro alegre y flácido.
—Te hago Duque si quieres seguirme. —Señor, gracias,
mas os ruego dejarme entre las tablas lacias
de mi vivienda humilde.

Bajó el César la frente,
y meditó un instante. (Entre tanto, la gente
le aclamaba ya, férvida, mas él no la escuchaba).
—Adiós, pues — dijo. —Adiós, Señor, dijo el anciano.
Y, aun más curvado y triste, se alejó el Soberano,
con su fiel compañero. Felipe Cattacciolo
quedó en la puerta, alegre, riendo al cielo, — solo,
pues la gente alejábase también, entre el rumor
de sus pasos, gritando: —¡Viva el Emperador!...

LUIS RODRIGUEZ-EMBIL.

Digitized by Google

VALORACION DE FERNAN SILVA VALDES

Es uno de los grandes poetas de América.

Y entre los grandes, uno de los cuatro o cinco cuya voz suena con un acento más propio y una virtud más comunicativa. Siempre nuevo y vario, su verso se nos antoja una revelación. Luminoso, imaginativo, — cada una de sus imágenes es tal que una sorpresa de cuento oriental, — nos procura paso a paso un deslumbramiento. Además, posee la virtud poco menos que sobrenatural de encerrar siempre, dentro de la estructura de sus estrofas, esa música indefinible y arrulladora que nos viste el espíritu de profunda emoción: no esa música común de los poetas que radica en la métrica del verso o surge del tintineo de los consonantes; tampoco esa otra, más honda, pero siempre superficialmente retórica, que emana del concierto de las palabras sonantes como campanas o de la ensambladura de los períodos que consienten el pasaje de un murmullo de pinos, sino esa música alada, imponderable, verdaderamente augusta, que viene de la misma entraña del poeta y filtra en su elocución, sin tener ya nada que ver con la materialidad del lenguaje, y se expande como un aroma en torno de nuestras sienes, y tal que un aroma también, nos aduerme, haciéndonos scntir sensaciones ignoradas o dejándonos el presentimiento de que nos ha visitado el espíritu mismo de la belleza arcana. Fácil, numeroso, nos dice las cosas más difíciles de decir con la sencillez y soltura del niño que nombra la divinidad. Premioso y medido en la pintura de su pensamiento, nunca emplea palabras que huelguen ni adjetivos de relleno: lo que ha de expresar, queda expuesto en términos justos, escuetos, definitivos. Así su dicción (jamás trivial, nunca oratoria, mucho menos todavía pedantesca o relamida), es de una severidad y armonía de líneas que rememora la belleza de los mármoles eternos. En este poeta modernísimo, que canta las cosas del terruño nativo y las cosas más vulgares de la vida, tiembla algo de aquel soplo primaveralmente eterno que hizo toda la gracia del mundo heleno.

Y es, por sobre todo eso, una voz nueva. Tal vez un espíritu zahorí, empeñado en confrontar valores literarios, encuentre el vate que le aventaje en la reciedumbre del verbo, el que le supere en la delicadeza del sentimiento, el que se le hombree por el fastuo de las imágenes, o la profundidad de las ideas, o la sonoridad del verso; pero yo no encuentro uno — y creo conocer bastante la lírica de todas

Digitized by Google

las repúblicas suramericanas — que posea como él una tan indiscutible originalidad, una inspiración más genuinamente terruñera, un timbre más humano y emotivo. En la voz de los más grandes y magníficos de nuestros poetas hay siempre un eco o una resonancia; algo que siempre denuncia el imperio lejano de otra voz venida, al través del tiempo o la distancia, de las viejas civilizaciones europeas. En la voz de este cantor criollo que ahora me ocupa, no se advierte ninguna otra voz anterior: él habla «con toda la voz que tiene», pero con su propia voz, con su acento, con su timbre: sencilla y espontáneamente, al modo como el pájaro de nuestras selvas, ignorante del canto de otros pájaros. Y en ese instintivo, más que deliberado propósito de ser él mismo, de no remedar a nadie, de tener una propia fisonomía y una palabra propia, radica tal vez la mejor parte del éxito. Silva Valdés, el más joven de los poetas de nuestro continente, — en todo caso, el más recientemente llegado al coso de las letras, — es un triunfador que ha logrado salvar las fronteras del solar nativo para imponer la suprema calidad de su verso nunciatorio en tierras extrañas, allí donde nada valen las amistades o influencias de cenáculo, allí donde sólo se logra la primacía por el propio valimiento. Esa virtud imperativa y dominante de la «originalidad», en tanto que creacionismo artístico, es, por lo demás, innegable.

Donde, como fruto de un soberano ingenio, se dan tesoros de imágenes deslumbrantes, ricos veneros de pulidas ideas, música, elegancia y suntuosidad verbal, no quisiéramos hallar, las más de las veces, para brindar nuestra aprobación a tan trabajado esfuerzo, sino una miaja de originalidad. Todo el magnífico aparato antójasenos hueco justamente porque falta lo esencial, la osatura que dé un cuerpo a las vestimentas del muñeco. Y es inútil entonces que para engaño del espectador, reemplacemos la criatura de carne que debía haberse creado por el primer maniquí de mimbre, cogido en las bien surtidas tiendas de los modistos españoles, italianos, rusos o parisinos. El ánimo crítico que se cela dentro del más desprevenido lector, siempre experimentará aquel fenómeno de representación mental que hubo de experimentar Fontenelle cuando, oyendo leer los versos de un poeta, se quitaba, de tiempo en tiempo, respetuosamente el sombrero: —«¿Qué hacéis?», le preguntó el vate, y Fontenelle respondió con convicción: —«Saludo a antiguos conocidos».

Es evidente de toda evidencia que la gran mayoría de los poetas de América, aun los que gozan de mayor nombradía por su estro, elegancia y fuerza emocional, — vamos, los que podrían denominarse «internacionales», porque son reverenciados por todo el continente, — es evidente, digo, que la mayoría de nuestros poetas han hecho florecer su ingenio a la sombra tutelar de otros númenes extranjeros. América, muy joven en el concierto de las naciones civilizadas, no se respalda como éstas, las del viejo continente, en siglos y siglos de cul-

Digitized by Google

tura lentamente elaborada y asimilada. Durante las diversas etapas de su evolución intelectual se ha ido amoldando, un poco ocasionalmente, a las corrientes de ideas venidas de fuera, y dentro de esas corrientes, los poetas han ejercitado sus facultades y dado suelta a su inspiración. Algunos, extraordinariamente dotados por la naturaleza, han superado y obscurecido a sus maestros y modelos, — tal ha acontecido en los casos de Rubén Darío y Julio Herrera y Reissig; — otros, no menos videntes y meritorios, convirtiendo en substancia propia el módulo ajeno, han sabido derivar de lo asimilado, modos, formas y creaciones distintas con rasgos de una cierta originalidad, — así en los casos de Almafuerte, Amado Nervo, Gabriela Mistral, Pedro Prado, Santos Chocano; — otros en fin, sin esfuerzo ni empaque alguno, antes bien, con una gallardía que certifica lo espontáneo y natural de sus cerebraciones, siguieron las viejas y trilladas carreteras con tal varonil arranque de creadores que en sus labios los motivos de las viejas canciones fueron lo mismo que la eclosión de otras tantas nuevas primaveras, — así, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Eduardo de la Barra, José Asunción Silva, etc. Los poetas americanos, — entiendo decir, los hispano-americanos, — no son «creadores», en el estricto sentido del vocablo (crear, sacar algo de la nada; hacer algo aun no hecho; imaginar lo no imaginado hasta entonces), porque es indudable que no han inventado un verbo nuevo; no han lanzado a la vida del arte una fórmula, idea o escuela original; no han traído una directriz que origine una renovación de las conocidas o tradicionales. Pero sería incalificable injusticia desconocer que han sabido construir, acomodándose a los moldes importados de las viejas civilizaciones, toda una literatura de subidísimos quilates, — una literatura que muy poco o nada tiene ya que ver con la literatura española, no obstante la comunidad del idioma. Cuando el insigne polígrafo don Marcelino Menéndez y Pelayo nos habla en su divulgada *Historia de la poesía hispanoamericana* de la poesía de nuestro continente como de una rama de la poesía castellana, vinculadas, en su sentir, por el lazo indestructible del lenguaje, se engaña a sí mismo con una falacia de juicio, pues no es tan sólo el distintivo de un idioma propio el que hace la independencia de una literatura: siglos y siglos perduró el latín sobre el mundo antiguo, y aun sobre el del medioevo, después de desaparecido el pueblo romano, dando nacimiento a otras literaturas que nadie podría hoy considerar como ramas filiales de la antigua literatura del Lacio. Otros hombres, otras ideas; otros tiempos, otras civilizaciones; otras comarcas geográficas, otros climas, otras condiciones de vida, materiales y espirituales, crean, aun cuando sea la misma la lengua y persista el elemento de la sangre, otras reacciones sensoriales, otros impulsos de la volición, otra idealidad, otra realización. Acaso, el tipo actual del suramericano sea la criatura más diferenciada del tipo español entre todas las criaturas, no obstante los vínculos raciales e idiomáticos.

Digitized by Google

Volviendo a nuestro comentario. La poesía hispanoamericana, siguiendo las normas generales de los tiempos, ha sido sucesivamente «clásica», «romántica», «parnasiana», «decadente», etc. Desde luego, durante el período del coloniaje, los conquistadores fueron los únicos que impusieron su ley, y los pocos sujetos que consagraban sus ocios a mantener amables tratos con las Musas (clérigos, asesores, leguleyos) no tuvieron más premioso cuidado que el de ajustarse a los cánones literarios imperantes en la península. Toda su literatura fué una literatura española de ultramar. Ya en las postrimerías del coloniaje, los espíritus que respondían al sentimiento nativo, — es decir, los criollos, los nacidos en estas nuevas tierras, hijos de españoles, pero en el fondo fundamentalmente americanos, — siguieron en vasallaje espiritual, y no adoptaron por modelos sino los que podían estudiar en los colegios y conventos donde se educaron e hicieron sus pininos literarios, es decir, Rioja, Quevedo, Lope de Vega, Villamediana, ingenios del siglo XVII, y los del XVIII Cadahalso, Iglesias, Meléndez Valdez, Cienfuegos, Jovellanos, Moratín, Quintana. Por muchos y largos años, estancadas las corrientes literarias en el cauce del clasicismo (de ese clasicismo español tan venido a menos en el siglo XVIII), los altos ingenios que se produjeron en tierras de América, aparecieron marcados por el sello del más férvido españolismo. Para convencerse de ello, basta leer la «Silva a la agricultura de la Zona Tórrida» de Andrés Bello; el mismo canto «A la victoria de Junín» de José Joaquín Olmedo; la poesía de asunto regional «Al Niágara» de José Ma. Heredia; los «Epigramas» y «Toraidas» de nuestro compatriota Francisco Acuña de Figueroa. Pero, cumplido el ciclo de la independencia y haciéndose más y más frecuentes las relaciones de estos países, ya desvinculados de la dominación española, con otras naciones europeas, empieza la influencia de otra cultura, verdaderamente cosmopolita. Con la revolución literaria de 1830, América descubre a Alfredo de Musset, Lamartine y Víctor Hugo, a Byron, Goethe y Schiller, a Espronceda, José Zorrilla y Larra. Entonces, en tierras de América, comienzan a resonar las grandes voces de sus aedas «románticos». Canta el uno la gesta emancipadora, el escalamiento de los Andes por los escuadrones libertadores entre un revuelo de banderas y un resplandor de sables, con acentos broncíneos que trascienden la oratoria desmelenada de los tribunos girondinos; canta el otro las pompas feéricas de los escenarios tropicales con el lirismo iluminado de *Los Natchez*. Aquél, nos hace ver la infinita amargura de la existencia y la inanidad de todas las cosas humanas con los brumosos colores del pesimismo leopardiano; éste, solicita el amor de una mujer inalcanzable con la fiebre y el arrebato de un Werther. El uno, es pindárico, el otro elegíaco; quien bucólico y pastoril, quien épico y marcial. El tropo impera como un sol deslumbrador. La descripción coloreada y abundosa desborda en cuadros hinchados de metáforas

Digitized by Google

e hipérboles. En las trovas de amor el corazón destila hasta su última gota de sangre. Las rimas, no por vulgares o comunes, dejan de sonar como sistros en una fiesta pagana. Y entonces, en ese mediodía aurisolar de la floresta americana, se alzan los cantos de los dioses coronados de rosas, Olegario Andrade, el grandilocuente pontífice de «Atlántida», Salvador Díaz Mirón, el tonante Júpiter mejicano; Gutiérrez Nájera, el sentimental y delicadísimo «Duque Job» de los madrigales, remembranzas y elegías; Juan de Dios Peza, el emocionado rapsoda del hogar; Manuel Acuña y Manuel M. Flores, los líricos encendidos de amor como amapolas sufrientes; José Mármol, el iracundo Juvenal de la tiranía rosista; Juan Zorrilla de San Martín, el aeda de la patria, el evocador de la raza aborigen desaparecida, el bardo patriarcal de la lira de bronce. Y con éstos, — los más difundidos, — los no menos inspirados y grandes Esteban Echeverría, Ricardo Gutiérrez, Carlos Guido y Spano, Joaquín Castellanos, Rafael Obligado, del parnaso argentino; Adolfo Berro, Juan Carlos Gómez, Antonino Lamberti, Gervasio José del Busto, Carlos Roxlo, del parnaso uruguayo; Julio Arboleda, Rafael Núñez, Mario Valenzuela, Rafael Pombo, Diego Uribe, de Colombia; Numa Pompilio Llona, Julio Zaldumbide, del Ecuador; Guillermo Matta, Martín José Lira, Carlos Morla Vicuña, Adolfo Valderrama, Eusebio Lillo, de Chile; Esteban Borrero Echeverría, José Varela Zequeira, Francisco Sellén, Rafael Merchán, José Clemente Zenea, de Cuba; Cecilio Acosta, Abigaíl Lozano, José Ramón Yepes, Francisco G. Pardo, de Venezuela; Clemente Althaus, Manuel Segura, Manuel Corpancho, José Arnaldo Márquez, del Perú; Santiago Vaca Guzmán, Manuel J. Cortés, de Bolivia; Justo A. Facio, de Panamá; Pichardo, de la R. Dominicana; Batres y Montúfar, de Guatemala, etc., etc., — cuya nombradía igualara, tal vez, a la de los citados antes si fuera más perfecto el conocimiento que los pueblos americanos tienen los unos de los otros. Y el numen poético de hispanoamérica ha sido, finalmente, modernista (es decir, «parnasiano», «simbolista», «decadente»), cuando en Francia se oyó el verbo impasible de Leconte de Lisle, o la siringa panida de Paul Verlaine, o el credo hermético de Mallarmé y dieron en el arte de encender vidriales, reproducir las nieblas milagrosas de las comarcas submarinas y visitar los jardines estelares, constelados de gemas ígneas, el egregio portalira nicaragüense, el rajah fabuloso de *Las montañas del Oro,* el renovador audaz de la métrica lírica Ricardo Jaymes Freire, y todos esos deslumbrantes pontífices de las misas milagrosas que se llaman Guillermo Valencia, José Asunción Silva, Julián del Casal, Leopoldo Díaz, Julio Herrera y Reissig.

Descripto el cuadro general de la lírica hispanoamericana, no por sucinto y esquemático menos fiel y verdadero, fácil nos será ahora justipreciar la categoría y significación del estro de este poeta que ahora me ocupa. En medio de ese panorama de portaliras siempre

Digitized by Google

sujetos a un canon o regidos por el ejemplo de maestros extranjeros, Fernán Silva Valdés aparece tal que un extraño caso de excepción, un fenómeno de individualismo exarcebado, un tipo único, aislado, curioso. Si no fuera el temor de parecer pintoresco tratando cuestión tan importante, diríamos que en este numen original se da, como por virtud de extraño antropomorfismo, la rebeldía e independencia del indio hecha materia poética. Tanto premioso cuidado en desligarse de extranjeras influencias y tan evidente propósito de ser, en el pensamiento y en la dicción, autóctono, racialmente americano, nos vuelven este poeta de ahora, culto y civilizado, en un verdadero aborigen, encendido con todas las llamas que le llegan del solar nativo. Puede, así, afirmarse, sin temor a un desmentido, que Silva Valdés es el poeta más americano entre todos los del continente.

En las nuevas generaciones, venidas después de las que hemos contemplado anteriormente, se ha hecho visible el esfuerzo para romper con los viejos moldes tradicionales y revestir el verso con un acento propio, más en consonancia con las inquietudes de la hora y la sensibilidad nueva. Laudable intención y meritorio esfuerzo. Pero, cabe advertir que las más de las veces si el propósito fué bueno, la realización resultó tan magra y servil como antes, porque los jóvenes poetas, a la manera de sus antecesores, comenzaron por ceñirse a un yugo o por alistarse en los cuadros de un falansterio. Del mismo modo que los vates de antaño fueron sacerdotes fidelísimos del clasicismo, del romanticismo, del decadentismo, estos de ogaño, tomando a su turno por modelos a Apollinaire y Marinetti primero, después a Jean Cocteau, Max Jacob, Pierre Reverdy y Nicolás Beaduin, dieron en el «ultraísmo», el «dadaísmo», el «super-realismo», el «simultaneísmo» y otras zarandajas por el estilo, que pueden ser cosas admisibles o explicables en los creadores de tales fórmulas, pero que resultan evidentemente simples actitudes simiescas en los discípulos, imitadores y corifeos. Así, por virtud de ese funesto vasallaje espiritual, con el cual los escritores de América aparecen siempre contraloreados por un meridiano que no es el de sus tierras, malograron sus virtudes creacionistas buen número de jóvenes poetas. ¿Cuántos nombres sobrenadarán en la ola de olvido que vendrá a barrer toda esa literatura fugaz, de un momento transitorio, vacua, sin raigambre ideológica, retorcida y a veces disparatada? ¿Media docena? Tal vez no nos quede más que uno, — el nombre de Vicente Huidobro, — si a tanto alcanza la buena voluntad.

Pero, entre toda esa juventud desorbitada, algunos espíritus claros, seguros de sí mismos, sinceros e independientes, se apartaron de las modas importadas, de los modelos exóticos, y buscaron su ruta, su camino de Damasco, dentro de sí mismos. Esos, sin ningún género de duda, son los que quedarán, porque nos han dado, sencillamente, honradamente, la moneda acuñada por su propio arte, no la copia servil

Digitized by Google

de un moneda ajena; y esos, todos los sabemos, se llaman Evaristo Carriego, Ernesto Guzmán, Arturo Capdevila, Sabat Ercasty, Juan Parra del Riego, Enrique González Martínez, Alfonsina Storni, Ramón López Velarde, Fernández Moreno, Juana de Ibarbourou y algunos pocos más así, de verdadera alcurnia intelectual. Y entre esos, y no el último por cierto, ya que es, por lo menos, el más original, en el sentido absoluto de la palabra, Fernán Silva Valdés.

Fernán Silva Valdés, que hizo su debut literario con un tomo de versos intitulado *Anforas de barro*, allá por el año 1913, escrito evidentemente bajo la influencia de Darío, Lugones y Herrera y Reissig, y que un poco más tarde, en 1917, todavía embriagado por los licores decadentistas, insiste con su segundo libro, *Humo de incienso*, en la preceptiva de una retórica ya en ese entonces bastante «démodé», reacciona de golpe como bajo el deslumbramiento de una brusca revelación. Sin vacilar un punto, escoge su nueva ruta y emprende la marcha con ánimo avasallador. En un solo momento, sale de la sombra y despierta a la luz. Con una certeza íntima y profunda, descubre el error en que vivía su espíritu y la verdad que se le ofrece ante los ojos. Entonces, varonilmente, sin asomos de egolatría — verdadera «catarata» de la inteligencia en los escritores mediocres, — reniega sus libros primigenios, tan contrarios a su propio temperamento, y se apresta para decirnos un nuevo credo.

Ese credo no lo ha escuchado de otros labios. Esa nueva poesía que ahora canta dentro de su ser no la ha aprendido de otros poetas. Es algo propio; algo que le brota espontáneamente de lo más íntimo de la entraña. Es su verdad. Es una cosa suya. Es él mismo: él, el criollo, el indio aborigen, que siente correrle por las venas los jugos de su tierra, y quiere ser él, el indio, el criollo, cantando su suelo y su raza. Y así, de golpe también, da ese salto enorme de que ha hablado Juana de Ibarbourou, que le traslada desde el vulgar amontonamiento de los poetas versallescos hasta el picacho enhiesto y solitario que consagra una reputación. Su nuevo libro — digamos, su primer libro, — lleva este nombre: *Agua del tiempo*.

Agua del tiempo es un jalón, un marco divisorio en la literatura hispanoamericana: señala el fin de una secular tradición y el principio de una nueva era. Su nuevo verbo, claro, preciso, deslumbrante, dice que en tierras de América ha concluído el vasallaje espiritual; que sus hijos, independientes políticamente de mucho atrás, recién ahora se hacen un alma propia para pensar y sentir poéticamente por su cuenta. *Agua del tiempo*, hablándonos de nuestras cosas, de nuestros problemas, de nuestros más íntimos sentires, es el Nuevo Testamento de los poetas del continente.

¿Cómo llegó a imaginar Silva Valdés esta substancial reforma de la lírica que ha hecho carne de belleza la sensación ruda del hombre primitivo y ha encendido un resplandor de astro en el fondo de la

Digitized by Google

más humilde ciénaga del terruño? Yo no hallo otra explicación sino la común y lógica que viene al ánimo del psicólogo en trance de hurgar el misterio de las cerebraciones. Pensando siempre en lo mismo, vale decir, en el tema de las habituales especulaciones espirituales — para valernos de las mismas palabras de Newton cuando explicaba el procedimiento que había seguido en su busca de las leyes de la gravitación, — nuestro poeta, meditando constantemente en la manera cómo nuestros cantores criollos expresaban sus más íntimos sentimientos y reflexionando al propio tiempo sobre la manera cómo los grandes vates hacían arte literario, llegó a obtener, tal que una demostración, la conciencia perfecta de que en la entraña de las cosas más vulgares y simples, y aun en la de las más torpes y bajas, existe una chispa de luz, una partícula de belleza, una molécula de emoción, factible de ser transformada en substancia de belleza a poco que el reactivo del arte — o si se quiere, del talento, — aparte las materias prosaicas y disuelva su grosería y estulticia. Al modo como Emilio Zola pudo decir un día que no existe asunto inmoral cuando es tratado con inteligencia, nuestro joven reformador se dijo sin duda que no había realidad circundante, por tosca que fuere, que no pudiera ser trocada en poesía si se la modelaba con las herramientas del arte. Entonces, puesto a ensayar su concepción cogió los raciales atributos del gaucho, (su rudeza, valentía, orgullo, independencia, respeto a la palabra empeñada, bravura y desprecio de la vida, fiereza e insensibilidad ante los cuadros de sangre, etc.) y buscó en la mota de barro la gotita de luz divina que hace grande al miserable, que es lo mismo que hallar la razón eficiente de las cosas y de los tipos sociales. Cogió luego las modestísimas prendas del gaucho (el poncho, el facón, el mate, las nazarenas) y sus útiles y bienes (el rancho, la carreta, la taba, el clarín, los potros), y hurgó en su miseria y vulgaridad, en sus pobres trazas y contornos grotescos, para sacar a luz la esencia poética que se esconde detrás del prosaísmo de lo útil, de lo bueno, de lo verdadero. Y cogió en fin la parla del gaucho, sus peculiares modos de decir, toda esa verba hecha de imágenes representativas y de transgresiones a la gramática, y a la manera como una moza agraciada vuelve simpático su ceceo o un guerrero transforma las líneas rudas de su rostro en perfiles roqueños de trágica grandeza, hizo de su verso, amasado con tan toscos materiales, una crátera historiada llena de hidromiel, un vaso de perfumes, una copa de eucaristía.

Es que Fernán Silva Valdés ha sentido con imperio irresistible las solicitaciones del terruño. Todas las voces minúsculas de la naturaleza están en él; todas las vidas primarias; todos los sentimientos y emociones sencillos y apenas esbozados. Por sus venas corre en raudales de fuego el sol de nuestras praderas. En su pecho hacen nido, como palomas que vuelven al monte al declinar de la tarde, los errantes perfumes de los yuyos silvestres, el lejano aliento de los trebola-

Digitized by Google

res. A su oído vigilante y amigo llega el concierto de los pájaros criollos, amigos del paisano, que anidan en la cumbrera de su rancho o se esconden en la fronda vecina o van a bañarse en el remanso del arroyo. En sus ojos está toda el alma del paisaje. Y así como el árbol, hundiendo sus raíces en el seno de la tierra, recoge de ella sus jugos vitales, y nutrido de ellos se expande en profusión de brotes y de ramas, y se empenacha de hojas y guirnaldas, y culmina en profusión de frutos, que devuelven a la luz del cielo en realidad manifiesta las substancias químicas ocultas y dispersas en las subterráneas galerías, así el poeta, nutrido con todas aquellas fuerzas elementales de su solar nativo, florece en cantos que trascienden el más hondo, profundo y emotivo regionalismo.

Pero no basta *sentir* el terruño. No basta *comprender* sus hombres. No basta *fraternizar* con ideas, costumbres y sentimientos de tiempos pretéritos, traídos por memorias tradicionales hasta nuestro corazón. Ahora es preciso expresar todo eso y perpetuarlo en el verso. Aquí, justamente, es donde surgen las dificultades.

He ahí un hombre que siente profundamente las cosas de su tierra: conoce bien al gaucho, ha hurgado bien a fondo en su psiquis, interpreta con rara fidelidad sus actos y palabras; enamorado de las prácticas camperas, experimenta las mismas sensaciones que el gaucho ante el cuadro de una «doma», la disparada de una «tropa», una jugada de «taba» o la marcha nocturna de una «partida» revolucionaria por los campos desiertos; ansioso de ser, a su turno, siquiera sea por un instante, uno de los gauchos de la tradición, lleva con soltura las prendas de vestir camperas, monta lindamente a caballo, aunque sea arisco o «bagualón» y churrasquea «a mano», sin tenedor, escogiendo bien el trozo donde pegar el tajo. Entonces, si este buen criollo sabe «aparear» consonantes y se goza en distraer sus ocios cantando las cosas del terruño. indefectiblemente lo hará de una de estas dos maneras: o se expresará — por falta de una mayor cultura retórica — con toda sencillez y espontaneidad, sin cuidar mayormente el estilo y la gramática, así como lo hacen los «payadores», los troveros campesinos, las gentes del pueblo; o se producirá — por sobra de lecturas literarias y conocimientos retóricos — con galanura y artificio, mechando metáforas y comparaciones en su elocución, siempre preocupado de hacer literatura.

En otro estudio he procurado diferenciar prolijamente lo que debe entenderse — en el género de la poesía gauchesca — por poetas «cimarrones» y por poetas «doctores». No tengo por qué volver sobre ese tema, que presumo haber agotado. Baste decir aquí que si el escritor se siente antes que nada escritor, es decir, si da primacía a la retórica sobre la esencia misma del criollismo, nos dará una obra de arte general, sin carácter propio, poco menos que extraña al criollismo. Es lo que les ha acontecido a Esteban Echeverría con *La Cautiva* y

Digitized by Google

a Ricardo Gutiérrez con *Lázaro*, en la Argentina, y es lo que les ha pasado, aquí en el Uruguay, a Magariños Cervantes con su *Celiar* y a los versificadores de *El Fogón* con sus décimas, romances, relaciones, vidalitas, contrapuntos y demás composiciones gauchescas. Toda esa poesía de poetas ciudadanos metidos a gauchos, de espíritus cultos remedando a los viejos cantores rústicos o populares, huele más a Hermosilla y Coll y Vehí que a fogón. La preocupación de hacer «estilo florido» según el canon romántico, desplaza totalmente la realidad y nos aleja de la emoción terruñera. Por ello, a pesar de todos sus defectos, de su crudo realismo, de su estilo desmañado, les preferimos a estas cultas composiciones las de Hilario Ascasubi, José Hernández, el Viejo Pancho, etc. Estos nos representan al gaucho en rudos brochazos de color; cantan como el zorzal, espontáneamente, sin música aprendida; aquéllos, con sus historietas románticas, sus décimas enruladas y toda la chafalonía gauchesca de que hacen gala en sus dicharachos y comparaciones, no nos dan ni remotamente siquiera la emoción del terruño.

Silva Valdés tuvo la intuición de que aquella poesía popular, ruda y sencilla, podía ser convertida en verdadera poesía, en poesía de arte superior. Para lograrlo, era menester, desde luego, conservar como «fondo» — digámoslo así — la materia o asunto criollo, eludiendo el «clisé» vulgar, la comparación sobada, toda terminología denunciadora de un léxico gaucho de bolsillo; y era menester, después, arbitrar una «forma» superior de expresión, sin retoricismo ni alifafes líricos, profunda y verdadera. Buscando la fórmula que consintiera aquella transformación, Silva Valdés creó sencillamente el «nativismo».

Para elevar a la categoría de verdadera poesía lírica el género poético gauchesco, se requiere, ante todo, que el escritor sepa refundir en un todo único, indisoluble y armónico, el espíritu y la forma, el asunto y la expresión, el criollismo y el lirismo. Es preciso que el poeta no exceda al gaucho, ni que el entendido en las cosas camperas aventaje al manipulador de tropos y consonantes. Ambos deben constituir un alma sola: el poeta, sin dejar de serlo un solo momento, ha de saber sentir como un criollo, y el criollo a su vez traducirse como un poeta. Sólo a condición de ese equilibrio perfecto, la poesía gauchesca abandonará su humilde sayal para revestir la túnica de la alta lírica sin dejar de ser legítima poesía criolla.

En la doctrina nativista, pues, el escritor ciudadano no se hace el gaucho, no finge una condición social que no le asiste, no muda en una palabra su personalidad. Modela, trabaja la arcilla criolla — rural o urbana — con perfecto dominio porque conoce todas sus características y virtudes; le infunde el soplo de su propia emoción, porque siente el terruño como hijo que es de él, y emplea en la realización una técnica moderna, universal, es decir, desvinculada de

Digitized by Google

escuelas, modas y maneras literarias. En tal arte, es más lo que se sugiere que lo que se dice; más lo que se evoca que lo que se pinta. Acercándose así al arte medular, la profusión verbal, las largas descripciones, la tan zarandeada terminología gauchesca, son substituídas por esas metáforas sencillas, exactas, representativas, de una claridad de relámpago deslumbrador. Tales metáforas deben, por lo demás, ser originales, es decir, nuevas, — porque la novedad, como nos lo enseña la más elemental estética, impresionando de improviso el espíritu del lector, si es bella y exacta, ensancha los horizontes del conocimiento y nos procura el sentimiento de haber acrecido nuestro caudal espiritual: gustamos una novedad por lo que encierra de sorpresa grata y por el descubrimiento que nos ofrece de lo que ignorábamos o no se nos había ocurrido.

Pero el «nativismo», tal como lo ha concebido Silva Valdés, no es una cosa inmutable en el tiempo. Hasta ahora, es verdad, se ha considerado siempre el criollismo como un fenómeno social típico, definido, invariable; y es ese un error que ahora viene a revelar nuestro poeta con sus poemas al «gringo», — al extranjero, al inmigrante, que se incorpora a nuestro medio. Hemos considerado, equivocadamente, que el gaucho ha sido siempre el mismo, y nos hemos hecho, para nosotros mismos, un tipo «standard» del hombre de nuestros campos, porque no hemos sabido observar la realidad ni atender a las transformaciones históricas del criollo. Durante los últimos tiempos del coloniaje, los primeros gauchos que se alejaron de los centros sociales, — hombres de trabajo y hombres de presa, hijos de familia «malas cabezas» y desertores, contrabandistas e infractores de la ley, que perseguían la autoridad del preboste, — formaron un tipo, bien diferenciado del gaucho que vino mucho más tarde, al que los españoles designaron con el nombre de «gauderios». Luego, todas aquellas gentes que vivían un tanto nómades en nuestros inmensos desiertos campesinos, dedicados a la ganadería, o asaltando convoyes de carretas, o robando «chinas» en los poblachos aislados, entremezclando su sangre con otras gentes extrañas — con el indio aborigen, con el negro, con el brasilero cuarterón, etc., — dieron origen a otro tipo, ya bastante diferente del primer tipo gaucho; y cuando llegó la gesta heroica de la primera independencia, en la montonera artiguista aparece el tipo del «tupamaro». Más tarde aun, durante las cruentas guerras civiles que ensangrentaron nuestras cuchillas, aparece un nuevo tipo de gaucho, el verdadero gaucho criollo, el que en la Argentina pelea en la conquista del Desierto y al que ha pintado definitivamente Hernández en su *Martín Fierro*, y el que aquí, en el Uruguay, conocemos por sus rasgos de bravura, de lealtad, de sacrificio y de honradez en las horas de guerra y en las horas de paz. Y más tarde todavía, ya en nuestros días, como quien dice, aparece un nuevo tipo del personaje, ese gaucho semi-ciudadano, mitad caudillo mitad polí-

Digitized by Google

tico, que el Viejo Pancho nos ha pintado vistiendo pantalón, calzando zapatos con «breetches» y concurriendo en auto a los «rodeos».

Pues si tanto ha variado con el correr del tiempo nuestro gaucho, ¿qué de extraño tiene que varíe ahora una vez más? He aquí que en nuestros campos aparecen «los hombres rubios», los que vienen de lejanas tierras para asentar aquí su hogar, constituir una familia y darnos el contingente de su labor. Mezclados sus hijos a los hijos del gaucho, una nueva estirpe se ajetrea sobre el surco: ahora, en las hondonadas bordadas con rimeros de cultivos o en los peñascales de las sierras moteados de novillos, se encuentran «chinitas» de ojos azules e indiecitos de cabellos rubios. El porvenir social y económico del país está en las manos de los descendientes del «gringo» y del gaucho ¿Por qué no cantar entonces a esos hombres incorporados al terruño, que son, por eso mismo, cosa de aquí, «gringos acriollados», hombres nuestros, nuevos elementos étnicos introducidos en el crisol de la nacionalidad? Si el tipo del hombre de nuestros campos ha evolucionado siguiendo las distintas condiciones de la vida y del medio, la poesía que pretende retratarlo con fidelidad también debe evolucionar. Y eso es, precisamente lo que consiente el «nativismo» de Silva Valdés. La poesía criolla, la que yo he llamado «cimarrona», ha cumplido totalmente su ciclo: es cosa concluída; desapareció ha tiempo ya con el último gaucho. La poesía pseudo-criolla, la que denominé de «los doctores», artificiosa, amanerada, a las veces cursi, con todos los alifafes y perendengues del estilo «florido», ya no podría intentarse siquiera sin evidenciar un mal gusto y una ramplonería inexcusables: el romanticismo está bien muerto y muy bien enterrado. Los escritores del momento actual no tienen, pues, otro camino a seguir que el del arte nuevo, — o, lo que es lo mismo, no podrán crear poesía nativa (la que antes decíamos criolla) sino condicionando sus facultades a la sensibilidad de la hora que viven.

Fernán Silva Valdés, que en su segundo libro, *Poemas Nativos*, había entonado un canto a los «Hombres rubios en nuestros campos», como una mera variante de su estro, acaso como un presentimiento de su actitud futura, vuelve en *Intemperie*, su tercer volumen de versos, a cantar al «gringo» («palabra chica que encierra un hecho enorme», dice en un verso bellísimo y profético), y lo canta entonces con todo fervor, con el mismo fervor con que antes cantara al gaucho, consciente de que «el hoy será tradición para dentro de cien años», — según expresa en otro verso admirable.

Los *Poemas Gringos* de nuestro poeta (incluídos en su libro *Intemperie)*, particularmente los que llevan por título «Bienvenida al gringo», «Poema a la extranjera», «Mi nuevo amor», «Canto al hombre esperado», «Cruza», no sólo reflejan la nueva vida de los pueblos platenses, mostrando la evolución padecida por los hombres de campo, sino que encierran en su entraña el soplo generador de una

Digitized by Google

nueva poesía americana. Esa salutación al inmigrante rubio venido de lejanas tierras y esa clara visión del porvenir cimentado en los brazos del trabajo, convierte lo lírico y lo circunstancial de la poesía épica en materia formal y eterna, de un indudable sentido universal. Tal que en una profecía, se nos revela el futuro; lo mismo que en una parábola, se nos instruye acerca del destino de América. Contemplando esos hombres nuevos curvados sobre el surco y esas muchachas jóvenes «que pagan un piropo con dos asombradas monedas celestes», el «nativismo» de Silva Valdés, más hondo y filosófico de lo que a primera vista parece, ya no responde únicamente al sentimiento de las nueva razas — sustitutivas de la tradicional raza gaucha, — sino que se lanza a la esfera superior de las adivinaciones, e ilumina el mañana, y se hace verbo del futuro de la estirpe. Esto, según se advierte, ya no es nativismo local, quiere decirse, de un pueblo determinado; es nativismo americano, o sea, de todos los pueblos del continente, vinculados por el idioma, la sangre, las ideas, las comunes tradiciones y el destino común.

Y después de esta etapa luminosa y grande del «nativismo», esta otra que ahora, recientemente, acomete nuestro inspirado cantor, — la de los «romances chúcaros». Es una vuelta, como quien dice, al hito de partida, pero ya adiestrada la conciencia por las enseñanzas recogidas en el camino. Silva Valdés, que cantó al indio, que cantó al gaucho, que cantó al «compadre» de los arrabales y a la «yiradora» nocturna de los grandes centros ciudadanos — en una estupenda galería de tipos nativos, característicos del medio rural y del medio urbano; — Silva Valdés, cuyo amor por la tradición propia no le cegó al punto de desconocer lo que la mezcla de razas supone para el futuro de América, entiende ahora, respondiendo al llamado de la sangre, que es necesario, si se quiere mantener el tipo americano, distinto al tipo europeo que podría imponer la cruza de razas, infundir en los hombres nuevos la mayor suma de espíritu español, una conciencia propia que responda a lo que siempre hemos sido: hispanoamericanos. El intento de los romances chúcaros es ese: que las nuevas generaciones, fruto de un cosmopolitismo un tanto desordenado, no reproduzcan el tipo viejo de las civilizaciones orientales (orientales con relación a nuestro continente, que tiene su rostro frente al océano Atlántico), sino que mantengan la mayor suma de espíritu criollo-español, que imponga el tipo nuevo creado por la cultura americana. Pero semejante intento no está realizado de un modo preceptivo. *Los romances chúcaros* no aleccionan sino «a posteriori», como que son meras sugerencias, sencillos ejemplos líricos, expresiones de un arte nativo en los que predomina el elemento racial. Leed el «romance de los potrancos azules», el de «la mula negra», el de «un amanecer», el de «una tarde», el de «una noche», el escrito «en alabanza de una paraguaya», el admirable «romance de los cuatro caballos negros», el

Digitized by Google

estupendo «Los Centinelas» (que reproduce, con renovado fuego emocional, aquel «Capitán de mis sombras», de *Intemperie*, la más grande de las poesías de nuestro poeta), y veréis de inmediato cómo en todas esas composiciones, que tienen algo de reposorios espirituales, el numen del artista parece complacerse en evocaciones terruñeras, patinadas por un dejo de españolismo ancestral. Es tal como la voz de un hombre hecho y derecho, independiente y fuerte, en la cual vibra, no obstante, el metal de la voz materna. Silva Valdés, cumplido gallardamente su ciclo, vuelve a la fuente originaria para ensayar el milagro de rejuvenecerla según las normas del espíritu moderno y de la nueva técnica.

⁂

Ahora, para comprobar que Fernán Silva Valdés es uno de los grandes poetas de América, y acá, en el Uruguay, uno superior tal vez al mismo Herrera y Reissig — que tan larga y justa nombradía ha alcanzado en el continente — analicemos de cerca su labor poética.

Por lo pronto, cabe observar que la estructura del verso se aparta deliberadamente de las reglas establecidas por la retórica tradicional. Aunque el poeta sabe hacer octosílabos, endecasílabos, alejandrinos, etc., como cualquiera que posea oído poético — ya lo ha demostrado con sus libros primigenios, — se ha complacido en seguir la técnica impuesta por las nuevas corrientes literarias y nos ha dado en *Agua del tiempo* y *Poemas Nativos* dos nutridas series de los mal denominados «versos libres» que rompen abiertamente, más que con la métrica oficial, con el verso de romance en uso para la lírica gauchesca, Y digo mal denominados «versos libres», porque el verso libre — el que conocen todos cuantos han tenido un texto de arte poética o de versificación en las manos — es, en realidad, otra cosa absolutamente distinta a estos que se empeñan en realizar los poetas de la nueva técnica. El verso «libre», o «suelto», o «blanco», es un endecasílabo sin rima, sencillamente. Ejemplos hermosos de versos libres nos han dejado Boscán, Acuña, etc., entre los antiguos, y Jovellanos, Moratín y Martínez de la Rosa, entre los modernos. Aunque de momento nos parezca esta clase de bordón más fácil de componer, puesto que es de rigor prescindir en él de la rima, resulta, por lo contrario, el que ofrece mayores dificultades, toda vez que la ausencia de la musicalidad que dan los consonantes o asonantes debe ser suplida por el ritmo yámbico que necesariamente debe tener un endecasílabo perfecto (el ritmo dactílico, es sabido, convierte en nuestra métrica al endecasílabo de «gaita gallega» en otro verso distinto). Esto, sin considerar que es visto como grave defecto emplear consonantes o asonantes en dichos versos: hay que eliminarlos no sólo en la rima, sino hasta en mitad del verso. Pero el «verso libre» de los nuevos poetas no es ese

Digitized by Google

de los viejos tratadistas; es otro verso sin medida, completamente arbitrario: puede tener dos, cuatro, diez, quince o treinta sílabas, y puede también llevar o no consonantes, y hasta mezclarse con metros clásicos, el endecasílabo, el alejandrino, etc. Son renglones cortos, nada más. Se diferencian de la prosa en que cada cláusula va escrita en renglones separados. Los poetas franceses de las postrimerías del siglo XIX, aquellos que más se singularizaron por su deliberado propósito de romper con todas las reglas tradicionales (Gustave Kahn, con sus *Palais nomades*, principalmente), fueron los introductores de este verso, cuya única regla arquitectural no es otra que ésta: el límite del verso no es otro que el que alcanza el aliento o respiración humana en una sola emisión, según las partes que constituyen una cláusula o período.

Semejante verso, evidentemente, se aparta hasta los antípodas del verso común a los troveros gauchos, — del viejo octosílabo, o romance. Pero es evidente también que Silva Valdés no pretende hacer versitos criollos ni amoldarse a las prácticas de la lírica «cimarrona». Al revés: busca exprofeso una dicción moderna que eleve la categoría de sus bordones hasta la de la lírica superior y universal. En su concepción de una elocución artístico-criolla, entra como factor básico el ritmo oracional — no el ritmo de la antigua métrica castellana, celosa del compás binario o ternario que rige todos los versos en uso en español, — sino el ritmo musical propio de la frase bien construída: algo así por el estilo de los versículos hebraicos, o sea, el «paralelismo». Apartándose entonces del metro romance, propio de los payadores y demás troveros populares, no vacila en escoger ese llamado «verso libre» que tiene la sencillez y espontaneidad del decir común y que sólo se convierte en poesía por su iluminación interior. Al hacer esto, Silva Valdés ha eludido la vulgaridad y ramplonería que de concierto propiciaban el verso octosílabo, el léxico empleado y la materia tratada; ha escapado al peligro de reeditar una vez más lo que todo el mundo había hecho hasta ahora, y ha impuesto a la vez a la poesía un sello propio de modernidad y alcurnia literaria.

No somos, por nuestro gusto, partidarios de tales versos, que se nos antojan prosa rítmica, cadenciosa, pero prosa al cabo; sin embargo, fuerza es reconocer que encierran, en tanto que modo de elocución equidistante entre el verso y la prosa (yo denominaría el género así: «verso polirrítmico», en vez de «verso libre»), elementos poéticos innegables y de una virtud comunicativa verdaderamente contagiosa. Si la falta de una medida regular, si la ausencia de los acentos prosódicos preestablecidos, obstan a la retención mnemotécnica y nos incomodan la percepción musical, — a la manera como un camino mal empedrado dificulta el paso, — es de justicia reconocer que la expresión del pensamiento gana en espontaneidad, en sugerencias y hasta en melopea. La libertad que consiente el no verse el

Digitized by Google

poeta engrillado por la medida métrica, da soltura y levedad a la dicción, un contorno más natural al período, una más ajustada precisión a lo que se tiene que decir. Juan Ramón Jiménez, el delicadísimo espíritu que más nobles y profundas sensaciones de arte nos ha procurado con su elocución poética, ha utilizado esta modalidad con tanta virtud y justeza que ella vale tanto como un acto de purificación espiritual. Ahora nuestro Silva Valdés alcanza, por el mismo modo, la perfección, sin esfuerzo alguno, antes bien, como si ese fuera su habitual decir.

Naturalmente, para que esta prosa «polirrítmica» o «verso libre» resulte verdadera poesía, debe contener determinados elementos que reemplacen la falta de aquellos otros exigidos por los tratados de retórica. La elocución poética, a la manera de la frase musical que es una trabazón de acordes, debe ser una cadencia fácil y grata al oído; el concierto de las palabras vulgares o rudas con las de más clara estirpe, debe hacerse mediante nexos que esfumen hábilmente la transición; y, sobre todo, las imágenes, — novedosas, sugerentes, exactas y limpias de oropeles, — procurarán dar nobleza y gracia a sus términos de comparación.

Leed «Guitarra», — la hermosa composición que sirve de pórtico a «*Agua del tiempo:*

Guitarra,
Cómo estás de aburrida!
Con todas tus cuerdas rotas y revueltas,
Pareces una de esas mujeres indolentes
Que ya ni se peinan de desengañadas.

Aplicad la métrica a esta estrofa: el primer verso tiene 3 sílabas; el segundo, 7; el tercero, 12; el cuarto, 14, y el quinto, 12. No puede darse mayor desconcierto, sobre todo si se atiende a que no se hallan ahí más que dos versos regulares, el heptasílabo y el alejandrino (este último compuesto de dos heptasílabos). Pero en tanto que el 2º verso lleva los acentos prosódicos en la 3ª y 6ª sílabas, el 4º lleva acentuados cada uno de sus hemistiquios en la 2ª, 4ª y 6ª sílabas. Comparad ahora los versos 3º y 6º: ambos cuentan 12 sílabas, pero mientras aquél está hecho de la junción de un octosolísibo y un pie quebrado de cuatro sílabas, éste está formado con dos redondillos menores (el 1.er hemistiquio con la acentuación clásica en la 2ª y 5ª sílabas; el 2º hemistiquio con la acentuación en 1ª y 5ª). Semejante mezcla de ritmos dispares da a esos cinco bordones todas las características de la prosa, — agravado aún el caso por la circunstancia de no encontrarse al cabo de los versos ni un consonante ni un asonante. Poned esos cinco renglones uno a continuación del otro y obtendréis una cláusula de elocución vulgar. Y, sin embargo, la impresión que recogemos — leída cadenciosamente la estrofa — es de verdadera

Digitized by Google

poesía. La razón es ésta: cada bordón constituye una frase completa, y cada frase tiene su ritmo perfecto; no hay encabalgamiento (lo que la retórica francesa llama *enjambement)* del final de una frase sobre el comienzo de la siguiente. Es, según se advierte, algo parecido a la ley que preside, en el arte musical, a los acordes disonantes.

Pero, dejando la estructura de los versos, analicemos, el léxico o el material de las palabras-signos. No son éstas, tampoco, muy famosas: «aburrida», «rotas», «revueltas», son palabras vulgares, de la elocución común; la misma frase «que ya ni se peinan» es de contorno prosaico y hasta familiar. No obstante, ni una sola de tales palabras está empleada caprichosa o tontamente; ni una sola disuena o choca por su mala traza. Pudo haber escrito el poeta «triste», «apenada», silenciosa» en vez de «aburrida»: la dicción hubiera sido, acaso, más elevada y elegante; pero no hubiera ganado nada en exactitud y graficismo. La palabra-signo «aburrida» reasume los conceptos de tristeza, hastío, pena, mudez; y acomodándose a la vez a la humildad del sujeto — se trata de una guitarra, no de un laúd ni de una lira — y al entono natural de la poesía gauchesca, expresa con espontaneidad y sencillez el pensamiento del cantor. Debido a todo esto, la cláusula: «guitarra, como estás de aburrida!», no nos da la sensación de algo prosaico, trivial o desmañado, sino, al revés, la de lo que es natural, lleno de frescura. Es que, en realidad, las palabras del vocabulario no son toscas o rudas, bellas y limpias por sí mismas; su belleza o su fealdad se hace manifiesta dentro de un determinado concepto, según lo que se quiere expresar, de acuerdo a los nexos oracionales que las conjuntan.

Y, finalmente, cabe considerar el rol que juegan dentro del verso las metáforas o imágenes. En la estrofa que examinamos, se compara a la guitarra abandonada por su dueño, con todas las cuerdas rotas y enmarañadas, a esas mujeres indolentes «que ya no se peinan» en medio del desencanto o del hastío que ha venido a matar su coquetería femenina. Es indudable que esta representación figurada tiene una gran fuerza de evocación por su exactitud y graficismo. Desde luego, la forma misma del instrumento remeda a maravilla la cintura y las caderas de la mujer. No hay que hacer un mayor esfuerzo imaginativo para representarse las cuerdas «rotas y revueltas» como la cabellera que no se cuida ni peina. Entonces, esto mismo, — el acto de peinarse, — que nada tiene de poético, asume un carácter ritual que ennoblece lo vulgar y hace bello lo feo. Una mujer abandonada, sucia, de revueltas crenchas, que descuida el poner aseo en su cabeza, es cosa desagradable de ver, no cabe duda; pero ahí, en la estrofa, colocada como término de comparación con el clavijero de la guitarra de cuerdas rotas y revueltas, reviste una fuerza de sugerencia estética tan propia y justa, que se trueca en un símil insustituíble. Desde ese punto, todo el concepto se eleva y el verso fulge con

Digitized by Google

una llamarada propia. De la misma entraña de las palabras prosaicas emana la emoción de lo bello. Una metáfora original — sencilla y oportuna — ha realizado el milagro.

Me he detenido a analizar esta estrofa para hacer ver al lector el arte sutil de Fernán Silva Valdés: la habilidad taumaturga con que manipula los vocablos; sobre todo, la genialidad con que convierte la materia tosca del criollismo en substancia imponderable de belleza. Por tal modo y merced a tales recursos, no existe tema vulgar, bajo o despreciable que no resulte hermoso en manos de nuestro poeta. Todas sus composiciones, todos sus versos son así: un milagro alzándose del lodazal de la vida; un resplandor encendiéndose en la materia. Ora cante a su poncho viejo, ora a la carreta desvencijada que rueda por los enlodados caminos, ya se refiera a la tosca calabaza donde se ceba el mate, ya a la muchacha que deambula por la ciudad entre dos luces para ofrecerse a los hombres, siempre saca de lo astroso un estremecimiento de estrella. Hablando con las palabras del vulgo, con los mismos giros gramaticales de los troveros analfabetos, empleando locuciones y modismos que están en la costumbre de las conversaciones diarias, hace arte superior, logra legítima poesía lírica como nadie la ha logrado hasta ahora con tan paupérrimos elementos. Recordad su descripción de la espuela («La Nazarena»), ese rosetón de fierro «que tiene pinchos en lugar de pétalos», de grandes rodajas, sucias de sangre negra, enhebradas de «flechillas» y yuyos:

Eres una moneda que ha echado dientes;
Eres una moneda
Que a golpes de trabajo y a golpes de belleza
Ha subido hasta estrella.

Recordad su canto «El buey», en el que se nos pinta el pacífico animal con su triste traza, caminando torpemente, cual si le pesara «el trozo de sexo que le falta», embarrado, inofensivo, obediente al yugo, cubierto en cualquier estación por un pelo viejo de invierno: de pronto, de toda aquella miseria, se alza una claridad verdaderamente evangélica y un soplo de eterna poesía inmortaliza la materia bruta:

Es bueno, más que bueno;
No tiene ni un pecado, y sin embargo
Se castiga los lomos con la cola
Como con un cilicio.

El arado es su perro y es el yugo su cruz.
La claridad del día lo sorprende en el campo
Soplando humo de aliento a lo largo del surco;
Es tan madrugador, que todas las mañanas
Por entre sus cuernos se levanta el sol.

Digitized by Google

Recordad «El mate dulce», la pobre calabaza venida a menos, bordada toscamente a punta de cuchillo, que circula de mano en mano en velorios y fiestas, dentro de las obscuras cocinas, a la puerta de un rancho:

Tu boca redonda y abierta
Rodeada por un aro de plata,
Se parece al bostezo de la negrita
Que te lleva y te trae.

En «El Poncho», — esa prenda de vestir tan útil como poco propicia a sugerencias de belleza — el poeta nos representa el suyo, un pobre poncho viejo, ya perdido el color, todo prendido aún de abrojos amarillos, algo deshilachado y roto, al que, para que se oreara, ha dejado extendido sobre un cerco durante la noche y encuentra al amanecer duro y rígido «como si el viento se lo hubiera puesto». Y uniendo entonces en espiritual maridaje su propia vida a la que presta a la humilde prenda, dice con recóndita emotividad:

Poncho: cuando te extiendo no cabes en el cuarto;
Te pasa lo mismo que a mí me pasaba:
Cuando vine del campo no cabía en el pueblo.

Otro hermosísimo ejemplo se nos ofrece con «La Yiradora». Danle las gentes este nombre, aquí en las ciudades del Plata, a la «buscona», — esa mujercita fácil, toda pintarrajeada, vestida llamativamente, que sale al anochecer a corretear las calles («yirando», girando) para pescar un hombre. Escoria de la marejada humana, triste desperdicio del eterno femenino, flor marchita que se empeña en remedar el aliento del amor, no posee mayores atributos para inspirar un canto de delicado lirismo. Sin embargo, nuestro poeta, mirando tan pobre ser, la dice:

Ella es la mujer mala, la maldita;
Flor de carne que se abre entre dos luces
Y en cada madrugada se marchita.

Anda rítmicamente, anda serenamente;
Una voz, al pasar, le pone feos nombres
Que aunque mucho la enojan, paga en sonrisas bellas,
Porque ella es de los hombres
Como son de la noche las estrellas.

. . . . . .

Se pinta, se perfuma, se sonrosa
Como un amanecer
Y así se ofrece;
Es un leño oloroso que florece
Antes de arder.

Digitized by Google

Así, de este modo, con vocablos comunes, sin grandes adjetivos de aparato, en locuciones de conversación familiar, va el poeta diciéndonos cosas bellas, inesperadas, deslumbrantes.

Cardenal,
Pájaro americano de copete rojo;
Yo no sé como Rosas
No te hizo obligatorio.

Esto es, como se ve, la parla misma del pueblo, sin pretensiones, sincopada, en la que hay que adivinar la mitad del pensamiento enunciado. Sin embargo, de ese «copete» rojo (un meticuloso estilista diría: «penacho»), va a salir una figura exacta y original, que trocará lo vulgar en maravilla de representación. Véase:

Cardenal,
Yo te he visto volar en el alba crecida,
Portador de la mecha
Para encender el día;

Y he notado que al rato,
Tu canción fresquita y mojada
Venía apadrinando la madrugada.

«He notado que al rato», — ¿puede darse mayor prosaísmo? — «Tu canción fresquita y mojada», — ¿no es así como habla el pueblo? — «Venía *apadrinando*», — ¿no es una dicción genuinamente gaucha? Pues, he ahí cómo de semejantes elementos rústicos ha salido ese joyel primoroso que se intitula «El Cardenal».

Con igual arte, con la misma sencillísima maestría, que no deja vez a vez de sorprendernos, Silva Valdés se encumbra hasta lo magnífico y fabrica imágenes de una alcurnia verdaderamente real. Yo no conozco en toda la lírica hispanoamericana — y casi estaría por decir, en toda la lírica universal — una composición de mayor vena poética y de imágenes más sugeridoras y delicadas que esa denominada «El Indio» del libro *Agua del tiempo*. Como este aserto mío podría considerarse ahora una exageración, acaso un rasgo de excesiva bondad para el poeta amigo que admiro tanto, se me consentirá un sumario análisis de dicha composición.

Comienza el poeta presentándonos su protagonista sin ninguna prosopopeya, en términos corrientes, según su manera propia de escribir; pero, el lector advertirá, entre líneas, la suma de sugerencias que ya apuntan en estos cuatro rasgos acerca de los orígenes de la raza aborigen, la indeterminación de su estirpe y el misterio de su cuna.

Venía
No se sabe de dónde;
Usaba vincha como el benteveo
Y penacho como el cardenal.

Digitized by Google

¿Para qué más? En esta muestra de «concicismo», tenemos toda un agua-fuerte. La figura del tipo autóctono se alza en nuestros recuerdos, y, sin haberle conocido, nos lo representamos. Es el indio charrúa y no cualquier otro indio de otros países o regiones. Es el primitivo señor de nuestro territorio, surgiendo de la noche de lo ignorado, presentándose en los tiempos de la conquista ante la luz de la historia después de haber permanecido oculto durante otro tiempo innumerable en el fondo de la selva originaria.

Si no sabía de patrias sabía de querencias.
Lo encontró el español establecido;
Pescador en los ríos, cazador en los bosques,
Bravío en todas partes y cerrándole el paso
Con arreos de guerra, vivo o muerto;
Siempre como un estorbo, siempre como una cuña
Entre él y el horizonte.

Aquí, en estos dos versos finales, está toda la epopeya india, toda la historia y significación de la conquista, toda la grandeza también de aquella raza desaparecida que defendió su terruño, su hogar, su estirpe (¿y por qué no su patria?) hasta extinguirse el último individuo en una llamarada de heroicidad. La expresión «como una cuña» traduce fielmente esa resistencia porfiada, tenaz, salvaje al conquistador blanco, y representa a la vez la acometividad empeñosa y no menos salvaje de los extranjeros que avanzaban sobre los horizontes desconocidos y se hundían en el desierto, en el misterio y en la muerte. Son dos versos magistrales de evocación.

Y ahora, la descripción del tipo, física y moral:

Modelado en barro de rebeldías,
Pasa como una sombra, desnudo y ágil,
Por los senderos ásperos de la leyenda.
Esbelto, musculoso, *retobado en hastío,*
Entre el cobre y el rojo estaba su color;
Una señal de guerra le hacía punta a su instinto,
Y entonces *por sus venas*
En vez de correr sangre corría sol.

Parece inútil advertir que lo subrayado va por mi cuenta. Silva Valdés trabaja sus expresiones, cincela su pensamiento, mezcla y combina los vocablos tal que sus colores el artífice pintor, sin preocuparse de señalar al lector ninguno de sus intentos. Pero el lector premioso en descubrir el origen de sus sensaciones estéticas, no puede menos de hacerse cargo del vigor y justeza de la metáfora del primer verso, de la originalidad de la expresión «retobado en hastío» mitad criolla mitad culterana, de la sutileza y exactitud del tropo «le hacía punta a su instinto», y de la elegancia de la conversión o epanadiplosis encerrada en los dos versos finales.

Digitized by Google

Un poco más adelante, dícenos el poeta:

Como los troncos de la flora indígena
Era duro por fuera y era duro por dentro;
Su única dulzura temblaba en su lenguaje,
Como en las ramas de la flora india
Tiemblan las pitangas.

Vadeaba los arroyos en canoas;
Entraba a las querencias de las fieras,
O ambulaba durante varias lunas
En una aspiración horizontal
— Curtido de intemperie,
Rojo de sol o húmedo de tormentas —
En los días rayados de chicharras
O en las noches tubianas de relámpagos.

Esto es ya grande y magnífico. La originalidad de las imágenes justifica el dicho de aquel escritor chileno que vió en Silva Valdés un «espléndido cazador de metáforas».

Pero ahora van ustedes a apreciar cómo remata el poeta su bellísima composición:

No sabía reír ni sabía llorar;
Bramaba en la pelea como los pumas,
Y moría sin ruido, cuando mucho
Con un temblor de plumas, como mueren los pájaros.

Esta figura de pensamiento, denominada símil o comparación por los retóricos, que no cabe confundir con la alegoría ni la metáfora, — es de una delicadeza y de una gracia tan racialmente estéticas, que su ideación presupone una lumbrarada de genio. ¿Quién no ha visto alguna vez la agonía de un pajarillo? Ese pequeño ser, todo vivacidad y bulla, flor animada que salta y retoña de rama en rama, se escapa de la existencia con un leve temblor de su plumaje. Su muerte silenciosa, muda, nos habla tal vez más hondo al alma que la muerte del león, empenachada de rugidos. Es una vida minúscula que se va sin protestas, resignadamente. Es una llama que se apaga en un erizamiento de terciopelo. Y así, de ese modo, ignorado y silencioso, ha visto el poeta la muerte del indio.

Imágenes como esta de una originalidad y belleza indiscutibles, se encuentran a montones en los libros de nuestro poeta, y basta abrir cualquiera de ellos al acaso, por cualquier página, para comprobarlo. Con una prodigalidad de potentado, que certifica la riqueza de su imaginación constructiva y el vigor de su asociación de ideas, las concibe y las estructura sin que obste la parvedad o desgaire del tema. Canta, por ejemplo, un rancho de terrones, uno de esos ranchos obscuros, tristes, sórdidos, miserables que se encuentran por doquiera en medio de

Digitized by Google

nuestros campos, y lo hace con tanta comprensión y emotividad que las palabras de su descripción se traban y anudan en guirnaldas de belleza:

Retobado de barro y paja brava;
Insociable, *huyendo del camino,*
No se eleva, se agacha sobre la loma
Como un pájaro grande con las alas caídas.

Gozando de estar solo,
Y atado a la tranquera a ras de tierra
Por el tiento torcido de un sendero,
Se defiende del viento con el filo del techo.

. . . . . .

Es viejo ya, sus quinchas han visto tres patriadas;
Agringarse los criollos, acriollarse los gringos;
Si no le salen canas, le nacen cicatrices,
Y aceptando el destino de concluir en tapera,
Mira pasar los años y crecer los gurises
Echado boca abajo y con el lomo al sol.

En los atardeceres en que se pone triste
Revisa sus recuerdos de un vistazo hacia dentro
Y encuentra cuatro fechas que lo hicieron vibrar;
Cuatro fechas que son
Los puntos cardinales de su emoción:
Una boda, un velorio, un nacimiento
Y una revolución. (1)

Canta luego a un río, a cualquiera de esas culebras azules que van recorriendo el territorio en una reverberación de escamas, y le dice al observar sus espumas aquietándose en las orillas:

Eres como los hombres cuando se enojan,
Y eres como los hombres cuando ríen,
Que siempre lo hacen mostrando los dientes. (2)

Contempla la inquietud de un pájaro que entra y sale en el tronco del árbol donde hizo nido, y se le ocurre:

Y un churrinche, inquieto en su plumaje rojo,
Entraba y salía *como un golpe de sangre*
Por el corazón del árbol. (3)

(1) *Agua del tiempo,* «El rancho».
(2) Id., «El río».
(3) Id., «La siesta».

Digitized by Google

Si es que no da en el donaire de definir un nido de este modo:

Un nido es una flor color de pájaro
Cuyo perfume
Entra por los oídos. (1)

Se enfrenta después a uno de esos toscos corrales de piedra, grisáceos y áridos, apisonados de tierra negra, con alguna mata de cardo borriquero y muchas tortas de estiércol, que sirven para encerrar vacunos, y expresa:

En otros tiempos fuiste un grande anillo,
Tosco anillo nupcial para las bodas
De la barbarie con el trabajo. (2)

Nos describe una destartalada carreta que va trashumante por los desiertos caminos, hundiéndose en los bajíos cenagosos, atravesando cañadas que le cuelgan sus líquidos flecos, siempre triste, siempre cabeceando como una vieja de desastradas ropas, midiendo el largo de los «pagos» entre el continuo plañido de sus ruedas, y advierte:

lleva un dolor de ejes como un dolor de huesos. (3)

Se ha detenido a observar el campo en uno de esos días del verano en que una fracasada tormenta se disuelve en el cielo, y comprueba:

Está lloviendo con sol,
se ha de componer el día,
y cuando llegue la noche
a pasos lentos,
el cielo se habrá dormido
con los ojos abiertos. (4)

Coge en sus manos un clarín, un viejo clarín de guerra, atado por el lazo de una divisa a la historia del terruño, y le canta así:

Viejo clarín de las revoluciones,
cuando dabas tu toque de carga
eran un espolín hincándose en las almas. (5)

(1) *Agua del tiempo*, «El nido».
(2) *Poemas Nativos*, «Corral de piedra».
(3) Id., «La carreta».
(4) Id., «Paisaje de verano».
(5) Id., «El clarín».

Digitized by Google

Se extasía ante un amanecer y halla imágenes como las siguientes:

. . . . . el alba
es como un friso rosa
chispeado de pájaros.
. . . . . .

Está aclarando el día, los pájaros del alba,
entre trinos y vuelos,
se han comido toditas
las estrellas del cielo. (1)

Ahora se vuelve hacia la figura recia del viejo gaucho de las patriadas. Su pintura precisa, evocadora, toda en rasgos crudos, sin oropeles ni medias tintas, nos habla de un rostro tostado y dos ojos de brasa, de una boca que se enciende en medio del matorral de las barbas y de una frente que es nido de experiencia y de memoria:

En el claro de su frente iba como pintada
Toda la geografía de la comarca.

Este viejo criollo, que «se tuteaba con cerros y caminos», guapo, franco, leal, cruza los campos de epopeya seguido por sus huestes, conducido por el amor de su divisa. Al cabo de sus jornadas, acampa para dar un resuello a las cabalgaduras y saciar el hambre con la carne barata del ganado de nadie.

Luego pagaba su almuerzo y su cena
Dejando sobre la mesa verde de los campos
Las grandes monedas de plata
De los fogones apagados. (2)

Y después, todavía, convierte sus ojos hacia la hija del inmigrante que ha venido a poblar el desierto campesino, moza sana y fuerte, inocente y animosa, no muy ducha en oír los requiebros del criollo, y comprueba

Que pagan un piropo
Con dos asombradas monedas celestes. (3)

Y bien, esta facultad extraordinaria para crear imágenes, es lo que da a Silva Valdés superioridad sobre Herrera y Reissig. No hablemos de los temas: es harto sabido que el refinado autor de *Los éxtasis de la montaña*, por su despego de las cosas terruñeras, que

(1) *Poemas Nativos*, «Cacharros».
(2) *Intemperie*, «El caudillo».
(3) Id., «Mi nuevo amor».

Digitized by Google

consideraba indignas de preocupar a un artista, no cantó sino personajes exóticos y paisajes extranjeros. Silva Valdés, en cambio, se complace en describir cuadros locales y en pintar personajes tales que el gaucho, el gringo, etc. Pero, en la escritura, en la escritura artista no es menos grande la disparidad, y a las veces asume la proporción de una antinomía. Herrera y Reissig cifra todo su arte en el alambicamiento de la frase, en la elección del vocablo de preclara estirpe, en el adjetivo, el verbo o el modo adverbial que pinta, cincela y esculpe. Silva Valdés, a su turno, no tiene mayor cuidado que en hacer corriente su elocución, en valerse del vocabulario del pueblo, en concretar su pensamiento en una figura alegórica, así como las imaginan las gentes sencillas. Herrera y Reissig pasea por los senderos de sus estrofas al Príncipe Adjetivo: vacunos «solemnes», «agrio» gallinero, soles «convalescientes», gestos «ambiguos», modos «paulatinos», charcos «panteístas», álamos en «éxtasis», miradas «amatistas», músicas como la «sacerdotal» del cuerno, campesinos de rostros «opacos», palomas «violetas», aire «lila», corazones «blancos», etc., etc. Fernán Silva Valdés prefiere a la Señorita Metáfora y con ella de bracero recorre valles y serranías, éntrase en las más humildes viviendas campesinas, admira el contoneo de comadre de una carreta, el galope de unos potros en medio de un nube de polvo, los arabescos de un pericón sobre el paisaje. Y en esta justa del estilo trabajado y del estilo espontáneo, de la palabra que colora y de la imagen que evoca, del verbo elegante pero impasible como un arma historiada y del verbo plebeyo como un grito del corazón, es evidente que la primacía no corresponde al orfebre, sino al agreste cazador de estrellas.

Y otra diferencia que da también a Silva Valdés la primacía sobre Herrera y Reissig es su emotividad poética. El autor de *Los Parques Abandonados* es todo sensación, — refinamiento y exquisitez; el autor de *Poemas Nativos* es todo emoción, — amor y sentimiento. El uno es pura música verbal; el otro, concepto y substancia. Si se me consintiera la comparación por medio de artes distintas, diría que Herrera y Reissig es Mozart, en tanto que Silva Valdés representa a Beethoven. El primero hace poesía «pura», inmaterial, alada, sin otra preocupación que la de hacer música; el segundo hace poesía «trascendente», realista, temática, cuidando penetrar hasta la conciencia para depositar allí el germen de una idea. Por tal modo, mientras el aristocrático solitario de la «Torre de los Panoramas», por abominación de su «aldea» nativa y de sus gentes opacas — burgueses espesos e ignorantes, — vive imaginariamente en París o pasea por países de Arcadia, cantando Trianones, pastoras de abanico, horizontes lívidos, montañas espectrales, rosas exangües como princesas enfermas y sonatinas de flauta entre un boscaje de Watteau, — el trovador trashumante de los caminos gauchos, por amor de las gentes humildes y

Digitized by Google

de los paisajes que los envuelven, no quiere desentenderse de la realidad americana, y canta como un «milonguero», — pero como un milonguero genial, capaz de iluminar los vocablos más insignificantes:

Aquí me pongo a cantar
Al compás de esta guitarra;
No tiene cintas celestes
Ni blancas ni coloradas;
No es guitarra con bandera,
No es nada más que guitarra.
. . . . . .

Lo que tengo que decirles
A toditos interesa,
Tanto al criollo como al gringo,
Basta que esté en esta tierra:
Por dentro somos iguales,
La diferencia es por fuera.

Pero esa diferencia
Se ha de borrar a la larga;
El sol y el aire de América
Han de emparejar las caras;
Cuanto a las almas, *hay una,*
Ni blanca ni negra: humana.

Alguna vez se ha dicho que Silva Valdés no es sino un extraordinario creador de imágenes, dándose a entender que descuida el pensamiento y no aporta ninguna hondura filosófica ni inquietud espiritual. Quien tan temeraria absoluta se ha consentido aducir revela no poseer mayor espíritu de observación ni perspicacia crítica. Si en estos menguados tiempos que vivimos — de poetas fofos y huecos, llenos de palabras de viento, ni siquiera inteligibles, — si en estos tiempos de improvisación infecunda y de sugestiones que no sugieren nada, como no sea algo el flato verbalista y la soncera calificada, existe un poeta que dice algo porque antes ha pensado hondo, ese es Fernán Silva Valdés. Yo no sé, ni procuro averiguarlo, en qué corrientes metafísicas navega nuestro hombre, y más todavía ignoro si alguna vez, en sus correrías de lector curioso ha saludado los libros teosóficos; pero, sea por modo natural e inconsciente, sea porque en alguna ocasión la «doctrina secreta» de Blavasky le puso en contacto con ciertas ideas y concepciones del misterio, la verdad es que el vate se arroja a abismos de representación de la supervivencia de los seres que no pueden hacerse sino los que cultivan la filosofía en los jardines de su espíritu. Ya habíamos tenido revelador indicio al leer en *Intemperie* la magnífica poesía «Capitán de mis sombras», — acaso la más bella y de más entidad espiritual entre todas las del poeta; pero ahora, en *Los romances chúcaros,* la intitulada «Los Centinelas» viene a descubrir-

Digitized by Google

nos que aquella actitud espiritual no fué cosa impremeditada y de momento, sino la consciente reacción del que responde a una ideología definida y mascullada. En el «Capitán de mis sombras» cuéntanos el poeta cómo cruzando campo, solo con su caballo, se ve de pronto escoltado por el escuadrón de sombras de sus antecesores:

Borrosos en sus barbas y en sus melenas
Los voy reconociendo:
Aquel es don Francisco Solano Antuña,
Servidor de la patria;
Ese otro Juan Venancio Valdés, guerrillero de Oribe;
Y Calixto Muñoz, con su escuadrón de locos;
Y José María Silva,
Defensor de la plaza civil de la Florida;
Y Dámaso, su hermano, que murió fusilado;
Y subiendo en la hebra del mismo apelativo,
Don Antonio Teodoro, padre de los mentados,
Que peleó en Sarandí sin salir de sus campos;
Y mi padre, mi padre en su caballo overo,
Mismo como el del «Fausto»,
Overo en cuyos lomos aprendí a ser abrojo.

Toda esa horda de espectros acuden al muchacho que va cortando campo, solo con su caballo, para «tapar su trillo» y darle la asistencia de su sangre. Le han visto pequeño y desamparado, luchando bravamente con la vida, abriéndose camino a esquinazo de hombro, y le traen desde ultratumba el aliento varonil que les animó a ellos cuando vivían, cuando luchaban, cuando sus cuerpos hercúleos proyectaban una sombra bajo el sol. En ese retoño que hoy ilustra su nombre patricio en otra gesta distinta a la que ellos realizaron, pero no menos bella y heroica, reviven las sombras, los grandes gauchos desaparecidos, la vida de estos tiempos que alcanzamos; por los ojos del muchacho ven nuevamente la luz aquellos ojos hueros; por su boca rosada y fresca gritan aquellas bocas amarillas y desdentadas. Es una supervivencia; una verdadera reencarnación. Y así, de pronto, culmina el episodio:

Y yo que sin quererlo voy en la punta
Insisto en comer cola, respetuoso, asombrado,
Deseo dejarlos pasar adelante,
Hasta que uno me grita *desde su cerrazón,*
Parado en los estribos:
«Hacé punta, muchacho, no te achiquen las barbas,
Si el más sabio, el más viejo, el más toro sos vos.
Sos la suma de todos,
Florecés y te alzás de nosotros
Como el árbol se alza de sus raíces.
Nosotros desde abajo te nutrimos
De criollismo;
Sos la punta florida de cuatro apelativos;

Digitized by Google

Cierto que estamos ciegos,
Cierto que estamos mudos,
Mas cuando vos cantás
Nos sentimos cantores en las sombras
Porque vos sos nosotros cantando por tu boca,
Y el ansia de cantar que en vida mantuvimos
En tu boca, muchacho, se hace vos;
No te achiquen las barbas y hacé punta
Que para eso sos el payador.»

Y al galopón por los campos sonoros,
Llevado por el viento y el polvo que ellos soplan,
Punteo sin quererlo — capitán de mis sombras —
Cuarteador de la Muerte,
Luminoso, embrujado,
Envainando mi cuerpo en la noche al bracear del caballo.

La idea, según puede verse, es de verdadera grandiosidad épica; más su real categoría radica no ya en su representación alegórica, en su concepción novedosa de figura poética, sino en su hondura filosófica y en su virtud de sugerencia. Pues bien; mayor enjundia metafísica, si cabe, luce el pensamiento animador de «Los Centinelas». Aquí, ya no es el ser vivo el que se nutre con la savia de sus muertos; aquí no es ahora el muchacho quien recoge la herencia de sus antecesores y florece ante el sol como el último vástago de todas aquellas raíces ocultas en las sombras, soterradas. Ahora es él quien da su sangre a los espectros; el que los anima; el que los hace revivir. Al trote de su «pingo», tajea montes, cruza cañadas, traspone lomadas y cuchillas, vuelve a hundirse en la maraña, las carnes tajeadas por las ramas bravías, los nudos del «molle», las espinas de los «talas». Y así va, como ciego y sangrante, hasta encontrar un lago en medio del bosque, en cuyas limpias aguas lava las heridas de su cuerpo y disuelve la sangre que le mana del rostro. Entonces, otra vez, los turbios fantasmas de sus antecesores se remueven y aparecen entre la umbría del monte:

Y llegaron al lago teñido en mi sangraza;
Sus caballos, escuálidos de trabajos y guerras,
Mutilaron sus remos hundiéndose en la orilla
Y en el agua de aurora sumieron sus cabezas.

Bebieron los centauros largamente, en silencio;
Con timidez la vida se ubicó entre sus venas;
Sus almas, un momento florecieron en carne;
Sus brazos fueron brazos, sus piernas fueron piernas.

Centauros en la imagen de los poetas criollos,
Al volver de la muerte volvían de a caballo;
Y aquellas sombras blandas se irguieron de sus ánimas
Al beber sus caballos la sangraza del lago.

Digitized by Google

En este punto, el misterio de la reencarnación — o, por mejor decir, de la supervivencia psíquica — manifiesta su recóndito sentido, su virtud antropomórfica. Los fantasmas gauchos, como los del «Capitán de mis sombras», rodean al retoño de su estirpe.

Entonces el más negro alzó el pingo en la rienda
Y en ademán romántico de dar una proclama,
Dentro el borrón del poncho sacando medio brazo,
Y una voz desdentada del borrón de las barbas,
Se me acercó y me dijo: muchacho, muchas gracias;
Muchas gracias
Por el jugo de vida tuya que hemos tomado
Por la boca de nuestros mancarrones,
La buena encarnadura que tuvimos enantes
La seguimos teniendo cuasi sin tener carnes
Y en cuantito chupamos esas gotas de sangre
Misturada con l'agua patria de la laguna,
Estos cuerpos flotantes de humo o cerrazón
Volvieron a encarnar las formas que tuvieron.

Nosotros te vichamos desde atrás de la Muerte
Porque sos el que siempre nos sigue alimentando.

Siempre que nos mentás pega una sacudida
La cerrazón que sigue llevando nuestros nombres.
Nos has hecho volar de punta a punta el páis,
Arreados por el «jopa jopa» de tus versadas...
Endemoniao muchacho *que nos lleva prendidos*
A los tientos del pingo igual que luces malas.

Esta admirable composición basta para evidenciar la sinrazón que asiste a los que, con indisculpable ligereza, censuraron al poeta falta de hondura espiritual en su poesía. Yo no sé que haya otro que con más acierto y emoción nos ponga en tan íntimo contacto con su mundo interior y nos hable más bellamente de cosas arcanas y profundas, vecinas de las que estudia la teosofía, cuya verdad esencial consiste en comprender que lo Uno, lo Oculto, lo Inmutable es lo verdadero, en tanto que lo fenoménico u ostensible es la «ilusión de un día».

Esta posición espiritual explica los «Poemas Nativos» y los «Poemas Gringos», el amor terruñero y el amor humano, el verbo fácil y plebeyo y las visiones proféticas de un hondo sentido americanista; tal posición artístico-filosófica es todo Silva Valdés, y lo que hace su grandeza, y lo que le coloca entre los poetas más inspirados y recios del continente. Semejante poeta no puede hacer versos para mero deleite del oído, por el gusto de la música «pura», con la femenina intención de rozarnos epidérmicamente; semejante poeta, macho en la entraña, fecundo como un creador, hace sus versos como una proclama guerrera, porque tiene algo que enseñarnos, porque desea augurar un porvenir. Leed en *Intemperie*, magnífico antifonario de

Digitized by Google

la nueva concepción de la poesía gauchesca, digamos del «nativismo», leed, repito, los himnos a la tradición («Gaucho», «Desembarco de los Treinta y Tres Orientales», «Mancha heroica», «El caudillo», «Los montoneros», etc.), y leed luego los cantos nunciatorios, los poemas al gringo («Bienvenida al gringo», «Poema a la extranjera», «Cruza», «Mi nuevo amor», «América», «Cancha», «Igualdad», etc.): en todos arde una realidad vivida y una esperanza en flor. Todos nos procuran una emoción. Todos encienden una idea. Si en los poemas gauchos encontramos a los constructores de la nacionalidad, en los poemas gringos vemos a los que están haciendo el nuevo país. Allá, el heroísmo, el sacrificio, las horas de fiebre y de combate, los horizontes rojos, el galope bárbaro de los potros conduciendo las chuzas redentoras; aquí, el trabajo, la fecundidad, el esfuerzo paciente del hombre inclinado sobre el surco para arrancarle, en una floración de pepitas de oro, el milagro de los trigales.

Y ahora, pacificada esa inquietud espiritual que condujo a Silva Valdés a cantar en «metros libres» al gaucho y al gringo, a la tradición y al porvenir, le vemos en *Los romances chúcaros* volver al «verso romance», al octosílabo payadoresco y español, para abordar temas de una significación más extendida y universal. Sus romances de los «potrancos azules», del «vendedor de suspiros», de «los cuatro caballos negros», de la «racha de viento», para «un río», para un «amanecer», para una «noche», para «la mula negra», certifican una preocupación de refundir el espíritu de la raza y el espíritu nuevo. Es éste, indudablemente, un momento de transición. Nuestro poeta busca, en sus ansias de renovación, una nueva ruta. ¿Qué nos dará en lo futuro, asistido por su vigoroso estro?

Para el porvenir, amanece el poeta de *Romancero del Sur*. No he de hablaros yo ahora de este último y hermoso libro de Fernán Silva Valdés. Tendría que escribir muchas páginas para señalar los felices aciertos del poeta, desde la escogitación de los temas hasta su plausible retorno al viejo octosílabo del romance español, y ya esta semblanza va resultando sobradamente extensa. Pongamos, pues, punto final, dejando a otra pluma la labor de señalar la belleza formal de poesías tales que las intituladas «Romance de los soldados paraguayos», «Romance de las tres sendas», «Romance de Horacio Quiroga», «Romance de la señorita estanciera», «Romance de los hermanos Valiente», etc., etc. Quien desee contemplar el espectáculo de un altísimo poeta renovándose siempre durante una vida de ininterrumpida labor, lea *Romancero del Sur*.

VICTOR PEREZ PETIT.

Digitized by Google

UN CAPITULO DE HISTORIA NACIONAL [1]
AÑOS 1827 - 1828

SUMARIO: La situación nacional en el año 1827. La situación política de las Provincias Unidas. — Rivadavia, ante la lucha interna y externa, se inclina hacia la paz con el Brasil. — El general Pueyrredón se muestra contrario. — La misión de Manuel García y el convenio con el Brasil. Protestas que provoca. Su repulsa. — La renuncia de Rivadavia de la Presidencia de las Provincias Unidas. — El advenimiento del Dr. Vicente López a la nueva Presidencia. — La renuncia del general Alvear del comando del Ejército de Operaciones y el nombramiento del general Lavalleja. — Dorrego asume la dirección de los asuntos nacionales. — Cambios que opera el nombramiento. — La dictadura de Lavalleja. La campaña del Este. — El resurgimiento del general Rivera. Su figura y la del comandante Manuel Oribe. La «canalla envidiosa». Rivera surge bajo una ola de intrigas. La falsedad de las inculpaciones. La «farsa» de la traición. — El plan de invasión a las Misiones. La concepción pertenece al general Rivera. — Rivera en las provincias del interior. Sus relaciones con el general Estanislao López. El Ejército de operaciones del Norte. El plan de la campaña. La idea de la reconquista de la Provincia del Paraguay. — El general Rivera en Buenos Aires. Sus proposiciones al Dr. López. — Misión del general Rivera y el coronel Evaristo Carriego. Relaciones de Rivera con el Gobernador Dorrego. — Oposiciones del general Lavalleja a que Rivera dirigiera la campaña de las Misiones. Su vanidad sus exigencias y sus celos. — Los recursos que prometen las provincias no son arbitrados. — Razones porque se le niega todo apoyo a Rivera. El pensamiento dominante de Dorrego era la anexión definitiva de la Banda Oriental a la Argentina. Las pruebas. El general López director de la empresa. Rivera resuelve lanzarse por su cuenta a la conquista. Inquietudes de Dorrego y Lavalleja. — La cruzada del general Rivera. La influencia de su prestigio. Las persecuciones de Lavalleja de Oribe y del gobierno de Buenos Aires. — Rivera marcha hacia el Norte perseguido por Oribe. Pedido de recursos al Gobernador Ferré. La persecución. Ordenes y contraórdenes. Asunto intrincado. El general Rivera llega al Ibicuy. Su estratagema. La campaña de las Misiones y su conquista. — Tiroteo entre fuerzas oribistas y riveristas en el paso de Mariano Pintos. — Oribe pacta suspensión de hostilidades con Rivera. — El fusilamiento de los chasques. — Reacciones que provoca la conquista. — Falsas creencias de los imperiales. — La trascendencia de la conquista en la paz y en la independencia Oriental. La cuestión internacional. — Dorrego y Rivera. — La Convención Preliminar de paz y la independencia Oriental. — El general Rivera se retira de las Misiones. — El gran convoy de familias protegido por el conquistador. El vandalismo de los imperiales. — Enérgica actitud de Rivera y de López. — Sobre el arreo de ganados. — La figura gloriosa del general Rivera.

Transcurría el año 1827 y aún estábamos en pleno período de conflagración. La guerra de la República Argentina con el Imperio del Brasil estaba latente. No había entonces nacionalidad

(1) El interesante estudio que insertamos forma parte del Capítulo I de la obra intitulada «Historia Militar y Política de la República Oriental del Uruguay», que el autor mantiene inédita hace muchos años y que abarca el período comprendido entre los años 1827 y 1852. Es nuestro propósito dar a luz otros capítulos de este libro cuya impresión ha sido anunciada de tiempo atrás y que constará de cinco volúmenes.

Digitized by Google

Oriental. El Estado Oriental era una provincia Argentina. Estaba asolada por la guerra y desorientada por el cúmulo de ambiciones que hervían.

En Ituzaingó habían blasonado de gloria las armas republicanas pero aun el gobierno imperial hacía flamear su pabellón en la plazas de Montevideo y la Colonia.

Después de la brillante jornada de Camacuá (1) librada el 5 de abril de 1827, el general Alvear se acantonó en Cerro Largo permaneciendo en actitud irresoluta hasta fines de junio de 1827, en que presentó renuncia del comando del ejército unido. Sucedióle más tarde en el cargo el general Lavalleja, de manera que éste y por ende el comandante Manuel Oribe quedaron dueños de los destinos históricos del país.

El general Rivera, por su parte, estaba lejos del escenario de la guerra, proscripto por el gobierno de las provincias desde 1826 (2), pero con el corazón puesto enteramente en la patria.

Envuelto en una red de intrigas, cuyos hilos movían hábilmente, Rivadavia, Alvear, Lavalleja y Oribe, Rivera se debatía en la impotencia, buscando apoyo en las provincias del interior para llevar a cabo el plan de invasión a las Misiones que debía laurearlo de gloria y reivindicarlo de las afrentosas inculpaciones de sus enemigos políticos.

El sentimiento del deber lo guiaba; el espíritu militar lo tenía latente. Había obstáculos que vencer, pero, su voluntad y su resolución eran invencibles. El sabía que por mucho que hiciera por la patria, nunca agotaría sus deberes para con ella. Parece que presagiaba de que algún día lo aplaudiría la historia. Y es por eso que estaba resuelto a no regatearle su concurso hasta que no columbrara horizontes de victorias definitivas para su nacionalidad. La visión clara de la patria engrandecida lo acompaña en todos los instantes y lo alienta y lo fortifica para emprender su gran hombrada.

La situación política de las Provincias Unidas era difícil en aquellos momentos en que estaban delineadas orgánicamente las dos tendencias antitéticas e irreconciliables, el unitarismo y el federalismo. Rivadavia, entonces en el gobierno de las provincias, acababa de hacer promulgar por el Congreso una constitución unitaria, cuyo

(1) A raíz de la Batalla de Ituzaingó que tuvo lugar el 20 de febrero de 1827, el ejército brasilero se retiró apresuradamente. Una columna compuesta de argentinos y orientales no dejó de perseguirlo con toda tenacidad y el 5 de abril alcanzaron a una columna imperial en Camacuá y la obligaron a la acción. Los imperiales pelearon bravamente a órdenes del general Barreto, pero tuvieron que abandonar el campo a las fuerzas republicanas.

(2) Boletín publicado por la «Imprenta de la Provincia» con el título de «Pueblo Alerta».

Digitized by Google

ejercicio debía encontrar serias resistencias en las provincias del interior, donde los caudillos estaban acostumbrados a proceder a su solo arbitrio en todo lo que tenía relación con las funciones militares y civiles.

Todos los jefes provinciales que sirvieron al movimiento grandioso de la revolución de 1810 se opusieron a la constitución unitaria, en defensa de los intereses de las localidades y en defensa de los intereses de los cuerpos políticos que los sostenían. Aquellos caudillos gozaban en provincias de todos los privilegios del feudalismo y no querían someterse al arbitrio del gobierno central.

GENERAL FRUCTUOSO RIVERA

El movimiento subversivo se inició con el levantamiento de López y Bustos.

La situación de Rivadavia era en aquellos momentos de marcada tirantez. Tenía que luchar, por un lado, con las disensiones de los caudillos federales que negaban su cooperación a la guerra con el Brasil, y, por otra parte, debía atender prontamente el frente que le ofrecían las tropas imperiales.

Impotente Rivadavia para dominar la situación interna y externa del país, decidióse a pacificar con el imperio del Brasil.

El general Pueyrredón se opuso tenazmente a la iniciación de la paz, argumentando que tal hecho revelaría al Emperador del Brasil la situación precaria de la República y que por tanto aquél, resentido en su orgullo por todas las derrotas sufridas en la guerra, impondría condiciones tan humillantes como el reconocimiento definitivo de sus derechos sobre la provincia Oriental.

A pesar de las lógicas prevenciones de Pueyrredón, Rivadavia envió un comisionado ante la Corte de Río Janeiro.

El nombramiento recayó en la persona de Manuel José García, — de excecrable memoria para los orientales porque ya en 1815, había negociado el desangramiento de las huestes artiguistas.

A mediado de este año 1827 se sentía en la Argentina la necesidad de la paz con el Brasil y se tenía confianza que a la llegada de García a Río de Janeiro todo cambiaría. Sin embargo la paz estaba lejana. Había necesidad de enviar un cuerpo de ejército de 4.000 soldados de infantería a la provincia, pero, no era posible sa-

Digitized by Google

carlos de Buenos Aires. Tal es así que el Gobierno pensó disponer de las fuerzas a órdenes del general Necochea en la frontera con el fin de destinarla a esta provincia. (1)

Manuel García, — excediéndose en las instrucciones escritas, pero influído por recomendaciones verbales, — (2) fué a Río y ajustó nuevamente un tratado criminoso por el cual la Provincia Oriental, si bien podía regirse por autoridades propias, quedaba sin embargo presidida por el Emperador del Brasil.

Las predicciones de Pueyrredón se cumplían y todas las ventajas obtenidas en Ituzaingó, en Camacuá y en los sucesivos combates librados por Brown contra la escuadra imperial, iban a ser esterilizados ignominiosamente.

La negociación, como es sabido, mereció el repudio general por lo que Rivadavia se apresuró a desaprobarla.

El 27 de junio Rivadavia presentó renuncia de la Presidencia y luego el Congreso nombró en su sustitución al Dr. Vicente López, quien de acuerdo con la fórmula de Dorrego que aprobó el Congreso, guardaba equidistancia política con respecto a las dos tendencias en pugna, el unitarismo y el federalismo.

El Dr. López comenzó por aceptar la dimisión del mando del ejército que había presentado Alvear a Rivadavia, y nombró de sustituto al general Lavalleja. Fué nombrado Jefe del Estado Mayor del «Ejército de Operaciones» el general José María Paz, a quien se debió la organización de dicho ejército. (3)

En agosto de 1827 el Congreso entregó la dirección de todos los asuntos nacionales al coronel Manuel Dorrego, Gobernador de Buenos Aires y jefe del partido federal.

Tales acontecimientos dieron un giro a la política de entonces, favoreciendo al general Rivera, quien no sólo se veía libre de las persecuciones de Rivadavia, sino que encontraría campo propicio para la buena marcha de sus planes.

Entre tanto Lavalleja, que había sustituído al general Alvear en el comando del ejército de operaciones, se ensoberbecía en su altivez; obraba a su simple arbitrio en todo lo que condecía con la guerra, y se preparaba para abrogarse la hegemonía de las funciones civiles mediante un golpe que diera por tierra con la autoridad de la Junta de Representantes, a la que guardaba hondos recelos por haberlo obligado a delegar el mando de Gobernador de la Provincia en la persona de D. Joaquín Suárez. Evidentemente, el 4 de Octubre de

(1) Carta inédita del Constituyente Juan Benito Blanco a don Juan Francisco Giró, Secretario del Gobierno de la Provincia, fechada en Buenos Aires el 2 de junio de 1827. (En mi archivo.)

(2) «Historia de la guerra del Brasil», por J. Amadeo Baldrich. Página 436.

(3) «Historia de la guerra del Brasil», por Baldrich, pág. 448.

Digitized by Google

1827, el Jefe de los 33, se declaró dictador destituyendo por la fuerza a la Junta de Representantes y al Gobernador delegado D. Joaquín Suárez.

Lavalleja no se invistió con la suma del poder público a fin de dar mayor unidad de acción a los poderes gubernativos y militar, como suele reclamarlo las circunstancias en épocas de guerra, sino y exclusivamente por satisfacer sus pasiones políticas.

Su dictadura fué sólo el producto de su ambición y su soberbia. El probo y enérgico Joaquín Suárez reunía condiciones extraordinarias como gobernante, que Lavalleja no podría superar jamás.

En su dictadura comienza el descenso de su carrera militar y política. Su gloria fué, por lo fugaz y luminosa, sólo un meteoro en la noche de la revolución. A fines de 1827, el general Lavalleja decidióse abrir por el Este una nueva campaña contra las tropas imperiales. Sucedíanse los acontecimientos en la forma expuesta. El general Rivera, a la sazón en tierra argentina, llegaba a Buenos Aires, a la oración del día 1º de diciembre de 1827. (1) Por esa fecha había el convencimiento en aquella ciudad de que dicho general meditaba a fin de llevar a cabo su plan de invasión a las Misiones.

Gral. JUAN ANTONIO LAVALLEJA

El Gobierno argentino, convencido de que Lavalleja no podía resolver el problema de la guerra después de su retirada a Cerro Largo, proyectó la formación de nuevo contingente de tropas compuesto por fuerzas de Mendoza, San Juan y San Luis, aparte de algunas unidades que se disciplinaban en Martín García. (2) Entramos, ahora, al año 1828.

En enero Lavalleja avanzó por territorio brasilero al frente de más de 1.000 hombres, pero Lecor ganó prudencialmente las escabrosidades de la sierra de San Lorenzo, manteniéndose allí a la defensiva pasiva. Impotente Lavalleja para «cubrir de lustre las armas republicanas», como decía en su proclama del 28 de febrero de 1828, retiróse a Cerro Largo, quedando en la más absoluta inacción.

Mientras tanto, el general Rivera, el traidor de la patria según lo habían declarado Rivadavia y Ferré, debía ir, en un gesto de mag-

(1) Correspondencia inédita de don Juan Francisco Giró. (En mi archivo.)

(2) Carta inédita del Constituyente Juan Benito Blanco a don Juan Francisco Giró, fechada en Buenos Aires el 8 de enero de 1828. (En mi archivo.)

Digitized by Google

nífico heroísmo, a arrancar los estandartes a las huestes imperiales y plasmar en moldes de gloria su viejo plan de invasión a las Misiones, pese a la saña de los detractores argentinos y pese al mal grado de sus rivales Lavalleja y Oribe.

Diseñemos sucintamente los hechos.

La personalidad de Rivera resiste el análisis histórico y de él surge cada día más acrisolada y más pura.

Le vemos actuar en los dos años que precedieron a la conquista de las Misiones — los más combatidos de su vida — con una visión clara del porvenir Oriental y una tenacidad inquebrantable en sus propósitos. No lo desalienta su aislamiento de la lucha; ni las infamaciones de la «canalla envidiosa», como llamaba a sus detractores su amigo D. Lucas J. Obes, ni lo arredran tampoco las persecuciones de Rivadavia. En medio de esta ola de intrigas y calumnias, que amenazan hundir para siempre su personalidad, luchando desde abajo, Rivera surge de pronto para conquistar las Misiones y demostrar, por la fuerza incontrastable de los hechos, la rectitud de su patriotismo y la inexactitud de la inculpaciones enemigas.

Pero aunque la campaña de las Misiones no lo absolviera de culpa y pena, preciso es consignar que las cartas de Juan Francisco Perea y Enrique Xavier de Ferrara, interceptadas por el general Martín Rodríguez en el año 1826 y que sirvieron de prueba para acusarle del «crimen de alta traición e infidelidad» examinadas con criterio recto y ecuánime, carecen en absoluto de fehaciencia comprobatoria.

Se deseaba eliminar a Rivera del escenario militar y político y las cartas en cuestión presentaron un buen asidero. Martín Rodríguez, Alvear, Rivadavia, Lavalleja y Oribe fueron las principales partes de aquella «*farsa*» de la traición, como la titulaba, en la misma época, el gran patriota D. Mateo de Zúñiga.

Dichas cartas sirven hoy a los historiadores de partido para suponer el anexionismo de Rivera al gobierno imperial. A través de los años se sigue aún juzgando subrepticiamente.

La «farsa» aquella de que habló Mateo de Zúñiga, se siguió representando a través de los tiempos y en una época en que debiera primar la ecuanimidad del juicio histórico. Es que como ya lo expresó Freedman con altura de ideas, «la historia es la política del pasado, como la política es la historia del presente.»

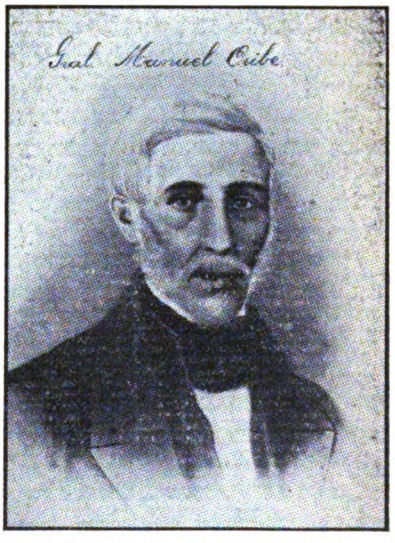
Documentos semejantes a los que hemos hecho referencia obraron contra el general Lavalleja en 1827 y sin embargo el general Alvear no intentó procesarlo ni lo declaró traidor a la patria. Lejos de esto, al hablar del documento en cuestión, decía que no se trataba «sino de intrigas de los imperiales para introducir la desconfianza y la anarquía en el ejército patriota.» Nos referimos a la carta del ge-

Digitized by Google

neral brasilero Bentos González, interceptada por el coronel Servando Gómez en las avanzadas imperiales. (1).

El empleo de las cartas fraguadas era en aquella época un recurso generalizado para malquistar caudillos, despertar recelos en los gobiernos y promover desórdenes sistemáticos. Los imperiales recurrieron muchas veces a este ardid y supieron explotarlo con inteligencia. Es bien posible, pues, que las cartas de Perea y Ferrara, a ser auténticas — cosa que con sobra de fundamentos niega el Dr. Palomeque — (2) fueran al menos una maquinación del enemigo para promover discutimientos en las filas de la revolución.

Más tarde, cuando se comprendió el error o la injusticia cometida con Rivera y el triunfo de las Misiones abrió las puertas de la libertad, todos se apresuraron a levantar los cargos formulados. El mismo Ferré, que influído por la política de Rivadavia había estigmatizado a Rivera con el título de traidor y puesto luego a López Chico a las órdenes de Oribe para perseguirlo, denominó «calumnias» todas las inculpaciones hechas a Rivera y lo declaró «libre de ellas y en pleno goce de los privilegios y prerrogativas anexas a un buen ciudadano en toda la extensión de la Provincia de Corrientes.» (3)



GENERAL MANUEL ORIBE

Oribe, por su parte, expresaba a Lavalleja que Rivera se hacía «acreedor a que se le relevase de la ominosa nota de traidor, con que por equivocación, lo clasificó problemáticamente el Ministerio de la Guerra»; Lavalleja en un oficio dirigido a Balcarce, expresaba «su deseo» de que Rivera continuara «aumentando su *vindicación* con un desengaño tan manifiesto para los enemigos»; y desde el otro lado del Uruguay, el padre Castañeda saludaba al conquistador de las Misiones llamándolo ¡El genio de América!

Pero veamos cómo procedió Rivera en su aislamiento y cómo

(1) «El general Rivera y la Campaña de Misiones (1828)», por el Dr. Alberto Palomeque página 185.

(2) «El general Rivera y la Campaña de Misiones», por el Dr. Alberto Palomeque, páginas 161, 162, 183, 184 y 185.

(3) Sanción de la Sala de Representantes de Corrientes. «Registro Oficial» de Corrientes. 1825 - 1828. Páginas 223 - 224.

Digitized by Google

llevó a cabo el plan de invasión a las Misiones, cuya concepción, según Baldrich y el mismo Dorrego (1) pertenecen a Rivera, y no al general López como asegura cierto historiador.

Declarado traidor, perseguido por el gobierno de Buenos Aires, Rivera huye buscando apoyo en las Provincias del Interior. Los gobernadores de Santa Fe y Entre Ríos: López y Zapata, y especialmente este último, acogen sus servicios. Rivera en aquellos momentos no se alistó en las filas federales por convicciones ideológicas, sino por formar en el frente opuesto de Rivadavia, su enemigo y perseguidor. Rivera, pues, fué un aliado de López y no su protegido. Idealidades afines amalgamaron aquellos dos espíritus en una amistad sólida y duradera. De aquella analogía de ideas, nació más tarde la iniciativa de la constitución del «Ejército de Operaciones del Norte», que no era otra cosa que el plan de invasión a las Misiones y que consistía, en primer término, en la ocupación militar de aquellos pueblos como base de las operaciones, en hostilizar luego las fuerzas brasileras sobre el Yaguarón y operar a retaguardia de los imperiales sobre el río Pardo, a objeto de quitar a Lecor el apoyo de los pueblos de las Misiones y obligarlo a fraccionar sus fuerzas en el lanzamiento de nuevos destacamentos para protegerlos. Debilitado el ejército imperial en este fraccionamiento, sería atacado de firme por el ejército en masa, al mando de Lavalleja. El plan, como se ve, era acertado, y hubiera podido dar frutos óptimos bajo la dirección de un general como Rivera cuyos conocimientos prácticos-militares eran indiscutibles. (2) Si la operación se hubiera ejecutado como fué planteada a Dorrego, los ejércitos de las provincias hubieran dado a los imperiales golpes rotundos y definitivos y entonces muy otras hubieran sido las bases de la Convención preliminar de paz y muy otros, quizás, nuestros límites fronterizos con el Brasil.

Dorrego dió a este plan proporciones más vastas, llevando la expedición hasta la provincia del Paraguay para vindicarla de la opresión del tirano Francia y buscar luego su anexión a las Provincias Argentinas. Este pensamiento predominaba en la época por considerarse al Paraguay parte integrante de las Provincias Unidas.

Tan pronto como Rivadavia cayó del poder, el general Rivera apareció en el escenario político, gestionando sus planes de guerra ante el nuevo Presidente Dr. Vicente López. Este expuso el proyecto al general Lavalleja consultándolo al respecto. Lavalleja, temeroso siempre del prestigio de su rival y consternado por su reaparición, aconsejó al Presidente que rechazara la propuesta, actitud, que asumió el Dr. López.

(1) «Historia de la guerra del Brasil», por Baldrich, págs 461-462. «Historia de la Confederación Argentina», por Adolfo Saldías. T. I. Pág. 275.

(2) Baldrich niega al general Rivera condiciones militares para llevar a cabo la operación, sin embargo los hechos evidencian lo contrario.

Digitized by Google

El general Rivera no se desalentó por el rechazo de sus planes y buscó nuevas fórmulas de solución. Al efecto, regresó a Santa Fe, donde reanudó sus relaciones con el Gobernador de aquella Provincia, D. Estanislao López, interesado en llevar adelante el plan susodicho.

El 27 de octubre de 1827, las provincias de Entre Ríos y Santa Fe celebraron un tratado con la Provincia de Buenos Aires por el cual se comprometían «a levantar una fuerza militar que ocupara los pueblos de las Misiones Orientales, que existían en poder del tirano del Brasil». El Gobernador López que supo siempre aquilatar los relevantes méritos de Rivera, vió en él, al mejor ejecutor de la empresa, no sólo porque Rivera participaba hacía tiempo de las mismas ideas, sino porque era poseedor de las facultades militares necesarias para llevarla a buen término.

CORONEL MANUEL DORREGO

De aquí que dichas provincias comisionaran al general Rivera y al coronel Evaristo Carriego, cerca del Gobierno de Buenos Aires para reclamar elementos bélicos necesarios a fin de abrir las operaciones en el verano de aquel año.

Don Vicente Zapata, Gobernador de Entre Ríos, tenía los mismos altos conceptos que el general López respecto de las extraordinarias facultades militares de Rivera, de ahí que uniera a los plenos poderes conferidos a éste, una nota recomendándolo para las *funciones esclarecidas de General en Jefe de la expedición proyectada bajo el título de Ejército de «Operaciones del Norte»*. El Gobernador de Entre Ríos, Vicente Zapata exaltaba en términos elocuentes las condiciones de Rivera, su *táctica* y su *conocimiento práctico-militar*. (1)

Dorrego entró en cordiales relaciones con Rivera, comprendió perfectamente su capacidad para dirigir la empresa, dióle a ésta proporciones más vastas, limitándola hasta el Paraguay y prometió su concurso en la nueva lucha; pero, fluctuaba en un mar de indecisiones, compulsaba posibilidades, contemplaba intereses individuales y no se atrevió a afrontar de lleno las contingencias que podía aca-

(1) Comunicación del Gobierno de Entre Ríos, D. Vicente Zapata, al Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, fechada en el Paraná el 17 de noviembre de 1827. (R. H. Tomo V. Pág. 90).

Digitized by Google

rrearle la protección a Rivera, cuyo disentimiento con Lavalleja y Oribe eran bien notorios.

La situación de Dorrego era ciertamente delicada, pues en aquellos momentos había que tener muy en cuenta la animadversión de los Jefes Orientales, cuyo choque era inminente y podría acarrear serias perturbaciones en el orden interno del país y en la guerra con el gobierno imperial.

Ya en aquella época el pensamiento de la ocupación de las Misiones Orientales trascendió y se generalizó. El Gobernador Dorrego había circunstanciado al general Lavalleja todos los pormenores del plan y éste ya pensaba en su ejecución; pero éste aunque tenía elementos propios para llevarlo a la práctica, no se atrevió a ello a pesar de los informes de su hermano Manuel que la creía *muy practicable, fácil* y de comprometerse a desarrollar la campaña en solo diez días. (1)

No se atrevió a ello con los elementos suficientes de que disponía como General en Jefe del Ejército y reclamaba los recursos que habían ofrecido al general Rivera las provincias de Entre Ríos y Santa Fe. Por lo demás, cuando Lavalleja hablaba de la factibilidad de la empresa ya hacía tiempo que el plan de conquista de las Misiones Orientales inquietaba el pensamiento del general Rivera. Recordemos que a mediados de junio de ese mismo año, 1827, ya Rivera había gestionado ante el Dr. López los recursos para llevar a cabo la operación, y recordemos secundariamente que en octubre de ese mismo año, Entre Ríos y Santa Fe celebraron el tratado de alianzas para ocupar militarmente los pueblos de las Misiones.

Las tentativas de Lavalleja fueron, pues, posteriores a las de Rivera y a las del Gobernador López.

El doctor López primero, y luego Dorrego, habían ya circunstanciado a Lavalleja todos los pormenores del plan y este último le había hablado de la resolución de poner al general Rivera al frente de la empresa que eran las «exigencias» de los gobiernos de Entre Ríos y Santa Fe. (2) Lavalleja pues, comprendió la trascendencia de la ocupación de Misiones, el alto relieve que ella daría a la figura de Rivera, su émulo y rival, y pensó anticiparse a los acontecimientos y sacar él los frutos de las ideas ajenas. Por eso al evacuar el informe que le solicitó Dorrego sobre las operaciones que proponía Rivera, contestó en forma indigna, desfogando sus odios contra este general y reclamando él los recursos que prometían las Provincias del Interior. (3)

(1) Carta de Lavalleja al General en Jefe, fechada el 4 de diciembre de 1827 Original en el «Archivo Histórico Nacional».

(2) Véase la documentación que se encuentra en la «Revista Histórica». Tomo V. Pág. 86 y siguientes.

(3) «El General Rivera y la Campaña de Misiones», por el Dr. Alberto Palomeque, páginas 84 y 89. «Revista Histórica». Campaña de Misiones por Rivera. Documentos. Tomo V. Página 86 y siguientes.

Digitized by Google

Pero dichos recursos no fueron arbitrados jamás, en virtud del espíritu de anarquía que reinaba por entonces en las Provincias Argentinas. López, Dorrego y Zapata retiraron a Rivera su protección. El ministro Juan R. Balcarce y Dorrego, combinaron con Lavalleja en dar al general López la dirección de la empresa. En febrero de 1828 se preparó, pues, con gran actividad todo lo necesario para la expedición del general Estanislao López. De Buenos Aires salieron en ese mes para Santa Fe tres lanchones cargados de armas y municiones escoltados por una cañonera hasta San Nicolás. De la expedición de López se esperaba los mejores resultados. (1) En el mismo mes de febrero se intensificaban los preparativos para reforzar los elementos por el oeste. El día 16 pasaron 250 hombres al mando del teniente coronel Ríos, hombre de los acreditados en las guerras del Perú, y se preparaba una nueva expedición de unos 300 hombres con algunos artilleros con el objeto de reforzar el contingente de Manuel Oribe, quien disponiendo de dos piezas de artillería que estaban en el Durazno, sirvieron para hostilizar más vivamente al enemigo en la plaza. Por otra parte, la expedición de Santa Fe continuaba sus preparativos y ya se hablaba del plan secreto de Rivera, como lo hemos dicho, sobre el Río Grande. La escuadra argentina, a la vez se aproximaba para ponerse en condiciones de desplegar sus actividades. Con todo, se acentuaban los rumores de paz. La Plaza de Buenos Aires, desde el punto de vista financiero sufría honda paralización. Los valores llegaron a un tipo muy bajo. Las onzas de oro sufrieron una baja sensible de casi quince puntos y *siempre que se habla de paz*, — decía don Juan Benito Blanco, — «se asegura que es que« dando independiente nuestra provincia; puede ser que tengamos « juicio y si lo tenemos todos viviremos juntos; de lo contrario será « preciso desterrarse para siempre de la patria tan querida. (2)

EMPERADOR DEL BRASIL
DON PEDRO I.

Llegamos a los primeros días de marzo y la expedición de López no se había puesto en marcha. En cambio el general Rivera se acer-

(1) Carta inédita de don Juan Benito Blanco a don Juan Francisco Giró, fechada en Buenos Aires el 9 de febrero de 1828. (En mi archivo.)

(2) Carta inédita de don Juan Benito Blanco a don Juan Francisco Giró fechada en Buenos Aires el 16 de febrero de 1828. (En mi archivo).

Digitized by Google

caba a la realización de su sueño del pasaje del Uruguay rumbo a Misiones. El 2 de marzo decíale don Juan Benito Blanco a Giró: «Acaban de darme la noticia de que el general Rivera ha pasado con «80 hombres a la Provincia Oriental. No sé que saldrá de este acon«tecimiento. Dios quiera que no nos trastorne el principal objeto «que es la guerra contra el Brasil». (1) Por este documento se ve que en todo pensaban los orientales menos en la independencia de la Provincia. Pero lo que estaba latente y se imponía de verdad era la paz entre el Brasil y la Argentina. Tal es así que por esta fecha el secretario del señor Gordan de la Legación de Inglaterra en Río de Janeiro que se encontraba a la sazón en Buenos Aires expresó que el Emperador del Brasil se había resuelto a hacer la paz y que Inglaterra no podía por más tiempo tener interrumpido su comercio con la República Argentina. Mientras que por la vía diplomática se debatía el problema de la paz, el general Rivera continuaba su marcha rumbo a las Misiones con una columna de cerca de 1.000 hombres. (2)

López no se había movido de su provincia ni de su campamento. Lavalleja por su parte que disponía de recursos propios no se atrevió a desarrollar dicha campaña en *sólo diez días* como había hablado jactanciosamente. El general Rivera, en cambio, solo, desamparado, sin recursos, pero poseedor de esa audacia temeraria que anima a los héroes en los instantes supremos, se lanzó a la conquista, sin más fuerza que su voluntad realizadora, ni más elementos que el caudal de su inmenso prestigio.

¿Por qué Dorrego a pesar de aquilatar el valor militar de Rivera y a pesar de las instancias de los Gobiernos de Santa Fe y Entre Ríos se negó «terminantemente» a que se le diera el mando de las fuerzas? (3) He aquí el pensamiento secreto de Dorrego y alrededor del cual giraba toda su política. La historia ha de decir la verdad respecto a este punto. Hay en la vida de los hombres detalles que descubren sentimientos íntimos e ideas dominantes que no aparecieron a la exterioridad de sus acciones.

Dorrego estaba empeñado en el mantenimiento de la anexión de la Banda Oriental a la República Argentina y resistió siempre todo acto o convenio que obrara en beneficio de su emancipación.

Mientras se preparaba el «Ejército de Operaciones del Norte» que debía comandar el general López, el Gobierno de Dorrego exploraba las opiniones de los gobiernos extranjeros respecto de los des-

(1) Carta inédita de don Juan Benito Blanco a don Juan Francisco Giró, fechada en Buenos Aires el 2 de marzo de 1828. (En mi archivo).

(2) Carta inédita de don Juan Benito Blanco a don Juan Francisco Giró, fechada en Buenos Aires el 16 de marzo de 1828. (En mi archivo.)

(3) Así se expresaba Dorrego en carta dirigida a Lavalleja el 27 de diciembre de 1827. (Manuscrito original en el Archivo Histórico Nacional).

Digitized by Google

tinos del Uruguay y comunicaba muy reservadamente al Ministro argentino en Inglaterra, Dr. Juan G. Gil que se «mantenía firmemente en el principio de resistir toda negociación que tuviera por base la independencia de la Banda Oriental. (1) El Dr. Gil, como veremos más adelante, se expidió en términos que favorecían las miras de Dorrego, exponiendo la *imposibilidad* de constituir un estado independiente en nuestro territorio, pero su informe «llegó tarde», de lo contrario, muy otras hubieran sido las bases sobre las que se firmó la convención preliminar de paz.

Las pruebas inconcusas respecto de los propósitos absorbentes de Dorrego, superabundan. Con fecha 26 de julio de 1828 los generales Guido y Balcarce que se encontraban cerca del gobierno brasilero, a objeto de ajustar el tratado de paz, recibían instrucciones oficiales de no «consentir en entrar a estipular ninguna clase de tratados que tenga por objeto especial reconocer la absoluta independencia de la Provincia Oriental erigida en un Estado nuevo.» (2)

GENERAL ESTANISLAO LÓPEZ

Dorrego pues, que conocía el entrañado artiguismo de Rivera, temió que éste utilizara los frutos de la campaña en beneficio de la independencia oriental. De aquí que prefiriera un militar argentino para poner al frente de la campaña proyectada; de aquí que acordara con Lavalleja — cuyo anexionismo a la Argentina era ostensible — nombrar al general Estanislao López para comandar la expedición a las Misiones y de aquí que escribiera igualmente a Lavalleja expresándole que en cuanto a don «*Frutos*» *el gobernador López en clase alguna lo lleva a sus órdenes y que ha oficiado de un modo terminante al gobernador de Entre Ríos para que le disuelva la montonera que tiene* y la aleje del teatro de la guerra que es esa Provincia.

En vista de la resolución terminante de Dorrego y de sus comunicaciones a los gobiernos de las provincias, el general López se vió en el caso de expresar al general Rivera que no podía darle participación alguna en la expedición. He aquí entonces cuando Rivera,

(1) «Historia de la guerra del Brasil», por Baldrich.

(2) Documentos citados por el Dr. Palomeque. Obra citada, página 96.

Digitized by Google

que debía conocer los intereses y las prevenciones de Dorrego respecto a la independencia Oriental y que como Napoleón, conocía el valor del tiempo, tomó rápidamene la empresa por su cuenta y en un doble golpe político-militar desbarató las miras omnímodas de Dorrego e hizo brillar «en el cielo político del Plata una nueva estrella desprendida del Cosmos histórico del extinguido Virreynato.» Amigos íntimos, como Lucas J. Obes, lo incitan a obrar por su cuenta, haciéndole entrever en el porvenir las perspectivas luminosas de la gloria.

«Yo no esperaría (le escribía el Dr. Obes el 12 de febrero de 1828) a tener un cuerpo de tropas, ni un jefe a quien unirme... pasaría a la Banda Oriental con 100 amigos, cierto de que ciento son más que 33... Aquí hay modo de facilitar 500 fusiles y algunos uniformes, aunque para ello en nada nos ayudan los amigos de Vd.» (1)

En los promedios del mes de febrero de 1828 el general Rivera, que se encontraba en Santa Fe, se aventuró a la conquista de Misiones, solo, con un grupo de amigos.

Informado Dorrego por Pueyrredón — a quien había escrito Rivera invitándolo para la empresa — se apresuró a impedirla y a tal objeto mandó al mismo Pueyrredón cerca de Rivera para que influyera con su amistad. Cuando Pueyrredón llegó a Gualeguaychú ya Rivera había «volado» a las Misiones, según la expresión de aquel comisionado, y el 25 de febrero de 1828 pisaba tierra chaná, gloriosa en los anales históricos del país.

Es ésta una fecha de una trascendencia histórica que debieran celebrar los orientales porque ese día comenzó la gran epopeya que hubo de libertarnos para siempre de las prepotencias imperiales y de las miras anexionistas argentinas.

En Soriano, Rivera hizo sentir la influencia de su prestigio, pues bien pronto se le reunieron algunas milicias. Desde allí, y antes de iniciar su campaña, se dirigió por escrito al general Lavalleja, interiorizándolo de sus propósitos y pidiéndole que olvidara los antiguos resentimientos. Su único fin — le decía — *era efectuar la expedición a Misiones y hacer la guerra al enemigo común*», para esto recababa la venia de Lavalleja, General del Ejército y Gobernador de la Provincia Oriental.

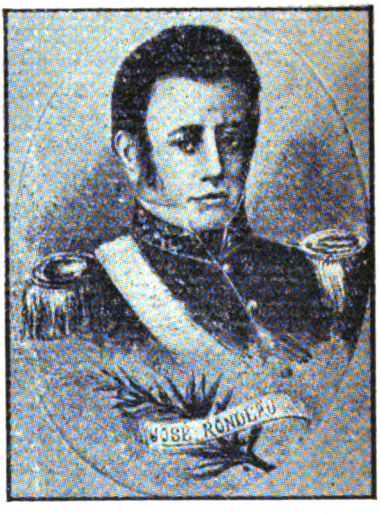
Pero Lavalleja no oyó este llamado de patriotismo y resentido más profundamente en su orgullo y en su animosidad impetró a Rivera a que suspendiera la campaña colocándolo en la disyuntiva de «retirarse con la gente que lo acompaña a la margen derecha del Uruguay, poniéndose en marcha y repasando el expresado río, a los 4 días siguientes después de doce horas de recibida la comunicación y desde allí hacer las proposiciones que juzga necesarias» o ponerse

(1) Carta citada por el Dr. Palomeque. Obra citada.

Digitized by Google

a disposición del General en Jefe dentro del mismo término, acompañando al efecto al ayudante conductor de la comunicación. (1)

Esta comunicación era de fecha 6 de marzo de 1828, y es curioso observar que el 3 de marzo el general Lavalleja ya había comunicado al Gobernador Delegado D. Luis Eduardo Pérez, que estando Rivera en territorio oriental «era preciso destruirlo en sus primeros pasos», para cuyo fin tenía que poner «en movimiento todos los resortes de su autoridad» y ponerse en relaciones con el «Comandante General Oribe» para que tome medidas sobre el particular» y ofrece la misma contradicción cronológica que en la misma fecha, el general Lavalleja, comunicara a Oribe las disposiciones adoptadas y que le expresara terminantemente: «*disponga Vd. que una fuerte partida al mando de sujeto de confianza marche a la campaña en su persecución y se ponga de acuerdo con las fuerzas del comandante Lavalleja, para esperar unidos o como lo permitan las circunstancias; el fin es no perder momentos y ya que ese monstruo ha pisado nuestro suelo, profanándolo con su negra perfidia, que no se vaya impugne. Está en manos del señor Comandante General hacer a la Patria un distinguido servicio con la captura o muerte de ese malvado.*»



GENERAL JOSÉ RONDEAU

El coronel Manuel Oribe dió a las órdenes de Lavalleja, riguroso cumplimiento lanzando a la circulación pública, con fecha 7 y 11 de marzo, la proclama y la intimación que transcribimos:

«*D. Manuel Oribe, Coronel del Regimiento Nº 9 de Caballería de línea y comandante general de armas, etc.*»

«*¡Compatriotas!* Un hombre desnaturalizado y aspirante se ha « introducido en la provincia, con el perverso designio de turbar su « reposo y cruzar la marcha de nuestras armas, que tan ventajosa- « mente habían abierto una nueva campaña contra el común enemigo.

«Este es el B. D. Fructuoso Rivera, quien sin el beneplácito del « gobierno encargado de la guerra, y sin conocimiento de ninguna de « las autoridades del país, se ha presentado, reuniendo algunos incau- « tos, a pretexto de coadyuvar a la destrucción del Brasil, *siendo él « uno de los agentes de que se vale en su organizante estado.*

(1) Carta de Lavalleja a Rivera. «Historia de la guerra del Brasil», por el teniente coronel Amadeo Baldrich, pág. 463 - 464.

Digitized by Google

«El comandante general de armas que firma declara que toda «persona *que le siguiere o prestare auxilio, será condenada a la últ«tima pena a las dos horas de justificada su delincuencia.*

«¡Orientales! Alistaos bajo la enseña del orden y de la decencia «y no perdáis de vista los sacrificios que cuentan la Libertad. — Du«razno, marzo 7 de 1828.»

«Durazno, Marzo 11 de 1828.

«El comandante general de armas de la provincia.

«Considerando: que algunos vecinos incautos, seducidos por el «artero lenguaje e intrigas del brigadier Rivera han abandonado «sus hogares, creyendo hacer un servicio a la causa general del país «ha venido a declarar lo siguiente:

«1º Todo individuo que haya seguido a dicho brigadier, en el «concepto expresado arriba, podía restituirse al seno de su familia «en el preciso término de ocho días desde la publicación de este «edicto, sin que se le origine el más leve perjuicio por aquel extravío.

«2º Todos los que pasado el citado término, se encuentren con «las armas en la mano, o en comisión de cualquiera clase, emanada «del enunciado brigadier, será fusilado a los 15 minutos de su cap«tura, y si fuere en el campo, en el acto de ser sorprendido.

«Y para noticia de todos a quienes pueda corresponder, impríma«se y circúlese en los departamentos donde se fijarán en los pa«rajes de costumbre.» — Oribe.

El general Rivera no se doblegó ante las intimaciones de Lavalleja y a los edictos flagrantes de Oribe, respondió que seguía su marcha a las Misiones y en forma terminante y altiva decía:

El General que suscribe acaba de recibir el oficio de S. E. el Sr. General en Jefe fecha 6 del que rige, e impuesto detenidamente en todo su contenido sólo le resta contestar que la resolución tomada por el General que suscribe es de llevar la guerra contra los enemigos generales, cuyo sentimiento hizo presente a S. E. desde Yapeyú. Este mismo sentimiento es el que le anima y sólo alguna fatal casualidad le podrá hacer desistir de semejante empresa en la cual está ya empeñado un no pequeño número de compatriotas. En cuanto a decir a S. E. que el General que suscribe ha desobedecido las órdenes del Excmo. Gobierno encargado de la dirección de la guerra, si es así no debe ser extraño a V. E. pues S. E. mismo las desobedece; en esta virtud el infrascripto no puede marchar. Esto conforme S. E. lo desea porque además de tener presente el hecho perpetrado con su hermano, con el capitán Arrue y otros cuyos han sido víctimas de su incauta fe, no tiene las garantías necesarias para darse semejante paso. Cuando el oficio de S. E. más y amenazante que recon-

Digitized by Google

ciliador, y también porque no puede abandonar la gran porción de compatriotas que como el que suscribe han hecho sus votos. El infrascripto General desea como ya lo ha dicho a S. E. poner bajo sus órdenes para llevar la guerra contra los portugueses, pero no de un modo que S. E. recuerde sus juramentos y ponga en práctica el plan de concluirlo; éste solo y permitiendo S. E. al infrascripto el llevar la guerra por el punto de las Misiones, de allí tendrá la satisfacción de coronar la patria de triunfo y llenar a V. E. de gloria. El General que suscribe saluda al Excmo Sr. General en Jefe a quien se dirije, con su más alta consideración y distinguido aprecio. — Arroyo Grande, Marzo 12 de 1828. — Fructuoso Rivera. —Excmo. Señor General en Jefe del Ejército de operaciones D. Juan Antonio Lavalleja. Es copia. — Rivera. (1)

JOAQUÍN SUÁREZ

De Soriano, Rivera marchó con algunas milicias hacia Durazno donde fué deferentemente recibido por el Gobernador Delegado, D. Luis Eduardo Pérez.

El 22 de marzo el coronel Oribe, que por orden superior había levantado el sitio de Montevideo, se encontraba con una fuerza de 400 soldados en el Paso de los Toros. En la misma fecha, más o menos, el comandante Lavalleja que obra en combinación con Oribe marchaba a pocas jornadas de éste.

Desde Durazno, el general Rivera tomó rumbo hacia el norte perseguido por Oribe que seguía todos sus movimientos dispuesto a aniquilarlo, según era la orden expresa de Lavalleja y del Gobierno de Buenos Aires. Pero Oribe no se sintió «*bastante fuerte para batir a su adversario y se acantonó en el pueblo de Belén*, de donde pidió a Ferré, gobernador de Corrientes, el auxilio de 500 milicianos armados (2), auxilios que llegaron al mando del renombrado caudillo *Coronel López Chico*. Desde este punto Oribe se dirigió, con fecha 11 de abril, al general Balcarce, Ministro de Guerra, comunicándole las órdenes recibidas de Lavalleja, de «expedicionar sobre los pueblos de las Misiones Orientales hasta su com-

(1) Manuscrito original en mi archivo.

(2) «Historia de la guerra del Brasil», por Baldrich, pág. 462.

Digitized by Google

pleta ocupación, comisión que debía emprenderla sin perder de vista la persecución y exterminio del caudillo Rivera como extrechamente se le encarga, para lo cual toma cuantas medidas se hallan en la esfera de sus recursos.»

Balcarce, que había comunicado a Lavalleja la *orden* superior de que desplegara «Todo su celo y actividad en que Rivera fuera destruído y castigado ejemplarmente», contestó el 21 de abril a Oribe: «No avance algún paso en su comisión que podría ser perjudicial a la concordia y paz doméstica; así lo exige el imperio de las circunstancias; suspenda toda medida o providencia relativa a dicha empresa por cuanto ésta traería necesariamente resultados funestos que deben evitarse a todo trance.»

¿Cómo se explica esta contraorden de Balcarse si días antes ordenó la destrucción total del caudillo y si hasta el mismo Dorrego había escrito a Lavalleja que D. Frutos «lo tenía incomodado» y que era «imposible encontrar un hombre más díscolo y enérgico que él. (1)

¿Cómo se entienden estas fluctuaciones de los hombres del Gobierno de Buenos Aires, estas órdenes y contraórdenes respecto a la persecución de Rivera? ¿Previó el gobierno de Buenos Aires el choque entre los caudillos orientales y quizo evitarlo a toda costa como asegura el Dr. Palomeque, o trató Dorrego de dejar a Rivera el camino a las Misiones completamente expedito?

¡He aquí la intención solapada, la razón oculta!...

Si observamos que la contraorden de Balcarce fué recién cuando Oribe le transfirió a éste las órdenes que tenía de Lavalleja de expedicionar sobre Misiones hasta su completa ocupación, y si tenemos en cuenta que el general López ya estaba listo para ejecutar dicha empresa, llegamos a la conclusión sentada en páginas anteriores de que Dorrego quería a toda costa que dirigiera la campaña un general argentino, temiendo que Rivera u Oribe pudieran utilizar los frutos de la victoria en bien de la independencia Oriental.

Las tratativas por vías diplomáticas seguían su curso. Por esos mismos días el secretario de Lord Gordan de la Legación de Inglaterra en Río de Janeiro llegó al ejército en comisión para tratar con Lavalleja sobre la paz, — no como general en jefe — decía sino como Gobernador de la Provincia Oriental. Entonces Lavalleja mandó un oficial con comunicaciones reservadas y dando cuenta de lo acaecido al gobierno argentino, quien estaba empeñado en hacer la paz a todo trance pero sin suspender las hostilidades hasta tanto no estuvieran firmados los tratados. (2)

(1) «Oribe y su Epoca», por el Dr. Lorenzo Carnelli. Página 143.

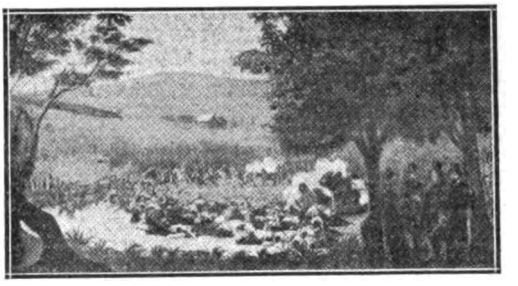
(2) Cartas inéditas de don Juan Benito Blanco a don Juan Francisco Giró, fechadas en Buenos Aires el 2 y el 22 de abril de 1828. (En mi archivo.)

Digitized by Google

Ahora sigamos la marcha de los acontecimientos militares.

Después de algunos tiroteos con Oribe en los Cerros de Buricayutí, el general Rivera reunió a los patriotas en un punto determinado de antemano y marchó en dirección a Ibicuy «pegando fuego al campo que dejaba a retaguardia y a los costados, de modo que al llegar al comandante Oribe, se encontraba con que no tenía absolutamente pastos para dar de comer a los caballos y tenía que extraviar camino para procurárselo, en cuyo término Rivera se alejaba inmediatamente. (1) El 21 de abril el general Rivera llegó a la costa del Ibicuy, perseguido por Oribe que proseguía afanosamente su persecución a través de las etapas desoladas que le dejaba aquél a retaguardia.

En la ribera opuesta el caudillo oriental encontró una fuerte guardia imperial que obstruía el paso. Colocado entre las fuerzas imperiales por un lado y la amenaza inminente de Oribe, por otro, Rivera ordenó al capitán Felipe Caballero vadear el río con 80 hombres, llevando los *sables a la cintura y las pistolas en la cabeza.* (2) El capitán Caballero cumplió audazmente las órdenes, forzando el paso y batiendo las partidas imperiales. Desde entonces quedaron abiertas las puertas al territorio de Misiones.



PASO DEL IBICUY. Óleo de Besnes Irigoyen, 1830. Museo Histórico Nacional.

Los anales históricos registran una curiosa estratagema empleada por Rivera para ponerse a salvo en esos difíciles momentos en que vadeaba el Ibicuy bloqueado por las fuerzas de Oribe por un lado y por los imperiales del otro.

Rivera insinuó al jefe brasilero «que sus tropas y las de Oribe no eran sino la vanguardia del ejército republicano, aconsejándole como antiguo amigo del Brasil, que se retirara si no quería ser acuchillado. El brasilero creyó todo esto y se alejó apresuradamente de ese lugar tan peligroso, no sin agradecerle antes a Rivera consejo tan prudente y amistoso.

«Entre tanto Oribe, que desde la margen opuesta observaba los movimientos de Rivera, creyó que éste se ponía en combinación con los brasileros, al verlo conversar tan amistosamente con ellos y se alejó a toda prisa, dejándole expedito el camino al hábil caudillo.»

(1) Diario de la guerra del Brasil del ayudante José Brito del Pino. «Revista Histórica». El original manuscrito en el «Archivo Histórico Nacional».

(2) Parte Nº 1 de Rivera.

Digitized by Google

El 22 de abril por la tarde el general Rivera puso en marcha sus tropas, que excedían de 1.000 hombres, en su totalidad orientales. (1)

En la noche de ese mismo día desprendía al capitán Manuel Antonio Iglesias con una pequeña avanzada a fin de batir algunas partidas de hombres que se encontraban en una estancia de las cercanías. El capitán Iglesias dispersó totalmente las partidas teniendo la desgracia de perder en la refriega al valiente teniente de la Compañía de Guías, Dionisio Maydana. (2)

El 23 de abril dividió sus tropas en tres divisiones, la primera al mando del capitán Caballero, con dirección a San Francisco; la 2ª, a las órdenes del mayor Bernabé Rivera, en dirección a San Borja; y la 3ª, a sus órdenes inmediatas en dirección a la Sierra. En el bequerón de la Sierra, el general Rivera rindió una fuerza de 160 hombres tomándoles armamentos, municiones, ganado y 600 caballos. Inmediatamente se puso en marcha precipitada, en persecución del coronel Joaquín Antonio d'Alencastre, Gobernador de la Provincia que al frente de 800 hombres se retiraba hacia la Sierra de San Martín. Después de 5 días y cinco noches de marcha forzada, llegó hasta Cruz Alta donde batió a las fuerzas de d'Alencastre, tomándoles un estandarte que remitió al Gobierno de Buenos Aires, como primer trofeo de conquista. Falto de medios de movilidad, y con la tropa agotada por el hambre, Rivera vióse obligado a suspender la persecución de d'Alencastre que huía a toda marcha, «deslustrando sus precillas adquiridas con tanto honor en Sarandí». (3)

Mientras tanto las otras divisiones imperiales seguían operando con éxito.

Los movimientos de Rivera fueron bien dirigidos y ejecutados con una rapidez de ejecución asombrosa. Las tropas imperiales despavoridas, se desbandaban al avance audaz de los conquistadores. D'Alencastre, acosado a fondo por el general Rivera, huye en marcha forzada; «Juan José Palmeiro alcanza a vuelo de caballo la población de Cruz Alta, Manuel da Silva del Lago, se corre por Passo Fundo hasta el distrito de Vacaria» y las divisiones orientales al mando de Bernabé Rivera y Caballero recorren triunfalmente el territorio de Misiones desde el Ibicuy a San Borja. En sólo 20 días el general Rivera se enseñorea de las Misiones sin apoyo oficial alguno, obrando por su *cuenta* como lo expresara Dorrego, contando sólo con los elementos que le proporcionó su prestigio y con la patriótica adhesión del coronel correntino López Chico.

(1) Rivera llegó a tener bajo sus órdenes cerca de 2.500 hombres, entre los que se contaron correntinos, santafecinos, misioneros y tapes.

(2) Parte de Rivera Nº 2.

(3) Parte del general Rivera fechado en la costa del Ibicuy el 16 de mayo de 1828.

Digitized by Google

Mientras Rivera avanzaba del otro lado del río Ibicuy y en momentos en que en Buenos Aires se celebraba el gran triunfo de Rivera, Oribe pasaba dicho río, retrocedía hasta el Cuareim donde fusiló los chasques de Rivera y continuaba en su afán de asesinar a los patriotas que servían con el bizarro conquistador.

El coronel Oribe se había convencido que lo de hostilizar y aprehender a Rivera, como se lo había ordenado el Gobierno de Buenos Aires, era una empresa demasiado difícil para él. Para esa hazaña necesitaba Oribe aumentar grandemente sus fuerzas. Se vió en la necesidad, entonces, de implorar el auxilio del Gobernador de Corrientes. Fué en ese momento que éste desprendió al coronel José López (Arias López Chico) con un regimiento de caballería de 500 hombres, con la orden de incorporarse a Oribe a fin de cooperar al exterminio de Rivera y coadyuvar a la campaña que pensaba efectuar el general Lavalleja sobre las Misiones.

Dr. VICENTE LÓPEZ

Cuando llegó el coronel López al Ibicuy propuso a Oribe que él marcharía a entablar relaciones pacíficas con Rivera. Oribe accedió y le confirió plenos poderes al coronel López.

El 2 de junio, a las 7 horas de la tarde, el general Rivera recibió en su campamento del Puerto de Santa Rosa al coronel José López. Oyó las proposiciones de éste en nombre de Oribe. Rivera, en forma terminante le expresó que estaba dispuesto a defender su provincia hasta el último caso; que le prevenía al coronel Oribe que al frente de sus fuerzas debía marchar media legua para adentro de la provincia; que ponía a su disposición los miles de cabezas de ganado vacuno que quisiera para el vecindario que lo acompañaba y que imponía como condición fundamental al coronel Oribe se situara con su tropa del otro lado del Cuareim. A efecto de cumplir lo que él disponía le daba de plazo sólo *24 horas* y, en forma serena, inteligente y valiente terminaba recriminándole el procedimiento delictuoso y cobarde del fusilamiento de los chasques.

Considerando que se trata de un documento inédito de positiva importancia lo transcribimos íntegro.

Decía Rivera: «El Brigadier que suscribe ha recibido en su «campo al Sr. Coronel D. José López como embiado por el Sr. Co-

Digitized by Google

« ronel Jefe de División D. Manuel Oribe a quien el infrascripto se « dirije para tratar del mejor modo de la conservación entre ambos « Jefes; y cuando esperaba el que firma que el Sr. Coronel López, « le presentare la autorización de su Jefe para poder celebrar un « tratado con la formalidad que exije la delicadeza de estos Jefes y « con arreglo a las circunstancias en que la patria se haya, presenta « el Coronel López una acta firmada por el Coronel Oribe en la « cual no ha tenido una parte el General que suscribe; y para el « objeto autorizado a ninguno de sus Jefes, y sólo ha embiado a su « hermano D. Bernabé para hacer ver al Coronel Oribe el riesgo « que corre la patria. Si el Sr. Coronel sigue regiéndose por sus deseos « y las instrucciones de su General D. Juan Antonio Lavalleja; es « decir si continúa asesinando a los valientes que acompañan al Ge- « neral infrascripto como lo hacía en la Banda Oriental y lo ha he- « cho así que pasó el Ibicuy, pues bien sabe el Sr. Coronel Oribe que « esos que hizo matar fueron los soldados con que contó la Patria « al hacer el desenrrollo del año 25 y fueron los que triunfaron de « un número desigualísimo de enemigos en el Rincón de las Gallinas « y los que en el Sarandí mostraron con sus espadas que sabían ser « libres y como ninguno vengar los ultrajes que su Patria había reci- « bido de los enemigos generales en tiempos más desgraciados y final- « mente fueron los que desnudos y a nado se arrojaron al gran río « Ibicuy sin que los contuviesen el fuego de los enemigos que guar- « daban el paso, y abrieron las puertas a la historia que ha conse- « guido la Patria libertando la Provincia de Misiones, que tantos « años ha gemido bajo la dominación del déspota del Brasil. Pero « dejemos esto que bien lo sabe el Sr. Coronel pues que ha visto los « cadáveres de los enemigos que en aquel pasaje perdieron sus vidas. « Basta diré por que si no tendría que decir que también fusiló a los « desgraciados patriotas que conducían el primer paso que se daba de « estos triunfos, y será nunca acabar hablando a este respecto: por « consecuencia, bamos a otra cosa. Ya que el Sr. Coronel hizo la acta « porque no puso en el primer artículo que habría toda comunica- « ción con el verdadero Patriota D. Fructuoso Rivera dándolo a saber « a su división por la Orden del día que no se le tuviese por traidor « a la Patria porque con traidores no se capitula desde que se sirve « también confesar que había sido una equivocación la que lo había « puesto en el caso de dar a la Prensa la proclama del 7 de Marzo « y decreto fecha 15, del mismo año 28: vuelvo a dejar esto y ad- « vierto al Sr. Coronel que sea internado como enemigo en una pro- « vincia que ya pertenece a la República Argentina luego que el que « firma ha dirijido al Gobierno de ella un Jefe para recibir órdenes « del expresado Gobierno. En esta virtud el que firma y la Provincia « no reconocen otra autoridad que la del Poder Ejecutivo para lo que « hace saber al Sr. Coronel Oribe que de este momento se pone el

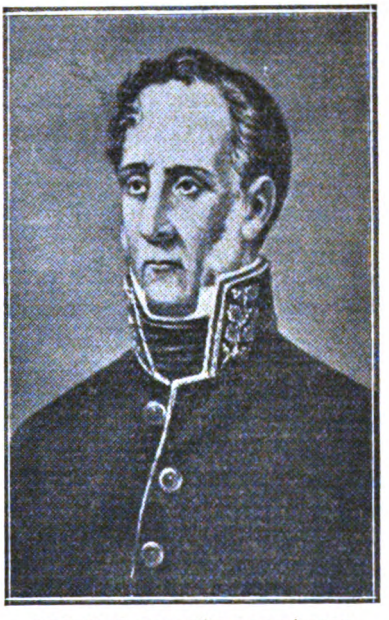
Digitized by Google

«que firma en aptitud de defenderla hasta el último caso y previene «al Sr. Coronel Oribe que con su fuerza marche media legua para «dentro de la provincia porque así lo exijen las circunstancias y sólo «para mostrar el desinterés y patriotismo del que suscribe pone a la «disposición del Sr. Coronel los miles de cabezas de ganado vacuno «que guste para el vecindario que le acompaña porque hay suficiente «hacienda del Estado, y dé un solo animal de vecindario; se le da «también un mes de sueldo en metálico a su gente, oficiales y solda- «dos, porque está cierto que el infrascripto que el Gobierno de la «República aprovará todos esos pasos máxime que se den por el bien «de la Patria pero para todo esto se «ha de situar el Sr. Coronel Oribe «del otro lado del Cuareim nombran- «do para recibirse de lo que se le pro- «mete a la persona que guste y de- «jando al vecindario por que lleve el «ganado que le toque según la distri- «bución que haga el encargado. Para «la contestación de todo lo expuesto «da de plazo el General infrascripto «al Sr. Coronel a quien se dirije vein- «ticuatro horas al fin de las cuales se «pone en marcha para la Banda «Oriental y le hace responsable ante «la Patria del descrédito que va a dar «a ella y de gloria al enemigo común. «Dios Guarde. Puerto de Santa Rosa, «a las siete horas de la tarde. Junio «2 de 1828. — Fructuoso Rivera.

D. Manuel Oribe. Comandante General de Armas.

Es copia.

«Rivera». (1)



GENERAL MARTÍN RODRÍGUEZ

El coronel López se plegó con su regimiento a su antiguo compañero de armas, el general Rivera.

Oribe, por su parte retrocedió, como se lo impuso el general Rivera y se retiró con sus fuerzas a varias jornadas del teatro de acción donde el general Rivera operaba en forma brillante y gloriosa para nuestras armas.

Desde Cruz Alta el general Rivera contramarchó tomando de nuevo la línea del Ibicuy. Había enviado al Gobernador Dorrego las partes circunstanciadas de las distintas acciones, pero dichos oficios no llegaron a su destino en virtud de que Oribe, a pesar de las con-

(1) Manuscrito inédito en mi archivo.

Digitized by Google

traórdenes superiores de suspender las persecuciones y restituirse a a la línea de Montevideo, se había situado de este lado del Ibicuy para interceptar la correspondencia oficial de Rivera y fusilar a los conductores que venían llenos de júbilo con la anunciación de la victoria. Estos desgraciados patriotas fueron, Juan Tomás Sosa, Modesto Lugos y Manuel González. El comentario acre y flagelante se nos queda en los labios por temor a que se nos crea animado de bastardas pasiones partidistas, pero a todo hombre de corazón bien puesto, debe dolerle este crimen cometido por un jefe oriental sobre ciudadanos orientales que venían de conquistar para la patria el laurel más resplandeciente de gloria y el triunfo más preñado de fuerza reivindicatoria. Máxime cuando Oribe tenía órdenes superiores de suspender las hostilidades contra Rivera y máxime cuando aquél había sentado en un documento que tenía la «evidencia» de que Rivera había «empleado sus armas con éxito favorable contra las del enemigo en la presente jornada» y que consideraba por tanto que debía relevársele de la ominosa nota de traidor. (1)

Si Oribe estaba animado de sentimiento patriótico, si había depuesto agravios, su crimen no tiene justificación alguna, a pesar de las flexibles pragmáticas disciplinarias de la época y aun admitiendo que Lavalleja se lo hubiera ordenado. Hay siempre formas de salvar el patriotismo y el pundonor militar, ante la responsabilidad histórica.

La victoria de Rivera provocó reacciones sorprendentes. Su importancia militar y política era de una trascendencia tan inconcusa que Lavalleja no podía desconocerla, por lo que el 14 de junio de 1828, se dirigió de oficio al Ministro de la Guerra, general Balcarce, en la siguiente forma: «El infrascripto, General en Jefe, ha recibido « con placer la comunicación de S. E. el Sr. Ministro de la Guerra « y Marina, número 1078, a que acompaña un impreso de las comu- « nicaciones que instruyen de la recuperación de las Misiones por el « Brigadier don Fructuoso Rivera.

«El General en Jefe no desconoce las ventajas y trascendencias « de aquella operación, estimándola en el mismo grado que lo ha « hecho el gobierno.

«Mientras la conducta de D. Fructuoso dió lugar a su persecu- « ción, el infrascripto, que no tiene otra tendencia que la salvación « de la patria, tomó todas las medidas más rigurosas para su des- « trucción. Mas ahora que el expresado Brigadier ha dado un paso « favorable a favor de la causa, y el mismo gobierno lo recomienda, « el que suscribe olvida todo personal resentimiento y cuantos males « anteriores ocasionó a la patria con sus anárquicos procedimientos « el Brigadier Rivera; y desea que él *siga aumentando su vindicación*

(1) Documento citado.

Digitized by Google

« *con un desengaño tan manifiesto para los enemigos, si contaban con* « *los progresos de D. Frutos para su engrandecimiento.*

«Convencido el abajo firmado de las razones que vierte S. E. el « señor Ministro de la Guerra y Marina respecto *al peligro que puede* « *tener el contacto del coronel Oribe y el Brigadier Rivera, ha dis-* « *puesto* que hoy mismo marche un oficial de conocido empeño, « hasta encontrarse con el coronel Oribe, a quien se le comunican « órdenes terminantes para que dirija su marcha hasta las puntas de « Santa María, para ponerse en contacto con el ejército. (1)

En el mes de julio la escuadra argentina intensificaba sus preparativos para combatir y hacer cesar el bloqueo. El Gobierno tenía noticias del general Rivera pero no las hacía públicas porque no le convenía. Sin embargo, en los corrillos y en forma secreta se comentaba que los imperiales habían llamado a dicho general, quien ya estaba con sus fuerzas en el río Pardo y que había algo de proposiciones. Se tenían, a la vez noticias de que el ejército de la provincia marchaba en esa fecha por la Cuchilla Grande con rumbo a Porto Alegre y que por lo que respectaba al ejército imperial, creíase se había retirado al Piratuí.

GENERAL JOSÉ M. PAZ

Fué entonces que los argentinos formáronse el peor concepto de Manuel Oribe, como así lo expresa el Constituyente don Juan Benito Blanco en su correspondencia a don Juan Francisco Giró, a quien le dice «respecto a Oribe, se habla mal en ésta por los « mismos del Gobierno, porque dicen que no obedeció. Ciertamente « ha perdido mucho este mozo en la opinión. Anteriormente era el « oriental de más crédito de los militares, pero hoy, desgraciadamente, « ha perdido mucho. Respecto a lo que dice Vd. de Oribe, sobre la « pasada del Ibicuy, es cierto, y más se dice: que ya tenía órdenes « repetidas del Gobierno para retirarse y no lo hizo; por esto es que « no se le quiere bien.» (2)

Los enemigos políticos de Rivera del año 25, habían difundido

(1) Baldrich. Obra citada, página 467.

(2) Carta inédita de Juan Benito Blanco a Juan Francisco Giró, fechada en Buenos Aires, el 12 de julio de 1828. (En mi poder).

Digitized by Google

tanto sus inculpaciones respecto a la buena correspondencia del caudillo con los imperiales que éstos abrigaron la esperanza de que aquél viniera a guerrear en su favor y aun cuando la actitud de Rivera era ostensiblemente contraria, simularon especiosamente dicha creencia para ver si podían ganar sus servicios militares.

Cuando el general Rivera dirigía sus marchas sobre la frontera de las Misiones el general d'Alencastre le envió un comunicado expresándole sus dudas respecto a sus «proyectos» y asegurándole que ellos serían bien «agazajados y protegidos si eran dedicados al Imperio.» (1)

El triunfo de las Misiones levantó un tumulto de regocijo en ambas orillas del Plata.

El Gobierno de Buenos Aires se sintió fuerte para continuar la guerra con el Brasil y poder imponer condiciones de paz que le dejaran el camino abierto para procurar luego, con alguna factibilidad, la anexión de la Banda Oriental a las Provincias Argentinas; pensamiento este que le inquietaba tanto, como la reincorporación del Paraguay.

En aquellos momentos, Dorrego, fortalecido en su desánimo por los triunfos de Rivera, hizo un cambio de frente y dió instrucciones terminantes a los Ministros Plenipotenciarios Guido y Balcarce para que no entraran «a estipular ninguna clase de tratados que tenga por objeto especial reconocer la absoluta independencia de la Provincia Oriental erigida en un Estado nuevo; que, por el contrario, en todos los casos previos han de dejar conocer la opinión que ofrece para ella, el pronunciamiento de la opinión conforme y general a este respecto, y el fatal ejemplo de reconocer el principio de poderse ceder o disponer de una parte del territorio en obsequio del tercero, y que en este concepto solamente se consideran autorizados para negociar, ya en el carácter de la convención, armisticio o en el tratado que *quede sujeta aquella provincia a una independencia temporaria que sirva de ensayo para conocer la disposición de las mejoras que haya adquirido con la experiencia de lo pasado, y al final de la cual se pronuncie a favor de uno de los dos Estados a quienes pertenecía.* No es posible que el Emperador desee establecer la desmembración, porque en ese caso a nadie en lo sucesivo, sería ella más fatal que a él mismo. Esta es una observación que no necesita largas observaciones. (2)

Tres eran los argumentos que hacía Dorrego para variar el curso de la diplomacia ya bien encaminada hacia la paz: 1º «las últimas ocurrencias de esta Corte con motivo de la sedición de las tropas

(1) Carta del general d'Alencastre a Rivera. Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. T. III. Nº 2. Pág. 559.

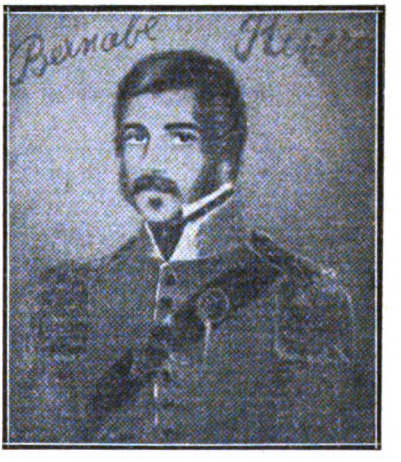
(2) Nota del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina citada por Palomeque. Obra citada.

Digitized by Google

extranjeras; 2º los avances de la expedición del norte; 3º la circunstancia del aumento de su fuerza marítima.»

De estos tres argumentos, el único valedero y de fuerza era el que se refería a los triunfos decisivos de Rivera en las Misiones, pues la sedición de los irlandeses y alemanes ya había terminado y los preparativos navales eran insuficientes y poco influirían en el sostenimiento de la guerra. (1)

Don Pedro I, aunque resentido en su orgullo de soberano había iniciado ya en marzo las aberturas de paz bajo los auspicios del Ministro inglés Lord Ponsomby y éste por intermedio del Encargado de Negocios de Inglaterra en Buenos Aires, había ya hecho entrega al Gobernador Dorrego de un proyecto de convención preliminar de paz fechado el 18 de marzo de 1828. Este proyecto estaba redactado sobre la base de la renuncia del Imperio del Brasil a sus pretendidos derechos de soberanía de la Provincia Oriental. (2)



CORONEL BERNABÉ RIVERA

Era por entonces notorio que el Gabinete de Saint James tenía también sus miras codiciosas, fijas sobre nuestro territorio; a esto obedecía en el fondo la intervención diplomática de Lord Ponsomby en la cuestión oriental y de aquí emanaban igualmente las instrucciones dadas por Dorrego al Ministro Argentino en Inglaterra, Dr. Juan J. Gil, para que inquiriera los propósitos del Cuerpo Diplomático de aquella Corte. El Dr. Gil cumplió el pedido del gobierno argentino y el 16 de enero de 1829 desde París se expidió hábilmente convencido de la imposibilidad de establecer un Estado independiente. (3) La repuesta llegó tarde.

(1) Baldrich. Obra citada. Página 469.

(2) Baldrich. Obra citada. Página 470.

(3) Decía el Dr. Gil: «Estoy tan convencido de la propiedad y de la evi«dencia de las razones que impulsan al gobierno a resistir la independencia de la «provincia Oriental que jamás he tenido embarazo en manifestar mi opinión «privada, sea a los ministros de S. M. B. sea a otras personas del ministerio de «negocios extranjeros, y a varios miembros del cuerpo diplomático en aquella «corte, sobre la imposibilidad de establecer un estado independiente en el citado «territorio más como representante del gobierno argentino no podía, en mi ca«rácter público, pronunciarme contra una medida que había recibido su apro«bación.

«Jamás, por ningún título ni bajo pretexto alguno, debió el gobierno ha-

Digitized by Google

Convencido Dorrego que Rivera no retrocedió de su propósito de no abandonar el territorio conquistado, resolvió que el general Estanislao López marchase a las Misiones Orientales a tomar la dirección de la guerra como Jefe del Ejército del Norte. Para el efecto se puso en marcha hasta llegar a Itaquí, punto donde estaba situado Rivera con su ejército. El general López, con su división se colocó en la parte occidental del Uruguay y se puso en contacto con Rivera. Hízole saber a éste la resolución del gobierno de Dorrego enviándole, con nota del 21 de junio los despachos de segundo Jefe del Ejército del Norte. El general Rivera declinando el rol subalterno que se le asignaba contestó con aquella su fuerza de alma incontrastable, en la nota que transcribimos totalmente por ser un documento de alto valor histórico: «Cuartel General en Itaquí, 6 de julio de «1828. Los despachos de segundo Jefe del Ejército del Norte que «V. E. se ha dignado incluirme en su estimable nota fecha 22 del

«ber considerado ni admitido la proposición de esta independencia, cuando «se sugirió por el Lord Ponsomby; ésta fué una ocurrencia del momento para «salir su señoría del apuro en que le puso el Emperador del Brasil, y cuando «a su arribo al Janeiro resistió la primera proposición que la corte de Saint Ja«mes le ofreció como mediadora, proposición que no era del gabinete inglés en «su origen, y que por lo tanto fué una de las razones porque Lord Ponsomby «rehusó garantir a nombre de su gobierno la independencia del nuevo Estado «que se proyectaba formar.

«Desde que asomó una proposición tan indiscreta e inverificable, desde que «con la aquiescencia del gobierno ella ha continuado siendo el alma de este «negocio, difícil es de prever cuál será la suerte de la Provincia Oriental, y «cuantos compromisos nos traerá siempre a Buenos Aires la agitación de esta «cuestión. Puede ser que el tiempo y los desengaños infundan en el gabinete «inglés un deber de cooperar a deshacer una obra en la que, por falta de su «ministro, él ha tenido una influencia activa aunque indirecta; y para tal caso «debe contar como auxiliares de esta empresa con la Francia y los Estados Uni«dos. V. E. encontrará en la nota número 186 a que acompaño la minuta de mi «conferencia con el conde de Lafferronays cuáles son los sentimientos del Ga«binete de la Tullerías a cerca del proyecto de establecer un Estado indepen«diente en la Banda Oriental; y a la perspicacia de V. E. no se ocultará cuan «importante es para el logro de las ulteriores negociaciones el contar con la «opinión del ministro francés, y con los celos que manifiesta porque la Ingla«terra tome una parte tan activa y tan exclusiva en este negocio. Tengo fun«dados motivos, continúa, para conocer que los Estados Unidos miran con des«agrado la erección de un Estado en dicho territorio que no pudiendo realizarse «ni consolidarse, perjudica el crédito de los Gobiernos del Nuevo Mundo. Este «paso, además, promovido bajo los auspicios de la Gran Bretaña, es considerado «por ellos como una desviación del sistema americano y un germen de futuros «disturbios.

«Creo que lo expuesto servirá de bastante contestación a la nota muy reser«vada de 20 de Agosto; he querido tratar esta materia de la manera que lo «he hecho, porque estoy convencido de que éste es el modo de hablar a un «gobierno ilustrado y patriota, y de llenar sus deberes un patriota y un hom«bre de bien.» (*)

(*) «Historia de la Guerra del Brasil», por J. Amadeo Baldrich. Páginas 471 y siguientes.

Digitized by Google

«ppdo, que tuve el honor de contestar separadamente, se hallan en «mi poder, y aunque aprecio en el más alto grado la distinción que «el gobierno encargado de la guerra ha querido hacerme, no permi- «ten mis actuales circunstancias, mi honor y mi delicadeza, el que «los acepte. Ninguno mejor que V. E. sabe los justos motivos que «tengo para no aceptar tal nombramiento. Aún existe en mi poder «la comunicación original que V. E. me dirigió al Entre-Ríos, por «la que me avisaba que el Gobierno le había ordenado no me admi- «tiese, ni me diese ninguna clase de colocación en su Ejército, y supe «posteriormente que se le encargaba mi persecución a todo trance.

«Toda la República está llena de las notas del Ministerio de Gue- «rra de ese mismo Gobierno dirigidas al Comandante don Manuel «Oribe para el mismo objeto.

LUCAS J. OBES

«En casi todas ellas se dejan ver «las terribles palabras del *Traidor* «*Fructuoso Rivera;* y después de «todo esto, ¿quiere V. E. que yo «renunciando hasta los más nobles «sentimientos del honor y de la «dignidad de hombre, reciba un «destino tan elevado en el mismo «Ejército en que se me negó colo- «cación aun en clase de soldado «raso? Yo reclamo aquí la atención «de V. E. y que, escuchando la «voz de su corazón en el silencio de «las pasiones que suelen ofuscar el «entendimiento humano, diga con la «franqueza propia de su carácter. «¿Si son justos y justísimos los mo- «tivos en que me apoyo para no admitir el referido nombramiento?

«Yo no sé Excmo. señor, hasta cuando se quiere apurar mi cons- «tancia y sufrimiento. Diez y ocho años de continuos sacrificios y «fatigas habrían bastado para convencer al mundo entero de mi «firme adhesión por los sagrados intereses de mi patria; pero ellos «solamente han servido para hacerme sentir toda clase de males, «sin que hasta ahora se haya podido arribar al objeto de mis ince- «santes desvelos. Olvidado enteramente hasta de mí mismo, he vivido «sólo para mi Patria. Su dicha y su engrandecimiento ha sido el mó- «vil de todas mis acciones, y cuando la perfidia política de estos «tiempos de calamidad pública se me ha perseguido sin cesar, yo «he marchado por el sendero del honor y de la gloria, dejando atrás «mezquinas ideas, preocupaciones vulgares, y todos aquellos senti- «mientos innobles que marchan y sirven de lunar a las acciones ho- «norables del hombre público. Pero: que desgracia: mientras que

Digitized by Google

«los verdaderos hijos de la Patria hacen callar todas sus pasiones «en presencia de los males que la afligen, no faltan seres tan des- «graciados que olvidando su primer deber, le abren profundas he- «ridas y derraman sin cesar sobre la tierra de los libros la simiente «fecunda de la discordia, auxiliado por otro medio, los esfuerzos «que hacen las miserables reliquias de los Ejércitos que ese trono «bamboleante. ¿Y todavía hay quién los tolere, y quién disculpe sus «feroces atentados? Pues hay Excmo. Señor (aunque es sensible «decirlo) todo cede en nuestro descrédito. Aun humean los cadáve- «res de las víctimas que testifican esta dolorosa verdad, y los manes «de tantos desgraciados, no han podido encontrar en la República «quien los vengue a pesar de haberse reclamado el castigo que justa- «mente merece el autor de crímenes tan horrendos. Fácil es calcu- «lar hasta donde llegarán los males, si no se reprime en tiempo opor- «tuno a los hombres que atropellan todos los respetos humanos por «saciar sus miserables venganzas. Hasta la vida política de la Patria, «si se multiplican los malvados al abrigo de un poder sin acción, «debilitado hasta el extremo de ser desatendido y burlado.

«Por estas consideraciones que a mi juicio son de grave peso, «no es prudente esperarlo todo del Gobierno ni estar ciegamente «sujeto a sus mandatos, y en aquel estado de inacción que manda «el respeto así al primer Magistrado, porque sería muy probable «que los enemigos personales se aprovechasen de esta circunstancia «para descargar el último golpe sobre sus rivales, sin que la auto- «ridad de un Gobierno que ellos desprecian pueda servir de obs- «táculo.

«Esto mismo ha visto V. E. practicar al pérfido Oribe, quien «aprovechándose de nuestra inocente confianza y de las atenciones «que teníamos al frente del enemigo común invadió esta Provincia «trayendo la desolación y la muerte, contra los bravos que acababan «de dar a la Patria un día de gloria, mejorando sensiblemente el «estado militar y político de la República. En vano encontraba a «cada paso los mayores testimonios de nuestra lealtad y patriotismo. «En vano tuvo repetidas órdenes del Gobierno Nacional para de- «jarme de perseguir; todos fueron despreciados por él, y, un crimen «de esta naturaleza y trascendencia está impugne quedando el Co- «ronel Oribe de continuarlos haciendo cuantos males pueda suge- «rirle su alma desgraciada. De todo esto resulta el que yo me halle «resignado a no admitir destino alguno en el Ejército que manda «V. E. hasta que el Gobierno me haga la justicia que merece mi pa- «triotismo y que se me dé satisfacción pública de la atroz calumnia «que se me levantó, declarándome *traidor a la Patria.* Así mismo «espero que el Coronel Oribe sea juzgado por el atroz asesinato que «cometió con los chasques que mandé de la Cruz Alta a los Gobier- «nos de las provincias, por la interceptación de toda la correspon-

Digitized by Google

« dencia oficial y particular y por haber desobedecido al Gobierno « e invadido alevosamente esta Provincia, promoviendo la guerra « Civil. Obrando el Gobierno en este sentido yo me prestaré gustoso « a recibir el destino que se me diere, aún cuando pudiese mortificar « algo mi amor propio, pues desde ahora protesto sacrificando todo « en llegando este caso, a la subordinación que debemos prestar a la « primera autoridad de la República. Sin embargo de todo lo ex- « puesto, V. E. debe estar seguro que todos los recursos de que es capaz « esta Provincia, estarán a su disposición luego que arribe a ella, « y yo mismo propenderé con mi persona, mi poder e influjo a que « V. E. se corone de gloria, no teniendo la menor cosa que me em- « barace para acompañarlo como un « amigo y compatriota a cualesquier « punto del Territorio enemigo que « quiera llevar las armas de la Re- « pública. Estos son mis verdaderos « sentimientos: con ellos puede con- « tar V. E. recibiendo las protestas « de mi distinguido aprecio y muy « particular estimación. — Fructuoso « Rivera.

«Al Excmo. Señor General en « Jefe del Ejército del Norte Don Es- « tanislao López. — Es copia.»

Rivera. (1) (2)

GENERAL BERNABÉ MAGARIÑOS

Firme en sus propósitos anexionistas Dorrego pugnaba por arrancar al general Rivera de las Misiones y le impartía órdenes de que emprendiera la expedición al Río Pardo, de la cual habían hablado el año anterior. Pero Rivera que sabía que la conquista tendría una fuerza decisiva en la consolidación de la paz, que comprendía que el fin de Dorrego era el alejarlo del teatro de la guerra, desobedecía sus órdenes y las del general Estanislao López y se quedaba firme en su puesto de honor esperando los frutos de su victoria. El sabía

(1) Documento inédito en mi archivo.

(2) Debemos hacer constar que este documento de puño y letra del general Rivera y en poder del autor, está publicado trunco en el Tomo VI, página 147 de la «Historia de la República Oriental del Uruguay» por Isidoro de María y en el apéndice, pág. 472, de la obra «El General Rivera y la Campaña de Misiones» por el Dr. Alberto Palomeque. Se le ha suprimido la parte en que el general Rivera pide un castigo ejemplar para los que han cometido el delito de asesinar a los patriotas que luchaban por conquistar glorias para su patria.

Digitized by Google

la influencia que la conquista de las Misiones tendría en la independencia Oriental. Esta influencia obraba inmanentemente en el ánimo de Pedro I; la apreciaban todos los hombres de acción en el Uruguay y en la Argentina. Entre éstos, Lavalleja y el mismo Dorrego; y la manifestaban los Ministros Guido y Balcarce expresando en sus oficios: «cuanto mayores sean los progresos de la expedición del norte, tanto más derecho creerían haber adquirido los orientales para *conquistar una independencia que sin esos títulos nuevos ha sido siempre objeto de su idolatría*, por más que las circunstancias particulares en que se han visto, las hayan reducido algunas veces a adoptar el arbitrio de la simulación.

Y estaba tan arraigada esa creencia en el general Rivera sobre el espíritu de Pedro I y era tan profético su modo de pensar que en esos mismos instantes había pasado un paquete para Buenos Aires y por dicho paquete el general Lavalleja recibió una carta de Lord Ponsomby acompañando un pliego en el cual lo felicitaba por la paz hecha. (1)

El 11 de agosto de 1828 los ministros plenipotenciarios del Brasil y la Argentina celebraron la primera conferencia y después de algunas deliberaciones, el 27 de agosto, las altas partes contratantes ajustaron la *convención preliminar de paz*, por la cual la Banda Oriental quedaba libre de constituirse en estado independiente y de darse la forma de gobierno que creyese conveniente. (2)

El Gobernador Dorrego se avino a las estipulaciones y D. Pedro I se despidió de sus dominios del Plata con esta frase llena de sober-

(1) Carta inédita de don Simón del Pino a don Juan Francisco Giró. (En mi archivo.)

(2) «Convención Preliminar de Paz entre la República Argentina y el Imperio del Brasil. En nombre de la Santísima e indivisible Trinidad. El Gobierno de la República de las Provincias Unidas del Río de la Plata y su Majestad el Emperador del Brasil, deseando poner término a la guerra, y establecer sobre principios sólidos y duraderos la buena inteligencia, armonía y amistad que deben existir entre Naciones vecinas, llamadas por sus intereses a vivir unidas por lazos de alianza perpetua, acordaron por la mediación de su Majestad Británica, ajustar entre sí una Convención Preliminar de Paz, que servirá de base al Tratado Definitivo de la misma, que debe celebrarse entre ambas Altas Partes Contratantes. Y para este fin nombraron sus Plenipotenciarios a saber: El Gobierno de la República de las Provincias Unidas a los Generales D. Juan Ramón Balcarce y D. Tomás Guido. Su Majestad el Emperador del Brasil a los ilustrísimos y Excelentísimos Señores Marqués de Aracaty, del Consejo de su Majestad, Gentil Hombre de Cámara Imperial, Consejero de Hacienda, Comendador de la Orden de Avis, Senador del Imperio, Ministro y Secretario de Estado en el Departamento de Negocios Extranjeros; Dr. D. José Clemente Pereira, del Consejo de su Majestad, Desembargador de la casa de Suplicación, Dignatario de la Imperial Orden del Cruzeiro, Caballero de la de Cristo, Ministro y Secretario de Estado en el Departamento de Negocios del Imperio e interinamente encargado de los Negocios de Justicia; y D. Joaquín Oliveira Alvarez, del Consejo de su

Digitized by Google

bia real: «Firmo porque en el Imperio no hay más hombre que el Emperador».

Mientras tanto Rivera hacía pública su adhesión al Gobierno de su patria y deponía ante él su espada gloriosa por intermedio del Jefe de su Estado Mayor, coronel Escalada. Cumpliendo luego con las disposiciones de la Convención preliminar se retiró lentamente de su campamento de Itú seguido por un gran contingente de familias misioneras, unas 10.000 personas según Antonio Díaz, que acompañaban al héroe hacia la patria nueva, surgida a la gloria de la libertad por milagro de la conquista. Con aquel «gran aduar en marcha» el caudillo llegó a la costa del Cuareim, donde fundó la Colonia de *Bella Unión*.

GENERAL EUGENIO GARZÓN

Aquellas familias fueron protegidas por los generales Rivera y Estanislao López del vandalismo a que se dieron las partidas imperiales después del convenio de paz. Aquellas mujeres y niños seguían en pos del ejército por voluntad propia y para salvarse del ultraje y de la vergüenza, Rivera las amparó en nombre de la civilización, de la humanidad y del honor. Rivera y López remitieron a Menna Barreto su protesta por la consumación de tales

Majestad y del de Guerra, Teniente General de los Ejércitos Nacionales Imperiales, Oficial de la Imperial Orden del Cruzeiro, Ministro y Secretario de Estado en los Departamentos de los Negocios de Guerra. Los cuales, después de haber canjeado sus plenos poderes respectivos, que fueron hallados en buena y debida forma, convinieron en los artículos siguientes:

«Art. 1º. — Su Majestad el Emperador del Brasil declara la Provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina, separada del territorio del Imperio del Brasil, para que pueda constituirse en Estado libre e independiente de toda y cualquiera Nación, bajo la forma de gobierno que juzgase conveniente a sus intereses, necesidades y recursos.

«Art. 2º. — El Gobierno de la República de las Provincias Unidas concuerda en declarar por su parte la independencia de la Provincia de Montevideo, llamada hoy Cisplatina, y en se constituya en Estado libre e independiente, en la forma declarada en el artículo antecedente.

«Art. 3º. — Ambas Altas Partes contratantes se obligan a defender la independencia e integridad de la Provincia de Montevideo, por el tiempo y en el modo que se ajustare en el Tratado definitivo de Paz.

«Art. 4º — El Gobierno actual de la Banda Oriental, inmediatamente que la presente Convención fuere ratificada, convocará los Representantes de la parte de la dicha Provincia, que le está actualmente sujeta, y el Gobierno actual de

Digitized by Google

hechos vandálicos afirmando que si «continuaba haciendo la guerra a las mujeres y a los niños muy pronto sería reprimido por las fuerzas republicanas que no saben tolerar la repetición de ultraje de semejante tamaño; y no será muy remoto el que V. E. sea la víctima que se inmole a la justa venganza que ha provocado la irrupción de sus partidas. Tal fué la comunicación de los generales Rivera y Estanislao López, al coronel Menna Barreto.

Algunos historiadores de cintillo, pretenden arrojar sombras sobre la gloria resplandeciente de Rivera recordando que después de la conquista, efectuó arreos de ganado en territorio brasilero. Antonio Díaz, faltando a la verdad histórica afirma: «fiel a sus viejas mañas, se dió al saqueo de los pueblos misioneros, robando las casas de comercio, las particulares, los ganados y hasta las campanas de las iglesias.»

Tales hechos encuadran perfectamente dentro de los derechos del conquistador. Otro tanto hicieron los brasileros en nuestro territorio, años anteriores, otro tanto había hecho el general Alvear después de Ituzaingó, autorizando a varios jefes para que extrajeran arreos de ganado de las estancias brasileras y otro tanto hizo Lavalleja en enero de 1828, cuando efectuó la campaña del Este, despojando del ganado a todas las estancias que se encontraban dentro del territorio conquistado y sin embargo tales hechos se silencian porque nada importan en la posteridad gloriosa de aquellos cruzados de la libertad.

Además preciso es consignar en descargo de las acusaciones que puedan hacerse a Rivera respecto de los apresamientos de ganados en las Misiones, en noviembre de 1828, que el mismo Rivera da plena satisfacción de su proceder, contestando a las reclamaciones del co-

Montevideo hará simultáneamente una igual convocación a los ciudadanos residentes dentro de ésta, regulándose el número de los Diputados por el que corresponda al de los Ciudadanos de la misma Provincia, y la forma de su elección por el reglamento adoptado para la elección de sus representantes en la última Legislatura.

«Art. 5º. — Las elecciones de los Diputados correspondientes a la población de la Plaza de Montevideo se harán precisamente extra-muros, en lugar que quede fuera del alcance de la artillería de la misma Plaza sin ninguna concurrencia de fuerza armada.

«Art. 6º. — Reunidos los Representantes de la Provincia fuera de la Plaza de Montevideo, y de cualquier otro lugar que se hallare ocupado por tropas, y que esté al menos diez leguas distantes de las más próximas, establecerán un Gobierno Provisorio, que debe gobernar toda la Provincia hasta que se instale el Gobierno permanente, que hubiere de ser creado por la Constitución. Los Gobiernos actuales de Montevideo y de la Banda Oriental cesarán inmediatamente que aquél se instale.

«Art. 7º. — Los mismos Representantes se ocuparán después en formar la Constitución política de la Provincia de Montevideo, y ésta antes de ser jurada será examinada por Comisarios de los Gobiernos Contratantes, para el único fin de ver, si en ella se contiene algún artículo o artículos que se opongan a la

Digitized by Google

ronel brasilero Oliveiro José Ortiz que tales despojos no se habían cometido ni por «su orden» ni por «arbitrariedad subalterna» y que el único alzamiento de ganado efectuado, era el de Manuel Silva «y no por otro principio, sino porque teniendo en cuenta su cargo de Administrador General de los Pueblos y la responsabilidad de unas rentas pertenecientes a los cofres públicos, en vez de hacer su entrega y rendir las cuentas que por tercera vez le fueron pedidas, tomó el vergonzoso expediente de alzarse y fugar, llevando libros y apuntes del Gobierno de la Provincia. Así consta de las cartas del general Ortiz a Rivera y recíprocamente. Expresaba además el general Rivera que si el señor Silva quería satisfacer dichos cargos, el Ejército le devolvería 4.000 cabezas de ganado que era lo extraído de sus estancias y terminaba su carta el general Rivera en esta forma terminante: «Separado, pues, de este punto «de la reclamación de V. E. ha creído «poder dirigirme esta vez; para evi- «tar otras semejantes, y para quitar «pretextos a la intriga astuciosa de inventar cargos en descrédito «del Ejército o en provecho de los que aun de tales arterias «saben sacar partido: yo me avengo a que V. S. destine un Jefe

SANTIAGO VÁZQUEZ

seguridad de sus respectivos Estados. Si aconteciere este caso, será explicado pública y categóricamente por los mismos Comisarios y en falta de común acuerdo de éstos, será decidido por los dos Gobiernos contratantes.

«Art. 8º. — Será permitido a todo y cualquier habitante de la Provincia de Montevideo salir del territorio de ésta, llevando consigo los bienes de su propiedad, sin perjuicio de tercero, hasta el juramento de la Constitución, si no quisiere sujetarse a ella, o así le conviniere.

«Art. 9º — Habrá perpetuo y absoluto olvido de todos y cualquiera hechos y opiniones políticas, que los habitantes de la Provincia de Montevideo y los del Territorio del Imperio del Brasil que hubiere sido ocupado por las tropas de la República de las Provincias Unidas, hubieren profesado o practicado hasta la época de la ratificación de la presente Convención.

«Art. 10. — Siendo un deber de los Gobiernos contratantes auxiliar y proteger a la Provincia de Montevideo, hasta que ella se constituye completamente, convienen los Gobiernos, en que si antes de jurada la Constitución de la misma Provincia, y cinco años después, la tranquilidad y seguridad fuese perturbada dentro de ella por la guerra civil, prestarán a su Gobierno legal el auxilio necesario para mantenerlo y sostenerlo. Pasado el plazo expresado, cesará toda la protección que por este artículo se promete al Gobierno legal de la Provincia de Montevideo; y la misma quedará considerada en estado de perfecta y absoluta independencia.

Digitized by Google

«que inspeccione los ganados del Este y disponga como guste de «los que no estuvieren en el caso de esta contestación, con la que «espero que V. S. quedará satisfecho, los interesados tranquilos y «yo exonerado de otras que ya serían inútiles. El Ejército del Norte «tiene un Gobierno que responde sus abusos al Imperio del Brasil, «como yo respondo a ese Gobierno de los que se cometieren por el «Ejército. Y si en esta suposición indudable V. S. lo creyese opor- «tuno, toda reclamación ulterior podrá dirigirse, por conducto legí- «timo, a las autoridades de la República y ambos quedaremos exone- «rados de intervenir en cuestiones que tratadas de otra manera, «nunca han producido más utilidad que divergencias y compromisos.»

¡Y aún puede decirse que Rivera quería venirse lleno de riquezas para deslumbrar y que los resultados de la conquista no acusan más que depredaciones! Es inútil recurrir al medio de ensombrecer la personalidad de Rivera para que pueda brillar la figura siniestra de Manuel Oribe. Cuanto más se estudia una, más acrisolada y más pura surge de la posteridad, cuanto más se le analiza a la otra, más condenable y más severo es el juicio histórico.

El parangón entre ambos caudillos es imposible. La personalidad de Rivera se forjó en crisol de gloria y al calor de un ambiente de patriotismo y democracia; la de Oribe en cambio, surgió por natural fuerza de oposición a todo el que se nivela por lo alto.

«Todo héroe resulta fastidioso, la fuerza centrípeta aumenta la centrífuga», dice Emerson refiriéndose a esta natural contraposición de valores antitéticos. A fin de noviembre se instaló en San José la Asamblea General Constituyente y Legislativa. El Gobernador sustituto don Luis Eduardo Pérez convocó la Asamblea a fin de que Lavalleja depusiera ante ella la dictadura que ejercía. «Se siente ver-

«Art. 11. — Ambas Altas Partes contratantes declaran muy explícita y categóricamente, que cualquiera que pueda venir a ser el uso de la protección, que en conformidad al artículo anterior se promete a la Provincia de Montevideo, la misma protección se limitará en todo caso a hacer restablecer el orden y cesará inmediatamente que éste fuera restablecido.

«Art. 12. — Las tropas de la Provincia de Montevideo, y las tropas de las Repúblicas de las Provincias Unidas desocuparán el Territorio Brasilero en el preciso y perentorio término de dos meses, contados desde el día en que fueren canjeadas las ratificaciones de la presente Convención, pasando las segundas a la margen derecha del Río de la Plata o del Uruguay; menos una fuerza de mil quinientos hombres o mayor que el Gobierno de la sobre dicha República, si lo juzgare conveniente, podrá conservar dentro del territorio de la referida Provincia de Montevideo, en el punto que escogiere hasta que las tropas de su Majestad el Emperador del Brasil desocupen completamente la plaza de Montevideo.

«Art. 13. — Las tropas de su Majestad el Emperador del Brasil desocuparán el territorio de la Provincia de Montevideo, incluso la Colonia del Sacramento, en el preciso y perentorio término de dos meses, contados desde el día en que se verifique el canje de las ratificaciones de la presente Convención, retirándose para las fronteras del Imperio o embarcarse, menos una fuerza de mil quinientos hombres que el Gobierno del mismo señor podrá conservar en la Plaza de Mon-

Digitized by Google

dadera ansiedad de los pueblos por saber quién los va a gobernar durante el período que ha de mediar hasta que se sancionen la Constitución», dice la Comisión de Legislación. (1)

CORONEL SERVANDO GÓMEZ

En tal estado de cosas se prescindió de los dos caudillos rivales y primó la idea de nombrar un gobernador provisorio en la persona de uno de los guerreros de más talla de la época. Este gobernador ejercía sus funciones hasta la sanción definitiva de la Constitución y debía reunir las siguientes condiciones: Haber nacido «dentro del territorio llamado hasta esa fecha Provincias Unidas del Río de la Plata; tener 35 años de edad y un capital de diez mil pesos o renta equivalente; ser «conocido amigo de la In« dependencia y libertad del país y « disfrutar de buen concepto público « por servicios remarcables.» Nadie llenaba estas condiciones como el guerrero invicto general José Rondeau y el 1º de diciembre de 1828 fué designado Gobernador. En el momento de su designación, el general Rondeau se encontraba en Buenos Aires. Se impuso, pues, la necesidad de nombrar un sustituto hasta tanto regresara a hacerse cargo de la Gober-

tevideo, hasta que se instale el Gobierno Provisorio de la dicha Provincia, con la expresa obligación de retirar esta fuerza dentro del preciso y perentorio término de los primeros cuatro meses siguientes a la instalación del mismo Gobierno Provisorio, a más tardar, entregando en el acto de la desocupación la expresada plaza de Montevideo, in statu quo ante bellum, a Comisarios competentemente autorizados ad hoc por el Gobierno legítimo de la misma Provincia.

«Art. 14. — Queda entendido que tanto las tropas de la República de las Provincias Unidas como las de su Majestad el Emperador del Brasil, que en conformidad de los dos artículos antecedentes quedan temporalmente en el territorio de la Provincia de Montevideo, no podrán intervenir en manera alguna en los negocios políticos de la misma Provincia, su gobierno, instituciones, etc. Ellas serán consideradas como meramente pasivas y de observación, conservadas allí para proteger al Gobierno y garantir las libertades y propiedades públicas e individuales y sólo podrán operar activamente si el Gobierno legítimo de la referida Provincia de Montevideo requiere auxilio.

«Art. 15. — Luego que se efectuare el canje de las ratificaciones de la presente Convención, habrá entera cesación de hostilidades por mar y por tierra. El bloqueo será levantado en el término de 18 horas por parte de la Escuadra Imperial; las hostilidades por tierra cesarán inmediatamente que la misma Conven-

(1) Acevedo, «Historia del Uruguay». Tomo II, página 39.

Digitized by Google

nación y se nombró a don Joaquín Suárez. En los primeros días de diciembre el general Rivera se puso en marcha para el sur.

El Barón de la Laguna, general en Jefe del Ejército Imperial, se había permitido inculpar a Rivera de prolongar la permanencia del Ejército del Norte en las Misiones Orientales; de compeler a sus habitantes a la emigración, depredando sus propiedades y de desconocer la divisoria legal que separaba el nuevo Estado Oriental del Imperio del Brasil. El general Rivera, que había sido un vidente de nuevos períodos de gloria para la patria que nacía y de nuevos intensos prestigios para su personalidad, en estilo vigoroso y elevado y con una gran profundidad de concepto levantó los cargos en el notable documento que va a continuación:

«Cuartel General en marcha, diciembre 9 de 1828. — Ilustrísimo « y Excelentísimo Señor: Inculpado por V. E. de prolongar indevi- « damente la mansión del Ejército del Norte en las Misiones Orien- « tales, de compeler sus habitantes a la emigración, depredando sus « propiedades y desconocer la divisoria legal que separa el nuevo Es- « tado Oriental del Imperio del Brasil; es de necesidad que V. E. no « estrañe la detención con que me propongo satisfacer a estos cargos « no tanto por justificar mi conducta, como Jefe de estas fuerzas, aun- « que en ello tenga un interés muy directo; como por alejar todo pre- « testo de mala inteligencia entre los Gobiernos a que respectivamente « pertenecemos.

«Si el artículo 12 del Tratado preliminar de Paz hubiera de en- « tenderse literalmente como V. E. pretende y si fuera tan cierto que « a su virtud todo el territorio Brasilero debe ser evacuado precisa- « mente a los dos meses de la ratificación de aquel convenio; no sería « fácil atender con que objeto los Gobiernos de la República Argen-

ción y sus ratificaciones fueron notificadas a los Ejércitos, y por mar, dentro de dos días hasta el Cabo de Santa María, en ocho hasta Santa Catalina, en quince hasta Cabo Frío, en veinte y dos hasta Pernambuco, en cuarenta hasta la línea, en sesenta hasta la Costa del Este, y en ochenta hasta los mares de Europa. Todas las presas que se hicieren en mar o en tierra pasado el tiempo que queda señalado, serán juzgadas malas presas y recíprocamente indemnizadas.

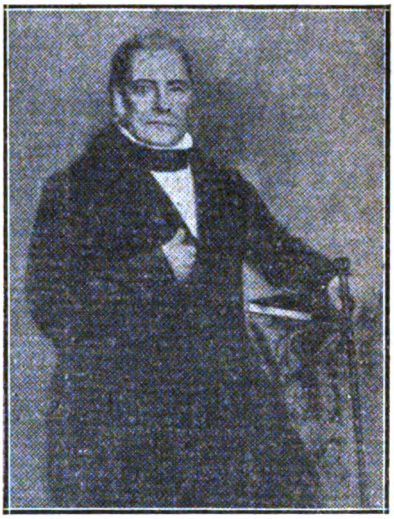
«Art. 16. — Todos los prisioneros de una y otra parte, que hubieren sido tomados durante la guerra en mar o en tierra, serán puestos en libertad luego que la presente Convención fuere ratificada y las ratificaciones canjeadas, con la única condición de que no podrán salir sin que hayan asegurado el pago de las deudas que hubieren contraído en el país donde se hallen.

«Art. 17. — Después del canje de las ratificaciones, ambas Altas Partes Contratantes tratarán de nombrar sus respectivos Plenipotenciarios para ajustarse y concluirse el Tratado definitivo de Paz que debe celebrarse entre la República de las Provincias Unidas y el Imperio del Brasil.

«Art. 18. — Si, lo que no es de esperar, las Altas Partes Contratantes no llegasen a ajustarse en el dicho Tratado definitivo de Paz, por cuestiones que puedan suscitarse, en que no concuerden, a pesar de la mediación de su Majestad Británica, no podrán renovarse las hostilidades entre la República y el Imperio antes de pasados los cinco años estipulados en el artículo 10, ni aun

Digitized by Google

«tina e Imperio del Brasil estipularon que las hostilidades por tierra «cesarían inmediatamente después de notificada la *ratificación del «Tratado* porque sin duda primero es cesar las hostilidades que retirarse los Ejércitos que las hacen y primero ponerse estos ejércitos «en paz que restituirse sus conquistas. Si pues en conformidad del «art. 19 las hostilidades pudieran «seguir, aún después de ratificado «el preliminar, por tanto tiempo como se retardase su notificación; «con suponer solamente que esto «excediese de dos meses se vería «prácticamente que aquel término «no es absoluto, sino subordinado a «dos hechos: La ratificación y su «noticia legalmente comunicada a «los Ejércitos de la República.



GENERAL TOMÁS GUIDO

«Así es que el del Norte no habiendo recibido órdenes de su Gobierno para suspender las operaciones «de la guerra hasta el 8 de noviembre último, debió contar con que «el término de los dos meses que «prescribe el art. 12, no venciese «hasta igual día del mes de enero «de 1829. Pero su delicadeza pudo más que su razón y sin detenerse «en nada desde aquella data toda la provincia le ha visto ocupado «exclusivamente en retirar sus destacamentos, en reunir transportes, «en recoger caballadas y ponerse a punto de repasar el Ibicuy antes

después de vencido este plazo las hostilidades podrán romperse sin previa notificación hecha recíprocamente seis meses antes, con conocimiento de la Potencia mediadora.

«Art. 19. — El canje de las ratificaciones de la presente Convención será hecho en la plaza de Montevideo dentro del término de sesenta días, o antes si fuere posible, contados desde el día de su data. En testimonio de lo cual, nos, los abajo firmados Plenipotenciarios del Gobierno de la República de las Provincias Unidas, y de su Majestad el Emperador del Brasil, en virtud de nuestros plenos poderes, firmamos la presente Convención con nuestra mano, y le hicimos poner el sello de nuestras armas.

Hecha en la ciudad del Río Janeiro, a los veinte y siete días del mes de Agosto del año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesu-Cristo mil ochocientos y veinte y ocho.

«*Juan Ramón Balcarce. — Tomás Guido. — Marqués de Aracaty. — José Clemente Pereira. — Joaquín D'Oliveira Alvarez.*

«Artículo adicional. — Ambas las Altas Partes Contratantes, se comprometen a emplear los medios que estén a su alcance a fin de que la navegación del Río de la Plata, y de todos los otros que desaguan en él se conserve libre para el uso de los súbditos de una y otra nación, por el tiempo de quince años, en

Digitized by Google

«que V. E. por el material transcurso del tiempo se creyese autori-
«zado para reconvenirle.

«Yo pudiera en este caso recordar a V. E. que en el día son
«pasados más de 15 años de la intimación hecha a un Jefe antecesor
«de V. E. para que restituyese a los Virreyes de Buenos Aires el
«territorio de los Siete Pueblos de Misiones ocupados en la Paz de
«801 y ningún Argentino se ha quejado hasta 828 de la morosidad
«de los súbditos Portugueses en obedecer a las órdenes positivas de
«su Monarca y cumplir religiosamente las condiciones de un tratado
«solemne. ¿Pero cómo retocar estas ideas en momentos que todo nos
«convida a la Paz y todo exige de nosotros actos que marquen una
«amistad recíproca en vez de una prevención inestinguible? El Ejér-
«cito del Norte pasará muy pronto el Ibicuy y las Misiones desde el
«momento se verán libres de una fuerza que tenía derecho a creerse
«menos molesta para sus habitantes de lo que V. E. lo pinta.

«En efecto V. E. asegura que esta fuerza se emplea en compeler
«los habitantes a que le sigan y depredar sus fortunas sin advertir
«que este género de violencias difíciles en todas partes lo son mucho
«más en una Provincia cuyos habitantes de ambos sexos, de a caballo,
«prácticos del terreno, dueños de montes impenetrables, desnudos y
«llenos de vigor para resistir a las privasiones mas duras, tienen en
«su mano la mejor defensa contra esas operaciones que un Ejército
«sólo puede ejecutar con el mismo paso que se retira.

«Mi posición es ésta en el momento que hablamos. Poco antes
«la dificultad era mayor porque los habitantes que V. E. llama iner-
«mes y todos han conservado las armas, las usan, y no las dejan sino
«en los momentos de su preciso reposo. Esos habitantes, decía, hu-
«bieran emigrado a las Provincias limítrofes, en donde protegidos
«por un Ejército Imperial nadie hubiera podido violentarlos a emi-
«grar sino en pos de nuevas batallas y nuevos triunfos sobre fuerzas
«mucho más numerosas que las mías.

«Tales han sido los que aproximándose a la frontera de Misiones
«bajo la conducta de diversos Jefes y esparciendo agentes que vivían
«en medio de los soldados Argentinos, no han cesado de conmover
«el País, de consternarlo con amenazas terribles y con duras intimacio-

la forma que se ajustare en el Tratado definitivo de Paz. Hecho en la ciudad de Río de Janeiro, a los veinte y siete días del mes de Agosto del año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesu-Cristo, mil ochocientos veintiocho.

«*Juan Ramón Balcarce. — Tomás Guido. — Marqués de Aracaty. — José Clemente Pereira. — Joaquín D'Oliveira Alvares.*

«Es copia fiel de la Convención Preliminar de Paz, que ha sido ratificada en debida forma por el Gobierno encargado de los negocios generales de la República Argentina, y su Majestad el Emperador del Brasil, cuyo canje se ha verificado de conformidad con el artículo 19, en la ciudad de Montevideo hoy día 4 de Octubre del año 1828, a las dos horas de la tarde. — *Miguel de Azcuénaga.* — Está conforme. *Lenguas.*»

Digitized by Google

« nes disponerlo a desertar de las banderas de la República, a reti-
« rar sus caballadas y haciendas, a unirse, en fin, y perecer con los
« habitantes de la Sierra antes que vivir unidos con los enemigos del
« Imperio.

«V. E. lo sabe y el Ejército del Norte no lo ha desconocido, pero
« tolerante hasta ese punto más bien quiso exponerse a riesgos de una
« conspiración poderosamente agitada y sostenida por los Jefes Impe-
« riales que emplear su fuerza para reprimirla. El pudo con este objcto
« conquistar todos los bienes de los emigrados, y no ha tocado ningu-
« no. Ellos hoy quedan y sus propie-
« tarios es muy de temer que algún
« día por gratitud no puedan menos
« de estrañar estas inculpaciones con
« que parece se quisiera obscurecer
« la gloria de que se ha cubierto este
« Ejército no tanto por haber sojuz-
« gado esta Provincia de Misiones,
« como con haber protegido a sus
« habitantes contra las incursiones
« del vandallage, respetando sus pro-
« piedades, y abiértoles un camino
« para gozar en paz de sus derechos
« a la vez que de su industria.

JOAQUÍN DE OLIVEIRA ÁLVAREZ

«Esta conducta es notoria la única
« fuerza que ha unido en derredor
« de las tropas de mi mando toda la
« población indígena y una parte de
« la que se estableció en Misiones
« después del 801. Con ellos mar-
« chan sus propiedades y siendo *su-*
« *yas* no se ve como puedan llamarse
« depredadas a menos que la depre-
« dación consista en el Ejército fiel
« a sus compromisos, haya jurado alejar toda fuerza que pretenda
« impedir el curso que han tomado estas riquezas hacia su origen
« primitivo.

«El caso es éste, Ilustrísimo y Excelentísimo Señor, las riquezas
« de Misiones se formaron primero en las Provincias Argentinas; de
« allí pasaron reunidas por la fidelidad excesiva de un Pueblo Ca-
« lico a fecundar este suelo donde prosperaron hasta formar uno de
« los países más ricos que conquistó el viejo Portugal, en esta parte
« de la América, sobre las imbecilidades de la Caduca Castilla.

«V. E. afectando desconocer estos hechos y aún negar que cual-
« quiera habitante de un país ocupado militarmente (aún siendo feu-
« dal) puede reconocer el Gobierno del vencedor y unirse a él no

Digitized by Google

« mediando violencia, o engaño; V. E. olvidando cuanto sobre este « punto ha pretendido sostener el mismo Gabinete del Brasil relati- « vamente a los habitantes de Montevideo, V. E. no trepida en dis- « ponerse a tomar medidas para objetar a la voluntaria emigración de « los Misioneros, sus familias y haciendas.

«Pero, si lo que en efecto no deseo, semejantes vistas se llevasen « a cabo, V. E. persuádase que yo no temeré ni el juicio de la Na- « ción a que pertenezco, ni el de la misma a que V. E. sirve porque « es cierto que el repeler una injusticia con energía nadie puede re- « probarlo, pero menos un pueblo que se precia de conocer sus dere- « chos y respetar los ajenos hasta el punto que lo acredita la actual « Soberanía de la Provincia antes llamada Cisplatina.

«Tranquilo sobre este punto yo no haré sino aquello a que fuere « impelido por la fuerza, y las resultas serán siempre contra el agre- « sor, porque sin duda V. E. sabe que todavía no se ha celebrado « una Convención definitiva entre la República Argentina y el Im- « perio del Brasil sobre todos los puntos de la cuestión primitiva, y « que donde se ventile la general bien podrá decidirse lo accesorio.

«Estraña V. E. que en mi correspondencia con los Señores Co- « roneles Bento Manuel Riveiro y Juan Florencio Perea siempre « afecto desconocer por divisoria del Estado Oriental lo que corre « desde la confluencia del Arapey hasta la Angostura y me cuesta « creer que V. E. en este cargo se haya producido con toda la serie- « dad de su carácter, porque tratando yo de concertar con aquellos « Jefes el derrotero que debe seguir el Ejército del Norte para reti- « rarse al Estado Oriental, ni fué mi ánimo hacer una demarcación « de límites, ni cuando tan absurdo hubiera entrado en las miras de « una contestación la más ajena de aquel propósito, y no habría con- « seguido otra cosa que provocar un cargo muy justo, sin el menor « beneficio o del Ejército o del País a que pertenece.

«Si el Nuevo Estado Soberano Oriental tiene ya una frontera « legal y reconocida: ésta es la que V. E. se ha dignado describirle, « o si es otra que le haya señalado el derecho internacional o la con- « veniencia o la Política de las Potencias en ello interesadas, ni yo « me atreveré a decirlo, ni creo que nadie pueda apropiarse este de- « recho sin agravios igual de la República Argentina y el Imperio « del Brasil.

«Ellos han convenido en que la Provincia Oriental forme una « soberanía esto ya es incuestionable y lo demás también dejará de « serlo supuesta la buena fé con que ambas Potencias se han propuesto « terminar la cuestión del año 25 y remover las que en el mismo u « otro semejante pudieran sucitarse en daño recíproco de Argenti- « nos y Brasileros.

«Entretanto supongamos solamente por satisfacer a V. E. que « este Ejército recibiese órdenes de restablecer las fronteras de 1777

Digitized by Google

« y que V. E. en oposición le presentase todas las fuerzas del Imperio « mi deber sería obedecer y sacrificarme pero no disputar por que « esto no es permitido a los Ejércitos de la República.

«Por eso me aventuro a decir que el de mi mando pasado el « Ibicuy no se situará sino donde se lo prescriba una orden precisa « y terminante del Estado Oriental a quien si V. E. lo considera opor- « tuno podrán dirigirse con las protestas de represalia por lo relativo « a los límites, y con las de reparación por lo tocante a depredaciones « que me es honroso repetir no se ha cometido, ni se cometerán por « el Ejército del Norte en el corto es- « pacio que le resta para cruzar el « Ibicuy y dejar cumplido el art. 12 « de la Convención preliminar: según « los deseos de V. E. y los míos.

«Tengo el honor Ilustrísimo y Ex- « celentísimo Señor de saludar a V. E. « con todos los sentimientos de la más « justa consideración y aprecio.

«Ilustrísimo Excmo. señor General « en Jefe del Ejército Imperial en el « Sur, Varón de la Laguna. — Fruc- « tuoso Rivera.» — Es copia. (1)

JOSÉ CLEMENTE PEREIRA

El le había dado término a su obra magnífica. La Asamblea Constituyente en premio a su gran hombrada, le otorgó el título insigne de benemérito de la patria y el Ejército del Norte dirigido por él, con bizarrías de epopeya, fué incorporado a las fuerzas de la Nación. La palabra de Rivera fué definitiva como que nadie en su tiempo y en su medio le superó para ver, hablar y obrar con mayor inspiración, batallando, manejando ideas, hombres y sucesos en el esfuerzo diario, con una profunda convicción de nacionalidad en el alma, con la preocupación permanente sobre el destino de la República, hasta obtener brillantemente la grandiosa victoria de agrandar nuestro límite territorial a fuerza de valor, de talento y de heroísmo. Mientras el general Rivera se conservaba firme con sus elementos a la vez que subordinado a las autoridades constituídas, éstas intensificaron su plan de organización.

El 2 de diciembre la Asamblea pasó a Canelones. El 13 don Joaquín Suárez expedía un decreto declarando sin efecto las órdenes, providencias o decretos de toda autoridad extranjera expresando que

(1) Manuscrito en mi archivo.

Digitized by Google

no había otra jurisdicción que la del Gobierno nombrado por la Representación Nacional. (1)

De inmediato se creó el primer pabellón nacional, el cual fué enarbolado en el asta de sus inmarcesibles triunfos, el primero de enero de 1829. (2)

El 18 de diciembre y en cumplimiento de los artículos 12, 13 y 14 de la Convención Preliminar de Paz, las tropas del Imperio abandonaron la ciudad de Montevideo embarcándose y marchando hacia sus fronteras. Al efecto y con unos días de anticipación, el Barón de Calena, jefe de las fuerzas brasileras, se dirigió a don Joa-

(1) Decreto de Joaquín Suárez: «D. Joaquín Suárez, Gobernador y Capitán «General sustituto del Estado. Siendo necesario hacer saber a los pueblos que «el Estado de Montevideo ha entrado en pleno ejercicio de su independencia, «que han cesado ya de hecho y de derecho en sus funciones sobre este territo- «rio todas las autoridades extranjeras, y que la protección de las personas, de «las propiedades y de todos los derechos individuales de los ciudadanos y ha- «bitantes del país están bajo la garantía y la salvaguardia del Gobierno Supremo «del Estado: usando de las facultades que me ha delegado la Asamblea G. C. «y L. he venido en decretar lo que sigue:

«Art. 1º. — En el Estado de Montevideo no hay más jurisdicción que la del «Gobierno nombrado por la Representación Nacional y de las autoridades cons- «tituídas en ejercicio por decreto de esta Superioridad.

«Art. 2º. — Queda prohibido a los tribunales, magistrados, cuerpos munici- «pales, oficinas públicas y en general a todos los ciudadanos y vecinos, cumplir «ni obedecer órdenes, providencias o decretos de toda autoridad extranjera.

«Art. 3º. — Los tribunales, magistrados, Jefes y jueces del Estado, protegerán «abiertamente a todos los ciudadanos y vecinos que reclamen el poder de sus «respectivas autoridades, contra cualesquier violencias o atentados, expidiendo «prontas providencias, implorando en caso necesario el auxilio de la fuerza ar- «mada y dando cuenta a este Gobierno cuando las violencias o atentados emanen «de un poder extraño.

«Art. 4º. — El Gobierno promete del modo más solemne que respetará y «hará respetar las personas, las propiedades, la independencia de las opiniones «y la libertad de la imprenta.

«Art. 5º. — Imprímase y circúlese a quienes corresponda para que le den «la publicidad conveniente en la forma de estilo.

«Dado en Canelones, a 13 de diciembre de 1828. — *JOAQUIN SUAREZ.* — «*Antolín Busó.*»

(2) «Pabellón Nacional. — Canelones, Diciembre 16 de 1828. — La Hono- «rable Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado, en sesión del «día anterior, ha acordado en contestación a la nota del Excmo. Gobernador y «Capitán General sustituto fecha 17, lo siguiente: Artículo único. — El pabellón «del Estado será blanco con nueve listas de color azul celestes horizontales y «alternadas, dejando en el ángulo superior del lado del asta un cuadro blanco «en el cual se colocará un sol.

«El que suscribe al trasmitir al Excmo. Gobierno la presente resolución, «tiene la honra de saludarlo con las distinciones de su particular respeto. — «Silvestre Blanco. Presidente. Carlos de San Vicente. Secretario.

«Excmo. Sr. D. Joaquín Suárez. Gobernador y Capitán General sustituto.» (*)

(*) Por ley de 7 de Julio de 1830 se dispuso que la bandera nacional estuviera compuesta de cuatro listas azules horizontales en campo blanco que, con las cinco que resultan de éste color forman las nueve de la bandera.

Digitized by Google

quín Suárez, a la sazón Gobernador y Capitán General sustituto de la Provincia Oriental, pidiéndole le indicara «un lugar donde podríamos tratar del modo y forma como habremos de conducirnos bajo la mejor armonía durante los cuatro meses que deben permanecer en ésta los 1.500 soldados estipulados en la Convención.» (1)

Y las tropas argentinas bajo las órdenes del general José María Paz, que desde el mes de noviembre habían estado acampadas en la Costa del Cordobés, departamento de Cerro Largo (2) se retiraron de sus posiciones pasando a la margen derecha del Uruguay.

Con arreglo a los disposiciones de la misma Convención sólo quedaron 1.500 soldados argentinos y el mismo número de brasileros cuyas fuerzas debían permanecer en el Estado Oriental para retirarse a los cuatro meses de instalado el Gobierno Provisorio.

Gral. MIGUEL ESTANISLAO SOLER

Al finalizar el año 1828 (el 22 de diciembre) el general Rondeau se presentó en Canelones, prestó juramento ante la Asamblea y se recibió del Gobierno.

De inmediato procedió al nombramiento de su Ministerio en la siguiente forma: Gobierno, Relaciones Exteriores y Hacienda, al ciudadano don Juan Francisco Giró; de Guerra interino al coronel don Eugenio Garzón (3); con posterioridad de algunos días se le confió la cartera de Hacienda a don Francisco Joaquín Muñoz.

Tal la forma como terminó el año 1828 y tales las consecuencias brillantísimas de la campaña de Misiones.

JOSE LUCIANO MARTINEZ.

(1) Carta inédita del Barón de Calena a don Joaquín Suárez, de 3 de diciembre de 1828. (Manuscrito en mi archivo).

(2) Carta inédita del general José María Paz a don Juan Francisco Giró, de fecha 28 de noviembre de 1828. (En mi archivo).

(3) Archivo del Ministerio de Guerra y Marina.

Digitized by Google

NOVELAS AMERICANAS

I

La novela en América ha tenido destino de sustituir otros géneros que se dan irremisiblemente en la primitivez de las épocas en cada nación y en cada pueblo. La historia literaria de cada grupo racial de honda trascendencia en la vida universal, acusa la existencia de obras en que se celebran las hazañas magnas de sus héroes y en que se descubre la intervención que los hombres atribuyen a sus dioses en sus propios destinos.

América, surgida a la vida de la cultura en pleno siglo XIX en que la expresión del alma colectiva es sofocada por el desborde avasallador de la intimidad personal del poeta, no pudo presentar en aquella época romántica obras que simbolizaran con magnífica prestancia vida y hazañas de un conjunto racial; sólo muy singulares ejemplos pueden mencionarse de obras de tal jerarquía; más claro está este problema cuando se reflexiona que la épica exige acento candoroso y arrebatado de fe y de objetividad.

Tal carencia no pudo quedar implantada en la vida literaria rica y exultante de un continente recién iniciado en la cultura; triunfando silenciosamente de las influencias europeas que marcan distinto rumbo a la expresión artística de la palabra por vivir en muy avanzada hora de la civilización, América tuvo y tiene un plantel de escritores de noble jerarquía que han recogido con amoroso cuidado y con gesto libertador y profético las confidencias, los misterios, las esencias mismas de estas nuevas razas y de estas tierras proficuas. Dándole formas adecuadas de auténtica sensibilidad nueva, ellos han expresado el angustioso sentido de esas confesiones en la novela, que con fuerza épica, con grandeza avasalladora, con potencialidad íntima, ha recuperado la dignidad de documento humano alzándose como grito de fe y de luz sobre capas artificialmente superpuestas, manantial pristino que rompe la coraza de la tierra quemada del sol trayendo en su sustancia viva el secreto inenarrable y sorprendente de la hondura.

Tal es la novela americana. Epopeya magistral llena de revelaciones. La selva, el llano, la montaña, la naturaleza en sus primordiales manifestaciones, tomarán en esta moderna epicidad el rol de las divinidades antiguas que torcían o creaban el destino de los héroes. Hazañas no de guerra, sino de vida y de trabajo serán su tema

Digitized by Google

inolvidable y depurador. Veinte pueblos americanos son los oyentes de este canto insuperable. Hermoso tema para honda meditación moderna.

II

Entre las grandes novelas americanas «La Vorágine» de José Eustasio Rivera, dignifica y consagra el espíritu de la selva como elemento de riqueza épica. Admira sobre todo lo grandeza del valor temático en que la inmensa comarca del Río Amazonas presta marco insuperable; y el enérgico y notable colorido del estilo donde la sensibilidad tipo siglo XX esfuerza y ordena períodos y vocablos lujosos, que hacen de las descripciones una de las fases magistrales de este libro.

El tema es la vida de dolor y opresión de los caucheros en los internos ríos de América, donde una dolorosa esclavitud incita rebeldía o postración del espíritu; una psicología poderosa e inusitada devela episodios de alto valor artístico, luchas espirituales y físicas, partidas precipitadas en medio de una naturaleza llameante donde el hombre se pierde y padece tormentos inenarrables; gigantesca lucha de pasiones donde la esclavitud del ser anticipa pruebas dolorosas de la nada humana; sentimientos volcánicos y únicos en que el fuego esculpe momentos de total renuncia o de únicas realizaciones.

El cuadro de la novela presenta también diferencias notables con otras obras americanas, con mayor parentesco acaso con el último libro de Aguilera Malta. José Eustasio Rivera elige la selva virgen, el vegetal laberinto, las sendas no holladas para comarca en que gravitan sus personajes; la selva virgen americana con todo su misterio, las noches interminables, las auroras prematuras, el desolado ámbito de las lagunas que son salvación del perdido viajero. El que ha penetrado en ese vegetal laberinto difícil es que logre hallar el horizonte del regreso; y después, allí están los capataces de los caucheros que han comprado su libertad y su trabajo como antaño se traficaba en carne y sangre humanas; ellos impedirán la redención del cautivo uniéndolo a los árboles de donde se extrae el líquido y untuoso tesoro; ellos labrarán las espaldas esclavas con la terrible huella del látigo; algunos empresarios se enriquecerán a costa de la vida, la salud, la libertad y la dicha de miles de hombres. Por boca de José Eustasio Rivera, América denuncia una de sus más dolorosas llagas donde se repite el maldito e indestructible binomio de riqueza y sangre, progreso y esclavitud, acción y miseria.

Epopeya de la selva virgen es «La Vorágine»; epopeya del esfuerzo y el dolor humano; sangre americana corre allí y la redención que exige y por la cual clama Rivera debe venir de América. Sin embargo el público de nuestras hispanas tierras que se conmueve hasta la locura con las novelas rusas, páginas de pasión y de libertad, des-

Digitized by Google

conoce en su mayoría este inmenso clamor de un ejército de hombres que gimen en el cautiverio y la desdicha; lo exótico lo atrae; lo propio lo fatiga; Rivera no tiene aún bronce ni mármol que lo señalen como un vigía de la libertad y como un redentor; sus acentos aún esperan propicio momento para manifestarse a un grupo racial humano; sus héroes no son todavía nuestros héroes.

En cuanto al estilo, sin exagerar, su riqueza es tal que sorprende; un poderoso verbo enardece relatos de un valor completamente épico y de un ímpetu insuperable; Rivera es además de un poeta que canta los magníficos panoramas americanos, un pintor de riquísimas tonalidades que ilumina para siempre en la imaginación del que lee paisajes y cuadros cuya belleza hasta hoy nos era desconocida. El tema americano adquiere acá como nunca un sello de verdad y una fuerza de pasión que incitan el más grande entusiasmo. La naturaleza americana pasa, de adorno y fondo que ha sido tantas veces en el siglo XIX, a ser el personaje esencial y protagónico; un impulso frenético y libre transita por esas páginas escritas con el fervor de un insuperable artista y el calor de una confesión. La verdad, la exactitud, la sinceridad, un desnudo deseo de señalar dolores y esclavitudes le da al artista la incomparable riqueza del vocablo y lentamente desmadeja internas visiones de aventuras pasadas para hacerlas vivir una vez más en el exterior, en la conciencia del lector.

Extraordinarias descripciones valorizan pasajes con un color y una luz admirables. En fin, esta novela de Rivera señala un ajustamiento perfecto entre fondo y forma, un acento y color adecuado para el tema apasionante; una emoción desbordante para la epopeya del cauchero en la selva virgen. Almas humanas y sus tiranos las almas vegetales de los árboles del caucho se compenetran en una estrecha unión, no sabiéndose ya cual ha echado raíces en la tierra y cual puede volver a la civilización abandonando estas zonas miserables.

Y sobre toda esta admirable sustancia la palabra de José Eustasio Rivera con acento tal que América pocas veces ha oído.

III

Aguilera Malta, joven novelista ecuatoriano, ha dado una nueva novela de ambiente americano, «Don Goyo», en la cual se revela como un gran escritor. Los libros anteriores de Malta denunciaban una prematura fuerza aún no realizada, juventud demasiado pronunciada todavía, cierto camino indeterminado no fincado todavía en sazón, e influencias pretéritas poco adaptables a la sensibilidad nueva.

De pronto, con salto de tigre, Malta traspone toda su anterior naturaleza en un lenguaje fuerte y sincero con perfume de selva y narra la epopeya del mangle, «Don Goyo», con ese puñado de vidas de hierro en que se da la resistencia física aunada con la indecisión espiritual.

Digitized by Google

Los personajes muy bien diseñados avanzan entre ellos como protagonistas a Cusumbo, pescador que por afecto a una criolla se hace manglero, y a Gertru, la hija menor de Don Goyo, patriarca y jefe indiscutido de esa especie de clan de trabajadores.

El idilio de Cusumbo y Gertru tiene a ratos acentos de égloga y en momentos rudo aspecto de historia salvaje. Cusumbo pasa por larga odisea antes de conocer a la Gertru que es para él un puerto.

Sin duda el eje de la novela, a pesar de la importancia de Cusumbo, es Don Goyo, primer habitante de esas islas que ha presenciado la lenta creación de los ranchajes y la aglomeración de los pueblos que cortan el mangle. Su psicología es extraordinaria, por el elemento criollo y americano que lo ilustra; es el adalid de América frente a los blancos que quieren explotar a la población semiindia que trabaja para ellos. La selva americana, el mangle, habla con los hombres como un ser humano y les hace revelaciones de redención que llevan en sí la tentación de la libertad. El mangle les aconseja que se levanten contra el hombre blanco que los explota y les ruega que no pongan en los árboles de sus bosques el duro hierro del hacha porque sufre y da sangre como un hombre herido. Don Goyo con su gran autoridad pretende ser el Moisés de esa silvestre revelación; quiere incitar a sus cholos a no trabajar para los blancos que los tiranizan y esquilman; pero menos afortunado que el hebreo es desobedecido por su pueblo y muere de desesperación. Su cuerpo flotante sobre las aguas del río aparece a los bogadores como un fantasma que les reprocha con su exigua y terrorífica apariencia la rebeldía de los hijos contra el padre. Como en «La Vorágine» de José Eustasio Rivera, «Don Goyo» presenta la vida de las selvas dotadas de espíritu y de voz; la selva americana infundida en la vida y la humanidad para guía de sus poblaciones misérrimas esclavizadas por los capitalistas.

«Don Goyo», de Aguilera Malta, es fuerte y valiosa novela americana, epopeya en prosa de su vida salvaje y triunfante. Epopeya, porque narra la vicisitud de un grupo racial que lucha contra la vida y el destino; no de hazañas guerreras sino de otras hazañas más valiosas, las vitales; no héroes de lanza y sangre sino de dolor y lucha contra la vida y la selva; no elemento maravilloso personificado en apariciones divinas sino el espíritu de la selva inspirando pasión como en «La Vorágine» o en «Tabaré».

Tal es la epopeya moderna, la novela, que ciclo a ciclo va encontrando en América la voz de aeda que cante con acento de insuperable emoción el destino de una raza y el dolor de muchas generaciones.

Montevideo, abril 1938.

SARAH BOLLO.

Digitized by Google

HISTORIA DE LA ENDOCRINOLOGIA (1)

Ser profesor, fué siempre una de mis más cálidas aspiraciones, convertida hoy en feliz realidad. En este instante saturado de alegría, evoco a todos aquellos que contribuyeron a hacerme llegar a este encumbrado sitial, en que me acaba de colocar el voto unánime de los consejeros de esta Institución. A ellos mis primeras palabras de reconocimiento y la promesa de que sabré responderles, con lo mejor de mis esfuerzos, en la delicada y ardua tarea que me han confiado. Es una bella y útil tradición, señores, la de que todo profesor que se inicia deba abrir de par en par el libro pasivo de su vida y mostrar públicamente las deudas que ha contraído con aquellos que formaron los tesoros de su cultura. Yo abriré ampliamente este libro, bajo la tensión de la gratitud, que brota hoy de mi alma con la naturalidad de un perfume. Yo digo, señores, que tal tradición es bella, porque la gratitud es una flor noble y delicada que, felizmente, se abre aún en el espíritu de los hombres; que dicha tradición es también útil, porque, gracias a ella, la sustancia divina del hombre, pequeño elemento que pasa, puede acumularse en el vaso de los siglos.

La gratitud es proporcional a las deudas, pero la felicidad del deudor la acrecienta.

He aquí por qué ese sentimiento desborda mi conciencia. Hubo un filósofo en la antigüedad que consideró el olvido hacia sus bienhechores casi como un delito; mi memoria, ebria de gratitud, escapará a ese pecado.

Un primer maestro, que encontré en los últimos años del bachillerato, jugó un rol primordial en la formación de mi espíritu.

Fué mi profesor de Filosofía; hoy, para orgullo de nuestra Universidad, el Rector de la misma. Vaz Ferreira no nos atoró con materia filosófica, sino que nos enseñó a razonar sobre motivos dichos de filosofía.

Con él aprendimos los peligros del razonamiento excesivo, de ese que destroza a la razón, de las generalizaciones prematuras, de los dogmas absorbentes, y nos enseñó a desconfiar de la solidez de las verdades humanas, infundiéndonos esa duda sabia y prudente que recomendaba Aristóteles: «Este que quiera instruirse, debe saber du-

(1) Este ensayo sirvió de base a la lección inaugural de la cátedra de Clínica Endocrinológica, en la Facultad de Medicina, dictada por el autor el 14 de mayo de 1936.

Digitized by Google

dar». Nos inyectó entusiasmo por la investigación, nos incitó desde jóvenes a profundizar en nuestros estudios, a fin de adquirir calidades espirituales que nos permitieran más tarde realizar, en ambientes precarios como el nuestro, un esfuerzo en el sentido de formar una ciencia nacional, recordándonos siempre el ejemplo de Cajal, quien, en atmósfera también ingrata, pudo, con el sólo apoyo de su voluntad, erigir un verdadero monumento científico. Su cátedra fué, sobre todo, un curso de gimnasia mental, en la cual nuestras facultades quedaron hábilmente forjadas para abordar difíciles ejercicios espirituales.

Nos enseñó a manejar hábilmente ese instrumento que constituye el orgullo del hombre: la razón, la cual, con toda probidad, debe reconocer sus límites, pues es más honrado declarar su impotencia que encubrirla con falsos disfraces. Supo así escapar a la ironía que Montaigne tuvo para los filósofos: «no quieren hacer profesión expresa de ignorancia, no se resignan a confesar la debilidad de la razón humana, para no meter miedo a los muchachos, pero descubren suficientemente ambas cosas con su ciencia inconstante y turbia.»

Iniciado en los estudios médicos, mis primeros pasos en la clínica fueron hechos bajo la custodia de mi eminente maestro el profesor Pablo Scremini, nuestro ilustre Decano de la Facultad. Scremini me enseñó la Clínica Semiológica, con ese celo, conciencia y escrupulosidad casi exagerada, virtudes todas estas que no me sorprendieron, pues siendo el médico de nuestra casa, más de una vez se salvó la vida de uno de los nuestros, gracias a esas virtudes, a su apostólica devoción y a su talento. Mi gratitud lo evoca junto a mi abnegada madre, velando, con un celo paternal, dolencias, algunas bien graves, de mi infancia, ofreciéndome así, desde edad temprana, la ocasión de conocer a través de su nobleza, de su desinterés y de su ardiente vocación, el modelo perfecto del médico esencialmente humano. ¡Deudas de esta calidad jamás se pueden saldar!

Ricaldoni fué mi primer profesor de Clínica Médica. Con él aprendí las más finas exquisiteces de la clínica, desde el momento del interrogatorio del enfermo, que él hiciera con una sabia maestría, así como en el estudio semiológico que en forma impecable realizara, hasta el instante de concretar, siempre en forma certera, el diagnóstico de la dolencia.

Soca fué también mi maestro, pero Soca fué algo más que un maestro de medicina; Soca nos dió la rara y voluptuosa oportunidad de conocer un hombre de genio. Desgraciadamente, esta inmensa fuerza mental fué, en gran parte, sustraída a la ciencia por la profesión y la política. Su actividad docente fué, sin embargo, de extraordinario brillo y provecho. Discípulo destacadísimo de Charcot, cuya enseñanza siguiera fielmente durante seis años en el viejo y famoso «Hospicio de la Salpêtrière», llegó a su país ungido con un gran renombre en la Ciencia Neurológica, ciencia en la cual ya había sido

Digitized by Google

consagrado por su brillante tesis sobre la enfermedad de Friedreich. Pero si la Neurología fué una de sus materias predilectas, Soca cultivó también todas las ramas de la medicina interna y por eso fué un clínico verdaderamente admirable. Su inmensa cultura general, su fina sensibilidad de artista, su imaginación rica pero mesurada, sus conceptos tan audaces como profundos y, en fin, su esplendorosa riqueza verbal, nos explica ampliamente la seducción casi taumatúrgica que se desprendía de su gigantesca y augusta figura, cuando su espíritu, movilizando todos esos tesoros dictaba una lección clínica o especulaba en los dominios del arte o de la metafísica. El que le vió en uno de esos instantes, debió exclamar: «He gozado de uno de los más grandes espectáculos que pueda ofrecer la naturaleza humana».

Morquio, fué mi maestro de Clínica Pediátrica. Innecesario es recordar el valer científico de este hombre, consagrado hoy mundialmente. El gran mérito de Morquio es el de haber sido uno de los primeros maestros de nuestra Facultad que estimuló y casi obligó a sus discípulos a dedicarse a la investigación científica, logrando así, después de una lucha titánica, triunfar sobre la indiferencia y la hostilidad de nuestro medio. Morquio no sólo fué un gran Profesor de Pediatría, sino que también lo fué de energía y probidad. Uno de sus últimos placeres fué el de haber contribuído con su voto a mi nombramiento de profesor, y es para mí profundamente doloroso no verlo hoy junto a nosotros, con su sonrisa siempre franca y paternal.

Al año de obtener mi diploma de médico, me decidí a hacer un largo viaje de perfeccionamiento por el viejo mundo. Durante seis años visité las más afamadas clínicas de Francia, Alemania, Austria, Suiza, Inglaterra, Italia y España. En las cátedras más reputadas y concurridas, así como en los más modestos rincones de los viejos hospitales, aprendí siempre cosas interesantes.

En este largo tiempo anduve como un judío errante, pesquisando siempre algo nuevo con qué enriquecer las maletas de mi cultura. Tuve la dicha de ser discípulo de los más grandes clínicos de nuestra época y, es justo pues, que, en este minuto de felicidad, tenga también para ellos una palabra de reconocimiento.

Recomendado a Hutinel, por mi querido maestro el profesor Morquio, pude admirar las facultades extraordinarias de este eminente Pediatra, dotado de un verdadero sentido adivinatorio para reconocer la dolencia de sus pequeños enfermos.

Mi bagaje pediátrico se completó luego al lado de Marfan, Lereboullet y Nobecourt, que continuó en el «Hospital des Enfants Malades», la gloriosa tradición del maestro Hutinel.

En Alemania aproveché, durante varios años, las sabias enseñanzas de Finkelstein y Czerny.

En Clínica Médica seguí asiduamente a Widal, Chauffard y

Digitized by Google

Achard en Francia; y a Kraus, His, Goldscheider, Umber en Alemania. Con Wenkenbach, con Chwosteck y con Herman Schlesinger, que me trató en forma paternal, aprendí las exquisitas finezas de la clínica de Viena.

En Cardiología me perfeccioné al lado de Vaquez, cuya reciente muerte ha producido honda pena en esta Facultad, que se enorgulleció en contarlo en el cuerpo de sus profesores honorarios y cuya tribuna honrara varias veces con su prestigiosa palabra.

En el servicio de ese eminente maestro tuve la feliz oportunidad de conocer a Bordet y a Clerc, de los cuales recogí sabias enseñanzas, así como de Laubry, con quien no sólo aprendí los misterios médicos del corazón sino que, a través de la cálida y afectuosa amistad con que me honró, gusté también de las bellezas que puede encerrar el corazón humano.

Con Sergent aprendí Tisiología y también Clínica Médica. A través de una afectuosa amistad, me brindó la ocasión de otras enseñanzas de gran enjundia. Bajo esa apariencia fría, seca, rígida, aun áspera que lo caracteriza, sentí latir siempre un corazón animado por nobles pasiones y puesto al servicio de un carácter recto, justo y viril. Quien lo ha conocido exclama: «¡He aquí un hombre!»

La Patología Nerviosa la cultivé especialmente en la vieja y legendaria «Salpêtrière», cuyo trono ocupaba entonces mi eminente maestro, el profesor Pierre Marie, quien con sus magníficas lecciones fascinaba a todos sus oyentes.

Mis conocimientos en este punto se enriquecieron también siguiendo las visitas de sala, así como las breves, pero sabrosas disertaciones que en su policlínica nos ofrecía el maestro Souques, ese maestro tan sabio como modesto, que evocaremos siempre sus discípulos como la imagen de una feliz armonía de la sabiduría y las virtudes morales.

Mi amistad con Alajouanine, que era ya entonces toda una gran promesa para la Ciencia Neurológica, me facilitó enormemente los estudios de esta rama, pues en su competente compañía examinaba el inmenso material clínico que sería luego el objeto de las magistrales lecciones que nuestro ilustre maestro el profesor Guillain dictara en la cátedra de Clínica Neurológica, curso que fielmente seguí con singular provecho.

En Berlín, al lado de Cassirer, el que me dispensó cordiales atenciones, frecuenté durante varios años su importante Policlínica de Afecciones Nerviosas.

En el «Hospicio de Santa Ana», primero bajo la custodia de Dupré y luego de Claude, perfeccioné mis conocimientos psiquiátricos.

De mi estada en Italia recordaré, en primer término, el sumo interés con que seguí durante algunos meses al famoso clínico napolitano Cardarelli quien, a pesar de sus noventa y tantos años, llegaba

Digitized by Google

puntualmente a la Clínica a las ocho de la mañana. Sus lecciones, verdaderos modelos de la clínica clásica, fueron de las mejores que oí durante mi larga peregrinación por los hospitales europeos. Inútil es también comentar su ejemplo de verdadero prodigio de la voluntad humana.

En la Universidad de Pavía, saturada por la gloriosa tradición de los Spallanzani, Volta y Galvani, conocí la escuela clínica dejada allí por el célebre Forlanini. Gracias a la generosa hospitalidad que me brindó uno de sus más destacados discípulos, el profesor Eugenio Morelli, incorporé a mis conocimientos preciosas adquisiciones en la patología del tórax.

Llevado por mi curiosidad a los problemas de la Endocrinología, tomé contacto y trabé sólida relación con el eminente fisiólogo Gley, con L. Levi que, conjuntamente con Hertoghe, tuvo el mérito de destacar la importancia de la pequeña insuficiencia tiroidea, con Marañón, con H. Zondek, con J. Bauer, y con N. Pende, todos estos últimos una serie de jóvenes investigadores entonces y que, actualmente, ocupan puesto de primera fila entre los maestros de la Endocrinología.

Al dejar constancia de mi agradecimiento a todos estos ilustres maestros y amigos, algunos desgraciadamente ya ausentes para siempre, que contribuyeron a formar mi personalidad científica, deseo hacerlo extensivo también a mis buenos colaboradores que, durante largos años, me han acompañado y ayudado con todo desinterés en la labor docente como científica de mi cátedra libre, así como a los discípulos que me han tonificado siempre con el optimismo propio de su juventud.

La Endocrinología en la antigüedad. Opoterapia empírica

El tema que hoy ocupará nuestra atención, en esta clase inaugural, será el de la Historia de la Endocrinología.

Esta Ciencia, a pesar de ser la más joven rama de la Medicina Interna, se manifiesta ya desde la época más remota de la Medicina. Sus primeras exteriorizaciones se hacen bajo la forma de ingestiones de órganos, que en un comienzo estaban ligadas, más que a un propósito terapéutico, a determinados ritos religiosos.

En los sacrificios comunes cada Dios tenía dedicado un animal especial, y el creyente ingería tal o cual órgano del animal, según la gracia que esperaba, que el Dios le deparase. Al objetivo ritual se le agregó tiempo después una finalidad medicamentosa, como lo prueba el hecho de que los egipcios, los griegos y los romanos diesen a ingerir a los enfermos órganos de animales, que ellos reputaban sagrados.

Aristóteles menciona los efectos terapéuticos de la placenta. Galeno aconsejó también a los hepáticos la ingestión del hígado. Por

Digitized by Google

los escritos de este eminente médico, se ve que conoció el Tiroides, la Glándula Pineal y la Hipófisis.

Hipócrates, con su gran sagacidad clínica, afirmó que entre los eunucos no había calvicie, y bien sabemos actualmente como esos hombres conservan bien la cabellera hasta en la edad senil.

Los antiguos conocieron el Bocio Endémico, pues Juvenal ya lo menciona, y Plinio lo vincula con la mala calidad del agua.

¿Qué relaciones podemos encontrar entre el humorismo hipocrático y el humorismo moderno en el cual juega un rol tan importante el elemento endócrino?

Evidentemente que toda aproximación sería pueril.

Lo único que podemos afirmar es que el ilustre médico de Cos dió una gran importancia a la constitución de los humores (sangre, bilis, pituita, y melancolía) no solamente en estado de salud, la cual significa una armonía en la proporción de esos líquidos, sino a la perturbación de los mismos en los diferentes estados patológicos, así como también en la determinación de los diversos temperamentos individuales: sanguíneo, linfático, bilioso y melancólico.

A pesar de la distancia que hay entre el humorismo actual y el hipocrático, no obstante los errores y conceptos puramente fantásticos de que este último adolecía, no es menos cierto que el gran maestro griego dió una importancia capital a los humores no sólo en el orden fisiológico, sino hasta en la determinación de las diferentes constituciones.

A 4000 años de distancia, Hipócrates no pudo dar más que lo que dió, en materia de conceptos humorales.

Su humorismo resistió el ataque de los solidistas, sus vecinos de la isla de Cnido; es sostenido nuevamente por Galeno, combatido otra vez por los organicistas, y después de altos y bajos en su cotización histórica, encontrará más tarde en Bordeu uno de sus más ardientes defensores.

Esta evolución lenta y penosa del humorismo, es uno de los hechos más interesantes que se destacan en la historia de la ciencia que hoy nos ocupa.

El humorismo de hoy, repetimos, no se parece en nada al humorismo de Hipócrates, pero sería tan injusto no citarlo en este momento como si al hacer el estudio de la historia de la bacteriología no se mencionase tampoco al médico que tuvo la intuición sobre la existencia en la atmósfera de algo nocivo para el hombre, es decir, de esos miasmas que tanto ocuparon la atención de la Escuela Hipocrática.

El humorismo de hoy ya es diferente al de hace 50 años; ¿cómo no ha de estar distante, pues, del humorismo de Hipócrates?

La verdad no es hija de un hombre, aunque éste sea un genio insuperable, como lo fué Hipócrates, sino del trabajo de los siglos.

Con su gran prestigio despertó la atención sobre los humores, y

Digitized by Google

aun cuando casi todas sus especulaciones fuesen erróneas, no se le puede desconocer el mérito de haber colocado la primera piedra en ese fantástico edificio que el tiempo ha levantado al humorismo.

El empleo empírico de la Organoterapia tuvo también una gran boga en la Edad Media, siendo más tarde uno de sus cultores más entusiastas Paracelso quien, fiel al principio de los «similia similibus», afirmaba: « el corazón cura al corazón, el bazo al bazo, el pulmón al pulmón».

Después de haber alcanzado esta Opoterapia primitiva un auge máximo, comienza a decaer, declinando en forma extrema en el siglo XVIII.

Con el descrédito de la Opoterapia termina la primera etapa de esta Ciencia, que podemos llamarla etapa empírica.

La influencia de los anatomistas

Con el auge de los estudios anatómicos en los siglos XVI y XVII, la Endocrinología entra en su etapa anatómica.

Vesalio (1543) cita ya la Hipófisis, y Willis, en el siglo XVII, dice que esa glándula recoge las sustancias excrementiciales del cerebro para vertirlas en la sangre.

Littrius, en el mismo siglo, afirma que la Hipófisis comunica con el Infundíbulo, del cual recoge la linfa cerebral para enviarla a la sangre, y asigna a esa glándula un rol en la producción de ciertas narcolepsias, glándula que también es descripta en 1778 por Sömmering, quien le da su nombre actual.

Interesante es recordar de paso que luego es necesario llegar hasta el año 1900 para que se demuestre que los tumores hipofisarios pueden originar prolongadas narcolepsias, hallazgo que se debe al estudio hecho por un médico uruguayo, nuestro eminente maestro el profesor Soca.

La Glándula Tiroides fué descrita sucesivamente por Vesalio (1543), por Eustaquio (1552) y por Wharton, quien le puso el nombre que hoy lleva.

Las supra-renales fueron estudiadas por Eustaquio en 1563.

En 1614 un médico suizo, F. Haster, describe el primer caso de muerte brusca en el niño, debida a la Hipertrofia del Timo.

Hasta este instante de su evolución histórica, el único capital de la Endocrinología está constituído por la Opoterapia Empírica y los descubrimientos anatómicos.

Los conocimientos sobre la Fisiología y la Patología de las glándulas son casi inexistentes, pero las conquistas que desde esta época enriquecen a las diferentes ramas de las ciencias médicas contribuirán sin duda a descubrir los misterios que encierran las glándulas endócrinas.

Digitized by Google

La historia demuestra, en efecto, la vinculación extrema de todas las ciencias; toda adquisición de una de ellas, acrecienta el capital de las otras.

Impulso del Renacimiento

Bajo el impulso revolucionario del Renacimiento, el espíritu del hombre libre de todo dogma filosófico o religioso encumbra la fuerza de la razón que, manejada con estricta disciplina cartesiana, se vengará de la prolongada tiniebla medioeval, ofreciendo al mundo descubrimientos asombrosos.

La Fisiología se enriquece con el descubrimiento de la circulación de la sangre (Servet, Harvey) y la importancia de esa ciencia es precisada de más en más por Regnier de Graaf, por Santorio, por Spallanzani, por Haller, que manejan ya el método experimental.

El genial y desordenado Paracelso llama la atención sobre la importancia de la Química, que es luego impulsada por Van Helmont, por Boyle, y, despojada de toda reminiscencia alquímica, se transformará en ciencia organizada bajo el genio de Lapoisier.

La incorporación del microscopio hace nacer la Histología en manos de Leuwenhoek, de Malpighi, quien describe los tejidos, de Hooke, el primero en definir la célula.

La Anatomía, siguiendo las huellas de Mondino, de La Torre, se acrecienta con los aportes de Leonardo, Vesalio, Malpighi, Valsalva, Falopio; la Anatomía Patológica nace con Morgagni y se organizará más tarde con Bichat.

La Clínica renace en Sydenham, con Boerhaave, con Van Swieten.

Bordeu

Entre todos estos sensacionales descubrimientos que surgieron en esa época luminosa de la humanidad, el de la circulación de la sangre debió, sin duda, llamar la atención de los estudiosos sobre los diferentes elementos que integraban la composición de ese líquido vital. El descubrimiento de la circulación de la sangre facilita, pues, la aparición de Bordeu. Bordeu, en su tratado «Análisis Medicinal de la Sangre», sostiene, en 1775, que cada órgano vierte por vía linfática una sustancia especial, que luego se incorpora a la sangre y que es necesaria al organismo. Agrega, también, que los diversos temperamentos se relacionan a la mayor o menor actividad de ciertos órganos, en comparación con la actividad de otros. Interesante es recordar que, este gran intuitivo, cita en apoyo de su doctrina el ejemplo del testículo, como órgano que segrega sustancias necesarias para la economía, recordando la repercusión que la castración tiene tanto en el hombre como en los animales, no solamente desde el punto de

Digitized by Google

vista de la reproducción, sino también de su influencia sobre el psiquismo, la nutrición y la morfogénesis. Su convencimiento era tan firme que el testículo efectuaba estas acciones, gracias a sustancias especiales que enviaba a la circulación, que no vacila en expresarse así en el pasaje referente a este punto. «Alguien ha encontrado venas linfáticas en los testículos, y las ha destinado al retorno de la semilla a la sangre; no se tenía necesidad de conocer la existencia de estas venas para conocer el hecho de la absorción.»

Aun cuando Bordeu expresa que esas sustancias o humores especiales de que él hablaba, provenían de todos los tejidos, no debemos olvidar que dos de los más ilustres predecesores de la Endocrinología moderna, C. Bernard y Brown Sequard, afirmaron también, y muy posteriormente a Bordeu, que toda célula vertía al medio interno sus propias secreciones. El fué el primero en tener una certera visión sobre las secreciones internas, al sostener que los tejidos enriquecían a la sangre con sustancias específicas, que salían de los órganos por vía linfática, que eran necesarios a la economía, que intervenían en la determinación de los diferentes temperamentos individuales y, al citar su genial fantasía un ejemplo concreto en que apoyarse, estuvo realmente bien feliz al elegir un órgano netamente endócrino, como es el testículo.

El caso de Bordeu, muestra con elocuencia, cómo a veces la intuición del hombre se adelanta, en mucho, a las adquisiciones hechas por un racionalismo puramente deductivo.

El humorismo de Bordeu, que se puede considerar como un puente intermediario entre el viejo humorismo hipocrático y el humorismo moderno, es aún acentuado por Legallois en su tesis de 1801, en la cual sostiene que las sangres venosas de los diferentes órganos son diferentes las unas de las otras y que la sangre venosa era igual a la sangre arterial de un órgano determinado, más la secreción de este último.

Müller y la clasificación glandular

La segunda etapa de la Endocrinología, etapa anatómica, comienza en el siglo XVII y culmina en 1830 con el célebre trabajo del anatomista alemán J. Müller quien, profundizando los trabajos de Ruysch, divide las glándulas en dos categorías: unas que tienen canal excretor y otras que no lo tienen. A estas últimas las llama nódulos vasculares y, entre ellas, menciona el tiroides, el bazo, el timo y las supra-renales, las cuales enviarían sus secreciones a la circulación.

El año 1830 es un año histórico para la Endocrinología.

Inútil me parece comentar la gran trascendencia de este trabajo anatómico de Müller que, oponiendo frente a frente a las glándulas con canal o sin canal excretor, facilita la llegada del fisiólogo que demostrase la existencia, en las segundas, de una secreción interna.

Digitized by Google

La historia muestra cómo el anatomista preparó el camino del fisiólogo; el hallazgo de Müller precipitó la aparición de un Claudio Bernard.

La etapa clínica y experimental. Claudio Bernard y sus continuadores

Con el siglo XIX aparece otra etapa de la Endocrinología; es la etapa experimental y clínica.

El Bocio Exoftálmico es señalado ya en 1802 por un médico italiano: Flajani; merece luego descripciones cada vez más precisas de Parray (1815), Graves (1835), Basedow (1840) y finalmente, de Moebius (1886), quien lo relaciona a un exceso de la secreción tiroidea.

Berthold, en 1849, siguiendo los pasos de Bordeu, demuestra que el injerto testicular hace desaparecer en las aves los trastornos de la castración, hecho que, como ya lo hemos referido, había servido de base a la intuición de Bordeu. Este trabajo de Berthold, tiene el interés histórico de haber sido la primera investigación experimental de esta ciencia.

Culing, en 1850, demuestra que los cretinos tenían una atrofia del tiroides.

Friedleben en 1855 prueba que la extirpación del timo en los jóvenes animales, produce serias alteraciones del esqueleto.

En ese mismo año aparecen los notables trabajos de C. Bernard. Dicho autor afirma nuevamente, como Bordeu, que toda célula, todo tejido, segrega sustancias en la sangre que son necesarias para la economía. El divide las glándulas, como ya Müller lo había hecho desde el punto de vista anatómico, en glándulas de secreción externa y glándulas de secreción interna, calificativo este último que Bernard emplea por vez primera y que, desde entonces, quedó incorporado al vocabulario médico. El gran mérito de Claudio Bernard, es el de haber demostrado rigurosamente la existencia de la secreción interna del hígado, constituída por la glucosa, formada por aquel órgano a base del glicógeno y que luego se vierte en el medio interno a favor de las venas suprahepáticas. El descubrimiento de Claudio Bernard llenaba bien todas las condiciones que debía tener una secreción interna. En efecto, era formada por una glándula (el hígado); se le encontraba en las venas de esa glándula (las venas supra-hepáticas), y además se la revelaba en la circulación general. Dicho fisiólogo demostró, también, la importancia del sistema nervioso sobre las secreciones internas, con su famosa experiencia de la glicosuria provocada por punción del cuarto ventrículo.

¿Cuál es la trascendencia de la obra de Claudio Bernard para la Endocrinología?

Digitized by Google

Si bien es cierto que Bernard no encontró una hormona, pues la glucosa constituye una sustancia alimenticia, su inmenso mérito es el de haber enseñado a los fisiólogos el verdadero método y las técnicas para pesquisar a esas sustancias, que en el futuro se llamarían hormonas, dado que toda hormona es una secreción interna, aunque no toda secreción interna sea una hormona (caso de la glucosa); en consecuencia, aunque Bernard no haya descubierto ninguna hormona, como tampoco haya pensado en la importancia que las secreciones internas gozan en los procesos de correlación orgánica, característica importantísima de la actividad hormonal, concepto que, como veremos más adelante, nace con Brown Sequard, es tan grande la trascendencia de sus descubrimientos para la Endocrinología, que con toda justicia puede considerarse a Bernard como uno de los fundadores de esta ciencia.

T. Addison, célebre médico inglés, demuestra en 1855 que la enfermedad bronceada es debida a la destrucción de las suprarrenales.

En el año 1856, Brown Sequard prueba experimentalmente que las supra-renales son órganos de importancia vital, y que la transfusión de sangre a los animales privados de supra-renales les producía grandes mejoras, lo que para el ilustre fisiólogo demostraba que esas glándulas tenían una secreción interna.

En el año 1856 se produce también un hecho extraordinariamente interesante. Vulpian encuentra que el percloruro de hierro origina una coloración verde, no solamente en la médula supra-renal, sino en la sangre de las venas de esa glándula.

El método de Bernard ha dado ya su segundo fruto, en la pesquisa de las secreciones internas. El creador del método se encontró con una sustancia nutricia, la glucosa, pero Vulpian fué más feliz, pues su hallazgo correspondía a una hormona: la adrenalina, cosa que demostraron las ulteriores investigaciones.

Los años 1855 y 1856 son dos años importantísimos para las suprarrenales; en ellos se descubre el origen supra-renal de la enfermedad bronceada, el hecho de que esas glándulas son indispensables para la vida y, además, se reconoce objetivamente la presencia de su secreción interna.

Aparecen a continuación una serie de interesantes conquistas hechas por médicos y cirujanos.

Schiff, en 1856 y 1857, probó la importancia que la tiroides tenía en el organismo animal, a raíz de los efectos observados después de la tiroidectomía.

Gull describe, en 1863, el cuadro clínico del estado cretinoide de las mujeres adultas.

En 1878, el clínico inglés Ord traza la silueta clínica de la insuficiencia tiroidea, para la cual crea el término de mixedema, cuadro

Digitized by Google

clínico que Charcot denomina, poco después, como Caquexia Paquidérmica.

Bourneville, en 1880, describe, en forma impecable, el mixedema congenital, al que designa como idiotez mixedematosa. Es en este mismo año que Sandstrom describe las paratiroides.

En 1882, los cirujanos suizos aportan una valiosa contribución a la patología tiroidea. Reverdin demuestra que el cuadro clínico descrito por los autores ingleses con el nombre de mixedema, es superponible al que ellos observaban en ciertos de sus enfermos portadores de bocios, a los cuales se les había realizado una tiroidectomía; es también el célebre cirujano suizo Teodoro Kecher quien, poco después, hace constataciones análogas y crea el término de caquexia estrumipriva.

Schiff, en 1884, insiste nuevamente sobre los trastornos observados en los animales, a raíz de la tiroidectomía, y prueba que estos trastornos pueden ser atenuados, sea por el injerto de esa glándula, sea por la administración del jugo tiroideo a esos animales.

Es el primer ensayo de aplicación científica de la opoterapia, que es repetida en 1891 por Vassale y por Gley en los animales y por Murray, quien muestra la acción terapéutica del jugo tiroideo aplicado en inyecciones en casos de mixedema.

En 1872, el cirujano Battey, extirpa por primera vez los ovarios de una mujer y nos muestra los efectos de la castración femenina.

La tetania había sido estudiada por Steinhein (1830), por Dance (1831), Trousseau (1851), quien describió el signo que lleva su nombre, y por Corsivart que le dió el nombre que actualmente tiene.

En los trabajos ya mencionados de Schiff sobre la tiroidectomía experimental, se citan fenómenos tetánicos, pero el autor no los vincula a las paratiroides.

Esos mismos fenómenos son descritos en el hombre por los cirujanos vieneses (Billroth, Eiselsberg) quienes los observan después de la Tiroidectomía.

El fisiólogo francés Gley, fué el primero en vincular la tetania quirúrgica a la extirpación de las paratiroides.

En 1882, Eiselsberg muestra que el injerto paratiroideo impide en los animales la tentania consecutiva a la paratiroidectomía.

En 1889, Mering y Minkowsky hacen su famosa comunicación sobre la analogía presentada por la diabetis experimental, ocasionada por la extirpación del páncreas y la diabetis humana.

En este mismo año de 1889, Brown Sequard, que ya había aportado a las secreciones internas sus interesantes trabajos sobre la fisiología de las supra-renales, presenta, en la Sociedad de Biología de París, su ruidosa comunicación sobre los efectos virilizantes y dinamogénicos que tiene el extracto testicular inyectado en el hombre senil,

Digitized by Google

experiencia que el célebre fisiólogo había hecho sobre su propio cuerpo.

A pesar de la ruda crítica que siguió a esta comunicación, en la que se objetaba que los fenómenos observados podían ser sólo el producto de la autosugestión, la tesis de Brown Sequard, influyó poderosamente sobre la Organoterapia, a la cual el célebre fisiólogo le dió su nombre actual de Opoterapia, contribuyendo así a extender las indicaciones de la misma, que bajo la forma grosera y puramente empírica en que había nacido en la antigüedad, había languidecido en forma considerable, en el siglo XVIII, por el desprestigio que sobre ella proyectaron dos eminentes clínicos ingleses, Sydenham y Heberden.

Pero el importante aporte de Brown Sequard a la Endocrinología no reside ciertamente en el estímulo que dió a la Organoterapia, sino en la forma neta, precisa, con que definió las características funcionales de las secreciones internas, secreciones que al igual de Bordeu y Bernard admitió como existentes, no sólo en cada órgano, sino en toda célula del organismo.

Brown Sequart fué, en efecto, el primero en afirmar que esas sustancias, que constituyen las secreciones internas sirven para establecer una interdependencia funcional entre todos los órganos, por otro mecanismo que el del sistema nervioso. El fué el primero que subrayó esta característica funcional tan fundamental de las hormonas, como bien pronto sería así reconocido; y bien merece, en consecuencia, ser considerado uno de los fundadores de la Endocrinología.

La glándula pineal que era ya conocida por Galeno es, según Descartes, el órgano en que reside el alma humana, en tanto que luego, algunos naturalistas la consideran como un vestigio ocular existente en ciertos animales.

A partir de la comunicación de Heubner en 1898, que refiere un caso de teratoma de la pineal de un niño que presentaba un cuadro de pubertad precoz, empieza a estudiarse ese órgano como una probable glándula a secreción interna.

En 1894, realizan Oliver y Schäffer la primera investigación seria sobre la acción vaso-constrictiva e hipertensora del extracto suprarenal; poco después, estos autores publicaban sus interesantes trabajos sobre el Extracto Hipofisario.

En 1896, Bauman descubre la Yodotirina y afirma las relaciones de la glándula Tiroides con el metabolismo del yodo. Con este trabajo se inicia el estudio del quimismo endócrino.

En 1896, Frankel aisla la Adrenalina, la cual luego es obtenida en cristales casi contemporáneamente por Takamine y Aldrich, en 1901. En este mismo año Fröhlich describe el sindroma adiposogenital, de origen hipofisario, que lleva su nombre.

Digitized by Google

El descubrimiento de la Secretina. Las Hormonas

En 1904 se produce un hecho sumamente interesante: Starling descubre la Secretina, crea el término de hormona y demuestra la importancia que, en la correlación orgánica, juegan estos mensajeros químicos, demostrando así que el sistema nervioso no es el único aparato que interviene en los procesos de interdependencia que se realizan en el organismo animal.

El descubrimiento de Starling marca una fecha realmente sensacional en la evolución de esta ciencia.

Bajo el impulso del descubrimiento de Starling, se acrecientan aún el número de investigaciones sobre las glándulas endócrinas, tanto en el dominio de la clínica como de la fisiología o de la bioquímica de estas secreciones.

En el dominio de la clínica, Claude y Gougerot (1907-1908), llaman la atención sobre los sindromas pluriglandulares; Sergent y Bernard sobre las insuficiencias supra-renales agudas; Frank, Simmond y Cushing precisan la existencia de la diabetis insípida; Simmond demuestra la existencia de la caquexia hipofisaria; los trabajos de Wiesel y Labbé hacen conocer el sindroma producido por los paragangliomas medulares; gracias a Apert (1910) y Gallois (1912) se define el cuadro clínico génito supra-renal; Tandler y Gros describen el eunucoidismo.

En el dominio de la Fisiología Experimental se buscan los efectos que en el organismo producen las extirpaciones glandulares, sus injertos, así como la acción farmacológica de los extractos opoterápicos suministrados a los animales y al ser humano.

La Bioquímica de las secreciones internas empieza también a enriquecerse; es así como Kendall, en 1916, describe el principio activo del tiroides, la tiroxina.

La Cirugía demuestra los felices efectos que pueden a veces obtenerse con la extirpación de los tumores hipofisarios, de los adenomas supra-renales, así como en la enfermedad de Basedow.

Beclère prueba los buenos resultados que con la radioterapia se consiguen en la Acromegalia y, desde entonces, ese nuevo agente empleado, sea como moderador, sea como activador, según las dosis usadas, de las hiper o hipofunciones endócrinas, se incorpora como una preciosa arma a la terapia de las endocrinopatías.

La inmensa labor de este período enriquece considerablemente a la Endocrinología.

Período hiperbólico

Llegamos así al año 1915 y el balance, que hacemos entonces, nos permite reconocer que hemos adquirido serios conocimientos en

Digitized by Google

Anatomía, Histología, y Fisiología de las glándulas endócrinas.

En el dominio de la Clínica, los grandes síndromas de hipofunción o hiperfunción nos son perfectamente conocidos. Se ha entrevisto ya también la evidente conexión funcional que estas glándulas tienen entre sí, así como con el aparato nervioso vegetativo.

Empiezan a utilizarse también los diferentes test, que permiten explorar las redes de ese sistema nervioso, y nacen, un poco precipitadamente, los esquemáticos conceptos del Vagotonismo y Simpaticotonismo.

Los clínicos, compenetrados de la importancia de esta nueva rama de la Patología, comienzan a escudriñar las formas leves de la hiper o hipofunción glandular.

Los fisiólogos, entusiasmados por el descubrimiento de la secretina por Starling, pretenden encontrar acciones hormonales en sus extractos, acciones que muchas veces son debidas a impurezas de los mismos.

Empezó el momento de la fantasía. Un sujeto de manos o pies un poco grandes y con un ligero prognatismo, es un hiperpituitario anterior; una joven con mirada un poco brillante y ojos un poco saltones, es seguramente una hipertiroidea, si su corazón tiene tendencia a la taquicardia; una astenia, acompañada de hipotensión arterial, la cual puede ser un simple estigma constitucional, es diagnosticada como insuficiencia supra-renal, si, para su desgracia, tiene la piel un poco hiperpigmentada, tal vez por el influjo de una helioterapia estival; una dama con mucho vello en el cuerpo, adorno que han ostentado varias generaciones femeninas de su familia, es considerada atacada de hipercorticalismo, pero felizmente para ellas las supra-renales, gracias a su profunda topografía, han escapado a la influencia de la radioterapia; he aquí algunos de los tantos ejemplos que podían citarse de ese período, cuyas reminiscencias aún vivimos y que traducían una verdadera embriaguez endocriniana.

Justo es recordar que algunos de esos impresionismos dejaron algunos frutos, casos de intuición precisa, pero también ¡cuánta exageración!, no siempre inofensiva para los pacientes.

La era bioquímica

Felizmente una gran falange de químicos, fisiólogos y biólogos, entre los cuales se destacan los nombres de Kendall, Benediepelik, Allén, Pezzard, Doysy, Zondek, Banting, Best, Evans, Houssay, Butenant, van a suministrar bien pronto test de precisa objetividad para el diagnóstico así como extractos de real eficacia para el tratamiento de las afecciones endócrinas.

En efecto, una nueva era va a aparecer, la era química o bioquímica de la Endocrinología.

Digitized by Google

Ia incorporación del metabolismo basal, el descubrimiento de la tiroxina, insulina, parathormona, hormonas del crecimiento, gonadotrópica, foliculina, hormona tireotropa, adrenotropa, paratireotropa, lactógena, hormona del metabolismo de las grasas, hormona del metabolismo de los azúcares, melanófora, hormona masculina y cortical, etc., han dado un empuje considerable a los estudios endocrinológicos.

El hecho de que algunas de estas hormonas puedan ser dosificadas en los líquidos orgánicos de los enfermos, da frecuentemente al diagnóstico endocriniano una base objetiva que antes no tenía, y ha contribuído así poderosamente a calmar la imaginación, un tanto excitable, de muchos endocrinólogos, dándole así a esta ciencia la precisión y seriedad a que tenía derecho por su importancia.

La preparación, por otra parte, de extractos bien purificados o de hormonas aisladas en forma absolutamente pura y dotados de intensa potencia, permiten frecuentemente al clínico constatar brillantes acciones terapéuticas que confinan con el milagro.

He aquí, pues, un análisis lo más sucinto posible de los principales hechos que se destacan en la historia de las secreciones internas.

Síntesis. La unidad de las ciencias

En los comentarios que seguirán a esta exposición histórica quiero dirigirme sobre todo a los estudiantes, para llamarles la atención sobre las preciosas enseñanzas que brinda el estudio de la historia de una ciencia, sirviéndonos especialmente en el caso particular de la evolución de la Endocrinología al través del tiempo.

Sus primeros balbuceos, como pasa con tantas otras ramas de la ciencia, son de origen religioso. La ingestión de órganos integra en su comienzo determinados ritos y los creyentes no buscan con ello la mitigación de tal o cual déficit biológico, sino obtener de sus dioses una determinada gracia.

El beneficio observado, para ésta o aquélla dolencia en el curso de estas prácticas religiosas o mágicas, comenzó posiblemente a desposeerla de su carácter divino, otorgándole finalidades curativas.

La Opoterapia Sagrada se transforma así en Opoterapia Médica. Estamos en el primer momento de esta Ciencia, en su edad empírica.

Por esta etapa empiezan todas las ciencias. Sabed, señores estudiantes, que el empirismo no merece el desprecio con que en general lo trata vuestro espíritu juvenil, siempre curioso, siempre ávido de razones.

El empirismo científico, el que está constituído por hechos, miles de veces bien controlados en su existencia, es respetable, porque constituye el capital de la experiencia.

Si los antiguos constataron que la ingestión de hígado era favo-

Digitized by Google

rable a los hepáticos, el hecho ¿acaso dejaba de ser precioso porque se ignorara el mecanismo de su acción?

El objeto de la ciencia es descubrir verdades; éstas podrán ser opacas como en la edad empírica, o luminosas como en las etapas finales, pero siempre son verdades.

Oíd al maestro de la filosofía experimental. «El empirismo no es, dice Claudio Bernard, la negación de la Medicina Experimental, como parecen creerlo ciertos médicos. Es su primer estado. El empirismo no desaparece jamás en forma total de una ciencia. Las ciencias no se iluminan completamente en todas sus partes a la vez, sino por etapas sucesivas.»

A medida que aumentan las zonas luminosas, la experiencia bruta, opaca, del hombre, también aumenta y enriquece así paralelamente las zonas obscuras del conocimiento.

El hecho, pues, de pertenecer, señores estudiantes, al siglo XX, no os librará de recibir de vuestros maestros enseñanzas empíricas, como la recibieron en épocas milenarias los discípulos del genial maestro de la Isla de Cos.

El empirismo ofrece un campo ricamente fecundo al investigador. Este, en lugar de seguir un hilo que le ofrece el último libro o la ultima revista debe dirigirse a buscar el por qué de un hecho sólidamente establecido.

El primero, la más de las veces, se gastará en especulaciones ficticias; y el segundo, desgarrará más de una vez el velo de una nueva verdad.

Pero las verdades del empirismo son verdades estáticas, verdades muertas. Ellas no dinamizan a la ciencia; son útiles por sí mismas; su esfera de acción termina a su alrededor; no tienen acción estimulante; para que hablen es necesario que reciban la bendición de un concepto.

Tomad aún el ejemplo de las secreciones internas.

No obstante las verdades que pueda atesorar la Opoterapia rústica y empírica, la ciencia, a la cual está vinculada, se sume en la más profunda tiniebla hasta los siglos XVI y XVII. Es entonces que los descubrimientos hechos por los grandes anatomistas Eustaquio, Wharton, Littrius, etc., la dan una base sólida a esa ciencia que ha entrado ya en su faz anatómica.

Pero a pesar de estos valiosos hallazgos, nada permite prever la importancia fisio-patológica de estas glándulas, ni del rol considerable que más tarde se les dará.

Hace ya más de 40 siglos que los órganos se ingieren con objetivo medicamentoso; célebres anatomistas acaban de suministrar nuevos hechos sobre esas pequeñas glándulas y, sin embargo, su destino funcional permanece aún enigmático.

En la historia de esta ciencia no apareció aún el concepto que

Digitized by Google

vivificase los hechos observados. Estos son preciosos, pues son eternos; pero quedan estériles hasta que el concepto no los fecunda.

Se sabía ya que la ingestión de placenta, de hígado o de testículo, eran útiles en algunas enfermedades; que los eunucos, según Hipócrates, nunca eran calvos; se pretendía que el cuello de las mujeres se agrandaba cuando perdían su virginidad o, más frecuentemente aun, cuando estaban grávidas, fenómenos ligados a la hipertrofia tiroidea; ya los egipcios diagnosticaban el embarazo, estudiando la influencia que las orinas de mujeres grávidas tienen sobre el crecimiento de los vegetales; se conocía además un buen número de glándulas, pero todos estos hechos, que actualmente se explican por su carácter endócrino, estaban entonces aislados, desarticulados, huérfanos de vinculación y mezclados con una masa incoherente de otros hechos biológicos.

En ese momento aparece un rayo de luz; es la intuición de Bordeu (1775), quien, tonificando el viejo humorismo, sostiene que todas las células vierten a la sangre sustancias específicas, indispensables para la salud.

Los hechos endocrinológicos, reunidos lentamente por los siglos, acaban de ser fecundados por un concepto y éste, bien pronto esculpirá, en esa masa bruta de hechos, algunos trazos, que permitirán reconocer bien pronto los perfiles científicos de una nueva ciencia.

La intuición genial de Bordeu, se basó en los trastornos observados en el hombre y en los animales castrados.

Su generalización se apoyó en consecuencia sobre hechos perfectamente controlados por el empirismo de su época.

Los espíritus generalizadores son peligrosos para las ciencias cuando sus especulaciones no se apoyan en hechos, o éstos son de frágil estructura.

Así nacen dogmas, doctrinas tan falsas como brillantes. Estas creaciones puramente verbales, mucho menos científicas que el modesto empirismo, se toman como realidad de la razón, engendran una verdadera obnubilación, obturan las vías y producen en el espíritu del hombre una especie de distocia, para el natural alumbramiento de la verdad.

Animismo, vitalismo, he ahí una serie de triunfos verbales, a los cuales no ha sido sin duda ajena la debilidad que la clase hipocrática sufre por sonoras palabras de añejas lenguas. «*Les medecins*, al decir de Molière, *savent pour la plus part de fort belles humanites, savent parler en beau latin*». Hay siempre que desconfiar de los latines, señores estudiantes. Un disparate mayúsculo vestido en latín, es a veces, un dogma en medicina. La verdad, señores, no necesita de idiomas muertos.

Eran estos falsos oropeles de la ciencia los que motivaron esta indignación de Montaigne: «Plugiera a Dios, que a mí me bastaran las palabras que se emplean en los mercados de París.»

Digitized by Google

La intuición de Bordeu, nutrida en la observación de la realidad, afirma ya, por primera vez, la doctrina de las secreciones internas. Pero no obstante el mérito inmenso de ese autor, debéis saber, señores estudiantes, que su genio no llegó de un golpe a esa concepción certera, sino que debió apoyarse en conquistas de otros célebres investigadores que le precedieron.

Es así que el descubrimiento de la circulación de la sangre que los antiguos ignoraban, que los trabajos de los anatomistas sobre las glándulas endócrinas, de los fisiólogos sobre las secreciones de las glándulas exócrinas así como el vislumbre de la química, favorecieron y prepararon la visión de Bordeu.

La historia, demuestra, pues, señores estudiantes, que cada conquista de una ciencia enriquece también a las otras. El telescopio y el microscopio, son hijos de la Física. El primero, arrebatando al cielo mundos invisibles, fundó la Astronomía moderna; debajo del segundo brotaron, merced al genio de Malpighi y de Pasteur, la Histología y la Bacteriología.

Gracias a los progresos de la Fisiología y de la Histología, las afirmaciones de Bordeu son confirmadas ulteriormente por Berthold, quien demuestra que los trastornos en los animales castrados desaparecen con el injerto de las glándulas sexuales; así como por Müller, quien afirma la existencia de glándulas de secreción interna, en virtud de sus estudios anatómicos.

Merced al método experimental y a los progresos de la Química, Bernard encuentra, en las venas supra-hepáticas, el primer producto de una secreción endócrina.

Los progresos crecientes de la ciencia permiten hoy, en el siglo XX, aislar y dosificar numerosas hormonas en los líquidos orgánicos.

En algo más de un siglo el concepto de Bordeu, auxiliado y trabajado con las poderosas armas que la ciencia adquirió desde entonces, ha permitido transformar una ciencia casi inexistente en una de las más valiosas ramas de la medicina moderna.

Seguid, señores estudiantes, conmigo, la evolución de la verdad endócrina, si así podemos llamarla. Reducida en su primera etapa a la Opoterapia primitiva, ella puede haber sido útil a los antiguos, pero desprovista de toda radiación luminosa, esta verdad duerme inmóvil durante 40 siglos. Es necesario llegar hasta Bordeu quien, apoyándose solamente en la observación clínica, formula el principio de las secreciones internas.

Luego Müller, el anatomista, afirma esta posibilidad; en seguida Claudio Bernard descubre la primera secreción interna; luego Starling encuentra la primera hormona, la secretina y finalmente, un químico sintetiza un producto endócrino: la adrenalina.

Vosotros véis que esta verdad biológica ha cambiado de topografía

Digitized by Google

a través del tiempo. Unas veces estuvo más cerca del empírico, otras del clínico, del fisiólogo, del químico o del anatomista.

Cada uno de ellos capta, en uno de estos contactos, un fragmento de la verdad; la verdad total será la suma de estas conquistas parciales.

En la enseñanza clínica de esta asignatura me esforzaré por utilizar armoniosamente todas estas técnicas de la ciencia médica. Así como el proverbio oriental decía «que no debían crecer hierbas en el camino que une las casas de dos amigos», así la historia aconseja, con su alto prestigio, que ellas tampoco deben germinar en los senderos que unen esos focos de labor, en los cuales febrilmente se trabajan los diferentes aspectos de una misma verdad.

Todos estos hechos demuestran el encadenamiento orgánico de las adquisiciones científicas.

La verdad no es producto de un espíritu privilegiado, sino de la acción lenta del tiempo.

Los conceptos tienen también, como el hombre, edades respectivas: nacen, crecen, maduran.

El humorismo infantil de Hipócrates se desarrolla con Bordeu, y llega ya a una cierta madurez en nuestros días.

La humanidad, ella misma, está sometida al ritmo biológico de ascensos y descensos de su poder espiritual.

Yo no desearía, señores estudiantes, que después de esta reseña histórica, en la cual he citado con frecuencia algún hombre ilustre, que hizo por la ciencia lo que varios siglos no lograron, que pudieseis creer que se trata de seres sobrenaturales, que casi por un milagro vinieron a enriquecer el patrimonio del hombre. No, señores; estos hombres de genio pueden ser raros, pero su obra tiene también su determinismo. Estos hombres superiores no aparecen en general, como fenómenos aislados, sino que son hijos de un ambiente, de una época.

El siglo de Hipócrates es el de Pericles, Fidias, Platón; la aparición de Galeno coincide con el más gran esplendor del Imperio Romano; los Harvey, los Malpighi, los Morgagni, deslumbran junto a Leonardo, a Descartes, a Galileo; Bernard y Brown Sequard, pertenecen al siglo que se honró con Laennec, con Darwin, con Wagner, con Virchow, con Pasteur. La ciencia no toca las cumbres de su evolución en forma aislada, sino que culmina cuando globalmente lo hace el espíritu del hombre.

He aquí, señores estudiantes, algunas de las consideraciones principales que me sugiere esta exposición.

La historia es, pues, una lección de paciencia, porque demuestra la influencia poderosa del tiempo; infunde humildad porque nos enseña a respetar formas inferiores de la ciencia, como el empirismo; aconseja también prudencia, cuando muestra el peligro de las intuiciones fáciles y es, finalmente, lección de fraternidad, cuando obliga a colaborar con todos aquellos que poseen un fragmento de la verdad.

Señores estudiantes: es posible que muchos de entre vosotros

Digitized by Google

hubieseis preferido que, en lugar de estos comentarios, tal vez un tanto fríos sobre la filosofía de la historia de esta ciencia, me hubiese ocupado hoy de haceros un balance sobre el estado actual de nuestros conocimientos sobre la misma.

Vosotros habríais asistido entonces, a pesar de la debilidad de mi esfuerzo, a una verdadera orgía de la Biología. Habríais visto cómo las hormonas, rigiendo los procesos anabólicos y catabólicos de todos los grupos celulares, presiden conjuntamente con el sistema nervioso todas las funciones orgánicas. Desde las modestas etapas de la nutrición hasta las manifestaciones más elevadas del intelecto, de la vida afectiva, de la volicional, desde ese instante supremo de la fecundación, en que la especie humana asegura su persistencia, hasta en las tristes etapas de la senilidad, todas las épocas biológicas del ser, todos sus atributos sean morfológicos o funcionales, están sometidos a un ritmo hormónico.

Pero yo he deseado, señores estudiantes, desde este primer contacto con vosotros, preocuparme más de tonificar vuestra mente con las sugestiones filosóficas que brinda este estudio histórico, que de enriquecer vuestra erudición. La erudición es importante, pero la calidad espiritual es aún superior.

Esta última corre por cuenta del maestro; la erudición puede ser cultivada por el discípulo, recordando siempre aquellas sabias palabras: «La erudición es buena, sobre todo para el que no tiene otra cosa». El arte de curar, objeto supremo de nuestro esfuerzo, es una de las actividades más difíciles del hombre; constituye casi la actividad de un Dios.

La enorme complejidad de los fenómenos, el carácter esencialmente particular e individual de los mismos, exige fina agudeza de intelecto, exquisita sensibilidad, casi propia del artista, así como un equilibrio milagroso en el juego de esas virtudes.

Es por eso, señores estudiantes, más importante fortificar las fibras de vuestro espíritu, que aumentar el repertorio de vuestros conocimientos.

Los maestros que mi memoria venera, no son aquellos que me enriquecieron con hechos, sino los que me revelaron los secretos de sus juicios, los que me iluminaron con sus mejores esencias espirituales. Con éstas, que aún impregnan mi mente, yo trataré de fertilizar la vuestra, virgen fecunda y generosa. Puedan esas esencias despertar en vosotros tanto el amor por la sabia filosofía, como por el arte de curar. Saber filosofar es tan útil al médico como conocer bien el pulso de sus enfermos.

Escuchad, si no, lo que dijo el padre de la medicina en un arranque exagerado, pero hermoso, de su iluminado espíritu: «El médico que es al mismo tiempo que médico filósofo, es semejante a los dioses».

JUAN CESAR MUSSIO FOURNIER.

Digitized by Google

PERFIL DE CARLOS REYLES

Ahora que Carlos Reyles se ha sumergido en la soledad, a la que llamó «fiel compañera», nos vienen a la mente los rasgos del hombre y del escritor, y nos representamos, en profusión de imágenes, vida y obra del maestro desaparecido. Algunas de aquellas imágenes comparecen con predominante imperio. Recuerdo que, en tal cual ocasión, lo vi pasar en compañía de José Enrique Rodó. Su pequeña talla contrastaba, al pronto, con la eminente de su ilustre amigo; pero el andar nervioso, el gesto arrogante, la cabeza erguida, el ademán resuelto atenuaban, a poco que se fijara la atención, el contraste. Hasta el aire distante parecía mitigar el efecto. Por cierto que era largos años después, cuando se preparaba la conmemoración del centenario de 1830, que Carlos Reyles me explicaba, en su departamento de la calle Soriano, en aquella sala que he descripto alguna vez, cómo nacían y actuaban sus personajes; en tanto que los retratos de sus padres — dos grandes óleos salidos del pincel de Juan M. Blanes — parecían mirarnos dentro de sus anchos marcos de ébano. Magro, moreno, sentado en un sillón con su mesa de lector, y señalando al suelo, cual si éste le fingiera un tablado de marionetas, me decía cómo, criaturas de su imaginación, iba disponiendo sobre el escenario que ella le construía, sus héroes y sus heroínas. Pero llegaba un día en que aquellas creaciones de su fantasía empezaban a vivir por sí mismas. De pronto, — agregaba, — un personaje que me había figurado cómico vuélvese trágico; y lejos de ser yo quien mueva sus pasos es él quien se apodera y enseñorea de mí, imponiéndome sus propias soluciones.

Hacía poco que había vuelto al terruño. Designado Asesor Literario y Artístico de la Comisión Nacional del Centenario, organizaba, por aquellos días el ciclo de conferencias destinadas a formar, dentro del plan por él trazado, una «historia sintética» de la literatura uruguaya; y si este plan no pudo realizarse integramente, o adolecía de algunos defectos, es lo cierto que ahí están los tres volúmenes en que aquellas disertaciones fueron recogidas, ofreciendo, en su conjunto, un panorama de nuestras letras del que no podrá prescindir ya el historiador de nuestra cultura. Había aceptado con viril entereza lo que él llamaba «la tragedia de la vejez y de los bienes perdidos.» Bravo carácter, nada tenía de extraño que, en el trance, hiciera cara serenamente a los vientos adversos de la fortuna.

Digitized by Google

⁂

Su dinámica fué poderosa, múltiple su acción, enérgico el soplo vital, «la voluntad de vivir», fuerte el impulso creador y medular el artista. En su juventud echa su cuarto a espadas en la política partidaria, a la que aspira a infundir un sentido transcendente, elevándola sobre el plano de las realidades inmediatas. Ruralista, continúa, a la muerte de su padre, al hacerse cargo del pingüe patrimonio, las empresas de su progenitor, y pugna por reunir en un haz las fuerzas y energías dispersas de la campaña para que ésta haga sentir su influencia en la marcha del país. Pródigo de su fortuna, sin que haya faltado quien dijera que, durante muchos años, la lucha fué constante — y se mantuvo indecisa — entre esa prodigalidad y el caudal que la resistía, vive fastuosamente. Curioso personaje que reparte su tiempo entre sus actividades de cabañero, sus estudios, — y recordemos, al paso, cómo es éste un autodidacto, — su obra de escritor, sus viajes y sus residencias en Europa, su «experiencia vital», y a quien un día nos representamos, como al hijo de Don Fausto, en «El Gaucho Florido», leyendo en los bretes, mientras se marca, o en los rodeos, esperando el ganado, o en la casa reformada y amueblada a la «inglesa»; y otro día meditando en Monte Carlo, mientras se pasea, con el libro del escultor Rodín debajo del brazo, por la terraza de uno de los suntuosos hoteles de la costa, acerca de la vida y la moral. Se mueve lo mismo en los salones, en los grandes centros cosmopolitas de la elegancia, del placer y del lujo, que en los medios literarios y artísticos y en la sociedad de toreros, pintores y bailadores. Lleva a su cátedra de Maestro de Conferencias la inquietud del pensador, del psicólogo, del meditador que se enfrenta a los panoramas del mundo actual; como a la Presidencia del Servicio Oficial de Difusión Radio Eléctrica sus afanes por la cultura artística.

Alterna con la creación novelesca el ensayo filosófico-literario; con lo «terruñero» lo europeo y lo universal. No se conforma con que la obra de imaginación haya de ser de mero esparcimiento. Ya en sus verdes años, tocado por las complicaciones fin de siglo, al iniciar, con «Primitivo», después de «Por la vida» y de «Beba», la serie de sus «Academias», se adelanta a explicar cómo «la novela moderna debe ser una obra de arte tan exquisito, que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo, que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara.» A tiempo que esto se propone, anuncia cómo, para conseguirlo, empleará «el método interno, estudiando lo que hay de general en lo individual». En el ocaso de su vida, después de haber hecho en «La Muerte del Cisne», bajo el signo de Nietzche, la apología de la Fuerza, «la voluntad de dominación», el egoísmo, y exaltado al Oro, representándolo como al Sal-

Digitized by Google

vador, vuélvese a sí mismo, ahincadamente, se aferra a sus recuerdos, se interna en su soledad y explaya la facultad de soñar, concedida a la criatura humana, y el poder, igualmente otorgado al hombre, de convertir los sueños en realidades.

⁂

Interpretaciones, motivos y mitos españoles se cruzan a menudo en su mente en esta última etapa, Filosofa sobre Don Quijote como símbolo de nuestra locura, «como espejo de lo que somos». En él inspira su construcción sobre lo que llama «nuestro incurable sonambulismo». Temprano había conocido el extraordinario libro. Un ejemplar de la obra le había sido entregado en el Colegio, como premio, a los catorce años. Recordándolo, aseguraba Reyles que, desde entonces, había «vivido viviendo el Quijote». A distancia de «El Embrujo», divulga, la confidencia que le hizo Sevilla «una noche de azahares y de luna». Su pluma, en fin, aborda el tema de Don Juan, cuya actualidad renuevan, entre otros muchos, de un tiempo a esta parte, las interpretaciones de Valle Inclán, de Marañón, de Maeztu, de Américo Castro, de Ramón Pérez de Ayala, de «Azorín». Por cierto que no deja de notar allí cómo «el mozo calvatrueno de la voluptuosa Sevilla es el contrapunto del casto caballero de la ascética Castilla». Ya su maestro Barrés, había tocado, en sus pasos por la Península, las oposiciones y contrastes del suelo de España.

También en los días de su pupilaje conoció a los clásicos españoles, a los que frecuentó asiduamente. Fué, sin rebuscas ni alardes, un escritor castizo. La universalidad de su cultura, sus viajes por Europa, sus residencias en París, no lo desposeyeron de aquella condición. Su españolismo, y, dentro de España, su andalucismo, apuntaron pronto. Tuvo, de mozo, su tertulia taurina en el Café Polo-Bamba, donde departía con diestros y aficionados; y él mismo tomó parte en algunas novilladas. Vicente Carrera, que ha evocado, en una página digna del maestro, una corrida de toros en el antiguo circo de la Unión, lo ha pintado asistiendo al espectáculo, «muy joven todavía, brioso, atildado, y, sobre todo, vivaz.»

De las orillas del Guadalquivir, este agudizador y profundizador de emociones, buceador tenaz, novelista «con segundo plano», trajo, no sólo el color, — que no podía menos que traer, — no sólo la realización, como la lengua literaria y el lenguaje popular, tan rico y pintoresco, no sólo el donaire que vuela en la atmósfera luminosa, sino también una interpretación del alma andaluza — y del alma española — que podemos juzgar diversamente, que podemos aceptar o no, que podemos considerar fragmentaria, parcial, pero que no podríamos dejar de mirar como llena de sugestión. La obra le valió a Reyles ser declarado «hijo adoptivo e ilustre de Sevilla». Grata

Digitized by Google

a los españoles, que tantas veces han rechazado totalmente la óptica de los viajeros extranjeros, o significado sus reservas ante las que suelen llamar «interpretaciones poéticas» de su carácter, algunos de sus mejores ingenios tejieron su elogio. Y por cierto que ya en sus años mozos, cuando la aparición de «Primitivo» y la polémica que suscitara el juicio de Don Juan Valera sobre esta novelita, mereció Reyles la atención y la consagración de la crítica peninsular.

Todos son, en Sevilla, para Reyles, «círculos mágicos», «embrujos»: la plaza de toros, el tablado, el canto y baile flamencos... Pero en la obra son, a la par, estos «embrujos», motivos de exaltaciones españolas. Arrogancia, valor, líricas penas, pasiones violentas y secretas e imperiosas ansias, alegría y tristeza, sensualidad, son signos de una concentrada energía capaz de lanzar a nuevas gestas gloriosas al pueblo que la conserva y alimenta. Y éste es también «el pulso vital de la novela».

La fábula de «El Embrujo» habíala escrito Reyles muchos años atrás; su «Capricho de Goya» es un cuento admirable que se desarrolla en un café madrileño. Trasladada la acción a Sevilla, debía cobrar, bajo las reverberaciones del cielo andaluz, otras proyecciones, y hacer correr aguas más profundas. Había estado Reyles por primera vez en aquella ciudad, en 1892, su cuento se publicó en 1902 y «El Embrujo» apareció en 1922. ¿Cuándo la capital andaluza, a la que volviera muchas veces, permaneciendo en ella largas temporadas, empezó a insinuarse en su imaginación con las formas que habría de revestir en «El Embrujo»? ¿Cuándo concibió el pensamiento de hacer que transcurriera en las márgenes del Guadalquivir su fábula «goyesca»? Entre la fecha de su primer contacto con Sevilla y la aparición de su famosa novela, da a la estampa la mayor parte de sus obras: «Beba», las «Academias»: («Primitivo», «El Extraño» y «El Sueño de Rapiña»), «La Raza de Caín», «La Muerte del Cisne», los «Diálogos Olímpicos». ¡Cuántos trabajos y empresas diferentes, cuántos panoramas, representaciones e imágenes distintas, cuántas meditaciones y andanzas, y qué acopio de experiencias vitales! ¿Alternó en su mente con esa producción aquella obra insigne, pensándola, sintiéndola, alquitarándola, considerando largamente el doble drama que habría de abarcar, hasta sacar, al cabo, de sus profundos silos su «recóndita Andalucía»?

Dice Marañón que «si Reyles no hubiera vivido en Sevilla habría muerto sin exprimir el jugo más rico de su alma. El azar — agrega — lo llevó a aquel pedazo del planeta donde fermenta la pasión de vivir con violencia ingenua y primitiva. En los huertos floridos del Guadalquivir encontró la media naranja para su genio de escritor. Y de la cópula ferviente nació «su mejor» libro. Los demás, frutos normales de su gran talento, son todos admirables. El mejor es como siempre el hijo del imprevisto amor». Yo no sabría decir si «El Embrujo» es, en efecto, el mejor libro de Reyles. Lo indudable es que el

Digitized by Google

españolismo de su autor, su sentido y su emoción raciales, encuentran en Sevilla la atmósfera que los esclarezca y sea, a la par, estímulo a la actividad del artista y acicate a la inquietud del filósofo. En contacto con aquella tierra, su índole personal y la corriente de sangre española que había en él, le permitieron forjarse su visión y darnos su interpretación del alma andaluza y, también, del alma de España.

⁂

De «La Muerte del Cisne» las páginas más inspiradas y elocuentes, más sentidas, más bellas y emocionantes, son acaso aquellas de las que se exhalan el aroma y la gracia, las quintaesencias de «la flor latina». En ésta, que es decir, en la capital de Francia, simboliza Reyles «el término de la civilización greco-latina, el óptimo fruto de la cultura espiritualista, ornamento de los pueblos caballerescos, refinados, sentimentales, galantes». Eso que el viajero sudamericano suele sentir — o barruntar — con su alma latina y bajo la influencia de la cultura francesa, de la literatura, sobre todo, — ante el espectáculo de la maravillosa metrópoli; el clima espiritual que encuentra en ésta, y en el que se sumerge gozoso, como en un baño tibio y perfumado, sin cuidarse demasiado de que haya — o pueda haber — por debajo, otro clima; aquellos aspectos de la Ciudad-Luz en los que se extasía su mirada, que tocan su sensibilidad y mecen su pensamiento, nos lo ofrece Reyles, esclarecido y estilizado, en sus páginas. Sibaritismos, refinamientos de la mente y de la sensibilidad; ideas delicadas y «cariciosas»; por doquiera armoniosas perspectivas, lecciones de elegancia y de buen gusto; el placer de vivir y de «pensar la vida»; la conversación elevada al rango y a la dignidad de un arte; volando por las calles, con sus alas ligeras, la canción; el culto de la belleza y de la línea; la poesía femenina; la preeminencia de la mujer, la influencia que ésta ejerce, así en lo cotidiano, en lo trivial, como en los sucesos más transcendentales, en los movimientos que cambian la marcha de las ideas, el rumbo de la sociedad; todo, eso, con su panorama histórico y su sentido actual, visto, pensado, evocado a través de los libros, a través de los bulevares, de los museos, las exposiciones, los teatros, los paseos y encantados jardines poblados de estatuas, diríase que lo toca con su sensual encanto y lo hace presa, por veces, de su hechizo. Se le ve sacudirse el voluptuoso ensueño para reanudar su rudo empeño de «matar al Cisne». Y es que él era también «un sibarita del pensamiento y de la emoción».

Mas cierne sobre el cuadro la inquietud del filósofo. Otras que aquéllas que miman y de que hacen gala los pueblos refinados y artistas, piensa que son las cualidades que reclaman los duros tiempos que apuntan; y es para señalar los síntomas de lasitud y caducidad que ve en Francia, — como en España, Portugal e Italia, países todos

Digitized by Google

que, según discurre, al igual que aquél, «acaso se han adormecido escuchando el canto del ruiseñor», — que aspira los perfumes de «la flor latina». Hablaba allí mismo, en «La Muerte del Cisne», de «sensitivos y viriles», de «idealistas y utilitarios». Cuadraba a su temperamento crear antagonismos radicales, irreductibles; forzar, desconocer o romper los límites. Este realista concluiría, sin embargo, por acogerse a los sueños, por refugiarse en su sonambulismo.

⁂

«El Gaucho Florido» es, por uno de sus aspectos más resaltantes, la epopeya del latifundio como factor de nuestra civilización rural. La fundación de la estancia en la novela de Reyles se remonta a los días que sucedieron a la Guerra Grande. El espectáculo que ofrecía nuestra campaña al terminar la lucha, era descorazonador. Los fundamentos y los principios, que antes existían, de orden, de organización social; las perspectivas que podían vislumbrarse; los esfuerzos por modernizar los métodos de explotación ganadera, todo había desaparecido, todo había sido arrasado. Juan L. Cuestas recogió, en una sugestiva página, una descripción del estado de esa campaña después de 1852. «Los pobladores antiguos — escribía — habían huído a la ciudad y a los pueblos donde se habían reconcentrado abandonando sus haciendas y sus hogares. Se veían de distancia en distancia las antiguas poblaciones en «taperas» destruídas por el tiempo unas y por el fuego otras. Las haciendas abandonadas se habían asilado en los montes, y las yeguadas, con sus crines tendidas al viento, circulaban al menor movimiento que sentían de un viajero. Los montes asilaban a los hombres que habían tomado la vida nómade y se denominaban «matreros». Las reuniones del paisanaje con motivo de carreras, jugadas o bailes, concluían siempre con escenas sangrientas, pues las costumbres brutales del tiempo estaban lejos de desaparecer.» Es por entonces que Don Fausto funda el «Tala Grande». Campo inculto, ganado salvaje, cuatrerismo, vagancia, ebriedad, hábitos de pendencia, todo, por obra y bajo la influencia del latifundio, va siendo sometido. A favor del nuevo clima que éste ha creado, y a pesar de las recidivas de la guerra, las convulsiones y las revueltas, la estancia misma se convierte, al cabo, «de cosa cimarrona en obra civilizada y civilizadora».

Don Fausto evoca al propio padre de Reyles. Fué aquél un personaje singular. Representante de nuestra civilización rural, — del renacimiento de esa civilización operado después de la Guerra Grande, — y que no poseyó, sin embargo, sino una sumaria cultura, vinculó sus esfuerzos a los primeros empeños por mejorar la calidad de las haciendas, fué generoso filántropo y, al margen de sus actividades de ganadero, Jefe Político, Diputado y Senador. Pero, como en otras de

Digitized by Google

sus obras, y, más aun que en otras, deja el novelista, en «El Gaucho Florido», su propio perfil; y así desliza, junto al rasgo autobiográfico, sus caracteres físicos y morales.

⁂

A pesar de haber corrido tanto mundo; a pesar de haberse movido en tantos ambientes; a pesar de sus andanzas, sus viajes, su vida fastuosa, éste fué un solitario. «Desde niño, — dice en el ensayo inicial de «Incitaciones», — sin duda a causa de mi propensión a estudiarme y mirar el mundo como espectáculo, o porque no pudiera abrirme totalmente con los otros por falta de afinidad, empecé, aunque era de naturaleza muy comunicativa, a retrotraerme y aislarme. Sin que menguara por eso mi voracidad de vivir, me hice a ratos insular y adquirí el gusto de los goces profundos de la soledad».

Su estilo, tan trabajado y tenso, donde cada palabra es la más justa, la más eficaz, la más precisa, y donde la idea no está expresada sino con las necesarias, manifiesta el predominio del pensamiento y de la voluntad sobre la sensibilidad. Vigila y contiene su lirismo. Sospecho que, no sin emoción, dió término y remate al «Gaucho Florido». En las últimas páginas, tantas cosas lejanas, a las que el sentimiento no puede menos que mezclarse: lances de coraje, de adhesión y lealtad; la vuelta al pago, de Florido y Zabana, para estrechar la mano del patrón enfermo; la romántica anécdota; tantos recuerdos viejos; aquellos retratos, imágenes de otros días; y las dos sombras, errantes y medrosas, de los antiguos gauchos, que se pierden al hundirse en la noche... Algunas veces me he preguntado si no fué también previniendo efusiones que prefirió Reyles a decir él mismo todo eso, ponerlo en labios de los personajes de su novela.

Que tuviera amigos íntimos es cosa que no he oído nunca. Ni sé, tampoco, que haya tentado a nadie el componerse, tras su paso, una estrecha amistad, como acontece a veces.

«Fiel compañera», llamó a la soledad. Para acogerse definitivamente a ésta, sumergiéndose en sus hondos senos, estaba preparado. De ella había dicho que restaña las heridas recibidas en el roce con el mundo; que él mismo, en el campo, convertíala en «sanatorio, residencia de placer y gimnasio»; que es segura confidente a quien recurrir en las horas de turbación y de zozobra; que a sus cultivadores los prepara para el trance final; que, más allá del tránsito terreno, será la «única cosa de este mundo que no nos abandonará nunca, que permanecerá siempre, siempre a nuestro lado amorosa y fidelísima...» Cual si hubiera sentido que le hacía graves señales y, tal como lo había explicado, le diera fuerzas para rematar la obra, en los últimos tiempos se había puesto febrilmente a trabajar. Refiérese que, en tal empeño, acababa de corregir los originales de uno de los tres nuevos

Digitized by Google

libros suyos que se ha anunciado como terminados, cuando emprendió el viaje sin retorno.

En nuestra literatura quedará como una figura única la de este solitario cultivador de «las exóticas orquídeas de la vida interior», que no por eso renunció a la acción sino que, antes por el contrario, hubo de compartirla; y que explicaba cómo «cada hombre tiene dos vidas; una para afuera, que por medio de palabras y actos lo pone en comunicación con el mundo, y otra para adentro, arcana, misteriosa, de repliegue sobre sí, que lo convierte en una isla inaccesible para las demás criaturas»; — no tan arcana esta segunda vida — apenas si es preciso decirlo — tratándose de quien, yendo y viniendo de sus soledades, como en el verso de Lope, que el propio Reyles evocaba, traía de su aislamiento, con el resultado de sus introspecciones, de los tenaces y sutiles análisis de sí mismo, ora criaturas de su imaginación, nutridas por la facultad de invención, por la potencia creadora del novelista, ora, en torno de un pensamiento central, un puñado de reflexiones que había ido acumulando lentamente; y todo ello acuñado por el arte de la expresión como suma y compendio de su personalidad.

Murió casi septuagenario. No sintió la inquietud del más allá. Pasando, en la vejez, de la «Religión de la Vida», de la que había hablado en páginas de inmarcesible belleza, y como tocadas de una gracia sensual, — así, además de aquellas que consagró a «la flor latina», las que escribiera refiriendo visiones, representaciones y meditaciones de Monte-Carlo, — al sonambulismo y a la glosa de la soledad, diríase que éstos eran ya sus estímulos terrenos y ultraterrenos; — como no se contaran entre ellos los de retocar y pulir, en las postreras vigilias, aquélla que sería la parte póstuma de su obra. En la insensibilidad ante el enigma, y en la inevitable declinación de la luz que alumbrara su paisaje interior, se forjó así una posición desde donde afrontar los fríos del invierno y «el pasaje en la barca fatal». Esta posición podrá interpretarse como expresiva de un temperamento; pero no será, por cierto, parte a estimular «las ilusiones vitales» de que el maestro gustaba hablar.

HECTOR VILLAGRAN BUSTAMANTE.

Digitized by Google

NEURASTENIA TEATRAL (1)

En los anales de la patología social se registra cierta dolencia de muchos individuos que no la tienen y que en el Carnaval de la vida integran una dilatada teoría de comparsas de la simulación. Las horas actuales son fecundas en sacudimientos de progreso en todos los órdenes de la actividad humana; pero eso no quita que los psiquiatras se vean en serio peligro de que fracasen sus conocimientos cuando tienen que enfrentarse con los pálidos y macilentos devotos de esa clase especial de neurastenia que se manifiesta de epidermis afuera y que por eso mismo desconcierta a algunos y preocupa a muchos en el terreno sin cerco de la curiosidad.

Bueno es expresar desde un principio que habría una evidente conveniencia en impedir que los realmente enfermos de la red nerviosa anduvieran sueltos por las calles, codeándose con los impresionables propensos y con los falsos neurasténicos, los que hacen prolijas observaciones en las envolturas patológicas para ejercitar sus utilitarios afanes de plagio y realizan verdaderas hazañas fisonómicas, haciendo creer a más de cuatro lombrosianos callejeros que la degeneración de nuestra raza es un hecho consumado, irrebatible, fatal... y por ahí hasta embocar en el pedido de un nuevo Apocalipsis.

No hay duda que eso es un cómodo aprovechamiento de lo difundido por la vieja sentencia del Santo que no creía si no veía, pues abunda una facilidad gedeonesca de engullir sin masticación previa lo que se mira; aunque no deja de tener su base aquella condena-

(1) ALFREDO VARZI nació en Montevideo, el 16 de febrero de 1874. Cursaba todavía estudios secundarios cuando inició su carrera literaria. A los 14 años comenzó a escribir poesías festivas en los diarios y revistas de Montevideo, definiendo así su vocación de humorista que le llevó luego a convertirse en profesor del género. Su primer libro «Palotes poéticos», mereció el honor de ser prologado por Eustaquio Pellicer; dió luego a la estampa «Pascuas y Cuaresmas», y «Geroglíficos», prologado este último por quien escribe esta noticia. Escritor castizo y elegante, espíritu fino y capaz de penetrar la psicología de los hombres, de las instituciones y de los sucesos, el humorismo ha sido en sus manos instrumento de crítica social y literaria. Hombre de letras y erudito en bibliografía contemporánea ha seguido el movimiento universal y lo ha reflejado, a veces, en notas sintéticas de divulgación, muy personales, publicadas en diarios y revistas. Se codeó en las salas de redacción y en las tertulias literarias de Montevideo y Buenos Aires con los escritores de mayor prestigio de los últimos cuarenta años, y fué sucesivamente redactor de «La Razón», «Caras y Caretas», «Montevideo Cómico», «Vida Moderna», «La Mañana», «El Diario», «Imparcial» y «El Pueblo», de Montevideo y «El Tiempo», «Vida Porteña», «Femenil» y «El Siglo

Digitized by Google

ción. A la vista están las violáceas ojeras, la languidez famélica y el cabello desgreñado y sucio, por cuya causa mis neurasténicos comparten con los calvos el anatema profesional de los peluqueros. Luego, la evocación a que convidan esos detalles enfermizos culebrea en el intercráneo de ciertos psicólogos de utilería como una fehaciente prueba de degeneración; y sin más ni más, con especialísimos métodos inductivos, le adjudican la culpa a los tatarabuelos, bien dignos de mejor suerte, hablando de atavismos y de malas herencias, como si tuvieran algo que ver en la farsa de ahora aquellos excelentes señores que fueron padres veintitantas veces y que se marcharon para la Eternidad con ganas de celebrar su segundo centenario. ¡Hace falta audacia para intentar que la degeneración de muchos niños del día arranque de tan respetables antecesores!...

Bartrina, al decir en uno de sus lapidarios hallazgos que «las generaciones están naciendo cansadas de la vida», hizo pasar por algunos cerebros esa frase como uno de tantos retoricismos *a fior di pelle* con que los poetas elaboran su factura. En muchos otros, el mismo «sartenazo» adquirió magnitudes de axioma científico. Y no hubo para esos filósofos amateurs ningún humano, por atleta que fuese, que no ocultara el estigma condenador de Alving, en una especie de generalización de candidatos al manicomio o a un deceso fulminante. Porque los verdaderos neurasténicos, los enfermos del sistema nervioso, no pueden ocultar su dolencia. Les costaría mucho aparentar que no se sienten atacados por sus males, si se les ocurriese jugar un rol más en la humana comedia. Precisamente al escenario donde piruetean los Arlequines y los Polichinelas de la farsa le tienen horror los neurasténicos y escapan de él como ciertos criollos pusilánimes de la «luz mala». Anacoretas por fuerza dentro de la agitación y del bullicio, se enclaustran para no incomodar al prójimo — ¡almas buenas! — y reproducen en la era chismosa y barullera de la televisión

XX» de Buenos Aires. Su actividad se ejercitó además en la cátedra de conferencias y en la cátedra universitaria, en la que dictó el curso de idioma castellano durante varios años. El teatro lo atrajo, también, y, además de realizar su obra original, que comprende diez piezas, casi todas ellas estrenadas en Montevideo y Buenos Aires, abasteció y abastece los escenarios platenses con traducciones de obras dramáticas francesas e italianas, de las cuales lleva ya entregadas a las empresas, ciento once comedias en un acto, y catorce obras en tres actos. Cursó también estudios musicales en el Conservatorio «La Lira». Fué discípulo de violín de Pompeo Bignami y conquistó el puesto de primer violín en la Orquesta Nacional que dirigió Luis Sambucetti y en la Orquesta Sinfónica de Montevideo que dirigió Enrique Herrera Lerena. Esta múltiple actividad no le impidió seguir la carrera administrativa iniciada en la Inspección de Enseñanza Privada. Fué oficial 1º de la Jefatura Política de Minas, funcionario de la Dirección General de Estadística, Director de la Oficina de Canje Internacional, Director de la Biblioteca del Ministerio de Relaciones Exteriores, Canciller de Consulados y actualmente desempeña el cargo de Cónsul Adscripto al Consulado General de la República en Buenos Aires.

Digitized by Google

y los vuelos a la estratósfera la existencia de aquellos pintorescos enemigos del mundo que el capitán Mayne Reid ubicó en una isla difícil de hallar en el mapa, tipos de una hurañez indomable y de una falta de aseo que daría náuseas al más curtido de los atorrantes. Los ejemplares del día no llegan, es cierto, a un tan lamentable descuido de su persona; pero no se quedan muy disminuídos en la comparación. Hay frecuentísimos casos.

Los simulados — mis neurasténicos — son más sucios aun. Se exceden en la copia con tal de dar una nota más elevada en la escala de lo raro. Y lo mismo que con las manchas de la ropa les pasa con las actitudes y las infaltables manías que constituyen su gran arma de combate. Huir de las compañías, sean buenas o malas, es su norma de calculistas operadores, adoptando para el público que a pesar de todo los tolera, la hosca figura del misántropo que no quiere amistades, que protesta contra todo lo que apela al buen sentir, y que se esquiva para el trato con los «tipos vulgares»; por más que esa hosquedad de paria falsificado concluye por ser víctima de su propia anemia y va desapareciendo paulatinamente, cuando el simulador se ve solo, sin ese público tan necesario para sus juegos de histrión. Hasta que llega el día en que, fatalmente, renueva el exiguo material de fuerzas regresivas y abdica de su temporal misantropía, renunciando a la «neurastenia», ya marcado por el dedo del Destino que lo cataloga imbécil.

Para cada clase de enfermo real hay el correspondiente «Montana». Refiriéndose a los primeros dice el doctor Tardieu en su «Estudio médico-legal de la locura», que «son individuos insoportables a todos los demás y que todo lo hacen al revés de las personas cuerdas, no aportando en sus designios ni consistencia ni decisión formales». Ahí está el por qué de la copia exacta, a veces superada. La originalidad es patrimonio de los que valen, de los que vinieron al mundo con lo que otros dejaron en el vientre materno, sin duda apurados por ver la luz de la vida. Al destacarse de entre sus semejantes, los simulados neurasténicos se aferran a la primera muestra original que se les presenta. Y por eso hay místicos, desilusionados, románticos, cansados de vivir y otras formas híbridas que en el remanido sainete son el plato para los tranquilos espectadores.

El místico real, malgrado su base digna de respeto, desgrana percepciones más o menos enfermizas pero siempre cimentadas sobre algo cuyo valor no puede ser discutido aquí. Cuando en uno de sus frecuentes paroxismos llega a creerse Dios, se coloca dentro de contornos ya popularizados para el erudito o el simple curioso, en el buen teatro español. Cuando vislumbra en sus especiales inspiraciones que alguna fuerza sobrehumana, providencial, lo acompaña en el campo de sus búsquedas de altura, no encuentra palabra que no oculte un misterio, ni gesto ni mirada que no diseñen en su razón cariada un fatal anuncio

Digitized by Google

o un conjuro divino. Y todo eso se garantiza, se rubrica, con la castigada figura del místico, desangrado caballero parecido al Cristo de Munncakzy. El respectivo simulador hace una real obra de arte con la reproducción teatral del místico, por el lado morboso. Ha dado en la tecla de una facilísima manera de regodearse con la gloriola de un proselitismo que arranca de sus familiares, quienes lo dejan hacer sus tétricos esquicios por mero deseo de comodidad; aunque nunca le falta la consanguínea que quiere a todo trance el convento y que considera de orden endiosar al futuro predicador que puede llegar a hacerse célebre desde un hipotético púlpito. ¡Los pesos que le cuesta a esa parienta el «neurasténico»!... Porque fuera de casa, el místico falso, como cualquier moneda ídem, pasa o no pasa, según caigan las pesas. Vividor por excelencia, jamás le falta la claque parcial de sus anémicos y desasecados cofrades, también neurasténicos agudos; pero con nervios de filástica, de esos que no se alteran ni con la proximidad de un can hidrófobo. ¡Y hay que oírlos hablar de «sus pobres nervios!...»

El «desilusionado» es un tipo más tranquilo que el místico. Las cosas de este mundo pícaro no fueron hechas a su gusto y modo; pero como no hay más remedio que aguantar, pasea su jobiana paciencia, resignado como la mula de un malacate, llevando a manera de bolsa cegadora una nostalgia que petrifica en sus labios la mueca del eterno descontento, anunciadora de la farsa que anda por dentro. Y está lleno de castigo y de anatema el pesado hastío que se trasunta en todas sus elucubraciones contra lo que el Creador no hizo con arreglo a sus particulares cánones de humano divino; aunque resulta que esa discordancia y ese aburrimiento tienen prolongadas intermitencias que buscan escenario propicio en las pistas de baile de los cabarets, donde el rico tipo de la gran desilusión gargantea las clásicas estupideces que constituyen una etiqueta para marca de «campeones» y de «piernas», luminoso porvenir de la raza.

En el «romántico» hay más franqueza. Siente la necesidad de ser un tontito pavisoso, y no oculta su maestría para serlo. Los nervios no tienen nada que ver con su tontera, y en eso se pone al nivel de mis otros neurasténicos. Le sobra con que se haga alguna mención de sus filigranas de intelectual y de sus extremas delicadezas sentimentales, de rigurosa bisutería. Y tiene gran cartel entre las damas, de las que saca en ocasiones ciertas peculiaridades que musicalizan su verba y acompasan sus movimientos. No se le da la gana de tener la reciedumbre masculina de nosotros, pobres seres que no nos queremos tragar el pedigree de sus exquisiteces.

El «cansado de vivir», pero infatigable en la simulación, tiene todos los alifafes de los otros histriones, con una agravante que lo hace más temible: es orador. Apologista, unas veces, de sus propias ideas macabras; otras, catapulta formidable para lo que en mal mo-

Digitized by Google

mento y equivocando rumbos combinaron sus padres, el «cansado» no deja escapar ninguna oportunidad para el engorde de su fama, renegando de todo lo que existe, desde el Sol que ya no lo alienta con sus rayos de vida ni con sus invitaciones al amor de Natura, hasta el acreedor ultravidente que no le pierde pisada por el miedo de que una intempestiva resolución fatal se lleve la cuenta al cementerio. Sus lamentaciones son divertidísimas. Siempre discurre sobre «esta existencia intolerable». ¡Tan luego él, que en los prolegómenos del más inocente de los resfríos quisiera junta de médicos y que no lo hacen quedar ni a palos detrás de uno de esos insignes tosedores de oficio, en el tranvía o en la platea de una sala de espectáculos!... Su «neurastenia» desaparece por escotillón, como por arte de encantamiento, cuando el candidato al refrescado de cianuro ingurgita estupefacientes en la garçonniere de un colegionario o en la lustrada jaula de un reservado de café nochero, a donde va a cantar sus himnos a la Vida. Así se planean, sin duda, las verdades de Bartrina. Tras la sonada noche perdida en tugurios entre inútiles y microbios de toda laya, el calavera sale a la calle, ostentando el grabado que ilustra la reseña de la orgiástica tenida. Con semejante careta puede parecer, realmente, cansado de vivir...

Bien, lectores míos. Constatado el mal de aquellos que nunca lo tuvieron ni lo tienen al mostrarse enfermos, podría hacer como los autores de esos manuales de Medicina práctica que preconizan el remedio casero de más fácil aplicación, para no acudir a las preparaciones de la farmacopea que ayudan a morir mejor, si es que se puede morir bien. La terapéutica siempre es una, cuando tiende a combatir la dolencia diagnosticada por el médico, el curandero o el simple aficionado; pero cada uno de éstos indica su procedimiento, por medio del que se puede llegar al desiderátum de la curación o a lo inesperado de un aviso más para un sepelio: todo es posible. Cuando el médico mata, que es humano aunque a primera vista parezca todo lo contrario, la falta queda sin castigo, materialmente hablando, y son los deudos los que pagan la deuda. Cuando el curandero o el profano, bien inspirados aunque a veces errados, pegan el empujón hacia la Necrópolis, ya es otro asunto. Los denuestos y las acusaciones llueven, y si se abonan honorarios puede terminar en la firma de un recibo especial en las costillas del falso galeno.

Yo no soy médico; pero como me las echo de curandero cuando de algunos enfermos se trata, podría aconsejar mi particular procedimiento para combatir la neurastenia teatral, porque con los pacientes de verdad — ¡pobres infelices! — que ellos y el doctor se las compongan. Estaría habilitado para fundar, más que el mérito, la oportunidad de mi específico, llenando páginas enteras con una jerga patológico - contundente que haría temblar al mismo Hunderrocas, para recomendar a mis clientes «neurasténicos» que dejaran de serlo,

Digitized by Google

sin vueltas; pues, aparte de salir gananciosos tanto ellos como nosotros, iría cesando progresivamente esa burla inicua y poco gentil que se hace de una matrona tan digno de respeto como Misia Neurastenia al ridiculizar sus venerables chocheces. Pero «no hay caso». Todo sería inútil. Mi específico, que he decidido depositarlo hasta otro centenario de nuestra independencia, ni los buenos consejos, ni el olímpico garrote que se merecerían tales estafadores de la atención del curioso, lograrían reducir a los clásicos comediantes, quienes seguirían *per secula seculorum* con los nervios enfermos, pero sin nervios. No tienen cura.

ALFREDO VARZI.

Digitized by Google

UNAS PALABRAS PARA AZORIN

Hoy más que nunca, en esta hora triste de la humanidad, deben ser glorificados los hombres que la enaltecieron con el espíritu creando belleza, creando amor, creando idealismos y creando el noble dolor que la purifica. Y por ello, mi espíritu, volviendo hacia la idolatrada y desventurada España, y apartándose por unos instantes de los horrores de su tragedia, quiere prosternarse ante las magníficas sombras de los que fueron sublime expresión del alma española.

Tengo en mis manos y junto a mi pecho un libro de Azorín, cuyas páginas parecen temblar o estremecerse como un corazón. Nombres gloriosos de la idolatrada España desfilan por esas páginas; y el autor va besando ¡oh, magnífico Azorín! esos nombres con sus palabras suaves, claras, amorosas y aladas... ¡España! ¡España! Si en el alma de tus hijos se volcara, de pronto, esa ternura amorosa que tanto resplandece en Azorín al evocar a los grandes espíritus que te enaltecieron, ¡cómo te librarías de la tragedia en que vives ahora, y cómo tus hijos se estrecharían en un abrazo formidable, casi divino! ¡Cuántos días, cuántos meses, y ya van más de dos años y medio, perdidos en el odio, en la sangre, en la muerte! Ahora, en estos instantes, dejo mis inclinaciones o afectos hacia uno de los bandos, para no pensar sino en todos los españoles; en ti, España mía, a quien yo consideraba siempre como una tierra besada por el cielo, y que ahora pareces azotada por el infierno.

El libro de Azorín tiembla en mis manos, junto a mi pecho. Mis ojos ya no lo ven como un libro, sino transformado, transfigurado, como por arte de magia, en carne y sangre de España, de mi España. Saltan de sus páginas las palabras como fulguraciones; y a mí me parece que ellas intentan volcarse sobre España, volcarse sobre sus hijos y prenderse en el corazón de ellos. ¡Oh, Azorín, idolatrado y esclarecido amigo, que paseas ahora tus tristezas, las tristezas de tu España de ahora, por las calles de París! Escribo estas líneas para ti, en esta ciudad del Plata, donde yo también paseo la tristeza de mi ausencia de España, de tu España y de mi España, enaltecida por ti en esta hora trágica, que muerde en tu corazón y en el mío como mordía las almas el Cancerbero de las puertas de los Infiernos, según contaba aquella divina Grecia antigua, que se mostró en el mundo como una luz divina, y vive todavía en las obras de los grandes espíritus que la enaltecieron.

Digitized by Google

Este recuerdo mío para ti ¡oh, claro Azorín! y para tu magnífica e infortunada España, tiene en lo más hondo de mi alma como un fulgor divino. Esto significa que una fuerte esperanza, que tiene su apoyo en Dios, en el cielo, pone de vez en cuando algo así como un calmante en mi dolor, como lo pondrá también en el tuyo. La esperanza de ver nuevamente a España en la paz de sus hijos, recobrando fuerzas, iluminando nuevamente al mundo con los fulgores de su tradición. Y digo los fulgores de su tradición porque España ha de ser siempre España, con sus ideas, con sus sentimientos, con su espíritu. Nada de otros países ha de pesar sobre ella, a no ser aquello que contribuya a su mayor engrandecimiento.

En las páginas de tu libro ¡oh, claro Azorín! que estoy leyendo ahora, asoman muchos rasgos encantadores de tu España, de mi España, que volverán a brillar cuando la paz se enseñoree de ella.

Te veo ¡oh, Azorín! paseando tu dolor por las calles de París, con la imagen de tu España idolatrada empañando tus claros ojos. Amar a España como tú la amas, con ese amor que se refleja en las páginas de tus libros esplendorosos, y estar viéndola ahora sacudida, destrozada por una espantosa guerra civil, es un dolor que llega hasta el martirio. España, tu España, mi España, es un magnífico país. Magnífico en todo: en su historia, en sus dolores, en sus alegrías, en sus progresos y en sus caídas. Lo humano y lo divino se juntan en ella. Un Cervantes y su prodigioso «Quijote» sólo pudieron brotar en España. Misticismo e idealismo, y locura, si se quiere, pero locura heroica, estremecieron a España, la sacudieron, la hicieron vibrar como un pedazo de suelo que quisiera desprenderse de la tierra para golpearse contra el cielo. Y fué como un soplo divino ese lanzarse de Colón hacia la aventura del descubrimiento de un continente. Y fué como un soplo divino ese surgimiento en España de grandes capitanes, de grandes artistas, de grandes escritores, de grandes poetas, de grandes mártires...

Una vez más la tragedia de una guerra civil la asuela. Y tú ¡oh, claro Azorín! recorriendo todo París llevas esa tragedia en tu alma, y tu España ausente surge en todos los sitios que tú visitas como la sombra trágica de algo que fué vida, esplendor, idealismo, gloria. Yo leo los artículos que publicas en «La Prensa» de Buenos Aires. Muchos de ellos no son sino evasiones de tu espíritu atormentado; fugas que haces hacia pensamientos o ideas o fantasías donde tu España está ausente... Pero es en vano: el dolor sigue mordiéndote por más que lo escondas. Diríase que las palabras de tus artículos pugnan por decir algo de España, por volver a ella, por encender tu pluma en los fulgores de tu amor a España.

¿Recuerdas las horas felices y luminosas en que tu magnífica pluma iba trazando los paisajes de Castilla? ¿Y cuando ella se deleitaba en «la ruta de Don Quijote»? ¿Y cuando ella iba al encuentro

Digitized by Google

de los grandes escritores y de los grandes artistas que enaltecieron a España, a tu idolatrada España? ¡Cómo vertías amor, claridad, sencillez, poesía, sobre las cosas más sencillas o más vulgares! ¡Con qué dulzura, con qué diafanidad brotaban las páginas de tu pluma!

Y ahora tu España, mi España... ¿Pero no cesará pronto su martirio, para volver a surgir ella más rica, más luminosa que nunca?

Tengo en mis manos y junto a mi pecho tu libro ¡oh, Azorín!, cuyas páginas parecen temblar o estremecerse como un corazón. Y mi espíritu vuela hacia ti, y ve tu rostro ensombrecido por el dolor. Pero a la vez la esperanza parece suavizar ese dolor en tu rostro; la esperanza en el resurgimiento de una España magnífica, digna de sus gloriosas tradiciones.

Cuando vuelvas a tu idolatrada España, y nuevamente escribas sobre ella, tu pluma brillará en lo inefable, en lo sublime... Acendrada ella por el dolor que pasó, dirá de España, de tu idolatrada España, algo que ha de sonar en los oídos como una revelación divina...

Así lo espero.

HORACIO MALDONADO.

Digitized by Google

PAGINAS DESCONOCIDAS

DESCRIPCION DEL DAGUERROTIPO (1)

El Daguerrotipo, este bello y portentoso descubrimiento, por medio del cual el célebre M. Daguerre ha conseguido fijar sobre una lámina metálica las imágenes de los objetos que con tanta exactitud y precisión presenta el sencillo aparato, tan generalmente conocido con el nombre de cámara obscura, ha causado en todas partes una admiración universal, justamente adquirida. París, Londres, Viena, San Petersburgo, Berlín, Bruselas, Madrid, Lisboa, en una palabra, todas las ciudades de alguna importancia de Europa han visto con entusiasmo los sorprendentes resultados de un instrumento que tanto honra al entendimiento humano; por todas partes el nombre de Daguerre ha sido cubierto de aplausos.

La prensa periódica, ese poderoso vehículo de la civilización, había hecho llegar hasta el nuevo mundo la noticia de tan preciosa invención, y las personas ilustradas deseaban ansiosamente el mo-

(1) El centenario del daguerrotipo que acaba de ser celebrado en Francia presta singular interés a este interesante artículo que nos revela que también Montevideo puede recordar el centenario de la primera aplicación que aquí se hizo del descubrimiento de Daguerre. Lo tomamos de «El Nacional», edición del 6 de marzo de 1840. Su autor, el doctor don TEODORO MIGUEL VILARDEBO, es una figura de extraordinario interés que se halla estrechamente vinculada al desarrollo de la cultura en el país. Las ciencias médicas, las ciencias físico-naturales, las bellas letras y especialmente la Historia, le deben grandes servicios; algún día habrá que trazar la semblanza de este hombre de ciencia y humanista cuyo talento y caudal de conocimientos, unido a su noble carácter, le habrían conquistado puesto de primera fila en cualquiera de los grandes centros de cultura de Europa. Nació en Montevideo el 9 de noviembre de 1805 y muy joven fué enviado a cursar estudios superiores en la Universidad de Cervera, España, donde adquirió singulares conocimientos matemáticos. Pasó luego a Francia, cursó Medicina en la Facultad de París, y allí se doctoró en 1830, luego de presentar y sostener su tesis, que se titula «Ensayo sobre los medios que la Cirugía opone a las hemorragias arteriales traumáticas primitivas». Este estudio fué impreso en 1832 en Buenos Aires, por la Imprenta de la Independencia, en un volumen ilustrado con láminas. En 1838 dió a la prensa en París, por intermedio del Impresor de la Facultad de Medicina, un volumen en francés titulado «De l'operation de l'anéurysme, selon la méthode de Brasdor», y en 1835 dió la traducción española del mismo libro por la Imprenta del Comercio, de Buenos Aires, ampliando aquél con «las reflexiones sugeridas por las operaciones que según este método practicó» en aquella ciudad. En 1831 regresó a su patria y se consagró al ejercicio de su profesión y a la vez se entregó a estudios de investigación científica y de investigación histórica. Médico de Sanidad y miembro del Consejo de Higiene Pública, Presidente de la Junta de Higiene, miembro de la Comisión de Biblioteca y

Digitized by Google

mento de poder admirar por sí mismas una de las más bellas creaciones del genio. Algunos individuos curiosos, y otros por espíritu de especulación, tenemos entendido que habían hecho demandas a Europa del nuevo instrumento óptico, por manera, que pronto iba a quedar satisfecha la ansiedad pública. En esta coyuntura, hizo escala en nuestro puerto en su viaje alrededor del Mundo la fragata francesa *Oriental* que felizmente conducía un Daguerrotipo; buque que está destinado, el primero, a hacer girar por el orbe el nombre de Daguerre y de su instrumento. Montevideo, después de Bahía y Río Janeiro, ha sido uno de los tres puntos de América del Sur que ha suministrado al Daguerrotipo bellos e interesantes puntos de vista que copiar; y la ocasión a sus habitantes de admirar la delicadeza y exactitud matemática con que se ha imitado la naturaleza y las obras de la mano del hombre.

Tenemos noticia de que varios experimentos del Daguerrotipo han tenido lugar en esta Ciudad, siendo manejado el instrumento con toda la destreza y habilidad imaginables por el *Abate Comte*, agregado a la expedición científica de la Fragata *Oriental*, cuyo recomendable sujeto recibió del mismo Daguerre las instrucciones necesarias para operar con el acierto que hemos visto.

A la más solemne de estas exhibiciones que tuvo lugar en la mañana del 29 del mes pasado en la Sala de Sesiones del Cuerpo Legis-

Museo, Director del Museo de Historia Natural, miembro del Instituto Histórico y Geográfico y del Instituto de Instrucción Pública, miembro fundador y Vice Presidente de la Sociedad de Medicina Montevideana, su actividad científica le conquistó, al par que singular nombradía en el país, honores y dignidades en el extranjero. Fué miembro corresponsal de la Sociedad Etnológica de París, correspondiente del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño, de la Academia Imperial de Medicina de Río Janeiro, de la Academia Médico-Quirúrgica de Génova, del Instituto Histórico Geográfico Bonaerense, de la Sociedad de Amigos de la Historia Nacional del Plata. Su actividad médica iniciada en París, proseguida en Montevideo y Buenos Aires, y señalada en el orden operatorio por una nueva técnica, define una de las grandes figuras de nuestra Medicina histórica. A su labor profesional ordinaria agregó la actuación singular que le cupo durante la epidemia de escarlatina de 1836 y la epidemia de fiebre amarilla de 1857, durante cuyo desarrollo sucumbió víctima del deber. En Francia había intervenido también activamente en la epidemia del cólera que devastó a muchas ciudades europeas a partir de 1830. Sus estudios y observaciones sobre la epidemia de escarlatina citada vieron la luz pública en periódicos de la época y en un folleto editado por la Imprenta de los Amigos. Sus estudios científicos comprendieron también la Geología, la Paleontología, la Zoología, la Botánica, la Geografía, la Historia y la Etnografía. Investigó y realizó excursiones por el interior del país que dieron por fruto la formación de un herbario y de una rica colección de minerales y ejemplares zoológicos y de diversos restos fósiles, de todo lo cual se desprendió en beneficio del Museo público. Isidoro De María le atribuye el descubrimiento de un tatú gigante fósil hallado en las barrancas del arroyo Pedernal, el cual fué armado, clasificado y entregado por él al Museo. La Historia Nacional absorbió también buena parte de su tiempo y reunió gran caudal de documentos e informaciones con el objeto de escribir una vasta obra, de la cual se ha afirmado que

Digitized by Google

lativo, hemos tenido la satisfacción de asistir. Un concurso numeroso atraído por la novedad y el interés del acto se hallaba reunido en aquel local. Figuraban en él los Sres. Presidentes del Senado y Sala de Representantes y algunos miembros de ambas Cámaras, el Sr. Presidente del Superior Tribunal de Justicia, el Sr. Fiscal General, varias notabilidades civiles y militares y muchas otras de distinción de ambos sexos.

Vamos a hacer una reseña de la serie de operaciones indispensables para hacer uso con suceso del Daguerrotipo, según las vimos practicar por el *Abate Comte,* quien tan ilustrado, como amable y complaciente, se prestó a darnos cuantas explicaciones podíamos desear.

La *primera* consiste en pulimentar la lámina destinada a recibir la imagen del objeto que se quiere copiar, la cual es una chapa de cobre plateada por una de sus caras; al efecto, colocada la lámina horizontalmente sobre un papel blanco se esparce sobre la superficie plateada polvos finísimos de piedra pómez y se frota ligeramente dando a la mano un movimiento circular con algodón limpio, humedecido con aceite común, hasta que quede la plancha bien lisa y pulida. Se vuelven a esparcir polvos de piedra pómez, y se continúa la operación con nuevo algodón completamente seco.

En seguida se lava cuidadosamente con un algodón empapado en una disolución de ácido nítrico y agua destilada en determinada proporción, esto con el objeto de quitarle, según opina el célebre quí-

llegó a redactar en forma esquemática diversos capítulos que él llamaba «décadas». Juan María Gutiérrez, que fué su amigo y trazó de él una breve semblanza, dice que el propósito del ilustre hombre de ciencia era «hacer un estudio formal de la historia política y natural» de su país, y se refiere especialmente al conocimiento que aquél tenía sobre las razas extintas de la gran familia guaranítica. Su amor a las ciencias matemáticas que le atrajeron en su juventud y a las que hubo de consagrarse estimulado por proposiciones que se le hicieron en la Universidad de Cervera para dictar una cátedra de cálculo trascendente, le sugirió el plan de determinar astronómicamente, según Gutiérrez, los puntos principales que habían de servirle de base para formar en seguida la red trigonométrica de la carta geográfica del país. Para lograrlo, hizo un nuevo viaje a Europa en busca de mayor cultura y con el fin de hacer práctica instrumental geodésica. Espíritu curioso e inquieto, ninguna manifestación de cultura pasó para él inadvertida, como lo prueba el curioso artículo que insertamos, fruto de una inmediata experiencia personal y escrito apenas unos meses después del descubrimiento de Daguerre. Se hallaba en la plenitud de la vida y de sus fuerzas intelectuales cuando estalló en Montevideo la epidemia de fiebre amarilla de 1857. Se entregó heroicamente a la lucha contra la peste y junto al lecho de los enfermos agotó sus fuerzas físicas, pero no sus energías morales. «Como si estuviese dotada de un instinto infernal de dominación, escribió Juan María Gutiérrez, la fiebre pestilente acaba de conseguir victoria sobre uno de sus más denodados e inteligentes adversarios. El generoso orgullo del que se consideraba fuerte por la ciencia, ha sido castigado por la mano misteriosa de la naturaleza. El Dr. Vilardebó ha muerto de la fiebre amarilla en la noche del Sábado al Domingo 29 de Marzo último (1857), a la cabecera de los enfermos, esforzándose por tranquilizar los ánimos aterrados por la secreta y rápida circulación de la muerte, como expira gloriosamente el guerrero al pie de su bandera».

Digitized by Google

mico Mr. Pelonge, las tenuísimas moléculas de cobre que la plata puede contener. Se cambia el algodón varias veces; se polvorea nuevamente la plancha con piedra pómez y se frota suavemente con un nuevo algodón.

Se expone después la lámina por su superficie no plateada a la acción del fuego hasta que la otra cara presente una ligera capa blanquizca. Entonces se hace enfriar súbitamente colocándola sobre un cuerpo frío, como el mármol. Enfriada se polvorea de nuevo con piedra pómez y se frota con un algodón seco, repitiendo esto varias veces hasta que desaparece aquella como nube que el fuego produjo.

Cuando la cara plateada está perfectamente bruñida, se frota como antes con algodón empapado en la disolución de ácido nítrico repitiéndolo por tres veces, cuidando cada ocasión de esparcir polvos de piedra pómez y frotarla suavemente con algodón seco.

La *segunda* operación consiste en someter la lámina metálica a la acción del vapor del iodo; para esto se coloca sobre una tablilla rodeada de un marco metálico con el doble objeto de tener sujeta la lámina, e impedir que el vapor del iodo se condense en mayor cantidad en los bordes que en el centro; lo que perjudicaría a la operación, cuyo buen éxito pende de la repartición uniforme del iodo por toda la superficie.

Dr. Dn. TEODORO MIGUEL VILARDEBÓ
Reproducción de un daguerrotipo

Se adapta la lámina al orificio de la caja, con la cara plateada para abajo y se tapa; se deja la lámina expuesta a la acción del iodo, hasta tanto que se cubra de un hermoso color de oro.

Esta operación debe hacerse en la obscuridad, dejando penetrar solamente en la pieza en que tenga lugar, la claridad suficiente para asegurarse de la coloración de la lámina.

La *tercera* operación consiste en poner la lámina en el foco de la cámara obscura colocada frente del objeto cuya imagen se quiere reproducir, cuidando al hacerlo, de preservarla de la acción de la

Digitized by Google

luz difusa, pues es tal su impresionabilidad, que un solo instante bastaría para desgraciar el experimento.

No es posible determinar el tiempo que debe permanecer la lámina dentro de la cámara obscura, porque depende de la intensidad de la luz reflejada por los objetos que se quieren reproducir, de la estación y hasta de la fuerza de la luz solar según la hora del día en que se opere.

En tal estado la imagen no es todavía perceptible; la lámina debe sufrir aún la acción de un segundo vapor, que es el del mercurio, el cual es el agente que puede decirse le da la vida, y esto constituye la *cuarta* operación.

Para esto se coloca la lámina en otra caja en cuyo fondo se halla una cápsula con mercurio, dándole una inclinación de 45 grados y se calienta el mercurio por medio de una lámpara de espíritu de vino colocada debajo de la cápsula hasta la temperatura de 60 a 75 grados del termómetro centígrado. Se apaga entonces la lámpara, y cuando el mercurio ha bajado a 45 grados, se saca la lámina porque está concluída esta operación, y la lámina ofrece la imagen del objeto que se ha querido reproducir, que con el descenso de la temperatura del mercurio ha ido haciéndose progresivamente más visible.

La inclinación de 45 gr. que se da a la lámina, es indispensable como hemos dicho para que los objetos se representen en posición vertical, que es la natural; porque si se pusiese horizontalmente, los objetos no serían vistos sino dándole una inclinación de 45°.

La *quinta* y última operación la constituye el dar un baño entibiado a la lámina primeramente con agua pura, y luego con una disolución de hiposulfito de soda a la temperatura ordinaria, o bien con una de sal común que se haya calentado previamente, concluyendo la operación con una nueva inmersión en agua destilada caliente, todo con el objeto de hacer desaparecer de la superficie de la lámina todo vestigio de iodo que con el tiempo pudiera alterar el diseño.

Finalizadas estas manipulaciones, que recuerdan las de los antiguos alquimistas (sin que debamos arredrarnos con la complicación que a primera vista presentan, porque con alguna práctica cualquier persona medianamente prolija puede ejecutarlas sin mayor dificultad) está concluído el experimento.

Cuando el Sr. *Abate Comte* hubo llenado todos estos preceptos de Daguerre, ofreció a la admiración de los circunstantes una hermosísima lámina que representaba el frontispicio de nuestra iglesia principal, en la cual desgraciadamente por la demasiada proximidad en que estaba colocado el aparato, las reducidas dimensiones de la lámina, y sobre todo por la elevación de las torres, aparecieron éstas como truncas en su cúspide; proyectándose en el fondo del cuadro y allá a lo lejos, el ancho y caudaloso Río de la Plata formando horizonte, y muy distinta la fragata francesa *Atalante*, contrastando singularmente por sus diminutas proporciones con la majestuosa mole del

Digitized by Google

templo. No es posible que ningún artista por hábil que fuese, sacase una copia más exacta de aquel monumento, aunque consagrase a esta tarea mucho tiempo y trabajo. Pero a primera vista no hubiera sido fácil penetrarse de lo portentoso del cuadro; la admiración subió de punto, cuando se examinó con una lente de aumento, y se vieron detalles y particularidades que habían escapado a la simple vista, y que parecía imposible pudiesen hallarse en una estampa tan pequeña, porque cuanto mejor es el vidrio de aumento que se emplea para observar esta clase de cuadros, más pormenores, más circunstancias accidentales se descubren.

Otra exhibición del Daguerrotipo tuvo lugar en el mismo día en casa del Sr. D. Santiago Vázquez, también a presencia de una grande reunión en la que figuraba el Sr Ministro de Gobierno, la cual dió por resultado una lámina de la Casa de Representantes, en que había tenido lugar la experiencia anterior, cuyo correcto dibujo, merced al *Abate Comte*, se ha podido conseguir que quede en Montevideo. Nada deja que desear esta lámina sino que sus dimensiones fuesen mayores.

Mediante pues el invento de Daguerre, bastará detenerse unos instantes delante del monumento más grandioso y complicado, del paisaje más variado, del modelo más perfecto de escultura, para obtener una representación exactísima de estos objetos con sus más diminutos detalles y proporciones; y lo que es más, con todas las gradaciones de las sombras, y esto con una identidad y un primor desconocidos hasta aquí.

Por manera que este instrumento parece destinado a causar la desesperación de los que consagraron muchos años al estudio del paisaje, de la pintura y todo lo relativo a la perspectiva lineal. ¡Cuánto trabajo, cuánta contracción no ahorrará este invento sublime al viajero que antes veía absorbida la mayor parte de su tiempo por el dibujo y delineación de los objetos que se presentaban a su vista! ¿Y quién podrá calcular las aplicaciones que de él podrán hacerse a las ciencias naturales y exactas? Ya empiezan a verificarse algunas de ellas, pues si es cierto, como lo asegura *Mr. Bayard*, que pueden obtenerse por el Daguerrotipo en tres minutos con una gran perfección de diseño las copias más acabadas de las abultadas imágenes de los objetos diminutos, formadas por el microscopio solar, podrá el naturalista estudiar a su gusto la organización y las formas tan variadas como caprichosas de los seres más pequeños de la creación; y ya los geómetras se proponen sacar partido de la proporción matemática de las dimensiones con que reproduce el Daguerrotipo los objetos, para encontrar, aunque sean inaccesibles, su verdadera altura.

Una vez producidas las imágenes que se obtienen por este procedimiento, la acción de los rayos solares prolongada por muchos años no daña ni a su pureza, ni a su brillo, ni menos a su armonía; pero la luz de la luna por una singular anomalía las altera. Desgraciadamente tampoco resisten al menor roce de otros cuerpos, y no es éste

Digitized by Google

el menor de los inconvenientes de este instrumento ingenioso. Para obviar a este defecto el ilustre químico Mr. Dumas después de algunos ensayos ha propuesto el empleo de una especie de barniz hecho con dextrina (1) mezclada con agua en la proporción de uno a cinco; pero falta saber si con el tiempo alterará las imágenes. Si se observase algún deterioro, sería fácil remediarlo al momento porque en virtud de la solubilidad del barniz, bastaría sumergir la lámina en agua, caliente para que aquél desapareciese.

Es sensible que el Daguerrotipo no se pueda aplicar a sacar retratos, que a ser posible, serían sumamente parecidos; pero a ello se opone la dificultad casi insuperable de la completa inmovilidad del rostro y principalmente de los ojos, estando aquél expuesto a los rayos del sol; pero Mr. Daguerre ha observado que puede preservarse la vista interponiendo entre ella y el sol un vidrio azul que en nada perjudica a la acción de la luz sobre la lámina del Daguerrotipo.

Son considerables las modificaciones con que cada día se perfecciona este adminículo instrumento. El mismo Daguerre acaba de simplificar la primera operación de que hemos hablado anteriormente. Sustituyendo a la piedra pómez la substancia conocida con el nombre de Trípoli de Venecia, con lo que los tres pulimentos de la lámina con que se termina dicha operación se reducen a dos, lo mismo que las aplicaciones del ácido nítrico diluído.

El fabricante de instrumentos ópticos Mr. Cauche ha logrado dar a las imágenes de los objetos representados en las láminas del Daguerrotipo el mismo lugar que éstos ocupan en la naturaleza, con la construcción de una lente objetiva para la cámara obscura prismática y acromática, que tiene a más de esto la ventaja de exigir menos tiempo que el que sería preciso, si se emplease para remediar este defecto tan notable de los actuales aparatos un espejo paralelo, que casi siempre altera las formas de las imágenes y las vuelve nebulosas. Mr. Donné ha hallado ya el medio de reproducir por la acción de un ácido sobre las imágenes fotogénicas grabados exactísimos de las mismas.

Por último Mr. Segnier ha reducido el aparato a las menores dimensiones posibles, poniendo las cajas destinadas a exhalar los vapores del iodo y del mercurio, y la lámpara de espíritu de vino dentro de la caja de la cámara obscura, cuando antes estaban separados, lo que hace mucho más portátil el aparato. La cámara obscura se adapta además, según esta nueva disposición, a una plancheta de agrimensor que permite colocarla en tres posiciones diversas, según la forma que se quiera dar a la imagen; y finalmente el pie de la plancheta forma la armazón de una pequeña tienda de encerado negro, que se puede meter en la faltriquera, y dentro de la cual se logra exponer la lámina a la acción del iodo en campo raso, sin que permita el contacto de la luz sobre la lámina.

(1) Esta substancia es un cuerpo gomoso que se extrae del almidón, y que ha recibido esta denominación de los S. S. Biot y Persoz al estudiar su facultad de polarizar el flúido luminoso.

Digitized by Google

Los dibujos obtenidos por medio del Daguerrotipo, sin embargo de la perfección a que por otro lado alcanzan, no se presentan con los colores variados de la naturaleza. Ellos tienen la apariencia de una hermosa estampa delicadamente impresa sobre una tersa lámina de acero, y pudiera decirse con más propiedad, que los objetos aparecen como vistos en medio de la noche a la luz plateada de la luna. Sin embargo de las tentativas que se han hecho y probablemente se harán para la reproducción de los colores naturales, es opinión general que no llegará el arte a tan alto punto de imitación. ¿Pero quién es capaz de poner límites al entendimiento del hombre?

Más afortunado que los que, antes que él, se habían dedicado a la tarea de buscar los medios de fijar las imágenes fugaces de la cámara obscura, Mr. Daguerre aprovechándose de los perseverantes y dispendiosos esfuerzos de Mr. Niepce, que se ocupaba en ensayos tendientes al mismo objeto desde el año 1814, ha visto por fin premiada su constancia.

Desde 1827 Mr. Niepce había conseguido dar un gran paso que era, por medio de un aparato que denominó *Heliógrafo*, sacar copias de los objetos, pero con suma lentitud y trabajo, pues para formar uno de sus dibujos eran necesarias nada menos que diez o doce horas.

En 1829 sabiendo ambos que sus investigaciones se dirigían a un mismo fin, Niepce y Daguerre, formaron una sociedad para la común explotación de sus trabajos fotogénicos. Entonces Daguerre sabiendo sacar partido del sistema de su socio e inspirado por el genio, consiguió, siguiendo un rumbo peculiarmente suyo, después del fallecimiento de aquél, ver coronadas sus esperanzas del modo más brillante, como hemos visto.

El Gobierno de la Francia anticipándose a las brillantes ofertas de soberanos extranjeros, se apresuró a obtener la publicación del secreto del Daguerrotipo, mediante una pensión de 10.000 francos anuales partibles del modo siguiente: 6.000 fr. a Mr. Daguerre y 4.000 al hijo de Mr. Niepce, con quien aquél había estipulado repartirse las ventajas que pudiesen sacar de sus descubrimientos.

Para completar esta noticia del Daguerrotipo y satisfacer a los inteligentes en materias químicas, mencionaremos una de las teorías con que se ha querido explicar la acción del iodo y del mercurio sobre la superficie plateada de la lámina. Ella ha sido presentada a la academia de las ciencias de París por Mr. Donné, el mismo que ha logrado reproducir en el grabado las imágenes del aparato de Mr. Daguerre; y al efecto vamos a transcribir sus propias palabras.

«Cuando se observa una lámina que se haya sujetado a la acción «del iodo con un microscopio que aumente de 150 a 200 veces las «dimensiones de los objetos se advierte que la delgada capa que se «ha depositado sobre la plata es uniforme, homogénea, y sin la me«nor apariencia que indique que el iodo afecta el estado cristalino. «Además, esta capa no se evapora cuando se somete la plancha me«tálica a una elevada temperatura. Todo lo que induce a creer, que

Digitized by Google

«el iodo está en realidad combinado con la plata, y que la capa de «color de oro es un verdadero iodureto argentífero.

«Ahora bien, la capa en cuestión está muy adherida a la lámina «de plata en el momento en que se suspende la acción de los vapores «del iodo y antes de someterse a la del flúido luminoso, por cuyo «motivo resiste tenazmente a la frotación; pero bajo la influencia de «la luz se opera en esta capa una importante modificación, cual es, «la de destruirse sus adherencias con la superficie metálica subyacente, «en términos de bastar el menor roce para desprenderla de ésta.

«Esto supuesto, veamos lo que sucede cuando se expone a los «vapores mercuriales la plancha metálica, sujeta previamente en la «cámara obscura a la energía química de la luz: en las partes ilumi-«nadas de la imagen la capa de iodureto de plata no puede preser-«var a este metal de la acción del mercurio, pues que no tiene adhe-«rencia ninguna con la plancha; razón por que después de la opera-«ción se ve este metal condensado en gotitas muy sensibles al micros-«copio, como ya lo había observado Mr. Dumas, sobre todos los pun-«tos heridos por la luz; en tanto que en las partes sombreadas, la «capa de iodureto siempre adherente no ha permitido que se fijase «el vapor del mercurio; y esto es precisamente lo que demuestra la «inspección microscópica: no se observan glóbulos de mercurio en «los puntos enteramente sombreados, y se perciben solamente algunos «en los medios tintes.

«Cuando se expone a la acción de los vapores mercuriales la «plancha cubierta ya de su tenue capa de iodo, y sin haber permitido «que la luz ejerciese su influencia sobre ésta, no se fijan en su super-«ficie glóbulos de mercurio. Esta capa de iodo no modificada se «opone a toda amalgama, y eso es lo que explica la dificultad que «se experimenta para obtener dibujos *fotogénicos*, cuando se ha de-«jado la lámina demasiado tiempo expuesta al vapor del iodo, es «decir, cuando ella tiene una capa bastante gruesa para que la acción «de la luz no penetre en todo su espesor, limitándose únicamente a «modificar su superficie».

Las precedentes líneas nos parece que contienen lo bastante para que el público pueda formarse una idea de lo que es el Daguerrotipo y del mérito e importancia de esta invención, que sin disputa es una de las más brillantes y maravillosas adquisiciones del genio, destinada a formar época en los anales de las ciencias; quizás hayamos sido demasiado difusos mas, impulsados del interés que inspira el asunto, la pluma ha corrido mal de nuestro grado.

Si lográsemos inspirar a los lectores el entusiasmo que nos anima por el precioso invento de Daguerre, quedarán satisfechas nuestras más avanzadas aspiraciones; pero no nos lisonjeamos de haberlo conseguido con nuestro imperfecto trabajo.

TEODORO M. VILARDEBO.

Digitized by Google

REVISTA SOCIAL Y POLITICA

SU SANTIDAD PIO XI.

No ha sido necesario apelar al fallo de la posteridad para que la justicia histórica representada por todos los órganos de opinión del Universo y por los representantes de todas las culturas hayan consagrado al gran Pontífice muerto como una de las grandes figuras contemporáneas. El juicio unánime ha reconocido al Jefe de la Cristiandad desaparecido como el Papa de la paz religiosa, de la paz política y de la paz social. Su advenimiento al solio pontificio coincidió con uno de los más difíciles y atormentados períodos de la historia moderna, pero desde los primeros días de su reinado se advirtió la influencia que en el sentido de la paz y del apaciguamiento de las pasiones humanas habría de lograr su palabra. Esta obra de paz iniciada en medio de la inquietud y de la incertidumbre y frente a graves peligros que amenazaban a la sociedad y a la Iglesia fué llevada con tal unidad de pensamiento y tal fuerza de perseverancia que la influencia espiritual de la Iglesia sobre la sociedad internacional nunca halló mayor prestigio. Cúpole a Pío XI resolver además la cuestión romana, que parecía insoluble. El tratado de Letrán constituye una página de singular relieve en la historia de la Iglesia y en la historia internacional. Concluyó el Pontífice sus días sin desmayar en su labor espiritual y en sus esfuerzos en pro de la paz del mundo. Hasta el último momento sus labios se movieron para encomendar a la Providencia el destino de las Naciones, el orden de la sociedad y la felicidad de los pueblos.

El Presidente de la República, General Arquitecto Don Alfredo Baldomir dirigió al Secretario de Estado del Vaticano el siguiente telegrama con motivo del fallecimiento de Pío XI:

«Eminentísimo Cardenal Camarlengo. — Ciudad del Vaticano. — Italia. — El duelo que aflige a la cristiandad en ocasión del fallecimiento del Sumo Pontífice S. S. Pío XI, halla un eco sincero en el corazón del pueblo católico del Uruguay.

Deseo hacer llegar a V. E. — interpretando esos sentimientos de dolor, — la expresión de mis personales condolencias.

Estoy cierto que el juicio que merecerá de la historia el ilustre Pontífice desaparecido no dejará — al apreciar su vasta y fecunda acción, — de poner de relieve los desvelos nunca interrumpidos en favor de la paz y de la concordia entre los hombres, que constituyeron una de las más profundas preocupaciones de su selecto espíritu.

ALFREDO BALDOMIR,
Presidente de la República Oriental del Uruguay».

Digitized by Google

EL URUGUAY Y LA SANTA SEDE.

Por iniciativa del Poder Ejecutivo de la República, el Cuerpo Legislativo dictó una ley por la que se autoriza al Gobierno a restablecer las relaciones diplomáticas con el Vaticano. El Mensaje que el Poder Ejecutivo dirigió a la Asamblea General, por intermedio del Ministerio de Relaciones Exteriores, es un documento de interés histórico, jurídico y diplomático que es interesante registrar como antecedente en esta sección de la revista. Dice así ese documento:

«El Gobierno confirma en este Mensaje su propósito de acreditar una representación diplomática de la República ante la Santa Sede. Su envío no importará ninguna modificación constitucional existente en materia de culto. El Poder Ejecutivo sólo ha deseado con esta proposición dar satisfacción a sentimientos de la opinión nacional recientemente exteriorizados en ocasión de ceremonias católicas populares. Lo hace, pues, como lo deja expresado, manteniendo intactos en su forma y en su fondo, la estructura y el espíritu constitucionales, así como el respeto absoluto a la libertad de cultos establecida en nuestra Carta Fundamental.

Las relaciones entre el Uruguay y la Santa Sede tienen su remoto origen en el pasado colonial. Durante ese período el territorio de la Banda Oriental, desde el punto de vista eclesiástico, se hallaba comprendido dentro de la jurisdicción del Obispado de Buenos Aires. La Junta Gubernativa instalada en Montevideo en setiembre de 1808 y la revolución de 1811, independizaron de hecho nuestra Iglesia del Obispado de Buenos Aires al producir la separación política de la Banda Oriental, consagrada definitivamente años después, por la Convención preliminar de paz de 1828.

El reconocimiento de la independencia eclesiástica debió ser el complemento de la independencia política, jurídicamente proclamada en la expresada Convención. Así lo entendió el Gobierno Oriental de la época, al encomendar en 1829 al Encargado de Negocios del Uruguay en el Brasil, Dr. Nicolás Herrera, que las gestionase ante la Nunciatura de Río de Janeiro.

Los trabajos de Herrera dieron por resultado que el Padre Don Dámaso Larrañaga fuera confirmado en 1832 en el cargo de Vicario Apostólico, que de hecho venía ejerciendo desde 1825.

Al Padre Larrañaga sucedió en esas funciones el Dr. Lorenzo A. Fernández a cuya muerte se produjo, en 1854, un conflicto eclesiástico al que puso fin la Santa Sede con el nombramiento de D. José Benito Lamas.

Este falleció en 1857, cuando al parecer se crearía el Obispado. Le sucedió Don Jacinto Vera en el carácter de Vicario, hasta el 15 de julio de 1878, en que, durante el Gobierno de don Lorenzo Latorre

Digitized by Google

se creó el Obispado de Montevideo. Posteriormente en 1896, creóse el Arzobispado de Montevideo y los Obispados de Salto y Melo.

Existe, pues, antecedentes que desde los orígenes de la nacionalidad vinculan nuestro pasado con el nombre de la Iglesia, los cuales tenían, por otra parte, su fundamento en el artículo 5º de la Constitución de 1830, el que establecía que la religión católica, apostólica y romana era la religión del Estado. Y esos precedentes históricos, como cualesquiera otros de los que integran nuestro patrimonio, representan una fuerza que no se debe despreciar, menos aun en el orden de las relaciones diplomáticas.

Tales hechos los recordamos simplemente a título ilustrativo por cuanto ellos forman un acervo de recuerdos con los cuales se integran las tradiciones nacionales, que la Cancillería se empeña en animar y mantener.

Durante todo el largo período referido, las relaciones entre el Uruguay y la Santa Sede, antes y después de 1870, fueron muy cordiales; se respetó siempre nuestro derecho de patronato, del que los Gobiernos de la República se mostraron muy celosos, y en varias oportunidades fué puesto de manifiesto por las autoridades de nuestro país el proyecto de ajustar esas relaciones a las bases de un Concordato. En 1847 una comisión designada al efecto por el Poder Ejecutivo llegó a redactar esas bases; en 1863 en ocasión del conflicto producido con Monseñor Vera se proyectó también el ajuste de un Concordato y posteriormente, a raíz de la creación del Obispado. Pero nunca llegó a celebrarse Concordato alguno entre el Uruguay y la Santa Sede.

Ello no obstante, como se expresó, las relaciones fueron mantenidas sin interrupciones y en distintas oportunidades representantes diplomáticos del Uruguay fueron acreditados ante el Vaticano. El último de ellos lo fué el Sr. Arturo Heber Jackson, en el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, designado el 1º de abril de 1909, y quien desempeñó esa misión hasta el 30 de marzo de 1911, en que por Decreto de esa fecha se la declaró terminada. El expresado decreto dice:

«*Ministerio de Relaciones Exteriores.* — Montevideo, 30 de marzo « de 1911. — El Presidente de la República, Decreta: Artículo 1º — « Declárase terminada la misión especial que motivó el nombramiento « del ciudadano don Arturo Heber Jackson como Enviado Extraordi- « nario y Ministro Plenipotenciario ante la Santa Sede, por Decreto « de 1º de abril de 1909. — Artículo 2º — Expídanse los documentos « oportunos, comuníquese y publíquese. — *Batlle y Ordóñez.* — José « Romeu».

No hay en el documento que antecede expresión alguna que permita suponer la existencia de desinteligencias entre la República Oriental del Uruguay y el Vaticano. Es un decreto que declara terminada

Digitized by Google

una misión sin «que ello suponga ni el hecho ni el propósito de suspender ni romper las relaciones».

Desde 1911 nos hallamos, pues, con respecto al Vaticano, en las mismas condiciones en que hemos estado en distintas ocasiones con otros países en que no había misión diplomática acreditada del Uruguay a pesar de conservar con ellos, sin representación oficial, las mejores relaciones internacionales.

Esta ha sido por otra parte, la interpretación dada por la Cancillería al caso concreto planteado por el Decreto del 30 de marzo de 1911.

«El hecho de que no tengamos una representación diplomática acreditada cerca de la Santa Sede, expresó en la Cámara de Diputados, el Ministro de Relaciones Exteriores, don Rufino T. Domínguez, el 13 de marzo de 1929, no quiere decir que estamos en malas relaciones con la Iglesia».

Después del cese de nuestra misión ante el Vaticano y luego de la separación establecida por el Código Político de 1917, puede afirmarse que esas relaciones tampoco se consideraron interrumpidas por el Gobierno de la República, desde el momento que la separación de la Iglesia del Estado no respondió a ningún motivo determinado por nuestras relaciones diplomáticas con la Santa Sede, sino a la aplicación del criterio con que se resuelve en la mayoría de las Constituciones modernas la cuestión de la libertad de cultos.

Respecto de lo que afirmamos existen, en prueba de ello, múltiples testimonios. Citaremos entre otros la actitud del Gobierno de la República en 1919 en oportunidad de la Consagración del Arzobispo de Montevideo y de los Obispos de Salto y Melo; el cambio de cartas, autógrafas entre Su Santidad Pío XI y el Presidente Baltasar Brum, con motivo de la elevación de aquél al Solio Pontificio en 1922, y la visita oficial realizada a Montevideo en 1934, por el Cardenal Pacelli, Secretario de Estado del Vaticano.

El problema no consiste pues, en realidad, en reanudar las relaciones desde que ellas nunca han sido interrumpidas, sino tan sólo en extender nuestra representación diplomática ante la Capital del Mundo Católico.

Para efectuar tal nombramiento no existe impedimento de orden constitucional ni diplomático. «Todos los cultos religiosos son libres en el Uruguay. El estado no sostiene religión alguna», — dice el artículo 5º de la Constitución. Acreditar un representante diplomático ante el Vaticano no significa pues sostener una religión. Tal es, entre otros casos semejantes, la posición de Francia, cuyo alto ejemplo citamos, de tendencia liberal y donde la Iglesia está separada del Estado, pero manteniendo su representante diplomático ante la Santa Sede.

Desde el punto de vista internacional algunas razones que pudieran haberse aducido para obstar al nombramiento de un representante ante la Santa Sede, no existen desde 1929 en que fueron suscriptos los

Digitized by Google

acuerdos de Letrán, Tratado Político y Concordato, el primero de los cuales reconoce la existencia de un Estado Soberano, con todos los atributos inherentes a aquella condición. La Cancillería al incluir el Estado de la Ciudad del Vaticano en el número de las misiones con carácter permanente entiende orientar la política internacional del Uruguay, en un sentido amplio y universalista. Las relaciones espirituales, — tales serían las que se mantendrían con el Vaticano, — deben merecer de nuestra parte la consideración que en igual grado se presta a aquellas que beneficia intereses materiales del país. No se vive sólo de mercados, se vive también de ideales. Y así como la Cancillería se empeña afanosamente por satisfacer el anhelo nacional en la mayor demanda de aquellos, no puede permanecer indiferente respecto a la posición espiritual en que se encuentra una gran parte de la población del país.

El Vaticano, es además, un centro diplomático de extraordinaria jerarquía donde la historia política del Papado y las corrientes que hacia él convergen, cualesquiera sea el criterio con que se las juzgue, adquieren el sentido de un puesto de observación permanente y fecundo para todos los países. Acaso, y sin perjuicio de otras altas razones, sea ésta una de las cuales determine el hecho de que, excepto nuestro país y algún otro, todos los demás Estados americanos, aun aquellos en que la Iglesia está separada del Estado, mantengan relaciones diplomáticas con la Santa Sede.»

Digitized by Google

REVISTA LITERARIA

LUIS MELIAN LAFINUR.

El 27 de este mes de febrero falleció en Montevideo este ilustre escritor y hombre público, representante de una generación ya desaparecida, en la que, no obstante la influencia que sobre ella ejercieron las corrientes de ideas filosóficas que predominaron en el Río de la Plata en el último tercio del siglo pasado, se mantenía intacto el culto a los principios del romanticismo político. Se dió así la curiosa dualidad de que estos hombres combatieran el espiritualismo integral y blasonaran a veces de materialistas y escépticos, y que sin embargo siguieran creyendo en la virtualidad de los principios abstractos que así en política como en filosofía habían heredado de la generación anterior. Nació este hombre eminente en Montevideo el 10 de enero de 1850. Jurisconsulto, parlamentarista, diplomático, escritor, poeta y propagandista ardoroso de los principios liberales, prodigó en la prensa, en la tribuna parlamentaria, en el Ateneo y en el folleto sus aptitudes de escritor y de orador. De toda esa labor ha quedado un libro de crítica literaria, «Las mujeres de Shakespeare», otro de literatura histórica, «Juan Carlos Gómez», una recopilación de poesías, y numerosos panfletos y folletos sobre temas políticos, jurídicos e históricos. Fué, además, un carácter singular hecho de austeridad cívica y de intransigencia frente a lo que él creía falso o malo. Sus últimos años se vieron entristecidos por la pérdida de la vista, pero él se sobrepuso al infortunio y siguió dictando sus reflexiones y ofreciendo los tesoros de su saber y de su experiencia a quienes llegaban hasta su solitario y melancólico retiro. Dotado de singulares aptitudes literarias, dueño de un caudal de cultura que es raro encontrar en los hombres de América, original en el pensar y también en el escribir, habría podido producir una obra orgánica de no haber tenido que vivir una vida de intensa lucha en la que sobraron los sinsabores. En el próximo número de la REVISTA NACIONAL insertaremos un extenso estudio crítico que nuestro eminente colaborador, el Dr. Víctor Pérez Petit hizo hace veinte años con motivo de la aparición de uno de los libros del ilustre escritor muerto, estudio que hasta este momento ha permanecido inédito.

Digitized by Google

NUESTROS ESCRITORES EN EL EXTRANJERO.

En una revista cubana hallamos la noticia de que el escritor uruguayo, señor Juan Carlos Sabat Pebet, profesor de la Universidad de Montevideo y autor de numerosos estudios de crítica literaria, ha conquistado el Gran Diploma de honor en el Concurso Permanente del Libro Americano, correspondiente a la jornada 1938 celebrada para el grupo América en la Biblioteca Pública de Matanzas, Cuba. Esta alta dignidad le ha sido discernida al señor Sabat Pebet por su obra «Retornos del Apex» editada el último año y sobre la cual la crítica nacional y extranjera ha formulado juicios muy honrosos para el autor. Este libro está constituído por varios ensayos de carácter filosófico y crítico, bellamente escritos y pensados con evidente originalidad. Se trata de un filósofo y de un esteta que hace pocas migas con el humanismo y que desearía que en el orden de la especulación y de la emoción artística reinara soberano el temperamento personal sin preocupaciones que tengan por origen el factor histórico. Es un intento de emancipación del pensamiento y de la sensibilidad de todo aquello que no se refiera al momento en que vive cada hombre en el espacio y el tiempo. Difícil empresa. El hombre es un fenómeno histórico, hijo del pasado y padre del porvenir. Así, al menos, lo concebimos nosotros. Ello no quiere decir que no sintamos respeto por quienes no opinan así y mucho menos que no señalemos el triunfo obtenido por el escritor uruguayo en el extranjero como una afirmación de nuestra cultura.

Digitized by Google

REVISTA ARTISTICA

LOS RECUERDOS DE SAEZ.

Hace pocos días fueron dispersados en remate público las últimas telas, apuntes y croquis de Carlos F. Saez, conjuntamente con los objetos que pertenecieron al artista y que el culto doméstico mantenía reunidos. La ley inexorable de la muerte obliga a estos dolorosos sacrificios ya que no es posible, en todos los casos, mantener intacto el acervo doméstico a través de los años y de las generaciones, ni puede tampoco el Estado intervenir a tiempo para evitar la dispersión.

Se vendieron, pues, los últimos recuerdos del gran pintor, y ellos han ido a enriquecer colecciones particulares. Los precios obtenidos en la venta fueron bajos en relación al valor de las obras, y, en algunos casos, fueron insignificantes. Esta colección, transportada al Hotel Drout de París, y en igualdad de relación entre el artista y el ambiente, habría logrado precios fabulosos.

Cuando caían bajo el martillo de la almoneda los objetos que hace cuarenta años adornaban el estudio de Saez, muchos de los cuales fueron adquiridos en Roma por el artista, no se podía menos de evocar la figura de aquel pintor muerto en plena juventud, cuando su genio desplegaba las alas, y nosotros repetíamos mentalmente lo que ya otra vez escribimos: Esta breve vida dejó la sensación de un pintor original y único. Si toda su obra es un gran boceto, como algunos afirman, es uno de esos bocetos que no deben ni pueden ser realizados. En él dejó su espíritu, palpitante en la masa de color, en la pincelada audaz e instintivamente reveladora de la forma, en la expresión de las figuras llenas de misteriosa vida interior. Caracteriza a este pintor el color vigoroso, transparente, justo, rico en medios tonos y matices; la factura espontánea, amplia, sintética, siempre inspirada; la elegante seguridad y expresión del dibujo; el fuerte sentimiento decorativo; el seguro instinto de la composición y cierto inconfundible dandysmo en la elección de los temas y motivos, en los detalles suntuarios, en la entonación general de sus cuadros. En el Museo de Bellas Artes hay una pequeña sala consagrada a su obra y allí han sido agrupados sus dibujos a lápiz y a pluma, en los que, con rara elegancia y seguridad de trazo, supo sorprender el movimiento y la expresión de sus modelos; sus manchas, apuntes y bocetos al óleo, verdaderas gemas de color que, por la riqueza y suntuosidad de los tonos, trae el recuerdo de los escaparates de los bazares orientales;

Digitized by Google

sus más hermosos retratos, palpitantes de vida y de emoción, realizados con extraordinaria simplicidad de línea y color; sus interiores, que recuerdan los interiores de Bourget en los que se mueven finas y elegantes siluetas de mujeres. Saez, cuya obra quedó apenas bocetada en sus admirable lienzos, falleció a los 22 años, cuando acababa de regresar a la patria, después de seis años de permanencia en Europa, donde había frecuentado los talleres de los más ilustres maestros franceses e italianos.

LOS «CAPRICHOS» DE GOYA.

La guerra, que todo lo destruye, ha hecho desaparecer también las planchas originales de cobre en las que Goya grabó sus famosos «Caprichos». Las ochenta planchas originales que el gran pintor y grabador regaló al Rey en 1803 y que se conservaban en la Calcografía de Madrid han sido destruídas y ya no se podrá reimprimir la obra admirable. Periódicamente, la Calcografía, con motivo de algún suceso solemne, con las precauciones del caso, imprimía un número limitado de ejemplares, pues las planchas originales solamente podían dar un tiraje, en total, de dos mil ejemplares, según así lo calculó Goya. La Calcografía administraba parcamente ese tesoro. Creemos que el último tiraje, muy reducido, se hizo en 1918. Los ejemplares impresos eran disputados por los coleccionistas de todo el mundo, especialmente ingleses y americanos. Ahora se ha agotado esa fuente de arte, y las colecciones que existen en el mundo, que son pocas, adquirirán extraordinario valor. Han de esperarse las próximas ventas de Londres y de París para ver a cuánto asciende el precio de las ya raras estampas.

Entre tanto, las galerías públicas y particulares que posean ejemplares de «Los Caprichos» deben defenderlos celosamente pues ya no es dado reponer las estampas al aguafuerte, como no sea pagando los altos precios que seguramente van a registrarse en el mercado artístico.

LA EXPOSICION DE LAS OBRAS DE JUAN MANUEL BLANES.

La Comisión Nacional de Bellas Artes estudia en estos momentos la posibilidad de realizar en Montevideo una exposición de las obras de Juan Manuel Blanes. Se trataría de reunir en un local apropiado las telas que figuran en las galerías del Estado y privadas y poner a contribución a las familias que poseen cuadros del gran artista. Esa muestra, que sería muy grande dado la vastedad de la obra de Blanes, se mantendría abierta al público durante varios meses y ello daría lugar a la celebración de actos culturales y acaso a la organización de un curso de conferencias en el que se estudiaría la personalidad de Blanes y su obra en sus diversos aspectos. Se editaría,

Digitized by Google

además, un catálogo ilustrado de la exposición con antecedentes y texto histórico - crítico y, como término de los actos a programarse se promovería la promulgación de una ley por la que se disponga la erección del monumento nacional a Blanes y se procuraría obtener la ejecución inmediata del proyecto.

Tal es, en síntesis, el plan que se está estudiando y, como se han hecho reservas de orden técnico respecto al transporte de alguna de las telas del gran maestro, se ha pensado en la posibilidad de que esta gran exposición se realice en el local del Museo Nacional de Bellas Artes, a cuyo efecto se desnudarían todos los muros de sus salas de los cuadros que los cubren actualmente, para recibir en ellos temporariamente las obras de Blanes.

El homenaje tendría así un doble significado. A la vez se permitiría con ello dar mayor amplitud a la exposición de la que tendría si se celebrase en el local del Salón Anual, el cual resulta pequeño para el número de obras que se puede reunir. Tampoco se interrumpiría así el proceso del Salón Oficial Anual que demanda varios meses de preparación y que podría verse perjudicado con la interferencia de una exposición de la magnitud de la proyectada.

Digitized by Google

REVISTA CIENTIFICA

LAS INVESTIGACIONES GEOGRAFICAS EN EL URUGUAY.

No se debe dejar de señalar la importancia que están adquiriendo en nuestro país los estudios de investigación geográfica. La Universidad de la República ha creado un Instituto de Investigaciones Geográficas, cuyo Director Honorario es el Contralmirante Don José Aguiar, que está realizando un vasto programa de cultura. El Instituto de Estudios Superiores del Uruguay, que en nuestro ambiente realiza la misión que en París tiene el Colegio de Francia, ha organizado también una Sección de Investigación Geográfica, cuyo Director es el Profesor don Elzear S. Giuffra, que lo es a la vez del Boletín que edita dicha sección.

Hemos tenido ya ocasión de reflejar en nuestras páginas la obra que viene realizando el instituto universitario y en breve insertaremos nuevos estudios procedentes de ese centro de investigación. Ahora queremos referirnos al Boletín de la Sección Investigaciones Geográficas del Instituto de Estudios Superiores, cuyo fascículo correspondiente al mes de diciembre último, acaba de aparecer.

Inserta este volumen en sus 267 páginas ilustradas con excelentes grabados un interesante estudio del señor Carlos Lermitte titulado «Algunas particularidades geográficas y geológicas de la cuenca del río Santa Lucía y una nueva hipótesis acerca de la formación de los terrenos arcillosos-loéssicos». Se trata de un estudio que, además de su interés científico y de la novedad de las conclusiones a que llega, tiene verdadero interés literario e histórico. No en balde, el distinguido investigador concluye su trabajo con estas palabras: «¿No es cierto que el estudio de la Geografía, o estudio de la fisonomía de la tierra, y el de su hermana mayor, la Geología, o estudio de la historia de la tierra, se presenta, a veces, tan intrigante y apasionante como capítulos de novela?»

El Profesor señor Elzear S. Giuffra publica un artículo titulado: «Un pueblo olvidado al nacer: «Ferrer», en el que da noticia de la existencia casi ignorada de una pequeña agrupación urbana formada por 360 personas que habitan 50 o 60 ranchos de terrón y que se asienta en un lejano lugar del departamento de Florida, sobre el arroyo del Sauce, a la vera del camino que lleva a Sauce del Yí. Se llama Ferrer, fué establecido en 1891 por una familia de este ape-

Digitized by Google

llido, es ignorado por la Geografía y no cuenta con más institución oficial que una escuela.

El mismo Profesor Giuffra termina su estudio sobre «El alto Cuareim y la ciudad de Artigas» realizado con datos y observaciones del señor Wáshington E. Mata, cuya primera parte fué publicada en el número anterior del Boletín.

El señor Jorge Chebaratoff escribe una breve monografía sobre la «Evolución de la flora del río Santa Lucía», que alcanza a mil especies, según el autor.

HUMBOLDT, CALDAS Y MUTIS.

Con motivo de la celebración del cuarto centenario de la fundación de Santa Fe de Bogotá, la colonia alemana residente en aquella ciudad obsequió a ésta con un monumento al Barón de Humboldt, que fué erigido en la ciudad universitaria frente al Jardín Botánico.

El monumento fué entregado en acto público a la ciudad por el Ministro de Alemania en Colombia y en esa ceremonia, y en presencia del mismo Ministro y de las autoridades colombianas, el Director del Observatorio Astronómico Nacional, Dr. Jorge Alvarez Lleras, quien es, a la vez, Presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físico-Químicas y Naturales, hizo un hermoso elogio de Humboldt, en el curso del cual recordó una pequeña flaqueza que el gran sabio alemán tuvo y de la que hizo víctima al ilustre hombre de ciencia colombiano Francisco José de Caldas. Para ello leyó estos párrafos de Lino de Pombo, otro hombre de ciencia colombiano:

«Indispensable, aunque penoso, es hacer notar aquí que el Barón de Humboldt no correspondió de la manera que era de esperarse, a la confianza y noble franqueza de Caldas, en lo relativo a su descubrimiento del principio invariable de la variabilidad del calor del agua en ebullición, no obstante haberlo admitido como original, después de ceder el campo en la objeción que propuso, de que el calor del agua variaba a la misma presión hasta un grado, según lo afirma Caldas en su Memoria, y no obstante haberse aprovechado de él en el curso subsecuente de sus exploraciones científicas. En 1803 dirigió aquel sabio desde Guayaquil al doctor José Celestino Mutis el primer bosquejo de su «Cuadro físico de las regiones ecuatoriales»; este bosquejo fué publicado por Caldas en el «Semanario» de 1809, fielmente traducido del respectivo manuscrito, y nada se habla en él de las observaciones del señor Barón, ni de persona alguna, sobre el calor del agua. Más tarde, el «Cuadro» recibió notable ensanche y pulimento de mano de su autor, y así ensanchado y perfeccionado se le encuentra inserto en español, con la correspondiente advertencia, en la reimpresión del «Semanario» hecha en París en 1854 por el señor Acosta:

Digitized by Google

allí hay una sección con el encabezamiento: «Grado del calor del agua hirviente a diversas alturas», en que se lee lo que sigue:

«El grado de calor que adquieren los líquidos antes de hervir depende del peso de la atmósfera, y como este peso varía como las alturas sobre el nivel del mar, cada altura tiene su término o punto de ebullición correspondiente... En el curso de mis viajes hice muchos experimentos sobre el hervor del agua en las cimas de los Andes; me propongo publicarlos, y con ellos otros ejecutados por F. J. Caldas, natural de Popayán, físico distinguido, que se ha consagrado con un ardor sin ejemplo a la Astronomía y a muchos ramos de la Historia Natural...»

«Y ni una sola palabra acerca del descubridor de ese principio en América, por sus propios aislados esfuerzos.»

La llegada de Humboldt a Bogotá fué un suceso en la vida de Caldas. Salió éste a recibirlo a la montaña y cuenta él mismo que, cuando se le aproximó, el sabio alemán le dijo: «¿Es Vd. el señor Caldas?» «Desde ese instante, agrega, me comenzó a tratar con franqueza y liberalidad sin iguales. ¡Qué noticias tan exactas de mí y de mis cosas!»

También se encontró Humboldt en Bogotá con el sabio gaditano José Celestino Mutis a quien, como a Caldas, deseaba conocer, y que fué quien le preparó alojamiento en aquella ciudad.

El ilustre sabio alemán escribió que su visita a Bogotá obedeció, entre otras cosas, al deseo ardiente de ver al gran botánico, amigo de Linneo y de conformar sus herbarios con los de él. En una carta a su hermano, cuyos principales párrafos utilizó en su discurso el eminente Director del Observatorio Astronómico de Bogotá, Dr. Alvarez Lleras, dice Humboldt: «Mutis nos había hecho preparar una casa vecina a la suya, y nos trató con especial deferencia. Es un eclesiástico viejo, venerable, de cerca de setenta y dos años, y hombre rico. El Rey gasta en la expedición botánica diez mil pesos anuales. Hace quince años que treinta pintores trabajan con Mutis; tiene de dos a tres mil dibujos en folio, que son miniaturas. Exceptuando la de Bank, en Londres, no he visto biblioteca más grande que la de Mutis.»

Estos y muchos otros interesantes antecedentes han sido utilizados con mucha oportunidad por el Dr. Alvarez Lleras, quien los ha registrado en su elogio de Humboldt y en la «Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales», que con singular competencia dirige aquel ilustre hombre de ciencia.

EL DOCTOR SAENZ EN EL INSTITUTO PASTEUR.

Nuestro distinguido compatriota el doctor Abelardo Saenz, quien hace muchos años se halla consagrado a la investigación científica en

Digitized by Google

el Instituto Pasteur de París, acaba de ser objeto de una nueva distinción en aquel establecimiento científico.

Como se recordará, hace poco tiempo el doctor Saenz fué designado Jefe de Laboratorio de aquel sabio Instituto, donde desde la época del Profesor Calmette ocupaba ya lugar muy destacado. Ahora el Instituto Pasteur acaba de condecorarlo con la Medalla de Oro, premiando así la labor de investigación científica del eminente Profesor uruguayo.

Digitized by Google

REVISTA HISTORICA

UNA TENTATIVA DOCENTE EN 1820.

En el acuerdo que celebró el Cabildo de Montevideo el 17 de junio de 1820 se dió cuenta de un oficio del Barón de la Laguna con el que envió y recomendó a la corporación un «proyecto de educación público-literaria» que le presentó el R. P. don Camilo Enriquez.

Este sacerdote había tenido sonada intervención en la revolución del Pacífico. Según Mitre era fraile de la Buena Muerte perseguido por la Inquisición de Lima a causa de leer libros prohibidos, ardiente propagador de ideas liberales, revolucionario por temperamento moral, republicano por convicción y fué el primero (en 1811) que tuvo la valentía de predicar con franqueza la independencia absoluta «como una verdad de geografía, escrita en el libro de los eternos destinos». En 1812 al ser introducida en Chile la imprenta fué nombrado director del periódico «La Aurora de Chile», el cual sirvió de vehículo a las ideas revolucionarias y a los planes de José Miguel Carrera. Años después pasó al Río de la Plata; redactó en Buenos Aires «El Cóndor», durante los años 1817 a 1819 y al iniciarse el año 1820, concluída la resistencia artiguista, se dirigió a Montevideo donde el antiguo revolucionario y demócrata ofreció sus servicios al General Lecor, ejecutor del plan de invasión y sojuzgamiento de la Provincia Oriental.

El proyecto de Don Camilo Enriquez es un documento típico de aquel verbalismo y desorden que caracterizaba los escritos de este prócer de la Revolución. Se titula «Academia de educación útil para todas las perfecciones que con el tiempo haya de dedicarse la juventud» y se inicia con estas cortesanas palabras que mal cuadran al revolucionario, aunque son ejemplo de su literatura. «Al presentarse a mi imaginación este designio benéfico y fecundo, adoptado por un genio bienhechor y sublime que después de restablecer la Paz de la Provincia por la mansedumbre y la prudencia, aspira a abrir en ella una fuente de que emanen los ramos fundamentales de la riqueza y prosperidad públicas y de la civilización; no puedo dejar de exclamar: ¡felices los Pueblos en que mandan los filósofos, o en que saben filosofar los gobernadores.» Enseguida formula el plan de fundación del instituto o liceo, en esta curiosa forma:

«Una casa con algunos cuartos o departamentos, y cuatro maestros, que los hay, basta para abrir este establecimiento en el día. Los jóvenes acomodados pagarán una contribución mensual, arreglada por

Digitized by Google

la autoridad. Deben ser de doce años para arriba. Los pobres serán admitidos gratis y generosamente, previa la calificación de la Municipalidad. Por la enseñanza los jóvenes pobres se hacen ciudadanos útiles, adquieren medios de subsistencia y suelen descubrir grandes talentos. Después de la enseñanza todos se retirarán a sus casas. La mañana y un par de horas de la tarde es el mejor tiempo para la enseñanza. La naturaleza de la educación ha de determinarse y deducirse de la clase de hombres que quiere formarse, y del género de profesión a que han de dedicarse. Al mismo tiempo, todo lo que se enseñe, debe ser útil al hombre en todas las profesiones de la vida, sea en el comercio, sea en la industria, sea en la agricultura, en la milicia, en la marina, etc. Un caballero, un hacendado, etc., etc., han de recibir en la academia las semillas de los conocimientos que ellos podrán extender, aumentar, y hacer fructificar después. Todos se han de poner en estado de expedirse con dignidad y decencia, y de entender los muchos y excelentes libros que en las lenguas cultas se han publicado sobre todas las ciencias y artes. Estos grandes fines se logran con solo aprender por principios la lengua propia y dos lenguas extranjeras; los elementos sencillos de la Lógica breve de Condillac, u otra traducida al español, y lo más elemental de las Matemáticas puras, con unos cuantos principios fundamentales de su aplicación bien a la mecánica, bien a la fortificación, etc., según las diferentes profesiones que puedan elegirse. El dibujo es de importancia y no debe omitirse. Parece que las horas de enseñanza y el régimen interior de la Academia se arreglarán mejor en una conferencia celebrada entre la Autoridad, la Municipalidad, los maestros y dos o tres de los mejores hombres del país. Es mucha empresa para un hombre solo acertar en pormenores. Como en francés y en inglés se encuentra cuanto bello y sólido puede desearse en todos los ramos de cultura, fuera de su utilidad para comercio, habrá dos o tres maestros, uno para el inglés, y otro para el francés. Estos dos maestros pueden dividirse entre sí la fácil enseñanza de la Gramática castellana, de la Lógica, y aun del Dibujo si fuere posible. El maestro de Matemáticas ha de enseñar completamente la Aritmética y los elementos de Algebra hasta resolver ecuaciones de segundo orden: después enseñará la Geometría teórica y práctica y la Trigonometría esférica, las secciones cónicas, el cálculo diferencial e integral y algún ramo particular de las Matemáticas aplicadas. En concluyendo la Trigonometría plana, será obligación del maestro enseñar los principios de Geografía física y de Mecánica, deduciéndose a lo más fundamental. Tal vez será necesario que haya un maestro especial para la Gramática castellana y y Lógica, y entonces enseñará los principios elementales de bella Literatura por Hugo Blair u otro. Parece que convendrá dedicar la mañana a las Matemáticas y lenguas, y la tarde a los restantes estudios. El plan de educación que proponemos, aunque tan sencillo, reune ventajas muy grandes. Ade-

Digitized by Google

más de ser tan económico y practicable, él forma un hombre; da solidez y rectitud a su juicio; le abre los caminos de subsistir y de brillar en la sociedad: y le franquea la entrada en el vasto campo de la Sabiduría. Lo que indicamos que ha de enseñarse de Matemáticas puras, es suficiente para dedicarse después con suceso al estudio de cualquiera de los numerosos y extensos ramos llamados Ciencias matemáticas, como la Astronomía, Dinámica, Hidrodinámica, Hidráulica, Optica, Arquitectura militar y civil, Navegación, etc., etc.»

El proyecto del P. Enriquez fué pasado por el Cabildo a informe de los Sres. Don Nicolás de Herrera, Dr. Don Dámaso Antonio Larrañaga, Cura y Vicario de la Ciudad, don Juan Larrea y don Prudencio Murgiondo.

Tal fué la tentativa humanística de 1820 que pudo dotar a Montevideo de un liceo de enseñanza superior en el que, sin duda, habría tenido participación activa el iniciador, R. P. Camilo Enriquez.

El Barón de la Laguna tuvo siempre la preocupación de fundar en Montevideo un instituto o facultad de estudios superiores. Como se desprende del preámbulo del plan del R. P. Enriquez, el proyecto le fué encomendado por el Barón.

Recordamos que, posteriormente, durante la dominación porteña, el Presidente de la Provincia, Don Tomás García de Zúñiga, promovió también ante el Cabildo una iniciativa semejante.

Digitized by Google

BIBLIOGRAFIA

VIDA SINGULAR DE SILVIO TOLEDO, por *Horacio Maldonado*. — Imprenta «El Siglo Ilustrado». — Montevideo, 1938.

«Novela de la ficción en la realidad y de la realidad en la ficción». Así define su nuevo libro el autor. Y efectivamente es ésta una ficción hecha sin duda con realidades que el autor ha cogido en la vida, en su propia vida, sobre todo, y es una realidad que cuando se la examina de cerca se desvanece y se convierte en ficción, en cosa fantasmagórica, en mundo de sueños. ¿Qué es esta vida singular de Silvio Toledo? Pues simplemente una ficción que oculta muchas realidades vividas por el autor o que este atisbó en ese inmenso panorama del mundo, frente al cual hace años se pasea como un filósofo *flaneur*. Y esas realidades, al reflejarse en el mundo interior de este filósofo que es también un poeta y un hombre de exquisita sensibilidad, se convierten en ficción novelesca, en poema que por no caber en el verso ha buscado la forma de la prosa. Pero esas realidades al transformarse en materia estética, nada pierden de su valor humano, de su sentido simbólico, de su significado social. Silvio Toledo, como Manfredo, como Lara, como Adolfo, como Oberman es un personaje de romance, pero es un hombre formado con la sangre, con los nervios y con el alma del autor. Hay, pues, en el carácter del personaje una realidad humana y en la fábula o ficción de la novela muchos elementos autobiográficos, ya de carácter psicológico, ya de carácter objetivo. Ha de verse, pues, en este libro, más que una creación novelesca, que en él existe sin embargo, la creación de un carácter multiplicado a veces en diversos personajes. Es pues, éste, antes que nada un libro de honda introspección psicológica. Además es un libro bello, escrito con esa transparencia de lenguaje, esa pureza de gramática y esa nobleza de estilo que caracteriza toda la obra de este notable escritor. Solamente el comercio constante con los grandes modelos del idioma puede dar el acento humanístico que el autor imprime a su prosa. Francis de Miomandre al juzgar otra novela de este escritor dijo de ella que es un cuento filosófico que tiene el carácter de verdadero «documento humano». Lo mismo cabe decir de esta nueva novela en la que otra vez aparece el artista, el filósofo, el pensador y el solitario que el crítico francés hallaba en otro de los libros del eminente autor.

ACUERDOS DEL EXTINGUIDO CABILDO DE MONTEVIDEO, volumen XIII, publicación del *Archivo General de la Nación*. — Botella y Cía. — Montevideo, 1939.

Este nuevo volumen editado por el Archivo General de la Nación, bajo la dirección del señor Angel H. Vidal, Director del nombrado instituto, contiene las actas del Cabildo de Montevideo desde el 6 de Abril de 1816 al 18 de Mayo de 1821, registradas en los libros XVI y XVII de los acuerdos de aquella histórica corporación. Este volumen lleva el número XIII, pues es el que correlativamente le corresponde a contar desde el primer volumen que se editó con el título «Revista del Archivo General Administrativo», respondiendo a la designación que primitivamente tuvo el Archivo General de la Nación. Además de las actas o acuerdos se ha agregado a este tomo el Indice general contenido en el Libro XVI original

Digitized by Google

que comenzó el 6 de Abril de 1816 y se cerró el 19 de Mayo de 1819, índice que está certificado por el Secretario del Cabildo, Don Francisco Solano de Antuña, y a continuación el Indice de las actas corridas del 21 de Mayo de 1819 hasta el 18 de Mayo de 1821, formulado por la actual Dirección del Archivo dentro del mismo procedimiento empleado en el primer índice. Se refiere este volumen a una época singularmente interesante de nuestra historia. Comprende él los últimos meses de la administración artiguista, el período preparatorio de la invasión portuguesa de 1816, la misma invasión, la ocupación de Montevideo por las tropas del rey de Portugal al mando del General Lecor, y el sojuzgamiento de la Provincia Oriental por el invasor después de la terrible lucha que terminó en 1820 con la derrota argentina y expatriación de Artigas. La Dirección del Archivo General de la Nación presta, pues, un verdadero servicio a los estudiosos con este nuevo volumen con el cual se va dando cima a la publicación de las actas del Cabildo de Montevideo que, como es sabido, fué extinguido en 1830, cuando se constituyó la República.

TRISTEZA RUSA, novela por *Herminia Herrera y Reissig.* — Editorial Mosca Hnos. — Montevideo, 1939.

Esta novela fué laureada por el Ministerio de Instrucción Pública al ser juzgada entre la producción de autores inéditos correspondiente al año 1936. A este título agrega todavía el prólogo que para ella escribió Francisco Villaespesa, en el cual el ilustre poeta español dice que la novelista se revela en esta obra como «escritora de médula racial» y ofrece al lector el «ensayo maravilloso de estas prosas limpias, tersas, pobladas de imágenes diáfanas y sutiles, de pensamientos amables y seguros, de ternuras intensas, del dramatismo y la tristeza eslava». Ha de decirse todavía que esta autora es hermana de Julio Herrera y Reissig y que participa del temperamento poético y de la viva sensibilidad que es patrimonio de su linaje. Y ha de decirse, por fin, que esta obra, tocada de intenso romanticismo y palpitante toda ella de emoción y de fuerza lírica, es un precioso romance que acaso habría ganado con la forma rítmica, y que con él su autora conquista súbitamente un puesto de excepción en las letras nacionales. Vivida, pensada y acaso escrita buena parte de esta novela en París, ha quedado impreso en ella, el paisaje de la ciudad, no en grandes cuadros de conjunto, sino en pequeñas manchas y apuntes de lo que de más característico tiene la capital francesa. Estos pequeños croquis literarios tienen sutil poesía y verdadera fuerza plástica; a veces, en brevísimas líneas, como lo hace Bourget en sus novelas, aparecen sobre el fondo de la página una visión del Barrio Latino, una perspectiva de los muelles del Sena con la isla de la *Cité* y las torres de Nuestra Señora, una alameda del jardín del Luxemburgo, una impresión del bulevar, un melancólico apunte del cementerio del Père Lachaise. Sobre este fondo en el cual parece que se ha pasado un esfumino, se suceden las escenas del romance, y se sufre la honda y desgarradora tristeza del alma eslava desterrada de su ambiente natural y arrojada a la miseria de la emigración. Un rayo de sol y de alegría, encarnado en una mujer superior, hija de la joven América, penetra en una de esas melancólicas buhardillas en que viven refugiados muchos nobles rusos. El amor, sublimado por el arte, une a la joven y rica peruana con el desdichado conde ruso, pero con el amor llega también la muerte y el idilio se convierte en un fúnebre adiós y en una elegía. El sol de América no ha podido calentar la estepa rusa aunque si ha hecho más dulce la agonía y la muerte. He aquí el tocante y emotivo episodio sorprendido, sin duda, por la autora, en los caminos de la vida, y que ésta narra con melancólica gracia, con femenino ingenio, en prosas limpias y tersas, como dice Villaespesa, y cuya resonancia queda en el espíritu como el eco de una fúnebre música o de las estrofas de un poema romántico que nos ha hecho verter lágrimas.

Digitized by Google

PROYECCIONES, novela por *Sara Rey Alvarez*. — Casa A. Barreiro y Ramos. — Montevideo, 1936.

Este libro revela un temperamento literario excelentemente dotado para el arte de novelar, pero revela, sobre todo, una aptitud especialísima para el análisis psicológico. La acción y el diálogo en esta novela son simples elementos de composición retórica; lo fundamental es el estudio de los caracteres y más que de los caracteres de aquella intimidad psicológica que es difícil penetrar y en la que se suele andar a tientas tan oscuro y complicado es el laberinto de las almas. Con rara intrepidez esta escritora estudia el origen y desarrollo de una doble pasión nacida en el misterio del libido, que se complejiza en la protagonista hasta transformar el sentimiento materno en amor sensual, para, luego de la crisis, hallar otra vez el tranquilo y verdadero cauce, que es humano y trivial episodio sentimental en el protagonista. Ha de reconocerse que la autora sabe afrontar estos delicados problemas, de suyo escabrosos, y que lo hace con gran sinceridad desde su punto de vista filosófico y social. La novela está por otra parte limpiamente escrita y alcanza a veces acento dramático.

LIBROS RECIBIDOS.

«Cantares de llanto y sangre», por Carlos Angel Garré; «Gracias al badajo...», Evocación novelada, por Vicente Carrera; «Universidad. Proyecto de reforma orgánica», por Eduardo García de Zúñiga y José Carlos Montaner; «Los ojos del obelisco», por Manuel García Hernández; «Deuda Pública Nacional. 1933», publicación de la Dirección de Crédito Público; «Vida singular de Silvio Toledo», por Horacio Maldonado; «Arquitectura Colonial», por Juan Giuria; «La naturaleza y el hombre. Recursos y actividades», por Arturo Carbonell Debali; «El general Estanislao López», por Raul A. Ruiz y Ruiz; «Acuerdos del extinguido Cabildo de Montevideo». Volumen XIII, publicación del Archivo General de la Nación; «Once meses en el este», por H. Martínez Montero; «Tristeza Rusa», novela por Herminia Herrera y Reissig; «Al margen del Congreso, Un mapa de Sebastián el Cano, 1523 y algunas aclaraciones del R. P. G. Furlong Cardiff S. J.», por Buenaventura Caviglia (h.); «José Arechavaleta», por Buenaventura Caviglia; «La cárcel del aire», por Giselda Zani; «El Uruguay». Orientación espiritual para los turistas», por Ricardo Escuder; «Crónica de un hogar montevideano durante los tiempos de la Colonia y de la patria vieja. Don Francisco Juanicó, su esposa y sus hijos. (1776-1845)», por Julio Lerena Juanicó; «Vibraciones», por José Gorosito Tanco; «El nadador y el agua», por José Gabriel; «Lecciones de historia argentina. Relatos de contemporáneos, 1527-1870', por José Luis Busaniche; «Santa Fe y el Uruguay», por José Luis Busaniche; «Cinco años en la Confederación Argentina, 1875-1862», por Lina Beck-Bernard, traducción de José Luis Busaniche.

Digitized by Google

REVISTA NACIONAL

LITERATURA · ARTE · CIENCIA

Año II Montevideo, Marzo de 1939 Nº 15

ASPECTOS DE LA DEMOCRACIA (1)

LOS PARTIDOS EN LA DEMOCRACIA

Los partidos son naturales y necesarios en la democracia.

El partido único, característico de los gobiernos totalitarios, es hasta una contradicción etimológica.

Sin los partidos la democracia no podría funcionar regularmente. Son los partidos los que organizan las fuerzas cívicas para el voto. Sin ellos los poderes públicos que emanan del sufragio, no podrían constituirse o estarían expuestos a la audacia y a las sorpresas. Muchos pequeños núcleos partidarios, a favor de la desorientación general, impondrían fácilmente sus soluciones interesadas.

Tampoco podrían los poderes públicos, tener plataformas y programas de acción.

(1) JOSE ESPALTER es una de las más altas autoridades en Derecho Político que tiene el país. Jurisconsulto de vasta formación, en la que han intervenido por igual la cultura clásica y la cultura moderna, que ha bebido sus conocimientos en las fuentes del derecho histórico y en el comercio con los tratadistas de todas las escuelas contemporáneas, que ha conocido la disciplina escolástica y los modernos métodos de investigación, que ha estudiado, por fin, experimentalmente, como legislador y hombre de Estado, los problemas políticos y sociales, y ha contribuído muchas veces, con su ciencia y experiencia, a la solución de los mismos, su personalidad ofrece, además, brillantes facetas que tienen relación con el arte de gobierno, al arte de la elocuencia y las bellas letras. Nació en Montevideo el 19 de octubre de 1868, cursó sus estudios en la Universidad y se doctoró en la Facultad de Derecho el año 1892, luego de presentar una tesis en la que estudió la naturaleza y funciones del Poder Ejecutivo, obra que, ampliada y reimpresa, fué adoptada como texto de consulta en el aula de Derecho Constitucional. Consagrado en un principio a la magistratura, llenó las funciones de Fiscal Letrado en Rocha y Durazno, y luego, de Juez Letrado Departamental en Treinta y Tres. En 1897 se incorporó al Parlamento como representante del Departamento de Rocha y al año siguiente le fueron renovados sus poderes. En las elecciones de 1901 el departamento de Paysandú le llevó nuevamente a la Cámara de Representantes. En 1902 fué electo senador y permaneció en el Senado hasta 1908, año en que el Presidente de la República, doctor Williman, le confió el Ministerio del Interior. Reincorporado más tarde al Senado, al ser el Dr. Viera elegido Presidente de la República le designó Ministro de Instrucción Pública. Dejó esta cartera para volver al Parlamento donde permaneció hasta el año 1931, ya en la Cámara de Representantes, ya en el Senado, cuyas deliberaciones presidió durante varios períodos. En 1930 dejó su sillón de senador para ocupar el cargo de Director del Banco de la República y luego el de Rector de la Universidad. Formó

Digitized by Google

Un partido es una norma o un programa en que coinciden las agrupaciones de ciudadanos, surgidas en medio de la libertad, por la apreciación de los hechos, o las directivas de un hombre cuya conducta es también una norma o un programa.

La constitución de un partido es en verdad, asunto de interés público. En las antiguas democracias helénicas, no obstante practicarse el gobierno directo por el pueblo en todos los asuntos fundamentales, la afiliación a los partidos era obligatoria para los ciudadanos. La abstención en formar parte de ellos, era acto de egoísmo cívico que la ley castigaba. El partido tiene algo del hogar y algo de la patria. Del hogar tiene los sentimientos que la convivencia espiritual suscita, que hace que sean comunes la buena y la mala fortuna. De la patria, el ancho horizonte en el cual discurre el espíritu, con la visión panorámica en que se esfuman los actos y los intereses individuales.

Los partidos se caracterizan por los medios que emplean y los fines que buscan. La coacción los convertiría en una milicia, y un fin que no fuera un fin de interés público, en una asociación particular.

Tienen existencia constitucional y legal, los partidos entre nosotros.

parte del primer gabinete del Dr. Terra como Ministro del Interior, cartera que renunció en 1931. En 1933 se reincorporó al gobierno como miembro de la Junta Gubernativa. Formó parte de la Constituyente de 1934 y ese mismo año fué nombrado Ministro de Defensa Nacional, interinamente Ministro de Salud Pública y luego Ministro de Relaciones Exteriores, cargo que abandonó para incorporarse al Senado, del cual fué elegido Presidente en 1938. Además de estas funciones políticas a las que se suman las de carácter cívico que le llevaron a ejercer la presidencia de su partido y a ser candidato a la Presidencia de la República, ha sido Embajador Extraordinario ante el gobierno del Perú, Presidente del Patronato de Delincuentes y Menores, y Vocal de la Comisión de Código Administrativo. Desde la adolescencia reveló aptitudes literarias excepcionales, ejercitadas en la Academia del Plata, en cuyos anales quedaron impresos sus primeros ensayos poéticos, históricos y jurídicos y en cuya tribuna definió ya su personalidad de orador. Desde entonces tuvo en él el arte de la elocuencia un cultor eminente. La tribuna literaria y la cátedra política y parlamentaria formaron su estilo oratorio en el que la elegante sobriedad académica y la densa concisión magistral se concilian con la inspirada elocuencia capaz del súbito arrebato. Sus discursos adquieren así el calor y la animación literaria de los grandes modelos de la cátedra y de la tribuna. Como hombre de gobierno le tocó actuar en épocas de activa labor constructiva y en otras singularmente críticas. Desde el Ministerio del Interior realizó obra de alto alcance político, y luego en el Ministerio de Instrucción Pública abordó los problemas pedagógicos, especialmente los que se refieren a la enseñanza superior y a la autonomía universitaria. Más tarde, como Ministro de Relaciones Exteriores, imprimió singular actividad a las funciones de cancillería y tuvo brillante intervención en actos internacionales recientes de resonancia continental. Es autor de «El Poder Ejecutivo», «El Problema Nacional», «Una base de pacificación», «El problema de la actualidad», «La autonomía universitaria», y de diversos estudios literarios, históricos, jurídicos y políticos publicados en diarios y revistas. Sus discursos parlamentarios y literarios formarían varios volúmenes.

Digitized by Google

Desde luego puede decirse que son libres, y deben ser reconocidos en tanto que no sean agrupaciones de fines ilícitos u organizadas para delinquir. Pueden ser sus fines quiméricos o absurdos, extraviados sus medios; su existencia es intangible, así sean de corte fascista o nazi o comunista y soviético.

Hasta el error, hasta el mal que no trascienda de la esfera de la opinión, tienen sus derechos.

Hemos dicho que es rasgo característico de la democracia el respeto de los derechos individuales, y entre ellos uno de los que más se destacan es la libertad de asociación.

Así como el distintivo del absolutismo en la Edad Media era la unidad del pensamiento religioso, es en nuestros días la unidad del pensamiento político.

Y esto es una lógica consecuencia. Si el Estado lo es todo, no puede haber otro partido que el del Estado mismo. Y así cada país totalitario persigue la rebeldía según su temperamento. En Italia y Alemania haciendo a los disidentes dolorosa la vida y en la Rusia Soviética masacrándolos impíamente.

En nuestro país todos tienen personería. A unos se la da la Constitución, a otros la ley.

El doble voto simultáneo adoptado en las leyes es el voto por el partido y por el candidato indivisiblemente unidos. Y ahondando en la intención de los electores, podría decirse, que es más aquello que esto. En las modernas democracias los verdaderos candidatos, no son las personas sino los partidos.

Pero los partidos no son entidades estáticas. Pueden ser permanentes o accidentales y hasta personales pueden legítimamente ser, cuando una persona, dirigente, caudillo, propagandista, concentra una acción o tendencia social o política.

El mayor éxito de un partido consiste en atraer a sus soluciones el mayor número de los libres sufragios de los ciudadanos. Deben pues, hacerse fáciles las conciliaciones y acuerdos entre los partidos, que por esa vía, y no por la fuerza es que ha de buscarse el orden y la estabilidad en la cosa pública.

Cualquier sociedad anónima de carácter civil o comercial se halla reglamentada por la ley, que fiscaliza su funcionamiento y la aplicación de sus estatutos para defender a los afiliados contra las faltas de los administradores y a éstos mismos contra sus errores. Esa reglamentación no les coarta su libertad de acción, porque es un control y no una administración.

Desde hace tiempo hemos propugnado por esa reglamentación para los partidos políticos, que constituyen entidades más vastas, de manejo de intereses más delicados, que son de mayor interés público, que aquellos. Hemos llamado la atención de tal tamaño vacío en nuestra legislación política, que es urgente remediar.

Digitized by Google

El pueblo entendido como la masa de los electores, elige sus representantes, pero aunque parezca paradoja, no elige sus candidatos. Los candidatos los designan y los presentan al voto popular las respectivas organizaciones partidarias.

Un ejemplo va a ilustrar esa afirmación.

En los Estados Unidos, los candidatos a la Presidencia de la República los proclaman los partidos demócrata y republicano, por medio de sus convenciones. La Convención demócrata, la Convención republicana compuestas cada una de mil miembros más o menos levanta un nombre, y varios millones de electores lo siguen. Podrían no seguirle, pero lo siguen; allá como en todas partes, los candidatos de los partidos se imponen a los correligionarios. ¿No valdría la pena entonces, hacer que esas Convenciones primarias expresaran la voluntad, por lo menos aproximada, de los partidos? ¿No convendría asegurar que dentro de cada partido prevaleciera la mayoría?

Así como la legislación, en la Asamblea de accionistas de las sociedades anónimas, impide la emisión de votos indebidos o múltiples, y asegura la verdad y la sinceridad de los sufragios, sería del caso intervenir en las Asambleas primarias de los partidos a fin de que no votasen sino los afiliados de los partidos, en forma tal que quedase asegurada la expresión de las legítimas mayorías partidarias conforme a los respectivos Estatutos.

En la actualidad, en la gran democracia americana, el candidato que goza de las simpatías del Poder tiene asegurada su proclamación a favor de la distribución arbitraria en la representación de cada Estado, igual para todos, cualquiera que sea su población y de la influencia decisiva que en los Estados menores tienen las grandes falanges de los funcionarios del correo y las aduanas, de la dependencia del poder central.

En algunos Estados de la Unión Americana, como en algunas provincias argentinas, hay leyes inspiradas en la reglamentación que insinuamos, y hay también un proyecto de ley de procedencia federal, pendiente de sanción en el Parlamento argentino que es muy digno de estudio.

No puede negarse que la acción de los partidos, lejos de agotarse con la elección, después de ella tienen la fundamental misión de fiscalizar el cumplimiento de sus fines y programa por parte de los elegidos. ¿Cuál es la naturaleza de esa fiscalización y hasta dónde llegan sus límites? Si ella se refiere a todos los actos del mandatario, hay que convenir en que se transformaría en factor de perturbación y desorden. El gran principio sobre que se asienta el gobierno representativo, que es la división de los poderes, quedaría anulado con un gobierno representativo, como el comité de partido, sin limitación ni responsabilidad.

Y de otra parte, si los partidos desaparecieran ante los mandatarios, cada elección sería una mistificación.

Digitized by Google

El partido que dirigía el señor Batlle y Ordóñez fué el primero que dió formas articuladas a la ingerencia de los comités en la cosa pública. Y esa ingerencia, que fué ásperamente censurada, ha sido imitada, sin embargo, por todos ellos.

El partido fija las concepciones y señala la orientación y las tendencias. Pero son los mandatarios, gobernantes o legisladores que, con su plena capacidad o responsabilidad, los realizan.

La aguja de marear no suprime al timonel y, muy al contrario, los saltos de la brújula demandan el máximo de vigor en el timón, para vencer el oleaje y los temporales. Es una cuestión de medida.

Convenimos sin embargo, en que la diferencia en la medida, por pequeña que sea, puede tener consecuencias incalculables. La diferencia de un milímetro podría hacer saltar en pedazos la máquina más poderosa. ¡Y quién sabe si un milímetro de desviación en la órbita de los astros no interrumpiría para siempre, aquella música de las esferas que oían en su alma arrebatada, los antiguos filósofos!

LA ORGANIZACION DE LA DEMOCRACIA

Dijimos ya que la democracia postula el régimen de las mayorías cada vez mayores, y que es tanto más completa, cuanto mayores son. La simple mayoría podrá ser un expediente para salir del paso, pero no constituye un título de legitimidad absoluta.

El espectáculo de la opresión consentida de los menos por los más, no podrá tener fin sino cuando se ensanchen las bases de la democracia para que abracen a todas las ideas, a todos los sentimientos, a todos los hombres.

Que ese propósito es quimérico, se dirá, y no lo contestamos. Pero es una orientación. Todas las perfecciones son quiméricas, todos los programas son inciertos y muchos acaso, irrealizables, pero no por eso habrán de desdeñarse. Porque el hombre no haya de alcanzar hasta las estrellas, no por eso la luz de éstas deja de ser conductora y protectora.

La democracia es la voluntad general, la de todos, hasta donde sea posible despejarla y hacerla valer.

Hay que poner orden y buen sentido en la manera como se concreta y realiza. Ante todo, hay que garantir los derechos y las libertades individuales. El hombre es el mayor valor de la naturaleza, y tenía razón Kant para extasiarse más ante una conciencia honrada, que ante el cielo estrellado.

El Estado será una creación del individuo o coetáneo con él, pero sea lo uno o lo otro, es un medio puesto a su servicio.

En las apariencias, la desigualdad entre esas dos entidades, el individuo y el Estado, se mide por la que hay entre el ser humano humilde e ignaro, y el hombre de Estado omnipotente. No importa

Digitized by Google

que aquél esté atado por la cadena de la rutina al pan cotidiano; es un derecho, porque es un alma con aspiraciones que no se agotan.

Y la Constitución, en la democracia, deberá ampararlo sin restricciones.

Claro está que la Constitución puede ser o no, escrita. Las reglas jurídicas como las reglas morales, pueden no salir de una elección y ser la consagración de la historia y del tiempo, pero siempre deberán ser la expresión de la voluntad general.

La tradición en nuestro país, que siguió y acentuó la Constitución del 34, es, no el régimen representativo sino la votación directa para la formación constitucional.

El régimen representativo se aplica a las funciones orgánicas de los poderes ya constituídos, pero el poder constituyente surge del pueblo directamente. La Constitución es un documento de mandato, y los documentos de mandato son indelegables.

Sólo se delegan las funciones del mandato, pero no el título que lo erige, lo mismo en el orden del derecho público que en el orden del derecho privado.

Habríamos deseado que el plebiscito fuese el resultado de una mayoría más amplia que la de la mayoría de los ciudadanos hábiles para votar.

La votación constitucional con mayor razón que cualquiera otra, debe ser la expresión de la generalidad.

Y si se piensa que eso sería hacer de la constitución una entidad conservadora, afirmamos que es hacerla cuanto más votada más democrática.

Convenimos, eso no obstante, en que por razones circunstanciales puede atemperarse el rigor de la regla. Por ejemplo, por razones políticas, ya que no jurídicas, no sería racional que una Constitución votada por simple mayoría, no pudiera ser reformada sino por altos porcentajes.

Pero no basta ese control para asegurar el derecho, todos los derechos. Si eso bastara podría delegarse el Poder Legislativo y aun todos los poderes, en una sola persona. Los países totalitarios la propugnan, y dicen, acaso no sin razón, que sus dictadores están consagrados por la voluntad nacional.

Pero no basta una elección para forjar una democracia, y sobre todo para conservarla.

Ni por medio de sus representantes, ni de una manera directa, tendría derecho el pueblo de perpetrar una injusticia o cometer una inmoralidad.

La doctrina arcaica del buen déspota, se reviste al presente, con el ropaje de la dictadura. No hay para qué invocar las razones que la repudian.

El despotismo, aun ilustrado, aun patriótico, se hace prepotente y tiránico, y los hombres bajo el cual viven, se abandonan y se enervan.

Digitized by Google

La ciencia del derecho ha organizado los métodos de la auto-limitación del pueblo y de los gobernantes. La causa primera puede ser única, pero las causas segundas son numerosas. Pero en unas y en otras debe aplicarse el mayor número de voluntades que sea razonable conseguir.

Sin esta autolimitación como punto de partida, como medio de acción y como trámite final, la causa del derecho no alcanza sino una situación precaria, al borde mismo de la desaparición.

El primer órgano representativo en el orden lógico, que debe tener una democracia, es el poder electoral.

En la Constitución del 34 y en las leyes, está organizado como una auténtica magistratura. Está formado por los partidos, y en su mayoría decisiva no por cada uno de ellos, sino por el acuerdo de los dos. Los magistrados, de cualquiera naturaleza que sean, ante todo han de ser imparciales.

Su misión única es discriminar los hechos y aplicar el derecho conforme a la ley. Un legislador, un administrador, puede proceder en contemplación del interés público, con arreglo a sus convicciones; pero un juez no debe tener otro criterio de conducta que la ley que la aplica aun cuando la considere mala y en contradicción con sus principales puntos de vista. La jurisprudencia pretoriana tiene entre nosotros muy angosto margen y carece de fuerza obligatoria para la práctica sucesiva. En realidad pues, la Corte Electoral es designada por unanimidad.

El régimen que rige en la Constitución del 34 para la designación y gestión de los ministros, responde a la coordinación de dos tipos de gobierno: el presidencial y el parlamentario. El Presidente designa a los Ministros pero el Parlamento puede revocarlos. El Presidente debe elegir los ministros de entre las dos mayorías más numerosas. La coparticipación de los partidos en el gobierno es una institución constitucional. Y el Parlamento no tiene iniciativa en cuanto a la designación de las personas. Si faltara esta restricción, doble, que constituye una contrapartida recíproca, el Presidente podría establecer el unicato en el Gobierno.

La política de partido puede ser en algunos lugares y momentos la solución de emergencia. Hoy no es así. En un pueblo de generalizada cultura como el nuestro, en que hay cada vez mayor número de ideas y sentimientos comunes, en que los viejos cintillos apasionantes, se pierden en las lejanías del recuerdo histórico, la política de partido es sólo, una concupiscencia burocrática.

Y de la otra parte, si el Parlamento pudiera indicar los ministros, él sería quien podría establecer aquel unicato, y no dejaría de hacerlo, en medio de las pasiones de la lucha política. Presidente y Parlamento forman el eje alrededor del cual gira el gobierno. La solución constitucional es la solución realista de la cuestión.

Digitized by Google

Ha sido para nosotros dudosa, y como asunto dudoso ha sido debatido en la cátedra y en la justicia, si antes de ahora, no tenían los jueces el derecho de no aplicar las leyes inconstitucionales. Si a pesar de tener el Poder Ejecutivo la facultad reglamentaria, el Juez entre el conflicto entre la ley y el decreto ilegal tiene el deber de aplicarla, de la misma manera entre la Constitución y la ley tiene el deber de aplicar la Constitución, aun cuando el legislador tuviera, como tenía bajo el antiguo régimen, la facultad de reglamentar la Constitución.

Pero sea de esto lo que quiera, la Constitución del 34 ha cortado la polémica.

Sin ese control la acción parlamentaria sería avasalladora.

Los Jueces no tienen otro mandato que cumplir la ley, y en primer término la ley constitucional, la suprema norma jurídica, según los dictados de su leal saber y entender.

Y quien dice Constitución dice brújula, norte, respeto de la autoridad del Estado y del derecho de los individuos.

Así como el recurso de inconstitucionalidad es el recurso contra la omnipotencia legislativa, el recurso ante el Tribunal de lo Contencioso, es la garantía contra la omnipotencia de la administración. Cierto es, que bajo el imperio de la vieja Constitución, los actos del Poder Ejecutivo, lesivos del derecho, podían originar recursos ante los jueces del derecho común, que podían condenarlos e imponer los perjuicios causados. En esta parte, la nueva Constitución nada innova. Queda como estaba el recurso que llamaríamos de la indemnización. Pero innova en cuanto crea una acción directa contra el acto ilegal para anularlo, sin perjuicio de la indemnización que correría por separado.

Es sabido que el derecho común cubre lo Contencioso administrativo en los pueblos sajones, a la inversa de lo que ocurre en la Europa Continental, donde las contiendas de la Administración como tal, tienen tribunales propios.

La Constitución del año 34 toma del régimen contencioso, el recurso por ilegalidad. Este recurso, abierto ampliamente contra el abuso o desviación de poder, es el toque definitivo del Estado de derecho. Lo que en Francia ha costado una formidable jurisprudencia durante más de medio siglo, lo hemos logrado por un precepto constitucional.

Se trata en efecto de una noción de legalidad precisa y sutil que se impone.

La legalidad o ilegalidad del acto no está en las formas, sino en el fin, en la intención. Si el acto tiene por fin, el fin del servicio para que ha sido dado, será equivocado o no, pero no es ilegal. En cambio si la intención es extraña al servicio, el acto es ilegal, porque no ha sido autorizado por la ley.

Digitized by Google

En la obra de la cultura espiritual hay que imitar los métodos de la tierra.

El labrador que en su predio quiere realizar la cultura integral, planta los grandes árboles que dan abrigo y frutos a las generaciones; pero próxima a ellos siembra la semilla que ha de darle el sustento del año.

En sus grandes líneas hemos esbozado los dos tipos de gobierno que luchan por el dominio del mundo.

Ante la grandeza monstruosa del Estado, alzada sobre la ruina de la personalidad humana, estamos con ésta, que no es incompatible tampoco con aquella grandeza.

Nos es grato reemplazar el sable y el bastón de mando de los dictadores, imagen de la fuerza, por la imagen del cerrado paraguas de los gobernantes de inspiración democrática, desde Luis Felipe hasta Neville Chamberlain.

DEMOCRACIA Y ESTATISMO

¡Qué lejos estamos del Estado juez, del Estado gendarme y encargado tan solo de la administración de los bienes fiscales cuya estructura se estudiaba, a fines del siglo pasado en la Facultad de Derecho, en estos días de hipertrofia de lo que entonces se llamaban los fines secundarios del Estado!

Es verdad que la base de nuestra legislación es siempre la propiedad individual, y sus derechos se respetan, pero al lado de ella, en la realidad, se ensancha cada vez más la propiedad del Estado, basada en el monopolio de innumerables actividades. Y decimos monopolio por cuanto aunque muchos no se descubren, se señala el monopolio por los medios con que lucha, en una concurrencia imposible para la actividad particular.

Llamamos estatismo a ese monstruoso crecimiento del Estado, y lo reputamos nefasto para la vida económica del país, y sobre todo, para su existencia política e institucional.

Además de sus fines esenciales, la justicia, la policía, el ejército, la administración de los bienes patrimoniales, tiene el Estado la función de administrar la cosa pública, regulando, coordinando, estimulando y aun directamente operando, toda vez que la iniciativa particular sea impotente o deficitaria. Es vastísima la función del Estado en esta esfera, y crece con la complejidad cada día creciente de la vida social.

Obras públicas, carreteras, caminos, en el orden material. Instrucción pública, en sus múltiples ramas, salud pública, servicios públicos, son otros tantos capítulos de que no podría desentenderse sin entregar el país a la disolución y a la barbarie.

Digitized by Google

Pero no todos esos cometidos es fuerza que los desempeñe de una manera directa.

Entre nosotros se tiene la experiencia de algunos servicios públicos que el Estado o sus órganos atienden directamente, y otros entregados a la iniciativa privada por intermedio de concesiones libremente pactadas. Sin que se pueda a este respecto, adoptar fórmulas universales, opinamos que del punto de vista económico, optaríamos por el régimen del arrendamiento o la concesión.

Si se desea como todos lo desean, atraer inmigrantes que aporten fecundo caudal de energías y de trabajo ¿por qué resistir la reincorporación de esa otra inmigración «d'élite» que trae al mismo tiempo que sus capitales, su trabajo inteligente y su experiencia en el manejo de los grandes negocios? Que venga la materia pero que venga también el espíritu, el calor y la luz del sol.

Se dice que las empresas que invierten su dinero se llevan el rendimiento, pero ¿no lo llevan también los inmigrantes y no sale en forma de servicios de empréstitos, con los que, en todos los casos, hemos instalado y hecho funcionar las empresas manejadas por el Estado?

Convenimos, sin embargo, en que el Estado debe tener intervención rigurosa en la marcha de las empresas, en los precios del servicio, en las tarifas, para contemplar el interés general.

Oímos decir que la propiedad del país se ha acrecido inmensamente con el valor de la propiedad industrial. Pero se trata de una ilusión. Todo lo que vale esa propiedad como instalación material tiene su contrapartida, por cierto bien pesada, en los capitales que ha costado, en general producidos por los empréstitos que hay que servir y amortizar; y en la parte industrial es fruto del impuesto, o sea del monopolio directo o indirecto, que es el tipo más alto del impuesto, aunque no lo parezca. Decir que esto enriquece al país, tanto valdría como afirmar que son riquezas públicas los veinte y tantos millones anuales de las rentas de aduana, o los diez millones y pico que se recaudan en la contribución inmobiliaria. ¡No! La riqueza verdadera es la que crea el vigor y la habilidad en el campo de la libre concurrencia, y no la que forja el monopolio enervante.

El Estado ha invadido entre nosotros todas las actividades. Y si se sigue ese ritmo no habrá ya espacios para la actividad particular. Y esta forma de socialismo práctico es la más insidiosa de todas, mucho más que el socialismo teórico, que si bien desapodera a los particulares de los instrumentos de producción, es para entregarlos a las colectividades públicas con absoluta independencia de la autoridad de los gobernantes.

La juventud no tiene entre nosotros más perspectiva que el empleo público. Si el Estado día a día ciega una fuente de trabajo, hoy, el alumbrado público, la fabricación del alcohol y del portland, ma-

Digitized by Google

ñana los ferrocarriles y demás medios de transporte, no queda otro remedio que ponerse mediante una retribución al servicio del Estado. Con la mejor buena fe del mundo queremos reconocerlo; parece que los partidos gobernantes hubieran querido formar sus cuadros de lucha dentro del presupuesto. Y como sería inicuo que un solo partido disfrutara de todos los puestos, habrá que distribuirlos en proporciones que asumen ya caracteres fantásticos.

Tememos quedarnos cortos si decimos que el 25 % de los habitantes de nuestro país forman parte del personal del Estado. Vivimos en plena burocracia, y la burocracia es, como se ha dicho, la plaga de los Estados modernos.

La burocracia es la degeneración de la democracia. No es el mal económico el mal grave, es el mal político. Corrompe a los electores, que pierden de vista el interés público, bandera de principios y de propósitos desinteresados, sustituída a sus ojos codiciosos por el interés material; y corrompe a los elegidos, obligados a servir, para sostenerse, aquellos apetitos inferiores.

En Inglaterra los empleados públicos, aun los de la administración civil, están privados del derecho de sufragio. Y entre nosotros se ha querido atemperar el mal por la institución del voto secreto.

El voto secreto atempera en efecto, pero no cura. Sin que haya medida alguna que pueda evitarlo, los partidos que cuenten con la mayor parte de los empleados pueden, con excepcional facilidad, organizarlos dentro de las posiciones oficiales que ocupan y darles una impulsión que no se detiene.

Una extraña fuerza de gravedad arrastra a estas privilegiadas falanges de partidarios. Y al fin, dirigentes y dirigidos se confunden, porque están identificados en el mismo interés.

La inhabilitación para el voto del soldado, el voto secreto, la cultura política intensificada en cada campaña electoral, disminuyen el mal, pero el verdadero remedio consiste en atacarlo en su causa central.

La bandera desplegada por el Dr. Terra el 31 de Marzo de 1933, llevaba inscripta la reacción contra nuevos entes autónomos industriales, contra el aumento de creaciones burocráticas, contra la persecución del capital en las empresas públicas, y constituía un movimiento decisivo, en favor de la paz económica y social. Y bien. El remedio del estatismo es la práctica estricta e inmediata de ese programa.

Contra la plétora de empleados públicos, no desearíamos medida alguna de carácter drástico. No tienen los funcionarios, la propiedad jurídica de los empleos, porque esa propiedad sólo podría nacer de un derecho subjetivo de carácter contractual, en tanto que sólo nace del derecho objetivo que hace y deshace la autoridad. Pero tienen una propiedad moral que el Estado debe honestamente respetar. Mas dentro del debido respeto ¿no podría invitar a los empleados, y aun im-

Digitized by Google

poner en todos los casos que corresponda, la conversión del empleo en otras actividades más fructíferas para todos?

Desde luego nada obsta a que el P. E. propicie una autolimitación en la provisión de una parte de las vacantes, cuyos empleos quedarían suprimidos.

Y además de esto, y como medida de resultado inmediato, aquello otro: la formación de un fondo destinado a un gran empréstito patriótico para convertir en productores útiles a los empleados parasitarios.

Hay que llevar a la tierra a nuestros compatriotas; a la tierra nutricia que aun en los grandes pueblos manufactureros, es la fuente de vida.

El trabajo de la tierra es rudo, pero es grato. El que la trabaja a cielo abierto, en cierta manera mejora la obra de la creación.

Cierto es que la tierra encallece y endurece la mano que la acaricia, porque es siempre áspera, y se apodera del que la cuida y se identifica con él. La mano del labrador, cuando la levanta del surco, parece que tuviera la forma de una raíz. Pero en cambio, da independencia, da seguridad, abre perspectivas, da para el cuerpo, el sustento y para el alma, la flor.

Esperemos que se inicie, bajo el actual gobernante, el segundo período, también histórico, del movimiento de Marzo, continuación del primero, y debemos esperarlo porque como lo dijo una voz autorizada, al elegirlo el país, cifró en él su confianza y su esperanza.

DEMOCRACIA Y DICTADURA

Fácil es distinguir, en las representaciones materiales, la democracia y la dictadura. El gobierno del pueblo es la democracia, el gobierno de un solo hombre es la dictadura. Pero el gobierno del pueblo no puede practicarse jamás de una manera completa, y de ahí, los gobiernos representativos que también pueden ser democráticos. Pero el gobierno del pueblo para el pueblo, aun practicado integralmente, podría no ser democrático por ser tiránico. Si el pueblo arrasa las libertades individuales y establece un régimen de desigualdad y de injusticia, de desprecio de las normas jurídicas, aunque parezca paradojal, el pueblo no realiza un régimen democrático.

Un gobierno, en que el pueblo no actúa sino por medio de sus representantes, pero en que están abiertos todos los caminos para hacerse oír y sentir, libertad de la prensa, libertad de reunión y asociación, en que la opinión envuelve todos sus actos, es democracia. En cambio, los césares y los dictadores, aun plebiscitados todos los días, no dejarían de actuar en el cesarismo y la dictadura.

La democracia es el régimen de la libertad y de la igualdad. Y concentrando los conceptos, se podría decir que es el régimen de la

Digitized by Google

igualdad. La libertad sin la igualdad, es la libertad de morirse de hambre. Y la igualdad sin la libertad, es una contradicción en los términos.

La libertad es un concepto poco visible para las masas, es más bien un concepto abstracto, la posibilidad de hacer o de no hacer; en cambio, la igualdad se impone y obtiene naturalmente las simpatías de la generalidad.

El concepto de democracia se construye sobre el concepto de igualdad. Todos los hombres son iguales, no es racional que ninguna voluntad prevalezca sobre otra. Y si una sola no debe prevalecer, tampoco, muchas unidas. El número no puede cambiarles la esencia, y por eso Juan Jacobo Rousseau llegó a la conclusión de que la democracia no debe ser el gobierno de la mayoría sino de la unanimidad.

No obstante, en el orden de las aplicaciones prácticas, aceptaba el principio de la mayoría, en el que veía, tras los desacuerdos aparentes, la voluntad general, incluso la de aquellos que no la habían acompañado, simplemente por equivocación.

Por nuestra parte, dejando de lado las sutilezas, retenemos la afirmación fundamental de absoluta evidencia en el orden teórico: la democracia es el gobierno de la unanimidad. Ese principio es la estrella conductora en los cielos y la sonda en los mares que muestra los escollos que hay que evitar.

Con el principio de la unanimidad se tiene el medio si no de impedir, de alejar todos los males de la democracia.

No podrá ya haber clases de individuos privilegiados en el seno de la sociedad. Ni siquiera las mayorías por el hecho de serlo tendrán el derecho de gobernar de manera exclusiva, y oprimir a las minorías. La mayoría, el número, como tal, es la fuerza y no el derecho.

El Estado, o más concretamente el gobierno en la democracia, es la coordinación de los derechos individuales. Donde quiera que desaparecen, con ella desaparece la democracia y surge el régimen de la dictadura.

La dictadura, tiene sus seducciones, y en ciertos momentos y de una manera contingente, su razón de ser.

Ante la anarquía de los derechos individuales, que movidos por el egoísmo pugnan por avasallarse; ante los impulsos de las masas de las clases más numerosas, desatadas, se alza la causa del orden, encarnado casi siempre en las formas monstruosas de las dictaduras. Pueden propugnar por fines generales y desinteresados, por propósitos que hipnotizan y arrebatan a los pueblos, pueden ostentar virtudes resplandecientes, pero son contrarias a la naturaleza humana, que aspira a vivir según la regla de su origen, que es la igualdad.

No tardan los pueblos en desengañarse de ellas y encontrar allá en el fondo, una cosa bastante torpe: el despotismo.

La democracia respeta los valores fundamentales del hombre, re-

Digitized by Google

presentados por todos los hombres. La dictadura, en el mejor de los casos, aun en el caso de estar ungida por el voto de la mayoría, hace a un lado muchos de esos valores, o sea todos los que se hallen en minoría, o sea el hombre mismo, suprimido o subordinado a los intereses inflexibles del Estado. La democracia es el gobierno de la unanimidad. La dictadura, el régimen de la mayoría sin control.

Es evidente que la regla de la unanimidad, irreglamentada, llevaría al caos.

La Sociedad de las Naciones, cuyos componentes que son Estados soberanos, no pueden sino aplicar la unanimidad en los momentos más graves, está condenada a la inacción. Y el *liberum veto* de la Dieta del antiguo reino de Polonia, concluyó por causar su ruina.

La unanimidad es la regla ideal, a que no podrá llegarse nunca, pero a la que hay que acercarse por el método de las aproximaciones. Y en el orden práctico buscando cada vez una base mayor para las decisiones.

La unanimidad, imposible, se convierte así en la decisión tomada por el mayor número de voluntades que sea posible.

En la reglamentación indicada está la consolidación de la democracia.

No creamos en los gobiernos fuertes en el sentido de gobiernos autoritarios; creamos más bien en los gobiernos débiles, como los deseaba Jules Ferry, para la Francia, en el sentido de gobiernos impersonales y respetuosos de la ley.

No vemos remedio en el cambio de estructura de los Poderes Legislativos. Dar como se ha propuesto, representación a las clases, a los gremios sociales, a las corporaciones, a las familias, es intentar la aglutinación de elementos heterogéneos, destinados a luchar y a destruirse. El interés público, no es una suma de intereses particulares sino una coordinación. Las notas aisladas de la más genial de las sinfonías, no son sino ruidos desapacibles. El ritmo de una marcha sorprendido por el objetivo, no da sino líneas grotescas porque no puede trasladar la sucesión armónica de los movimientos.

Tampoco es el *referéndum* o en el voto directo del pueblo, encontramos la solución. El voto directo sólo es un desplazamiento.

Pero hay que reglamentar la regla de la unanimidad. La regla absoluta no puede existir, como no existe la línea pura de las matemáticas en la naturaleza. Y es del caso constatar que a estos resultados tiendan la ciencia constitucional y la política, en la hora presente.

El primer paso ha sido la representación proporcional. En realidad, una corporación elegida así, es elegida por unanimidad. Ni un voto se ha perdido; ni un voto ha dejado de pesar en los resultados.

Y del orden de la representación, que es el campo en que actúa el derecho electoral, se pasa paulatinamente al de la *decisión* en las distintas jurisdicciones del gobierno. Las mayorías, de 3/5, de 2/3 y

Digitized by Google

hasta de 3/4 en ciertas graves materias, tan generalizadas en todas partes, son la prueba de que se desvanece el mito de la mayoría soberana.

La frase vulgar de que la política es una serie de transacciones, tiene un profundo sentido. Mediante las transacciones se acercan las soluciones a aunar el mayor número de voluntades, *rayano a las veces*, en la misma unanimidad.

¿Cómo se ha llegado en nuestro país, a realizar ensayos de verdadera democracia? Por las transacciones, en las que todos aceptan términos comunes para la acción, comparten el terreno y dividen el sol, y al aceptar esto, aceptan implícitamente los resultados. No prejuzgamos sobre las modalidades de esa transacción, su alcance y sus formas, pero afirmamos que es necesaria.

La Constitución del 34, no obstante sus defectos, está destinada a durar.

Pues bien; esa Constitución es la transacción constitucionalizada.

Lo que los partidos realizaban, aun haciendo violencia sobre sus pasiones, la Constitución lo tomó y lo consagró. Y acaso lo que pareció sólo una solución de emergencia, sea la definitiva solución.

La Constitución en efecto, para algunas medidas de gobierno, exige porcentajes mayores de las tres cuartas partes.

La mayoría no es pues la regla sagrada. Es sólo una regla relativa, a falta de otra, cuya evolución racional debe tender a alcanzar la mayoría mayor en busca del ideal que es, lo repetimos, la unanimidad.

Cuando no deban producirse graves males por la falta de actividad en el gobierno, hay que ir sin vacilación a las mayorías calificadas.

Es de la esencia del gobierno dictatorial que los órganos de la autoridad pública procedan por sí mismos, y sin control alguno positivo. Es de la esencia de los órganos democráticos someter al control todos y cada uno de sus actos. Ese control será preventivo o *a posteriori* según las circunstancias lo aconsejen, pero será.

Ese control es la salvación del derecho, de todos los derechos.

Es posible haga más lento el ritmo de los progresos.

Una mayoría que se considera soberana y dueña absoluta de la verdad, puede en más breve término lograr talvez beneficios materiales; pero siempre al precio del derecho y la libertad.

La democracia es más lenta en el desenvolvimiento de la acción, pero resguarda el derecho de las minorías, de todas las minorías y con ellos los fueros de la humana personalidad.

Por lo demás, las ideas para ser fecundas deben ser aceptadas por las grandes mayorías. Aunque sean buenas, si suscitan enconadas oposiciones, es porque la hora de su madurez no ha llegado, y esas oposiciones casi siempre las malogran y desnaturalizan.

Con la marea que sube, sube todo y si pudiera imaginarse que

Digitized by Google

las aguas se elevan en planos diferentes, se tendría la imagen de la inestabilidad, del vértigo y del abismo.

Rousseau echó la simiente de la unanimidad como base de la democracia. Inglaterra, la incorpora a su vida política al considerar como lo hace a la oposición misma factor de gobierno. El gobierno de opinión que planea allí sobre los partidos, no es otra cosa que el gobierno sostenido por todos. A eso tiende nuestra Constitución que organiza, por lo menos con dos partidos al gobierno, y establece numerosas mayorías calificadas para tomar decisiones legislativas o administrativas. Y lo ha consagrado en términos explícitos desde su alta cátedra H. Kelsen, el más grande constitucionalista de nuestros días.

DEMOCRACIA POLITICA Y SOCIAL

Es democracia política la supremacía de los principios que aseguran la existencia de la personalidad humana y su perfeccionamiento por medio de su intervención en el Estado; y es democracia social la prevalencia de esos mismos principios en la vida de relación entre todos los componentes de la sociedad. Hemos dicho que la democracia es, en esencia, el principio de la igualdad. Una y otra constituyen la misma cosa. Son las dos caras de la medalla que sólo se diferencian para analizarlas.

Pero ¿qué es la igualdad? En el sentido clásico su naturaleza se determina por su complemento: la igualdad ante la ley.

Conviene aclarar las dudas que la frase suscita.

¿Bastará establecer lo que los antiguos publicistas liberales, llamaban *el medio libre?*

No, en verdad. En la lucha entre el fuerte y el débil, la libertad es la que oprime, y la ley justiciera es la que salva y la que redime.

Claro está que la ley no puede contra la naturaleza, que establece entre los hombres fatales desigualdades. ¿Cómo dar fuerzas internas a las debilidades congénitas, aptitud a la inepcia, generosidad al corazón egoísta, siempre dispuesto al mal?

Así como la mano del hombre no puede doblegar las montañas ni levantar los valles, no puede tampoco corregir las humanas desigualdades. Pero puede atenuarlas como puede canalizar la furia de las aguas que se precipitan de las alturas, y convertir las inundaciones de la hondonada, en irrigación saludable.

El Estado, en cuanto sea posible debe formar el medio, no sólo libre *sino igualitario.*

Casi todas las desigualdades son la obra de la injusticia humana. Y de ahí las inquietudes de nuestros tiempos, deseosos de remediarlas, y las rebeldías de las clases perjudicadas.

El Estado no puede presenciar indiferente la lucha entre los di-

Digitized by Google

versos componentes sociales, aun cuando sería contrario a la democracia y a la igualdad, que resolviera la lucha en favor de algunos de ellos.

Está en el deber de establecer las condiciones para que la lucha sea leal, para que ninguno abuse de aptitudes que no sean exclusivamente suyas, para que no sea masacrado el vencido. Esto es lo que concebimos como medio igualitario.

El fascismo y el nazismo bien parecidos en sí, anulan la personalidad humana, y aunque esto que vamos a decir, parezca una paradoja, la anulan porque la exaltan.

Toman algunos de los grandes ideales del alma humana, el culto de la familia, de la nacionalidad, de las viejas creencias, de la gloria, del honor, del valor militar, y embriagan a las masas dispuestas a abdicar en el Estado, en un arranque de misticismo, lo mejor de ellas mismas.

Esta situación no puede llegar a ser una situación social. Sólo en casos extraordinarios puede constituir una situación individual digna de respeto. El sentimiento no es la base de la vida, ni de las relaciones de los seres, dotados de pensamiento y de razón.

Una minoría, una sola que se rebelara, bastaría para desmoronar el edificio. Y hemos dicho antes que ninguna fuerza, o lo que es igual ninguna mayoría, puede anular la voluntad de una sola persona, idéntica en esencia a todas las otras.

Cierto es que, y esto conviene repetirlo, hay que realizar actos a la presión de la vida, cuyo ritmo no se interrumpe. Pero hay principios intangibles, derechos, super-derechos, como los llaman muchos publicistas que constituyen el paladium de la personalidad. Y como aquellos sistemas totalitarios los desconocen se ponen al margen de la democracia.

Para establecer la democracia es menester fijar dos condiciones ineludibles. Establecer un conjunto de recursos destinados a obtener la opinión de las grandes mayorías depurada de todo arrebato o irreflexión, para lo cual las resoluciones han de ser tomadas por diversos órganos controlados entre sí; y establecer algunos principios básicos, dogmáticos mismo, superiores a cualquier sanción popular. Los atributos de la persona forman parte de esos principios.

La voz del pueblo es la voz de Dios; pero como dijo Bossuet, Dios mismo necesita tener razón.

Y el comunismo a su vez, ¿puede ser considerado un régimen democrático? Hacemos a un lado su condición de gobierno de clase.

De la minoría o de la mayoría, como el fascismo y el nazismo, suprime los derechos de la humana personalidad, con circunstancias excepcionalmente odiosas.

Borra los grandes anhelos del alma, cierra las visiones del espíritu que constituyen la eterna historia de las generaciones, para envolver al hombre en el círculo de sus apetitos sensualistas. Aspira a

Digitized by Google

crear para el hombre un paraíso materialista, dentro del cual nace y ha de morir. Todo pensamiento ulterior está abolido como destinado a enervar su acción en la vida. La religión es el opio de las almas, está escrito en el frontispicio del Kremlin. Y bien; ¿quién habrá que juzgue como base de la civilización una finalidad tan mísera, alcanzada por todos los medios, y en primer término por la opresión y el terror?

El comunismo como doctrina metafísica que pone el estómago arriba del corazón y desconoce al alma como valoración superior, sólo por ironía puede ser afirmado como doctrina democrática.

El fascismo y el nacional-socialismo son la dictadura del viejo Estado clásico, que eso no obstante, ostentaba bajo algunos respectos cierta grandeza, pero el sovietismo es la dictadura del proletariado, azuzado en sus pasiones, hipertrofiado en sus intereses materiales, — engañoso siempre, — entregado como víctima a las manos ensangrentadas de un dictador.

Las masas populares después de haber dado su adhesión entusiasta a la divisa democrática que ostentaba el lema de «Libertad, igualdad y fraternidad» que la Revolución francesa hizo dar la vuelta al mundo, han ido concentrando su fanatismo, y todo él, en la igualdad. La libertad les ha parecido una noción sin contenido visible y la fraternidad un concepto puramente sentimental.

La igualdad, en cambio, es la divisa de la democracia popular en la hora presente. O la democracia se hace social, o sea igualitaria, o no existe ya con la atracción y el encanto de otros tiempos. Es una etapa quemada en la evolución de las sociedades. Esa es la realidad.

Los progresos de la industria y del maquinismo acabaron con la esclavitud brutal de hombre a hombre. Pero comenzaba a perfilarse una nueva esclavitud; la del hombre respecto del útil y del implemento mecánico. La democracia social, en la forma de las leyes con que se expresa la justicia social, ha detenido aquella esclavitud.

La justicia contempla en cada hombre un valor humano. Basta ya de jornadas agotadoras y de sueldos de hambre, regidos exclusivamente por la oferta y la demanda. Basta ya del escándalo del trabajador en la desocupación forzosa. Basta del desamparo de la mujer y del niño y del obrero que ya ha llegado a los años cansados.

La igualdad democrática debe reparar estos males, sin quebrar los resortes de la voluntad y de la iniciativa particular.

Si hubiéramos de trazar una línea normativa a este respecto, diríamos que la ley puede avanzar hasta donde le sea posible, luchar con éxito contra las desigualdades, y detenerse en el punto en que su acción quebrantara el esfuerzo fecundo de cada hombre libre.

Habrá siempre desigualdades en la vida, diferencias entre los trabajadores, por la mejor aplicación de las aptitudes, y las exigencias de la organización social. Pero que esas diferencias no surjan de causas

Digitized by Google

antinaturales, de injusticias y abusos. ¡Que sean como los varios perfumes del jardín, cada uno de los cuales impregna una onda de aire, como el rayo de luz cuyo blanco seno encierra todos los colores del iris!

La democracia respeta la personalidad humana, y no busca disminuirla, ni menos reemplazarla, sino sólo fortalecerla.

Los regímenes dictatoriales, que según conceptos más o menos superiores, divinizan al Estado, prescinden de la mitad más alta y más pura del hombre.

Lo atan a la gleba, al taller, donde sus oídos no oyen sino los cánticos rústicos de la tierra, o la música reglamentada de las usinas, y sus ojos no pueden alzarse jamás, al cielo y a las alturas.

NUESTROS PARTIDOS TRADICIONALES Y LA DEMOCRACIA

Así como el filósofo, del dato subjetivo de la existencia del pensamiento dedujo su filosofía de la vida y del mundo, Montesquieu sobre cuyo espíritu irradiaba la claridad cartesiana, del dato de la personalidad, con sus atributos necesarios de la razón y la libertad, cimentó, con perenne firmeza, las bases del derecho público y privado. Y nuestro país, hijo de la latinidad y espiritualmente de Francia, es en filosofía, racionalista, y en política democrático.

Sea cual fuere el origen histórico de nuestros partidos tradicionales, hay que constatar que los dos fueron como son esencialmente democráticos. Que el uno haya estimado más el principio de libertad, que el otro haya exagerado más el principio de autoridad, eso no altera las cosas. En el pasado, las reivindicaciones del uno y del otro, aun en el terreno de las armas, invocaron el respeto de iguales instituciones, y los fueros de la personalidad humana.

Que haya habido más adustez en el uno, y más llaneza en el otro, eso no hace a ninguno más o menos democrático. Convertir en gesto de democracia cualquier apariencia exterior es una vulgaridad.

Sólo en los días de la influencia del comunismo libertario en las grandes ciudades de España, se consideró como adhesión al proletariado andar en mangas de camisa u olvidado del cuello y de la corbata.

En los primeros tiempos nuestros partidos fueron bandos de guerra que no debatían sino intereses políticos con legitimidad, que alternaba, de uno en otro. Esa lucha se encarnaba en sus caudillos máximos, de un lado Rivera que se juzgaba injustamente perseguido; y del otro Oribe, que defendía por todos los medios su investidura constitucional. Más tarde había de ser Flores que también por todos los medios levantaba al país contra Berro, el gobernante legal. Y las luchas fueron terribles, atroces. ¡Vae victis! ¡Ay de los vencidos de India Muerta, de Quinteros, del Sauce y de Paysandú!

Corrieron los tiempos y se fueron olvidando los rigores del sitio y las luchas contra la intervención extranjera en Montevideo y en

Digitized by Google

Paysandú. Y a fines del siglo pasado, la lucha violenta todavía entre blancos y colorados, fué una lucha de caballeros.

Y en la actualidad casi todos los grandes ideales entre blancos y colorados son comunes. Y aun las tendencias ultrademocráticas están por igual repartidas. Hay una extrema izquierda nacionalista y una extrema izquierda colorada. Y si se quiere considerar como conservadora alguna tendencia, tiene sus representantes notorios en los dos partidos.

Queremos de paso decir que no juzgamos antidemocrática esta tendencia. Sólo puede ser calificada así con propósitos de proselitismo. La libertad misma, en los tiempos que corren, se hace un poco conservadora para no caer en el exceso de la demagogía y la anarquía, cuyo hijo es siempre el tirano.

Un partido no es una ideología, ni una escuela política. Es una asociación de ciudadanos destinada a la acción por asuntos de orden público en la esfera de la jurisdicción del Estado. Podrían no diferenciarse ni por los principios, ni por los medios de acción, y sin embargo tener cada uno su propia personalidad.

Los partidos, como las patrias, como las familias, son antes que nada, historia y tradición. Son realidades vivientes.

¿Por qué la patria es como la vemos y no de otra manera? No nos interesa de ella sino su realidad que amamos y veneramos.

En la misma ciudad hay hogares cuyos padres tienen la misma categoría social, cuyos hijos han recibido la misma educación en idéntico ambiente, y sin embargo se diferencian profundamente. Cada uno tiene los mismos lares y penates en la forma de aquellos retratos de los ascendientes que presiden las fiestas de la familia. Cada familia tiene un legado de honor.

Y así son nuestros partidos tradicionales. Cada uno de ellos tiene sus heroísmos, sus luchas desinteresadas, sus visiones del ideal. Y cada uno tiene sus hombres designados por la masa correligionaria, para conducirlos.

Por nuestra parte no sustituiríamos estas fuerzas vivas por otras artificialmente elaboradas. La mano del hombre, sometida a un plan, puede realizar la maravilla de las ciudades con sus esplendorosos monumentos, pero no puede levantar esos eternos monumentos del mar y de la montaña, del campo, del bosque, y del valle esmaltado y sereno. Un airoso edificio se levanta en un día, pero ¡cuántos años no son necesarios para levantar la copa de un roble!

Y así los dos partidos han rivalizado en las grandes realizaciones de nuestro democracia política y social.

El Partido nacionalista alcanzó por su empuje, el voto del tercio sobre el régimen de la simple mayoría; y el Partido Colorado, por inspiración espontánea, incorporó a nuestra legislación el voto proporcional.

Digitized by Google

Y séanos permitido recordar un episodio significativo.

M. Clemenceau estuvo en Montevideo, allá por el año 1909, e hizo llegar hasta mí, a la sazón Ministro del Interior en el gobierno del doctor Williman, su deseo de informarse de nuestra legislación electoral. Cabalmente en esos días habíamos enviado a la Asamblea un proyecto de representación proporcional limitada a los departamentos de Montevideo y Canclones, proyecto muy luego convertido en ley. Y grande fué la sorpresa del famoso político cuando supo que esa iniciativa partía de un gobierno, que contaba con amplia mayoría en el Parlamento.

Y blancos y colorados de acuerdo, han labrado la hermosa obra de nuestras leyes sociales, en la que han hecho avanzada democracia, pugnando por equilibrar todas las grandes injusticias de la cruel lucha por la vida, no para suprimir esa lucha que es la consecuencia de la libertad, sino para despojarla de su crueldad; para hacerla lucha de hombres y no de fierras.

Y para todo esto no requieren otros estímulos que evocar el sagrado altar de caros afectos vinculados en cada uno, a su propio partido.

Las ideologías, las tesis opuestas, no deben ser nunca programa de partidos políticos. Pueden y deben ser objeto de contradicción, pero no en la arena de la política militante, sino en las tribunas de la doctrina.

Cuando las ideas opuestas bajan a la arena candente como banderas de partido ni puede esperarse su dilucidación reflexiva, ni otra cosa que su triunfo por la imposición del más fuerte.

Las ideas nuevas, aun las más atrevidas llegan a formar parte de los programas de partido, pero después de decantadas y extendidas, en los círculos cada vez más dilatados de la opinión nacional.

A este respecto habría una breve ilustración que hacer.

El régimen colegialista entre nosotros, surgió de la noche a la mañana de la cabeza de un estadista, que con su gran prestigio, llegó a imponerla como solución constitucional. ¿Y qué sucedió?

Que apenas sobrevivió a su autor.

En el Brasil, país de tradición unitaria durante siglos, los pensadores de la República, fundaron el régimen federal, que ha dejado ya de existir. Y lo mismo ha sucedido en la vieja Alemania. Sólo dura lo que lentamente crece.

Los programas políticos que no encierran sino ideas, que han llegado a fanatizar a grupos de personas, generalmente profesores y maestros, doctrinarios alejados de la realidad no tienen otro destino que la agitación y la anarquía.

Nuestros partidos, tan vivaces, arraigados en los corazones como el ñandubay en los campos, nos han librado, y nos seguirán librando, de ideas extrañas por completo a nuestro medio. No se respira en

Digitized by Google

nuestro país, ambiente de campos de concentración. Todos respiramos a pulmones llenos los aires de la libertad. Pero la libertad no nos ha llevado a la licencia como les sucede a los pueblos que siempre estuvieron privados de ella.

Los dos partidos aman por igual las libertades humanas, y propugnan por el progreso.

La conciliación entre ellos se ha producido, en todas las soluciones trascendentales. Hubo un tiempo en que la política de los acuerdos, fué mirada con disfavor por el partido que detentaba el poder. Y ese disfavor era justificado.

Los acuerdos se alcanzaban por las violencias armadas, y su realidad era una asechanza. Ese tiempo ha pasado con los grandes progresos de la razón pública, que convirtieron dos bandos en dos agrupaciones democráticas.

La repudiación de la política de conciliación no tiene ya razón de ser. Formulamos no obstante la salvedad de que en el caso que la máquina tropiece, hay que hacerla funcionar, asimismo. Es preferible, ha dicho Sarmiento, que el gobierno marche mal, a que no marche absolutamente. La solución de la unanimidad, no se ha alcanzado, y acaso no se alcance jamás. Pero nuestros partidos se inspiran en ese *desiderátum*, que es la paz y la estabilidad. Cuando el colorado quiera fortalecerse en el culto de la libertad y la independencia, volverá el rostro a los aires generosos de la Defensa. Cuando el nacionalista quiera acrecentar su fervor patriótico, evocará la página heroica de Paysandú. Y los problemas de la hora, son para todos, los mismos. Y como son los mismos, se han de obtener en íntima colaboración.

Juntos alcanzaron la jornada histórica del 31 de Marzo que encierra innúmeras realizaciones, en las que esperamos han de intervenir aún, aquellos mismos que la combatieron.

Las divisas partidarias han perdido sus sugestiones agresivas. Riman entre sí como riman la franja azul de las nubes, con las selvas enrojecidas de los ceibales, en los cuadros de nuestros paisajes.

JOSE ESPALTER.

Digitized by Google

SIESTA PAGANA (1)

El Dragón, la Hidra y el Grifo encarnaban la triple quimera antigua: «el Dragón, que vomitaba fuego; la Hidra, que resoplaba sobre la superficie de las aguas; y el Grifo, señor del aire...»

¡Oh, Musa del Prodigio! ¡Quién te niega!
Los viejos dioses de la Edad pagana
Resucitan a la hora de la siega
En la próvida tierra americana.
Sin comprender, en su indolencia griega,
Miran absortos la labor cristiana.
Media el sol. En esa hora,
La gárrula falange segadora
Bajo el sauzal repara la fatiga,
Buscando apoyo a la cerviz sedeña
Sobre la raíz amiga.
Y cuando duerme, cuando acaso sueña,
Iris levanta, su divina enseña,
Y Ceres, Madre de la rubia espiga,
Va colgando de frutos el ramaje,
En cuanto una india, cándida y salvaje,
Detiénese indecisa
Al ver salir del fondo del boscaje
Un joven Fauno, que con pasmo y risa
Mira goloso su belleza incauta.

(1) MANUEL BERNARDEZ es uno de los altos valores literarios del país que ha logrado consagración crítica en el extranjero. En la Argentina, en el Brasil y en otros países del Continente, su personalidad es notoria. En los círculos literarios españoles se ha difundido también su obra, y a justo título ostenta la dignidad de correspondiente de la Academia Española de la lengua. Comenzó a pensar y a sentir cuando vivía aun la gran generación romántica, y la influencia de ésta dejó huella indeleble en su espíritu. De ello procede la forma discursiva de su prosa y el vuelo imaginativo de la misma. El poeta aparece siempre en ella, con su viva sensibilidad y sus brillantes imágenes, como en la prosa de Gautier aparecía siempre el pintor de los días juveniles. A este sentimiento romántico de la forma agregó la influencia de la cultura humanística lograda, un poco desordenadamente, a lo largo de una vida inquieta, accidentada y nómade, en la que el periodismo, la política, y la diplomacia le requirieron sucesivamente. Nacido el 13 de agosto de 1867, desde adolescente se entregó al cultivo de las letras y fué redactor de periódicos literarios y de diarios de combate. Su vocación le llevó a ocupar un cargo de Consejero en la Dirección General de Instrucción Primaria, pero su espíritu inquieto le arrastró a las luchas políticas, y en 1896, cuando corrían días de crisis revolucionaria, ingresó al Parlamento. Al ser disuelta en 1898 la

Digitized by Google

Esfuerza Pan su melodiosa flauta
Para seguir los bárbaros acentos
Que al llegar el Amor, ruje en su orquesta
Con el suspiro enorme de los vientos,
Toda convulsa, la sensual floresta.
Ruga el esfuerzo la caprina frente,
Pero es el canto idílico impotente,
Y el Dios silvestre resignado calla
Al ver llegar al furibundo Marte
Que en vano busca campos de batalla:
Los Céfiros derriban su estandarte,
Y por benéfico arte
El belicoso acero se transforma
En la mano inmortal; gana la forma
De una pacífica hoz, y el Dios se entrega,
Como un gañán, al goce de la siega,
Mientras duermen las rubias segadoras.
Con vibraciones lentas y sonoras
Tañe en la siesta su ocarina el grillo,
Y a su acorde selvático y sencillo
Pasan bailando las gentiles Horas.
Sin temor a las flechas voladoras
De Diana, pace la inocente cierva,
Y la calandria que el nidal vigila
Se alza de pronto y en los aires canta
Al ver entre el sauzal cómo adelanta
Con su olímpico andar, noble y tranquila,

Asamblea Nacional, emigró a Buenos Aires y se incorporó a la redacción de «El Diario», donde, junto a Manuel Lainez logró posición magistral. La redacción de la Avenida de Mayo era en aquella época centro de la tertulia intelectual de los hombres de letras de 1900, y en ella definió el escritor uruguayo su personalidad y logró singular jerarquía. De regreso al país, en 1910 fué designado Cónsul General en el Brasil y en 1916 se le acordó la dignidad de Ministro Plenipotenciario ante el gobierno de Río Janeiro, donde su posición fué preminente. Con la misma jerarquía pasó más tarde a representar a la República en Italia, primero, y en Bélgica después, hasta que en 1930 se acogió al retiro. Desde entonces vive consagrado a las letras y a enriquecer su bibliografía con nuevos libros. La composición que insertamos es fruto de la revisión de viejos manuscritos inéditos que corresponden a la iniciación literaria; pero ella revela la garra del poeta y el comercio que ya mantenía en aquella lejana época con los clásicos. Las obras de este autor comprenden diversos géneros definidos por los siguientes títulos: «Claros de luna», «Confidencias», «Días de campo», «¡Ave María! Llena eres de gracia», «La muerte de Artigas», «La patria en la escuela», «Himno a Joaquín Suárez», «De Buenos Aires al Iguazú», «La Nación en marcha», «A criaçao do gado no Brazil», «La Cruz de fuego», «O gigante deitado», «El Brasil por dentro», «El Brasil, su vida, su trabajo, su futuro», «Hacia las cumbres», «L'italianita nell'Uruguay», «El tratado de la Asunción», «Rumbo al mar», «Río Branco», «Aspectos ejemplares de la nueva Bélgica», «Las grandes patrias chicas. El Uruguay entre dos siglos», etc., etc.

Digitized by Google

Pisando apenas la menuda yerba,
La Diosa casta, la viril Minerva,
De la verde pupila.
Tras ella trota el plácido Sileno,
Y con un grito de terrores lleno
Que a duras penas de su pecho arranca
Dice: «¡Vi un monstruo colosal! Presumo
Que era un Dragón a vomitar veneno!
Despliega al viento una bandera blanca
Tenue y fugaz, como bordada en humo,
Y asorda el aire con su voz de trueno!»
Neptuno llega, remontando el río,
Pálido el rostro y el mirar sombrío;
«La hidra» clamó, «de los abismos dueña,
Halló a su paso la extensión pequeña;
Por misteriosas fuerzas empujada
Marcha entre montes de coral y espuma
Buscando el rumbo incontrastablemente!
Debe moverla un Dios: entre la bruma
Sentí el resuello de su vida ardiente!»
Y Filomela, con el dulce estilo
Que hace divino su canoro acento,
Trinó: «¿qué pasa en el azul tranquilo?!
Porque ayer noche demandé mi asilo
A un hilo que iba en la región del viento,
Y entre mis dedos, a través del hilo,
Me pareció que andaba un pensamiento!»

«¡Necios!» gritó el atlético Vulcano,
Que en un recodo del camino asoma
Empuñando en su mano
El mazo con que la materia doma —
«Esa es la obra inmortal del genio humano,
A cuyo Mandamiento soberano
El mar se amansa y el cantil se mueve!
El Dragón que te espanta, buen Sileno,
Y la Hidra, dios de las marinas aguas,
Y aquel sutil y leve
Hilo que hallaste en el azul sereno
Filomela, sabed que todo es bueno,
Todo salió radiante de mis fraguas!
Os asombráis porque os habéis dormido
Cuando empezaba la viril pelea,
Y a vuestro negro reino del Olvido
No ha llegado la luz, ni habéis sabido
Cómo triunfó sobre el Dolor la Idea!

Digitized by Google

Triste Neptuno, furibundo Marte,
Volved al sueño y evitad la mofa!
Respeta aún vuestra leyenda el arte,
Aun dice Homero en su perenne estrofa
Del padre Jove el temeroso ceño,
La nube casta y el rencor de Juno.
Marte, abandona la hoz, vuelve a tu sueño!
Vuelve a tu sueño también tú, Neptuno!
Filomela gentil: teje las galas
De tu cantar en dúlcidas endechas,
Mas ve la altura a que tu canto exhalas,
Porque llegan las balas
A donde no las apolíneas flechas!
Preñada de cosechas,
Opima Ceres, vela tú: reposa
De tu augusto cansancio, y vuelve luego
A dar savia y salud al viejo mundo,
Donde agoniza el germen, ya infecundo,
Mientras el buey, la pobre fiera mansa
De andar cansino y tardo,
Al arrastrar la reja
Sólo halla al paso el belicoso cardo,
Que al lirio punza y a la espiga veja.
Entre tanto, ¡Salud! ¡Esfuerzo y Alas!
¡El Hombre espera en tu Justicia, Palas!
Minerva
Irá, si sabe padecer sin queja,
Vencer sin ira y ascender sin alas.
Vulcano
Su vida es corta y su camino estrecho.
Iba por él un animoso pecho:
Cayó una infamia y lo cogió debajo.
Minerva
¡Es preciso matar la vía de hecho!
Vulcano
¡Hay que arrancar la iniquidad de cuajo!
Minerva
Yo regreso al altar.
Coro
¡Paso al derecho!
Vulcano
Yo regreso al Taller.
Coro
¡Gloria al Trabajo!

Paso de la Laguna del Arapey, 1883.

MANUEL BERNARDEZ.

Digitized by Google

PSICOLOGIA DE LA VOCACION [1]

I

Condenar la teoría porque hay hombres que con ella fracasan en la práctica, es tan absurdo como condenar la práctica porque hay hombres de acción que fracasan en la teoría. Los contrastes entre una buena teoría y la práctica no prueban la invalidez de la teoría en la práctica, como una mala teoría elaborada en una buena práctica tampoco prueba la ineficacia de la práctica en la teoría.

Los errores más generales y de importancia, en Psicología, son: 1.º tomar una o algunas maneras del espíritu por todo el espíritu; 2.º considerar los atributos o cualidades como «entes»; 3º razonar como si los fenómenos en cuanto hecho o acto fuesen atributos o «entes»; 4º atribuir al espíritu lo que no es del espíritu; 5.º además de las falacias por confusión, el revés, o sea, *hacer pseudo-distinciones.*

En Psicología es común tomar una o algunas maneras del espíritu por todo el espíritu, a causa, entre otras, de encontrarse sus atributos o

(1) CLEMENTE ESTABLE es profesor *ad-honorem* de la Facultad de Medicina y Director del Laboratorio de Técnicas e Investigaciones Histológicas del Instituto de Neurología. Este hombre de ciencia define en el país un género superior de cultura que participa de las ciencias humanas, de las ciencias físico-naturales, de las ciencias exactas, de las ciencias sociales, de la investigación y experimentación y que aún concilia todo ello con aquella soberana facultad del espíritu que es capaz de crear belleza. Discípulo de Ramón y Cajal, a cuyo lado perfeccionó la disciplina del microscopio y de la investigación y confirmó aquella posición espiritual en que el rigor de la verdad científica no está reñido con la estética, el misterio de la vida, atisbado pacientemente detrás del lente o en el dédalo de la biología humana, ha avivado su ambición de saber, su curiosidad de explorar otros vastos sectores del microcosmos individual y social, y de llevar a ellos el espíritu de análisis, la inquietud del filósofo y la sensibilidad del artista. Nació en San Juan Bautista (Santa Lucía), departamento de Canelones, el 23 de mayo de 1894 y desde la primera infancia vivió en la Unión (Montevideo). Hizo estudios libres en la Universidad y reglamentados en el Instituto Normal, con el goce, en éste, de una beca, ganada, primero por concurso de oposición y luego otorgada como premio a la mejor escolaridad; por concurso de oposición obtuvo también el primer puesto y así se inició, en 1913, en la enseñanza primaria; en 1914 fué designado profesor de Historia Natural y luego, catedrático. Nombrado en 1918 Maestro de Conferencias adscripto al Consejo de Enseñanza Primaria y Normal, en 1922, habiéndosele adjudicado la beca que el Gobierno Español destinó al Uruguay, se trasladó a Europa. Estudió con el gran maestro Ramón y Cajal y sus discípulos más aventajados, sistema nervioso y técnicas microscópicas, durante más de dos años y publicó diversos trabajos. De España pasó a otros países europeos, y asistió a cursos y frecuentó museos y laboratorios de Fran-

Digitized by Google

propiedades de algún modo presentes, aunque en grado muy diverso, en todas las actividades del alma. Paralelamente se opera un proceso curiosísimo en las explicaciones: la transformación de fenómenos y cualidades en *entes*. Se crea así lo que podríamos llamar una *Ontología explicativa*. El interés que orienta la Pedagogía de Herbart y moderna ¿existe como ente? Discutiremos este problema cuando tratemos de las relaciones entre el interés psicológico y la psicología de las vocaciones.

Agreguemos ahora que existe un proceso de explicación por identificación, fina y profundamente analizado por Meyerson, que es el reverso de la *Ontología explicativa*. Véase en Psicología cómo se explica una modalidad del espíritu, cuando no se crea una *Ontología explicativa*, por *disolución* en otra modalidad, una actividad por traslación a otra actividad (o un acto a otro acto)... Y si se quiere explicar una cosa por sí misma, se incurre en tautología. ¿Entonces?... Quedan a) el proceso de la génesis (una cosa procediendo de otra, o en términos distintos, una cosa generadora de lo que no es ella; b) el proceso de las estructuras, que en cierta manera, vendrían a la realidad como más «ente» que los atributos y menos «ente» que el *ser* en cuanto esencia, pues tendrían una existencia menos dependiente que la de los atributos, pero menos independiente que la del *ser*; y c) el proceso de la evidenciación que sin identificaciones ni traslaciones puede llevarnos de lo no evidente o menos evidente (y caben grados de evidencia) a lo

cia, Mónaco, Bélgica, Holanda, Inglaterra, Alemania e Italia. De regreso al país, fué designado Jefe del Laboratorio de Técnicas e Investigaciones Histológicas del Instituto de Neurología (Facultad de Medicina) y Director del Laboratorio de Ciencias Biológicas (actualmente dependencia del Ministerio de Salud Pública). También fué nombrado Director interino del Museo de Historia Natural y profesor de Cursos Sintéticos (Preparatorios de Abogacía), puesto que renunció al ocupar, mediante concurso, la Cátedra de Ciencias Biológicas del Instituto de Investigación y Enseñanza Superior de la Universidad de la República. Por especial invitación o en función de intercambio de profesores, ha dictado conferencias y hecho demostraciones en diversas Universidades del extranjero. Ha sido también Presidente de la Sociedad de Biología y del Comité Ejecutivo del Congreso Internacional de Biología realizado en Montevideo (1930); actualmente es presidente de la Sociedad Linneana y, además de Profesor *ad-honorem* de la Facultad de Medicina de Montevideo, es Catedrático *ad-honorem* de Segunda Enseñanza y Preparatorios, y miembro correspondiente de diversas instituciones científicas. Su labor científica y docente, ejercitada en los laboratorios que dirige, ha creado una técnica que rige la objetividad de la investigación y del instrumental y una austera disciplina moral que hace de la ciencia un culto religioso y del hombre de laboratorio un apóstol. Su obra científica y literaria abarca vastos panoramas; se inició con estudios de orden pedagógico que tuvieron resonancia; su ensayo «Objetivación de la enseñanza», que data de 1914, le conquistó el primer puesto en el concurso de oposición para proveer cargos de profesor en las escuelas de Montevideo; otro de sus estudios sobre sociología nacional fué laureado en concurso público. Publicó luego «El origen del conocimiento» y «El reino de las vocaciones», tema que vuelve a estudiar con mayor desarrollo en el capítulo que publicamos, que pertenece a un libro que aparecerá en breve. Su obra científica, cuya parte más extensa se halla aún inédita, es un vasto

Digitized by Google

cvidente o más evidente, o de lo menos probable a lo más probable, de lo menos posible a lo más posible...

La vocación, claro está, no es todo el hombre y aun cuando no se hallase disociada de la profesión, se plantea el difícil problema de su lugar y significación en la vida toda del hombre.

Una orientación con la perspectiva real de las vocaciones, carece de la simplicidad que cautiva el espíritu de muchos hombres no tanto realizadores como *prontos a poner el acento oral en lo práctico*, con la creencia de que sólo es realizable lo simple. En una verdadera orientación vocacional, no meramente profesional, hay que someter a examen 1º, lo que se es; 2º, lo que se quiere y puede; 3º, lo que se quiere y no se puede; 4º, lo que se puede y no se quiere; 5º, lo que se puede, no se quiere y se debe; 6º, lo que «sale», se quiera o no se quiera; a) que se puede inhibir; b) que no se puede inhibir, sea con signo positivo, sea con signo negativo; c) que es conforme a nuestro querer; d) que es disconforme a nuestro querer; 7º, para qué *todos* los hombres son aptos; 8º, qué es lo que todos los hombres tienen que hacer, guste o no guste, se tenga o no se tenga *ganas*; 9º, para qué la mayoría, pero no todos los hombres son aptos; 10º, para qué solamente una minoría es apta; 11º, qué *grado de aptitud* tienen los hombres para todo, qué grado para algunas actividades; 12º, cuáles son las aptitudes de fondo y cuáles las auxiliares para una u otra forma de vida o de trabajo; 13º, qué es lo que se puede adquirir y qué es lo que no se puede

repertorio que comprende ya setenta y siete trabajos publicados en la revista de Ramón y Cajal, en los Anales de la Sociedad de Biología de París, en los Anales del Instituto de Neurología de Montevideo, etc. o presentados a sociedades sabias y congresos internacionales y nacionales de hombres de ciencia. De esa notable bibliografía tomamos los siguientes datos, sin perjuicio de recoger en otra oportunidad la totalidad de los temas: «Notes sur la structure comparative de l'écorce cérebelleuse, et dérivées physiologiques possibles». Travaux du Laboratoire de Recherches Biologiques de Madrid; «Terminaisons nerveuses branchiales de la larve du pleurodeles waltlii et certaines données sur l'innervation gustative». Idem, ídem; «Systèmes osmatiques et cause histologique possible de la pluralité d'énergies olfactives spécifiques». Idem, ídem; 1927. «Apuntes sobre la retina». Anales del Instituto de Neurología. Montevideo; 1929. «Algunas observaciones sobre insectos del Uruguay». Anales del Museo de Historia Natural. Montevideo; 1929. «Sobre estructura e histogénesis de la retina y una nueva teoría de su inversión». Archivos Sociedad de Biología. Montevideo; «Zur Histopatologie der Friedreichschen Krankheit nebst einigen Bemerkungen über die Leitungsbahnen des Rückenmarkes». Travaux du Laboratoires de Recherches Biologiques. Madrid. Tome XXVII, 1931-32; 1933. «Investigaciones sobre histofisiología e histofisiopatología del corazón». Archivos Uruguayos de Medicina, Cirugía y Especialidades; «Intensidad, velocidad y energía de contracción de las fibras del miocardio. Relaciones matemáticas de la velocidad de expulsión de la sangre por los dos ventrículos». Revista de la Sociedad Argentina de Biología. Vol. X, noviembre 1934; «Technique simple pour la biomicroscopie d'une augmentation quelconque du cœur et autres organes». Comptes rendus des séances de la Société de Biologie. Tome CXXIV, année 1937. Paris; «El azul de metileno y los fenoles (pirogalol, floroglucina, resorcina, etc.) en la investigación del sistema nervioso». Varias comunicaciones a la Sociedad de Biología, 1937-1938.

Digitized by Google

adquirir nunca o únicamente, por la mayoría de los hombres, en un tiempo que *le haría perder el sentido de medio* en la escala individual de vida; 14º, en qué lo «adquirible» puede suplir la falta de aptitudes auxiliares cuando existen aptitudes de fondo; 15º, qué es lo que a partir de cierta edad nadie debiera ignorar, qué debe saberse, poseerse cuanto antes, qué es lo que cada uno debe *ir siendo* lo más pronto posible, qué es lo que si no se adquiere en un determinado período de la evolución psíquica nunca más podrá adquirirse *en segura propiedad mental*... para quienes y para qué una misma cosa es prematura y otra, tardía o está a punto...

Se nos replicará — ya conocemos la historia — que un examen de las cuestiones precedentes sería la mejor manera de no hacer nada eficaz por la orientación vocacional, pues nunca se terminaría... Y entonces, dos actitudes opuestas: una, se desentiende de las vocaciones en la enseñanza por temor a equivocarse, afirmándose, implícitamente, que «lo que sale» sería empeorado con una orientación intencional; la otra, da por resueltos los más graves problemas de la psicología de las vocaciones, de su diagnóstico y pronóstico, actitud esta de mayor peligro que aquélla. De ahí *una orientación vocacional sin vocación.*

De lo que se trata es de avanzar en el examen hasta donde sea posible y de orientaciones surgidas de él... No se pide terminarlo, pero tampoco abandonarlo con el ilusionismo de que así todo sale mejor.

Sobre ciertos espíritus más inclinados a *falsas seguridades* que a la investigación, la palabra *práctico* tiene sus efectos mágicos y llévalos a incurrir en el gravísimo error de considerar como enemigo de lo práctico, la misma investigación de la verdad, que sería teoría pura...

Todo hombre de acción debiera meterse en la cabeza esto: fuera de escaramuzas ganadas por el engaño en episódicas estrategias, *lo que es enemigo de la verdad también es enemigo de la práctica en cuanto realización del bien.*

Por otro lado, *las falsas seguridades son el peor enemigo de la verdad* ¡y con qué frecuencia se dan en Psicología y en Pedagogía! Pero el revés no deja de ser peligroso: es el despeñadero en falsas inseguridades... La cuestión más difícil e importante aquí es la de los umbrales, de suyo variables para cada época y para cada hombre, en todo o en parte.

Si con la ilusión de ir *derecho al grano* se suele perder el grano mismo —y no puede adelantarse la cosecha de espigas todavía en flor— con el temor de equivocarse, ocurre que no se atiendan los problemas vocacionales y se tenga un excesivo optimismo en lo que se da solo y una excesiva desconfianza en todo propósito intencional.

De lo que es y hace el hombre o sucede en él, ignoramos que grado hay de fatalidad y que grado de libertad en el preciso sentido de poder elegir entre posibilidades. No sabemos bien en qué es conducta y en qué acontecimiento; no sabemos todo lo que es en acto y menos en po-

Digitized by Google

tencia; pero algo sabemos y lo que se olvida demasiado es que sabemos que es muchísimo más de lo que sabemos...

Realizar su vocación, seguir su imperativo, no siempre es hacer lo que se desea ni lo que se quiere en cualquier momento de la vida.

La diferencia que Höffding indica entre la forma automática y la reflexiva sería que ésta estaría determinada por representaciones, encontrándose las dos formas en la voluntad. Y agrega: «Las formas principales de la voluntad automática son los actos espontáneos, reflejos e instintivos; la voluntad reflexiva, bajo su forma más sencilla, es la tendencia; en sus grados superiores, es el proyecto y la resolución». (1) Con el concepto de *voluntad automática*, distinguir la actividad volitiva de la que no lo es resulta tarea hartas veces imposible.

Aun cuando no se logre, evitando fáciles capitulaciones verbales, perfecta discriminación entre lo que uno hace y lo que en uno acaece, todo no se nos presenta en igual grado de *ser movido* o de movernos: en el análisis de nuestra propia actividad, *algo* aparece como predominantemente puesto en movimiento por nosotros mismos en el sentido de realizaciones según anticipos y planes de conciencia o de ser consciente, *algo* como predominantemente movido o puesto en movimiento en nosotros, en la dirección de nuestro querer, en otra dirección o contra nuestro querer. Cierto que este «*nosotros*» tiene aquí el límite inseguro de nuestro saber, las imprecisiones de nuestra ignorancia, además, acaso, de su misma naturaleza fluctuante. ¿En qué los mismos planes y anticipos de conciencia son primarios y en qué secundarios? Y en el llamado *yo inconsciente* ¿cuáles son sus confines y quién puede precisar qué es puesto en acto por sí y qué es movido? Cabría la conjetura, por elaboraciones que en él se operan a partir de planteamientos conscientes (o que creemos que primitivamente así son, ya que es muy dudoso que comiencen los planteamientos como tales planteamientos en cuanto proceso de pura conciencia) y por elaboraciones que se hacen conscientes sin que se tenga conciencia de su iniciación, que también en el yo inconsciente haya la doble modalidad de lo predominantemente activo por sí y de lo predominantemente puesto en movimiento... El *primum movens* de lo que hacemos y más aún de lo que en nosotros acontece, se nos escapa. Ello no impide que las dos fases sean perceptibles en los procesos del vivir, aunque sus orígenes sean impenetrables.

Más acá de lo oculto por naturaleza, si es verdad que lo que se aparenta oculta lo que se es, también es verdad que lo que se aparenta es movido por lo que se es y viene, de algún modo, a expresarlo. El pedagogo ha de ganarle la partida a la apariencia, para que lo que se aparenta, preocupación de todos, en cuanto noble anhelo, sea realidad, preocupación de pocos. En otros términos, no siempre para llegar a la

(1) *Psicología Experimental.* — Trad. González Blanco, Madrid, pág. 537.

Digitized by Google

sinceridad de ser hay que destruir lo que se aparenta; muchas veces es lo contrario lo que conviene: convertir la apariencia en ser, se entiende, en lo que es una aspiración parcial o totalmente realizable. ¿Quién no conoce ejemplos de los que empiezan pareciendo y terminan siendo, es decir, realizándose a imagen de la propia apariencia? De las múltiples maneras iniciales de la conciencia de la vocación, el aparentar puede ser una, ya porque en el exterior de una vocación se descubre la propia (y el imitar no siempre es enajenarse, también es encontrarse a sí mismo en otro), ya porque se tome la posición anticipada de lo que se presiente va a ser y así, con un interior inicial se adopta un exterior final. Es una doble personalidad que tiende a fundirse si la vocación es verdadera, y a desaparecer si es falsa.

La complejísima cuestión de las vocaciones provoca tres actitudes pedagógicas: 1º, prescindir de dificultades reales, como si no existieran, y *hacer más* de lo que hay que hacer (en el fondo, hacer otra cosa con ilusión de la primera); 2º, *no hacer nada* porque es mucho lo que hay que hacer; 3º, hacer en medio de complicaciones, sin perder la conciencia de los problemas, sabiendo que, como en todas las maneras de la vida, marchamos entre aciertos y errores, triunfando y fracasando. En toda victoria, no hay que olvidar que se puede fracasar; en todo fracaso, hay que pensar en la victoria. En una de la serie de conferencias pedagógicas del año 31, nos expresábamos así: «Mucho antes de un serio estudio del niño se propusieron fines y planes para la enseñanza primaria. Es que la vida obliga a tomar partido en la acción y en la conducta, sin que sea posible una espera en tanto el rumbo y el camino no están esclarecidos... Por otra parte, en todos los momentos de la evolución, en lo que hay de consciente, el hombre tiende a realizarse, o lo desea, según una imagen que se forja de sí mismo, y así van apareciendo normas pedagógicas, como van surgiendo normas morales. Sería absurdo exigir un cabal conocimiento del hombre anterior a toda tentativa de una ética. Los fines de la enseñanza serán siempre una expresión de realidades y aspiraciones de lo que es, o de lo que se sabe o se cree saber que es el niño y de lo que es o se cree sea y de lo que se quiere que sea el hombre...

Resulta más difícil, aunque parezca paradójico, descubrir la realidad niño y la realidad hombre que tener una concepción aceptable de lo que sería un hombre como ideal. Más pronto se llega a la teoría de lo que se quiere que a la teoría de lo que se es. Por eso, la Pedagogía nueva nada agrega de esencialmente nuevo a los fines generales de la enseñanza. Han cambiado, eso sí, y en algunos puntos de raíz, los métodos y el tratamiento de los niños, con la comprensión de que en mucho lo que se le reprime y censura es reprimir y censurar la naturaleza, válganos aquí las palabras de Spranger. Además, ha contribuído a que se entienda mejor que lo que se desea ser ha de trabajarse sobre lo que se es. Soñar, sí, pero que los sueños del destino temporario de la

Digitized by Google

propia vida estén estructurados de realidades puestas en el juego de lo posible o por lo menos, no del todo fuera de ello, y esto tanto para salvar la realidad como el ensueño en toda su gravidez.

II

A la doctrina analítica de los pretendidos elementos simples y a su consecuencia, el asociacionismo, sucedió, en Psicología, por un lado, la doctrina de la unidad del espíritu, la de las formas y estructuras; por otro, la de lo primitivo y la de lo funcional. Las interpretaciones de los procesos psíquicos tienden a hacerse en sentido evolutivo, de función, de estructura, de totalidad.

La vocación ¿es una forma del instinto? ¿es una forma de la inteligencia? ¿es instinto-inteligencia? (1)... No es obligado, en el estudio de los complejos psíquicos vocacionales, admitir la llamada doctrina sensualista de las aptitudes, según la cual la diversidad e independencia de éstas sería función de la diversidad y autonomía de los mecanismos sensoriales y motores de su expresión.

De los conceptos de inteligencia y de instinto, por más imprecisos que sean, no se puede prescindir; ni tampoco se puede prescindir de los conceptos de memoria, voluntad, imaginación... o de conceptos equivalentes, por más que se deseche, como absurda, la doctrina de las facultades mentales. Si no facultades, alguna realidad psíquica expresan esos términos. Lo puramente verbal no sería imprescindible. Se podrá sostener la doctrina activista del espíritu, pero siempre se necesitará un lenguaje que de algún modo traduzca las expresiones clásicas o las aclare con nuevas interpretaciones de los mismos fenómenos. Afectividad, intelectualidad, actividad... parecería que al hablar así se eludiesen las falsas interpretaciones, inherentes, en parte, a la misma terminología. Pero ¿se han eliminado, acaso, con esas expresiones, los conceptos que querían evitarse? De ningún modo. La gran dificultad de un correcto lenguaje para expresar los procesos del espíritu se acusa de inmediato, no bien se quiere ser preciso; pero es un poco ingenuo atribuir no ya toda, sino la mayor dificultad a una cuestión de lenguaje... Aun cuando se dispusiera de un lenguaje adecuado, por una especie de anticipo verbal de nuestra sabiduría, lo que no se conoce bien no podrá expresarse bien qué es... Además del lenguaje inadecuado — con el cual, a despecho de todo, nos entendemos tanto que si se medita sobre ello, asombra — está siempre presente la desesperante insuficiencia de nuestros conocimientos del alma.

(1) Tan mal enfocados estuvieron siempre los problemas de la vocación, que un filósofo como Dewey, que consagró tiempo y talento a las más diversas cuestiones pedagógicas, en el capítulo en el cual trata de la vocación (véase su obra «Filosofía de la Educación. Los valores educativos». Ediciones «La Lectura». MCMXXVII) incurre en las confusiones corrientes.

Digitized by Google

Dos autores modernos, Achille-Delmas y Marcel Boll, pretenden que la aptitud es primitiva y no una forma de la inteligencia, sino que la inteligencia resultaría de la sinergia de tres aptitudes, y llaman aptitudes a la memoria, a la imaginación y al juicio. Más profundidad y mayor originalidad hay en el psicólogo inglés Spearman, quien por primera vez formuló, en 1904, su teoría de los factores de la inteligencia, de los cuales, los específicos tendrían relación con una actividad mental particular. Entre lo general y lo particular, existirían *factores de grupos*. Opuesta es la opinión de Thorndike, para quien *no hay inteligencia, sino inteligencias*. Interpretaríase la aptitud como una forma especial de inteligencia.

En la psicología de la vocación ¿qué es instintivo, qué es intelectual? Las aptitudes que hacen al artista, por ejemplo, y no pocas maneras del hombre de Ciencia, se consideran instintivas, identificando, sin problema, por un lado, el instinto a lo espontáneo e inconsciente, y por otro, la inteligencia a lo voluntario y consciente, como si no hubiera en la actividad de ésta mucho de involuntario e inconsciente, y en la del instinto, aspectos también conscientes. Si las aptitudes fuesen en todo formas del instinto ¿qué sería de la inteligencia sin aptitudes? Existen aptitudes, artísticas y no artísticas, de naturaleza dominantemente instintiva y aptitudes de naturaleza dominantemente intelectual. En los procesos mentales, aun cuando por esencia instinto e inteligencia fuesen manifestaciones del espíritu muy distintas, no siempre se contraponen ni se separan y mismo en lo artístico, no siempre lo uno es de suyo superior a lo otro: muchas veces se dan confundidos o se continúan, rectifican y complementan, parta la iniciativa de eso que llamamos instinto, parta de eso que llamamos inteligencia, lo que es muy difícil de precisar, aunque se prescinda de la zona incierta en la cual nadie sabe si es del dominio del instinto, de la inteligencia, de *algo* más primitivo y primordial o de todo el espíritu.

Por la prontitud de los resultados se pretende distinguir, a veces, la «intuición» sea del artista, sea del hombre de Ciencia, sea del filósofo o del hombre común, de los procesos racionales.

Pero un razonamiento rápido, nunca del todo consciente, tiende a la intuición en cuanto visión de una verdad. Ignoramos si a la misma intuición no ocurre que le precedan rapidísimos razonamientos inconscientes... Además, en el razonamiento hay un *enfoque* que no es racional y tampoco es racional la *valoración* de las pruebas y demostraciones, de modo que ni de la dirección ni de la validez del razonamiento se decide por el razonamiento.

Entre otras causas, los prestigios de la intuición están en el impronto de su actividad, en su *repentización*, en su *taquipsíquica* y en la magia de sus poderes ocultos, inaccesibles e inesperados. No sorprenden tanto los procesos más conscientes y lentos de la razón; pero si se reflexiona sobre la grandeza que hay en volver lo fortuito adivinatorio en

Digitized by Google

un sistema de previsiones, agregado a la propia inventiva y descubrimientos, sorprende ésto como aquéllo.

Además, *un razonamiento rápido es un proceso mental que tiende a la intuición* en el hallazgo de una verdad; es como si dijéramos *una intuición lenta*, cuya lentitud queda compensada porque nos da resultado y camino.

Doble apreciación de la aptitud, junto a otras: mirando al sujeto, reparar sobre todo en la facilidad; mirando al objeto, reparar sobre todo en la calidad. Naturalmente, es un esquema, ya que mirando a uno, siempre se mira a los dos. La lentitud del sujeto puede compensarse con la calidad del objeto. Y sin ésta, muy poco significa la facilidad. Veinte volúmenes pueden valer menos que una página... Y en todo así.

En las obras de Platón hay pasajes alusivos a la aptitud, que define como «una feliz disposición del alma para aprender rápidamente». (1) En tal sentido, la aptitud sería una de las maneras de la inteligencia (y es común que la rapidez de ésta sea más pronto tenida en cuenta que su profundidad); pero existen aptitudes que parecen más instinto que inteligencia, de ahí que haya quienes consideren la aptitud como maneras del instinto. Sin admitir la doctrina clásica de la génesis del instinto a partir de la inteligencia, ni presuponer un *instinto de la inteligencia*, tampoco creemos exacto una radical diferencia de naturaleza entre instinto e inteligencia que, después de Bergson, es, para muchos, un dogma psicológico: para nosotros, ni son totalmente distintos ni lo uno procede de lo otro. En un extenso estudio inédito, nos detenemos en el análisis de asunto tan complejo y controvertido. Sólo advertiremos aquí que *hartas veces se toma lo instintivo como sinónimo de lo inconsciente y espontáneo y lo inteligente como sinónimo de lo consciente y voluntario*, y si hay verdad en ello, hay también error.

No carece de gracia el mito al cual recurre Protágoras, en los *Diálogos* de Platón, para expresar la diferencia de virtudes o dones entre los seres: «Erase el tiempo en que los dioses existían ya, pero en el que las razas mortales aun no habían hecho su aparición en la Tierra. Mas cuando llegó el momento fijado por el destino para su nacimiento, entonces los dioses las manipularon en el interior de la Tierra con una mezcla de barro, fuego y cuantas substancias puedan combinarse con estos elementos. Y llegado el instante de sacarlas a la luz, ordenaron a Prometeo y Epimeteo que distribuyesen convenientemente en ellas todas aquellas cualidades de que debían ser provistas. Entonces Epimeteo pidió a Prometeo que dejase a su cuidado la tarea de tal distribución...

Obtenido el permiso, se puso a trabajar. Y en el reparto dió a unos la fuerza, pero no la velocidad, privilegio que reservó para los más débiles; concedió a unos armas naturales, y a los que no dotó de éstas, sí

(1) «*La República*», tomo II, pág. 321. — Perlado, Paez y Cía. — Madrid.

Digitized by Google

de medios diversos que garantizasen su salvación. Dió a los pequeños alas para huir, o cuevas, subterráneos y escondrijos donde guarecerse; a los grandes, a los vigorosos, en su propia corpulencia aseguró su defensa. En una palabra, guardó un justo equilibrio en el reparto de facultades y dones de modo que gracias a él ninguna raza se viese obligada a desaparecer.

. . . . . .

Acabada la distribución, encontróse Epimeteo, cuya sagacidad e inteligencia no eran perfectas, que había gastado imprudentemente todas las facultades y dones en favor de los animales cuando aún le faltaba equipar la especie humana, y claro, careciendo de medios, quedó perplejo y sin saber que hacer. Y estaba precisamente en este apuro cuando llegó Prometeo a inspeccionar su obra. Pronto vió éste a todas las razas convenientemente provistas y en cambio, al hombre desnudo, sin defensas... sin abrigo... sin armas.

Ante tamaña dificultad, no sabiendo Prometeo que medio de defensa y salvación hallar para el hombre, se decidió robar a Atenea el secreto de las Artes y a Hefestos el del fuego — que sin éste aquellas no hubieran podido ser útiles en cosa alguna — y una vez en su poder, hizo de ellos presente al hombre.

De este modo fué como el hombre entró en posesión de las artes útiles a la vida, menos una, la política, que no le pudo ser otorgada porque era del dominio de Zeus y no haber tenido tiempo Prometeo de penetrar en su morada, el Acrópolis. Sin contar que, guardando las puertas de Zeus, había formidables centinelas». (1)

Prometeo habría puesto en el planeta un hombre desposeído del arte que Aristóteles estimó como el arte al cual el hombre más se entrega...

Es curioso que el estudio del carácter, de los temperamentos y de los tipos psicológicos, siendo desde Teofrasto e Hipócrates a La Bruyère y desde éste a nuestros días cada vez más una preocupación, no haya conducido a una seria investigación de las vocaciones. De cuando en cuando la atención recae sobre ellas, para muy pronto desviarse. Así, Huarte se propone el examen de ingenios y nos cuenta que en tres compañeros de estudio observó que el uno aprendía latín con facilidad y los otros dos jamás pudieron componer una oración elegante; otro, en dialéctica era un *águila caudal*; y el tercero, a quien no le entraba ni el latín ni la dialéctica, a los pocos días de oír astrología supo más que el maestro. (2) El ingenio es en Huarte aptitud, que es el componente a su vez complejo de la vocación que más se ha investigado, pero como extraño a la vocación. En cuanto precursor de la orientación vocacio-

(1) *Diálogos. — Protágoras. — Gorgias. — Fedro.* — p.p. 53-54-55.

(2) *Examen de ingenios. — Biblioteca de filósofos españoles.* — Madrid, 1930. — Tomo I, pág. 62.

Digitized by Google

nal, se le ve a Huarte, entre otros pasajes, en éste: «si fuera maestro, antes que recibiera en mi escuela ningún discípulo, había de hacer con él muchas pruebas y experiencias para descubrirle el ingenio; y si le hallara de buen natural para la ciencia que yo profesaba, recibiérale en buena gana, porque es gran contento para el que enseña instruir a un hombre de buena habilidad; y si no, aconsejárale que estudiase la ciencia que a su ingenio más le convenía». (1)

Es un grosero error confundir vocación con temperamento, carácter o tipo psicológico; el mismo género de vocación se observa en temperamentos, caracteres y tipos psicológicos muy diferentes; y a su vez, en un mismo temperamento, carácter o tipo psicológico se encuentran géneros diversos de vocaciones. Es natural que el temperamento, el carácter, el tipo psicológico se acuse en la vocación, y viceversa, hasta lo singular de la personalidad; pero la afinidad dentro de un mismo género de vocación permanece cualesquiera sean las modalidades temperamentales o tipológicas, como permanecen fundamentalmente los temperamentos, los caracteres y los tipos psicológicos cualesquiera sean las vocaciones. Por otra parte, sabido es que los perfiles tipológicos se esfuman en la fluidez de los tránsitos.

Error en cierto modo inverso al anterior se comete al considerar como toda la vocación en su naturaleza psicológica, a un componente aislado de la misma o a su *acompañamiento afectivo*. La precisión del concepto por el sentido etimológico de la palabra es una precisión por elementalidad, no por profundidad, que sería verdadera si el concepto desde el comienzo hubiera sido exacto, bien aplicado el término a la realidad que expresa y nada se hubiese progresado en el conocimiento de ésta. Pero en ningún caso sucede así; menos en las cuestiones psicológicas, y entre ellas, menos con la vocación.

Como los anteriores y los posteriores a él, Rodó juzga — con oscilaciones en su pensamiento — que la vocación, cuya naturaleza no discute, es distinta de la aptitud. Explica el abandono de una actividad para la que se tiene disposición por la ausencia de una enérgica y leal vocación puesta al servicio de la aptitud. No obstante, siempre y en todos los autores, por más que se quiera separar, por algo vocación y aptitud se evocan. El mismo Rodó nos dice, en *Motivos de Proteo*, que «una vocación que fracasa para siempre, sea por lo insuperable de la dificultad en que tropieza el desenvolvimiento de la aptitud, sea por vicio radical de la aptitud misma, suele ser, en el plan de la Naturaleza, sólo una ocasión de variar de rumbo». Para Rodó, la vocación sería *la conciencia, el sentimiento íntimo, la íntima posesión de la aptitud*. Provendría, en último análisis, de la aptitud, siendo ésta otra cosa; constituiría como el estado afectivo-activo que surge de la conciencia de la aptitud; pero también está entredicho en *Motivos de Proteo*, que la vocación es

(1) Loc. cit. pág. 61.

Digitized by Google

un espontáneo arranque de lo inconsciente, un arranque de sinceridad y libertad que llevaría al fondo del alma (o mejor, que mana del fondo del ser).

De Herschell nos dice el autor de *Ariel* que de la Música pasó a las Matemáticas para profundizarlas, y de éstas a la Astronomía y en la ciencia de los cuerpos celestes «sintió el pie firme de quien toca en su más honda y radical aptitud». Es ley —así lo cree Rodó — que la aptitud esté acompañada de la vocación que la ejercita; mas no olvida las excepciones y nos pone ejemplo hasta de un desdén por los dones que se poseen. (1) Esta adversión — y la misma indiferencia por el ejercicio de los poderes espirituales — considerámosla del dominio de la patología (enfermedades de la vocación).

A partir de la conciencia de su aptitud, Strawinsky se siente inclinado a la música. Diríamos que se reveló a sí propio por el absurdo, pues un mudo lo puso en dirección de sí mismo. ¡El mudo cantaba!... «Este canto consistía en dos sílabas, las únicas que él podía pronunciar desprovistas de todo sentido, pero que llegaba a alternar con una destreza increíble en un movimiento muy vivo»... Es *el canto del mudo* una de las primeras impresiones de la que guarda recuerdo el autor de Petruska. El niño imita al mudo y se le elogia por la juzteza de su oído, y como a todos, el elogio le hacía feliz...

«Y cosa curiosa, escribe Strawinsky, este simple hecho, insignificante después de todo, tiene para mí un sentido particular porque de él data mi conciencia de músico.» (2) La conciencia de la aptitud es un aspecto indudable de la vocación, jamás toda la vocación; y desde luego, ya se ve que de su integral estructura psíquica, la aptitud no es extraña. De su complejo y de la disyunción de sus componentes trataremos más adelante.

Empobrecido, superficializado, Rodó reaparece en muchos escritores que hablan de las vocaciones... Y ni siquiera lo citan. ¡Así se escriben muchas obras *originales!* El sabio endocrinólogo Gregorio Marañón, cuando no confunde vocación con deseo y ambición (y se ha definido la vocación como un deseo, vulgar es el error), reduce, sin problema, toda la vocación a la aptitud:... «la vocación, que es en su fondo biológico, aptitud». (3) Menos equívoca es la tendencia a identificar vocación y aptitud que la otra, la de distanciarlas. Nuestro parecer lo hemos expresado hace tiempo. Volveremos sobre ello a propósito de los complejos de aptitudes que se descubren en la estructura psíquica de la vocación.

Nadie antes que Rodó estudia mejor que él las vocaciones. Su obsesionante preocupación por la belleza, para la que tuvo dones tan superiores, no lo apartó, sino que lo dejó igualmente sensible a la verdad y

(1) Véase su obra póstuma, «*Los últimos motivos de Proteo*».
(2) *Crónica de mi vida*, pág. 25.
(3) *Vocación y Etica*. — Espasa Calpe. — Madrid. 1935. Pág. 41.

Digitized by Google

al bien. Lo leemos y sentimos por él una gran admiración; lo releemos y lo admiramos menos, para nuevamente admirarlo con más conciencia en ulteriores exámenes hechos a la vez con simpatía y severidad. Al contrario de lo que suele creerse, con la teoría de lo consciente de su estética, su estilo es *emocionadísimo*, pues le sale con emoción y lo trabaja con emoción en las líneas rectas de la serenidad; no es la ausencia de vida: es el alma en el templo cuyas campanas callan después que la vida entra para el tránsito divino...

Por importante que sea el estudio de Rodó sobre las vocaciones, la psicología de ésta no es su preocupación mayor; poco indaga su estructura psíquica: el tema de toda su vida es la transfiguración de la personalidad ¡y con qué maestría lo desarrolla!

Indistintamente se suele decir *instinto de la música o talento musical*, y así se expresa una vocación ya en términos más propios del instinto, ya en términos más propios de la inteligencia. Es que instinto e inteligencia se compenetran en la vocación, con predominio variable. Y es variable también la conciencia de los fines y de los medios en el ejercicio de las aptitudes. De la conciencia de éstas, difícil es saber en qué es inmediata y qué debido a su actividad y a la obra, en la cual, en cierto modo, el sujeto se objetiva y se descubre en el objeto.

En la psicología de la vocación se encuentran componentes o factores instintivos, incluyendo los afectivos, componentes o factores intelectuales, componentes o factores «intuitivos», donde la fusión del instinto y de la inteligencia sería máxima, y componentes o factores francamente activos... Pero, si la palabra «componente» o la palabra «factor» se estimase inapropiada, que será, casi seguro, en virtud de una u otra manera de concebir el espíritu, siempre discutible, hay algo diferenciable, por lo menos como dominante, que no se elimina ni se cambia con las palabras.

Entre otros caracteres, la aptitud tiene del instinto el poder realizar alguna cosa sin aprenderla y mejor que si hubiera sido aprendida, además de poder hacer lo que no se aprende; de la inteligencia tiene, también entre otros caracteres, el poder usar instrumentos ya existentes y el poder asimilarse e inventar técnicas para su progresivo desenvolvimiento. De lo innato, instintivo e inteligente, y de lo adquirido resulta la *capacidad*, que erróneamente hay quien identifica con la aptitud.

No cabe una categórica decisión en el problema de si las aptitudes proceden de un múltiple desplegamiento del instinto y de formas especiales de la inteligencia, o si el instinto y la inteligencia están — aunque no sólo — estructurados de aptitudes. Este planteamiento tiene sentido en cuanto se trata de qué es primitivo y qué es secundario; carecería de él si no conviniera a la naturaleza del instinto y de la inteligencia lo primitivo y lo secundario en relación con las aptitudes. No se advierte absoluta separación entre instinto, inteligencia y aptitudes; pero sí se observan conjunciones y disyunciones o segregaciones de éstas.

Digitized by Google

Es curioso que los mismos para quienes la aptitud en nada es la vocación — y en el lenguaje corriente se dice «tiene vocación, pero no tiene aptitud», o al contrario, «tiene aptitud, pero no tiene vocación» — de una persona que se desempeña mal en su oficio, digan «erró su vocación».... Aquí se alude al desgano como inhibidor de aptitudes o a la deficiencia de ellas.

Los éxitos escolares, el triunfo en general, no dan la exacta medida de las aptitudes, puesto que otras causas contribuyen a favorecerlos o perturbarlos (en la mayoría de los casos, son favorables la resolución, la docilidad, la complacencia, la simpatía... y desfavorables, la rebeldía o la timidez, el ser huraño o naturalmente díscolo...). Cuesta a los profesores descubrir el escondido valor de los tímidos y muchas veces serán preteridos sus méritos ante otros con más táctica y menos aptitudes. Un factor de moralidad ajeno a estas entra en juego en ciertos éxitos o fracasos escolares y de la vida del hombre. Y no sólo un factor de moralidad, sí que también *técnicas psíquicas* auxiliares de las aptitudes (recursos supletorios) pueden ser motivos de engaño en el juicio de las aptitudes hecho según los resultados o triunfos escolares. De donde, lo que parecía más directo y seguro para la estimación de las aptitudes — el examen del fruto — no siempre ni en todo es su fiel exponente, pero siempre será lo más importante, no olvidando que la aptitud sin el ejercicio y los *medios técnicos* que la transforman en *capacidad*, muy poco madura en frutos.

A medida que el rigor sube de punto, toda una extensa obra y una larga vida puede dejar en duda de si se es o no se es... o en qué se realizó la vocación. Y aun personalidades eminentes, como la de Goethe, en quien parecería indiscutible la multiplicidad de vocaciones auténticamente vividas, en mayor o menor grado, se interpretan como que hayan permanecido perplejas frente a su real destino. Del hecho de que Goethe fuera sobre todo escritor, deduce J. Ortega y Gasset que debió ser exclusiva y plenamente escritor. Se habría pasado la vida «buscándose a sí mismo y evitándose», y perturbado con la conclusión de que «es el hombre una naturaleza confusa», habría tenido «una existencia distinta a la suya». A nadie escapa cual es la vocación dominante de Goethe, pero *el mismo escritor no hubiera sido lo que fué sin las otras tentativas vocacionales, en las que el artista está siempre presente, más en el fondo que en la forma.*

En un solo hombre puede darse una multiplicidad de vocaciones y realizarse en grado superior, como en Aristóteles, en Leonardo de Vinci, en Descartes, en Pascal, en Leibnitz... Pero verdad es que unas veces todas se auxilian recíprocamente y otras, se traicionan. El mayor riesgo estaría en consagrarle, por compensación, por más fuerte psicotropía o cualquier otra causa, demasiado tiempo a la actividad para la que se posee menos aptitud, con descuido de la actividad para la cual se posee más aptitud.

Digitized by Google

No creo que sea éste el caso de Goethe, a pesar del Goethe perdido en la teoría de los colores.

En todo hombre se dan todas las maneras del hombre. La diferencia es de grado. Aptitud no significa excepción, puesto que normalmente todos poseen más o menos lo que así se llama. «Mejor que *poeta nascitur* valdría decir: *homo nascitur poeta;* pequeños poetas unos, poeta soberanos otros». (1) Del músico, del pintor, del escultor, del filósofo, del hombre de Ciencia... puede sostenerse lo mismo.

Descúbrense componentes comunes a distintos géneros de vocaciones. Así, el complejo de aptitudes que implica la observación, se encuentra en el pintor, en el escultor, en el actor, en el dramaturgo, en el novelista, en el investigador... Pero aun coincidiendo en muchos puntos, todos ellos no observan de igual modo; no buscan lo mismo; no encuentran lo mismo; se quedan con otra cosa de la realidad; y sobre todo, no reaccionan idénticamente, acentuándose la divergencia en la elaboración a partir de los datos observados. Se comprende que en rudimento, siempre exista una multiplicidad de vocaciones, ya que hay *poderes nativos* comunes a todas ellas. Y en general, se favorecen más que se perjudican. Sin embargo, no negaremos que ocurra una desorientación por una multiplicidad de intereses vocacionales sin un franco predominio de los unos sobre los otros.

Cuando se intenta apreciar la vocación sólo por la eficacia, se suele tomar toda ella por un complejo de factores, entre los cuales los hay extraños a la vocación, y cuando se señala su negativo en la ineficacia, no se repara en que pueden existir factores vocacionales sin coherencia funcional, en dispersión, fácilmente *inhibibles* por agentes exógenos. De todos modos, el complejo de aptitudes propio de la vocación y la continuidad psicotrópica que mantiene su actividad en determinadas direcciones, constituyen los factores fundamentales de toda *frutescencia espiritual*...

Lo más frecuente es que exista — como consecuencia de la aptitud — una inclinación, una psicotropía correlativa; menos frecuente y más difícil de explicar es que hayan aptitudes sin su respectiva psicotropía. Por otra parte, la psicotropía en cuanto signo vocacional, puede ser negativo o equívoco, lo más común, en direcciones colaterales. Recuérdese lo que le sucedió a Nietzsche con la obra de Pablo Rée, *Sobre el origen de los sentimientos morales:* «Este librito me atrajo con la fuerza que posee todo lo que nos es opuesto, todo lo que pertenece a nuestros antípodas». Por una tendencia a la compensación (Stern, Adler), por un anhelo a corregirse a sí mismo, por una especie de autocontradicción íntima, por un deseo de lograrse en lo que se logran otros, por sugestión e imitación, por complejos perturbadores, por encarnizarse con lo que más se resiste, por vencer obstáculos, por el semi-

(1) Croce, *Estética*, pág. 63.

Digitized by Google

enfermizo gozo de exponer la debilidad al destino, para que nos toque en la llaga, por someterse a prueba sin examinar los poderes con que se cuenta, acontece que la psicotropía no acuse la dirección de las aptitudes. Pero estos ensayos de sí mismo por lo que menos se es, obligándose para lo que se tiene menos aptitud, no es la regla y puede coexistir con el ejercicio de las aptitudes dominantes, en psicotropías múltiples. En ningún caso han de confundirse con manifestaciones psicotrópicas en que no se dan en estructuras, sino en disyunción los componentes vocacionales.

Para esclarecer el concepto de aptitud, se recurre a la palabra *disposición*. Stern afirma que un tipo psicológico que al mismo tiempo no signifique una disposición permanente, una aptitud o una tendencia «es un concepto irrealizable».

La disposición sería, según Stern, en primer término, mera potencialidad; y el modo de reacción dependería de ella y de factores exógenos; la disposición, si bien permanente, sería plástica dentro de ciertos límites; sería un continuo tender a la realización de fines determinados. (1) Como se ve, disposición es aquí sobre todo tendencia. Es verdad que, en general, la aptitud tiende a realizarse; pero no siempre la tendencia es su expresión y nunca es lo mismo. Inexacto sería, por otro lado, creer, como algunos creen, que la aptitud es pasiva, y la capacidad, activa, no sólo porque la aptitud precede a la capacidad, sino también porque aquélla siempre está presente en ésta: la aptitud es creadora de la capacidad, no exclusiva, sí predominantemente.

En Pfahler (2) el concepto de disposición es otro; todo el complejo de funciones psíquicas aisladas y sus posibilidades de acción recíproca que el niño aporta a la vida y que, en líneas generales, se mantiene constante. Disposición, es ahora, casi todo el espíritu. Habitualmente se entiende por disposición algo más próximo de lo que se entiende por voluntad que de lo que se entiende por aptitud. En el esclarecimiento de la psicología de la aptitud, poco se avanza transfiriéndola a la disposición; antes bien, aumentan las confusiones.

Entre nosotros, lo que llamamos *ganas*, unas veces es lo equivalente a disposición; otras no. Mezcla de acierto y errores es la interpretación que Keyserling da de las *ganas* del sudamericano; nada tendría de volitivo, nada de la conciencia intelectualizada del europeo — ¿de qué europeo, del culto? — nada de plan, de objeto, de fin; sería un impulso totalmente ciego, primitivo y omnipotente, demasiado cerca de la violenta apetencia orgánica para que prevalezca sobre ella la espiritualidad. Pero si bien con la palabra *ganas* se expresa un estado común de ánimo, tiene variaciones que van de lo más orgánico a lo

(1) *Die differentielle Psychologie in ihren methodischen Grundlagen*. Verlag von J. A. Barth, Leipzig, 1921.

(2) *System der Typenlehren*. Verlag von J. A. Barth, Leipzig, 1929.

Digitized by Google

más espiritual. *Hacer las cosas con ganas* es entregarse totalmente a la tarea, sin la tristeza del austero imperativo categórico del deber; es sentirse todo uno con el objeto, con los fines; es vivir la alegría en el trabajo... Verdad que no pocas veces, frente al *imperativo categórico de las ganas*, el del deber tórnase hipotético. Mas de igual modo sucede en la conciencia intelectualizada del europeo, frente a imperativos equivalentes al de las ganas, o al mismo: en toda la redondez de la Tierra se experimenta el tener o no tener ganas. Y también, como lo dijera Nietzsche, el más grande y el más pequeño de los hombres se parecen demasiado todavía...

En extremo exagera Keyserling al atribuirle la virtud reveladora de una nueva modalidad de vida, a la respuesta de un niño, a quien se le propone una sencilla misión: «No puedo», dijo. Se le pregunta ¿por qué? y responde «porque no tengo ganas»... De ahí la revelación de que *ganas* es el poder de los poderes. Con semejante apresuramiento en hacer de un episodio toda la Historia ¿cómo hubiera interpretado Keyserling la contestación, ahora no de un niño, sino de un sabio, Michaelis, quien después de dar tantas pruebas a la Ciencia, en su ancianidad, al interrogársele sobre las causas de su completa entrega a la investigación, no pudo — o no quiso — dar más prueba de si que ésta: «¡porque me divierte!» Y dijo mucho al poner sus setenta años como ejemplo de que el libre juego de las aptitudes divierte. Pero todo no es diversión en el ejercicio de las aptitudes.

Una aptitud, aun artística, puede estar condicionada francamente por lo orgánico, tal en el canto. En él se observan, con frecuencia, disociaciones del complejo de factores que constituyen la vocación. La voz es, diríamos, la materia del canto; pero, es elemental, el cantante no está solo en la voz. Tendencia a cantar, en mayor o menor grado, en la soledad o en compañía, existe en todos los hombres. Se cante bien, se cante mal, se cante siempre. Y muy pocos poseen todas las aptitudes sin las cuales no hay cantante. Cierto que, en general, se siente más inclinado a cantar aquél que no carece de algunas condiciones para el canto. He ahí la tendencia como efecto o ejercicio inmanente de la aptitud.

El canto es música cuyo instrumento está en el propio cuerpo. Y muchos son los factores comunes con la vocación musical. Si de ésta se afirmara que la condiciona. lo orgánico, sin ser, ni mucho menos, esencia de ella, admitiríamos, quizás, todo lo necesario para las funciones acústicas; nunca para la creación... La imaginación creadora, aunque sus datos le sean imprescindibles, no parece depender de ningún sentido, máxime la creación musical. Y todos recordarán a Beethoven sordo. Pero mientras unos lo citarán como ejemplo de creación musical sin el estilo de los sentidos, otros, nos dirán, con Spengler: «No es un azar que Beethoven haya compuesto sus últimas obras estando sordo»... Para esta música, la vista y el oído son *por igual*

Digitized by Google

puentes que conducen al alma». (1) A Beethoven no se le ha de considerar prueba para la teoría de la música pura (las *hegelerías*, como las llamara Mendelssohn), pues *probaría algo en ese sentido si hubiese sido sordo de nacimiento*. Hasta ahora, ningún sordo congénito compuso música... Podría, con la sordera innata, sin que esta fuese causa, faltar algunas dotes mentales. Por lo demás, la comparación no permite deducciones, ya que sordos congénitos son pocos en relación con los de oído sano. Ignoramos la existencia de ningún matemático sordo congénito, y nadie atribuiría esto a la sordera.

De que la normalidad fisiológica del oído no hace al músico, no cabe duda. Muy mediocre se presentará toda tentativa de explicación orgánica de las aptitudes creadoras del arte más desmaterializado de todas las artes: la Música. Sin embargo, si dijéramos que sin cerebro no hay posibilidad de música, nos impresionará como lo más natural, aun aceptando que el cerebro sea un instrumento del espíritu; ya resistiríamos más o menos la afirmación de que sin un hemisferio cerebral no hay música; y de inmediato rechazaríamos la proposición en la que se sostuviese que sin una parcela de masa gris cerebro-cortical no existe música... En esencia, el materialismo es idéntico. Puede que mayor en el primer caso, pues allí decide de nuestro juicio la mayor cantidad de materia. En otro estudio hemos analizado estos problemas. Recordamos únicamente lo necesario para que se note lo difícil que es determinar que hay de orgánico indispensable en la aptitud misma o en el ejercicio de una aptitud, sea cual sea su espiritualidad. De todos modos, no ha de olvidarse que cuando se fundamenta total o parcialmente una ciencia o un arte en los resultados de otras ciencias, suele hacerse como si éstas fuesen todo cimiento: a las inseguridades que se siente en lo que se conoce bien, se responde con supuestas seguridades de lo que se conoce mal, y con la calma que trae la creencia de haber tocado lo firme, se toma la inmovilidad del que no puede avanzar por el seguro resguardo del que llega.

Sabido es que según la clásica teoría de Helmholtz (o de Cotugno-Helmholtz) las notas de la escala (se entiende, las respectivas vibraciones u ondas) no excitarían indistintamente todo el receptor acústico (fono-receptor) y la membrana basilar, cuyas fibras radiales vibrarían, se comportaría como un *analizador de ondas sonoras* o como un resonador. La discriminación de los sonidos dependería, en primer término, del poder resolutivo del receptor de ondas. Sucedería como si hubiese un sentido especial para cada nota. El análisis de las notas se haría en el órgano periférico de la audición. A favor de la precedente doctrina están, entre otras, estas nuevas experiencias: 1º, una misma nota que excita muchas horas diarias el oído durante un mes o más, produciría una lesión localizada, según sea

(1) *La decadencia de Occidente*. Espasa-Calpe, 1925, volumen II, pág. 13.

Digitized by Google

la nota, en una u otra espira del *ductus cochlearis*; 2.º, mediante el método del *electroacustigrama* o sea, del registro de la corriente de acción de las fibras del nervio acústico y de la fiel reproducción de las notas que a través del coclear son recibidas en un receptor telefónico, se concluye, no sin controversia, que todas las fibras no trasmiten los mismos sonidos. De manera que si la discriminación de los sonidos normalmente estuviera supeditada a lo orgánico ¿por qué no lo ha de estar la más exquisita discriminación de los bien dotados para la música?... Podría no estarlo, pero no hay base para descartar aquí todo coeficiente orgánico; y estándolo, no cabe negar pronunciadas diferencias independientes de la fina estructura de los receptores: con idéntico sistema de óptica, dos hombres pueden no ver lo mismo, y prueba de que no depende de la fisiología de la visión es que advertido de lo que se ve por uno de ellos, el otro llega a ver lo mismo. Con la reserva de que nadie sabe donde termina lo fisiológico y donde empieza lo psicológico, diríamos que oír, como ver, es una actividad predominantemente fisiológica, en el entendido de que se halla en inmediata dependencia orgánica (o en dependencia menos negable de lo orgánico) y que escuchar, como observar, es una actividad predominantemente psíquica, sobreagregada a la primera: *además de una acomodación fisiológica, hay una acomodación mental, que convierte el oír en escuchar, el ver en observar*... En unos, el tránsito se opera más espontánea e insistentemente que en otros, con intensidad e interés selectivo variables. Todos oyen música; no todos la escuchan y mucho menos con la espontaneidad con que se oye; e importantísima diferencia existe en la calidad de la música que a uno u otro lleva del oír al escuchar. En cuanto sentidor, todo hombre es algo músico, pero no pocos sólo descubren la música superior en un lento tránsito del oír al escuchar (inicialmente, casi no la escuchan). Raro es el que percibe lo más musical de la música, y cuesta a muchos advertir la musicalidad que hay en lo silencioso de las cosas y en las artes no musicales (la versión, para sí propio, del color, de la armonía plástica, del silencio en sonido).

El descubrimiento de la sombra azul por los impresionistas, a quienes la Ciencia les dió la razón contra los críticos que en nombre de la realidad los clasificaran de excéntricos, es buen ejemplo del valor, para el artista, de la discriminación sensorial, uno de los factores de su vocación, que puede segregarse, y entonces, aisladamente no significa lo que en el complejo de aptitudes de la creación artística.

Del instinto se afirma que no es perfectible ¿puede afirmarse lo mismo de la aptitud? Hay quienes admiten que en nada progresa con la edad y la cultura; y hay quienes opinan que en el adulto es de otro orden que en la infancia. Ombredame sostiene que la aptitud para la música es muy distinta en el hombre que en el niño; pero este autor confunde aptitud con capacidad y alude a ellas indistintamen-

Digitized by Google

te. Para diferenciar la del adulto de la del niño, escribe: «Il y a, chez lui une perception des ensembles musicaux, une conception de leurs correspondances, une science de la technique de composition et d'exécution, qui son le fruit d' une élaboration évolutive». (1) Otro error comete Ombredame en cuanto trata factores de la vocación musical como extraños a ésta porque no advierte que se hallan en disyunción o segregación: «On connait le goût précoce de certain idiots, des mongoliens en particulier, pour la musique, leur capacité de répéter inmédiatement les airs qu'ils ont entendus. — Qui songe a leur prédire un avenir de musiciens? Le musicien d'avenir est peut-être un enfant actuellement battu de très loin, sur le terrain musical, par l' idiot mélomane». (2) Pero en un idiota puede existir *algún factor no idiota* y hasta hipernormal, y sería el caso del idiota melómano de Ombredame. Debe tenerse en cuenta que la vocación musical está estructurada por muchos factores, los más importantes de los cuales lo constituye no una sola aptitud, sino un complejo de aptitudes funcionalmente correlacionadas, que pueden segregarse a la manera de los caracteres mendelianos, aun cuando su comportamiento hereditario no fuese estrictamente igual.

Del «niño músico» al «hombre músico» habría un progresivo desplegamiento de las aptitudes y una progresiva integración de éstas por los medios técnicos y la cultura, siendo imposible averiguar en cualquier momento del desarrollo del espíritu (y algo decimos con la metáfora «desarrollo del espíritu», aunque no sabemos bien que decimos) en qué lo innato varía a consecuencia de lo adquirido, ya que aquéllo se expresa con ésto y lo adquirido es función de lo innato... Ignoramos que en el adulto sea otra la aptitud como pureza nativa; lo que sí es otra la capacidad, que en cierto sentido es la aptitud más la técnica, la aptitud más la cultura, lo innato más el *metier* que facilita a la aptitud su propia realización.

Dos especies de disposiciones naturales establecen Sollier y Drabs: unas llevan a reacciones indeterminadas y no perfectibles; las otras, a acciones determinadas y perfectibles; unicamente éstas merecerían el nombre de aptitudes. Ellas no tenderían actualizarse por sí mismas como una tendencia, pudiendo permanecer latentes. La aptitud se distinguiría de la capacidad en que la primera es una posibilidad; la segunda, una realidad. La capacidad podría medirse, y se perfeccionaría con el ejercicio; la aptitud no se modificaría ni podría medirse: ...«il en résulte que l'aptitude *n'est pas susceptible de mesure*». (3) La aptitud sería posibilidad de hacer una cosa, la capacidad como la

(1) *Le problème des aptitudes à l'âge scolaire.* — Herman et Cie. París, 1936, pág. 15.
(2) Loc. cit., pág. 15.
(3) *Le problème des aptitudes.* Journal de Psychologie normale et pathologique. XXIX année, Nos. 7-8, 1932, pág. 505.

Digitized by Google

cualidad de su ejecución. La aptitud sería la predisposición natural a adquirir una capacidad superior a la mediana. Claparède, un poco menos que Binet, se atiene al rendimiento que diferencia el psiquismo de los individuos para juzgar de la aptitud y este criterio no puede ser sustituído a favor de ningún *test*, aun cuando parezca que con él se dirija más a la aptitud que a la capacidad, pues en el mismo caso de los *test*, el criterio es de un cierto rendimiento en vista de ellos. De ahí el error de Wallon al sostener que una aptitud es lo que vence las dificultades de un *test*. Además, y la crítica pertenece a Sollier y Drabs, no es la aptitud que ha de corresponder a *test*, sino el test a la aptitud.

La capacidad implica lo natural y lo adquirido. Un niño que tenga aptitud para la música podrá expresarse musicalmente, pero es obvio que nunca en el grado que alcanzaría con el dominio técnico, o sea con la transformación de la aptitud en capacidad. Los dos términos aptitud y capacidad, si bien expresan conceptos distintos, se compenetran y se evocan. El rendimiento es función, entre otras, de dos variables: la aptitud (o la capacidad) y el esfuerzo, que aun cuando caiga más dentro de la medida, no es tan fácilmente medible como se cree, pues no basta medir el tiempo que se tarda para hacer una cosa para medir al esfuerzo, ni tampoco la fatiga, más próxima a la realidad.

Considerando que no existen más que aptitudes especiales, Sollier y Drabs señalan como un grosero error admitir una aptitud literaria, una aptitud científica... El equívoco consiste aquí en tomar la aptitud por la vocación, o sea, la parte por el todo. No existe la aptitud literaria, ni la aptitud científica, pero existe un género de vocación literaria y un género de vocación científica, que presupone complejos de aptitudes y un núcleo común, del cual divergen modalidades vocacionales específicas.

Indudablemente el progreso técnico facilita la profundización de la aptitud sobre sí misma. Pero nos parece un extremo sostener que nunca y en nada la aptitud cree sus medios de realización y que «elle s' y adapte seulement» (Sollier y Drabs). Es muy posible que en la antigüedad hubieran hombres cuyas aptitudes no se expresaran más que insuficientemente por la falta de instrumentos y a medida que se fueron inventando, tales como el órgano, el violín, el piano, etc., se fué favoreciendo el ejercicio de las aptitudes. En la actualidad, la vocación musical cuenta con más medios de expresión que en épocas remotas. Se ve aquí que las aptitudes pueden evolucionar a una mayor o menor capacidad en función de factores extrínsecos. Es incuestionable que las aptitudes de los distintos hombres, de todos los tiempos y lugares, se condicionan en su evolución a la capacidad: las aptitudes reveladas crean facilidades de revelación y realización a nuevas aptitudes. Sin embargo, en todo no ocurre como en música y

Digitized by Google

el mismo inventor de instrumentos musicales no carece de aptitudes musicales. No cabe negar, con el concepto de pasividad de la aptitud, de grandes dificultades teóricas y de hecho, que muchísimas veces a favor del complejo de aptitudes de la vocación, se creen medios indispensables para realizarse. Negar esto sería negar que además de las diferenciaciones del trabajo por necesidad, existen especializaciones precedidas por el íntimo y poderoso imperativo de las vocaciones. Parece natural que las aptitudes, juntamente con necesidades aun contrarias a la vocación, hayan ido creando las múltiples formas de actividad humana.

Si hay una evolución individual de todo el espíritu y también una desintegración, una decadencia, muy raro sería que las aptitudes permanecieran inmutables. El identificarlas con un concepto esquemático del instinto o de algunas de sus formas, más que un directo y profundo análisis, es lo que lleva a concluir que la aptitud está toda y definitivamente no bien existe. De otras maneras del espíritu podría sostenerse lo mismo, así como de toda el alma. Pero si se admite un «desarrollo mental», no parece que pueda excluirse un «desarrollo de las aptitudes». El sentido de este «desarrollo» sería el contrario de una especie de ley del todo o nada, que aplicándola a la aptitud plantearía el siguiente dilema: total *repentización* o inexistencia absoluta. Ni en los diversos períodos de la vida, ni en los distintos momentos de nuestra actividad las aptitudes están igualmente presentes, si entendemos por presente el que sean operantes. Y lo que llamamos «desarrollo» es lo contrario de un total y simultáneo patentizarse de las maneras del adulto, sea cual sea la naturaleza de lo en potencia y de lo en acto.

Berlioz estimaba que en la modulación el estudio puede hacer mucho, pero ni la melodía ni el ritmo se aprenderían. La música fue definida como *el arte de pensar con sonidos* (Combarieu). Es una reacción opuesta a la música como arte sin concepto. Vezoux cree que además de sentimiento y pensamiento, hay en la música algo indefinible, que puede existir independientemente del sentimiento y del pensamiento; ese *algo* no se descubriría más que en el músico; sería específico e innato: «Ce quelque chose n' existe que chez le musicien né, ne s' acquiert jamais par l' education; en l'appelant musicalité, nous ne nous fatiguerons pas beaucoup, mais il est bien difficile de l' appeler autrement. Ce quelque chose éclate a chaque instant, chez Mozart, domine toute son œuvre, la plus musicale qui soit, et manque jusq' a un certain point chez Berlioz, débordant cependant d' émotion et de pensée. Cet x mystérieux, c' est la qualité spécifiquement musicale. L' hérédité regne toute puissante dans sa trasmission: tous les Bach l' avaient. (1) La x de la musicalidad no es la X del

(1) *L'Hérédité musicale.* Le François. París, 1926, pág. 77.

Digitized by Google

genio. De la herencia de éste no se sabe nada o los pocos datos que se tienen, son negativos. La *x* de la musicalidad si es todo lo que se hereda, comprende muchas cosas. En la familia Bach, la vocación por la música aparece inesperadamente y perdura doscientos años, en un total de veintinueve músicos (Fetis menciona cincuenta y siete). Uno se queda perplejo, como en presencia del milagro de los milagros, cuando la herencia se cumple, y más perplejo todavía cuando no se cumple. ¿Qué pasa en los secretos poderes de la vida para que de pronto surja algo que no se acusó en los predecesores y luego se oculte o desaparezca en una descendencia no muy lejana?

Las grandes incógnitas de la herencia — pese a la autoridad del eminente biólogo Morgan, para quien el problema está resuelto — son más incógnitas en el hombre que en otros seres, porque en la especie humana nunca se cuenta con líneas puras. No obstante, nuestros conocimientos han progresado notablemente también sobre la herencia en el hombre. Respecto al «sentido musical», Hurst sostiene que se hereda como un carácter mendeliano recesivo en relación con caracteres psíquicos no musicales. Dawenport y Drinkwater, llegan a la misma conclusión para la herencia del talento artístico en general y se afirma que si los dos padres poseen aptitudes artísticas, los hijos la heredan. Para el diagnóstico y pronóstico de las vocaciones, si conociéramos las leyes de la herencia humana, se tendría un notable recurso, jamás un criterio absoluto. Y si bien un juicio positivo como, por ejemplo, el sostener que los hijos de padres dotados de «sentido musical» *todos* nacen con ese don no sería de graves consecuencias, un juicio negativo sería condenatorio de los que naciendo de padres desprovistos de «sentido musical», lo poseen. Por otra parte, una cuestión de grados aquí es de importancia y de suma importancia es, así mismo, el que se hallen o no funcionalmente correlacionados todos los factores de la vocación musical.

Enriques niega se sepa qué es el sentido musical: ««Nessuno potrebbe con precisione difinire che cos' é il senso musicale». (1) En la acepción socrática, verdadero músico es aquel que de la música sensible se eleva a la música suprasensible. Hegel define la música como «la negación de la materia» (2) y ella replegaría el alma sobre sí misma en una separación de su existencia corporal. Schopenhauer rechazaba con violencia la música en lo que fuese inmediato transporte del mundo exterior, y entre nosotros, Blixen consideraba impotente la poesía que tentara valerse del colorido simbólico de las palabras para realizarse. En antítesis irreductible formula Ribot la imaginación musical y la plástica, sosteniendo que la imaginación del músico es puramente afectiva; pero antes había escrito: «*Todas* las formas de la imaginación creadora implican elementos afectivos». (3)

(1) *L'Eredità nell'Uomo.* Vallardi, Milano, 1924, pág. 99.
(2) *Estética,* tomo I, pág. 121.
(3) *Ensayo acerca de la imaginación creadora.* Trad. V. Colorado, Madrid, 1901, pág. 48.

Digitized by Google

Muy controvertible es la existencia de una imaginación afectiva, nada más que afectiva; y la imaginación creadora, desde luego lo más importante del músico como de cualquier otro artista, no parece sea simple en ningún caso. En cuanto a la evocación de imágenes plásticas por la música, particularmente después de Paulhan, muchas son las investigaciones efectuadas. La primera consecuencia fué diferenciar a los de gusto y cultura musical de los que no poseían ni lo uno ni lo otro, por la ausencia o presencia de lo plástico. De todos modos, no es criterio que baste para diagnosticar una vocación por la música, la ausencia de imágenes plásticas al escucharla, *ausencia que es lo más común*, ni tampoco es suficiente para negarla el que se evoquen dichas imágenes.

¿Impuro también será en el oír música, el estado moral, la tristeza, la alegría a que nos transporta uno u otro autor, porque eso no es específicamente musical ni siquiera específica emoción estética? Nadie reconocerá musicalidad en quien se sienta alegre oyendo música triste; cosa distinta es el goce estético en la misma tristeza. *Hay una profunda unidad psicológica donde parece puro lo que es fusión de todo.*

Exista o no representación plástica en quien oye música, eso, en el fondo, no parece tenga que ver con la musicalidad en sí. Hay temperamentos musicales y no musicales en quienes toda música permanece, no siempre de manera absoluta, en lo puramente acústico. En los mismos creadores, los hay de una u otra modalidad predominante, con mayor o menor colorido, con mayor o menor tendencia a lo plástico, y una musicalidad más que otra, mueve y *modela* el cuerpo con el ritmo y suelta imágenes sonoras: si un rosal en flor empezara a sonar y fuera para el oído lo que es para la visión, el ver no sería menos sino más ver, y el oír no sería menos, sino más oír. Pretender que toda la estética musical sea estricta y únicamente acústica, sería como pretender, por ejemplo, que todos los poetas fuesen pura y exclusivamente líricos. El músico puede expresarlo todo musicalmente; era la forma de expresarse *más concreta* de Mendelssohn; entonces, si se inspira en la plástica de la Naturaleza (o cuando en ella se inspira), si le pone música a este mundo al cual Dios se olvidó de ponerle, o nos hizo sordos a su música, o no queriendo usar de ese don, creó a los músicos... si en ellos puede traducirse en música la silenciosa armonía de las formas y el color ¿será siempre impura la interpretación que en cada uno se da de la música, cuando aparece lo plástico, aun en el caso en que sea éste el origen de la inspiración y el motivo musical? *El ritmo, que es como la simetría en el tiempo, y la simetría que es como el ritmo en el espacio, tan pronto están a sonar que a brillar...*

Digitized by Google

Por más que la música venga del espíritu y vaya al espíritu, no puede desconocerse la profunda unidad del sentimiento estético en donde ya no existe la dualidad de la imaginación plástica y difluyente, en donde las formas diversificadas vuelven a la esencia única de la belleza. No parece que los medios de expresión y los órganos de recepción (aquí, oído y vista) den por sí solo ni más materialidad ni más espiritualidad. La ingravidez de la belleza es independiente de la gravidez o ingravidez del instrumento o materia que la expresa: no es menos espiritual el Moisés de Miguel Angel que una obra de Bach.

Sin disputa, la imaginación creadora es lo esencial en el compositor; pero la vocación por la música no es puramente imaginación, y menos imaginación puramente afectiva. En el ejecutante — una forma de la mencionada vocación — el poder discriminador de los sonidos y la memoria acústica son factores de indudable importancia. De toda evidencia es que esos dos factores — cada uno a su vez complejo, menos disociable de otros factores — no bastan para hacer al músico; tampoco basta lo afectivo sólo, y la interpretación, por más afectiva, no puede ser absolutamente extraña a la inteligencia: hay toda una difícil técnica que no crea al buen intérprete, pero que sin ella, no se puede ser buen ejecutante, y con la técnica, la inteligencia, después de sojuzgar, da una superior libertad a los sentimientos; recuérdese que para no acusarse en los mejores intérpretes en el momento mismo de sus conciertos, se contó con su permanencia en años de estudio y en todos los ensayos que les preceden; lo que no tiene que advertirse, para una más pura emoción estética, es el esfuerzo y que todo, por más trabajado, aparezca como salido; pero de ahí pedir que nunca haya esfuerzo inteligente, sería estar ciego a la realidad.

Descartes escribió su *Traité de Musique* y confesaba a Huygen su imposibilidad de entonar y reconocer cuando otros entonaban o desentonaban: «vous prendez peut-être plaisir a voir ce qu' un homme qui n' a jamais su apprendre a chanter ut, ré, mi fa, sol, la, ni a juger si un autre le chantait bien, a conjecturé touchant un sujet qui ne dépend du jugement de l'oreille». (1) Una persona inepta para la entonación, privada de memoria musical, como Descartes, no es, por eso, completamente amusical. Tendiendo a la totalidad del espíritu están el gusto, la sensibilidad estética, la imaginación creadora... Los factores de una vocación integral, pueden hallarse en disyunción: aisladamente de aquellas maneras superiores del espíritu, pueden existir lo que se llama «buen oído», un penetrante poder discriminador de las notas, una feliz memoria musical... Su comportamiento en la herencia y en la evolución psíquica individual, apor-

(1) *Descartes*, León Brunschvicg. Rieder, París, 1937, pág. 12.

Digitized by Google

tan datos muy valiosos, lo mismo que en las amusias, consecuencias de afecciones cerebrales.

Enriques admite, y a Prayer debemos las primeras anotaciones, que un psicólogo experto podría reconocer el sentido musical antes que el niño comience a hablar. Esto es verdad para la percepción del ritmo, que puede ser advertida aun por quien no sea psicólogo, puesto que el niño reacciona al ritmo con el ritmo (movimiento rítmico del cuerpo, emisión rítmica de sonidos). Nybia Mariño Bellini tarareaba con justeza, a los diez meses. Seguramente sus reacciones rítmicas datan de mucho antes. Nosotros las hemos observado con toda claridad, en una niña de tres meses. Por ahí ya puede irse diferenciando a los que tienen más o menos musicalidad; pero si la percepción del ritmo es muy importante en la vocación musical, muchos otros factores la integran. Para el diagnóstico de las aptitudes musicales, se han ensayado muchos «test» individuales y colectivos. Chevais (1), entre otros, procura determinar, a) la percepción de las diferentes alturas, de la simultaneidad y de la dirección de los sonidos (lo primero que no hay que confundir es la agudeza acústica con la percepción musical, pero aquélla tiene su papel en ésta); b) reconocimiento de la extensión de un intervalo y comparación de intervalos; c) examen del sentido tonal y comparación rítmica y melódica de frases musicales; d) apreciación del placer por la música, etc. Es de verdadera significación en el diagnóstico y pronóstico de la vocación musical, la espontánea atención que lleva del oír al escuchar una obra y la correspondencia entre el estado afectivo y la naturaleza de la obra escuchada (alegre, triste, etc.). Lo más delicado es saber elegir las obras para esta clase de observaciones; pero en general, cuanto más diversas sean, mejor.

Al discurrir sobre la estructura psíquica de la vocación, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, 1.º, que *aptitud no significa excepción*, puesto que todos poseen, en grado diverso, lo que así se llama; 2º, que en una vocación, las aptitudes constituyen complejos funcionalmente correlacionados, pero pueden encontrarse en disyunción o segregación aun cuando las aptitudes no sean «entes», de manera similar a lo que pasa con los caracteres mendelianos, tales como la talla, el peso, etc., que no son «entes», comportándose como si fueran (la discusión se desplaza ahora a los factores o genes); 3º, que las diferencias de las aptitudes pueden recaer a) sobre su revelación, pronunciándose en unos con anterioridad a otros (precocidad); b) sobre su evolución, acelerándose en un período o estadio del desarrollo, para sincronizarse luego con el tipo común (taquigénesis monocíclica) o bien con adelantos en todos los períodos, y más pronto nivel del adulto, pero sin sobrepujar el valor medio (taquigénesis

(1) *Education musicale de l'enfance.* — Alphonse Leduc, París, 1937.

Digitized by Google

policíclica limitada, madurez precoz); c) sobre la potencialidad de progreso en total, despierten o no precozmente, sobrepasando, en definitiva, el nivel común del adulto (taquigénesis indefinida); d) sobre la rapidez de reacción o facilidad de ejecución; e) sobre la fecundidad, originalidad y calidad; f) sobre la permanencia activa o frecuencia de su actividad e intervalos de reposo (aptitudes e inspiración y ejercicio mental que le subsigue)...

Una aptitud en cuanto precocidad no es más que una presunción de aptitud permanente. Existen «poussées» en el desarrollo psíquico semejantes a los «poussées» que en el desarrollo del cuerpo harían pensar que un niño va a ser mucho más alto que otro y después no lo es.

Sin embargo, hay vocaciones que se revelan precozmente y que si no son precoces, carecen de grandes destinos, de donde incorrecto sería deducir que la precocidad de suyo sea garantía de grandes destinos. Corresponden a este tipo la vocación musical y la vocación por las Matemáticas. Las aptitudes para el dibujo, también se acusan pronto; pero pueden o no conjugarse con el «sentido del color», que se manifestará o no después. Otras vocaciones son más o menos tardías, siendo extremadamente difícil averiguar en qué lo son por naturaleza y en qué por las mayores dificultades de auto-conciencia y de diagnóstico. Exagera Adler por confundir lo que es (o puede ser) *determinismo de hecho* y lo que es (o puede ser) *determinismo de conocimiento*, afirmando que siempre en el niño de pocos meses es posible el pronóstico de su comportamiento en la vida futura, porque no perdería «la dirección que le es inherente» (1). Descartados otros motivos de errores, hay dos insalvables: 1.º, la imprevisible duración de la psicotropía que despunta en la primera infancia, ya que vira con el cambio de los intereses psicológicos (todos los niños en grados diversos, sienten atracción por los seres vivos, pero pocos conservan esa psicotropía toda la vida, como expresión de una íntima estructura psíquica y de un interés duradero); 2º, los *empujes* en el crecimiento espiritual, anteriormente mencionados, similares a los estiramientos físicos, que al tomarlos como módulos para pronosticar la futura mentalidad, llevaría a ilusionarse con un porvenir ficticio, y opuestamente, las favorables apariciones de fuerzas ocultas harían encontrar en la vida más y otra cosa de lo que se habría puesto. Necesario es tener en cuenta *la dirección sin virtualidades en la percepción y la dirección con virtualidades en el pensamiento:* estamos quietos en una calle, por ejemplo, y percibimos a una persona lejos todavía de nosotros, que se mueve hacia nosotros; dejamos de mirarla, y si nuestro pensamiento vuelve a ella en breve tiempo, y de nuevo queremos verla, dirigiremos la mirada esperando percibirla más cerca de nosotros; pero puede suceder — y así mil veces — que la persona aludida haya cambiado de rumbo y des-

(1) *El conocimiento del hombre*, pág. 54.

Digitized by Google

aparecido de nuestro campo visual; y nosotros, que le trazábamos el destino de su marcha prolongando la dirección que traía, la pusimos en un futuro inmediato distinto al real; así puede acontecer, y con mayor razón en el pronóstico del destino de una vida, en la que puede suponerse que la dirección emprendida en la infancia, dure más de lo que va a durar. En el caso de la persona que se movía hacia nosotros, inducimos de su aproximación por la dirección de su cuerpo y éste obedecía a lo que no percibíamos: al plan de conciencia o al estado de espíritu que guiaba la dirección del cuerpo; en el caso del niño, se dan idénticas sorpresas, por otras causas y viajes más largos. El amigo, de Anatole France, nos confiesa: «J'avais été un enfant très intelligent, mais vers dix-sept ans je deviens stupide». A pesar de ello, no hay que poner en el mismo grado de imprevisibilidad todas las vocaciones ni todos los factores de éstas.

Claros ejemplos de vocaciones que sin equívoco se manifiestan en la infancia, son los de las vocaciones por la Música y las Matemáticas; pero no los únicos, aunque no tan claros: *toda vocación puede revelarse temprano de modo definitivo,* lo cual no significa que sea siempre así. Y pese a sus grandes dificultades, es posible, en algunos casos, entrever ya en el niño vocaciones enderezadas a las Ciencias experimentales o a la Filosofía. Lo que pasa es que la especificidad de éstas no se acusa tan pronto ni con tanta nitidez como la especificidad de la vocación musical o matemática.

La temprana, aguda e insistente preocupación por la verdad, la atracción por lo desconocido y la emoción de la verdad revelada, nueva para el niño, la precocidad, en la evolución de la inteligencia, al ir del estado prelógico al lógico, la tendencia precoz a investigar la verdad con cierta conciencia de los problemas y la precoz madurez reflexiva, la manera de problematizar y de salir de los problemas, la imaginación creadora pronta a inventar tácticas para explorar y teorías para interpretar la realidad, la exactitud en las observaciones y la mayor o menor justeza en formularlas, la precocidad del espíritu crítico, los descubrimientos infantiles, la emotividad por las bellezas naturales, la encendida curiosidad por los secretos de las cosas, la primacía del saber como saber en sí, el goce en el trabajo cerebral y la tenacidad en el esfuerzo son, si no únicos, los más perentorios signos de una vocación científica o filosófica naciente, cuyo género se diversifica en las especies propias de los objetos esenciales de la investigación.

Donde haya un imperativo vocacional que ponga al niño o al joven en dirección de su destino en cuanto propia autenticidad y originalidad de ser, habrá un problema pedagógico que reclama singular solución en medio de los problemas generales de la pedagogía. Ahí nada ha de prevalecer, salvo la vida en un todo de la propia persona, sobre la vocación en sí. El retardo o descuido de su ejercicio puede

Digitized by Google

malograrla, molagrando lo mejor de una vida (piénsese lo que sería de la vocación musical sin una adecuada e intensa preparación desde la infancia). La preocupación de la cultura debe girar ahora en torno de la vocación. No se olvide que no existe una sola manera de cultura integral y que sería mala cultura integral la que fuese contra la natural diferenciación de los hombres que viene de adentro, la que se propusiese uniformarlos extinguiendo o atenuando el interés o los intereses psicológicos más fuertes, con la ilusoria creencia de una compensadora evolución psíquica por protección, frente a aquellos de los intereses más débiles, y con el inminente riesgo de que después sea tarde para el completo desarrollo de la vocación. Siempre habrá más tiempo para colmar las insuficiencias de una cultura general que para reparar los defectos de la cultura especialmente requerida por esas vocaciones que si no se atienden desde la infancia, el niño no llegará a ser el hombre de su vocación, sino un hombre disminuído en su originalidad.

Dos motivos más se invocan para resistir que el niño, descubierta su vocación, quede en su órbita, completándose con lo que sea necesario: 1º, la *inadaptación*, y no se para mientes en que la mejor adaptación es la que se hace por el acomodo de uno mismo a sí mismo, primero, luego, a lo que no es uno; tampoco se repara en que a los *inadaptados* de tipo superior, como sucedería en esto de las vocaciones, se debe los mayores progresos precisamente de los adaptados; 2.º, el que los niños a quienes se les permitiera entregarse al estudio afiebrado del asunto de su vocación, *no permanecerían bastante niños;* pero si por naturaleza hacen lo que hacen, así cada uno es el niño que tiene que ser; exigirle que sea como son los otros, sería violentarlo, *sería no permitirle permanecer en él lo bastante;* en lo de la salud, como siempre, hay que vigilarla y moderar el trabajo si ella lo exige.

No en poco el comportamiento de cada uno depende del concepto que de sí mismo se tiene, del concepto que se cree tienen los otros y del concepto que se tiene de los otros. Un pronóstico negativo que se deje caer en la infancia puede inhibir excesivamente en el ejercicio de aptitudes auténticas, pero de conciencia insegura y débil psicotropía (el ejercicio que suele interpretarse como causa del desarrollo mental, es más afecto que causa). Por otro lado, un pronóstico positivo, anticipando, sin reservas, altos destinos, corre el riesgo de crear un complejo de superioridad que proyectará la vida a un futuro ficticio; entonces, la aparición del doble en violenta discordancia — el de las pretensiones y el de las realidades — traerá la crisis del complejo de superioridad, que puede ser sustituído por un complejo de inferioridad, y se temerá fracasar aún en aquello para lo cual cuéntase con aptitudes. ¿No es ésta, acaso, una de las causas de pérdida de niños precoces?

Digitized by Google

Silenciosa, calladamente, se puede y debe tentar empresas aun temerarias, sin llegar a invertir el precepto cartesiano «en la duda abstente», y en la duda, soltar los frenos, como el mismo Descartes lo hizo no pocas veces... Uno de los secretos para no fracasar consiste en emprender modestamente cualquier obra, *aun las temerarias*, con una actitud, en estos casos, que no haga esperar más, antes menos, de lo que prometen los primeros entusiasmos de guerrilleros todavía lejos del frente. Muchísimos precoces fracasan, entre otras razones, porque se les hace prometer, exhibiéndolos, lo que sólo los genios traen consigo de los misteriosos poderes de la vida. Pudieron ser triunfadores si paulatina y discretamente hubiera ido formándose una opinión favorable de sí mismo con el mordiente de una *leve famæ* de hogar, escuela y amistad, antes que pública, de generoso estímulo, pero de juicio no muy distante de lo que es el niño o el joven en realidad.

Hay que temer los grandes ideales cuando excluyen los pequeños, porque si la vida de todas las horas queda por completo fuera de ellos, terminan por quedar fuera de la vida.

CLEMENTE ESTABLE.

Digitized by Google

PABLO BLANCO ACEVEDO, HOMBRE DE DERECHO (1)

El libro que se entrega hoy al juicio de la crítica reune un conjunto de estudios sobre derecho constitucional que Pablo Blanco Acevedo dejó, no sabemos si para una ulterior revisión complementaria, entre los papeles de su mesa de trabajo, de donde se toman y reproducen con escrupulosa fidelidad.

Podemos decir, desde luego, que este libro representa uno de los esfuerzos más fervorosos de Pablo Blanco Acevedo. Se reunen aquí algunas de las conferencias, lecciones y estudios de su cátedra de Derecho Constitucional; y los que conocimos a Blanco Acevedo sabemos que, de cuantas actividades intelectuales servía con alta y segura vocación, ninguna como la cátedra tenía su predilección entusiasta. Estas páginas lo documentan. Ellas muestran al profesor que ambiciona hacer de la clase un magisterio meditado, ajeno a toda improvisación, y dando a su auditorio, con cuidado perfecto, el rendimiento de sus más doctas vigilias.

Estos estudios tienen dos cualidades que deben ser destacadas.

Primero, la información, tanto doctrinaria como histórica, con la que se desarrolla cada uno de los temas. Ese doble enfocamiento le permite al profesor ahondar las soluciones con singular eficacia, pues integra así los dos puntos de vista indispensables para la definición

(1) DARDO REGULES es uno de los representantes más eminentes de la generación que comenzó a pensar y figurar en la vida pública del país en aquel momento de singular actividad espiritual en que toda la América española se preparaba a celebrar el primer centenario de la Revolución. Ha conservado de esa hora histórica: la inquietud, la impaciencia, la curiosidad, el espíritu crítico, la devoción invariable a los principios abstractos del derecho y la fe en la acción de la cultura y de la docencia para resolver los problemas que agitan a la sociedad contemporánea. La semblanza de Pablo Blanco Acevedo, hombre de derecho, que publicamos y que acaba de escribir como Prólogo de un libro póstumo de aquel eminente profesor que aparecerá en breve con el título «Estudios Constitucionales», es un poco la propia semblanza, y puestos a salvo los principios ortodoxos y completado el campo de la cultura filosófica y jurídica, sería ésta casi una página autobiográfica. También en el crítico la fe en el derecho es natural y procede de las zonas profundas de la personalidad, y también en él es fuerza virtual el culto de ciertos valores abstractos y de aquellas palabras mágicas: libertad y democracia. Su persona moral, nutrida en los principios del espiritualismo integral, se ha formado en este culto cívico, cuya fuerza dinámica es casi tan poderosa como la que emana de su fe religiosa. Todo ello le ha dado singular ascendiente sobre las generaciones jóvenes universitarias. Nació en Montevideo el 1º de febrero de 1887, cursó sus

Digitized by Google

completa del derecho. Si en la validez y creación de un orden jurídico, la distinción entre estática y dinámica debe estar en la raíz del sistema, —como quiere Kelsen en su «Teoría General del Estado», — todo el orden dinámico se valora «por referencia a un hecho históricamente dado». El hecho histórico cobra así su total sentido jurídico y pedagógico, y por eso, el investigador completó en Pablo Blanco Acevedo al profesor, para la formulación adecuada del criterio de derecho.

Pero también, el acento histórico le ha dado a estos estudios el valor de docencia viva. Seguimos, al través de ellos, el comportamiento de nuestra propia realidad social como origen y disciplina de las instituciones. El ejemplo tipo lo da, desde luego, esa monografía tan concluída, que se incluye en este libro, sobre derecho de interpelación. Puede seguirse en ese estudio, hasta su más íntima realidad, todo el sentido de la experiencia propia al través de nuestra vida histórica; y esa revisión de antecedentes demuestra, con una firmeza concluída, qué posibilidad viva tiene, para nuestra sociabilidad, este instrumento de contrapeso institucional.

En segundo término, las lecciones de clase comprenden el estudio de las tres Constituciones que ha tenido el país, la de 1830, la de 1917 y la de 1934, planteando esta última, por su origen, un problema de la más encendida e inmediata actualidad. El profesor no elude su tema. Cruza por la zona ardiente. Frente a los acontecimientos presentes, la cátedra no puede callar la verdad que dijo la víspera, pero debe repetirla con igual serenidad y con igual limpieza que ayer.

Este es el don de este profesor encumbrado. Los tres estudios tienen la misma objetividad esencial, y han sido pensados y escritos desde una severa dignidad docente y una igual libertad interior. El doctor Blanco Acevedo toma la única actitud que corresponde espontáneamen-

estudios en el Seminario y en la Universidad y se graduó de doctor en la Facultad de Derecho. Desde la primera juventud definió su personalidad de escritor, orador y profesor. Su prosa concisa, clara, elegante, y rica de léxico, en la que se adivina vasta cultura; su elocuencia amplia y sonora, a ratos rotunda, a ratos arrebatada por el lirismo; su don pedagógico que le permite enseñar con nitidez y con ingenioso arte, le han deparado singulares triunfos en el periodismo, en el campo literario, en la tribuna parlamentaria y académica y en la cátedra universitaria. Profesor de Filosofía en la Universidad, Consejero de la Facultad de Derecho, Fiscal de Menores, Ausentes e Incapaces, representante de la Unión Cívica en el Parlamento durante dos legislaturas, miembro de la Asamblea Constituyente de 1934, forma parte actualmente de la Cámara de Representantes donde representa al departamento de Montevideo y es *leader* de la minoría cívica. Fué Delegado al Segundo Congreso Internacional de Estudiantes reunido en 1910 en Buenos Aires, y formó parte de la Delegación Uruguaya a la VII Conferencia Internacional Americana de Montevideo. Es autor de «Rumbos de la segunda enseñanza», «Idealidades universitarias», «La hora nueva y la cultura superior» y numerosos ensayos, estudios y artículos de carácter jurídico, pedagógico, social y literario publicados en revistas y diarios del Río de la Plata. Sus discursos parlamentarios, políticos y académicos en que la belleza de forma se une a la erudición y a la vastedad de doctrina darían origen a varios volúmenes.

Digitized by Google

te a su estilo, a su concepto profesoral y a su vocación. Su criterio sobre el valor del derecho proviene de convicciones meditadas y claras, y lo defiende y aplica sin sectarismo y sin pasión, con la libertad que la cátedra debe tener para mantener su dignidad, y con la serenidad que la cátedra debe mostrar para servir a la verdad.

Información completa y severa objetividad científica para juzgar todos los acontecimientos, hasta los que estallan hoy en la calle: he ahí dos signos dignos de destacarse en la colección de estudios constitucionales que hoy se llevan a la prensa.

PABLO BLANCO ACEVEDO

Hombre de su generación, sus lecciones afirman el culto, — ¿y acaso la ilusión?, — de las normas abstractas de derecho.

Pablo Blanco Acevedo recogió en el hogar la voz del romanticismo literario y político que tuvo, en su padre, don Juan Carlos Blanco, uno de sus más esclarecidos intérpretes. Y mucho quedó en la sustancia de su concepción del derecho, de aquellas primeras lecciones vivas, que tuvieron en su espíritu un prestigio perdurable.

Cuando se estudian los «Discursos y Escritos» de Juan Carlos Blanco en el tomo que el propio Pablo Blanco Acevedo reunió y publicó con filial fervor, se comprueba la vehemente verdad que aquella generación quiso defender, frente al naturalismo literario y al materialismo histórico. La fe en el hombre y su redención por la realización de las ideas abstractas y salvadoras, — intransigentemente pensadas y vividas, — dió a aquella generación su filosofía y su estilo, sólo que esas ideas puras (libertad, hombre, democracia) situadas en el aire, lejos a un tiempo de la tierra y del cielo, fueron vencidas por el realismo materialista, que apareció con Marx, o por el realismo trascendente que venía de Aristóteles.

Pero algo dejó aquel romanticismo, que mezcló en tan diversa y paradójica proporción el escepticismo y el dogmatismo, el dogma de las ideas y del hombre, y el escepticismo de la razón. Y dejó esa fe en ciertos valores como la libertad, el derecho, la democracia, palabras mágicas para la escuela, de contenido no siempre preciso y a veces confuso, pero que han concurrido, en buena proporción y en el orden pragmático, a libertar al hombre y a restaurar el proceso de su valoración.

Digitized by Google

De esta formación espiritual venía el doctrinarismo jurídico de Pablo Blanco Acevedo. Su fe en el derecho es natural, y procede de las zonas profundas de la personalidad. Así cuando estudia la Constitución de 1934, fija en pocas palabras el juicio de los sucesos que provocan la iniciativa constitucional. La norma de derecho no admite dudas, ni necesita defensas. Establece, pues, sencillamente, el criterio y la solución y acepta la fuerza de una Constitución dictada sin el debido concurso popular, como capaz de lograr luego «la aceptación general», cuando se trata «de un documento notable por su fondo, por los principios consagrados, por la feliz solución encontrada a los problemas nacionales». Es decir, el derecho, valorado por su propio contenido de verdad, independiente del consentimiento de la voluntad general concertada. Demos a esa fuerza de verdad la inflamación interior y el estilo de los oradores del Ateneo, y estaremos en pleno romanticismo jurídico, con la fe en un derecho, cuyo contenido no comprendió ninguna realidad ontológica, pero que era capaz de asombrar al mundo con su clamor, y de movilizarlo, luego, hasta el sacrificio.

⁂

Tal posición formaba el matiz de individualización que marcó a este profesor entre los hombres de su generación, ganados, en su mayor número, para el historicismo como explicación suficiente del derecho, y para el positivismo como valoración de la razón.

Y este preciso matiz tiene su importancia por cuanto se marcó resistiendo dos influencias vigorosas, y demostrando, con ello, la independencia de su personalidad: por una parte, el clima de cultura dentro del cual formó su bagaje científico; y por otra parte, el género de disciplinas investigadoras a que sometió su vocación.

El clima de cultura correspondía al más definido positivismo. Spencer, —un poco empequeñecido el mismo Spencer al través de una docencia prevenida contra toda filosofía del ser, — estaba en su total señorío. Y el materialismo histórico empezaba a establecer sus definiciones includibles en el orden social.

La Universidad, — y al través de la Universidad la clase dirigente del país, — no conocía otras directivas. El espiritualismo, enraizado en el idealismo alemán, de Justino Jiménez de Aréchaga, — el padre, — era la última voz de una filosofía de valores que se oía en la Universidad. Y maestros, alumnos, planes y libros tendieron, con una espontánea disciplina, a un positivismo incondicionado, que negó todo el orden religioso y toda posibilidad metafísica, que redujo el derecho y el arte a un común y exclusivo denominador histórico, y que dió a las ciencias sociales el dominio final de la vida humana.

Positivismo en el orden de la razón; historicismo en el orden del derecho; y materialismo histórico en el orden de la sociedad: tales fue-

Digitized by Google

ron los dogmas unánimes, que marcaron una hora de la vida de la Universidad, de la cultura del país, y del orden institucional de la República.

Pablo Blanco Acevedo se conservó, dentro de ese clima, fiel a su racionalismo jurídico. El relativismo totalitario, — perdónesenos la expresión y la paradoja, — chocaba con esenciales premisas de su espíritu. El derecho tenía, para esas premisas, el vigor incondicionado de un principio racional, movido, pero no creado por la historia. Y puede decirse que fué, junto con otros profesores, que formaban la excepción del claustro, algo así como un *vieux royaliste*, que afirmaba la verdad de una concepción abstracta del derecho, mientras el derecho salía de su «casa solariega» para perderse por los caminos de las ciencias biológicas y de las ciencias sociales.

Vale la pena marcar esta posición, ahora y cuando, por obra de muy diversos factores, la orientación actual tiende a lo que se ha llamado, con verdad, «la vuelta del derecho a la casa solariega del derecho». Una gran restauración, —que cada día toma mayores proporciones, — aspira a valorar no sólo los contenidos abstractos-racionales, sino los contenidos ontológicos del derecho.

Como dice Le Fur, en su tomo reciente *Les grands problèmes du Droit*, «asistimos a un renacimiento casi universal del derecho natural», —y por derecho natural se quiere decir, según el mismo autor, «un conjunto de reglas objetivas, anteriores a la voluntad del hombre y que se imponen a ella, — comprobadas, y no creadas por la razón».

Corrientes muy profundas, — que parten de la restauración ontológica del ser, como realidad primera de todo conocimiento, —van realizando esta vuelta del derecho a la definición de su contenido irreductible, — junto, — y acaso ésta sea una paradoja, — con la violencia de las fórmulas totalitarias dominantes, que obligan a buscar, con ciertas ansias salvadoras, — un derecho intangible, superior a la voluntad y a creación de hombre, — fundado en la filosofía y en la moral, mejor que en la historia y en la experiencia, — y que defienda el acervo esencial de la persona humana contra la absorción de la fuerza triunfante. Algo de ello expresa Josserand, en sus *Conférences du Droit Civil. Evolution et Actualité* (1926) a propósito de la teoría del abuso de los derechos, cuando afirma que ella representa «el triunfo de la moral, que penetra al derecho en toda su extensión».

Por eso, la posición de Blanco Acevedo contiene elementos de juicio y de fundamentación que han perdurado, y desde luego, se han fortalecido en la renovación de las disciplinas jurídicas.

Y por eso, la cátedra de Derecho Constitucional mantuvo, con este profesor, el acento final de rigorismo en el derecho, que no se atenuaba por la constante incursión histórica con que exploraba sus temas. Y es este aspecto el que deseamos destacar y afirmar, tanto en los estudios que hoy se dan a la prensa, como en la tarea docente de Blanco Aceve-

Digitized by Google

do, por cuanto la vocación histórica paralela aparece, a veces, como desbordando el cauce auténtico y fundamental de su personalidad de hombre de derecho.

⁂

Pero no podemos olvidar al redactar estas páginas, que Pablo Blanco Acevedo dió al derecho abstracto el estilo de un gran apostolado por el bien, servido ese apostolado por una espontánea disposición de bondad.

Cuantos conocimos a Pablo Blanco Acevedo retenemos la lección inolvidable, — con un enorme valor docente, — de su corazón limpio y de su limpia generosidad. Trascendía a su vida toda su bonhomía esencial, que se componía, a su vez, de muchas selecciones coincidentes: una serena claridad intelectual; una voluntad sin ambiciones inmoderadas, ni pasiones perturbadoras; una modestia natural; un don caballeresco en el trato; y el culto de sentimientos, como la amistad, que ennobleció con un amplio ademán leal.

Todo esto realizó una personalidad de verdadero equilibrio, que tal fué, aun sin querer exhibirlo, su condición dominante.

Pero este equilibrio, — digno de destacarse en la medida en que nos internamos en una época más desequilibrada, — no fué sólo una condición moral de su vida, sino un signo espiritual de su inteligencia. Fué a ese equilibrio al que debió la manera serena con que enfocó los problemas de derecho, y con que planteó las realidades vitales de su generación y de su siglo.

El progreso se forma de una enorme cantidad de impulsos más o menos concertados. La exaltación total y extrema tiene, en forma indiscernible, pero cierta, su destino y su sitio en el desenlace final. Pero, también lo tienen estos espíritus serenados y limpios, que sin abatir el rigor lógico de las concepciones científicas, aspiran a comprender con la mayor justeza las posibilidades, — ya que no de los derechos, — que tiene, en el orden histórico, la realización total de la verdad.

Y estos espíritus forman una fuerza dirigente siempre, aun en las horas en que parece que no dirigen. Porque es a su contacto y con su comercio, como se pueden facilitar ciertas formas de progreso y de convivencia, por sobre lo que Maritain ha llamado «la ferocidad de las ideas puras».

A este tipo de equilibrio interior confía su eficacia y su perduración la obra de Pablo Blanco Acevedo. Como en el pensamiento del escritor galo: Trabajó serenamente, y no vivió en vano...

DARDO REGULES.

Digitized by Google

AL MARGEN DE LOS PROBLEMAS ESTETICOS

LA HERENCIA DEL ARTISTA (1)

Dos clases de herencias, una material y otra espiritual, dejan los artistas y los intelectuales al morir. Quienes a ellos están unidos por vínculos de sangre, han sido por los hombres designados como herederos naturales, y salvo casos expresos, recibirán con su beneplácito, la primera de las herencias; pero, como de la segunda es dueña el destino y sólo, por voluntad de los dioses, llegarán al espíritu los legados del espíritu, habría que pensar si a veces, en estos precisos casos, no es injusto que quienes están incapacitados por disposiciones inquebrantables, para tomar posesión efectiva de esas herencias, sean designados por los códigos como herederos naturales. Y que no se tenga en cuenta que en circunstancias como la anotada, la misma calidad de la cosa, al no poder darse, hace perder un valor que no se ha defendido por mantener una línea general de conducta.

Es que a fuerza de querer ser lógicas, hay razones que resultan precisamente ilógicas. Así, cuando por disposiciones convencionales, se resuelve que los parientes más próximos, recojan las herencias sutiles del pensamiento y de la sensibilidad, aunque estuvieren desposeídos de los dones del espíritu, ¿reciben acaso éstos en realidad, algo más que la apariencia de lo que quedara como semilla de una magnífica personalidad? Y estas obras, que estarían prontas a existir para otros en forma de influencia y a fructificar en nuevas ideas al ser arrojadas en campo propicio, se pierden, fatal e indefectiblemente, cuando por incomprensión son entregadas a quienes no comprenden.

(1) JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN nació en Montevideo. Su curiosidad intelectual, su vocación literaria, su pasión por las cosas del espíritu y su propio temperamento pueden hallar explicación en la tradición de su casa, ilustrada por hombres de letras, jurisconsultos y poetas. Es autora de un libro de bellísima prosa titulado «A media voz» que fué laureado por el Ministerio de Instrucción Pública en 1935. Este libro definió su personalidad literaria que ya había dejado advertir en colaboraciones de rara selección espiritual publicadas en revistas de Montevideo. Con singular dominio de la prosa y noble elegancia de estilo, con intrépido desenfado en el pensar y en el sentir, en este libro que tiene algo de «diario íntimo» a lo Amiel y que recuerda un poco los «cuadernos» de Barrés, se advierte un fino temperamento literario, una exquisita sensibilidad y una rara aptitud crítica. El espectáculo exterior del mundo y el más vasto y complejo del propio microcosmos han sido explorados con osado espíritu por esta escritora que persevera en sus especulaciones en un nuevo libro, recientemente aparecido, titulado «Entrelíneas», del cual nos hemos ocupado en la revista. Además de los libros publicados, conserva inédito un tercer libro titulado «Mis cuartos de hora» y en preparación otros dos que ha bautizado así: «Perfiles de Bronce» y «Cristalizaciones», título este último que se nos ocurre tenga alguna vinculación con las teorías literarias de Stendhal.

Digitized by Google

Pero, ¿no será por ventura facultad del hombre, la de establecer, aun contra las costumbres y los prejuicios, un nuevo curso legal, que permita llegar a su verdadero destino todo aquello que haya de contribuir a crear o a intensificar condiciones de interés social o pedagógico, logrando por contacto material o inmaterial, la benéfica relación de unas almas con otras, al través del contenido espiritual de las cosas?

Los casos tan repetidos que se presentan con riesgo para la estabilidad y la continuidad del arte, de la historia, de la cultura y de la civilización, invitan a pensar en el grave problema que significa dejar sometidas a las consecuencias corrientes — como si se tratara de objetos triviales — obras de arte o manuscritos que, por su belleza o por su interés, no tienen precio en los aranceles de la justicia ni pueden ser apreciados sino por entendidos o por iniciados.

Hablamos de la herencia del artista; pero habría que decir también del coleccionista; debido a que igual importancia ha de tener en este determinado caso, el hecho de que el poseedor sea el propio autor de la obra, o el aficionado inteligente y devoto, recogedor de tesoros; si en realidad lo que interesa es la conservación de éstos, y lo que se busca es que, lo que representa un valor mental o sensible, siga ejerciendo influencia en el presente y en el futuro.

De ahí que este problema, que, si ha sido planteado, por lo menos no se ha discutido con vías a una solución, acaso haya de ser de los que precisan un abocamiento rápido, a fin de poder terminar con un estado de cosas, cuya prolongación perjudica intereses que nunca podrán calcularse. Nadie, sin embargo, se ha preocupado de estudiar lo que significa en este sentido la muerte de ese artista, con el que suele desaparecer su producción, ni se piensa que casi siempre se deja en manos de quienes no conocen sino el valor íntimo y afectivo de las cosas, trabajos que el genio, modelador de verdades y de bellezas, ha dejado en manchas de color, o en formas palpitantes, en aguafuertes o joyas del cincel, y que representan tal vez valiosas páginas de la historia del arte. Por lo cual, muchas de estas obras, han de traspapelarse entre cosas inútiles, sujetas a los procesos inflexibles del olvido y de los años, que dejan desteñir su actualidad en los arcones de desvanes polvorientos y mohosos. Imposible sería, sin embargo, afirmar que, entre las obras perdidas, ninguna hubiera debido tener su digno y merecido sitio, en esa exposición continuada de los museos, que abierta queda ya a todos los tiempos.

Pero, la enorme indiferencia de los hombres y su eterna ignorancia, permiten que, quietas, mueran poco a poco muchas cosas; y que mueran, como si el destino hubiera torcido su camino triunfal.

Habrá que preguntarse entonces: ¿hasta dónde está permitido ser indiferente, y hasta dónde se puede ser ignorante? ¿No es criminal el error de quienes llenan de lagunas de sombra el camino de la civilización? Y si es así, es error también que a todos corresponde, la repeti-

Digitized by Google

ción de casos que empobrecen la tierra, ya que será inadmisible que se admita que sean árbitros inaptos y casuales, los que convertidos en factores dispongan de la suerte de los más estimados tesoros.

Creo que es inútil aclarar que la indiferencia y la ignorancia existen naturalmente para aquello que aún está indefenso, y no para lo antiguo. Lo que peligra es sólo lo nuevo, porque la antigüedad está amparada para quienes no conocen los matices de sus valores, por las documentaciones y los estudios de los eruditos.

De este modo, existirá para ciertas cosas, ese clima de veneración que corresponde a ello, estableciéndose ya como un probado y aceptado valor, que ayudará hasta al más incapacitado para percatarse — sin apreciar razones de fondo— del beneficio, si no espiritual, por lo menos monetario que puede lograrse, y que algunos logran especulando con el talento de los otros. Pero, aun cuando sea incitando intereses inferiores, es éste un medio de llegar a asegurarse la conservación de obras que si no interesan como obras de arte, han sido a pesar de ello, salvadas para el arte. Y esta relación de intereses, apuntala fuertemente, aunque por razones opuestas, una civilización que de otra manera se habría despeñado sin remedio; pero cuyas piezas, al adquirir un valor efectivo, permiten que tanto los estados, como los ricos y afortunados coleccionistas, puedan salvar por el rendimiento, la calidad.

El interés ha creado así para ciertas cosas, una solución práctica más que hermosa; pero gracias a la cual, no todo ha de morir por desidia o ignorancia. De este modo ventas periódicas, llevadas a cabo en las grandes ciudades, y ventas ocasionales en las demás, ponen a disposición de quienes corresponde — por su amor a lo bello o a lo intelectual — verdaderos inestimables tesoros. Y en general, tesoros que tienen el raro poder de conformar la inteligencia y apasionar el corazón; y que, al principio indiscutible de valorización, han de ir agregando, al pasar por la historia del objeto, un nuevo valor sentimental, que enriquece la belleza con esos hilos de leyenda que coleccionan los que saben vivir los recuerdos.

Son pues estos enamorados de los mitos y de la historia, los que contribuyen a que una parte del mundo, despreocupado y materialista, se mantenga inclinada sobre el pasado, auscultando sus ideas, animada por sus sueños, y continuando sus promesas. Monomaníacos unos y románticos otros, pero idealistas todos, que no vacilan en cambiar una fortuna por viejos papeles u obras que tienen, con su probable autenticidad, la segura autenticidad del tiempo. Hombres que estiman sin duda la obra que han adquirido, pero que con religioso fanatismo siguen su proceso posterior, ya que ningún goce podría para ellos ser comparado al que les depara la posibilidad de pensar y extasiarse ante aquello que pensaran sus autores preferidos o personalidades a quienes utilizan para admirar indirectamente, como a través de un juego complicado de espejos y de luces. Y puesto que la imaginación, hace revivir en la mente

Digitized by Google

de quien colecciona esta clase de emociones, toda una yuxtaposición de pensamientos, no es extraño que se pagara recientemente, como cuentan las crónicas, una suma fabulosa por un libro de Beaumarchais que perteneció a Edmundo de Goncourt. Porque, ¿no se ha ofrecido su comprador, ese placer de vivir el doble instante psicológico de dos almas, al soñar en las entre líneas de la obra?

Placer éste emocional e intelectual, pero sin duda placer de lujo, que ha de poder ofrecerse el hombre a sí mismo, y que el Estado invariablemente proporciona a todos. Por lo cual, es lógico entonces que las riquezas artísticas, pasen a formar parte de ese capital de la sociedad.

París y Burdeos, acaban de disputarse una colección valiosísima de manuscritos de Montesquieu, que hasta ahora guardaban los archivos de un viejo castillo; el acto al parecer intrascendente, era sin embargo de primordial importancia para los estudiosos, porque gracias a esas adquisiciones es que pueden mantenerse relaciones directas con esa parte del espíritu del autor que no pasa al libro, y, beberse la verdad en las fuentes más puras del conocimiento. ¿Quién por eso mejor que el Estado para ser dueño de aquello que en realidad, es un poco de todos?

Una obra de arte, cualquiera que sea su género y su calidad, no es el objeto que puede quedar en poder de quien no la valora; pero tampoco conviene que permanezca en palacios cerrados, para recóndito placer de quienes la poseen y la valoran, pero con egoísmo de avaros. Si hay cosas que pertenecen a todos los hombres y a todos los países, ellas son: la ciencia, la sabiduría y el arte. Idiomas que habla todo el universo, únicos motivos de real entendimiento, como música para la cual no existen propiedades ni fronteras. Un arte escondido, equivale en cierto modo a una ciencia secreta y escondida, imposible y absurda. Como el amor hacia lo justo, hacia lo noble o hacia lo bueno, el amor hacia lo bello, suprime distancias y crea hermosos lazos de comprensión. ¿No estuvieron de acuerdo católicos y ateos, al protestar por el bombardeo de la catedral de Reims? Y cuando la pasión reformista, creo que en 1910, destruyó por fanatismo anti-religioso centenares de iglesias y de conventos en Francia, ¿no se alzó clamorosa protesta? Y ésta se alzó no solamente en virtud de una defensa de pensamiento, sino para salvar ese arte que se saqueaba en nombre de entusiasmos que pasan.

Por eso, también, cuando en 1913 el gobierno de Perú permitió que sabios de la Universidad de Yale, investigaran dentro de su territorio, para desenterrar los tesoros de la fantástica ciudad inca de Machu-Picchu, la población del puerto donde aquellos debían ser embarcados, comprendiéndose despojada de riquezas que sabía suyas, se sublevó, pues consideraba un atentado que, amparados por el derecho de un contrato, hicieran aquéllos perder al país irremplazables pruebas de su civilización y de su arte milenarios.

Esto sucede porque los pueblos conocen el principio del valor de los valores, aun cuando separadamente no todos sus componentes los

Digitized by Google

comprendan. Y porque cada pueblo sabe inclinarse y respetar acaso intuitivamente sus propios valores, sin saber por qué se inclina ni por qué respeta. Quizá lleva en la sangre la necesidad de comprender el valor de las leyendas escritas en los monumentos y de defender los nombres que con letras de bronce se han ido grabando en su memoria.

Y es precisamente, porque sabe inclinarse ante la gloria, que habrá que enseñarle a construir también sus glorias, enseñándole a respetar nombres que aun no tienen la consistencia de lo indiscutido. En primer término, porque el arte está hecho, como lo estará luego también la historia y la ciencia, con lo antiguo y con lo nuevo, con lo definitivo y con lo que recién empieza a definirse. Y, entonces, ¿por qué dejar que ésto, que algún día podrá ser invalorable, desaparezca, truncando su destino por lo que habría que llamar salvaje inconsciencia?

Los ejemplos dolorosos y aleccionadores se repiten, sin que desgraciadamente sirvan a nadie esas desaprovechadas lecciones, y entre éstos, uno sobre todo, de tan acusada incomprensión, que dejarlo pasar inadvertido, sería admitir el pleno derecho de los hombres para convertir en escombros o en cenizas, bienes de todos. Fué éste el caso de un gran pintor, mimado por la fortuna y por la fama, al que una vieja lesión, haciendo crisis, quebrara un día de modo inesperado la vida y la obra. Aquel taller que había ido enriqueciendo de preciosidades y de obras de arte, y que estaba atiborrado de marfiles cincelados, de miniaturas antiguas, de esmaltes, de bronces, de mármoles, de pasteles y de óleos, que era para los aficionados un pequeño gran museo, quedó así de pronto cerrado, con un sello en la puerta que hablaba al público de pleitos y de desavenencias.

Severos, con sus togas negras, los jueces, debieron ejercitarse en barajar cifras y calcular tesoros. Y de este modo habrán estudiado valores para muchos de ellos acaso desconocidos; porque en verdad es difícil conocer el verdadero precio de la belleza.

Y aunque no se sabe si la sucesión demasiado lenta en sus trámites, acabó con la paciencia de los herederos o si éstos, incontenibles ya, en su afán de sentirse dueños de tanto objeto maravilloso y tentador, prefirieron ponerse de acuerdo, lo cierto es que un día, sus miradas enclarecidas hallaron en el juicio de Salomón, la manera de entrar en posesión de la herencia. ¿Para qué discutir, acaso se hayan dicho, si todo puede ser pesado y medido, quedando valorado en su justo valor?

Y he aquí que se miden los cuadros y se pesan los mármoles y los bronces. ¿El azar, no había querido que el metro y la balanza fueran otrora sus maestros? Y todo parecía ya marchar maravillosamente, hasta que por desgracia una gran tela mural, premio de la última exposición, vuelve a poner la nota de discordia, que el espíritu práctico de los herederos salva como las anteriores; ya que la división de la obra, resuelve con equidad y justicia la cuestión, dividiendo el cuadro en cuatro partes perfectamente iguales.

Digitized by Google

Verdad es que no se sabe qué constituyen ahora esos cuadros que tal vez adornan salas de viejas casonas de provincias o elegantes apartamentos modernos, pero es probable que ya divididos, nada representen y nada signifiquen. Así hay quien piensa que en sus flamantes marcos dorados, unos encierran mar y otros cielo, tierra o nubes, o de los árboles posean unos las copas y otros los troncos... Porque en este terreno, todas las suposiciones pueden ya ser admitidas.

Pero, inadmisible es admitir la división. ¿Podría tolerarse un sacrilegio, que sucedido en cualquier país ha ofendido el arte de todos los países? Al arte, y habría que decir también la cultura y la civilización.

Y como la indiferencia en ciertos casos resulta criminal, imposible sería permanecer inactivos ante la destrucción y la devastación de las más nobles creaciones del hombre.

Así, si la justicia defiende la fortuna de los que no saben actuar por sí solos, ¿no debiera intervenir también en la de aquéllos que no sabiendo comprender el valor de ciertas cosas, son para su manejo también incapaces? ¿Cuando un débil mental hereda casas o campos, un curador previene sus disparates y evita la destrucción material — podríamos decir — de una fortuna que sólo tiene el valor del oro. Tutores dignos y conscientes, se nombran al menor mientras éste alcanza la edad prevista para dirigir sus actos y sus bienes; y la justicia previsora, interviene en toda escrituración de venta de propiedades de una mujer casada, a fin de que por condescendencia o por inhabilidad, no sea despojada por un marido inescrupuloso, de una herencia que no siempre sabe manejar. Sin embargo, más justo que prevenir esta acaso inútil posibilidad, es que se pensara en poner a salvo, no ya lo particular y lo pequeño, sino lo grande, lo que es de todos, la cultura, el arte, los documentos que pertenecen a la historia y los objetos que representan la civilización.

Claro es que habrá que meditar, como decíamos al principio, el grave problema de defender la mayor de las fortunas. ¿En qué forma? Acaso, lo sepan aquéllos a quienes correspondería intervenir, con espíritu de estetas y de juristas a un mismo tiempo, y a quienes la visión adquirida en el manejo continuado de esos elementos, les da autoridad y facultades para resolver. ¿Pensarán que la obra de arte debe estar asegurada, contra lo que llamaremos, riesgo de herencia? ¿Será una comisión de Bellas Artes o de Cultura, debidamente autorizada, la que deba resolver los casos, con normas equitativas de justicia y universalidad de visión, expropiando herencias que corresponde entregar a la sociedad? Cómo va a ser esto posible, no es precisamente lo que más importa, pero sí, que un mecanismo perfecto, haga llegar a su destino, aquello que ha quedado interrumpido por decisiones erróneas del azar.

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN.

Digitized by Google

TRAS DE ANTIGUALLAS

DE NUESTRO AMBIENTE ARTISTICO

Elementos contributivos para la historia del arte en el Uruguay.

Siempre sentí la necesidad de hallar a mano un índice que me permitiera singularizar una obra plástica, una fecha, un dato fundamental para establecer una biografía o una afirmación precisa, técnica o histórica relacionada con nuestras cosas de arte, para no tener que recurrir de continuo a la búsqueda meticulosa y paciente tras tales elementos en los archivos y bibliotecas nacionales.

De múltiples trabajos de esta índole, propuestos unos, realizados otros, en el correr del tiempo me ha restado un saldo cuantioso y homogéneo de breves anotaciones y referencias que, reunidas ahora en cierto modo cronológico y con el nexo obligado de una sucinta redacción — aunque un tanto desaliñada y hasta huérfana de ilación — intentan — a mi entender — llenar en parte aquella función, y de paso ofrecer algún interés documentario para la historia del desenvolvimiento artístico - plástico de nuestro país.

Poca cosa puse de mi parte en estas anotaciones — que podrán pecar de lagunas y vacíos — ya que en casi todos los casos me concreté a transcribir la noticia hallada, por si un día hubiera de ello menester.

Seleccionadas para esta reseña — más con criterio de cronista que de historiador, — he ampliado con mis conocimientos y comentado las del período que creo más interesante, que considero inicial: las del decenio 1865 - 1875; porque de seguir otros anteriores que comprenderían a los artistas a quienes podríamos llamar nuestros primitivos, si bien nos familiarizaría con algunos nombres de autores nacionales, y con otros tantos de extranjeros que hicieron estada aquí, su obra de por sí exigua, poco o nada nos diría; aparece aislada, muy de tarde en tarde, en el lugareño horizonte que cerraba por aquel entonces los muros de la vieja ciudadela de Montevideo. Períodos que no pueden significar, nunca, el menor proceso evolutivo de las artes plásticas en el Uruguay.

Este tópico lo he tratado ya en el desarrollo de algunas semblanzas y monografías que he publicado.

El proceso a que aludo, posible es comprobarlo cuando el salto formidable que para nosotros representa Blanes y su obra.

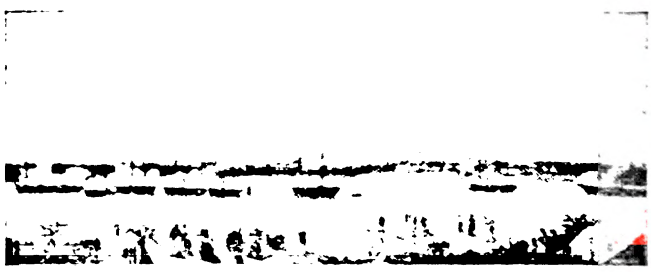
Digitized by Google

Bien; no he de citar los pormenores de jubiloso éxito provocados con motivo del recibo de los lienzos «Casta Susana» y «San Juan Bautista», envíos del pensionado en pintura. Juan Manuel Blanes, allá por 1863, primeros y por muchos años los únicos triunfos artísticos nacionales, por ser bastante conocidos.

1865. — Comienzo, pues, el noticiario mencionando que a fines de enero de 1865 la prensa metropolitana anunciaba con el título de «Retrato del inmortal Gómez», que «el señor Valenzani, autor de tan hermoso óleo, había ejecutado un nuevo retrato de aquel héroe»; cuadro que se hallaba en rifa. No decía dónde.

Pedro Valenzani, pintor italiano, nació en Milán el 8 de octubre de 1827. Llegó con sus padres a Montevideo por el año 1847; formó aquí su hogar.

Pintó retratos, bodegones, flores, frutas y pájaros, y cuadros de género histórico; estos últimos son hoy día elementos de enorme interés documentario.



J. M. BLANES. Ataque general a Paysandú. Colección particular. Río de Janeiro. Fot. de la Sec. Fotocinematográfica del M. I. P.

Valenzani murió en Montevideo en 1898.

Los albores de un movimiento artístico, día por día se acentúan. Tienen su repercusión en el pueblo, y hallan eco en las crónicas en forma tan sugerente como la aparecida en 2 de marzo del año citado, anunciando estar expuesto en Buenos Aires, en casa de los señores Corti y Francischelli, el gran cuadro al óleo de Juan Manuel Blanes, que representa el combate general del 1º de enero del 65, en Paysandú. Decían en ella, que ese cuadro estaba aún en venta; y comentaban: «La representación está tomada desde la isla de la Caridad; comprende en primer término los bancos de la isla poblados de familias y curiosos en episodios variados del río, los buques de guerra neutrales, las cuatro cañoneras brasileras en combate y en sus respectivos fondeaderos, el puerto y costa firme, las baterías de las Tunas, la ciudad en pleno combate, etc., etc., todo estudiado especialmente para servir a la historia y no para linsonjear fantasías, entiéndase bien. Este cuadro debe ser adquirido ya para el Museo de Río Janeiro, ya para una seria galería particular. Su autor está en posesión de todos los materiales que pueden servir para tratar en pintura los sucesos ocurridos en Paysandú y se encargará de ejecutar cualquiera de los episo-

Digitized by Google

dios que se le encarguen, garantiendo la verdad en la representación. Para los pedidos dirigirse a la calle de la Libertad número 89 en Buenos Aires, estudio y domicilio del artista pintor de historia Juan Manuel Blanes.»

A un mes, apenas, de lo mencionado, el 1º de abril, se destacaba como un hecho local de trascendencia, la llegada de Blanes a Montevideo. Bajo el título de «Una celebridad», anunciaban: «Tenemos el honor de hacer saber a nuestros favorecedores y a las bellas lectoras que nos leen, que el célebre y afamado pintor señor Blanes ha vuelto de Buenos Aires. Este señor se establecerá en Montevideo y según nos dicen hará los retratos de los principales hombres de la heroica Defensa y de los Jefes de la Revolución Libertadora.

Como pintor es lo mejor que haya pisado nuestras playas, así que no trepidamos un solo momento para recomendarlo a la población montevideana. Aprovechamos esta ocasión para saludar al eminente artista que viene a establecerse entre nosotros.»

Blanes comienza a ser figura central, figura de relieve. Su arte se impone, y los juicios laudatorios se suceden con motivo de tener ya en su taller, a principios de mayo, su cuadro «El Bombardeo de Paysandú» — más conocido con este nombre que con el citado anteriormente, — que algunos privilegiados van a contemplar mientras el artista no lo exponía al público; cosa que aconteció recién en junio, exhibiéndolo donde el señor Bousquet.

JOSÉ LIVI. Estatua de la Libertad. (Bronce). Plaza de Cagancha. Montevideo
Fot. de la Sec. Fotocinematográfica del M. I. P.

El General Flores lo había adquirido en el mes anterior, en la suma de 15 onzas, para regalárselo al vizconde de Tamandaré.

Este cuadro figura hoy en una galería particular. Promediado junio se anotan diversas actividades en el campo artístico, destacándose la ejecución de la estatua de la Libertad, encargada por el Gobierno al escultor italiano, residente en Montevideo, don José Livi, para ser erigida en la Plaza de Cagancha.

Al decir de un cronista de arte, connacional del escultor, que ha-

Digitized by Google

bía visto el boceto de la obra, no podía aún expresarse si el artista haría una alegoría de la Paz o de la Libertad, comentando que paz y libertad son dos pensamientos que no pueden ir desunidos.

Livi había ejecutado ya el grupo en mármol «La Piedad» (o el «Descendimiento de la Cruz»), para la Capilla de la Rotonda, del Cementerio Central: la «Caridad», para el Hospital Maciel, y diversos motivos escultóricos tallados en mármol, para la nombrada necrópolis, tales el Monumento a los caídos en el Paso de Quinteros; los mausoleos de Venancio Flores (hijo); Leandro Gómez; Pedro Pablo Bermúdez; Atanasio Sierra, y los de las familias de Lapido, Belgrano, Rodríguez Luengo, etc., etc.; realizando más tarde diversas estelas y lápidas funerarias, entre éstas la que cubre los restos del Gral. Flores en la Iglesia Matriz; el busto del comandante Pedro Rivero, para el Cementerio de Paysandú, etc.

BALTASAR VERAZZI. Retrato del Brigadier General Fructuoso Rivera. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot. de la Sec. Fotocinematográfica del M. I. P.

La estatua de la Libertad fué inaugurada el 20 de febrero de 1867. La fundió Ignacio Garragorry con el bronce de los cañones que cesaran de tronar con la paz del 20 de Febrero, cuya fecha se conmemoraba con aquel acto inaugural. La columna de mármol — de orden corintio — que la sustenta, fué tallada en Italia.

Es otra vez Valenzani, que volviendo por sus fueros abre su taller al público; expone en él un retrato del gran patriota, el general Flores, de tamaño natural, visto de pie y vestido de negro, que los entendidos califican de magnífico, diciendo además, que la semejanza no puede ser más exacta y que el pincel que con tanta maestría supo fijarle tan nobles facciones sobre el lienzo, le dió vida, y los que miran ese retrato esperan que el personaje que representa hable; colocando al autor a la altura de los primeros artistas suramericanos. Lo que yo considero una pequeña exageración, por cierto.

Baltasar Verazzi, que había llegado al país en 1862, procedente de Buenos Aires, donde radicara desde 1853, dedicándose a la enseñanza del dibujo y la pintura, y a su arte, y que había pintado en 1863 los frescos del Cementerio Central, y ejecutado retratos de per-

Digitized by Google

sonas pertenecientes a nuestro mundo social, personajes históricos y políticos del ambiente nacional, — entre ellos el del Gral Fructuoso Rivera y el del Dictador argentino Juan Manuel Rosas, los que están ahora en el Museo Histórico — exponía un retrato del general Freire, y, al mismo tiempo, el de una mujer calabresa dormitando mientras amamantaba a un niño.

Por el mes de agosto, Valenzani rifó algunos cuadros suyos. Según catálogo representan: «La Inmaculada Concepción», de 2 ½ varas por 1 ½; «Pájaros, Frutas y Verduras», dos cuadros de 1 ½ varas por 1 ¼, cada uno; «Flores y Frutas», en dos cuadros de 7/8 por 3/4 de vara; «La pesca de noche, en Italia» y «El Solitario de Monte Cenis», dos paisajes de 3 pies por 2 ½ cada uno; «Una ardilla», óleo de 3 pies por 2 ½. Además, entre las muchas obras que figuraban, en ese momento, en su taller, se destacaba un «Cristo» de grandes dimensiones, del que se decía ser digno de figurar en alguno de nuestros templos.

El 20 de este mismo mes, se anotó una fecha luctuosa para el arte nacional: la muerte del ciudadano afectivo, el viejo calígrafo español, don Juan Manuel Besnes e Irigoyen, acaecida en sus 77 años de edad y 54 de residencia continua en el país.

BALTASAR VERAZZI. Retrato del General Juan Manuel Rosas. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot. de Sec. Fotocinematográfica M.I.P.

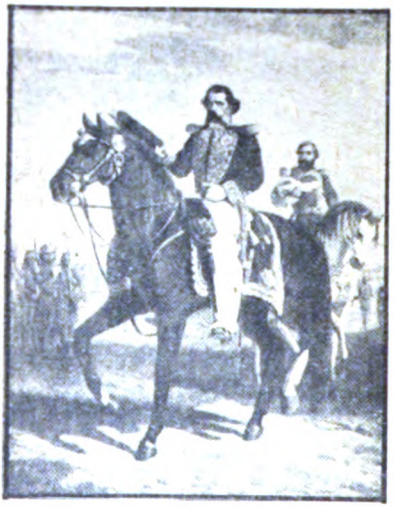
Blanes terminaba un retrato ecuestre del general Flores, en traje de gala, llevando en la mano su elástico. En este cuadro sigue al nombrado jefe, en segundo término, a la derecha, el general Francisco Caraballo; a la izquierda, y al fondo, aparece la tropa presentando armas.

Blanes lo expuso en los primeros días de setiembre; y en carta dirigida al señor Lucio Rodríguez, publicada en el Nº 838 de «El Pueblo» manifestó sus puntos de vista respecto a su interpretación plástica del jefe de la Cruzada Libertadora. Dice así:

«Sr. D. Lucio Rodríguez. — Mi querido amigo. — Vd. me en-
«cargó avisarle cuando estuviese concluído el retrato del general Flo-
«res, y al hacerlo voy a aprovecharme de su bondad, y la intención
«que Vd. me manifestó, para apuntar algunas ideas generales relati-
«vas a mi arte. Hablando con conciencia, no me atrevo a criticar el
«raro modo de razonar de *algunos inteligentes*, porque, nada familia-
«rizado nuestro público con el porqué de los efectos de la pintura

Digitized by Google

« de estudio, mal puede apreciarse de la necesidad de analizar un « cuadro bajo el punto de vista de la composición, su claroscuro, su « parte modelativa (que es lo que menos conocemos), armonía de co- « lor o entonación, verosimilitud, unidad filosófica, distancia, perspec- « tiva, etc., etc., cuando la industria, que todo es por estos mundos, le « ha acostumbrado ya a los chillidos de algunas pinturas de naipes de « España, expuestos a través de una vidriera y bañadas por la luz de « una gran llama de gas, a manera de decoración teatral, y hay mu- « chos que juzgan de su mérito por lo que dice el negociante *artista*, « que, a menudo remeda al tendero. Por lo demás, habituados a juz- « gar de un cuadro bueno, o por su « baratura o con la misma ausencia « de tino que dejo apuntada, sancio- « namos y nos vamos educando según « los vicios de algunos chapuceros « que, cediendo a los halagos del « dinero, o se han olvidado de los « compromisos contraídos para con « el arte y no son artistas, o nos en- « gañan con desfachatez abusando de « nuestra ignorancia y hacen mal, o « no estudiaron como se debe, y « mienten. Es necesario, pues, aban- « donar este camino si no queremos « estacionarnos para que nos explo- « ten eternamente. La gloria que es- « tos países han conquistado descu- « briendo la posibilidad de VER « *un cuadro por la noche y no con la* « *luz que ha sido ejecutado*, ya no « nos arrebatará nadie; y bien pode- « mos buscar tranquilos el modo de « verlos de día y en buena luz. En « Europa, enviarían a una casa de dementes a quien pretendiera ver « por la noche, no ya los cuadros de una gran galería, pero ni aun « la simple visita a un estudio de pintor. Debe pues, sentarse como « razón de arte, que quien quiera apercibirse del mérito real de un « cuadro, discreto al menos, ha de visitarlo durante el día, situarse a « una distancia conveniente para *juzgar en su conjunto*, que es lo que « constituye el cuadro (1), y lo ha de ver más de una vez si quiere « darse cuenta de lo que se llama arte, que no siempre está a la pri- « mera vista; si quiere descubrir *il bello* subordinado a *il vero* y no lo



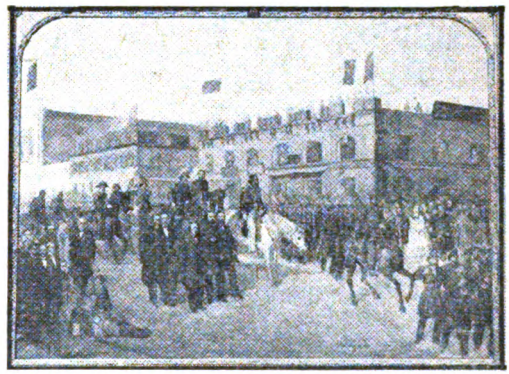
J. M. BLANES. Retrato del Brigadier General Venancio Flores. (Óleo). Colección particular - Montevideo. Fot. de la Sec. Fotocinematográfica del M. I. P.

(1) Creo utilísimo caricaturizar a este propósito, y por consiguiente declaro que no puedo soportar el que, para juzgar de las pinturas, muchas personas creen necesario oler la tela por su lado pintado, tanto se acercan!

Digitized by Google

« lindo inverosímil y falso. Es un principio recibido entre los artistas « serios que *vale más una verdad sin gracia que gracia falaz.* Esta má- « xima, que creó una en el arte universal, puede tal vez molestar a los « que hacen de los cuadros almacén de menudeo, y a las personas cuya « insensatez aconseja, pedir favor al artista; pero yo simpatizo con « esa máxima porque, como artista, vivo para el arte, y el arte no « puede vivir para mí sin desmérito. Deseara, pues, que, malos cual « lo sean, nadie se detuviese un segundo delante de un cuadro du- « rante la noche. (1)

«En pintura el retrato es una especialidad tan ínfima como los « peces, las flores, las frutas. Ha sido tan manoseada, que se ha vul- « garizado hasta el fastidio, sobre todo si se tiene en cuenta que las « más veces se abusa, y se « profana, o el original « vivo, o la memoria del « muerto, si el retrato es « de tal. Un buen retrato « es tan raro como un « buen cuadro, aun tra- « bajado por hábil mano, « porque el mezquino « precio a que se paga, « por otra parte, lo ha « convertido en pasatiem- « po del pintor, mientras « podría ser suceptible del « rango de la historia, « cual lo entendieron me- « jor que Tiziano, Van- « Dyck y Velázquez. Hoy, « pues, puede alcanzarse una gran reputación de retratista, y no « dejar de ser sino muy mediocre pintor: sin atravesar el océano « puede citarse como ejemplo a Gallino, que hizo aquí excelentes « retratos en sus últimos tiempos, pero que jamás hizo un cuadro, « puesto que no lo ha hecho aún (al menos hasta un año ha). En su « especialidad de retratista, o por mejor decir, fisonomista (2) aun no « ha tenido rival el señor Gallino, ni aquí ni en Buenos Aires.



PEDRO VALENZANI. El General Venancio Flores revistando la Guardia Nacional. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

«En cuanto a la pintura histórica, nada hemos conocido todavía « que merezca mencionarse. Lo poco que hay, encanta poco y aflige « mucho, rechaza y no atrae, indigna y no enamora. Mi retrato del « general Flores, no es, pues, un cuadro. Está compuesto tanto más

(1) Todo cuadro con buen efecto de día, es horrible por la noche, y vice-versa.

(2) Según la mayor parte de los *buenos artistas pintores* que nos han visitado (si los buenos artistas tienen algo que buscar por aquí) el retrato es la cabeza, nada más.

Digitized by Google

« simplemente, cuanto que he tenido que respetar una obligación más, « que es la de conservar la semejanza del caballo en sus movimientos « característicos, y que mal podía luego juzgarlo de un modo más « pictórico sin comprometer el parecido en la impresión primera. No « hay en ese retrato accesorios inútiles. Los que hay me parecen indis- « pensables, atento a la acción de saludo del personaje y su categoría « que no le permite estar solo. A excepción de la figura que representa « al Sr. Caraballo acompañándolo, las demás han sido tratadas con « descuido, porque no he querido ni debido sacrificar el efecto del « retrato principal a objetos que sólo « entran como muy simples acceso- « rios. (1)

BALTASAR VERAZZI. Retrato del Teniente Teodoro Ferreira. (Óleo). Museo Histórico Nacional-Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

«Por fin, querido amigo, creo que « debo ser ingenuo con mis paisanos, « porque les debo cuenta de mi modo « de ser artista.

«Si hago retratos, es porque la mayo- « ría por estos mundos cree que la pin- « tura no tiene otra misión. Si como « pintor de historia he mostrado poco, « es porque no se me ha presentado aún « la oportunidad de mostrarme en cuan- « to, sin jactancia, me considero. Como « artista pintor sólo estoy en mi país, « en América, por razones que quiero « respetar y que Vd. conoce.

«Espero que Vd. me sabrá perdonar « esta pesada carta, y hacer de ella el « uso que mejor le plugiere; pero « cuento, ante todo, que Vd. me creerá. « — Suyo *J. M. Blanes.* Estudio, 29 de « Agosto de 1865.»

Dejo constancia de que, — pese a lógicas suspicacias — ninguna traviesa intención me ha llevado a actualizar esta carta; aunque bien vale la pena, dado los conceptos generales que contiene.

El lienzo a que alude, figuró en la galería del doctor Julio Herrera y Obes. Actualmente es de propiedad del señor Lefor Gallardo.

Por esos mismos días, Verazzi volvía a discurrir con el público presentando un retrato, recién terminado, de don Pablo Duplessis (con una alegoría alada del Comercio, pues este óleo estaba destinado al Banco Comercial); el retrato de una hermosa dama, que el cronista

(1) La acción de este retrato no exigiría accesorios; por ejemplo, en Francia, en Italia, en Inglaterra, en Bélgica, pero sí en España y aquí...

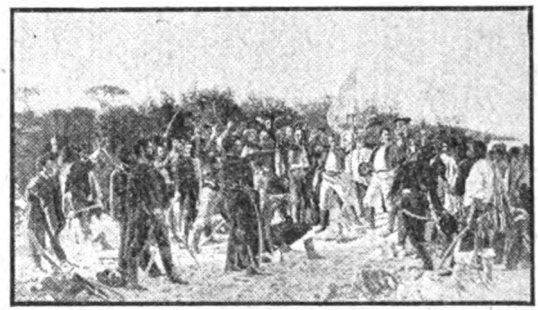
Digitized by Google

no dice quién era, desde luego, pero sí, «que el mismo recibe más de una mirada indiscreta de algunos visitantes», y agrega, por su parte, «si conociéramos al marido de la retratada, lo felicitaríamos por haber encomendado a Verazzi la ejecución de tan bellísima obra».

Algunos cuadros de composición y paisajes, cerraban este exponente de arte, el que motivaba comparaciones con otros de pintores del momento, que no estudiaban suficientemente ni el tema ni la naturaleza.

Verazzi nació en Capresso, Alto Novara, en 1819; murió en Lesa (Lago Maggiore), en 1886.

Son, ahora, dos artistas nacionales los que reclaman la atención pública: Eduardo Dionisio Carbajal y Juan Manuel Blanes. El primero, exponiendo a comienzos de octubre, en el comercio que de librería tenía el señor Bousquet, un retrato del general Flores, destinado al jefe político de la Colonia, don Felipe Arroyo, y el segundo, con un cuadro representando Jerusalem, que fué colocado el 24 de este mismo mes, en el altar de Cristo, en la iglesia Matriz, para la misa solemne con orquesta que se celebró ese día, a la hora 9 y 30.



J. M. BLANES. El Juramento de los Treinta y Tres. (Óleo). Museo Nacional de Bellas Artes - Montevideo. Fot. de la Sec. Fotocinematográfica del M. I. P.

1866. — Mis apuntes me indican que el día inicial del año 1866, se noticiaba que Pedro Valenzani había ejecutado «un cuadro artístico que recuerda un episodio histórico que siempre será interesantísimo», agregando la crónica de la cual tomé el dato, que, «el cuadro representa la última revista pasada por el General don Venancio Flores, al ausentarse del país para ir a derrotar la estúpida y abyecta tiranía del cacique Solano López.»

Esta obra, que es de grandes dimensiones y que encierra un inapreciable valor documentario, se conserva hoy día en el Museo Histórico y es popularmente conocida por «El General Flores revistando la Guardia Nacional». Pasó a poder del Estado, depositándose en la Biblioteca Nacional, en el mes de febrero, después de persistentes gestiones de su autor, para su adquisición, apoyadas por la prensa.

Eran proyectos de Valenzani, perpetuar en el lienzo los principales acontecimientos de la Revolución encabezada por Flores, y de la guerra del Paraguay; habiendo manifestado que «ofrecía trasladarse al teatro mismo de los sucesos, de contar con la cooperación del Gobierno».

Digitized by Google

Verazzi tenía en su taller, en la primera semana de este mismo mes, un retrato de Teodoro Ferreira, aquel malogrado joven teniente de infantería, que murió por la patria en la batalla del Yatay. Este retrato fué costeado por un amigo para ofrecérselo a la familia. Hoy figura en las galerías del Museo Histórico.

Ya he dejado anotado que el 20 de agosto del 65 falleció el viejo calígrafo Juan Manuel Besnes e Irigoyen. Bien; tiempo después, el 26 de enero, es decir de 1866, noticiaban en «El Siglo», bajo el título de *Obsequio a M. Alejandro Dumas*, que la familia de Besnes e Irigoyen había hallado una obra del mismo — que fué, tal vez, la última realizada por aquel artista, con la admirable perfección que le singularizara — representando un águila llevando una pluma en el pico, y en medio de mil rasgos delicadísimos, estas palabras: «A Alejandro Dumas. Lo felicita y saluda con respeto Juan M. Besnes e Irigoyen, a los 75 3/4 años de edad.»

J M. BLANES. La Batalla de Sarandí. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

En el Museo Histórico Nacional existe entre otros trabajos caligráficos de Besnes e Irigoyen, uno firmado «a los 75 ½ años de edad», que creíamos la última obra de este autor. Lo antedicho destruye tal creencia.

Cabe agregar aquí, que este viejo calígrafo tan identificado con nuestro pueblo y su idiosincracia racial, no circunscribió su producción a los estrechos límites del ambiente artístico en que vivía; sus obras figuraron en las Exposiciones de Londres, en las cortes de España y del Brasil, lo mismo que en tierra de su solar nativo: Vizcaya.

Volviendo a la cronología que voy siguiendo, he de mencionar una iniciativa de gran trascendencia, que cristalizaría, en parte, en el correr del tiempo, para honor y gloria del arte nacional.

Fué, ésta, conocida públicamente en los primeros días de marzo. Blanes propuso a la Junta Económico Administrativa, pintar para el Museo Nacional, dos grandes cuadros de evocación histórica, cuyos temas serían: «La madrugada del 19 de abril de 1825 en el Arenal Grande», punto y día en que desembarcaron los Treinta y Tres; y una de las batallas de la Independencia: la del Rincón, Sarandí o Ituzaingó.

Digitized by Google

El primero, más conocido hoy día por «El Juramento de los Treinta y Tres», figura en el Museo de Bellas Artes. Blanes lo comenzó a pintar, recién por 1875, terminándolo en 1877.

El 2 de enero de 1878, lo expuso el artista en su taller, en presencia del Gobernador Provisorio de la República, coronel Lorenzo Latorre, y de otras altas autoridades del Estado. También fué exhibido — más tarde, en julio del mismo año — en la ciudad de Buenos Aires, en los salones de la Sociedad Damas de la Misericordia; conjuntamente con «La Revista de Rancagua», tela que pintó en 1872. Se dice que Blanes donó el cuadro «El Juramento de los Treinta y Tres» a la Nación. Yo no he hallado la documentación pertinente.

Colocado en la sala de sesiones de la Municipalidad de Montevideo, pasó luego al Salón de Actos de la Casa de Gobierno y de allí al Museo Nacional, quien lo custodió hasta el 10 de diciembre de 1911, fecha en que este organismo público cesó de funcionar. Desde entonces se conserva — como queda dicho — en el Museo de Bellas Artes.

J. M. BLANES. Retrato del Sr. Félix Árraga. (Óleo). Colección particular — Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

De los otros cuadros de reconstrucción histórica, mencionados, sólo ejecutó Blanes «La Batalla de Sarandí»; lo comenzó a pintar por el año 1881. Este lienzo figura actualmente en el Museo Histórico Nacional, por adquisición del Estado, conforme a la Ley Nº 7825, de 24 de abril de 1925. Está inconcluso.

El 19 de abril del 66, estaba expuesto en la redacción de «La Opinión Nacional», un retrato del valeroso militar que murió en Paysandú, a raíz de la Cruzada Libertadora: Fausto Aguilar.

Este óleo era debido al pincel de Pedro Valenzani, quien ya había ejecutado otro idéntico del mismo general.

A mediados de junio, Blanes terminaba una serie de lienzos representando escenas camperas, y, entre ellos, uno cuyo motivo era «Un Bombero de la Revolución», obras que el público pudo admirar en la casa Bousquet, donde se exhibían.

A Pablo Nin y González, calígrafo, discípulo de Besnes e Irigoyen, se le consideraba, promediado junio, como el legítimo continuador de la obra de su maestro. Sus trabajos provocaban cálidos elogios, colocando a su autor en la cúspide de su arte.

Pocos días después de la fecha indicada, y con motivo de la ex-

Digitized by Google

posición que éste realizaba, «El Siglo» opinaba que el cuadro representando «La República», debería ser adquirido por el Gobierno y enviado a la Exposición de París.

En esta misma hoja de publicidad, y a 27 de junio, se reivindicaba para Blanes el honor de haber sido este artista nuestro el autor de las decoraciones de la capilla de la residencia del general Urquiza, en San José, en la provincia argentina de Entre Ríos, porque en una interesante descripción que apareció en el «Standard», de la suntuosa morada campestre del nombrado general, parecía ignorarse quién era el autor de aquellas pinturas religiosas.

La serie de cuadros de Blanes, a que aludí, permanecía aún en exposición a mediados de julio, y fué completada con otros de costumbres criollas, un retrato del señor Félix Arraga, y un motivo bíblico: «Rebeca».

J. M. BLANES. Una Carreta. (Óleo). Colección particular - Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

Entre los primeros figuraban unos «Lanceros» allegados a orillas de un arroyo, en cuyas márgenes había pitas y una mujer lavando; una «Carreta» de caja de paja quinchada y toldo de cuero vacuno, overo, marchando por un camino a la hora del crepúsculo, tirada por dos yuntas de bueyes colorados y negros, y conducida por un paisano de chiripá rojo, a caballo; dos «Gauchos» detenidos en medio del campo en amable charla; jinete en un zaino, el uno, en un oscuro de patas blancas, el otro, teniendo éste la pierna derecha cruzada sobre el cabezal del recado. Pasaron a poder de don Francisco Esteves, quien los cedió, más tarde, a don Enrique Risso. El primero de estos cuadros se extravió (?) en una mudanza, en Buenos Aires, en 1900, (conjuntamente con uno de *naturaleza muerta* — una corvina suspendida, destacándose de un fondo neutro, color tierra de siena, en el que predomina un matiz grisazúreo; — uno de los poquísimos cuadros que en este género pintó el autor de estos apuntes), los otros dos los conserva en Montevideo uno de sus hijos, el doctor Juan Risso Herrera. Mide mts. 0.250 por mts. 0.425 el primero; mts. 0.525 por mts. 0.700 el segundo.

El retrato de don Félix Arraga, se halla ahora en poder de sus familiares. En cuanto al lienzo «Rebeca», más conocido después con el título de «Samaritana», lo alberga desde hace años nuestra Embajada diplomática en la Argentina.

Digitized by Google

Existe un boceto de esta tela; mide 32 por 23 1/2 centímetros, y es una de las raras, o, mejor dicho, contadas obras de Blanes, que lucen su firma. Está dedicada: *al amigo Lanfredini.*

Creo oportuno recordar aquí, que hace ya tiempo, ocupándome de este pequeño cuadro hice referencia a un romance, que es éste: Obsequio de su autor al señor Lanfredini, fué, por derechos sucesorios, a subasta pública, en Florencia. Blanes lo supo, lo adquirió, y se lo regaló a Beatriz Manetti, que fuera una de sus modelos y amiga que le acompañara en Pisa, en sus últimos años de vida. Al morir ésta pasó el cuadro a posesión de su hija Rosa Manetti Firpo, quien lo conserva en Milán.

Eduardo Carbajal había pintado entre 1865-1866, un cuadro representando a «Artigas en el Paraguay», el primero de una serie de lienzos de gran formato, que más tarde ejecutó.

Como sus gestiones ante el Estado para que éste le adquiriera dicha obra no cristalizaban en forma material, la redacción de «El Siglo» creía oportuna y viable iniciar una suscripción popular para adquirirlo y regalarlo al Museo Nacional.

J. M. BLANES. Gauchos. (Óleo). Colección particular. Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

No he podido saber en qué circunstancias pasó, luego, este cuadro, a poder de la Nación. Hoy figura en el Museo Histórico.

A mediados de este mismo mes, Blanes presentaba, en la casa obligada por aquel entonces, la ya nombrada librería de Bousquet, un retrato ecuestre del general León Palleja. Dicho cuadro lo ejecutó en seis días. Fué adquirido por suscripción entre amigos del nombrado general — que murió heroicamente en la acción del Boquerón, en la campaña del Paraguay, el 18 de julio de 1866 — para regalarlo a la familia.

La suscripción fué iniciada por el Dr. Adolfo Rodríguez, contando con la cooperación del Dr. José Ellauri y con el concurso eficiente de don Federico Donnelly. Blanes recibió por precio convenido del retrato, la suma de $ 691.20.

Este cuadro se conserva en la Escuela Militar, desde 1927, por legado del coronel Cándido Robido.

Simultáneamente se podía ver en el taller de Pedro Valenzani, un retrato del mismo héroe, en traje de gala, que este pintor había realizado por esos días.

Yo no he visto nunca este cuadro ni sé dónde se halla.

Digitized by Google

Las actividades plásticas declinan desde setiembre hasta las postrimerías del año. Anoté que Eduardo de Martino exhibía un cuadro representando uno de los episodios de la guerra del Paraguay: «El combate del Riachuelo». Tema que habría de repetir más tarde el pintor, entre otros motivos de la misma guerra, con notorias variantes. Esta tela que mide mts. 0.90 x 1.61, es hoy de propiedad del Sr. Lucio Piñeyro Pereyra.

De Martino radicó en el Uruguay por muchos años. Llegó al Río de la Plata en 1855, como oficial de la marina de guerra italiana, abordo del «Ercole». Asuntos sentimentales truncaron aquí su carrera, imponiéndole el rumbo en que más tarde triunfaría; y en mérito a ello alcanzar el título de pintor de la Corte de Inglaterra.

Eduardo de Martino nació en Meta, Castellamare di Stabia, Nápoles, en 1840; murió en su residencia de Hamstead, cerca de Londres, el 21 de mayo de 1912.

EDUARDO DE MARTINO. El combate del Riachuelo.

Anoté también que a mediados de noviembre, Daniel Silva era autor de un trabajo a rasgos de pluma, el que ofrecería al gerente del Banco Comercial, que por aquel entonces lo era don Manuel A. da Cunha.

Mis apuntes no dicen si este dibujante fué discípulo de Besnes e Irigoyen.

No obstante el destacado lugar que — ya en esa época — ocupaba Blanes en el ambiente rioplatense, y la valorización a que alcanzaban sus obras, desconcertante es comprobar que a comienzos del año 1867, a 31 de enero — anoté la fecha para mayor exactitud — no se le colocaba en el sitial que le correspondía ocupar, considerándosele aún, como se consideraría a un modesto pintor cualquiera, ya que de esto mismo se le calificaba en «La Opinión Nacional», al noticiar que acababa de realizar, y tenía en su taller, un retrato del Dr. Florentino Castellanos, «que merece ser visto por los numerosos amigos del finado». Juicio, este último, un tanto sugestivo, se me ocurre...

No sólo Blanes se hacía acreedor a este «privilegio».

El mismo diario, y a 1º de febrero, es decir al día siguiente de lo anotado, insertaba en sus columnas, en «Crónica Local» y bajo el título de «Una obra de mérito» estotro: «Siempre que notamos algo digno de llamar la atención en el mundo artístico, lo hacemos muy placenteros; y en particular cuando el objeto que merece ser elogiado, es producción de algún oriental. Hace días que en la casa Bousquet, existe el retrato del malogrado general Palleja, obra del humilde pintor Carbajal», etc., etc.

Digitized by Google

Este retrato permaneció por algún tiempo en el comercio mencionado. La opinión del público le fué enteramente favorable. Tan es así, que en «El Siglo» de 23 de marzo, se daba la noticia de que su autor lo presentaría al Gobernador Provisorio; y agregaba que merecía ser adquirido para la galería que se formaría en el Museo Nacional. Seis días después «La Tribuna» informaba que el Gobierno había comprado este cuadro.

Haciendo un aparte a los datos de este retrospecto, diré aquí lo ya dicho en otra oportunidad: que en mi concepto, este magnífico óleo es el mejor trabajo de Eduardo Carbajal. Así lo juzgué al ocuparme del pintor y de sus cuadros; y detenidamente de este retrato — que se conserva en el Museo Nacional de Bellas Artes, — para que no prospere una errónea afirmación que lo atribuye a Juan Manuel Blanes; afirmación que se estampa en una monografía sobre el nombrado artista.

J. M. BLANES. Samaritana. (Boceto para el cuadro del mismo título). Óleo. Colección particular - Milán.

Siguiendo la serie de grandes lienzos, proyectados, Carbajal terminó, a fines de junio, el retrato del patricio don Joaquín Suárez. Es el que figura actualmente en el Museo Histórico. Fué adquirido por suscripción popular, recién en 1872, vale decir, cinco años después de su realización.

El autor lo avaluó en la suma de $ 2.500. La suscripción alcanzó solamente a $ 1.278.00.

De agosto a setiembre pocas son las actividades manifestadas, pero ellas son de calidad, ya que es Blanes y Eduardo de Martino quienes figuran. El primero con un retrato del Sr. Márquez, hermano del Ministro de Hacienda, por aquel entonces. El segundo con una «marina» representando el puerto de Montevideo en un día de viento pampero y a la hora del sol naciente.

Debo citar otra vez a Carbajal, pues en este mismo mes de setiembre, a día 3, se colocó en el Salón Universitario el retrato del Dr. Ferreira, debido a su pincel. Este retrato fué adquirido por suscripción.

Un acontecimiento de gran trascendencia artística se registra al comenzar octubre. Es el arribo del pintor peruano Luis Montero y la presentación de su cuadro de evocación histórica: «Los Funerales de Atahualpa».

Este cuadro, que ha sido difundido por el grabado y la estampa, fué expuesto en el «foyer» del Teatro Solís; se cobraba la suma de

Digitized by Google

$ 0.50 por persona, para pasar a verlo. A fines de octubre, dado el éxito alcanzado, se exhibía también durante las horas de las representaciones líricas que se efectuaban en el nombrado coliseo.

Luis Montero estudió dibujo en su patria, con Ignacio Merino, y pintura en Florencia, con Fortuny; allí ejecutó esta tela. Tardó seis años en pintarla.

Su tema está inspirado en las obras del escritor Ondegardo.

Creo oportuno mencionar que este cuadro mereció los juicios más favorables en Europa y en el Brasil, los que fueron corroborados por los principales escritores del Río de la Plata; entre ellos figura don Vicente Fidel López, que fué uno de los que estudiaron más profundamente la historia y las costumbres de los Incas.

Su composición es sobria y altamente emotiva: Pizarro representa aquí el imperio vencedor. Surge como emblema de una soberanía naciente y poderosa. Altivo en su actitud, de pie a la cabecera del lecho mortuorio, fija la atención en las hermanas y esposas del Inca que irrumpen y pugnan intentando acercase al túmulo trémulas de dolor desesperado. En medio a la frialdad amenazadora, imponente, de los invasores, Valverde, el fraile, derrama agua bendita; un monje interrumpe los oficios de la hora, y vuelve la cara hacia el tumulto detenido; un soldado apoyado en su alabarda, contempla los sucesos con expresión de hombre benévolo, que contrasta con la inspiración trágica que alienta a la mujer que aparece arrodillada.

LUIS MONTERO. Los Funerales de Atahualpa. (Óleo . Museo de Bellas Artes - Lima. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M I. P.

Complementan la escena, entre otros actores, un grupo de indias, con su pureza nativa, que encarna con el Inca y sus hermanas el tipo de la belleza de su raza, en 1520.

Ningún artista americano había alcanzado aún por aquellos tiempos —en que triunfaban Vázquez, en Santa Fe de Bogotá, y Juan Manosalvas, en Ecuador, — a tanta altura.

Luego llegaría Blanes en el Uruguay.

El cuadro permaneció en nuestra ciudad hasta el 11 de noviembre, día en que su autor lo envió en el vapor «Perú», rumbo a su patria. El hizo el viaje por tierra, vía de la cordillera andina, hasta Chile, donde se reunió con su tesoro.

Digitized by Google

El gobierno peruano decretó para el artista una gran medalla de honor y $ 25.000.00 y una renta vitalicia de $ 2.000.00 anuales. El cuadro pasó al Museo Nacional de Bellas Artes de Lima.

Luis Montero abrigaba la idea de ejecutar otro cuadro que evocaría la independencia del Perú. También la de volver a Montevideo donde dejara gratos recuerdos y afectivos lazos de amistad. Esto último se lo hizo saber a don Fermín Ferreira y Artigas, en carta que le dirigió.

No alcanzó a cumplir estos dos deseos; murió en el Hotel de la Unión, en el puerto del Callao, a la hora 19 del día 13 de marzo de 1869.

Durante su estada en Montevideo, Luis Montero pintó algunos retratos de personas vinculadas al ambiente social capitalino, entre ellos el de la Sta. María Carmen Arraga, retrato que lo conservan hoy, miembros de esta familia.

Tocó al retratista Verazzi cerrar las actividades del año, exponiendo a mediados de noviembre un retrato del Dr. Ferreira, en el que le representa joven, diez años atrás, en 1857, porque en sus últimos años el Dr. Ferreira reflejaba intensamente sus hondos dolores físicos.

Esta obra se conserva en el Museo Histórico. Está bastante deteriorada.

LUIS MONTERO. Retrato de la Sta. María del Carmen Árraga. (Óleo). Colección particular - Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

1868. — Al iniciarse 1868, a tres de enero el diario «Las Noticias» insertaba en sus columnas la nueva de que había llegado a Montevideo, procedente de Roma, el pintor Nicolás Panini, encargado de algunos cuadros de tema religioso destinados a la Iglesia Matriz.

Por datos que he recogido en otro lugar, complemento esta referencia dejando constancia de que los cuadros aludidos evocan «El Calvario» y «La Sagrada Cena».

Los encargó don Inocencio María Yéregui, que estaba al frente de la nombrada Iglesia.

Panini vivió muchos años entre nosotros.

Ya he citado a De Martino, como marinista; pocos son sus cuadros de figura.

Digitized by Google

El 1º de marzo se hacía público que este artista había realizado un óleo cuyo tema era el general Venancio Flores al ser transportado ya cadáver a la Iglesia Matriz, después de haber sido cometido el crimen.

Esa obra, se decía, «es una fidelísima reproducción de aquella luctuosa escena, porque el artista hizo el bosquejo en el acto, con la habilidad de que ha dado pruebas en varias ocasiones.»

El cuadro es de pequeñas dimensiones. Pertenece al acervo del Museo Histórico. Proviene del ex Museo Nacional. Está en delicadas condiciones de conservación, agrietado y con la tela ardida.

BALTASAR VERAZZI. Retrato del Dr. Fermín Ferreira. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

Hace muchos años — 20 si mal no recuerdo — yo restauré lo mejor que pude las roturas y embebidos que tenía, y aconsejé, luego, se les resguardara bajo vidrio.

De Daniel Silva, — calígrafo que ya mencioné — se cita, a comienzos de este mismo mes, un cuadro de su especialidad, dedicado al Dr. Rodríguez Caballero, como Presidente de la Cámara de Representantes. Su descripción es ésta: una figura que representa la Justicia, está ligeramente apoyada en un óvalo que contiene en caprichosos y bellos caracteres el acta de la elección de diputados por Montevideo.

El autor empleó 620 horas en la ejecución de esa obra.

Terminan mis apuntes de marzo con la anotación, que por el día 22, Eduardo Dionisio Carbajal había dado principio a un retrato del general Flores; y que en la ciudad del Salto se realizaba una suscripción — que ya alcanzaba a un valor de $ 600.00, — para adquirirle el retrato del patricio don Joaquín Suárez, de que era autor.

Con respecto a este óleo, ya he dicho que recién en 1872 cristalizó en debida forma el loable propósito de adquirirlo por suscripción popular y donarlo al Estado. La suscripción a que aquí aludo obligado por el orden de fechas seguido, no tuvo éxito, quedó detenida.

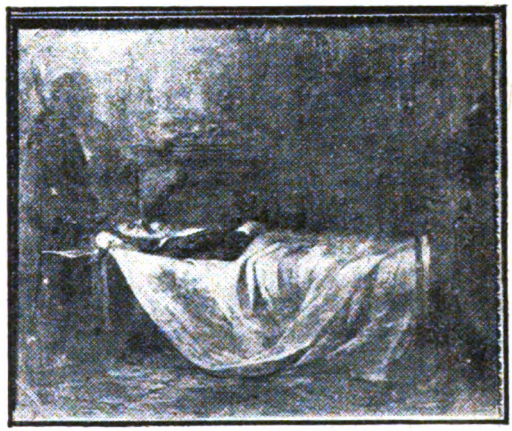
En cuanto al retrato del general Flores nada puedo decir, no recuerdo haberlo visto ni sé en poder de quién está.

Durante la Semana Santa, que en este año se celebró en abril, fué colocado en la Iglesia Matriz el cuadro del pintor romano Nicolás Panini, ya mencionado, «El Calvario».

Digitized by Google

Al hacer referencia de Pablo Nin y González, el calígrafo discípulo de Besnes e Irigoyen, anoté que en «El Siglo» — pongo ahora la fecha, «1º de julio de 1866», porque la omití antes obligado por el orden cronológico seguido — se sugería la idea de que el Estado adquiriera el cuadro «La República», y lo enviara a la Exposición de París.

Del éxito alcanzado allí por la obra, nos informa la siguiente noticia en la sección «Boletín del día», de «El Orden», Año 1º Nº 20, de 26 de abril de 1868. Bajo el título de «El gran cuadro caligráfico de Don Pablo Nin y González», dice: «En la fragata francesa La Fontaine ha llegado el cuadro del aventajado calígrafo oriental que ha llamado la atención de una manera sorprendente en la Exposición de París.»



EDUARDO DE MARTINO. El cadáver del Gral. Flores al ser trasportado a la Iglesia Matriz. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

Respecto a su adquisición, no hubo tal; el autor donó su trabajo a la Nación. En mérito a ello las Cámaras le acordaron, en 1º de junio de 1869, una recompensa, de la que informa la siguiente ley, que dice: «LEY Nº « 1038. — RECOMPEN- « SA. — El Senado y Cá- « mara de Representantes « de la República Orien- « tal del Uruguay, reuni- « dos en Asamblea Gene- « ral, han sancionado el « siguiente Decreto: Artículo 1º — Acéptase la ofrenda que del Cua- « dro Caligráfico Nacional, hizo al cuerpo Legislativo el ciudadano « don Pablo Nin y González. — 2º Autorízase al Poder Ejecutivo para « mandar acuñar cuando lo permitan las circunstancias del Tesoro, una « medalla de oro que llevará las siguientes inscripciones: En el an- « verso, la Asamblea Nacional de la décima Legislatura al ciudadano « D. Pablo Nin y González, y en el reverso la misma figura del cuadro « que representa la República, y al pie la inscripción: «Al genio artís- « tico año de 1868». — 3º De las rentas generales se destinarán diez mil « pesos moneda nacional como compensación al asiduo trabajo y mé- « rito artístico del expresado cuadro; dicha suma será entregada en el « modo y forma que lo permitan las circunstancias del Tesoro Nacio- « nal. — 4º El expresado cuadro será colocado en el Museo Nacional. « — 5º Comuníquese, etc. — Sala de Sesiones del Senado en Montevi-

Digitized by Google

«deo a 1º de Junio de 1869. — *Tomás Gomensoro*, 1.er Vice-Presidente. «— Francisco Aguilar y Leal, Secretario. — Montevideo, Junio 18 de «1869. — Cúmplase, acúsese recibo, comuníquese y publíquese. — «Rúbrica de S. E. — A. Magariños Cervantes.»

La obra pasó al Museo Histórico en 1911.

Hay un dato curioso.

Haciendo una velada crítica «a los padres de la Patria, por su poco interés demostrado por la labor de Nin y González», se publicó, con anterioridad a esta Ley, en enero del mismo año, 1869, la noticia de que, para testimoniarle al citado calígrafo el entusiasmo popular que había provocado el triunfo de su obra, se le había obsequiado, por iniciativa del señor L. Cayo Aparicio, con un hermoso tintero, que llevaba grabados los nombres de los departamentos de Maldonado, Minas, Durazno y Cerro Largo.

J. M. BLANES. Muerte del Gral. Venancio Flores. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

Toda manifestación de arte fuera del recinto de la Ciudadela, debía ser, en esa época, insólito acontecimiento. Induce a creerlo así el hecho de que se comentara, allá por junio del 68, que «la modestia llevó a un lugar apartado del centro de nuestra culta sociedad al joven pintor italiano Alberto Favero», etc., etc.; para significar que éste se había *instalado* en el café del Pobre Luis, próximo a la plaza denominada General Flores.

Para los montevideanos de entonces, la distancia que mediaba entre el precitado paraje y la planta urbana de la ciudad vieja, debía quedar — valga la expresión campera — por las lomas del diablo, y recorrerla, ir hasta donde el Diablo perdió el poncho..., con el agravante de tener que afrontar el repecho de Sovera.

Favero pintó en las paredes del café motivos alegóricos; y dicen las crónicas, que entre las figuras representadas estaban «la interesante América y la noble efigie del Apóstol de la democracia europea, del héroe italiano Garibaldi, estampada en un sudario suspendido por la joven Italia.»

¿Qué se hicieron estas pinturas? ¿Fueron a rellenar, disgregadas entre los cascotes, los cuadrados de la Playa de la Aguada cuando la piqueta demoledora arrasó en aras de nuevos tiempos toda la barriada en cuyo predio se eleva hoy majestuosamente el Palacio Le-

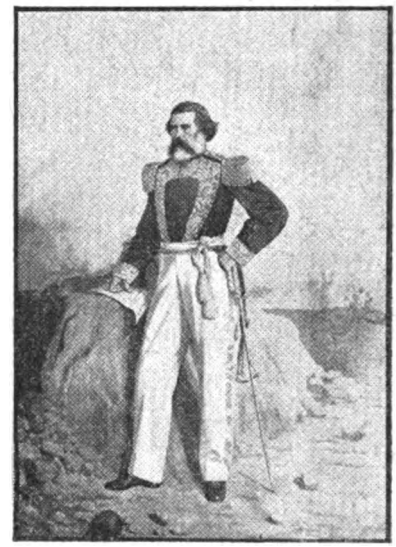
Digitized by Google

gislativo? ¡Difícil es saberlo! En mis andanzas de muchacho yo no alcancé a conocer el Café del Pobre Luis, puede ser que ni existiera ya; ni más tarde vi obras de Favero. Tal vez murieron, *así*, en los albores de su vida de desconocido...

Promediado el mes de agosto, Eduardo de Martino cumplía con el encargo que le había hecho el marqués de Caxías, de dos cuadros al óleo que representan «El paso de Humaitá», el uno, y «Un episodio en aguas del Paraguay», el otro.

Ambos cuadros fueron obsequiados al Emperador del Brasil, Don Pedro II, por el nombrado marqués.

Blanes terminó el cuadro representativo de la trágica muerte del Gobernador general Flores, y, seguidamente, por encargo del Presidente de la República, general Lorenzo Batlle, un retrato oficial, también del general Flores.



J. M. BLANES. Retrato del General Venancio Flores. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot. de la Sec. Fotocinematográfica del M. I. P.

Estos lienzos fueron adquiridos por el Estado para el Museo Nacional. En 1911 pasaron al de Bellas Artes, quien cedió, en canje, al Museo Histórico, en 1913, el «Retrato del General Flores»; el otro cuadro lo cedió al mismo instituto, en carácter de donación, en 1914.

De agosto en adelante, y hasta la terminación del año 1868, los apuntes de mi agenda no contienen otras referencias que éstas: Que en la primera semana de noviembre se ofrecía en venta en el almacén de los señores Pini y Roncoroni, un cuadro del pintor argentino Antonio Gazzano; y que pocos días después, Pedro Valenzani tenía en su taller otra tela de grandes dimensiones, recientemente terminada, que evoca la entrada del ejército libertador a la Plaza de Montevideo.

La prensa local informa del éxito alcanzado por el pintor y en sus crónicas aconseja la compra de la obra por parte del Estado; como en el caso anterior del cuadro rememorador de un episodio de un mismo ciclo histórico ya citado: «El General Flores revistando la Guardia Nacional».

La obra está ahora en el Museo Histórico. Figura catalogada con el título: «Entrada del General Flores en Montevideo».

Del pintor Gazzano, no recuerdo haber visto obras, ni encontré que figurara su nombre en las reseñas y noticias de arte, y otros elementos de archivos que por acaso consulté.

Digitized by Google

1869. — Pocas son las referencias artísticas que poseo, de comienzos del año 1869. Anoté que por el mes de febrero llegó a Montevideo, procedente de Italia, la pintora milanesa Lavinia Bolla de Cereda.

Esta artista venía precedida de cierto renombre. Residió bastante tiempo en nuestro país, donde se dedicó a la enseñanza del dibujo y la pintura; y ejecutó retratos de muchas personas vinculadas al ambiente social. Firmaba sus obras: LAVINIA CEREDA. Instaló su taller en los altos de la casa Nº 174 de la calle de las Cámaras (hoy Juan Carlos Gómez).

Yo he visto algunos de sus retratos; regulares unos, buenos otros, entre estos el de la Sra. doña Manuela Coronel de González, representada en 3/4 figura y tamaño natural, realizado con pincelada segura y sobria, y con discreta coloración.

PEDRO VALENZANI. Entrada del Gral. Flores en Montevideo. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

Este lienzo sufrió en el correr de los años, serios deterioros; hoy está restaurado y lo conserva el Dr. en química Prof. Matías González, hijo de la nombrada señora, que fué una de las primeras compositoras nacionales, en el arte músico.

Durante la Semana Santa se expuso en la Iglesia Matriz un cuadro de 15 metros de altura por 10 de ancho, que representa «La Sagrada Cena».

Este original de Panini, es el ya aludido. Lo exhibieron el día jueves 25 de marzo; lienzo que, como el anterior del mismo pintor, «El Calvario», se conserva en el citado templo.

Tengo entendido que ha sufrido deterioros de consideración y que en tales condiciones se halla en nuestros días; y en cuanto al «Calvario», que las figuras que constituían su tema, hace muchos años fueron recortadas y pegadas sobre bastidores. Son las mismas imágenes que se emplean actualmente en las ceremonias de la Pasión.

Por esta época Panini tenía su taller en la casa Nº 25 de la calle Solís, donde podía verse algunos cuadros suyos ejecutados de encargo: «Pío IX», «Judit» y retratos de particulares.

No sólo pintó Panini «La Cena» y «El Calvario» para la Matriz. Decoró también al fresco la Capilla del Santísimo Sacramento, poniendo aquí todo su ingenio y conocimientos técnicos para resolver

Digitized by Google

airoso las dificultades perspécticas a que obligaban los lienzos de pared laterales y la bóveda de aquélla.

Reformada la Capilla en 1908, por causa de un incendio, sobre los frescos de Panini pintó la decoración actual el pintor argentino Pío Collivadino.

No solamente los artistas domiciliados en el país, o los que se hospedaban transitoriamente en Montevideo, eran los únicos que animaban el ambiente cultural.

Por estos mismos días se anunciaba la llegada de una estatua de Garibaldi, de la que se decía ser sin rival en el Río de la Plata, desde el punto de vista artístico; suceso comentado con simpatía por todos los amantes de la libertad, de la que era uno de sus primeros campeones el solitario de Caprera. Volveré sobre esta obra.

LAVINIA CEREDA. Retrato de la Sra. doña Manuela Coronel de González. (Óleo). Colección particular - Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

Epaminondas Chiama, italiano, radicado en Buenos Aires, envió algunos cuadros — sus primeros ensayos pictóricos — que fueron expuestos en la librería de Lastarria.

Chiama nació en Génova, en 1844; murió en Buenos Aires el 5 de diciembre de 1921. Comenzó sus estudios en el Liceo de Génova, de su ciudad natal, y los continuó en Buenos Aires con Novarese.

Llegó a estas tierras por el año 1861. Pintó naturaleza muerta, cuadros de historia, asuntos religiosos y retratos. Muchos de éstos son de personas altamente vinculadas al mundo social bonaerense.

En algunos templos argentinos figuran obras suyas.

Sus pinturas de *naturaleza muerta* le dieron cierta jerarquía artística, que afianzó luego con sus retratos.

José Felipe Parra, pintor valenciano, que acababa de llegar, instaló su taller en la pieza Nº 17 del Hotel del Vapor, donde se podía admirar una serie de telas al óleo, representando animales, flores y frutas.

Parra era pintor de rancio abolengo artístico. Hijo de don Miguel Parra, pintor de cámara de Felipe VII e Isabel II, académico y profesor de la de San Carlos de Valencia; académico él también.

Este artista, de quien me ocupé extensamente en una semblanza suya que publiqué en la revista nacional «El Terruño», — año XIX,

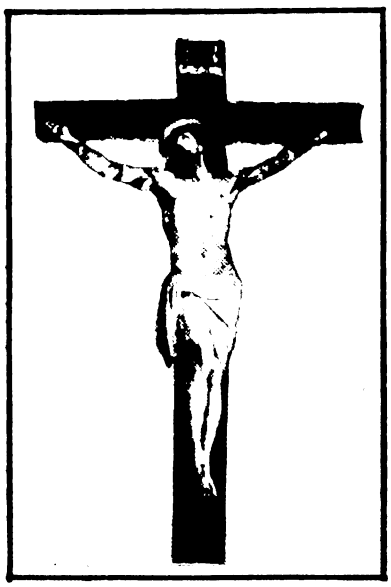
Digitized by Google

Nº 225, — alcanzó en nuestra ciudad, donde fijó su hogar, singular prestigio.

Su obra, que es de tendencia netamente flamenca, representa hoy para nosotros una documentación interesantísima, pues trasunta por el éxito alcanzado y su vastedad, bien definidos y determinados los gustos imperantes otrora en el medio ambiente local.

Parra fué también retratista.

Nació en Valencia el 26 de mayo de 1826; murió en Montevideo el 31 de octubre de 1890. Ocupó el cargo de profesor de dibujo y pintura en la Escuela Nacional de Artes y Oficios.



NICOLÁS PANINI. Cristo en la Cruz. Una de las figuras del "Calvario". (Oleo). Iglesia Metropolitana - Montevideo. Fot. de la Sec. Fotocinematográfica del M. I. P.

Nuestro Museo de Bellas Artes posee algunos lienzos suyos: «naturaleza muerta», todos ellos.

A mediados de abril se comentaba elogiosamente en ambas márgenes del Plata, el retrato ecuestre del general Justo José de Urquiza, original de Juan Manuel Blanes, que este artista pintó por el mes de enero. Mucho se ha escrito respecto a este cuadro por sus valores plásticos; y mucho más se ha dicho, en todos los tonos, por su infausto destino.

Adquirido por la Cámara Legislativa de la Provincia argentina de Entre Ríos, figuró en su Sala de Sesiones hasta horas después del asesinato del general Urquiza. La revolución triunfante terminó también con él; sólo restó la cabeza, que, pese a los daños sufridos, fué luego restaurada.

El precio convenido con Blanes por el valor de esta obra pictórica, se estableció en cuatrocientas onzas.

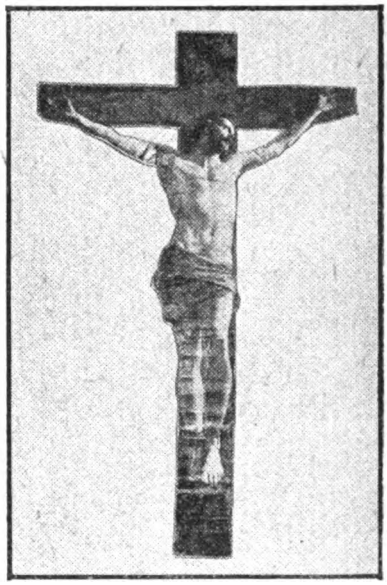
La estatua de Garibaldi a que aludí antes, fué encargo de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos. Llegó a fines de abril y fué depositada en la casa de don Antonio Franzini, en la calle 18 de Julio Nº 187.

Su autor era el escultor anconitano Luis Amici, nacido en Jesi, en 1813; a quien se debe el famoso mausoleo de Gregorio XVI, existente en la Catedral de San Pedro, de Roma; mausoleo que costó 80 mil escudos.

En mis actividades traté muchas veces de filiar esta obra, en mé-

Digitized by Google

rito a la nombradía de su autor. Tras una búsqueda persistente, siempre infructuosa, cuyas rutas fueron las sociedades itálicas de socorros mutuos en el Uruguay, — las que tantas veces se refundieron entre sí para disgregarse a poco nuevamente — llegué un día hasta el «Club Italia»; allí me fué dado ver y admirar un hermosísimo busto en mármol, representando en más de medio cuerpo y tamaño natural al héroe de ambos mundos. Un socio fundador, el señor Rolando, recordaba que esta pieza figuraba en la institución desde muchísimo tiempo atrás; pero ni él — que había intervenido en su adquisición — ni ningún otro miembro sabían quién era su autor. Si no hallé el dato preciso que debía ilustrarme al respecto, ante la obra llegué yo a la convicción de que sólo un gran artista había podido depararle tanta serenidad augusta, tanta nobleza de ejecución, tanta pureza de valores regidos por la más severa disciplina plástica. Hoy, sin ningún reparo, sin temor de equivocarme, me atrevería a afirmar que es esta la obra de Amici, a que he hecho referencia.



NICOLÁS PANINI. El buen Ladrón crucificado. Una de las figuras del "Calvario". (Óleo). Iglesia Metropolitana — Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

Una gran aficionada, que, por esta época — mayo del 69, — tenía ya bastante resonancia por su labor artística, era María del Carmen Arraga, discípula de Juan Manuel Blanes. Yo he visto en el transcurso de los años, muchos después, más de cuarenta por lo menos, algunos paisajes suyos que sin duda fueron en su momento muy halagüeña esperanza de más felices realizaciones y especialización: por la corrección de su dibujo, su brillante colorido y su amable composición.

María del Carmen Arraga cultivó también el género *naturaleza muerta*, y el *retrato*, mereciendo citarse entre estos — por la sobriedad de su factura — el de alguno de sus familiares; el del general Flores, el de don Tomás Gomensoro, y el del patricio don Joaquín Suárez; retrato este que figuró por muchos años en los salones de la Asamblea Representativa. Hoy está en el Palacio Legislativo. Con respecto a este cuadro debo manifestar que el Estado lo adquirió de la pintora, en la suma de mil pesos. Por Ley Nº 1152, de 25 de julio de 1870, las Cámaras acordaron a María del Carmen Arraga una pen-

Digitized by Google

sión por cuatro años, de $ 960.— anuales para pasar a Europa a perfeccionar sus estudios en pintura. Pensión que, por razones privadas, no pudo disfrutar.

Por el mes de junio, y luego de una ausencia de diez meses, volvió a Montevideo Eduardo de Martino; celebrando la crítica y los círculos sociales esta circunstancia, pues el nombrado pintor tenía en nuestro ambiente sólidos prestigios por sus realizaciones; muchas de las cuales son apreciadas hoy en su justo valor y conservadas con singular empeño, por la emotividad romántica que las singulariza y la evocación histórica que trasuntan. Venía del Brasil, a donde llevó doce cuadros — la mayor parte de éstos eran temas de la guerra del Paraguay — que merecieron cálidos elogios de los críticos de arte J. J. Texeira, y C. M. Lisboa, publicados en «La Vida Fluminense» y en «Jornal do Commercio».

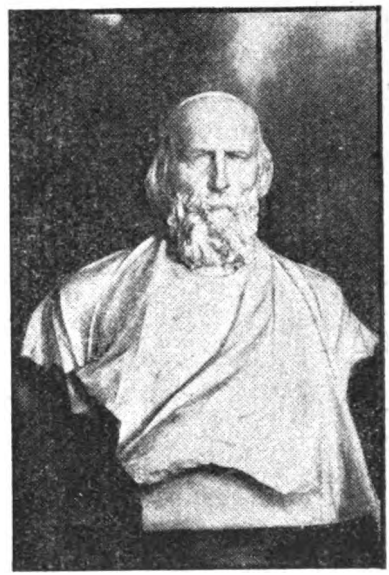
Retrato del Gral. Justo José de Urquiza. (Según la litografía de A. Héquet). Óleo de J. M. Blanes destruído en Entre Ríos. (R. A.) en 1870. Fot. de la Sección Foto-cinematográfica del M. I. P.

Que la protección oficial hacia las bellas artes no era en esos pretéritos tiempos moneda corriente, y la del público ni más abundante ni cotizable, es un hecho que se comprueba claramente a través de las crónicas y de la crítica. Que lo digan si no las suscripciones y rifas populares que se iniciaban de continuo, alcanzando las más de las veces rotunda negación de éxito; o bien las recomendaciones «circulantes» del tenor siguiente: «Hacemos justicia recomendando a la protección del público a la Sra. Lavinia Cereda, pintora de la Academia de Milán». («El Siglo», 9 de julio de 1869). Y eso que Lavinia Cereda había llegado al país — ya lo he dicho — precedida de cierto prestigio; prestigio al que afianzaban sus obras como la expuesta por ese entonces en la librería de Lastarria, representando al general Garibaldi saliendo de Ravena en 1849 huyendo de la persecución de los austríacos, llevando en brazos a su esposa herida. Y también la que exhibía en su taller, representando al Rey Carlos IX de Francia firmando, instigado por su madre María de Médici, el decreto que tuvo como consecuencia la terrible matanza de hugonotes el 24 de agosto de 1572.

Yo no he visto estas obras de Lavinia Cereda, ni sé si quedaron en el país. He comentado una de las que conozco, el retrato de doña Manuela Coronel de González, por eso me remito en este caso a la

Digitized by Google

opinión del Dr. Wonner, fino espíritu de artista que radicó muchísimos años en el Uruguay ejerciendo medicina, y, tal cual vez, crítica de arte; quien en esta oportunidad decía se presentaba la de ver llevados al lienzo con veracidad y vigor de colorido los hechos famosos de la historia y la piedad religiosa; la de proporcionar el decorado de nuestros templos de buenos cuadros — de que carecían, — y a los familiares de poseer los retratos de los individuos que la componen. O esta obra «caritativa» de recomendante anónimo, avisando a los aficionados a la pintura, «que en don José Ortiz no sólo hay un excelente cómico, sino un pintor de nota» («La Tribuna», 4 de noviembre de 1869); referencia esta que anoté cuidadosamente por si me fuera dado hallar obras de su firma. No porque considere, acaso, de gran valor pictórico, sí para no olvidar su existencia; que el conocerlas me reportaría siempre alguna enseñanza...



LUIS AMICI (?). Busto de Garibaldi. (Mármol). Club Italia-Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

Ya he dicho que a mediados de agosto del 68, Eduardo de Martino había terminado los dos cuadros referentes a episodios de la guerra del Paraguay, que le encargara el marqués de Caxías para obsequiárselos al Emperador del Brasil, Don Pedro II. Bien; a principios de noviembre del 69 — luego de su regreso del Brasil, ya consignado — expuso el artista tres nuevas telas evocadoras de uno de aquellos episodios: El pasaje y bombardeo de Humaitá por los acorazados brasileños auxiliados por tropas de tierra.

De Martino volvió luego al Brasil para cumplir con los encargos de otros cuadros cuyos temas serían motivos de la misma guerra — terrestres y fluviales — para el Museo de Bahía.

Cerraré mis notas sobre las actividades del año mencionando que en las librerías de Lastarria y Gandolfo, se exhibían, por el mes de diciembre, varios cuadros de artistas italianos recién llegados a Montevideo. Eran éstos Del Corchio y Roque Lotufo.

Ambos pintores radicaron en el país dedicándose a la enseñanza plástica.

1870. — Vuelvo a repetir que las referencias que en conjunto forman estos anales, no fueron recogidas con tal propósito; que siendo solamente acotaciones al margen de algunos trabajos míos de investi-

Digitized by Google

gación artística — que he publicado a lo largo de los años o que tengo en preparación y, hasta abandonados otros — no reflejan más que pequeña idea del desenvolvimiento plástico de la época que comprenden; aunque guarden entre sí cierto orden cronológico. De ahí los vacíos o lagunas que puedan señalarse.

Hecho este aparte, continúo.

José Felipe Parra acaparaba ya el ambiente, y hasta se citaba públicamente el nombre de los compradores de sus cuadros. El 28 de abril de 1870 se noticiaba que el comerciante don Antonio Puig le había adquirido una «Liebre», de la que se decía que era igual a otra del mismo autor que fué comprada por el banquero Sr. Lillo en la suma de doscientas libras esterlinas, para un Lord de Inglaterra. Por lo que se celebraba que dicha tela quedara en el país.

J. M. BLANES. Retrato del Cónsul don Carlos W. Parsons. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

En el Museo Nacional de Bellas Artes figura entre otros cuadros de Parra, un pequeño lienzo que mide mts. 0.345 de alto, por mts. 0.205 de ancho, y que representa una liebre suspendida de una pata. No sé si será otro original igual a los citados más arriba, pero sí que es una maravilla de exactitud, de color y de naturaleza. Proviene del ex Museo Nacional.

He de citar ahora a otra aficionada a la pintura: Dolores Núñez; quien en los primeros días de mayo hacía su debut con la presentación de un cuadro, al óleo, de tema religioso: «Una Concepción».

Dolores Núñez fué discípula del pintor italiano Tancredo Galli.

Cabe notar aquí que no sólo eran las casas de Bousquet, Lastarria o Gandolfo, tantas veces citadas, las que daban cabida en sus salones a las manifestaciones de arte. En este caso era Mme. Legarret, famosa modista que han de recordar vivamente, añorando hoy tiempos idos y tal vez mejores, muchas bisabuelas... clientes de «La Moda Elegante», con sede entonces en 25 de Mayo entre Treinta y Tres e Ituzaingó.

En cuanto a la obra de Dolores Núñez nada puedo decir. Tal vez toda su producción se redujo a sus primeras armas.

Casi al mismo tiempo Blanes exhibía en la ya mentada librería de Lastarria — que estaba en la calle 25 de Mayo Nº 232, — un retrato de don Carlos W. Parsons.

Digitized by Google

Este retrato, que es de cuerpo entero, ejecutado al óleo, figura ahora conjuntamente con el de la esposa del nombrado señor, doña Carmen Sosa de Parsons, en las galerías del Museo Histórico Nacional. Proviene de una donación hecha al referido instituto en 6 de julio de 1923 por la Sra. Victoria Parsons de Esteves y Sta. C. Parsons.

El señor Carlos W. Parsons fué Cónsul de los Estados Unidos de Norte América en Montevideo.

A mitad de julio fué expuesto el retrato del general Enrique Castro, debido al pincel de Eduardo Carbajal, uno de los últimos cuadros de gran formato que este pintor realizó siguiendo la serie iniciada con el titulado «Artigas en el Paraguay», que — como ya mencioné — pintó entre 1865 y 1866.

J. M. BLANES. Retrato de la Sra. doña Carmen Sosa de Parsons. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot. de la Sec. Fotocinematográfica del M. I. P.

Ocupándome de este óleo en la monografía que del artista publiqué hace ya tiempo, decía yo que dicha obra acusaba un marcado descenso en la labor del mismo con relación al retrato del general Melchor Pacheco y Obes; pero reconociendo ciertas cualidades sobrias y justas que prestan realidad a las carnes y solidez a los volúmenes, pese a su rígido y monótono dibujo.

AUTOR DESCONOCIDO. Retrato del Gral. Justo José de Urquiza. (Óleo). Museo Histórico Nacional-Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

En su tiempo este retrato fué considerado notabilísimo por el parecido físico del sujeto y por el efecto general de su composición decorativa; lamentando la crítica que su exhibición pública no fuera en sitio adecuado, puntualizaba la falta de locales dignos para tales casos, e indicaba la conveniencia de que el Museo Nacional contara con una sala a disposición de los artistas.

Hoy, a 70 años de aquel momento, nos hallamos en iguales o parecidas circunstancias... Blanes criticaba las exhibiciones de obras

Digitized by Google

plásticas bajo los esplendores de los mecheros de gas (en su carta de 20 de agosto de 1865, dirigida al señor Lucio Rodríguez, que transcribí antes); yo me eximo, ahora, de criticar las realizaciones de tales exposiciones bajo la radiante lamparilla eléctrica — para no redundar en lo que todos sabemos, — aunque bien cuadre — se dirá — tal luminaria a muchas churrigueresca «cosas» que en nuestros días abogan del desconocimiento absoluto de todo fundamento básico (que son ineludibles conocimientos en arte) y de la «intranquilidad» de sus cultores.

J. M. BLANES. Asesinato del Dr. Florencio Varela. (Óleo). Museo Histórico Nacional - Montevideo. Fot de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

El mencionado óleo — que se halla muy deteriorado — figura en el Museo Histórico Nacional por donación de la Sra. Fanny Jaureguiberry de Castro, hija mayor del general Enrique Castro, y esposa del ingeniero don Juan José Castro.

Los sucesos políticos entrerrianos de abril del 70, fueron acicate para que muchos artistas y aficionados del arte se dieran a la tarea de patentizar en cuanto elemento plástico lo permitiera, la efigie del general Justo José de Urquiza. Surgen, pues, en nuestro ambiente, sus retratos venidos desde la otra banda del Plata. De autor desconocidos los más, y malos generalmente desde el punto de vista artístico — a juzgar por los que han llegado hasta nosotros; como el que se conserva en el Museo Histórico Nacional, — son hoy estas pinturas y esculturas materia verdaderamente contradictoria para quien intente investigar su filiación.

Gaspar Perdomi, pintó y expuso aquí a fines de noviembre, un retrato del nombrado general, representándolo en traje de gala y jinete en un caballo blanco-tordillo, a la hora del crepúsculo vespertino y en el histórico campo de San José; viéndose el Palacio de Urquiza, a lo lejos, entre la arboleda.

Con respecto a este pintor — de cuyas obras no puedo juzgar porque no las conozco, — mencionan las crónicas que tenía el propósito de realizar un cuadro que evocaría un episodio de un temblor de tierra en el Perú, en 1869. Anoté esta referencia no tanto por su información, sino porque en aquellas le recomendaban al público como un artista inteligente y... buen padre de familia. («El Siglo». Año VII. Nº 1823).

Digitized by Google

1871. — Henos ahora en 1871. Poca importancia tienen las actividades plásticas generales registradas en este año. Las dejo sin incluir porque Juan Manuel Blanes las llena particularmente, y por sí solo abre un ciclo pictórico definido para gloria de la historia del arte en el Uruguay, y en América. Latente en el ambiente rioplatense el éxito alcanzado con su cuadro representativo de la trágica escena nocturna en que perdiera la vida el publicista Dr. Florencio Varela (cuadro existente ahora en el Museo Histórico Nacional, existiendo otro original en el Museo Histórico Argentino), corona la más alta consagración de su fama «Un Episodio de la Fiebre Amarilla en Buenos Aires».

Un pueblo entero admiró consternado y doliente esta síntesis de aquella cruel tragedia, y el Gobierno de la República respondiendo al sentimiento y deseos públicos adquirió el cuadro destinándolo al Museo Nacional; permitiendo antes que su autor lo exhibiera en la ciudad de Buenos Aires. Eduardo Schiaffino, crítico y pintor argentino, dijo en esta circunstancia — entre otras manifestaciones suyas respecto a la obra —: «Durante algunos días la población desbordada rodeó el cuadro como una marea hirviente y rumorosa». Este óleo es hoy orgullo de nuestro Museo de Bellas Artes, donde figura desde 1911.

J. M. BLANES. Un episodio de la Fiebre Amarilla en Buenos Aires. 1870-1871. (Óleo). Museo Nacional de Bellas Artes. —Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

1872. — Blanes no queda inactivo; ni su pensamiento ni su pincel piden tregua al tiempo para descansar. A mitad del mes de mayo del 72 expone en su taller — por el término de unos días solamente — otro cuadro que representa al general San Martín en la Cañada de Rancagua, en marzo de 1820, pasando revista al gran ejército libertador de los Andes, al asumir de nuevo el mando tenido interinamente por el general Las Heras. Dos meses después se exhibió este cuadro en Buenos Aires, y, en diciembre del año 73 en Santiago de Chile; figurando luego en la misma ciudad trasandina, en la Exposición de 1875, conjuntamente con otras telas del mismo Blanes: el retrato de su madre, «Los últimos momentos del general José Miguel Carrera» (que pintó entre 1872-1873), y una serie de óleos de temas de las regiones magallánicas.

«La Revista de Rancagua» — que se conserva actualmente en el

Digitized by Google

Museo Histórico Argentino — fué ofrecida en 1878 al país hermano por el gobierno de la República, con motivo del centenario del nacimiento de José de San Martín; «Los últimos momentos del general José Miguel Carrera», está en el Museo Histórico Nacional; el retrato de la madre de Blanes, es joya de inapreciable valor en el Museo Nacional de Bellas Artes. Los otros cuadros mencionados, figuran en galerías y colecciones particulares.

J. M. BLANES. La Revista de Rancagua. (Óleo). Museo Histórico - Buenos Aires. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

En este mismo año, 1872, Blanes y Eduardo de Martino terminan, trabajando en colaboración, un cuadro rememorador del pavoroso siniestro ocurrido en el estuario en la noche del 24 al 25 de diciembre de 1871, conocido por «El incendio del vapor América». Este óleo tuvo larga odisea por derechos sucesorios indivisos. Ahora está en la galería del señor Fernando García.

El triunfo de Blanes demarca — si así puede decirse — un extenso paréntesis en el campo artístico nuestro. En su extremo inicial van a detenerse las actividades de muchos plásticos nacionales y extranjeros ya citados; del otro —que se halla a más de 25 años de distancia— partirán luego nuevos valores.

J. M. BLANES. Los últimos momentos del Gral. José Miguel Carreras. (Óleo). Museo Histórico Nacional. — Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

1873. — De Martino y Mora son los artistas que más reclaman la atención de la crítica y el favor del público. El primero con sus marinas, el segundo con sus esculturas, tales como las figuras del coronamiento del edificio de la Bolsa de Comercio y los motivos decorativos para las fuentes de diversas quintas de los alrededores de la Capital. A mediados de abril del 73, Mora expuso una serie de tallados en madera, esculturas en yeso y

Digitized by Google

estatuas de tierra cocida y policromada; perteneciendo a este conjunto «El Gaucho Oriental». Poco después exhibía su obra capital, el yeso titulado «Víctima de la Guerra Civil».

Esta obra, que es la mejor pieza escultórica que posee el Museo Nacional de Bellas Artes, ingresó al ex Museo Nacional en el año 1877.

De Mora me ocupé en la monografía que publiqué en la revista «Selecta» en 1918. Este escultor español, nació en Barcelona en 1840, llegó a Montevideo en 1864 y radicó aquí — donde formó su hogar — hasta 1877, fecha en que partió para su país natal. Murió en San Francisco de California en 1911. Sus hijos nacieron en el Uruguay. F. Luis, pintor de valía; Jacinto, excelente escultor. Ambos consagrados en Nueva York y San Francisco de California, respectivamente.

J. M. BLANES. Retrato de la Sra. doña Isabel Chilabert Piedrabuena de Blanes. (Conocido con el nombre de "La Madre del Artista"). (Óleo). Museo Nacional de Bellas Artes - Montevideo.

Cuando el llamado a concurso para el monumento a Artigas, Jacinto Mora respondió con un boceto. Yo fuí el delegado del artista; pero los documentos pertinentes no llegaron en tiempo oportuno. La obra no figuró.

1874. — De 1874 anoté lo más interesante, aunque la obra a que se refiere no tiene valor que la singularice. Es el cuadro de Pedro Valenzani, titulado luego «Los Héroes». Lo expuso en el mes de abril.

Sin abrir más juicio sobre esta tela, diré que en ella figuran los preclaros ciudadanos: Artigas, Rivera, Lavalleja, Oribe, Joaquín Suárez, Garzón, Lucas Obes, Santiago Vázquez, Venancio Flores y Melchor Pacheco y Obes, representando las tres épocas más gloriosas de la Nación: La Independencia; Los Treinta y Tres; la Defensa de Montevideo.

En diversas oportunidades esta pintura fué ofrecida en venta al Estado. La última vez lo fué en 1930, por su propietaria Doña Pastora A. de Díaz, quien radicaba en ese entonces en San Bernardino, Paraguay. Lo atribuía a Blanes. Yo produje el informe oficial respectivo. El cuadro se hallaba depositado en los talleres de Don Bosco, en Montevideo.

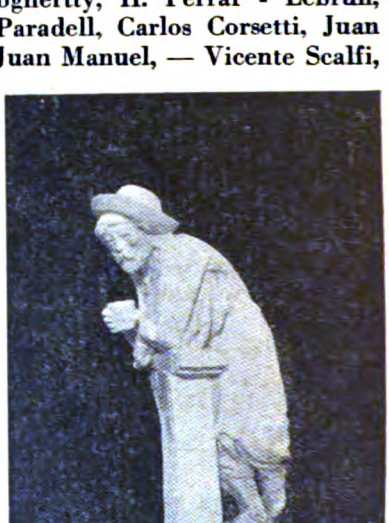
Finalizo.

1875. — Los sucesos políticos que tuvieron por escenario la capital de la República el 10 de enero del 75, abatieron por mucho tiempo nuestro clima artístico. Cierro pues los eslabones de esta re-

Digitized by Google

J. M. BLANES Y EDUARDO DE MARTINO (en colaboración) Incendio del vapor «América». (Óleo). Galería particular - Montevideo. Fot. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

seña de actividades plásticas del decenio 1865-1875; y en esta circunstancia proclamo que es justicia reconocer lo mucho que debemos a quienes las alentaron en nuestro ambiente ciudadano en pretéritos tiempos: José Gil de Castro, Juan P. Goulu, Juan Ildefonso Blanco, Juan Bautista Enrique Durand Brager, Adolfo D'Hastrel, Luis Amadeo Olliver, Tancredo Galli, Cayetano Gallino, Secundino O'Doghertty, H. Perrar - Lebrun, Molnaert, Cabrera del Pino, Ignacio Paradell, Carlos Corsetti, Juan Ferrari — el viejo, padre del escultor Juan Manuel, — Vicente Scalfi, G. Paganucci, etc., anteriores unos, — los más, — contemporáneos otros, de los pintores, escultores y dibujantes nacionales y extranjeros cuya figuración mencioné; estos mismos, y más próximo a nosotros, Diógenes Héquet, y, muy posiblemente, Manuel Sanchiz, actuantes los dos en el último tercio del siglo pasado, porque sus obras representan hoy — aun aquellas que deben catalogarse considerándolas como «algo» mal realizado — un inmenso caudal documentario gráfico: son nuestros hombres de ayer, los de las gestas heroicas, y nuestras cosas idas, lo transparentado en el lienzo, en el bronce o en la dúctil arcilla reviviendo ante las generaciones en marcha la epopeya máxima, la historia y la tradición.



DOMINGO MORA. El Gaucho Oriental. Tierra cocida y policromada. Fotografía de un vaciado en yeso del original existente en una casa sita en la calle Yatay. Montevideo. Foto. de la Sección Fotocinematográfica del M. I. P.

ERNESTO LAROCHE.

Digitized by Google

«EL VICARIO DE WAKEFIELD»

I

Debe presumirse que «El Vicario de Wakefield» de Oliverio Goldsmith se lee todavía porque hay ediciones modernas de esta novela inglesa sobre la cual han pasado ya casi dos siglos sin marchitarla, y cuando los editores, que son gente muy avisada y muy llena de aquel sentido práctico que distinguió al bueno del Vicario, se aventuran a reimprimir libros, es porque saben que los venden.

Si el libro de Goldsmith no se lee, debiera leerse; es una de esas obras que, como el «Robinson Crusoe» de Foë, las «Prisiones» de Pellico, y «El viaje alrededor de mi cuarto» de Xavier de Maistre, para citar tres libros que aparentemente parecen, como dicen los franceses con agudeza, *disparates*, ofrecen, además de su natural encanto, elementos preciosos para la educación del carácter, de la imaginación y de la sensibilidad.

El «Robinson» es un maravilloso manual de ingenio, de inventiva, de energía y de perseverancia; está saturado de ese indefinible sentimiento que se suele experimentar en los puertos, cuando se ven los veleros, con sus cordajes y sus jarcias, y se aspira el olor de la brea mezclado con el del agua del mar; sentimiento que hace soñar con viajes remotos y con exóticos países. Las «Prisiones» constituyen un ejemplo de valor cívico, de energía moral, de incontrastable fuerza de carácter, de admirable virtud cristiana. Este hombre que sufre por la patria, y acepta el infortunio, y alienta en medio del horror la esperanza, y conserva el amor a sus ideas y a sus semejantes, es, además, un poeta delicadísimo, un corazón armonioso, una pálida luz en medio de las tinieblas de la cárcel; de él trasciende una viva ternura, un hondo sentimiento romántico. El viaje de De Maistre es un cursillo pintoresco de filosofía fácil, accesible a todos los espíritus; y es, sobre todo, un estímulo para la vida interior, tan desdeñada en nuestra época en que el hombre, y sobre todo la mujer, se desarraigan de la casa y viven para los demás, siendo así que es tan agradable vivir para sí mismo. Ya que no en el sillón de De Maistre, recorriendo al menos el interior de la casa, ¡cuánto hay que ver, pensar y sentir en los libros de la biblioteca, en los muebles, en los papeles íntimos, en los cuadros, en los retratos, en el álbum de familia, en la propia alma, por fin! Quienes leen estos libros, si los leen bien, adquieren un caudal de sano romanticismo, de cuerdo sentimiento de aventura, de fuerza moral, de saludable filoso-

Digitized by Google

fía que, a poco que lo administren bien, les producirá incalculables beneficios.

La novela de Goldsmith pertenece también a este género de libros y tiene la particularidad de que, su autor, le infiltró el admirable y envidiable buen sentido de que le dotó la naturaleza. Cierto que esto le da, a ratos, un barniz de trivialidad; pero ello es pasajero, pues por lo común, el moralista y el escritor se elevan majestuosamente y planean sobre los grandes problemas de la vida. Sus disertaciones recuerdan siempre, un poco, el presbiterio, el órgano, el libro sagrado, los cantos tiernos y candorosos de los oficios dominicales. No importa: ello no perjudica a la construcción artística y menos a la moral. Claro que, a pesar del sabor de sermonario, no se encuentra en el libro el gran estilo de Bossuet, que éste también formó en el estudio de la Biblia, como lo dice Lamartine. Estos escritores y moralistas anglicanos carecen, por lo común, de la pompa, de la cadencia, del acompasamiento, del claroscuro, del sentido del matiz, del *decorum*, sobre todo, que es herencia latina; pero el estilo de Goldsmith tiene cierta elevación y cierto encanto, a la vez familiar y sagrado, que ennoblece todos los temas; tiene, además, tal fuerza de sinceridad y espontaneidad y tanta simplicidad retórica, que conmueve y, a veces, subyuga. Se explica así la perenne juventud de este libro, y se explica, sobre todo, que un lector del siglo XX encuentre interés y deleite en conocer las ideas y sentimientos de un oscuro pastor protestante del siglo XVIII y en enterarse de sus infortunios y miserias domésticas.

No es sólo la forma lo que lo explica; lo es, también, la sustancia espiritual del libro, los caracteres que presenta y describe, la pintura admirable de paisajes y escenas, el sano y delicioso humorismo de las reflexiones, la fuerza de realidad que de él trasciende. Son igualmente preciosos los comentarios, consejos y lecciones que el autor extrae de los acontecimientos, o que, a propósito de ellos, le dicta la experiencia y el conocimiento que posee del corazón humano y de la sociedad. Estas homilías morales suelen apoyarse en ejemplos presentados con intrépido realismo; pero esta intrepidez es tan espontánea, y tan honrada e inocente la intención, tan firme y honesto el propósito de edificar y atraer al buen camino, que adquieren casi siempre elevación y grandeza. La moral inglesa, si es que existe una moral inglesa distinta a las demás morales, está toda ella contenida en esta obra, y digamos que, si esta moral es severa y rígida, a veces, y ello es humano, y también divino, suele enternecerse ante las debilidades del hombre, hecho al fin y al cabo de barro.

Las novelas del tiempo del Goldsmith fueron escritas para una sociedad amiga de la moral y del orden, como lo era la burguesía inglesa del siglo XVIII. Se leían en familia, al calor de la lumbre, a la luz de la lámpara del salón, o mejor del comedor. Más que a excitar la imaginación iban dirigidas a conmover el sentimiento; exaltaban la virtud,

Digitized by Google

incitaban a soportar los infortunios, a perseverar en el bien y a creer en el premio reservado a los que cumplen con la ley moral y religiosa. Este género de novelas alcanzó con Goldsmith la plenitud y perfección, aun cuando después cayó en extremos ridículos. «Antes de llegar a las manos casi gazmoñas de miss Burney — dice Taine refiriéndose a este género y contrariando a Macaulay—, pasa por las hábiles manos de Goldsmith». Dice bien el gran crítico cuando habla de las hábiles manos de Goldsmith. No las hubo más hábiles en Inglaterra, en su tiempo; y eso que con él escribieron novelas Richardson y Fielding, sus hermanos mayores; pero nadie pintó con mayor ternura y con más conmovedora ingenuidad que Goldsmith la vida del hogar campestre, las sencillas virtudes de la familia rural, la paz y la felicidad que en ella reinan cuando está bien constituída y el amor y la moral presiden las relaciones domésticas; nadie puso más sano humorismo, ni más fina ironía en la descripción de caracteres y escenas; nadie trazó más patéticamente — y sin embargo, ¡con cuánta simplicidad!, — los infortunios y miserias que sobre ella suele acumular la Providencia; y nadie describió tampoco con más tocante sentimiento el valor y la abnegación con que un alma religiosa afronta los más terribles embates de la adversidad.

II

El autor estaba preparado para escribir esta novela. La había comenzado a vivir en la realidad del hogar paterno y la vivió luego intensamente en su azarosa existencia. Había nacido en 1728 en la casa rectoral de su padre, pastor protestante de Pallas, humilde aldea irlandesa apartada del mundo. Jamás se borró de su espíritu la impresión que en él dejaron las consejas, supersticiones y agüerías de que oyó hablar siendo niño en las veladas del hogar, ni olvidó las poéticas leyendas de la vieja Irlanda, ni las baladas y aires del país que aprendió a cantar y a acompañar en la flauta desde la infancia. Todo ello se encuentra como esparcido en su obra; en «El Vicario de Wackefield» se tropieza aquí y allá con descripciones en que se reconoce la aldea paterna y el interior de la familia puritana, o con referencias a supersticiones que tienen para él la autoridad de cosa cierta. Así afirma gravemente que las bolsas de piel de comadreja traen fortuna, que no debe venderse la gallina en día de lluvia, que soñar con un ataúd y una calavera es señal de boda próxima, como también lo es el encontrar sortijas en las bujías, ver salir talegas de dinero en la lumbre o encontrar lazos de amor en el fondo de las tazas de té. Estas y otras preocupaciones e ingenuidades explican también la facilidad con que este escritor mezcló la realidad y la fantasía cuando dió en componer manuales de historia.

Al llegar a la adolescencia, su padre lo envió al Trinity College de Dublín, donde logró una plaza de *sizar*, mediante la cual pudo iniciar

Digitized by Google

sus estudios académicos pagándolos con servicios y menesteres de criado. Esta triste condición y su natural aventurero y a ratos dado al ensueño, le hicieron pésimo estudiante, con el agregado de que pronto se entregó a la holganza para soñar más a gusto y aun se permitió escandalizar a sus maestros con picardías de marca mayor tales como la de organizar bailes en los propios sótanos del Colegio con asistencia de las loretas de la ciudad, lo que le valió castigos y hasta estacazos.

Nada pudo adelantar: ni como estudiante de teología cuando sus parientes soñaron en hacerle clérigo, pues jamás tuvo vocación para ello; ni como estudiante de medicina, pues a pesar de haber obtenido ya en la madurez una dudosa licencia de médico en Italia, era tan lego en ciencias naturales que, al decir de Johnson, apenas sabía distinguir una vaca de un caballo; ni como estudiante de derecho, pues aunque hizo algo de abogado, siempre ignoró las leyes del reino. Dice Macaulay que su estancia en la universidad irlandesa «parecía no haberle despertado más aficiones que la de vestirse de colores llamativos, jugar a las cartas, cantar aires irlandeses, tocar la flauta, pescar con caña en verano y contar historias de duendes y aparecidos al amor de la lumbre en invierno». Esta afición a los trajes bizarros lo alejó de la Iglesia, pues habiéndose presentado ante el Obispo para pedirle las órdenes, el prelado se las negó al solo mirarlo y verlo vestido con un traje color escarlata.

Con ayuda de un pariente pasó a Leyden dispuesto a seguir los cursos de medicina; pero en lugar de estudiar, se dió en la ciudad holandesa al juego, a la vida disipada y a la más desarrapada bohemia. Imaginó luego recorrer gran parte del mundo a pie, y lo hizo sin más fortuna que una sola camisa, como él mismo lo dice, y una flauta en la que tocaba aires de su país que luego cantaba con bastante arte. Recorrió así, soplando y cantando, buena parte de Holanda, Alemania, Francia, Suiza e Italia y en este viaje no le faltaron pintorescas aventuras que él ha narrado al hacer un poco su autobiografía en «El Vicario de Wakefield» poniendo todo ello en boca de Jorge, el hijo del Doctor Primrose. Estos viajes fueron escuela de vagabundaje y picardía y no hubo recurso, treta ni engaño de que no echara mano para lograr el sustento, lo que dió motivo para que al regresar a Londres pudiera decir: «Apenas hay un país en Europa donde no tenga yo deudas».

No terminaron con esto sus lances y aventuras. Aún tuvo ocasión de hacerse ayo, mancebo de botica, cómico, aspirante burlado a un empleo de hospital y corrector de imprenta, función esta que decidió su vocación por las letras. Smollet le confió la sección crítica de la *Monthly Review* y luego se aventuró él mismo a hacerse editor y director de «La Abeja», periódico literario que tuvo su boga en Londres hacia 1759. A la vez comenzó a escribir para los libreros manuales de historia y de literatura redactados con castiza elegancia pero repletos de errores y extravagancias. Uno de sus biógrafos dice que estos librillos

Digitized by Google

se exhibían en los escaparates de San Pablo, y llamaban la atención por sus pésimas estampas y sus cubiertas multicolores o de papel dorado, que concertaban por cierto con los trajes churrigueresco a que era tan aficionado el autor.

Su poema «El viajero», publicado en esta época, y del cual dijo Johnson que es el más hermoso poema escrito después de Pope, le conquistó fulminante celebridad. Desde entonces hasta su muerte prodigó en verso y prosa su original talento literario. Todo esto le dió dinero; pero jamás supo guardar un cuarto, pues como dice un biógrafo, «siempre gastó el doble de sus ingresos naturales y corrientes en vestidos lujosos, en espléndidas comidas, en hacer la corte a mujeres venales y en socorrer, sea esto dicho en honor de su corazón ya que no de su juicio, todas las desgracias verdaderas o finjidas que acudían a él». Además de este vicio de dar, que procedía de su corazón tierno y sensible, tenía el otro de jugar, con lo cual jamás le paraba un chelín en la bolsa. Las deudas que por todo ello contrajo fueron sus camaradas de todos los días, más constantes por cierto que los amigos del Club Literario, pero más crueles pues casi llegaron a dar con él en la cárcel. Johnson ha narrado en sus memorias este episodio. Cierto día le llamó su amigo haciéndole decir que se hallaba en gran apuro. Con el propio mensajero le envió una guinea como auxilio y apenas se vistió fuese a verlo y lo halló ante los corchetes, querellado por su patrona quien le exigía el pago de la deuda de hospedaje. Estaba muy encolerizado; pero, agrega Johnson, «vi también que ya había cambiado la guinea que le envié y había hecho que le trajeran una botella de vino Madera». Calmado el reo por los razonamientos de su amigo, le dijo que pensaba salir de apuros con una nueva novela que tenía escrita y cuyos originales le exhibió. Examinó Johnson el manuscrito y de este breve examen coligió que aquello era obra de valor. Pidió a la patrona una breve espera, fuese con los papeles a casa del librero Newburys y se los vendió en sesenta libras esterlinas con las cuales Goldsmith aseguró su libertad. Estos manuscritos eran los originales de «El Vicario de Wakefield» cuya aparición, dos años después, colmó la gloria del autor.

Siguió escribiendo con demasiada prodigalidad para los editores y para el teatro donde obtuvo también mucho éxito. Creció la estima que le profesaron los contertulios del Club de *Fleet street*; Lord Nugen y Burke le concedieron su amistad; Reynolds pintó su retrato que hoy se conserva en la Galería Nacional de Londres y Johnson y Garrick le cobraron verdadero cariño. Y eso que en aquella sociedad jamás brilló por su elocuencia; porque si bien todos reconocían que el lenguaje y el estilo de sus obras eran bellos y de una belleza realmente clásica, en cambio confesaban también todos que hablaba tan mal que daba grima oírle y que nadie le aventajaba en la desdicha de incurrir en equivocaciones y renuncios, y aun en la de decir tonterías que ponían al descu-

Digitized by Google

bierto la candidez e ingenuidad de su carácter. Horacio Walpole dijo de él que parecía un idiota inspirado y Garrick que escribía como un ángel y hablaba como un loro.

La envoltura material correspondía a este carácter. Reynolds lo pintó ya en la madurez, de perfil, sin peluca, mostrando el cráneo con escasos cabellos y las viruelas del rostro, en actitud tímida e inquieta, la expresión un poco atormentada y taciturna, oprimiendo contra el pecho un libro entreabierto que mantiene en la mano derecha. Con su oscuro ropaje se le tomaría por un pastor protestante, por el mismo Doctor Primrose, aunque el bueno del Vicario debió tener una expresión más franca y amable y un continente más majestuoso.

Su vida se apagó en 1774, casi con los aplausos que tributó el público de *Covent Garden* a su última comedia. Fué enterrado en el cementerio del Temple. En el rincón de los poetas de la abadía de Westminster le fué erigido un monumento; Reynolds fijó el emplazamiento; Nollesnskens realizó la obra y Johnson escribió el epitafio en latín. En el patio del Trinity College de Dublín se levanta también la estatua del que fué mísero *sizar* y de quien sus profesores jamás creyeron pudiera obtenerse un hombre de mediano provecho.

III

El hombre que vivió esta pintoresca existencia estaba predestinado para escribir la historia de aquel buen Doctor Primrose, cuyas aventuras en los primeros años de su unión conyugal ocurrieron todas en el hogar, al calor de la lumbre, y todos sus viajes se redujeron a visitar a los parientes y vecinos, y a pasar de la cama de verano a la de invierno; pero quien muy luego se vió obligado a penosas emigraciones y a ser protagonista de dolorosos episodios. Este personaje está humanizado y como vivo en la primera página del libro donde el Vicario hace esta pintoresca confesión: «Siempre fuí de opinión que el hombre honrado que se casa y atiende al sustento y educación de una dilatada familia es mucho más útil que el que, hablando sin cesar de población, jamás sale del celibato. Consecuente con este principio, apenas hacía un año que había tomado las órdenes cuando pensé seriamente en casarme. Elegí mi esposa de la misma manera que ella eligió su vestido de boda, esto es, no dejándose alucinar por un exterior lustroso y brillante, sino prefiriendo uno como vulgarmente se dice, de honra y provecho». He aquí el hombre de pies a cabeza: ordenado, práctico, de buen sentido, de excelente cálculo; sabe de donde viene y a donde va; resuelve los problemas de la vida moral lo mismo que los problemas de la vida práctica; no lo haría mejor un comerciante con los negocios de su ramo.

Todo este primer capítulo es un primor de forma, de regularidad, de orden y de humorismo. La pintura del hogar feliz nadie la podría trazar mejor. La señora Primrose se alababa de poseer un gran talento

Digitized by Google

para la economía doméstica; pero el Vicario observa «que con todo su ingenio jamás adelantamos cosa alguna». No importa, la vida transcurre allí dichosa: los niños juegan, estudian y crecen; las jóvenes, ya casaderas, son hermosas y sus padres las muestran con orgullo y pronuncian con ternura sus nombres romancescos, fruto de la imaginación de la esposa; cuando las visitas elogian su belleza, la madre ordena que se pongan de pie, que levanten la cabeza, y que sonrían; los jóvenes se hacen hombres, aunque la verdad no de gran provecho. Los amigos y parientes visitan la amable rectoría donde se les pone buena cara y se les ofrece buen vino, el mejor vino de grosella de aquellos contornos, cuya receta y reputación conservan celosamente los dueños de casa. Cuando algún visitante resulta molesto, el Doctor Primrose, al despedirlo cortésmente, le presta un capote viejo o un par de zapatos inservibles o hasta un caballo inútil. Es medio infalible para que el importuno no vuelva más. En aquella felicidad no hay casi nublados, apenas si llegan a serlo la descortesía del señor del lugar que se duerme en lo más patético del sermón dominical, o la fría reserva con que la esposa de aquél contesta a los saludos y reverencias de la mujer del pastor.

Aquello es casi patriarcal. Se despiertan todas las mañanas al son de la música; los días de buen tiempo los hombres se van de caza; las damas se entregan a los adornos y a la lectura durante las horas de la tarde. En la mesa preside la señora Primrose; no permite que otro trinche sino ella, pues éste había sido el estilo de su madre; al servir hace la historia de cada plato y da detalles sobre el uso y empleo de los condimentos; después de comer se quita la mesa y algunas veces se hace música y canto. El paseo, el té, el baile y el juego de prendas ocupan el resto del tiempo hasta la hora de recogerse. El Doctor hace una partida de *lansquenet* con algún amigo y en ocasiones suele arriesgar hasta dos peniques; pero advierte que en sus diversiones jamás entraron los juegos de cartas, pues siempre les tuvo extraordinaria aversión, virtud que no adornó por cierto a Goldsmith.

El Vicario atiende entre tanto su Iglesia y consagra sus ocios a escribir contra los eclesiásticos que contraen segundas nupcias. Es su debilidad; sus amigos le llamaron «su flaco»; él se vanaglorió siempre de ser un estricto monógamo y escribió un tratado para probar que es ilegal para un ministro de la Iglesia anglicana contraer matrimonio en segundas nupcias. Ni este tratado, ni los muchos artículos que también escribió sobre la misma materia tuvieron lectores, como no fueran los pocos escogidos, pero él perseveró en su disputa y aún sacrificó a ella el porvenir de su hijo Jorge. Debía éste casarse con la hija del pastor Wilmot, pero poco antes de la boda, el Doctor sostuvo con su colega, que se preparaba a contraer cuartas nupcias, tan agria discusión, que el contrato de esponsales quedó roto.

Sobre esto de la monogamia fué inexorable; jamás se declaró de-

Digitized by Google

rrotado; habiéndole insinuado un día su mujer que uno de sus amigos le había vencido en la argumentación, exclamó: —«¡Que me venció argumentando! Tú te equivocas, hija mía; creo que habrá muy pocos que puedan vanagloriarse de esto. Pero así como yo jamás me entrometo a disputar tu habilidad para hacer un buen pastel o una empanada, del mismo modo te suplico no te mezcles en mis cuestiones o argumentos».

Y para afirmarse en la tesis compuso un tierno epitafio fúnebre para su esposa y lo colocó sobre la cornisa de la chimenea del comedor a fin de que la familia lo tuviese constantemente a la vista. Aquello era como adquirir el féretro por anticipado y tenerlo en la sala en lugar del piano, o como erigir en el jardín el panteón con lápida y todo; no importa, con ello el Vicario advertía a su esposa las obligaciones que tenía para con él y le ratificaba su fidelidad, inspirándole a la vez una noble pasión por la gloria.

La adversidad no hace distingos; es así que la paz de esta excelente familia se vió turbada, precisamente cuando era mayor el bienestar y más serena la dicha. El depositario de la fortuna del Doctor huyó con ella y la alianza de los Primrose y los Wilmot se malogró, un mucho por esta circunstancia y un poco por la malhadada disputa sobre la monogamia. Fuerza fué realizar todos los bienes restantes de la familia para pagar las deudas, y con los escasos recursos sobrantes emprender una humillante peregrinación en busca de pobre refugio: un curato de quince libras esterlinas anuales de renta que le proporcionó un clérigo amigo. «Puesto que la fortuna nos ha abandonado, echémonos en brazos del contento», exclamó filosóficamente el doctor al secar las lágrimas de su mujer y sus hijas, y las propias también, y ponerse en marcha al frente de la pequeña caravana doméstica camino de su nuevo curato.

Con el cambio de fortuna, aun cuando escasearon los recursos y faltó el brillo de la prosperidad, ganó en cambio en sencillez y gracia el cuadro de la familia del pastor. Fué un regreso a la vida bucólica. El trabajo y la sana alegría eran las virtudes de los nuevos feligreses, gente rústica y sencilla que «celebraba la Navidad cantando villancicos; que se enviaban lazos de sincero y constante amor la mañana de San Valentín; que comían tortas y fritadas de masa el martes de Carnaval; que hacían gala de sus chistes y agudezas el primero de Abril, y partían nueces con religiosidad la víspera de San Miguel.»

La casa rectoral, si menos amplia y majestuosa que la de Wakefield, era más pintoresca. Constaba de un solo piso y estaba techada de paja, lo que le daba aire de mayor abrigo; las paredes interiores estaban enjalbegadas lo que fué aprovechado por las señoritas para decorarlas con candorosas pinturas hechas de su mano. La misma habitación servía de estrado y cocina y así la sala resultaba más caliente. El aseo en que siempre se tenía; la limpieza del vasar en que brillaban la vajilla y la batería de cocina, y la pulcritud con que todo se conservaba,

Digitized by Google

eran causa suficiente para recrear la vista y para que allí no se echaran de menos los muebles de lujo.

La casa estaba situada al pié de una graciosa colina, sobre un río de aguas cristalinas y bulliciosas y a la sombra de un pequeño bosque; a un lado se tendía un prado florido, y al otro una extensa dehesa. Filas de olmos y zarzamoras servían de cerco al nuevo dominio cuya superficie no era mayor de veinte acres.

La vida de la familia se organizó en consonancia con este cuadro campestre. Se levantaban con el sol y se reunían todos junto a la lumbre de la cocina. «Después de saludarnos unos a otros con la correspondiente ceremonia, (pues, — observa el Doctor, — siempre creí conveniente conservar algunas fórmulas de buena crianza sin las cuales la mucha satisfacción destruye la amistad), dábamos gracias al Ser Supremo por habernos dejado ver otro día.» El Doctor y su hijo Moisés, después de desayunar, partían a trabajar la tierra, mientras las señoras limpiaban la casa y preparaban el almuerzo, el cual, como la comida, transcurría entre las inocentes y alegres conversaciones de las damas y los argumentos filosóficos del Doctor y su hijo. El trabajo terminaba con la puesta del sol. «Volvíamos a casa, dice el Vicario, donde esperaba la familia con los brazos abiertos, iluminados los rostros por la más dulce sonrisa.» Terminada la comida, la velada concluía entre alegres pasatiempos, sin que faltaran las visitas y los antiguos romances cantados al son de la gaita. Allí se oían a menudo la «Elegía a la muerte de un perro rabioso», el romance de «La crueldad de Bárbara Allen» o «La última buena noche de Juanita Amstrong», junto con los cuentos de «La desgraciada Griselda», «El ciervo de Beverland» y otras antiguas consejas. El gallo, que cantaba siempre a las once, era la señal de que había llegado la hora de recogerse.

Infortunadamente ni esta vida sencilla, ni esta paz duraron mucho tiempo. La interesada y pecaminosa atención que el joven señor del lugar, Mr. Thornill, demostró hacia las hijas del pastor despertaron el dormido orgullo de la familia y desnaturalizaron el color pastoril de aquel delicioso interior rural. La señora Primrose, sobre todo, cayó en la ilusión de casar a su hija Olivia con el *baronet*, quien era un desalmado libertino a quien no le faltaban ciertas prendas, puramente exteriores, capaces de sorber el seso a aquellas pobres mujeres. La sociedad con este caballero complicó la vida de la familia; sucedióronse las comidas, paseos y veladas y se introdujeron en éstas, juegos y pasatiempos que sólo se estilan entre los grandes. «Nuestras ventanas, anota el Doctor, volvieron como en otros tiempos a llenarse de tiestos con lavatorios y menjurges para el rostro y cuello; fuera de casa se huía del sol como del enemigo más cruel del cutis y dentro de ella se temía al fuego como al asesino de un talle fino y delicado. Mi mujer sostuvo que el madrugar perjudicaría a los hermosos ojos de sus hijas; que el trabajo después de comer les pondría las narices como tomates; y por último me

Digitized by Google

convenció de que nada conservaba las manos más pulidas y blancas como el tenerlas cruzadas sin hacer cosa alguna». No paró en esto la transformación operada en aquella casa. Las relaciones de la aldea fueron despreciadas y ya sólo se habló de las grandezas de la corte, de elegancias, de modas, de saraos y de teatros.

El Doctor se vió obligado a recordar a su mujer y a sus hijas su modesta posición pues se presentaron en el oficio dominical con sus antiguas y lujosas galas: la cabeza llena de rizos, cintas y plumas, el rostro cubierto de lunares postizos, la cola de los vestidos levantada de modo de hacer crujir la seda a cada movimiento. La señora se puso su mantilla carmesí de seda de Padua, por la cual conservaba predilección porque cierta vez le dijo el Doctor que le sentaba muy bien. Inútil fué que el Vicario dijese: «Todas estas galas y adornos no son limpieza ni aseo, sino despilfarro y monería. Esos encajes, esos listones y esos lunares servirán sólo para granjearnos el odio de las mujeres de nuestros vecinos». Los afeites, sobre todo, impacientaron al Doctor, y se dió el caso de que habiendo sus hijas reincidido, en ocasión de una visita, en preparar un cosmético para embellecer el rostro, y hallándose el pote a la lumbre, aquel aproximó su silla poco a poco al hogar y, tomando el urgón, a pretexto de estimular la llama, volcó la cazolilla del menjurge.

También tuvo la señora veleidades de enjaezar los caballos del arado para ir al oficio los domingos, y aun cuando de ello quiso disuadirla el Doctor, diciéndole que de los dos caballos que poseían, uno era tuerto y el otro rabón y que, además, no estaban hechos a la brida, se empeñaron las damas en la aventura y terminó ésta de la manera más grotesca pues los arneses se rompieron y no hubo modo ni manera de que los jamelgos se moviesen de la puerta de la casa aun cuando menudearon fustazos y palos.

El episodio más cómico y pintoresco a que dió lugar el deseo de figuración y ambición de rango de la señora Primrose y sus hijas fué el de la pintura del cuadro de la familia, tela que embadurnó un artista, sin duda famélico, que retrataba al óleo a razón de quince chelines por cabeza. Este retrato tuvo su origen en la rivalidad existente entre los Primrose y los Flamborough, vecinos del lugar, quienes se hicieron pintar por el retratista, lo que constituyó una especie de superioridad que no pudo ser tolerada por la familia del pastor. Se decidió por lo tanto, en consejo solemne, demostrar la superioridad de gusto y mayor distinción de los Primrose sobre sus vecinos, quienes eran siete y todos se habían retratado en la misma postura, cada uno con una naranja en la mano. «¡Cosa bien insípida y que demostraba el mal gusto que tenían!», exclama el Doctor. Los Primrose buscaron un estilo más brillante y encomendaron al pintor un gran cuadro histórico de familia, lo cual, además de ajustarse a la moda de los grandes, tenía la ventaja de ser más barato. Como no se recordara episodio histórico de

Digitized by Google

monta que se refiriera al linaje, cada cual imaginó su retrato y lo compuso según su gusto o inclinación. La señora Primrose «quiso ser retratada como Venus, con su cinturón ricamente adornado de diamantes y con sus dos hijitos a los pies, disfrazados de Cupidos, mientras su marido, el impenitente monógamo, vestido de ropa talar y con su beca, le presentaba sus libros sobre la controversia bangoriana.» Las señoritas Olivia y Sofía, vestidas, una de amazona, y otra de pastora, con cuantas ovejas cupieron en el cuadro, formaron grupo con Moisés, quien se empeñó en aparecer tocado con su sombrero de pluma blanca.

El cuadro fué pintado en la cocina en cuatro días, y, una vez terminado, todos quedaron muy satisfechos; pero en aquel preciso instante surgió el conflicto. La tela era de dimensiones tan extraordinarias que no se halló en la casa sitio donde colocarla; fuerza fué, pues, que aquella obra de arte que debía constituir el orgullo de la familia quedase arrimada de la manera más humillante a la pared de la cocina, pues tampoco hubo medio de sacarla de allí porque las aberturas de las puertas eran estrechas para tanto cuadro. No paró en ello el disgusto, pues habiéndose enterado del caso los vecinos, no faltó gente socarrona que hiciera de ello burla y chiste. Hubo quien comparó el cuadro con el gran bote de Robinson Crusoe, que éste no pudo mover del sitio en que lo había construído por su gran tamaño; otros lo comparaban a una devanadera dentro de una botella, y todos los feligreses del Doctor se exprimían los sesos pensando cómo había entrado en la cocina aquel bastidor y cómo saldría de allí el cuadro

No menos risueño fué el episodio de los espejuelos verdes. Convencida la señora Primrose de que se aproximaba para la familia un cambio de fortuna, dió en el deseo de adquirir un buen caballo con que ir a la iglesia los domingos, y convino con su marido en vender en la feria uno de los jamelgos del arado y comprar con el producto un corcel de silla. Como se reconociese en el joven Moisés especiales aptitudes para el comercio, y sobre todo para las compras, se confió a él el negocio. Preparóse el viaje, y sus hermanas le vistieron y adornaron como para ir a una boda, ¡ay! sin sospechar que aquellas galas y adornos harían su desgracia. Partió caballero en el jamelgo conduciendo un cajón donde debía traer especies y otros artículos de boca. «Llevaba puesta una casaca de sempiterna que, aunque le estaba muy corta, se hallaba sin embargo todavía de muy buen servicio; el chaleco era de color verde bajo; las medias eran blancas; sus hermanas le habían atado además el cabello con una cinta negra de seda de las más anchas y le habían adornado el sombrero con una pluma blanca.» Fué despedido en triunfo a los gritos de «¡Dios te dé fortuna!»

Este voto, aunque muy vehemente y tierno, no fué escuchado. Moisés demoró más de lo natural en la feria, y en momentos en que el Doctor tranquilizaba a su mujer diciéndole que nada había que temer, que el joven era capaz de hacer negocios capaces de admirar a cualquie-

Digitized by Google

ra, se le vió llegar a paso lento, sudoroso y agobiado por el cajón que traía sobre los hombros. Había vendido el caballo en tres libras, cinco chelines y dos peniques, lo que era un precio halagador; pero el dinero ¡ay! lo había invertido, por consejo de un truhán, en la compra de una gruesa de espejuelos verdes, con lo que creía haber hecho un gran negocio.

«¡Una gruesa de espejuelos verdes!, exclamó la señora Primrose con voz desmayada; y tú has dejado el caballo y no nos has traído en cambio más que una gruesa de espejuelos verdes!» Y como replicara el muchacho que aquello era negocio superior, y que solo la plata en que estaban montados valía el doble del capital invertido, replicó ella: «¡Una higa por la plata en que están montados! ¡ésa es plata como la del sartén de freir huevos!», con lo que Moisés quedó convencido de que había sido víctima de un engaño.

Cuando andando el tiempo se encontró en la cárcel con el pícaro que le había engañado y le preguntó por qué lo había hecho así, aquél le contestó: «Mi querido señor, no fué la cara de usted la que me incitó a chasquearlo, sino sus medias blancas y aquella gran cinta negra de seda que llevaba en el cabello.»

En esto de la venta de caballos fueron poco afortunados los Primrose. El otro caballo que quedaba en la casa era tuerto e inútil para el arado. Necesitado de fondos, el Doctor determinó venderlo en la feria, pero esta vez resolvió hacer él mismo la operación con el fin de evitar engaños, confiando, sin duda demasiado en sus aptitudes para los negocios del mundo. Partió, pues, no sin que su mujer le advirtiese que anduviera con mucho cuidado con los embaucadores. Paseó el jamelgo por la feria hasta que se aproximó un interesado quien, luego de meditado examen, declaró que nada ofrecía por un caballo tuerto; otro que llegó dijo que ni de balde lo llevaría pues descubrió que el bruto tenía un esparaván; otro le halló una aventadura; un cuarto agregó que se conocía en la mirada de la bestia que tenía lombrices, y otro se exasperó y dijo que era apestar la feria llevar a ella un caballo tuerto, lleno de esparavanes, aventaduras y lombrices y que sólo estaba bueno para ser echado a los perros. Aquellos juicios dejaron confundido y avergonzado al Doctor, y ya se disponía a retirarse corrido de la feria, cuando dió con un pícaro disfrazado de filántropo y filósofo quien, luego de elogiar al adalid de la monogamia eclesiástica y marearlo con el humo de sus lisonjas y la disparatada elocuencia de un discurso aprendido de memoria, en el que el timador mezcló la cosmogonia a los nombres de Santoniaton, Menes, Beroso y Ocelo Lucano y aderezó todo ello con citas recitadas en dudoso griego, le compró el caballo, y se lo pagó con una libranza contra el vecino Flamborough, quien, no solamente no tenía fondos del pillo, sino que le reveló que el famoso filósofo era el mismo truhán que había engañado a Moisés en el negocio de los espejuelos verdes.

Digitized by Google

Fué esta aventura del caballo tuerto comienzo de una serie de calamidades para los Primrose. Se indispuso la familia con su verdadero protector, Mr. Burschell; fracasaron todos los planes fraguados para inclinar al *baronet* a casarse con la señorita Olivia, y fuerza fué decidirse a desposarla con el rústico labrador Williams; pero cuatro días antes de la fecha señalada para la boda, la novia huyó con el libertino, cubriendo de dolor y oprobio a la honrada familia del pastor. Corrió el padre tras de su hija con el fin de arrancarla a la vergüenza y la halló mancillada y abandonada por su amante. La condujo al hogar y llegó a la pequeña casa en el preciso momento en que ésta ardía por los cuatro costados consumiendo así los últimos restos de la hacienda del Doctor. Y como en estas novelas inglesas de la época de Goldsmith, así los sucesos venturosos como los adversos se presentan en serie y suelen amontonarse en forma abrumadora para el lector, no pararon en esto las tribulaciones de los Primrose.

Jorge, el mayor de los hijos partió para alistarse en el ejército y el Doctor, al darle el adiós y la bendición lo hizo con este breve discurso que es digno de ser traducido a todos los idiomas y repetido a todos los jóvenes que se hallen en igual trance: «Vas, hijo mío, a pelear por tu patria; acuérdate como peleó tu abuelo por su rey, cuando la lealtad a éste era una virtud entre los bretones; ponte, pues, a imitarlo en todo, menos en su desgracia, si puede llamarse tal el haber muerto al lado de lord Fulkland. Adiós, hijo mío; y si pereces en el campo del honor, lejos de tu patria, sin que tu cuerpo sea enterrado ni regado con el llanto de los que te aman, sabe que no hay lágrimas más preciosas que las que el cielo derrama sobre la insepulta cabeza del soldado».

El raptor de Olivia demandó al Vicario por el pago de rentas atrasadas y obtuvo contra él orden de prisión, la cual debió hacerse efectiva en la cárcel de un pueblo distante. El Doctor, acompañado de su familia e ignominiosamente escoltado por alguaciles y corchetes, se puso en viaje hacia el lugar donde debía sufrir el cautiverio, y después de alojar a parte de los suyos en una fonda del lugar, dirigiose a la prisión y quedó confundido con los malhechores, pícaros y pordioseros que llenaban el patio de la cárcel, donde se le destinó para dormir una oscura celda en la que acomodó también a sus dos pequeños hijos.

Nuevas penas se agregaron aquí a las que le proporcionaron las burlas, groserías y denuestos de sus compañeros de cárcel. Su hija Sofía fué objeto de otra tentativa de rapto por el seductor de su hermana Olivia; lloró a ésta muerta, y, para colmo de sus tribulaciones, vió llegar a la prisión a su hijo Jorge cargado de cadenas y con sentencia de muerte.

Nada de esto arredró al pastor ni quebrantó la fuerza de su alma intrépida. Emprendió la conversión y redención de los presos y, luego de soportar terribles injurias, logró reducirlos, y obtuvo que escucharan la voz del deber y de la virtud que llama al trabajo y al orden. Con-

Digitized by Google

virtió así la cárcel en un vasto taller moral y material e hizo florecer y avivó en aquellas almas oscuras, la casi extinguida llama de la esperanza.

En el Museo de Bellas Artes de Montevideo se conserva un pequeño cuadro de Tassaert, verdadera joya del pintor romántico francés, que reproduce la escena en que el Vicario, rodeado de su familia, doctrina a los presos de la cárcel.

La prisión fué escuela de carácter para el Vicario y en ella su alma adquirió singular grandeza. Perdonó a quienes le habían engañado y hecho daño, aceptó serenamente todas las pruebas adversas, y aun le sobraron fuerzas para sostener el ánimo atribulado de su hijo amenazado por el patíbulo.

Con esto terminaron los sinsabores del Vicario, pues la Providencia creyó llegado el caso de hacer cesar sus tribulaciones y devolverle la paz, la alegría y la felicidad. Como por mágico encanto una serie de sucesos felices arrancaron al Doctor de la prisión, lo restituyeron al hogar, le devolvieron el honor, y con el honor, todos sus hijos, aun a los que daba ya por muertos. Y la fortuna fué esta vez tan pródiga que, si los virtuosos alcanzaron premio, los malvados fueron castigados. Súbitamente todas las aspiraciones y deseos de los Primrose se vieron cumplidos. Olivia y Sofía se unieron a los soñados esposos, Jorge se desposó con la hija del pastor Wilmot, Moisés con la menor de las Flamborough, y el Doctor recobró su perdida fortuna.

Reunidos todos los miembros de esta dichosa familia en la última página de la novela, después de la larga y desatada borrasca, forman el más tierno y hermoso interior que haya pintado la pluma de Goldsmith. «Finalizada la comida, supliqué retirasen la mesa, para, según mi antigua costumbre, tener de nuevo el placer de verme cercado de toda mi familia alrededor de una hermosa lumbre. En cada una de mis rodillas se sentó uno de mis chiquitos; los nuevos maridos al lado de sus esposas, y el resto se colocó según el gusto de cada cual. Nada me quedaba ya que hacer en este mundo; todas mis penas habían terminado, y mi placer era inexplicable. Sólo restaba ahora que mi gratitud a la Providencia en mi buena fortuna excediese a mi sumisión a sus decretos en la adversidad».

¡Qué hermoso cuadro de interior! No lo habría pintado mejor uno de los pequeños artistas de la intimidad holandesa, ni le habría impreso más vigorosa realidad Le Nain, el autor de la familia de aldeanos del Louvre. ¡Qué ciencia de composición, qué expresión en las figuras, qué dignidad en los gestos, qué energía de claroscuro, qué sobria distribución de las luces y de las sombras, qué espíritu de observación, qué prodigalidad de detalles dentro de la aparente síntesis! Nada falta allí; todo ha sido tratado con el mismo amor: la figura central del Vicario, con su severo chaquetón negro y sus puños de encaje, los preciosos nietecillos que juegan en sus rodillas, la señora Prim-

Digitized by Google

rose con sus mitones y su cofia blanca, las parejas sentadas dentro de la jerarquía puritana, el fuego de la chimenea, la pálida luz de la lámpara, el fondo *bistre* en el cual se adivinan los cuadros y el vasar con la vajilla reluciente. No parece sino que nos hallamos en el Museo de Brujas o de Amsterdam y que un ujier obsequioso nos ha facilitado la lupa para que observemos los minúsculos detalles de los encajes, de las armas, de las joyas que ostentan las figuras.

Aquí no hay encajes, ni armas, ni joyas, pero hay almas, hay caracteres, hay seres vivos. Esta familia ha existido y sigue existiendo en la pequeña burguesía rural de los condados de Inglaterra; este Doctor Primrose se ha perpetuado también en el tiempo, y con él, la ingenua esposa del epitafio whistoriano, y las románticas señoritas, y el cándido Moisés de la pluma blanca y los espejuelos verdes, y los honrados labradores, y los señores ociosos y libertinos, y los charlatanes de feria, y los pícaros de encrucijada. Existe todavía el delicioso paisaje rural, y la rústica aldea recostada sobre el pequeño río con su pequeña iglesia de intención ojival.

Claro que para saborear todas estas pequeñas golosinas literarias hay que ser inglés, o por lo menos haber penetrado el espíritu de aquel pueblo mediante el comercio intelectual con sus escritores y artistas, con su historia, sus costumbres, sus ideas, sus sentimientos, sus hábitos y preocupaciones. Tal vez sea necesario también predisponer el espíritu y colocarse en estado de gracia, a fin de comprender como cosas que a primera vista parecen pequeñas e insignificantes, tienen sin embargo un alto significado histórico, social y moral cuando se las examina con intensidad, sobre todo en su propio ambiente. En las novelas inglesas hay una enorme cantidad de detalles objetivos accesorios que solamente se penetran y alcanzan cuando se recorren sin rumbo los antiguos barrios de Londres. A cada paso saludamos en ellos una casa, un portal, un viejo reverbero, una ventana, una botica, una taberna, una *mistress* con su desmesurado sombrero y su paraguas, un *groser* con su delantal blanco y su nariz enrojecida por el frío que hemos visto ya en las páginas de «Oliverio Twist» o de «David Copperfield». Con el «Vicario» pasa lo mismo en el orden moral. Todos estos sermones, homilías, disputas, argumentos y ejemplos; todas estas inocentes bromas; todas estas escenas, cuadros, sucedidos y anécdotas; todos estos diálogos, conversaciones y relatos, así como este ambiente doméstico, y las ideas y sentimientos que en él flotan, y los gestos y actitudes de los personajes, se hallan también cuando se recorren los condados de Inglaterra y el viajero se detiene en las aldeas y en las pequeñas *farms* que bordean el camino.

«El Vicario de Wakefield» es un libro perenne; no pasará y con él permanecerá este buen Doctor Primrose, debajo de cuyo negro chaquetón presbiteriano se advierte la fuerza épica que lo anima. Es todo

Digitized by Google

un héroe este personaje. En él está como compendiada y humanizada la clase social a que perteneció.

Villemain dijo con mucha razón que «la novela moral y burguesa es, desde ciertos puntos de vista, el poema épico de las naciones modernas»; esta frase del gran profesor de la Sorbona parece que hubiese sido escrita para timbrar con ella la portada de la novela de Goldsmith.

RAUL MONTERO BUSTAMANTE.

Digitized by Google

CONCEPTOS ECONOMICOS

LAS ACTIVIDADES ECONOMICAS

Las actividades económicas se revelan, desde su aspecto práctico, desde su aspecto objetivo, en movimientos de superficie y en movimientos de fondo de la economía nacional.

Las actividades económicas se manifiestan a nuestra vista por movimientos versátiles animados de tendencias de sinuosa descripción; no de una manera tranquila, uniforme, en su curso sucesivo. Aparecen animadas de movimientos de acción, por fuerzas que las alientan y de reacción por resistencias que parecen oponerse a su desarrollo. Son visibles en el curso de la vida diaria, cuando se producen en la superficie de la economía nacional; por ello son fácilmente accesibles a un simple examen objetivo.

Debajo de la actividad de superficie se producen otros movimientos de acción y de reacción, con efectos más profundos sobre la masa económica, sin suprimir la movilidad de la superficie; por ejemplo: el avance o retroceso de las actividades características de los períodos de zafra o de la quietud invernal, en nuestro país.

Los movimientos de superficie y los movimientos estacionales no alteran por sí mismos el funcionamiento de la vida económica; tienen un carácter regular y permanente. Aparecen impulsados por fuerzas que empujan la actividad económica y aparecen detenidos por resistencias que se les oponen. Son una característica de las energías de la vida misma; son una revelación exterior de las actividades del ser económico viviente que se manifiesta por una actividad incesante, activa y repetida.

En el vaivén de la vida diaria se advierten fácilmente esas acciones y reacciones de la vida económica.

LAS FUERZAS QUE CONMUEVEN LA MASA ECONOMICA

Los movimientos profundos son los de mayor trascendencia para la economía nacional. Es ahí donde debemos investigar la razón de esas conmociones y de esos estados de prosperidad y de crisis que la historia ha descripto en el curso de los años, por períodos casi regulares, y por ello se dice que son movimientos «cíclicos».

Los movimientos de fondo son los que producen los enormes desplazamientos de la masa económica general. Son los que originan las

Digitized by Google

grandes conmociones económicas y económico-sociales. Son los que arrasan todo lo que encuentran a su paso y destruyen las fuerzas económicas activas y positivas y generan las crisis que son el azote de los pueblos.

Esos desplazamientos brutales y profundos, de trascendencia inusitada, son movidos por fuerzas colosales también, irresistibles, que no sólo arrastran la actividad económica en su razón material, sino que arrastran el alma de las poblaciones y las eleva al paroxismo o las sume en la más grande de las depresiones espirituales. Producen la descomposición de la economía nacional.

Esas fuerzas, que aparecen desplazando la economía nacional en su fondo, no se han creado en el momento en que ejercen su gravitación de fondo, en que el desplazamiento se produce, ni en el momento en que su actividad se desarrolla. Tienen diverso origen; nacen de varias fuentes, se preparan y presentan en distintas oportunidades.

Esas fuerzas, pequeñas muchas veces, se multiplican, se van sumando unas a otras y por un proceso de acumulación forman un caudal verdaderamente tenaz e irresistible. Parece que se organizaran como las concentraciones de los ejércitos que llaman a todos los destacamentos desde los confines del territorio, en una convergencia estratégica. Luego se descargan; se arrojan sobre las resistencias; vencen todos los obstáculos; rompen los diques; destruyen y arrasan.

Tienen un poder semejante al de las fuerzas siderales por la conjunción de centros de gravitación en el mismo meridiano que producen las grandes mareas, colosales movimientos de la masa líquida del mar, no las mareas regulares diarias, en una acción independiente al movimiento superficial, agitado y repetido de las olas.

Las economías de reacción, en su acción negativa ocasionan desequilibrios parciales muy pequeños en la economía nacional. Se van sumando entre sí y concitadas luego y en un momento dado, destruyen las resistencias y ocasionan las grandes crisis económicas, que son la destrucción de la vida económica, la obra de toda una generación, empeñada en la construcción de la actividad nacional y del progreso nacional.

Nosotros debemos investigar la razón de los movimientos de la masa económica; las acciones y reacciones que la han conmovido y conmueven; los efectos que producen; la manera y modalidades con que se descargan sobre la economía nacional; ponderar sus fuerzas y su trascendencia.

Es en el fondo de nuestro ser económico que debemos realizar esa investigación.

Las actividades de superficie no resuelven el problema fundamental de los estados económicos que caracterizan un estado de prosperidad o un estado de exaltación colectiva. Tampoco explican los estados de depresión y de crisis. La situación fundamental de las eco-

Digitized by Google

nomías se define por los movimientos y por la intensidad de las repercusiones que traducen en la economía nacional los movimientos de avance y de retroceso que afectan la masa económica general.

Interesa conocer también, las exageraciones de exaltación y de depresión que excitan y deprimen el cuerpo social, que perturban la función normal de las economías y que convulsionan y desequilibran la mentalidad de las poblaciones, dominadas por sugestiones colectivas, tan patológicas como el optimismo y el pesimismo.

Quizás, entonces, encontraremos elementos más ciertos y medios mejores de conocimiento y de previsión para corregir los males que traducen las grandes crisis económicas.

Las acciones y reacciones económicas observadas superficialmente sin mayor examen, parece que se mueven de una manera arbitraria, en un sentido o en otro, en una sucesión indefinida de movimientos de avance y de retroceso. Si las estudiamos con mayor atención y en el curso del tiempo, nos daremos cuenta de que esos movimientos de acción y de reacción tienen un punto de unión, de contacto y de diferencia, que señalan una evolución sucesiva en los mismos fenómenos, en los mismos hechos y hasta en las ideas y orientaciones; una evolución orgánica y una evolución mental; orgánica, en la estructura y en el mecanismo económico y financiero; mental, en las orientaciones y en las ideas.

LOS ESTADOS ECONOMICOS

Los estados económicos se definen y modulan en función de estos dos elementos esenciales que integran las economías. Primero, la estructura económica y financiera; segundo, el funcionamiento del mecanismo económico y financiero.

Estos elementos son esenciales en la vida económica. Uno, constituye el armazón de la economía, la estructura huesosa; el otro, el mecanismo, que da movimiento, aprovecha y utiliza las fuerzas de la estructura.

La estructura económica y el mecanismo económico se condicionan recíprocamente. Cualquier movimiento o cambio que se produzca en la estructura económica, traduce en movimiento o cambio en el mecanismo económico y viceversa.

La estructura económica nos revela cuáles son las características de un país desde el punto de vista económico, en su producción, consumo y ahorro. Estos tres elementos, producción, consumo y ahorro, son las bases de la estructura económica, son las bases esenciales de la economía.

Es frecuente error considerar que otros elementos que condicionan la estructura y el mecanismo de la vida económica, por ejemplo, el capital y todas sus formas, monedas, títulos, mobiliarios y valores

Digitized by Google

representativos, forman la base estructural fundamental de las economías. Son agentes de actividad, de una trascendencia hoy inusitada. La vida nacional depende en su mayor parte de los factores de actividad que promueve el dinero en todas sus formas, pero en el fondo, la estructura económica fundamental se define por las características de la producción, del consumo y del ahorro.

La estructura financiera, dentro del terreno económico, en lo económico-financiero, comprende todo lo que se relaciona con los capitales monetarios o en dinero, sus títulos representativos, la moneda, los valores fiduciarios, los valores mobiliarios y con los mercados del dinero.

El mecanismo económico y financiero es aquel en virtud del cual, se ponen en movimiento y se utilizan las fuerzas de la estructura económica, por medio de los organismos e instituciones que rigen y gobiernan las actividades. Por medio de los organismos y de las instituciones económicas se movilizan la producción, el consumo y el ahorro. Por medio del mecanismo económico-financiero se moviliza el dinero en todas sus formas, aspectos y modalidades. Comprende la economía monetaria, la circulación de valores y de capitales y los regímenes que los condiciona.

Los movimientos de acción y reacción económica de fondo deberán ser estudiados, pues, en función de la estructura y del mecanismo económicos.

Para poder aprovechar las lecciones que la historia nos ofrece, no debemos olvidar la posición en que se encuentra colocado un país dentro de la economía internacional. Existe entre todos los países una trabazón de relaciones muy estrecha de dependencia, de cooperación y de actividad, de las cuales es difícil si no imposible libertarnos. Esos países están viviendo etapas completamente distintas, desde el punto de vista de la evolución económica que están cumpliendo.

La ignorancia de este hecho ha conducido a errores muy graves.

Hemos tratado de asimilar o de adoptar fórmulas que están muy fuera de la estructura que corresponde a nuestra economía, en relación a la etapa que recorremos. Nuestra posición dentro de la economía internacional es la que corresponde a un país de economía rural y vivimos la vida económica internacional, en medio de países de economía superior o más avanzada, de economía capitalista o industrial, por ejemplo: Estados Unidos e Inglaterra.

Es interesante definir esas situaciones. Los movimientos económicos propios, la trascendencia de los movimientos de la economía internacional, la manera como expresan, producen y traducen sus efectos, dentro de una economía rural, son distintos de los de una economía superior, capitalista e industrial.

En algún momento tendríamos que preguntarnos si la estructura y el mecanismo económicos están de acuerdo o responden a las nece-

Digitized by Google

sidades de la época, a las exigencias y modalidades de la actividad económica, a los intereses superiores de la economía. Nos preguntaremos si las estructuras pueden responder a los intereses y a las necesidades económicas del momento y no a los intereses superiores de la economía, que pugnan por suprimir etapas en el camino del progreso nacional; si están de acuerdo, también, con la etapa económica que recorre el país. ¿La estructura económica ha quedado rezagada? ¿La estructura económica evoluciona en una orientación continua? ¿Nuestra producción ha quedado rezagada, dentro de un mundo que trata de «bastarse a sí mismo»? ¿Nosotros no debemos transformar con más velocidad, con más celeridad la economía rudimentaria que todavía explotamos, sobre todo en la ganadería y en la agricultura, hacia formas más adelantadas de explotación? Por último: ¿Es anticuado el mecanismo económico? ¿Es rudimentario o es demasiado avanzado para la época?

La historia económica de los últimos años está llena de fenómenos contradictorios y de anacronismos que sólo se explican con la contestación de las preguntas formuladas.

En casi todos los países de la América Latina quedó de relieve, cuando estalló la guerra europea, que el mecanismo económico estaba muy atrasado respecto de las exigencias de la vida moderna. El hecho brutal de la guerra originó consecuencias profundas en las economías nacionales. Produjo verdaderos conflictos económicos que cristalizaron en una crisis profundísima, que afectó a todas las poblaciones.

A raíz del estallido de la guerra europea, durante los primeros meses, se produjo un estado de aislamiento, en virtud del cual los países latino americanos tenían que vivir dentro de sí mismos, sin la cooperación de los países clientes, compradores y vendedores. Esta etapa transitoria ya había puesto de relieve que nuestro mecanismo económico era completamente rudimentario, completamente atrasado en sus funciones de producción y de consumo, sobre todo en la vida económico-financiera, que tenía relación con la organización bancaria y con el movimiento de los capitales.

Es entonces que lancé la idea de que era necesario reorganizar el mecanismo económico dentro de lo financiero, creando el Banco Central; definiendo con más precisión la función del billete bancario; la institución del redescuento como función bancaria; la reorganización del sistema de los Bancos dictándose un régimen de la banca privada; organizar todo el servicio de la función monetaria, de la función del crédito, de la función de la circulación y de los cambios, a base de una organización central mucho más avanzada de la que existía, a semejanza de las que funcionaban en los países más adelantados.

La estructura y el mecanismo económicos deben admitir una evolución; es necesario que la admitan, pero dentro de la adaptación

Digitized by Google

que requiere en nuestro medio la etapa que recorremos y las circunstancias que condicionan los sucesos.

La estructura económica y el mecanismo económico sufren, a través del tiempo, cambios o modificaciones, a veces de una manera rápida y en circunstancias muy próximas. Las modificaciones o cambios en la estructura económica, como en el mecanismo económico, se operan con relación a las circunstancias, al medio y a la época.

La adaptación de las estructuras y del mecanismo a las circunstancias, a la época, a las necesidades, a las influencias exteriores y, sobre todo, a cualquier movimiento fundamental de las economías, produce un cambio en la estructura o un cambio en el mecanismo, a veces también en ambos. Esos cambios acarrean un mal, por defecto de adaptación.

La adaptación no se realiza de inmediato; es una característica del medio económico, como del medio social; genera entorpecimientos y trabas en el funcionamiento regular de la vida económica y repercute en el fondo de la economía nacional. Es por eso que le asigno una importancia muy grande al estudio de los cambios de estructura y de los cambios del mecanismo, porque influyen, por regla general muy a fondo, en la masa de la economía nacional.

Un cambio en la estructura o en el mecanismo puede no afectar el fondo de la economía. La conjunción de esos cambios, que se influyen recíprocamente, y a la cual se agregan muchas veces los cambios de orientación (cambios mentales que dependen de la voluntad humana), constituyen tres factores que ocasionan movimientos profundísimos en la masa económica, que configuran las depresiones y que generan las crisis.

Las preferencias o desinterés en la demanda, generan los males de falta de adaptación inmediata a la nueva situación creada. Más tarde influirá en los cambios de estructura o del mecanismo.

Podría citar como caso de defecto de adaptación inmediata, el que se produjo en nuestro país cuando aparecieron en el escenario económico los frigoríficos y los mercados de ultramar solicitaban carne frigorificada.

Produjo efectos fundamentales, sensibles y destructores. La economía rural, preparada para la provisión de ganados para saladeros y para la elaboración del charque, con mercados en el Brasil y en Cuba, sufrió los efectos fundamentales y destructores del cambio en la demanda. El mecanismo movía una estructura económica construída a base de ganados inferiores, mal preparados, de calidad que no respondía a la superioridad de clase exigida por la industria frigorífica, por su sistema industrial y por su orden de explotación.

Tenía que producir el dislocamiento generado por los cambios en la demanda. Quedó casi suprimida la elaboración y el comercio de tasajo, de carne charque; los saladeros sufrieron las consecuencias

Digitized by Google

e inmediatamente se produjo la crisis de saladeros. Generó otra crisis peor aun; la de la adaptación de las explotaciones rurales para la producción de carnes superiores.

Mientras tanto el país tuvo que luchar con la falta de preparación en los ganados para surtir la demanda de un nuevo tipo de carnes exigido desde el exterior; las carnes frigorificadas.

Además del cambio de estructura se operó un cambio en el mecanismo económico. La corriente de negocios ya no se dirigía al Brasil y a Cuba; hubo que dirigirla a Europa; se produjo un desplazamiento en la función económico-financiera, sobre todo.

OCTAVIO MORATO.

Digitized by Google

CIFRA ESTETICA Y ESPIRITUAL DE JUAN PARRA DEL RIEGO (1)

A Blanca Luz Brum.
A Eduardo Parra del Riego.

Desde su llegada del Perú, allá por el año 1917, Juan Parra del Riego, se sintió íntimamente ligado al Uruguay, radicándose largo tiempo en Montevideo y participando de una manera activa en el movimiento intelectual y artístico del país. Parra traía consigo del Perú y de su breve estadía en la Argentina y Chile — como altas credenciales de su gran talento — varios poemas de corte moderno, nutridos de bellas imágenes y de expresiones audaces que revelaron de inmediato la fuerza y originalidad de su numen.

Notábanse en sus primeras producciones — fuerza es confesarlo — determinadas influencias, tales como las de Chocano en su mejor época y la de Walt Whitman, predominando la del primero. Pero estas influencias, aparecían tan fundidas a cualidades propias, que a la postre, era la suya una voz nueva dentro del cuadro lírico de la poesía americana.

(1) MANUEL DE CASTRO nació en Rosario el 26 de marzo de 1898. Estudió humanidades en el Seminario de Concepción (Chile) y en el Colegio de Córdoba, e interrumpió sus estudios para radicarse en Montevideo, donde se consagró al periodismo y al cultivo de las letras. Dió a luz «Las estancias espirituales», colección de poesías; «Historia de un pequeño funcionario» y «El Padre Samuel», novelas laureadas ambas por el Ministerio de Instrucción Pública, y «Lámpara» nueva colección de poesías también laureada. A la vez colaboró en diversos diarios y revistas de Montevideo y Buenos Aires. En la actualidad forma parte de la redacción de «El Pueblo» y tiene a su cargo en este diario el folletín de crítica literaria y artística. Escritor y poeta de su época, refleja en su prosa y en sus poesías la inquietud espiritual contemporánea. Sus novelas, aunque pintan ambientes, caracteres, costumbres y escenas actuales e interviene en ellas un psicólogo muy moderno, agudo en el análisis e intrépido en el comentario, están tocadas por su formación humanística y tienen a veces el sabor de las novelas ejemplares, y a ratos el de las novelas picarescas. El prosista aparece en ellas con su eficacia narrativa y descriptiva, su pristina pureza de emoción y su sentido muy personal del color. El psicólogo se encarga de trazar los caracteres, grabándolos al agua fuerte, determinando así un curioso contraste entre la fuerza de este humano dibujo y el suave y a veces untuoso acento de la prosa. Estas aptitudes reaparecen en el poeta, quien se evade a menudo de la vida para planear en el mundo de lo irreal, donde todo suele ser cosa de sensibilidad, de ensueño y de fantasmagoría. Contraste también entre la realidad de la novela y la quimera de la poesía. El ensayo que publicamos revela la aptitud crítica que completa la personalidad de este escritor.

Digitized by Google

Sus primeros poemas que dió a conocer, en lectura pública, en una memorable velada realizada en el Instituto Verdi, revelaron a un poeta de excepción, para quien el instrumento lírico no tenía secretos, tal era el dominio de las imágenes y el don verbal de que hacía gala en sus primeras composiciones, entre las que cabe destacar «El Elogio Lírico de la Pampa». Hay en todo el poema como un renovado deslumbramiento ante la majestad del vasto panorama que va desdoblándose, desde la ventanilla del tren, en oro y azul.

Cielo y trigo, trigo y cielo. Pero a veces en medio de este cromo fatigante, de esta visión obstinada de la pampa argentina con su mar de espigas fundiéndose en la lejanía del horizonte, el poeta sorprende, un rasgo suelto y vivo, una escena o una impresión óptica que resorta en seguida, destacándola de la uniformidad general del paisaje:

Me cantaba a los ojos, en la tarde, el paisaje:
una estancia, unos árboles, un paraje
de Corot con su lago... una égloga que pasa
(Ah! si uno se pudiera quedar en esa casa).

Más adelante, interpola una evocación del toro mítico, en versos que tienen la noble plasticidad de un friso.

Pampa, con Grecia y Roma...
Polvareda de carros y la augural paloma.
Pintado y fuerte toro
que a su tranquilo paso
como una lira helénica pone las astas de oro
sobre el suntuoso ocaso.

De esa misma época datan otras composiciones que ponen en evidencia la dualidad de su temperamento, pues al mismo tiempo que le atraían los temas de la vida moderna, una invencible tendencia del espíritu llevábalo hacia un tipo de poesía íntima, de hondo subjetivismo y una humanidad emocionante. Tal se desprende de una atenta lectura de sus poemas, «Despedida a Gabriela Mistral», «Carta Sentimental» y otras producciones que evidencian claramente la característica enunciada. Pero, en la totalidad de la obra de Parra, estas tendencias, al parecer opuestas, se resumen en una sola característica esencial: Juan Parra del Riego, fué un gran sentidor en el sentido Unamunesco de la palabra. Para él, todo era digno de exaltarse por medio del canto. La línea de su sensibilidad no se detuvo en un módulo de arte rígido y unilateral. Por el contrario, su temperamento expansivo y dinámico por un lado y lleno de íntimos recogimientos por otro, necesitaba de las amplias perspectivas de un arte libre, capaz de contener, en sus variadas formas, las solicitaciones de una inspiración siempre renovada.

La obra poética de Parra, recogida más tarde en un volumen, bajo el sugestivo título de «Himnos del Cielo y de los Ferrocarriles».

Digitized by Google

marca la trayectoria de un espíritu ávido de superación y cuya propia inquietud no entraña, como podría suponerse, períodos de búsqueda o de desconcierto, ya que nuestro poeta pisó siempre camino firme, sino que más bien definen las etapas de una vigorosa personalidad para llegar a la plenitud de su desarrollo.

«Himnos del Cielo y de los Ferrocarriles», constituye, junto con algunos poemas que andan desperdigados por distintas revistas, como la «Mujer Vegetal», «Polirritmo de Carmen Mendoza» y el de «Gradín» (jugador de football) y varias composiciones del pequeño volumen «Blanca Luz», lo mejor de la obra poética de Parra.

«Himnos del Cielo y de los Ferrocarriles», transparenta su credo estético y define sus modalidades más esenciales. En el amor al cielo — que en Parra era pasión violenta de vida, — revive el mito de Dionisos en su expresión de la profunda alegría y de la danza, se exalta la luz y la plenitud del ser; el amor se magnifica por la presencia en carne y alma de la mujer. Pero junto a estas exaltaciones del poder dionisíaco, surgen los trágicos desgarramientos de la conciencia; la duda lacerante de la existencia, «la pesadilla brutal de este dormir de llantos» que dijera el gran Darío; la tristeza y la desconformidad que son, en el lenguaje de los místicos, «la nostalgia del cielo». Para confrontar estas antinomias fundamentales en la trayectoria espiritual del poeta, basta parangonar el sentimiento inspirador que anima a «La Mujer Vegetal» con el que inspira a los 9 «Nocturnos».

LA MUJER VEGETAL

Fragmento

Guitarras bajo las higueras. ¡Trompos azules del día!
¡Aquí está la fresca amada vegetal!
¡La que vi y el alma mía
se me abrió como una fruta musical!
Ojos con pájaros, caderas de ágil tazón de soles
a carreras de naranjas, margaritas y manzanas
por mi carne la sentía atravesar.
La que vi y me dió el amor de las mañanas
y unas súbitas nostalgias misteriosas
de montar caballos blancos, trepar árboles, nadar;
madrugar todos los días,
e irme solo por los campos ¡verde andarín!, ¡loco andarín!
con mi campana de lejanías
y el pecho alegre como un clarín!

Ved, ahora, el cambio operado en el alma del poeta, puesto de manifiesto en uno de los «Nocturnos», donde exclama:

Heme aquí, por primera vez frente a mi destino
fantástico de pena y horror en el camino.
Triste de la alegría y triste del pensamiento.
Seguro de que todo se acaba a olvido lento.

Digitized by Google

Más adelante, en el «Nocturno» Nº 9, Parra nos da la cifra doliente de su alma atormentada.

Alma mía nocturna, firme y triste esmeralda
de una mano estridente de amor y de pelea,
guitarra vagabunda donde curvo mi espalda
para llorar donde nadie llorar me vea.

Alma mía nocturna, alma mía anhelante,
¡cuánto amor! ¡cuánta muerte! ¡cuánta sed! ¡cuánto grito!
en este enloquecido corazón trashumante
lleno de un solitario sufrimiento infinito.

Bajo la denominación de «Polirritmos», Parra del Riego quería agrupar una serie de poemas, siguiendo una misma línea lírica, por encima de la diversidad temática. Su muerte prematura le impidió realizar la totalidad de su pensamiento, pero en cambio han quedado, para honor de las letras americanas — acabados ejemplos de su labor en tal sentido. En los Polirritmos, como el término lo indica, nuestro poeta, definió su concepto acerca de la forma y aclaró su actitud respecto al tan zarandeado tema del verso libre.

El no hizo prosa alineada caprichosamente, sin ley melódica, ni ritmo que justifique y sirva de diferenciación entre el verso y la prosa. Dueño de un perfecto don musical, creó sonoridades imprevistas y ritmos nuevos, aun valiéndose de las preceptivas tradicionales. Pero su honradez literaria y su seriedad artística, a pesar de la cualidad anteriormente indicada, le impidieron caer en un alarde de vano virtuosismo y mantuvo siempre un perfecto equilibrio entre el contenido espiritual de sus poemas y la estructura orgánica de los mismos. Ni siquiera desdeñó el uso de la consonante que utiliza con frecuencia, aunque no de manera sistemática, logrando imprimir un ritmo cambiante a sus versos y apoyando ciertas estrofas con una entonación aguda, de noble sonoridad.

En el «Polirritmo de Carmen Mendoza», una de las últimas producciones del poeta, aparecida en «La Cruz del Sur», se ponen en evidencia las cualidades a que me acabo de referir.

POLIRRITMO DE CARMEN MENDOZA
Fragmento

Estallaron los platillos... palpitaron los tambores
y ella brotó de repente
con su mantilla andaluza, acribillada de flores!
¡Capas nocturnas, gitanos, guitarras hondas, toreros!
Carmen Mendoza que canta
que crispa en locos deseos
y siembra la fiesta trágica de sus tacos tamboreros,
y ama, vibra, gime, incendia, envuelve, espanta,
parte, torna, se hunde en lunas...
Campanario enloquecido del dolor y la alegría
que recoge no se qué palomas vivas.

Digitized by Google

Y gira atrás... se adelanta... Rueda en súbitos jardines
y se duerme en las caderas rotativas,
soltándole a Dios la tira de seda de su Canción:
Largo líquido caliente
que entra en la carne y el alma
o hipnotiza con un ojo lento y fijo de serpiente
al pájaro solitario que vuela en el corazón.

Y otra vez la voz lasciva
de terca y ancha caricia.
La voz nocturna, rampante
de terciopelos profundos y espadas lentas y tristes...
Carmen Mendoza ambulante
¿qué te dijeron? ¿Qué viste?

Y otra vez el fulminante trabajo de los tornillos
eléctrico de los tacos,
martillos de amor, martillos
dulces, salvajes, sufrientes
o canallescos y opacos
y el correr como robándose en los senos
con las manos diminutas
una canasta de frutas.

Carmen Mendoza que cantas
Carmen Mendoza que vuelas:
¡Zapatéame en el alma la alegría de tus plantas
y rompe allí tus castañuelas!

Carmen Mendoza que has puesto mi sangre en marcha y en guerra
cuerpo de soles y luchas
palomar!
Dios te dé toda la tierra
para bailar y cantar,
y más jotas,
y más versos,
para cruzar con la música de tu bolero español
por estas ciudades sordas de hombres duros y perversos
que necesitan tu sol.
Llévate alegre, mi canto...
¡Volatín de fuerza y vida!... ¡volatín de fuerza y llanto!
Todo se va en tu cometa
Todo salta en tu explosión.
Todo sabe que te prendo detrás de la alta peineta
como la flor más sangrienta del mundo: mi corazón!

Parra del Riego, en sus Polirritmos inspirados en la vida moderna, muchos de los cuales integran «Himnos del Cielo y de los Ferrocarriles» y otros que no han sido compilados aún, continúa en cierto modo la línea espiritual que iniciaron Verhaeren, Walt Whitman y Marinetti.

Verhaeren, aun apegado por su sensibilidad y manera expresiva al simbolismo finisecular, fué el primero en cantar a las ciudades ten-

Digitized by Google

taculares, al trabajo y al movimiento, creando poemas henchidos de modernas sugestiones, donde laten las oscuras fuerzas creadoras y se alzan, como símbolos de la época, las altas chimeneas de las fábricas.

Walt Whitman, el poeta energético por excelencia, eleva su canto de inflamado acento y suplanta definitivamente los viejos temas de la poesía romántica y decadente, trasmuta el credo estético y afirma la novedad de una poesía libérrima, sustantiva, sin limitaciones formales y que corre impetuosa como las cataratas del Niágara. El canta resueltamente a la locomotora, de potente y perfecta belleza — emblema del mundo moderno — a la vía pública, con sus factorías y bazares y a la multitud hormigueante. Todo lo que represente dinamismo, vida, movimiento, encuentra resonancia en su «noble testa de viejo emperador», según la expresión del célebre soneto de Rubén Darío. Cantó la vida de los héroes y de los capitanes de navío; exaltó las alternativas heroicas de la guerra civil y de la Independencia y su corazón ciudadano supo conmoverse ante el humilde obrero afilador que hace relucir diminutas estrellas de las chispas que emergen de la rueda. Compuso himnos, henchidos de fuerza en honor de los valientes pioners, cantó al cuerpo eléctrico y entonó loas a la civilidad del Presidente Lincoln. Tiene extrañas similitudes con Nietzche y ambos coinciden con la idea esotérica del retorno que el filósofo de Gaya Ciencia formula en el «Canto de los Siete Sellos de Zaratrusta» y Walt Whitman en el último poema de su libro donde expresa: «Acordaos de mis palabras: pudiera ser que yo tornara de nuevo».

Marinetti, reniega del claro de luna (como Walt Whitman desliza su desprecio «por la tontería de los pianos») y se lanza a combatir los últimos baluartes del arte romántico, bien que en el fondo, él también es un romántico, aunque con otro cultivo.

¿Quién que és, no es romántico?

Afirma el gran Darío.

En vez de la plácida góndola, el veloz automóvil y en lugar del canal de ensueño, de dormidas aguas, el garage poliédrico. Suya es la frase famosa: «Vale más un automóvil de carrera que la Victoria de Samotracia.»

Para afirmar un necesario movimiento de reacción contra la sensibilidad un tanto enfermiza de fin de siglo, Marinetti se vió obligado a usar de antítesis violentas y fundamentó sus convicciones estéticas con la palabra y con la acción. Su obra ha sufrido la necesaria depuración que deparan los nuevos ciclos literarios. Quedan en pie, sus célebres manifiestos, modelos de prosa moderna, viboreante y audaz, habiéndose dado al olvido sus versos futuristas, con sus aliteraciones del lenguaje, sus onomatopeyas y toda la pirotecnia verbal de que

Digitized by Google

hizo gala en sus poemas. En síntesis, Marinetti con su espíritu revolucionario, preparó en gran parte, el advenimiento de una nueva etapa literaria, derrumbando muchos conceptos anacrónicos y prejuicios estéticos.

Juan Parra del Riego, entronca por la modernidad de cierto género de poesía que cultivara, con estos precursores de un movimiento literario que se ha afianzado definitivamente, determinando una nueva corriente espiritual que se aparta por sus características esenciales, del período romántico y decadente, creando al mismo tiempo una línea de sensibilidad que permite captar las innúmeras bellezas que florecen al amparo de la vida moderna.

Si el gran Baudelaire, reflejando la atmósfera espiritual del período romántico, pudo decir, en magnífico verso: *detesto el movimiento que rompe la armonía* y considerar al Progreso, como un «éxtasis de papamoscas», Walt Whitman encontró un motivo de perfecta belleza en la locomotora, viendo a la inversa del poeta de las «Flores del Mal», la armonía en el movimiento.

«Locomotora. Tu serás el motivo de mi canto. Tal como te veo, con tus bielas paralelas, tus arcos relucientes y la luz que refulge sobre tu negro frontal. Tus penetrantes silbidos, los devuelven las praderas y los bosques hacia los cielos desenfrenados y fuertes.»

Tal la voz nueva, que ha encontrado eco, en el alma de Juan Parra del Riego. El también sintió las solicitaciones de un arte hecho de virilidad y de fuerza, aunque en el fondo de su espíritu, quedó siempre un sedimento romántico invencible, que divide su obra en dos polos de sensibilidad. Esta bifurcación de modalidades, acaso sea el fruto de esa incesante búsqueda de sí mismo, a la que están sujetos los poetas de real conciencia artística y no entraña un defecto, ya que la calidad de su producción, en uno u otro sentido, reflejan estados de espíritu encontrados y siempre sinceros. Es siempre el mismo poeta, ya se desvanezca en el suspiro de seda de una canción o clame con jubiloso desenfado:

Mi revólver tiene doce tiros
y mi motocicleta es alegre como el sol!

El autor de «Himnos del Cielo y de los Ferrocarriles», vió con certero instinto poético, la posibilidad de ensanchar el panorama de la lírica moderna, derivándola hacia nuevas sugestiones de belleza que permanecían aún inéditas, para el común de los poetas. En su «Polirritmo Dinámico a Gradín» (Jugador de Football), que ha popularizado Berta Singerman, dió un perfecto ejemplo de la calidad de su lirismo. En este poema, pueden admirarse, en feliz aleación, las virtudes primordiales de Parra del Riego: la bizarría de sus imágenes y el ritmo flexible de su verso:

Digitized by Google

¡Palomares! ¡Palomares!
De los cálidos aplausos populares.
Yo oí tu nombre en boca de tres mujeres
de tres mujeres de esas
que tienen las caderas como altares.

Lo mismo puede decirse del «Polirritmo del Motor Maravilloso», de inspiración más profunda y humana puesto que este poema establece relaciones espirituales, entre los impulsos que mueven al motor y las voliciones anímicas del alma.

POLIRRITMO DEL MOTOR MARAVILLOSO

Fragmento

Yo que canté un día
la belleza violenta y la alegría
de las locomotoras y de los aereoplanos,
qué serpentina loca le lanzaré hoy al mundo
para cantar tu arcano,
tus vivos cilindros sonámbulos, tu fuego profundo
Oh tú, el motor oculto de mi alma y de mis manos.

Y qué electricidades
se me van por los alambres calientes de los nervios
hasta el cerebro, caja de las velocidades
azules y negras y rojas de todos los sueños!

Zumba la turbina sutil de hondos dolores
y saltan imágenes
y hacia donde ya no alcanza el ojo triste
con sus sedientas ruedas de colores
corre el tren de las imágenes.

Hondo motor que haces mi cólera y mi llanto,
mi callada pasión y mi fuerza y mi canto,
más ligero,
más ligero,
con la carga de esperanza que es mi única conquista:
tú la máquina del único sendero, sin sendero,
yo, tu alado y sangriento maquinista!

Este poema define, mejor que una larga exégesis, la calidad del modernismo de Parra. Puede observarse, a través de su cálido acento y de su inflamada pasión, como no basta — como algunos poetas creen — buscar un tema de la vida moderna, tales como el vapor, la locomotora y el aeroplano — para producirnos el efecto sensible de una voz nueva. Se hace necesario trasmutar la objetividad, para convertirla en símbolo de pasión y de vida. De otro modo, sólo se hacen poemas enumerativos, de inventario. Sobre este género de poesía, el crítico peruano César Vallejo, apunta una serie de consideraciones que resulta oportuno reproducir en este trabajo sobre el autor de «Himnos del Cielo y de los Ferrocarriles».

Digitized by Google

POESIA NUEVA

«Poesía nueva ha dado en llamarse a los versos, cuyo léxico está formado de las palabras cinema, motor, caballos de fuerza, radio, jazz band, avión, telegrafía sin hilos, y en general de todas las voces de la ciencia e industrias contemporáneas, no importa que el léxico corresponda o no a una sensibilidad nueva. Lo importante son las palabras.

«Pero no hay que olvidar que esta no es poesía nueva, ni antigua ni nada. Los materiales artísticos que ofrece la vida moderna, han de ser asimilados por el espíritu y convertidos en sensibilidad. El telégrafo sin hilos, por ejemplo, está destinado más que a hacernos decir «telégrafos sin hilos» a despertar nuevos temples nerviosos, profundas perspicacias sentimentales, amplificando videncias y comprensiones y densificando el amor; la inquietud entonces crece y se exaspera y el soplo de la vida, se aviva. Esta es la cultura verdadera que da el progreso; éste es su único sentido estético y no el de llenarnos la boca con palabras flamantes. Muchas veces un poema no dice «cinema» poseyendo no obstante, la emoción cinemática, de manera oscura y tácita, pero efectiva y humana. Tal es la verdadera poesía nueva.

«En otras ocasiones el poeta apenas alcanza a cambiar hábilmente los nuevos materiales artísticos y logra así una imagen, un «rapport» más o menos hermoso y perfecto. En este caso, ya no se trata de una poesía nueva a base de palabras nuevas como en el caso anterior, sino de una poesía nueva a base de metáforas nuevas. Mas también en este caso hay error. En la poesía verdaderamente nueva pueden faltar imágenes o «rapport» nuevos — función esta de ingenio y no de genio — pero el creador goza o padece allí una vida en que las nuevas relaciones y ritmo de las cosas se han hecho sangre, cédula, algo en fin, que ha incorporado vitalmente a la sensibilidad.

«La poesía nueva a base de palabras o de metáforas nuevas se distingue por su pedantería de novedad, y, en consecuencia, por su complicación y barroquismo. La poesía nueva, es, al contrario, simple y humana y a primera vista se la tomaría por antigua o no atrae sobre si es o no moderna.»

Estas definiciones de César Vallejo, determinan exactamente las calidades del modernismo de buena ley. Por su parte, el reputado crítico Alberto Zum Felde, en su notable estudio sobre «Estética del Novecientos», expresa sobre la sensibilidad moderna:

«El maquinismo actual ha dotado al hombre de verdaderos nuevos órganos artificiales, identificados con su sensibilidad, que han modificado, en gran manera, su mundo perceptorio. No ya la realidad determinada por los valores — no ya el mundo de los valores — es

Digitized by Google

lo que se ha modificado, sino la percepción sensorial misma, los datos de los sentidos.

«En suma, la conciencia actual, en virtud de las nuevos órganos mecánicos de que dispone es como un «sistema en movimiento» de coordenadas distintas al sistema de la conciencia anterior, carente de aquellos órganos.»

Bien es sabido que todas las tendencias literarias o artísticas encarnan principios estéticos virtualmente verdaderos, que llegan a su perfecta realización en los grandes creadores. Sólo que la imitación convierte en letra muerta, lo que es espíritu vivificante. Pero estando sobre aviso, el lector inteligente no se deja sorprender por meros alardes de originalidad y hasta puede llegar a desarrollar una especie de instinto para rechazar, de primera intención, los elementos falsificados de la llamada poesía moderna.

El futurismo, el creacionismo, el ultraísmo, el unanimismo, han servido para destacar a algunas individualidades auténticas, quedando en el anonimato las figuras secundarias, los simples imitadores.

Además, muchas de estas tendencias, interesantísimas de por sí, tienen su iniciación en el espíritu filosófico que predomina en determinados ciclos de la cultura y son al decir del agudo crítico Eduardo Dieste: «como fases de un gran proceso literario, cuya evolución definitiva no puede precisarse todavía, aun cuando sean evidentes los efectos de renovación que se manifiestan en los diversos sectores del arte».

Poeta por antonomasia, Parra del Riego, sintió como los verdaderos creadores una pasión cardinal, a la que convergían todas las voliciones de su espíritu. Esta pasión era la poesía. Su misma vida ambulatoria — Lima, Buenos Aires, Southampton, París, Río Janeiro, Tucumán, etc. — fué sólo un pretexto para trasuntar la emoción de los puertos y de las estaciones de ferrocarril, el sentimiento liberador del mar, el amor de las ciudades, la alegría de los marineros y la nostalgia de los grandes cielos pensativos. Sí, Parra amó todo esto, con pasión casi salvaje, que le hizo exclamar en uno de sus más celebrados poemas:

> Yo soy el que puede, de repente
> tirarlo todo atrás; libros, familia, amor, casa y amigos,
> sólo por el placer viril,
> de ensayar mi corazón
> en otros días solos y dramáticos.

Este vehemente deseo de sacrificarlo todo en aras de emociones inéditas, ese anhelo íntimo de liberarse — como en una iniciación mística — aun de aquellos sentimientos que parecen constituir el fundamento virtual de la existencia, dan la clave del trágico poder de ensoñación que se albergaba en el alma de este poeta, tan amador

Digitized by Google

del mundo de los colores y las formas y tan imbuído al mismo tiempo del sentimiento de su propia soledad, que le hacía buscar renovados horizontes, para satisfacer un afán nunca colmado de sensaciones. ¿O es que acaso quería huir de sí mismo y se imponía el suplicio tantálico de encontrar en la apariencia mudable de las cosas, un asidero para las oscuras tormentas de su espíritu? Las complejidades del alma humana son abismáticas y en cuanto a la de los poetas, sólo nos es dado captarlas, valiéndonos de sus propias confesiones. La obra de Parra, nos da, con marcada insistencia un desgarramiento interior, en el que se mezcla la desesperación por alcanzar un ideal de plenitud espiritual, de fuerza y de luz, que le niega su propio mal solitario, al que hay frecuentes alusiones en sus versos.

No era tampoco Juan Parra del Riego, como pudiera creerse por el verso transcripto anteriormente, ajeno a las solicitaciones de la ternura. No. Los poemas son perfectos estados de espíritu y no debe extrañarnos que quien se siente, en un momento de heroísmo solitario, capaz de «tirarlo todo atrás» en un gesto libérrimo, guste cantar, con tiernos acentos y encantadora sencillez a la madre lejana.

Cabeza cana que nunca olvido
luna dormida de mi corazón.

Con alas de oro, de plata y música
me fuí a la vida...

Y tiene también para el amigo, palabras exaltadas, vibrantes de emoción y sinceridad:

Por la senda noble y clara
yo lo hallé,
suave el alma, duro el paso
y cuando más caído y negro me encontré,
más celeste fué ese brazo que apreté!

Y también sabe volcar todo su corazón, en un intenso poema, para despedir al compañero de hospital, que una noche murió a su lado.

CANCION DESOLADA POR UN MUERTO

Solo, olvidado, se quedó muerto
junto a mi cama del hospital;
nariz de hielo, párpado abierto,
solo, olvidado, se quedó muerto
junto a mi cama del hospital.

Diez y nueve años sólo tenía
la tisis trágica se lo llevó.
Luna y acero su alma... ¡Alegría!
diez y nueve años sólo tenía
la tisis trágica se lo llevó.

Digitized by Google

Su novia joven se irá a la vida
con otro novio de voz azul.
Sólo se muere lo que se olvida ...
Su novia joven se irá a la vida
con otro novio de voz azul.

Abrió la noche pura, estrellada,
se colgó lágrima por el cristal.
Cabeza muerta sobre la almohada;
abrió. la noche, pura. estrellada,
se colgó lágrima por el cristal.

Le puse un ramo azul de violetas
porque era fino mi corazón.
La muerte hacía sus morisquetas.
Le puse un ramo azul de violetas,
porque era fino mi corazón.

Murió a mi lado ¡hermano mío!
hermano mío! ¡desolación!
Todos marchando rumbo al vacío.
Murió a mi lado ¡hermano mío!
hermano mío! ¡desolación!

Triste la vida, triste la muerte.
¿A dónde el grito se ha de llevar?
Para el más puro, para el más fuerte
triste la vida, triste la muerte.
¿A dónde el grito se ha de llevar?

La frivolidad en materia de poesía, cuando no se la cultiva sistemáticamente, convirtiéndose en espejo de la pequeñez de corazón, es un verdadero descanso para el espíritu trabajado que gusta, de cuando en cuando, jugar con las palabras con la misma complacencia y desaprensión con que lo hace un niño con los juguetes. Por descontado está que se trata de jugar con gracia y arte, lejos de todo fácil devaneo verbal.

Las palabras, en sí consideradas, tienen poderes mágicos y así como unas sirven para transportarnos a las más altas regiones del espíritu, otras son aptas, por su sustancia evocadora, para asociarnos simples esparcimientos, inocentes recreaciones de las almas.

Ya lo dijo el gran Kaalil Gibran: «En el rocío de las pequeñas cosas, el corazón encuentra su mañana y se refresca».

Darse al goce fugitivo, a la alegría del instante, con ánimo jovial y hasta con humorismo, facilita las voliciones del espíritu. No por estar siempre tenso el arco del pensamiento, sus flechas serán más certeras. Es necesario el remanso. Cierta delectación en la periferia de las cosas, acaso nos ayude a penetrar su propia esencia.

Digitized by Google

El alma de los poetas no debe darse a una misma línea de sensibilidad, con desmedro de otras. Todas las solicitaciones del camino deben repercutir en su mundo interior.

Parra del Riego, así pareció comprenderlo y a través de la totalidad de su obra — hecha de firmes pilares líricos — resplandecen como arabescos complementarios, aquí una nota de fresco humorismo, allá un canto frágil y evanecente como la espuma.

Veamos su «Mañana humorista»:

MAÑANA HUMORISTA

¡Buenos días, Pierrot!
Le dije al blanco sol de esta mañana
que, súbito, rodó
en volatín de luz por mi ventana.
Buenos días Pierrot!
Pierrot de la empolvada morisqueta
¡bravo! por tu lucida voltereta!
Pero él, muerto de risa, se burló:
tú que duermes... tú no eres el poeta
el poeta soy yo!

Ya no más la pereza
del sueño de oro hasta las diez del día.
Yo no debo dejar que haya tristeza
en mis veintidós años, todavía!
Sí, Pierrot, gentilísimo gandul
que de madrugador salto mortal
rompes el aro de papel azul
del cielo de cristal.

También en el «Nocturno» Nº 7, Parra expresa su amor por los goces tangibles y un anhelo de trotamundos, traducido en un lenguaje desenfadado a fuer de espontáneo. Termina el poema con una nota de fina sentimentalidad:

Yo amo las rosas y el vino, la carne, ¡amigo! la fuente
de luz para Omar Kayam y el arpa de Salomón.
Andarín de unas sonrisas, locamente, finamente
junto a sus hombros de luna, yo perdí mi corazón.

Yo sueño otra cosa loca, mas viril, fresca, humorista...
irme a correr una vida de platillos y tambores
de zapateador, acróbata o de pintor futurista
que hace huir a los imbéciles con sus cubos de colores.

— Yo lo digo: nada es cierto. Es solitaria la vida
del hombre. El frío nos viene de la máscara de Dios.

Digitized by Google

—Yo soy ése de la loca calle de los marineros.
Mi amada es Rosa o María. Tengo un amigo ladrón.
Yo le sueno en mis bolsillos a la muerte los luceros
que vi en la noche del trópico en una navegación.

Cada copa es en la mesa una fresca danzarina
de seda sentimental.
Y las horas van pasando, como pasa la neblina
humedeciendo con lágrimas la ternura del cristal.

Aquél que joven aun, abandonó el regazo maternal, impulsado por la sed de los viajes y dió en hacer de trotamundos, no del todo llena la mochila y bajo el brazo la Biblia y los poemas de Walt Whitman; que sufrió la soledad de sí mismo que es la peor de las soledades y sintió en su pecho ardiente el aguijón del infinito en las noches estrelladas. Aquél que se colocaba ante las cosas con el corazón virginal y la mirada inocente de un niño y a quien prematuros sufrimientos, tornaron la sonrisa preclara en rictus de amargura, no podía permanecer ajeno a las solicitaciones del amor.

Sí, Parra sintió el amor en su forma total, fervorosa y única. Y así nos dice con ternura conmovedora:

¡Oh vivir juntos!
Llorar unidos la misma lágrima y ver unidos la misma estrella.

En la «Mujer Vegetal», algunos de cuyos versos reproducimos con anterioridad, exalta la pasión hacia la mujer, de amor natural, claro, indistinto — «sabor a arcanas verdades fuertes de aires y soles» — en contraposición con la de los amores de seda y de luna, según expresa en el mismo poema. Sin embargo en estas figuraciones ideales, aparecen mezclados con sustancia real, como todo lo que emana de los verdaderos poetas, el corazón de Juan Parra del Riego. Sufre porque ama y ama porque sufre. ¿Cómo hacer un arquetipo de la mujer amada? También le atraen las lágrimas solitarias y los silencios y la visión fresca de la «Mujer Vegetal», cede lugar a otras personificaciones, en las que encarna nuevas formas de la pasión. En el «Nocturno» Nº 9 nos dice:

Me la llevé corriendo por el más hondo lado
de la noche y las rosas del jardín empapado
de latidos y lágrimas... Las heladas vihuelas
de la luna, las locas y tristes castañuelas
de las estrellas, mi alma que se enredó en su mano.
Lo oscuro, lo fantástico, lo inmenso, lo lejano;
los que allá se quedaron con su dicha y su fiesta
todo nos dió el misterio de la otra vida y de ésta.

Digitized by Google

Y empolvada de risas, ágil como un payaso,
hasta el banco más solo me la llevé en mi brazo,
me la llevé corriendo hasta que al fin caímos,
caímos como locos, rompiéndonos racimos
de besos, hiedras ciegas de besos. ¡Oh millones
de besos con su ruido caliente de gorriones!

Una vertiginosa angustia deliciosa
daba esta solitaria comida milagrosa
de mi boca en su boca, en su cuello, en su espalda;
volcó su vino azul mi cabeza en su falda
y todo se lo dije: mi alma está triste y loca,
sólo tengo en la vida tu silencio y tu boca.
Lleno de odio y de muerte, de amor y de alegría
Anduve... anduve... anduve... ésa es la historia mía!

Y me envolvió en sus hombros desnudos, en su olor,
sus sortijas, sus lágrimas, sus sedas, su temblor,
y a nuestro lado ¡oh puro y divino amuleto!
todas las margaritas se hablaron en secreto.

Pero todos estos sentimientos encontrados, esas sensaciones multiformes que hieren su corazón, — ¡tan puesto a prueba por el destino! — debían cuajar luego en un pequeño libro de conmovedora ternura, fresco como un amanecer y límpido como el cristal. Moderno por la audacia de sus imágenes y por el desplazamiento decorativo que le sirve de fondo — puertos que roban las miradas, luces de escaparates, luna sobre las grúas sonámbulas y avenidas — «Blanca Luz» — que tal es el título de la última obra de Parra, es el canto de amor del poeta, llegado a su madurez de hombre.

Este libro tiene, por su misma frescura y el sentimiento que lo informa, algo de despedida. El poeta no quiso desaparecer sino con un himno jubiloso en los labios y este himno está compuesto con el fervor de la luz, y los sueños ligeros del Amor.

También encontró nuestro poeta un rico venero de poesía en el mundo funambulesco del que parecía conocer sus más recónditos secretos. Alegrías dislocadas, muecas de hastío, sorda angustia de los payasos y volatineros, condenados a arrancar la risa fácil y fresca de los seres inocentes, encontraron resonancia en su corazón, volcándola en versos de indiscutida originalidad.

Nadie como él era capaz de captar la burla dolorosa, el gesto agrio, que se esconde en cada pirueta del clown y la tristeza lívida que sucede a las falsas alegrías de la farándula.

Valle Inclán, en «La Pipa de Kiff», nos da también aunque con un sentido humorístico y pictórico, un reflejo de ese extraño mundo interpolado entre la realidad y la ilusión, mundo de suyo subyugante para la fantasía de un artista bien dotado.

Pero Parra del Riego, lo enfoca casi siempre con un sentido de honda dramaticidad, bajo una cruda luz humana que hace resaltar

Digitized by Google

más aun, la amargura del llanto empolvado, y hasta la propia Muerte, le asocia la imagen de algo que hace morisquetas desde la sombra inviolable. Las alusiones a las fantasías funambulescas, a través de su obra, son innumerables y reproduzco al azar, algunas de ellas.

> Y hasta algún sapo lírico que llega a nuestro lado
> tirando sus volteretas
> de payaso de la luz, cubista acróbata matinal.
>
> Yo he visto hogares desechos
> y a payasos de colores que a la luna de los techos
> daban un brinco estelar.
>
> *(Zura y Zurita).*

> Volatín de fuerza y vida, volatín de fuerza y llanto,
> *(Carmen Mendoza).*

Hay un ensayo feliz en «La Serenata Funambulesca» — para dar un valor cardinal a las palabras — a la manera surealista — despose-yéndolas de todo nexo del pensamiento, es decir que se valoran en el plano lírico, solamente por el poder sustancial de evocación. Son simples asociaciones llamadas a despertar en el fondo de la memoria subconsciente, imágenes aisladas, sentimientos dormidos y visiones evanecentes. Dentro de tal modalidad «La Serenata Funambulesca» es un perfecto modelo, por las variadas sugestiones, alegres, melancólicas y hasta trágicas, que hieren nuestra sensibilidad.

Es de hacerse notar que en toda la obra de Juan Parra del Riego hay, desparramados aquí y allá, destellos de este tipo de poesía al que se sentía naturalmente inclinado, no por afán emulador, sino obedeciendo al imperativo de su temperamento hecho a las más arriesgadas fantasías. Pero en la «Serenata Funambulesca» se da enteramente al poder creador, o mejor diríamos recreador, por cuanto la realidad se trasmuta allí en plano artístico, pero no a la manera clásica sino según la definición de André Breton por medio del automatismo psíquico puro, en virtud del cual se expresa el funcionamiento real del pensamiento, con ausencia de todo control ejercido por la razón. Puede decirse en manera general que el superrealismo reposa sobre la creencia en la realidad superior de ciertas formas de asociaciones desdeñadas hasta le fecha, en la omnipotencia del sueño y en el juego desinteresado del pensamiento.

El peligro reside, claro está, en esa misma libertad de la imaginación, en ese desprendimiento absoluto de todo lastre preceptivo, de toda norma tradicional en la expresión del pensamiento creador. Sólo un poeta auténtico y de la calidad espiritual de Juan Parra del Riego, puede darnos la cifra de este arte vibrante y estremecido y es de hacer notar que la «Sonata Funambulesca», leída en Madrid en rueda literaria por el escritor José María Podestá, causó verdadero revuelo, ya que había creado una obra maestra dentro de la modalidad super-

Digitized by Google

realista, de la que existían más teorizantes que acabados realizadores, como sucede con frecuencia con las escuelas llamadas de vanguardia.

CANCION FUNAMBULESCA

Acróbatas, bailarines y palomas.
Encaje azul de la luna suspendido en la guitarra.
Angeles curiosos junto al piano de ella.
Sobre la mesa, solo, el abanico tierno.
Serpentina, columpio, trampolín, cometa.
Flor del mar, nubes felices, marineros.
Puerto de joyas, de lágrimas, de locos y buques muertos.
Acordeón... trenzas azules... pipa lenta.
Polichinela, gaviota,
copa perdida... regreso.
Corazón
pájaro ciego.
Auxilio en el mar... emotisis... se lo llevaron
se lo llevaron...
Noche de luna... Isabel... platillo... rosa.... suspiro.
Las regatas de colores de su rosa en el jardín...
Arabe... tambor... puñalada... potro nocturno... sirena.
Luna de tapias... un puente.
Llegaron los carabineros
cuelga el ahorcado de un árbol
pasó el farol de las brujas.
Entre un zapato de seda le di una rosa amarilla.
Amaneció el piano abierto...
A las tres de la mañana mueren todos los enfermos...
Madre... no viene... no viene...
En el cuarto solo el espejo lleno de dramas fijos.
Lucerías de la fiesta.
El sermón del violoncelo a los escépticos...
Palidez.
Espanto
Jota
Pantomima, frac... angustia.
Calavera del payaso,
abanico
volatín
canción
olvido
lucero azul de la aurora
y en la mesa solitaria del que dió su corazón,
un revólver y una rosa que ella nunca me dejó!

Juan Parra del Riego estará siempre con nosotros en presencia de espíritu. El incansable trotamundos que había en él acaso sólo buscase un signo astral bajo el cual debía permanecer para dar la obra soñada y luego morir. ¿Y quién nos asegura que esta vida no sea sólo pretexto para la otra, la real y verdadera? Parra encontró su signo en estas latitudes que no es otro que aquél que definiera en magnífica imagen: el aeroplano de la Cruz del Sur.

MANUEL DE CASTRO.

Digitized by Google

PAGINAS DESCONOCIDAS

PROGRAMA DE LOGICA (1)

¿Qué es Lógica y sus diferentes especies?

Las operaciones del entendimiento y de la voluntad, no son más que consecuencias y modificaciones del sentimiento.

Como la lógica artificial es la que establece las reglas de un buen discurso, contraeremos el estudio, y el examen del presente año al conocimiento analítico y sintético de estas reglas del arte.

Empezaremos por la primera de las operaciones del entendimiento que es la aprensión o idea.

Dividiremos estas ideas por su origen, por el modo con que se presentan a nuestra imaginación y por los objetos que ellas contienen en sí.

Estas ideas se manifiestan por signos y por consiguiente hablaremos de los signos y sus diferentes especies.

De las ideas se forman los juicios y las proposiciones. Diremos lo que es juicio o proposición, cuáles y cuántas son sus partes componentes, que se entiende, por materia, por cualidad, y por cuantidad en una proposición. Cuáles son proposiciones simples, y cuáles com-

(1) El documento que publicamos complementa otros que hemos dado ya a luz; es una nueva contribución al conocimiento de la historia de la Universidad de Montevideo, y muy especialmente de la orientación y forma que en los albores de la organización de los cursos de enseñanza superior tomó la cultura universitaria en nuestro país. Este documento es el Programa del curso oficial de Lógica que se dictó en el año 1841; pero no es, como se verá leyéndolo, un simple índice de temas como suelen ser los programas universitarios, sino una verdadera descripción sintética, y aun fundamentada, del curso que en aquel año se proponía dictar el catedrático. Era éste el doctor don ALEJO VILLEGAS, jurisconsulto argentino expatriado que se avecindó en Montevideo desde los primeros días de la organización nacional y cuyas luces y ciencia jurídica fueron aprovechadas por el país. Incorporado a la Magistratura como Fiscal General, luego miembro del Instituto de Instrucción Pública, siguió con vivo interés los primeros ensayos de organización universitaria y participó en ellos como examinador en los actos públicos de 1833 y, a partir de 1836, como Profesor de Filosofía, y luego de Lógica y Metafísica, sucediendo en la cátedra al Presbítero Don José Benito Lamas. En 1841 presentó al Gobierno el Programa que publicamos el cual fué aprobado y desarrollado en el curso de ese año. El reglamento universitario de 1849 lleva también su firma como miembro del Consejo. Fué este jurista y profesor, representante típico de la cultura humanística y supo conciliar la tradición escolástica de las aulas del antiguo Convictorio Carolino de Buenos Aires con el remozamiento de doctrinas producido por la Universidad rivadaviana.

Digitized by Google

puestas; y explicaremos las diferentes clases de composición. Explicaremos qué es lo que se entiende por oposición en las proposiciones, cuantas son las oposiciones que puede haber, y los atributos de cada una de ellas. ¿Qué es conversión en las proposiciones y cuáles pueden convertirse, y cuáles no?

Entre las proposiciones hay dos, cuyo conocimiento y estudio es muy interesante para un buen lógico, a saber: la división, y la definición. Explicaremos lo que es una y otra, y las reglas que deben observarse para una buena división y definición.

Así como de diversas ideas se forma un juicio, o una proposición, así también de diferentes juicios o proposiciones se forma un discurso. Explicaremos la diferencia esencial que hay entre el juicio y el discurso.

La combinación de los juicios, o de las proposiciones, por las reglas del arte lógico para la formación de un buen discurso se llama silogismo. Daremos la base, y las reglas artificiales de un buen silogismo y analizaremos las diferentes especies de silogismos que se pueden formar partiendo de aquella base esencial, y común a todos.

Ultimamente nos ocuparemos de los sofismas, y de sus diferentes especies para que las apariencias de un silogismo no nos induzcan en error.

DR. ALEJO VILLEGAS.

Enero 15 de 1841.

Digitized by Google

REVISTA SOCIAL Y POLITICA

PIO XII.

La ascención al trono pontificio del Cardenal Pacelli, quien gobernará la Iglesia con el nombre de Pío XII, es un hecho favorable para la paz espiritual del mundo y para la mejor comprensión de los problemas sociales, y especialmente morales, que abruman a la sociedad contemporánea. El ilustre Secretario de Estado de S.S. Pío XI definió durante los últimos años que tuvo a su cargo la cancillería del Vaticano su personalidad internacional y reveló las extraordinarias dotes de talento, de sabiduría y de tacto diplomático que complementan sus virtudes sacerdotales. Su viaje al Río de la Plata, como Legado pontificio al Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, y su viaje triunfal a Francia donde su presencia renovó los días de esplendor en que aquella Nación era la hija predilecta de la Iglesia, constituyen verdaderos triunfos en la vida del sucesor de Pío XI. En la plenitud de sus fuerzas físicas e intelectuales, dueño de un caudal de universal simpatía, no obstante la inquietud e incertidumbre que reinan en el mundo en la hora presente, se abren al pontificado de Pío XII amplias perspectivas. Es sin duda el Papa que reclamaban los tiempos. Hombre de ciencia, hombre de Estado y de gobierno, humanista, carácter recio pero profundamente sensible, en él conviven las más excelsas virtudes morales y las más templadas fuerzas intelectuales. Si su antecesor fué llamado el Pontífice de la Paz, no ha de regatearle el mundo el mismo título a Pío XII cuyas primeras palabras al subir al trono pontificio han sido para señalar a las Naciones el camino de la paz, del orden y de la armonía social.

DIAS SOLEMNES.

La humanidad está atravesando días solemnes. La complejidad de los problemas internacionales que se han planteado en Europa ha llevado a las grandes y pequeñas potencias al borde de la guerra, y ésta es la hora en que la paz universal se ve amenazada por el mayor de los peligros que recuerda la historia. Nadie puede prever la magnitud de la catástrofe si la guerra se desencadena. Es tan grande el poder destructor que han creado las grandes naciones en conflicto que, una vez que se aplique, es capaz de superar en sus efectos a las convulsio-

Digitized by Google

nes naturales que sacuden de tiempo en tiempo al planeta y arrasan pueblos enteros. La preparación de esta formidable máquina de guerra se ha obtenido mediante el sacrificio de la riqueza presente y futura de las naciones, y como los hechos económicos no son fenómenos aislados, sino que, así como tienen sus antecedentes, tienen también su acción sobre el presente y sobre el futuro y su repercusión en la sociedad universal, la sustracción a su natural destino de esta gigantesca masa de riqueza consumida en los altos hornos, en las usinas, en los talleres, en los astilleros en que se crean las máquinas e instrumentos de guerra y en los ingentes gastos a que dan lugar las movilizaciones, provocará el enrarecimiento de la economía universal. Todos los pueblos, aun aquellos que logren sustraerse al conflicto, experimentarán incalculables perjuicios. Y si esto sucede en el orden económico, puede suponerse lo que ocurrirá en el orden social. Ya la Gran Guerra dió la pauta de la alteración de valores morales que produce la tragedia. Sufre el mundo todavía las consecuencias de ello y acaso muchos de los males que agobian hoy a la sociedad internacional y de los que han hecho presa de las naciones que mantienen en jaque la paz del mundo, proceden de aquella gran convulsión. La sociedad humana posee, sin embargo, fuerzas espirituales capaces de detener la acción del mal y de vencer a éste. No es concebible que los hombres de Estado que tienen la responsabilidad del momento histórico y sobre cuyas espaldas gravita el terrible peso del gobierno de las Naciones lleven a éstas preconcebida y fríamente a la guerra. Han de agotarse antes de que estalle la catástrofe todos los recursos. Hace más de dos años que sucesivas crisis han sido conjuradas. Aunque los días que corremos son solemnes y el peligro parece arreciar, fuerza es seguir pensando en la solución pacífica del terrible conflicto que tiene suspenso al mundo.

Digitized by Google

REVISTA LITERARIA

UN HISPANOAMERICANO EN LA ACADEMIA REAL DE BELGICA.

Ventura García Calderón acaba de ser elegido miembro de la Academia Real de Bélgica. Figura representativa de la literatura hispanoamericana, García Calderón, actualmente Ministro del Perú en Bruselas, es también autor de cuentos escritos directamente en francés que, como los reunidos en su libro «Couleur de Sang», le han valido la consagración de la crítica y han conquistado el interés de los lectores europeos. Sus relatos evocan paisajes y escenas de su país; son relatos de la selva, la montaña y el valle, breves, originales, intensos, emocionantes. Gran cronista, durante largos años, trasplantado a la metrópoli latina, traza esas páginas centelleantes y grávidas que divulgan los periódicos de América, y de las que trasciende su tenaz aventura a través de los libros, los autores, los teatros, las frivolidades mundanas, la vida del *boulevard*... En su antología de poetas y prosistas peruanos, explica obras y autores, examina influencias, glosa la vida de la colonia y el pasado criollo. Poeta él también, se echa de ver en su producción cómo el «modernismo» no se aparta demasiado del romanticismo. Con el cultivo de estas formas comparte la actividad del crítico. Y cuanto crítico ha consagrado nutridas páginas al estudio de nuestra literatura, trazando las semblanzas de José Enrique Rodó, Juan Zorrilla de San Martín, Julio Herrera y Reissig y Carlos Reyles, y escribiendo un ensayo sobre «El Romanticismo Uruguayo». Estos trabajos reunen a la profusa información el interés de los juicios en ellos vertidos; y los realza la gracia del estilo, tan personal y vivo. Obra intensa y extensa la de este escritor, perteneciente a una prosapia de hombres de letras, García Calderón lleva ya publicados varios volúmenes en los que ha ido recogiendo su producción en los diversos géneros que ella comprende.

UN LIBRO POSTUMO DE LEOPOLDO LUGONES.

La muerte de Leopoldo Lugones dejó inconcluso el libro que aquél había empezado a escribir sobre el Teniente General Julio A. Roca. La Comisión Nacional constituída en la vecina República para la erección del monumento al ex-Presidente argentino acaba de editar los capítulos que había trazado el insigne escritor y poeta desaparecido. El libro trunco, la palabra que la mano del autor no acabó de escri-

Digitized by Google

bir, — el título del gran diario porteño que, por espacio de tanto tiempo, divulgó sus producciones en prosa y verso, — nos dan, tocada de patético sentido, la imagen de la vida tronchada cuando animaba la figura del prócer y cuando a la par que la entera representación del personaje, podía esperarse de quien a esa tarea se libraba, nuevas obras dignas de su talento y de su fama. Por encargo de la Comisión del monumento, que los ha recogido en lujosa edición, Octavio R. Amadeo ha puesto prólogo a estos capítulos, el último de los cuales es el consagrado a «la campaña del desierto». El autor de «Vidas Argentinas» estudia, en primer término, a Lugones y, tras de recorrer su libro póstumo, recuerda aquellas etapas de la actuación de Roca que no llegó a tratar el poeta de «Las Montañas del Oro», evocando con brillante pluma los rasgos y las características del gobernante y del político. Tiene su interés propio cada una de las partes del prólogo, que tiende, por algún modo, a complementar la interrumpida labor en cuanto se refiere a la época y los aspectos del personaje no representados por el biógrafo y el historiador. En la dedicada a considerar la vida, y la obra, y la inquietud, y el carácter de Leopoldo Lugones, — y aun a explicarse y a explicar el drama final, — el doctor Amadeo ilumina con certeros toques, — realzándolos con la eficacia, la sobriedad y la elegancia de su estilo, — los aspectos del escritor y del hombre, sin que falte allí el grano de filosofía social, ni deje de relacionarse al personaje con el medio.

H. V. B.

UN POEMA DE MANUEL B. OTERO.

En diciembre de 1933 — quince días antes de su muerte — el Dr. Manuel B. Otero corrigió definitivamente el canto a Montevideo que se inserta a continuación y que estaba destinado a formar un nuevo volumen de composiciones que aquel esclarecido espíritu no pudo terminar.

El autor de «Poesías varias», cuya vida y obra evocamos recientemente, traduce así su emoción frente al progreso de nuestro país y a la serena belleza de nuestra costa, en donde el verde y el azul, en una gama de infinitos matices, nos elevan en fantástico vuelo hacia las regiones donde impera el espíritu y triunfa la serenidad.

J. G.

MONTEVIDEO

En el año dos mil
Cuando tu sol te venga a despertar,
Te podrá contemplar
Por la costa extendida
Hasta el Brasil.

Digitized by Google

Una sola ciudad
será esa inmensidad.
Y te vendrán las gentes a mirar
Y al verte tan graciosa sonreír,
Con tu cielo de azur
Tu dulzura estival
Y tu oleaje de añil,
Maravilla del mar te han de llamar,
Alfrogenea del sur te han de decir.

MANUEL B. OTERO.

15 de Diciembre de 1933.

LAS OBRAS POETICAS COMPLETAS DE DELMIRA AGUSTINI.

El Poder Ejecutivo dictó por intermedio del Ministerio de Instrucción Pública el 14 de agosto de 1936 un Decreto por el que dispuso «la publicación de una edición oficial de las obras poéticas de Julio Herrera y Reissig y Delmira Agustini» y encargó, con carácter honorario, al señor Eduardo Ferreira, la dirección de dicha publicación. Para dar término a esta feliz iniciativa del Ministerio de Instrucción Pública, el Gobierno destinó la cantidad de $ 80.000 tomados del *superavit* que se produjo en el ejercicio 1935. El decreto acaba de ser cumplido en lo que se refiere a Delmira Agustini, cuyas obras completas han aparecido en un volumen de 391 páginas, timbradas por el Ministerio de Instrucción Pública y precedidas del Decreto y de esta breve nota lapidaria: «Delmira Agustini. Nació el 24 de octubre de 1886. Murió el 6 de julio de 1914.»

El volumen ha agrupado en dos capítulos, titulados «La Alborada», las composiciones escritas por la poetisa en la infancia. Comprenden estos dos capítulos 37 composiciones, las primeras de las cuales fueron escritas a los diez años de edad. A continuación se suceden: «El libro blanco» (1907); «Cantos de la mañana» (1910), «Los cálices vacíos» (1913), «El rosario de Eros», «De fuego, de sangre y de sombra» (1913) y «Los astros del abismo», libros ascensionales en que la poetisa desplegó su numen, desde la adolescencia hasta la plenitud.

El biógrafo y el crítico tienen ya todos los elementos para conocer y juzgar a esta niña atormentada por la precocidad y a esta mujer dominada por el genio poético, cuya vida fué un holocausto lírico y cuya muerte fué una inmolación trágica a quien sabe que oscuros destinos.

Es interesante consignar que esta edición la cual, como lo dispuso el decreto, ha sido dirigida por el eminente hombre de letras señor Eduardo Ferreira, consta de 10.000 ejemplares que serán difundidos en los países de habla castellana.

Digitized by Google

REVISTA ARTISTICA

ALISERIS EN EUROPA.

El pintor Carlos Wáshington Aliseris que hace algún tiempo se halla en Europa ha logrado interesar a la crítica con sus obras. En Bélgica ha hecho ya dos exposiciones, una en el Círculo Real Artístico de Amberes y la otra en el Palacio de Bellas Artes de Bruselas. En ambas ha expuesto telas pintadas en el Uruguay, Argentina, Brasil y Paraguay en las que reproduce paisajes típicos de estos países.

El crítico George Marlier, al comentar la primera de esas exposiciones, dice con mucha agudeza de juicio: «Aliseris jamás levanta la voz: estas anchas llanuras y estos fondos de bosque se mantienen en tonalidades discretas, en una *demi-grisaille* avivada aquí y allá por un toque de verde pálido o de rosa muy fino. El resultado no es por ello menos impresionante pues ante estas imágenes tan simples y tan puras el espectador se siente verdaderamente transportado a otro mundo. Pocas veces el sentimiento del espacio ilimitado y de la naturaleza todopoderosa ha sido logrado con tal intensidad... Aliseris ha traducido el misterio angustioso de la selva ecuatorial... Ha sabido dar estructura y forma a la bóveda vegetal, en medio de la cual estalla bruscamente, como un grito, la mancha azul o roja de un pájaro inmóvil. El artista es dueño de una técnica que le permite ir derecho al objeto y dar a sus paisajes un alto valor decorativo sin perjudicar su expresión. Ha superado el punto de vista del pintor impresionista. Su arte busca no solamente complacer la vista sino también conmover al espíritu. Nos hace penetrar más en el conocimiento de la tierra.»

En la revista «Claridad» de Bruselas, el crítico Julien Flament publica una conversación con el artista, ilustrada con magníficas reproducciones gráficas, titulada «Aliseris o la lección de amor sudamericano». De ese artículo traducimos las siguientes frases: «La pintura de Aliseris es sobria, grave, se diría «monumental»; el color es discreto, casi ausente. Sobre un horizonte pesado y cargado de húmedos vapores, los árboles tuercen sus negras ramas como si fueran sombrías serpientes; las lianas parecen prontas a dejar ver una cabeza monstruosa, a silbar largamente... A veces, en la umbría, una mancha de color se ilumina como el reflejo de una joya sobre un cojín de terciopelo negro: corola púrpura, pájaro azul. Y esta gota de luz espesa aún el horror sagrado que rueda bajo las ramas». Se refiere luego a las palmeras, a los paisajes del Janeiro, a los retratos y cuadros de género, y, luego de conversar con el artista y escuchar sus confidencias, concluye repitiendo algo que sobre Aliseris dijo Ramón Gómez de la Serna y que revela su sensibilidad artística: «He visto como pintaba ruborizándose ante lo que iba a pintar.»

Digitized by Google

REVISTA HISTORICA

VICENTE T. CAPUTI.

El 15 de este mes de marzo falleció en la ciudad de San José, de donde era natural y donde residía, este ciudadano que consagró gran parte de sus actividades a investigaciones y estudios relacionados con la historia del país. Determinó su vocación por estos estudios el feliz hallazgo que siendo Juez de Paz de Santa Lucía, hizo hace muchos años, en el archivo de dicho juzgado, de numerosos documentos relacionados con las actividades del Cabildo colonial de esa villa. Quien escribe esta nota estimuló entonces al señor Caputi a aprovechar ese material en servicio de la cultura, y él lo hizo organizándolo y haciendo entrega oficial del mismo al Archivo Histórico Nacional, luego de haber publicado y comentado los documentos de mayor interés. Designado Juez de Paz de San José halló también allí valiosos documentos históricos relacionados con la época de la independencia que formaron parte del archivo del antiguo juzgado ordinario de aquella ciudad. Consagrado ya de lleno al cultivo de la historia nacional, el Sr. Caputi utilizó ese valioso material y dió a la estampa numerosos trabajos de mérito que le conquistaron autoridad. En conferencias, artículos de diario, opúsculos y libros realizó vasta labor, mucha de ella original por la calidad de los elementos de información utilizados. Su concepto demasiado objetivo de los fenómenos históricos lo llevó a formular una interpretación personal de algunos de los hechos fundamentales de la independencia nacional, y convencido de la verdad de su tesis, realizó una persistente campaña para imponerla. La discrepancia fundamental con esa tesis no significa desconocer la sinceridad, el entusiasmo y la pasión por la verdad que en su actividad de escritor público demostró poseer el extinto. Es justo recoger su nombre e incorporarlo a la lista de los obreros de la cultura nacional. Sus principales estudios históricos son los siguientes: «Relato histórico sobre la fundación de la villa de Santa Lucía», «La batalla de Ituzaingó», «La batalla de Sarandí», «Por la verdad histórica», «Estudio de los acontecimientos de 1828 a 1830», «Investigando el pasado», «Rememoraciones centenarias», «Gestación y Jura de la Constitución», etc., etc.

Digitized by Google

EL PRIMER DESTIERRO DE LAMAS.

Cuando en 1836 el general Rivera se alzó en armas contra el Gobierno Constitucional del general Oribe, entre otras medidas tomadas por éste para dominar el movimiento, se dispuso el destierro de algunos ciudadanos, entre ellos Don Andrés Lamas, joven entonces, quien fué enviado a Río Janeiro. Desde allí escribió al Presbítero Don José Benito Lamas la carta que publicamos más abajo en la que instaba a su tío para que apoyase la gestión de levantamiento del destierro. Esta carta tiene mucho interés para la biografía del ilustre personaje. Defiende en ella su prescindencia en la revolución de 1836 y expone sus ideas sobre la guerra civil. Los términos en que lo hace y la altivez con que reclama el regreso a la patria revelan ya el carácter de aquel hombre superior que debió sufrir durante su larga vida la incomprensión de sus conciudadanos y al cual aun la posteridad suele todavía retacearle gloria.

Dice así el documento:

«Sr. Don José B. Lamas. Montevideo. — Río Janeiro, Noviembre 4 de 1836. — Querido tío: Por la adjunta para el Sr. Muñoz, de que Vd. se enterará antes de cerrarla para entregársela, se impondrá Vd. de que solicito volver a ésa, de las causas que para ello tengo, y de la justicia con que lo pido. Ese regreso me es absolutamente necesario no sólo por los enormes perjuicios que ocasiona a los intereses, a mis estudios, y a mi salud que se destruye cada día por la influencia de este clima abrasador, sino también por que él me hará escapar a compromisos que preveo y a otros que he evitado ya con esmero, y que no quiero contraer sino en el último caso, por las mismas razones que me decidieron a no tomar parte en la revolución. Este último caso llegará cuando no me quede esperanza de volver a mi país, sino abriéndome paso sobre el carro de la guerra civil, que aborrezco de todas veras, porque la considero el azote más cruel de los Pueblos, y la causa indudable de todos esos infortunios, crímenes y aberraciones con que hemos merecido la lástima y el desprecio del mundo civilizado, y los sarcasmos de los enemigos de nuestra independencia. Mi destierro fué obra de las circunstancias y nada más que de las circunstancias, porque no hay una causa legal en que apoyarlo. Estoy seguro de que si se me quiere someter a los Tribunales, se me dará una ocasión de aparecer en el lugar que me corresponde. Fuí opositor, pero no faccioso. Fuí enemigo de la política del Gobierno, pero no aspiré a derrocarlo por las vías de hecho. No me arrepiento, ni me arrepentiré de lo que fuí, y me defenderé con la misma nobleza con que he obrado en mi conducta pública. Es así pues, que al rogar a Vd. dé por bien mío, los pasos que crea conducentes para mi pronto regreso, le encomiendo que en ellos sostenga mi carácter, pues prefiero la suerte más miserable, antes que humillarme a bajezas, a mentiras, ni a traicionar mis

Digitized by Google

sentimientos o abjurar mis principios. Cumpliré, sí, lo que prometo que es vivir separado de la política, y si no defenderé la actual administración, tampoco me alistaré en las filas de los que a impulsos de los sables quieran derribarla. Excuso decir a Vd. nada más. Vd. hará lo que crea útil al objeto a que aspiro. Necesito contraerme a mi propia ilustración, y esa será mi exclusiva ocupación hasta que el tiempo y sus prodigios incalculables me saquen de la oscuridad a que ahora debo resignarme. Urge mucho mi pronto regreso, y para alcanzarlo Vd. puede responder con entera confianza de mis sentimientos. Yo lo autorizo a Vd. para todo, pues sé que no ha de dar paso que me desfavorezca con mis amigos, ni con mis enemigos. Si no le agrada a Vd. mi carta a Muñoz, no se la entregue y háblele de palabra. Conviene mucho que Vd. reserve este negocio. Con Vd. no necesito disculpas por esta incomodidad por que su bondad es superior a ella. Queda de Vd. como siempre su más affmo. sobrino que verlo desea. — *Andrés Lamas.* — Mis recuerdos a Velazco y a los Estrázulas. — P. D. El Sr. Butler, cuñado de los Carreras y que vive conmigo, le escribe a Don Ramón de las Carreras sobre este asunto, y en el concepto de que deben verlo. Véalo Vd., pues, para que uniendo su influencia (que creo que vale mucho) pueda arribarse a un éxito mejor, o al menos más breve y seguro. — Vale. *Lamas.*»

Digitized by Google

BIBLIOGRAFIA

GRACIAS AL BADAJO..., por *Vicente Carrera*. — Imprenta Florensa. — Montevideo, 1938.

El autor de esta «evocación novelada» explica cómo ella forma con su obra «El Cubil de los Leones» «una medalla con su anverso y su reverso». Y es que, en efecto, la misma época y la misma ciudad — el Montevideo de los últimos años del pasado siglo — se proyectan en ambas producciones. Mas en la una, Vicente Carrera evoca el arrabal, arrancando al temeroso barrio de Palermo, y a la tormentosa y pecadora leyenda, sus figuras protagonistas, en tanto que en la otra su tenso lirismo encuentra inspiración en la cultura tradicional, en la herencia española, en el ambiente refinado y en las características de la vieja sociabilidad montevideana.

Caso singular el de este escritor que, ya en la madurez, aparece y se impone con un primer libro — laureado en el último concurso del Ministerio de Instrucción Pública — que reune a la viveza y a la fuerza de la evocación, al colorido, el depurado estilo, la expresión castiza, el sabor pintoresco y el elemento dramático; sin que falte en él, aquí y allá, la nota humorística, ni el matiz irónico, ni, en obra de fondo realista, el soplo romántico.

Pero «Gracias al badajo...» es, por los temas en que se inspira, el contrapunto de «El Cubil de los Leones»; y viene así a expresar la potencia del escritor para dar, en la realización estética, vida, animación y carácter a cuadros, escenas, figuras y personajes diferentes. En su paleta encuentra este artista los cálidos tonos con qué pintar el espectáculo de la ciudad el día de la última corrida de toros de punta, el aspecto de la plaza y las incidencias de la lidia en el antiguo circo de la Unión. Y por cierto que, representando las encontradas emociones provocadas por aquella despedida, evoca con certeros trazos el fondo español del Montevideo de la época, que trasciende de las arquitecturas, de las costumbres, de los tocados de las señoras, de ciertas prendas del vestido masculino, de los comercios típicos, del café y del tablado flamenco, de cien expresiones, en fin, en las que se manifiestan los gustos de una sociedad en una determinada etapa de su desarrollo. Si sobre tal soledoso paraje o sobre tal parque propicio a los recuerdos, deja un instante errar su nostalgia, por donde da paso a su lirismo, recuerda también este evocador una noche de gala en el teatro Solís: la noche del debut de Oxilia, con «La Favorita», ante una sala resplandeciente, que aclama al gran tenor. Figuras del gobierno, de la política, del periodismo, de las letras, del arte, están allí: son rápidos pero expresivos perfiles que contribuyen a darnos la visión de aquellos días. Todo esto, en el primoroso librito, aparece unido por un hilo novelesco que le da un sabor de fábula. Esta trama permite al autor cierta libertad de movimiento que reviste de vivacidad a la antigua crónica, le transmite su interés propio, es estímulo al vuelo de la fantasía y, también, parte a tender sobre estas estampas una gracia leve y, a veces, un poco melancólica.

Este escritor posee una aguda sensibilidad. En su forma castiza se advierte de seguida la frecuentación de los maestros del idioma. Ni frondosidades ni ramas inútiles en esta prosa que aparece ejemplar, y en la que se conciertan la rapidez y la seguridad del trazo, la sobriedad y la elegancia del estilo, el gusto, en fin, de la exactitud y el decantamiento de la expresión.

H. V. B.

Digitized by Google

TRES ENSAYOS ALEMANES, por *Sarah Bollo.* — Ediciones Ercilla. — Santiago de Chile, 1939.

Este volumen de 127 páginas encierra tres estudios críticos o «ensayos», como los define la autora con exactitud, en los que el significado filosófico de la obra de tres ingenios alemanes: Goethe, Novalis y Thomas Mann, está expuesto con criterio muy personal. Se trata de tres breves tratados, pulcramente pensados y escritos, muy penetrados de humanismo, y que se leen con deleite y provecho. Goethe es para la autora el último representante del «hombre universal» del Renacimiento. Es él mismo un renacentista doblado de un romántico y hay en él, además, a pesar de su naturalismo, un cristiano que no siempre se advierte, pero que se adivina hasta en los mitos paganos que utilizó para algunas de sus obras. Tal es la interpretación de la autora que concluye su estudio con un breve paralelo entre Goethe y el Dante, por quién, como es sabido, aquél no tuvo gran estima. Verdad que la estima en Goethe fué metal de alto precio que él reservó celosamente. No hay que olvidar que este alemán fué muy poco amigo de la tradición y de la cultura alemanas y que, a poco andar, se evadió de ellas y dió rienda suelta a la polaridad de su espíritu que le arrastraba hacia la cultura grecorromana, ya fuera en sus fuentes, ya en las menos puras que le ofrecieron la Francia y la Italia del siglo XVIII. Mal se habrían, sin duda, avenido el «gótico» Alighieri con el olímpico dios de Weimar. Más típico representante del genio alemán fué Novalis, poeta y pensador romántico, hijo genuino de la bruma y de la melancolía germánicas. La autora hace la exégesis del «Diario íntimo» de Novalis, pone su vibrante sensibilidad al diapasón de la del poeta alemán y escribe páginas llenas de gracia y delicada tristeza. Estudia luego la filosofía de Novalis, misticismo sonambúlico, especie de panteísmo lírico en que la poesía domina al pensamiento filosófico y la sensibilidad a la especulación. Thomas Mann, acaso con un poco de irreverencia, completa la trilogía de estos ensayos. La autora le llama «el más grande escritor moderno de Alemania». El juicio es intrépido y es posible que sea justo. Será preciso, sin embargo, esperar a que, como en el caso de Goethe y de Novalis, una posteridad de más de un siglo lo confirme. Por ahora, anotemos que Edmond Jaloux le ha reconocido como hermano de Marcel Proust, y a ambos como los más grandes novelistas de lo que va del siglo. Pero también pongámonos en guardia contra este juicio, tanto en lo que se refiere al escritor alemán como al francés. He aquí una de las virtudes del libro que comentamos, que tiene muchas otras como ya lo hemos dicho. Nos referimos a esta propiedad de sugerir ideas, de provocar comentarios y de suscitar contradicciones. Y esto es signo evidente de que este libro que acabamos de leer no es un libro más, sino un buen libro.

DEMOCRACIA AUTENTICA, por el *Dr. Mateo Legnani.* — Imprenta Adroher. — Montevideo, 1939.

Este libro contiene la exposición de motivos de la moción que el autor presentó al Congreso Internacional de las Democracias de América para que se recomiende a las naciones que, solamente se admita el voto a los ciudadanos que demuestren saber leer corrientemente. La exposición de motivos es un brioso alegato contra el sufragio universal y la organización actual de la democracia, y en favor del voto calificado cultural. Afirma el autor que el régimen republicano democrático está en crisis; que en lugar de evitar el despotismo lo sirve y estimula mediante el ejercicio del sufragio universal. «Excelente en teoría, dice, y útil en una etapa de la evolución social, dió ya todo lo que tenía que dar en la forma que fué empleado, y esta es la hora en que sus efectos empiezan a ser contraproducentes y a reclamar urgente corrección». Se extiende en seguida sobre los peligros del voto de los inconscientes que en su concepto «es el mayor apoyo de las tiranías». Refuerza esta tesis con el ejemplo histórico y la sostiene con

Digitized by Google

la doctrina de tratadistas y pensadores. Transcribe en su apoyo las opiniones de Juan Carlos Gómez y Pedro Bustamante que hicimos conocer en uno de los últimos números de la REVISTA NACIONAL, se refiere a opiniones análogas de José Enrique Rodó, y termina sosteniendo la necesidad de que se establezca el voto calificado cultural, no como solución definitiva del problema, pero sí como un paso más que daría la sociedad hacia la auténtica democracia. Es indudablemente interesante el caso de este ciudadano que ha ocupado altos puestos de gobierno y que, frente a la crisis actual, denuncia intrépidamente el error en que, en su concepto, están aquellos que sostienen la virtualidad del sufragio universal. Agreguemos que se trata de un estudio noblemente pensado y limpiamente escrito.

UNIVERSIDAD. PROYECTO DE REFORMA ORGANICA, por *Eduardo García de Zúñiga y José Carlos Montaner.* — Talleres Gráficos Rodino. — Montevideo, 1938.

Este proyecto, como lo dicen sus autores, «no aspira a estructurar totalmente el complejo organismo de la Universidad, sino a caracterizar sus determinaciones esenciales». Agregan que no se pretende con él «entrar en la compleja red de conexiones que diversifican los innumerables actos del ente cultural»; eso lo dejan para una revisión posterior. Se nos ocurre que este punto de partida no es, tal vez, el más conveniente cuando se trata de plantear una reforma o reajuste orgánico de un instituto que tiene ya noventa años de existencia, en el transcurso de los cuales ha creado caudal de experiencia suficiente como para darle estructura definitiva. Los propios autores lo reconocen así cuando al referirse al proceso histórico de la Universidad dicen que el ritmo de la vida de ésta «está ajustado al movimiento de la vida social del país», y que ella «es ahora como fué ayer, un reflejo de la altitud cultural a que ha llegado la Nación en su aspecto moral, científico y técnico». Habría sido, pues, preferible planear el reajuste total de la Universidad y desenvolver con toda amplitud el artículo 1º del proyecto que define así la función del instituto: «La Universidad de la República tiene por funciones esenciales la enseñanza profesional, la investigación científica y la difusión de la cultura intelectual en toda su amplitud». De este amplio postulado, sólo la primera parte halla desarrollo en el proyecto; la segunda y la tercera, que son tan importantes como la primera no son objeto de directiva alguna en el proyecto. Al contrario, al establecer la estructura de la Universidad dice el proyecto que ésta «está formada por las siguientes Facultades: Derecho, Medicina, Ingeniería, Arquitectura, Química y Farmacia, Odontología, Agronomía, Veterinaria y Economía». Esta estructuración define el concepto puramente profesional del proyecto. Se ha repetido la estructuración actual de la Universidad sin reservar en ella una zona para la investigación científica pura o para la cultura intelectual desinteresada. ¿Dónde se realizará, pues, la segunda y tercera parte del postulado contenido en el artículo 1º? Esto podía haberse previsto con sólo agregar a las Facultades enumeradas una Facultad de Humanidades, o de Filosofía y Letras y haber agregado en forma general la posibilidad de establecer también un instituto de investigaciones científicas. Es verdad que eso puede hacerse más adelante mediante una ley auxiliar; pero puesto que se trata en el caso de un proyecto de reforma orgánica, éste sería el momento de dar ya a la Universidad los medios necesarios para que pueda aplicar en toda su extensión la disposición contenida en el artículo 1º del proyecto, máxime cuando en lo que se refiere a la Facultad de Humanidades se halla actualmente a consideración del Parlamento un proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo, mediante el cual se crea y organiza dicha Facultad. El problema de las humanidades más que docente es ya un problema social. León Bérard, el ilustre académico francés y antiguo Ministro de Instrucción Pública, acaba de dar una conferencia sobre las humanidades clásicas a las que él llama «el recurso espiritual». Contra la tiranía de la razón de Estado, con-

Digitized by Google

tra el fanatismo, el oro, el placer de la violencia y de la fuerza, contra la mística racial y de clases, contra la guerra, contra todos esos terribles enemigos que tienen cercada a la sociedad contemporánea, Bérard esgrime las humanidades como recurso espiritual, y pide a los liceos, a las Universidades, la vuelta al latín, al griego, a las bellas letras, al arte, a las ciencias del espíritu. En cambio de esta laguna, el proyecto crea un cuerpo de disposiciones jurídicas destinadas a dar la más amplia autonomía a la Universidad. Esta ha sido la verdadera preocupación de los proyectistas: Autonomía docente, administrativa, jurisdiccional, disciplinaria, financiera; independencia, separación de la actividad política, incontaminación de la cultura universitaria. Todo esto está muy bien si se administra con inteligencia, con prudencia y con justicia; pero ¡ay! de una Universidad que ignora la realidad social e histórica de la época y se aisla en su cultura abstracta y se despreocupa de los intereses de la sociedad de cualquier orden que sean éstos. La autonomía es conveniente consagrarla jurídicamente; pero es más respetable y grande que esta autonomía aquella otra autonomía que crean las Universidades por su prestigio propio, por su autoridad, por la fuerza moral que emerge del gobierno universitario confiado a hombres eminentes y del claustro integrado por sabios profesores. La Universidad de París, las grandes Universidades inglesas sienten defendida su autonomía, más que por sus fueros históricos, por la inviolable autoridad moral que las protege. Todo cuanto queda dicho no excluye reconocer el alto interés que ofrece el proyecto y sus comentarios y la singular jerarquía de los autores, uno de los cuales, el Ingeniero García de Zúñiga, es uno de los universitarios del país que posee más amplia cultura universal, verdadero humanista en quien no puede menos de hallar eco simpático este breve comentario crítico.

IMPRESIONES LITERARIAS. CRITICA, por *A. D. Plácido.* — A. Monteverde y Cía. — Montevideo, 1938.

Es éste un escritor que maneja el idioma con elegancia y precisión y que se halla excelentemente dotado para la labor crítica. Se apoya en principios definidos, tiene ideas muy claras sobre los valores morales y estéticos, posee buen caudal de erudición literaria y formula sus juicios con claridad y exactitud. Cuando se lee este libro se tiene la sensación de estar en contacto con un escritor de noble estirpe. Este libro está formado por un conjunto de excelentes ensayos críticos que se titulan: «Amado Nervo y su poesía», «Almafuerte, el cantor de la chusma», «La poesía de Delmira Agustini», «José Santos Chocano, el poeta de América», «Ariosto D. González y sus libros «Política y Letras», y «El manifiesto de Lamas en 1855», «Ricardo Victorica y su obra literaria». Ninguno de estos ensayos tiene desperdicio; se leen con interés y no pocas veces con provecho. Este libro significa el advenimiento de un escritor y de un crítico.

Digitized by Google

INDICE DEL TOMO V

Nº 13 — ENERO — 1939

Págs.

SOLANO LOPEZ E. — JUAN SINFORIANO BOGARIN. — F. MAIZ. — FULGENCIO R. MORENO. — Artigas en el Paraguay (con grabado) 5

JOSE IRURETA GOYENA. — El «Proyecto de código criminal brasilero» del profesor Alcantara Machado 15

JOSE G. ANTUÑA. — Poemas. — La profecía de América. — Río de la Plata 25

JOSE MARIA DELGADO. — ALBERTO J. BRIGNOLE. — Horacio Quiroga y el «Consistorio del Gay Saber» 28

G. STEWART VARGAS. — Eduardo Acevedo (1815-1863). — Un jurista, un maestro, un leader y un hombre (con retratos) 51

SETEMBRINO E. PEREDA. — El alférez de blandengues Ramón Fernández. Su actuación patriótica desde 1811 65

JOSE MARIA ESTAPE. — Ensayo de un paralelo psico-patológico e histórico entre Goethe y Bolívar (con grabados) 88

JAVIER GOMENSORO. — Un poeta ignorado. Manuel B. Otero (con retrato) 103

CESAR MONTERO BUSTAMANTE. — Museos de la América hispánica . . 112

PAGINAS OLVIDADAS

CARLOS MARIA DE PENA. — Lavandeira (con retrato) 118

SECCIONES PERMANENTES

(Varios)

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — La conferencia de Ministros de Hacienda. Discurso del señor Presidente de la República, general arquitecto don Alfredo Baldomir. — Discurso del señor Ministro de Hacienda del Uruguay, doctor don César Charlone. — Discurso del señor Ministro de Hacienda de la República Argentina, doctor don Pedro Groppo. — Discurso del señor Ministro de Hacienda del Brasil, doctor don Arturo de Souza Costa. — Discurso del señor Ministro de Hacienda de la República del Paraguay, doctor don Enrique Bordenave. — El Museo Social. — Rafael Gallinal. 125

REVISTA LITERARIA. — Sobre un libro nuevo. 147

REVISTA ARTISTICA. — La exposición de arte religioso. — La propiedad en los monumentos artísticos. — Una identificación frustrada. 149

REVISTA HISTORICA. — Un documento psicológico. — Otro «documento humano» 151

REVISTA CIENTIFICA. — Las convulsiones del suelo (con grabado). . . . 154

BIBLIOGRAFIA. — «Romancero del Sur», por Fernán Silva Valdés. — «Les Rhapsodies», por Rodrigo Octavio. — «Entre líneas», por Josefina Lerena Acevedo de Blixen. — «Perspectivas de América», por José G. Antuña. — «El alma y el ángel», por Esther de Cáceres. — «Escolios a una apasionada revisión de Rodó», por José Pereira Rodríguez. — «Cuentos de Otoño», por Manuel Medina Bentancort. 156

Digitized by Google

Nº 14 — FEBRERO — 1939

Págs.

AGUSTIN DE VEDIA. — La reacción cívica de 1880 (con retrato) 161
LUIS RODRIGUEZ-EMBIL. — César... y nada (poema) 170
VICTOR PEREZ PETIT. — La valoración de Fernán Silva Valdés 174
JOSE LUCIANO MARTINEZ. — Un capítulo de historia nacional (con grabados) 205
SARAH BOLLO. — Novelas americanas 250
JUAN CESAR MUSSIO FOURNIER. — Historia de la Endocrinología . . 254
HECTOR VILLAGRAN BUSTAMANTE. — Perfil de Carlos Reyles . . . 275
ALFREDO VARZI. — Neurastenia teatral 283
HORACIO MALDONADO. — Unas palabras para Azorín 289

PAGINAS DESCONOCIDAS

TEODORO MIGUEL VILARDEBO. — Descripción del daguerrotipo (con retrato) 292

SECCIONES PERMANENTES
(Varios)

REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — Su Santidad Pío XI. — El Uruguay y la Santa Sede 301
REVISTA LITERARIA. — Luis Melián Lafinur. — Nuestros escritores en el extranjero 306
REVISTA ARTISTICA. — Los recuerdos de Saez. — Los «Caprichos» de Goya. — La exposición de las obras de Juan Manuel Blanes 308
REVISTA CIENTIFICA. — Las investigaciones geográficas en el Uruguay. — Humboldt, Caldas y Mutis. — El doctor Saenz en el Instituto Pasteur . . 311
REVISTA HISTORICA. — Una tentativa docente en 1820 315
BIBLIOGRAFIA. — «Vida singular de Silvio Toledo», por Horacio Maldonado. — «Acuerdos del extinguido Cabildo de Montevideo». — «Tristeza rusa», por Hermínia Herrera y Reissig. — «Proyecciones», por Sara Rey Alvarez. — Libros recibidos 318

Digitized by Google

Nº 15 — MARZO — 1939

Págs.

JOSE ESPALTER. — Aspectos de la democracia 321
MANUEL BERNARDEZ. — Siesta pagana (poema) 343
CLEMENTE ESTABLE. — Psicología de la vocación 347
DARDO REGULES. — Pablo Blanco Acevedo, hombre de derecho (con retrato) 377
JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN. — La herencia del artista . . 383
ERNESTO LAROCHE. — Tras de antiguallas (con grabados) 389
RAUL MONTERO BUSTAMANTE. — «El vicario de Wakefield» 423
OCTAVIO MORATO. — Conceptos económicos 439
MANUEL DE CASTRO. — Cifra estética y espiritual de Juan Parra del Riego 446

PAGINAS DESCONOCIDAS

ALEJO VILLEGAS. — Programa de Lógica 463

SECCIONES PERMANENTES
(Varios)

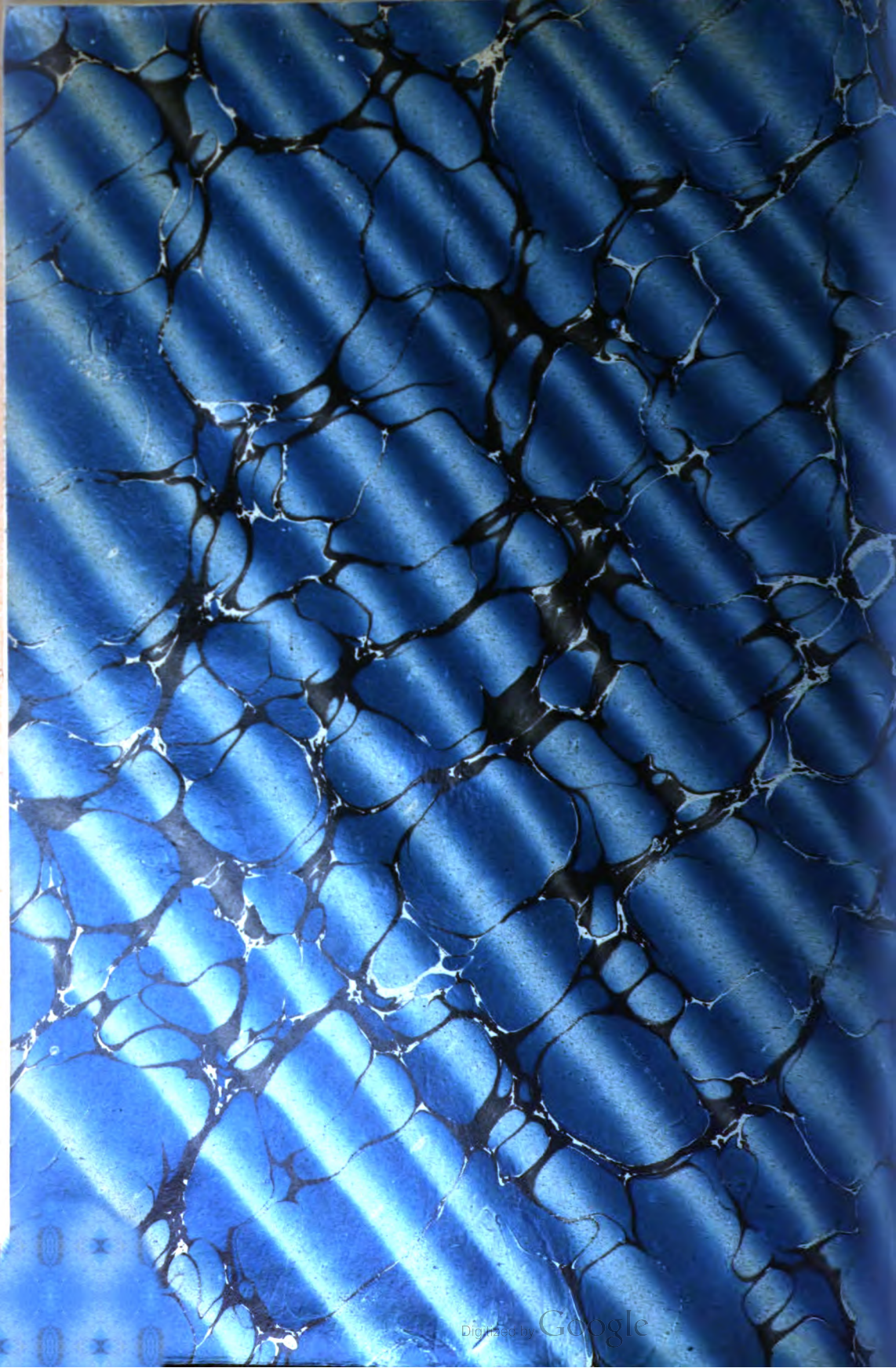
REVISTA SOCIAL Y POLITICA. — Pío XII. — Días solemnes 465
REVISTA LITERARIA. — Un hispanoamericano en la Academia Real de Bélgica. — Un libro póstumo de Leopoldo Lugones. — Un poema de Manuel B. Otero. — Las obras poéticas completas de Delmira Agustini 467
REVISTA ARTISTICA. — Aliseris en Europa 470
REVISTA HISTORICA. — Vicente T. Caputi. — El primer destierro de Lamas 471
BIBLIOGRAFIA. — «Gracias al badajo»..., por Vicente Carrera. — «Tres ensayos alemanes», por Sarah Bollo. — «Democracia auténtica», por Mateo Legnani. — «Universidad. Proyecto de reforma orgánica» por Eduardo García de Zúñiga y José Carlos Montaner. — «Impresiones literarias. Crítica», por A. D. Plácido 474

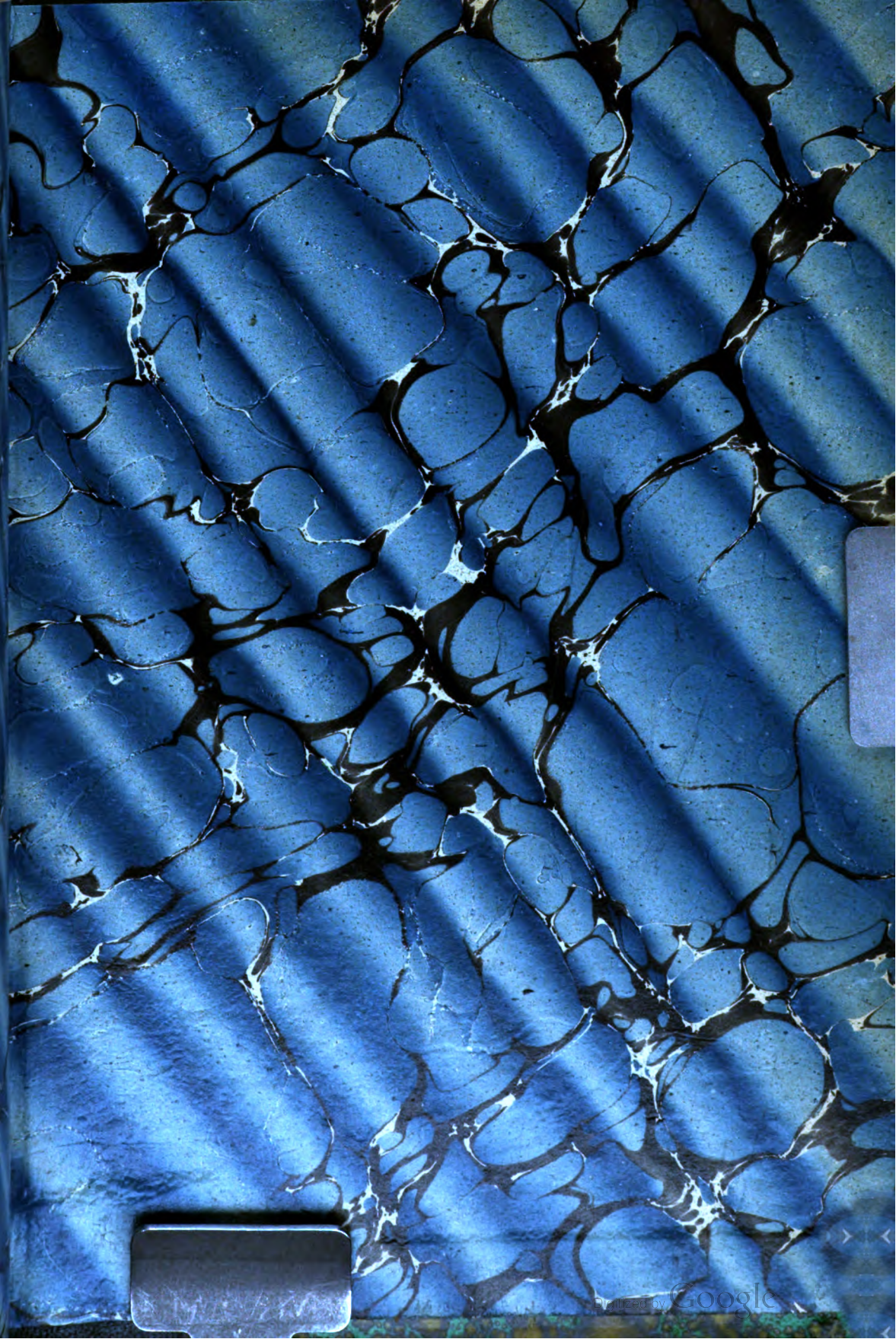
Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google


Digitized by Google


Digitized by Google

UNIVERSITY OF MINNESOTA
wils,per t.5

Revista nacional; literatura-arte-cienci

3 1951 001 902 206 C

Digitized by Google